

Buena parte de la fascinación de *Una temporada en el más bello de los planetas* reside en la descripción del viaje:

«Al amanecer de uno de los días del mes de junio de 1822, se hallaban los habitantes de un pueblo situado a siete leguas de Berlín, contemplando con admiración un globo de desusadas dimensiones, que rápidamente se elevaba por el espacio...

«...ascendía el globo con menor velocidad y no tardó mucho en quedar enteramente inmóvil.

«—Hemos llegado —me dijo M. Leynoff— a la parte superior de nuestra atmósfera. Ahora, Mendoza, hacedme el favor de callar hasta que alcancemos la corriente de comunicación con Marte, a la que voy a dirigirme» (pues además de las corrientes de comunicación que desde los planetas van al Sol, y viceversa, hay las que enlazan los planetas entre sí, y por una de éstas íbamos a ir nosotros, se aclara en una nota al pie).

Son además del mayor interés las concepciones del autor sobre la ideología y las costumbres saturnianas. Como Giner de los Ríos, Aguimana piensa que la reforma moral por medio de la educación conducirá necesariamente a mejorar la sociedad.

Tirso Aguimana de Veca es seudónimo del médico de Ribadeo, Lugo, Agustín María Acevedo (1806-1874). A más de trabajos profesionales, escribió algunas novelas, una de las cuales la conoció el catedrático de Santiago D. Gumersindo Laverde Ruiz, y por su mediación se dio a la imprenta por entregas en la *Revista de España* en 1870-1871.

«Una temporada en el más bello de los planetas no es sólo una curiosidad literaria. Revela un eclecticismo desconcertante para que [...] Aguimana defienda la ideología deísta y racionalista de la Ilustración y exponga una concepción determinista de caracteres habitualmente asociados con los escritores naturalistas de la generación siguiente».

Brian J. Dendle

«La imagen del universo que manifiesta el relato nos da una idea progresiva. Hay otros mundos y otros seres que ya han solucionado todos los grandes problemas. Una sucesión de humanidades, en creciente perfección. Un universo, por decirlo, muy completo y alentador, en el cual es posible llegar a encontrar todas las cosas y todas las respuestas».

Alfredo Lefebvre



Una temporada en el más bello de los planetas

Tirso Aguimana de Veca



UNA TEMPORADA EN EL MÁS BELLO DE LOS PLANETAS.

Tirso Aguimana de Veca

Publicado en los Tomos
XIII a XVII (año 1870)
y XVIII (año 1871).

Revista de ESPAÑA.

MADRID,

REDACCION Y ADMINISTRACION,
Paseo del Prado, 22.

TIPOGRAFIA DE GREGORIO ESTRADA,
Ibiza, 7.

1870.

La primera novela española de ciencia ficción: un viaje a Saturno en el siglo XIX

por Brian J. Dendle

En 1870 la *Revista de España*¹ publicó una novela por entregas, *Una temporada en el más bello de los planetas*, de Tirso Aguimana de Veca. El tema de la novela es sorprendentemente original para tratarse de un trabajo realizado en España a mediados del siglo XIX, toda vez que describe las aventuras de dos terrícolas, el científico alemán Leynoff y el joven español Mendoza, que, vestidos con trajes espaciales primitivos y haciendo uso de las «corrientes de comunicación» interplanetarias, viajaron en globo al planeta Saturno².

Aunque lastrada por una dependencia excesiva de los tópicos y manierismos de la novela histórica española, *Una temporada* no es sólo una curiosidad literaria. Revela un eclecticismo desconcertante para que, a través de una intriga romántica de banalidad considerable, Aguimana defienda la ideología deísta y racionalista de la Ilustración y exponga una concepción determinista de caracteres más habitualmente asociados con los escritores naturalistas de la generación siguiente. Por la originalidad de su propuesta, precede a un autor, Julio Verne, de marcado interés por los avances de la ciencia en sus novelas científicas. En su utilización de una perspectiva extraterrestre para satirizar las costumbres terrestres, *Una temporada* se adelanta a formas más tardías de ciencia ficción.

Pese a publicarse por primera vez en 1870, *Una temporada* se escribió en una fecha muy anterior. Desde luego que la naturaleza claramente romántica del trabajo no puede aducirse en ninguna especulación sobre la fecha en que se escribió, toda vez que la novela histórica romántica pervivió en España hasta bien entrada la década de 1870. No obstante, Aguimana declara en una nota al pie, que modifica las teorías médicas expuestas en el capítulo XXVII, que el trabajo se realizó al menos veinte años antes de su publicación: «De este modo pensaba el autor hace 20 años (época en que se escribió esta obra); hoy, aunque da al fluido eléctrico animal la misma importancia en el organismo, es bajo otro punto de vista muy distinto» (XV, 460).

Hay evidencias internas que sugieren que *Una temporada* se escribió a finales de los años 1840. La tecnología de Saturno se corresponde a la de la Europa de este período: los ciudadanos saturnianos se iluminan con luz eléctrica producida por pilas voltaicas de zinc y ácido nítrico; los teatros se alumbran con electricidad (XV, 342)³. Las referencias astronómicas nos ayudan a datar la composición de *Una temporada* con gran precisión. La novela no pudo escribirse antes de 1846 porque Leynoff cita como «últimamente descubierto» (XIII, 439) al planeta Neptuno (que no fue avistado por los as-

trónomos hasta septiembre de 1846⁴. *Una temporada* debe haberse escrito poco después de esa fecha: los viajeros espaciales ven sólo unos pocos asteroides (Vesta, Juno, Ceres y Palas) que eran los conocidos en las primeras décadas del siglo XIX, pero no se mencionan otros asteroides de características similares descubiertos por los astrónomos entre 1845 y 1849; las frecuentes referencias a las siete lunas de Saturno nos proporcionan otra sólida prueba de que la novela se escribió antes de 1849, cuando los astrónomos descubrieron la octava luna de Saturno. La novela de Aguimana, pues, fue probablemente escrita hacia el año 1847, esto es, alrededor de veinte años antes de que se publicara la obra de Julio Verne *De la Terre à la Lune* (1865), una novela generalmente citada como el primer intento de viaje no terrestre en el siglo XIX.

En la devoción que siente Aguimana por la ciencia se aleja de sus contemporáneos, los autores españoles del Romanticismo, y se acerca notablemente a la generación venidera del Naturalismo. Se deleita en ofrecernos una pléthora de detalles astronómicos; es notable lo bien que utiliza la civilización de Saturno para exponer las tecnologías conocidas en Europa a mediados del siglo XIX; pretende sobre todo explicar al lector los métodos del razonamiento científico. Los hombres de ciencia, como reclaman tanto Leynoff como el erudito saturniano Nolarto, deben buscar en los hechos la confirmación de sus hipótesis; los argumentos sobre la inducción y la analogía hay que asentarlos más allá de nuestros sentidos. Por medio de la observación y el razonamiento, los científicos establecen la perfección matemática del universo y esta perfección suprema argumenta la necesidad de un Ser Supremo. La llave de toda la vida es la electricidad, «el alma del universo» (XV, 129). Esto conduce a una concepción del hombre casi naturalista, ya que, aunque se acepta en teoría el libre albedrío, el temperamento y la conducta dependen de la polaridad eléctrica: el amor, la antipatía, el poder de los líderes, el genio o la criminalidad pueden explicarse con la electricidad⁵.

Antes que Lombroso, Aguimana proclama el parentesco entre genio y criminalidad. Ambos son una forma de anormalidad físicamente determinada y, por tanto, no sujetos al juicio moral: «Entonces ni admirarás a los grandes genios ni execrarás, sino que comprenderás a ciertos criminales célebres» (XV, 469). De acuerdo con sus teorías deterministas, Aguimana basa el amor en términos mecánicos, como cuando escribe: «Maquinalmente, y atraídos por el fuego ardiente de sus ojos, por el magnífico fluido que de ellos emanaba, acercáronse uno a otro...» (XVII, 601). Abundan las imágenes eléctricas, como en este ejemplo: «Las palabras que pronunció Silaydi ... fueron para Nostrady lo que es a un cadáver el contacto de una batería eléctrica» (XVIII, 122). La medicina se toma como una ciencia, no como un arte. El doctor saturniano Sattulo explica que el conocimiento del hombre se consigue por la disección y el análisis de los cadáveres, un estudio «ayudado siempre del cálculo y de la física» (XV, 471); la razón es el juez supremo en ambas materias: «Que el juez competente en ese examen es la razón, y que la razón no sufre más yugo que el que quiere imponerse ella a sí misma» (XV, 471).

Como en buena parte de la ciencia ficción, la descripción de las costumbres de otros planetas permite al autor ofrecer una crítica implícita de las terrestres. Los saturnianos son considerados con los demás, evitan el alcohol,

tienen hospitales admirables y una administración eficiente y honrada. Los actos gubernamentales son siempre austeros porque así no atraen al crimen. Aunque vemos en Saturno un sistema rígido de clases, la educación saturniana previene el odio interclasista utilizando uniformes y rehuendo el favoritismo en todo lo posible. La clave del sistema en Saturno es la educación elemental para todos: «Escuelas, pues, y siempre escuelas, clámase aquí en todas partes y a todas horas; escuelas, señores, escuelas, y media docena de leyes para regirnos» (XVII, 443). Sólo los más virtuosos y cultos pueden ser profesores: «Para ser maestro, señor, es preciso poseer una virtud sin tacha, ser fino, amable y grave a la vez, poseer una instrucción muy vasta, principalmente en *medicina* (el destacado es mío), un conocimiento profundo del corazón humano, y, sobre todo, un tacto exquisito para dirigir a los niños, premiar la aplicación y la virtud y castigar el vicio» (XV, 627). Como Giner de los Ríos, Aguimana opina que la reforma moral por medio de la educación conducirá necesariamente a mejorar la sociedad: «Procurad que los hombres sean buenos, y la sociedad será mejor» (XV, 627).

La reforma de la educación, sin embargo, no es suficiente en sí misma para producir la sociedad ideal, como se pone de relieve en la extensa discusión sobre esta materia en el capítulo LVI. Las creencias religiosas se limitan al reconocimiento formal de una deidad, lo que se considera por los saturnianos ilustrados como un sentimiento necesario para preservar la sociedad y contener pasiones perversas. Como estructura de gobierno, aunque la República se considera técnicamente como la organización ideal de la sociedad, se considera que en el momento presente es sólo «un bello ideal, pero irrealizable» (XVII, 447). Deben evitarse a toda costa los cambios violentos. Los revolucionarios son miopes porque, ignorando las costumbres, tradiciones e intereses creados, preparan el camino hacia la anarquía: «No hay gobierno nuevo, por bueno y perfecto que sea, que no tenga que chocar contra intereses creados, contra usos y costumbres establecidos, contra tradiciones respetables y contra el hábito mismo, que es casi una segunda naturaleza. Y si antes de intentar tan radical y profundo cambio no preparáis convenientemente al pueblo, tenedlo por seguro, Nittrando, correrá a torrentes la sangre, se conmoverá la nación hasta sus cimientos, y la anarquía aparecerá sembrando por todas partes la desolación y el espanto (XVII, 447). La cacareada tolerancia saturniana por las opiniones ajenas no se extiende a las críticas hacia el orden establecido: existe una «amplia tolerancia para todas las opiniones ... con tal de que no toquéis, se entiende, el orden y el gobierno establecidos» (XV, 135). La sociedad saturniana es, de hecho, superior a la de la Tierra sólo en su organización. La propia naturaleza humana es corrupta en todos los mundos, como comprueba finalmente Mendoza con amargura: «Oh hombres, hombres, en todos los mundos sois los mismos...» (XVII, 127).

La exposición de las ideas de los saturnianos posee un cierto interés histórico, no sólo como la expresión novelada de una ideología a la vez conservadora e ilustrada, que prevalecía en la clase media española mediado el siglo XIX. Desgraciadamente los elementos didácticos presentes en *Una temporada* se conectan estrecha y significativamente con la intriga novelesca que, aunque ubicada en Saturno, no deja de ser meramente una historia banal sobre

las vicisitudes de dos enamorados. *Una temporada* adolece de todos los defectos de la novela histórica española de la época. Resulta tediosamente lenta: las conversaciones son prolijas, las elaboradas formas de cortesía, con el uso del vos, llegan a irritar. Apenas se explotan las posibilidades de un escenario no terrestre. Aguimana no escapa a las limitaciones del romanticismo medieval. Pese al progreso tecnológico, sus saturnianos viven en un mundo extraordinariamente arcaico de caballeros, caballos, tornos, duelos, castillos feudales, pasadizos secretos y un rígido código de honor. Los personajes nunca cobran vida, con las posibles excepciones, y para eso en contados momentos, del estoico erudito Leynoff y el saturniano Nostrady, que, enloquecido y degradado por una pasión fatal, se muestra como una figura bien trazada en la novela romántica. Aguimana, en efecto, parece sufrir frecuentes duchas frías para no alcanzar un mínimo de originalidad. Así, después de una nada imaginativa descripción de la iluminación proporcionada por los anillos de Saturno en la noche polar de cada quince años del planeta, Aguimana pregunta al lector, de modo un tanto apologético: «Quizá me hago pesado con tantas descripciones; pero ¿cómo prescindir de ellas cuando se trata de un mundo desconocido? ¿He de callar, por ventura, lo que he visto?» (XVI, 604).

Creo que la novela de Aguimana merece, como mínimo, una breve mención en cualquier historia de la ciencia ficción europea; su relato del viaje a Saturno tiene un interés considerable como precursor de las posteriores y más exitosas novelas de Julio Verne, H. G. Wells y los modernos escritores de relatos sobre viajes interplanetarios. En lo que concierne a la relación de Aguimana con la ciencia, el racionalismo deísta y sus puntos de vista políticos, conservadores mas no reaccionarios, son una reflexión rara y posiblemente única en la novelística de su época, cuando aún perduraba el período romántico en España pero ya entremezclado con la ideología de la Ilustración. La novela romántica de aventuras caballerescas y amores virginales no era, desde luego, el vehículo idal para mostrar una ideología; los elementos científicos y didácticos de *Una temporada* se presentan, por tanto, con un aura de banalidad, en forma de discusiones eruditas que se suceden como entre paréntesis, apenas conectadas con la intriga de la novela. *Una temporada*, con su fecha tardía de publicación y el limitado talento del autor, no ejerció influencia alguna en el desarrollo de la novela española. Cuando finalmente apareció triunfante Julio Verne, sí que se impuso un nuevo género de relatos de aventuras científicas. La novela por entregas siguiente de esta laya en la *Revista de España* sería *La sombra*, de Pérez Galdós⁶.

NOTAS

1. *Revista de España*, Madrid, tomo XIII (1870), pp. 429-446, 584-601; tomo XIV (1870), pp. 103-114, 289-297, 456-466, 600-624; tomo XV (1870), pp. 122-141, 260-293, 444-471, 616-632; tomo XVI (1870), pp. 114-137, 279-302, 437-460, 588-611; tomo XVII (1870), pp. 123-138, 286-304, 435-453, 588-608, y tomo XVIII (1871), pp. 104-134. Todas las referencias de este estudio que aparecen en el texto se refieren a los tomos y las páginas de la *Revista de España*.

2. Los aspectos científicos de la novela han sido tratados brevemente por Alfredo Lefebvre en *Los españoles van a otro mundo* (Barcelona, Editorial Pomaire, 1968), pp. 37-42.
3. Entre 1841 y 1843 se realizaron diversas demostraciones públicas de luz eléctrica producida por baterías de ácido nítrico. La luz eléctrica se usó por primera vez en un teatro de París en 1846 para una obra con el curioso título de *Pommes de terre malades*. Ver «Eclairage» en *La Grande Encyclopédie* (París, s. a.).
4. Uno de los muchos anacronismos para tratarse de un viaje supuestamente realizado en 1822.
5. Aguimana no fue el único novelista español fascinando por el poder de la electricidad. Ros de Olano, por ejemplo, describe al Doctor Lañuela como «eléctrico-magnético espiritualista» (Antonio Ros de Olano, *El doctor Lañuela*, Madrid, Imprenta de Manuel Galiano, 1863, pp. 65).
6. Una versión primitiva de este artículo, titulada «Un viaje romántico a Saturno. *Una temporada en el más bello de los planetas* de Tirso Aguimana de Veca» se publicó en *Estudios del Romanticismo* 7 (1968), pp. 243-247. Me siento en deuda con los Administradores de la Universidad de Boston por permitirme reproducir varios párrafos de aquel artículo.

Traducción de «Spain's first novel of science fiction: A Nineteenth-century voyage to Saturn», en *Monographic Review/Revista monográfica, Ciencia ficción, fantasía y suspense hispánicos*, volumen III, 1-2, 1987, pp. 43-48

El más bello de los planetas

por Alfredo Lefebvre

Brian Dendle, de la Universidad de Michigan, ha señalado como antecedente de la ciencia ficción el relato español *Una temporada en el más bello de los planetas*, escrito por Tirso Aguimana de Veca. Si no posee todos los encantos de una historia a lo Julio Verne, el atractivo principal reside en la descripción del viaje extraterrestre, rumbo nada menos que a Saturno.

«Al amanecer de uno de los días del mes de junio de 1822, se hallaban los habitantes de un pueblo situado a siete leguas de Berlín, contemplando con admiración un globo de desusadas dimensiones, que rápidamente se elevaba por el espacio».

Este es el comienzo. Sorprende tal vez que se conciba un viaje fuera del espacio en globo. Hay otro, si no yerro, a la luna, también en globo, de Edgar Allan Poe, la *Aventura sin igual de un cierto Hans Phaál*. Aguimana inventa un recurso excelente para darle «normalidad» al medio cosmonáutico que emplea. El globo asciende hasta el término de la atmósfera terrestre, allí se detiene, pero mediante una técnica especial, entra en «las corrientes de comunicación» interplanetarias. Una nota explica: «Además de las corrientes que desde los planetas van al Sol, y viceversa, hay las que enlazan los planetas entre sí; por una de éstas vamos nosotros». Pero lo sabroso es esto: El científico promotor del viaje y alemán, naturalmente, usa nada menos que una «brújula» para orientar el globo en el espacio exterior. A su compañero, un joven español, le dirá: «No os asustéis, Mendoza, si al entrar en la corriente de comunicación con Marte sentís un estremecimiento extraordinario». Así sucede cada vez que se acercan a un planeta.

La conversación previa entre el científico Leynoff y el español es deliciosamente ingenua:

«—Mendoza, yo creo que es posible trasladarse desde la Tierra a uno de los mundos que pueblan el espacio. Y tanto lo creo, amigo mío, que pienso yo mismo efectuar este viaje.

«—¡Cómo! ¿Qué decís?

«—Que pienso trasladarme a un planeta.»

De este modo, el alemán le explica a Mendoza todo su proyecto. Le muestra la nave y todos sus artilugios: «Y me enseñó, por último, una careta de vidrio para cubrir el rostro y parte de la cabeza, del borde de la cual se desprendía una tela doble de lienzo, en medio de la que había una capa de goma elástica muy espesa.

«La careta era, como he dicho, para cubrir el rostro y la cabeza, y la tela para envolver el cuerpo en toda su extensión, pero sin adherirse exacta-

mente a él. El espacio que mediaba entre la tela y el cuerpo, que sería como de dedo y medio, tenía por objeto mantener la superficie de aquél, rodeado de aire, pues sabido es que éste, no sólo penetra en los pulmones por la traquearteria, sino que es absorbido por la piel. Tenía, además la careta, una abertura enfrente de la boca, la cual podía abrirse y cerrarse por medio de unos resortes contruidos con tan exquisita perfección, que permitían entrar el alimento sin dejar salir el aire.

»Frente a la nariz tenía también un agujero tapado con una rosca colocada en la extremidad de un conducto largo y cilíndrico, el cual iba a parar al receptáculo que contenía el aire, y cuyo conducto, siendo, además, bastante elástico, permitía hacer todos los movimientos necesarios para manejar las máquinas y para conducir el globo, en la dirección conveniente.»

Las frustraciones sentimentales que había padecido en esos días Mendoza, le mueven a correr un riesgo de muerte tan posible como el suicidarse al acompañar a su amigo en el viaje extraterrestre. A pesar de la resistencia del científico, al cabo de tres días, uno y otro entran en el globo, introducen los gases elevadores, y ya los tenemos saliendo por la atmósfera.

Las primeras etapas del viaje llevan la fascinación de la Tierra. Va empequeñeciendo, desaparecen todos los lugares reconocibles, los edificios, los bosques, los mares; crece la presencia del espacio, la amplitud del universo. Ya sabemos lo que sucede en el borde del final del aire atmosférico. Desde allí enfilan hacia las regiones espaciales de Marte. Mientras se acercan, en la cabina del globo, los viajeros se cuidan bien: abundan las fiambreras, el pan, vino del Rhin y sobre todo buen apetito. El cielo es cada vez más negro, el sol se hace más pequeño; crecen las distancias, las cifras, los asombros y se acercan los planetas habitados.

Mendoza se sobrecoge ante la presencia de Marte. Contempla un mundo igual a la Tierra: «veo una ciudad, y con sus calles, casas y palacios. ¡Qué perfectamente se percibe el mar, y los continentes que por todas partes rodean! Sí veo hombres, en este mundo, tan perfectamente distintos, como si me hallase junto a ellos.»

La aproximación a Júpiter pone dramatismo al viaje, con peligros de muerte por las inmensas llamaradas del planeta que recalientan al globo y sus viajeros. No caen al enorme planeta; las «corrientes de comunicación de Saturno» los alejan del trance y siguen avanzando hacia el lugar de destino.

Una copiosa cena —el autor debe haber sido un «gourmet»— prepara la inminente llegada a Saturno, después de los riesgos y angustias de Júpiter. Salmón, champaña, y luego el espectáculo de los radiantes anillos de Saturno, más las siete lunas. Descienden en la parte iluminada del planeta.

Allí termina el prodigioso viaje interplanetario. Es la parte más fascinante del relato de Aguimana. Después, el mundo saturniano sólo trae como curiosidad el tamaño colosal de cada cosa, árboles y hombres son inmensos. Todo lo que se describa de allí será igual a como se encontraba en la Tierra, durante los días del autor. No tiene ya interés referir todo lo que le sucedió a nuestros viajeros espaciales. Conviven con la familia del señor Nomara y otros personajes saturnianos. Se engendra un tipo de relación humana de alta dignidad, superior a la terrestre, lección del autor, clásico procedimiento para

mostrar otros mundos, que superan nuestras limitaciones y ejemplarizan toda ética.

Nunca pone Aguimana una invención de cariz saturniano. Si describe una siembra dirá que «unos animales parecidos a bueyes, tiran del arado, pero son mejores que ellos». A lo más, cambia los colores habituales, junto con mejorar siempre las calidades de toda cosa. «Eran los carruajes de graciosa forma, grandes, cómodos, y de exquisito gusto. Tiraban de cada uno de ellos siete caballos más corpulentos que los de la Tierra, de delgados remos, de lustrosa cabeza, de dilatado pecho, duro casco y admirable estampa. Desde la cabeza hasta la mitad del cuerpo, eran de un vivo encarnado, y todo lo restante de un color muy subido de violeta».

Entre las curiosidades que aparecen en Saturno figura la luz eléctrica. Tómese en cuenta que la invención de la bombilla de Tomás Alva Edison es de 1879. He aquí su descripción:

«La luz venía de un enorme globo de vidrio que parecía colocado en el cielo por su elevación. Este globo, que cuadraba precisamente con el centro de la ciudad, estaba sostenido por altísimas columnas que, arrancando de los arrabales y encorvándose graciosamente sobre sí mismas, remataban en un grande anillo, en medio del cual estaba colocado el globo.

»Las columnas eran huecas, y en sus bases se veían pilas de mil elementos cada una, regadas con ácido nítrico que, acumulado sobre el zinc, suministraba el fluido eléctrico necesario para sostener la luz. Los conductores del fluido eran alambres muy gruesos que subían por el hueco de las columnas para penetrar dentro del globo. La columna más ancha tenía una escalerilla de caracol, por la cual entraba el que había de tenerlo limpio».

No falta en ese mundo ninguno de los valores culturales que caracterizan la existencia terrestre. De Dios tendrían una imagen antropológica. Es contemplada en el cuadro de un templo: «La figura representaba un hombre desnudo, medio envuelto en una densa nube, que no dejaba percibir de él más que el pecho, los brazos, la cabeza y parte de la cadera y el muslo izquierdos, puesto que descansaba sobre el lado derecho». Enseguida exalta dicha representación; las admirables formas, la perfección de las facciones, la expresividad de los ojos, tales, que parecían hablar con quien los mirase. «Y en aquella figura celestial se veían retratadas toda la grandeza y majestad de un Dios. Y a Dios representaba efectivamente».

La imagen del universo que manifiesta el relato nos da una idea progresiva. Hay otros mundos y otros seres que ya han solucionado todos los grandes problemas. Una sucesión de humanidades, en creciente perfección. Un universo, por decirlo, muy completo y alentador, en el cual es posible llegar a encontrar todas las cosas y todas las respuestas.

Las relaciones entre saturnianos y terrícolas son, por lo demás, exquisitas. Siempre se hablan los unos a los otros con gran consideración y altas palabras. Por esto, cuando ya los viajeros van a regresar a la Tierra, a causa de que Leynoff se encuentra muy grave de salud, y quiere morir en su planeta de origen, la despedida tiene este emocionado extremo: «Todas las noches,

mientras vivamos —nos dijo el señor Notely, desgarrado el corazón por su dolor—, hemos de mirar a una misma hora, vos, Mendoza a Saturno, y nosotros a la Tierra. A lo menos, ya que no nos vemos, nos hablaremos con el pensamiento».

Con todo, Saturno es un mundo semejante a un cuadro fantástico, según expresa el autor, que «sólo puede crear la inteligencia en uno de sus delirios más espléndidos. ¡Ah, y así era todo en Saturno!» No deja de divisarse en la calidad y nobleza de las relaciones que los terrícolas prueban de los saturnianos, cierta prestancia y generosidad propias del pueblo español. Y al fondo de las concepciones que cultivan los saturnianos, hay una nebulosa remota, central del universo, en la cual se encuentra Dios.

Allí se entiende que la electricidad es el alma del universo. Allí no hay pobres. Allí no hay tabernas. Es graciosa la siguiente conclusión admirativa. Va Mendoza por una calle del país Romalia, y contempla maravillado el ambiente de la ciudad y sus habitantes: «Se les veía entregados al trabajo, sin que en las calles se observase ese barullo, ni ese ruido atronador que en la Tierra producen los vagos, las mujeres del pueblo, los coches y las campanas».

Todos los sentimientos alcanzan sublimidad; un joven enamorado de una chica que se llama Aneyda, le declarará gloriosamente: «...vuestra alma, llena de candor, aspira a otros goces más puros, a aquellos goces casi ideales de que sólo los ángeles pueden gozar». Un amigo suyo le ha consolado de sus problemas sentimentales; él le contesta con grandes párrafos de reconocimiento, hasta concluir con esta exclamación: «¡Santa amistad, y cuánto puedes!»

Con todo, «Una temporada en el más bello de los planetas» es un relato muy singular para los días en que fue escrito, capaz de trasladarnos de nosotros mismos y de nuestra Tierra.

Reproducido de *Los españoles van a otro mundo*, de Alfredo Lefebvre, Barcelona, Pomaire, 1968.

Tirso Aguimana de Veca

por Augusto Uribe

Tirso Aguimana de Veca es seudónimo del médico gallego Agustín María Acevedo¹. No figura en los Manuales de Literatura al uso, mas sí aparece citado en los sueltos de las *Biografías gallegas* de Amor Meilán, en el *Diccionario Bibliográfico de escritores* de Couceiro Freijomil y, después, en la *Enciclopedia Gallega*, en el epígrafe Acevedo, sin entrada por la voz Aguimana. Todos reproducen parte de un artículo del *Almanaque Gallego* de 1900, publicado en Buenos Aires, en que Castro López obtiene los datos biográficos del autor en una conversación que mantiene con su hijo Romualdo². He consultado los textos antes citados y, aún más, la *Bibliografía Hidrológica-Médica Española* de Martínez Reguera de 1897, que contiene un resumen de las Memorias que presentó como médico de balnearios, a las que más adelante me refiero, y de varios artículos suyos. He visto también sus partidas de bautismo y defunción.

Nació nuestro hombre en Ribadeo, provincia de Lugo, el 4 de julio³ de 1806 y fue bautizado como Agustín María Ramón, hijo de Ramón María López Acevedo⁴ y Francisca Vicenta Rodríguez. Su familia materna era ribadense pero su padre y sus abuelos paternos eran tapiegos, de Tapia de Casariego, partido judicial de Castropol, Asturias, próxima a Ribadeo.

Estudió en la Universidad de Santiago y se doctoró en la de Madrid. Terminada su carrera, en 1834 fue nombrado subdelegado de Medicina y Cirugía en el mentado Castropol. Pasó después a la titular de Villaviciosa y en 1849 a la de Avilés. En 1853 se trasladó a Oviedo, en cuya Facultad de Ciencias fue profesor de Historia Natural y, un año más tarde, miembro de la Junta de Sanidad. Asistió a dos epidemias de tifus en Asturias, la una en 1839 en Santa Eulalia de Oscos, municipio del partido judicial de Castropol, y la otra en 1843 en Mogobio⁵, lugar del municipio de Villaviciosa: en ambas se le agradecieron públicamente sus servicios. Asistió aún a una tercera, ésta de cólera en 1854 en Oviedo, que mereció una felicitación real en la *Gaceta*.

Pasó de Oviedo a Madrid para tomar parte en las oposiciones a médicos de baños minerales, donde había ocho vacantes para doscientos candidatos y, tras una serie de vicisitudes, obtuvo el primer lugar en la primera terna. Una Real Orden de 14 de abril de 1859 lo nombró Director de los Baños de Arteijo y Carballo, provincia de La Coruña, a dónde acudió ininterrumpidamente durante las temporadas de 1860 a 1870⁶. Cada año redactó una Memoria de actividades en la que, con pluma fácil, daba cuenta de todos los casos tratados. La primera contiene una descripción del balneario y su entorno, análisis y propiedades de sus aguas y demás, y mereció un premio por parte del Consejo de Sanidad.

En concurso resuelto el 27 de enero de 1871 obtuvo la plaza de Director Médico del balneario de Caldas de Besaya, en Cantabria, del que volvió a redactar una gran Memoria en ese año, más otras menos extensas en los si-

guientes, hasta que allí falleció el 2 de junio de 1874. Su partida de defunción—el Registro Civil se había creado en España dos años antes— es muy escueta: el empleado de la Casa de Baños que da cuenta de su muerte al juez de Los Corrales de Buelna dice ignorarlo todo sobre él, particularmente sobre si tiene o no hijos.

Sus trabajos profesionales, varios de ellos sobre el sistema nervioso, aparecieron en diferentes publicaciones, principalmente en el *Boletín de Medicina, Cirugía y Farmacia* y *El siglo médico*, ambos de Madrid.

Desde 1868 y ya sin otra actividad conocida que la balnearia, las Memorias de sus estancias de temporada las firma en Lugo en el mes de diciembre de cada año, por lo que cabe suponer que, hasta su vuelta al balneario en la estación veraniega, dispuso de meses de ocio para escribir novelas que han permanecido inéditas. Una que guardaba de tiempo atrás, *Una temporada en el más bello de los planetas*, accedió a publicarla a instancias del catedrático de Santiago D. Gumersindo Laverde Ruiz⁷.

El artículo de Brian J. Dendle, más arriba reproducido, es realmente bueno. Debería servirnos de modelo a quienes tantas veces resolvemos la crítica de una novela con poco más que el resumen de su argumento. Como anécdota, es notable su intuición al subrayar la palabra *medicina* sin saber que el autor era médico. Su argumentación sobre el año en que se escribió la novela es incuestionable y, de acuerdo con esa datación, la novela se escribió entre Castropol y Villaviciosa.

Como otros muchos, desconoce Dendle novelas anteriores a ésta de crítica social de los usos y costumbres españoles de mediados del siglo XIX, tales el *Astolfo* de 1833 o la *Lunigrafía* de 1855-1858. En *Astolfo, viaje a un mundo desconocido, su historia, leyes y costumbres*, el protagonista alcanza otro planeta y la descripción de sus leyes y costumbres permite al autor hacer una crítica no ya implícita, sino decididamente explícita, de las de España y Europa. La exposición de los usos terrestres y su contrapartida en el otro planeta ocupan la mayor parte de las páginas de la novela⁸ y la trama amorosa se trata más brevemente, al contrario de cuanto sucede en *Una temporada*. Al final *Astolfo* llega a la conclusión de que «la especie humana es igual en todos los globos, toda necesita igual remedio», como lo hace Mendoza al descubrir que la sociedad humana es corrupta en todos los mundos, «Hombres, en todos los mundos sois los mismos».

La *Lunigrafía ó noticias curiosas sobre las producciones, lengua, religión, leyes, usos y costumbres de los lunícolas*⁹ es una obra en nueve partes de Miguel Estorch y Siqués, quien, de acuerdo con el editor, firmó las cuatro primeras como M. Krotse para parecer alemán y hacer más creíble su narración. En ella el protagonista lanza con un cañón una bala a la luna, diez años antes de que lo hiciera Verne, en cuyo interior viaja un criado de corta talla y gran curiosidad, que no sólo regresa con noticias de los lunícolas, sino que establece una línea telegráfica entre los dos astros para que los sabios de la luna expongan sus usos y se espanten de los nuestros.

Otras novelas, como episódicamente el *Viage somniaéreo a la luna ó Zulema y Lambert*, de Joaquín del Castillo y Mayone en 1832, hacen la crítica de algunas costumbres terrestres. Y aún más, el *Viage de un filósofo a Selenópolis, corte desconocida de los habitantes de la Tierra*, de D. A. M. Y E. (Don An-

tonio Marqués y Espejo) en 1804, con el grave inconveniente de lo mucho que copia de la francesa *Le voyageur philosophe dans un pays inconnu aux habitants de la Terre*, de Mr. de Listonai en 1761.

Son bien descriptivas las páginas de Alfredo Lefebvre en *Los españoles van a otro mundo*, que voy a complementar con algún dato más. En 1835 se dio efectivamente la *Singular aventura de Hans Pfaall*¹⁰, de Edgar Allan Poe. Mas tres años antes ya se había dado otro viaje a nuestro satélite en globo, de autoría española, el citado *Viage somniaéreo a la luna*¹¹. Aunque el moro Ismael no llega a la luna, sí se embarca hacia ella y sueña que la ha alcanzado y conocido a sus pobladores.

«La literatura [fantástica]», escribe Kagarlitski¹², «pasaba de los viejos proyectos a los nuevos no porque aquéllos se realizaran, sino solamente porque el pensamiento ofrecía otras ideas de mayor interés». Así, para el viaje a la luna, del sueño o el viento que levantaba una nave, se pasó al vuelo a remolque de pájaros de Domingo González, a los cohetes por etapas de médula de buey de Cyrano y a la ascensión en globo, que fue la más frecuente.

Así, un año después de *Una temporada*, apareció en tres entregas *Un viaje al planeta Júpiter*¹³, del más que prolífico folletinista Antonio de San Martín, el peor literato de su género y el mejor cocinero de caldo gallego, en palabras de Cejador. Como el de Aguimana, era un globo grande, de noventa pies de longitud y aún más de latitud, capaz de arrastrar una barquilla con un compartimento para la Princesa, acolchado con plumas y seda verde de legítimo damasco, más otras dos personas, dos perrillos, los instrumentos de observación y las provisiones. sólo alcanzó el Planeta Rojo en sueños, hubo de regresar a la Tierra cuando el aire se hizo irrespirable.

Y dos años más tarde se publicó *Selenia*¹⁴, de Aureliano Colmenares, conde de Polentinos, donde sí llegan a la luna en globo una pareja de recién casados y el padre de la novia, en otro gran globo, con habitaciones separadas, un timón para dirigirlo y unas velas que movía el viento como aspas de molino, que guardan cierta semejanza con las ruedas de paletas del globo de M. Leynoff.

Este globo de M. Leynoff en *Una temporada*, que los americanos dirían de patio trasero de casa, no se detiene exactamente al término de la atmósfera, sino antes, en la parte superior de la misma, hay que suponer que donde la presión de los gases internos se iguala con la del aire exterior. Seguidamente entra en acción la máquina que mueve las dos ruedas de paletas¹⁵ que desplazan «horizontalmente»¹⁶ al globo hasta encontrar la corriente de comunicación con Marte. Ahí es donde M. Leynoff utiliza la brújula, no en el espacio exterior, sino todavía dentro de la atmósfera terrestre.

Al final, tras entrar en la corriente de Saturno y pasar rápidamente ante los anillos, con el solo tiempo de ver que tienen vegetación y vida, caen sobre Saturno en el jardín de un palacio. Su propietario es el príncipe de Toluma, primo del rey de Roquelia, que los acoge y se encarga de hacerles aprender la lengua del país. Cuando la dominan, explican que proceden del tercer planeta desde el sol, al que los habitantes de Saturno llaman Nattola, causando un asombro rayano en el estupor en quienes los escuchan.

A destacar, como dice Lefebvre, que se engendra un tipo de relación de alta dignidad. Por lo demás, sigue por páginas y más páginas lo que Dendle ca-

lifica acertadamente de una trama banal, que debería haber acortado el autor para no hacer la novela tediosa.

A la conclusión de su artículo, dice bien Lefebvre de la sublimidad de los sentimientos saturnianos, el alma candorosa y el goce semejante al de los ángeles. Mas eso no impide a Aguimana escribir textos tan mundanos como «en un lecho, cuya riqueza y magnificencia eran fabulosas, descansaba con delicioso abandono el cuerpo más bello y seductor que el ojo humano hubiese visto jamás. Las ropas que lo cubrían dejaban percibir contornos de una perfección extremada».

NOTAS

1. De Veca es casi Acevedo al revés, Tirso pudo ocurrírsele del San Tirso (de Abres), cercano a Castropol, y Aguimana, un apellido inexistente, lo formaría entonces con las letras restantes.
2. Romualdo Acevedo Rivero nació en Villaviciosa, Asturias (su madre era también gallega), estudió Derecho en Santiago y escribió asimismo en la *Revista de España*. Fundó y dirigió *El Diario de Lugo*, donde firmaba con el anagrama de Amorodul. Publicó interesantes trabajos sobre la historia de Ribadeo.
3. De julio y no de junio, como se lee en las referencias bibliográficas que lo mencionan. Su partida de bautismo, que se conserva en el archivo diocesano de Mondoñedo, dice que, nacido el día anterior, fue llevado a la pila el 5 de julio.
4. De ideología muy liberal, hubo de exilarse en Londres, donde fundó *El Español Constitucional* y se anunciaba como profesor de humanidades y violín. Tan radical era que proponía la implantación de una dictadura en España como único medio posible de traer luego la democracia.
5. Aparece escrito de otros modos, mas entiendo que se trata de este lugar.
6. Cada balneario alojaba al médico de baños que le correspondía, a su familia y hasta a su servicio doméstico durante los meses que permanecía abierto, remunerándolo además con el estipendio establecido.
7. Quizá cupiera preguntarse si, tras la *Gloriosa* de 1868 y la salida de España de Isabel II, pensó Aguimana que no tendría tropiezos con la censura por sus concepciones de la religión y de Dios.
8. Se recalca que allí las leyes son pocas y claras, a fin de que todos puedan conocerlas y respetarlas, lo que es tema recurrente en las novelas de esta estirpe.
9. Para el conocimiento total de esta obra, que no he encontrado completa ni en la Biblioteca Nacional de Madrid ni en ninguna otra española, soy deudor de la Universidad de Wisconsin.
10. 1.^a edición española en *Historias extraordinarias*, Madrid, Mateu, 1918.
11. Castillo y Mayone, Joaquín del. *Viage somniaéreo a la luna, o Zulema y Lambert*, Barcelona, Saurí y Cía., 1832.
12. Kagarlitski, Yuri. *¿Qué es la ciencia ficción?*, Madrid, Guadarrama, 1977.
13. San Martín, Antonio de. *Un viaje al planeta Júpiter*, Madrid, Librería de El Puente de Alcolea, 1871.

14. Colmenares, Aureliano. *Selenia, viaje científico recreativo de descubrimientos en el cielo austral, verificado por la familia S'lay, redactado en vista de las notas del mismo Doctor Harry S'lay, y original por D. Aureliano Colmenares*, Madrid, Imprenta a cargo de Juan Iniesta, 1873.
15. Unas paletas que no funcionarían fuera de la atmósfera; necesitarían de un mínimo de aire para ejecutar su movimiento de arrastre del globo.
16. *Horizontalmente* es claro que quiere decir circunvalando la Tierra a gran altura, como cuando decimos que nos movemos *en horizontal* sobre su superficie curva.

UNA TEMPORADA EN EL MAS BELLO DE LOS PLANETAS

CAPITULO PRIMERO.

QUIÉN ERA M. LEYNOFF.

Al amanecer de uno de los días del mes de Junio de 1822; se hallaban los habitantes de un pueblo, situado á siete leguas de Berlín, contemplando, con admiración, un globo de desusadas dimensiones, que rápidamente se elevaba por el espacio.

En aquel globo, íbamos M. Leynoff, celebridad científica de Alemania, y yo. Pero como el lector no me conoce, y es muy posible que tampoco haya llegado á su noticia el nombre de M. Leynoff, voy en breves palabras á dar una idea de los dos:

Me llamo Enrique Benito de Mendoza, y soy hijo del General de este apellido, que murió defendiendo á su patria (España) cuando Napoleon quiso, por una perfidia, subyugarla. Mi madre, de complexión delicada y enfermiza, dejó de existir á poco tiempo, y yo me ví huérfano en harto temprana edad, toda vez que sólo tenía 15 años en aquella época desgraciada. Desde entónces hasta el presente (cuento ahora 28), ha sido mi vida una série no interrumpida de infortunios, para mitigar los cuales me propuse viajar por toda Europa. En uno de estos viajes conocí á M. Leynoff.

Era éste, un hombre alto, delgado, como de unos 50 años, de aspecto sério, de andar grave, y de rostro enjuto y descolorido. Sus ojos, negros y rasgados, tenían un brillo extraordinario, y su mirada, escrutadora y profunda, hacia bajar los ojos á cualquiera que se le acercase. La primera vez que le ví, me impuso este hom-

bre; pero luego que le traté, me fué altamente simpático por su saber, por su conversacion de poderoso atractivo, y por sus maneras de tan exquisita finura, que me encantaron.

Procuré intimarme con él, y lo conseguí. Un día (reinaba ya entre los dos grande amistad), después de haber disertado largamente sobre geología, me habló de astronomía, á cuya ciencia era en extremo aficionado. Dijo tales y tantas maravillas, que me asombró: tambien él guardó silencio, hasta que, levantando luego la cabeza, dijo de pronto:

—Mendoza, yo creo que es posible trasladarse desde la Tierra á uno de los mundos que pueblan el espacio. Y tanto lo creo, amigo mio, que pienso yo mismo efectuar este viaje.

—Cómo! Qué decis?

—Que pienso trasladarme á un planeta.

—A un planeta! —dije mirándole estupefacto:—quereis, por ventura, trasladaros á un planeta?

—Si, al más bello, al más lindo y magnífico de los planetas, á Saturno.

Hé ahí una monomanía bien bizarra,—dije para conmigo;—pobre M. Leynoff!

Y como si hubiese dicho alto lo que acababa de pensar, repuso aquel hombre con dulzura;

—Me tomáis por un visionario, no es verdad? Lo esperaba, y me extrañaría que me hubiéseis juzgado de otro modo.

—Perdonad, pero.....

—Lo esperaba,—repitió sin inmutarse lo más mínimo,—y no por eso me resiento, amigo mio. Mi proyecto carece de sentido comun, y es, para toda persona sensata, un imposible verdadero.

—En efecto,—le contesté algo cortado;—tan imposible me parece, que por un momento os creí presa de algun desarreglo intelectual. ¿Me permitireis que os haga algunas objeciones que modifiquen, acaso, vuestra creencia singular?

—Con sumo gusto,—me respondió.

Entónces, por medio de razonamientos que no podian, en mi concepto rebatirse, traté de hacerle comprender los obstáculos, verdaderamente insuperables, que hacian de todo punto irrealizable aquella empresa temeraria. Así la calificué.

M. Leynoff me escuchó, sin interrumpirme, y, sonriendo siempre, me preguntó:

—Veis lo que acabais de decir?

—Sí...

—Pues insisto en mi proyecto más que nunca.

—Me asombráis.

—Oid por qué.

Y me explicó detalladamente las bases en que apoyaba la posibilidad de su proyecto, destruyendo una por una todas mis objeciones, é indicándome otros inconvenientes que yo no había siquiera imaginado, al paso que me manifestaba el modo seguro de evitarlos.

Después me llevó á un patio de su casa, donde ví un globo de grandes dimensiones, dividido en dos departamentos, destinados uno para los gases, y otro (tenía la figura de una sala) para él, en el cual había una cama, algunos muebles; instrumentos y máquinas, cuya aplicacion y utilidad me hizo en seguida comprender. Habiendo entrado en él, me indicó los cristales por donde debía penetrar la luz, y uno, más grande que los otros, colocado en la parte superior, al traves del cual podia verse el cielo con toda comodidad. Me enseñó tambien los aparatos para hacer el aire, y para purificarlo después de haber sido respirado; y me enseñó, por último, una careta de vidrio para cubrir el rostro y parte de la cabeza, del borde de la cual se desprendia una tela doble de lienzo, en medio de la que había una capa de goma elástica muy espesa.

La careta era, como he dicho, para cubrir el rostro y la cabeza, y la tela para envolver el cuerpo en toda su extension, pero sin adherirse exactamente á él. El espacio que mediaba entre la tela y el cuerpo, que sería como de dedo y medio, tenía por objeto mantener la superficie de aquél, rodeado de aire, pues sabido es que éste, no sólo penetra en los pulmones por la traquearteria, sino que es absorbido por la piel. Tenia, además, la careta una abertura enfrente de la boca, la cual podia abrirse y cerrarse por medio de unos resortes construidos con tan exquisita perfeccion, que permitia entrar el alimento sin dejar salir el aire.

Frente á la nariz tenía tambien un agujero tapado por una rosca colocada en la extremidad de un conducto largo y cilíndrico, el cual iba á parar al receptáculo que contenia el aire, y cuyo conducto, siendo, además, bastante elástico, permitia hacer todos los movimientos necesarios para manejar las máquinas, y para condu-

cir el globo en la direccion más conveniente. Como se vé, todo, absolutamente todo, lo habia previsto aquel hombre extraordinario.

Mientras M. Leynoff me explicaba todo esto, se verificaba en mí un fenómeno singular. Mi razon admitia como buenas las justas y fundadas reflexiones que me hacia, y, sin embargo, no podia convencerme de que fuese realizable su proyecto. Esto me afectaba tanto, que salí de aquella casa completamente aturdido con lo que acababa de oír, y con lo que á mí mismo me decia para creer ó desechar las ideas de M. Leynoff.

A la mañana siguiente, en el momento de levantarme, preocupado todavía con la conversacion del dia anterior, me entregaron una carta que acababa de llegar de España. La abrí inmediatamente, y, oh, Dios mío! quién podrá decir lo que sentí al leerla? ¿Quién podrá explicar las angustias, los tormentos y el dolor inmenso que destrozaron mi alma?

Y sin embargo, aquella carta me participaba un suceso bastante comun, y que es recibido por muchos con notable frialdad; aquella carta me decia que una mujer, á quien amaba con delirio, y con la cual pensaba casarme un dia, me engañaba, puesto que me habia abandonado por otro.

Pero yo, huérfano, sin tener con quién compartir la ternura que rebosaba mi alma, habia concedido á aquella mujer todo mi cariño, porque la creia buena, y porque tenía en ella la misma confianza que pudiera tener en Dios. Ah! aquel desengaño fué terrible, puesto que disipó por completo todas mis ilusiones, é hizo perder á mi vida todos sus encantos.

Creí morirme!

De pronto, y en medio de la confusion de ideas que hacian hervir mi sangre, acudió á mi mente el nombre de M. Leynoff, é inmediatamente, y sin darme cuenta de lo que por mí pasaba, salí de mi casa y corrí á la de aquel hombre, al cual encontré sentado leyendo tranquilamente.

—Estais,—le dije sin saludarle siquiera,—verdaderamente decidido á emprender el viaje de que me hablásteis ayer?

—Sí, Mendoza,—me dijo mirándome con extrañeza,—¿por qué me lo preguntais?

—Porque... porque...

—Vamos, por qué?

—Porque quiero acompañaros.

—Acompañarme! Os habeis vuelto loco, amigo mio?

—Puede ser, pero quiero acompañaros.

—¡Vos, Mendoza, vos tan joven y lleno de vida quereis acompañarme en una empresa que es la muerte! Ah! no lo consentiré de ningun modo.

Pero yo estaba desesperado, y sin hacer caso de lo que me dijo M. Leynoff, insistí en mi idea, le conté lo que acababa de pasarme, y le afirmé, que si no accedia á mis deseos, aquel mismo dia me mataria.

Al fin consintió.

—Cuándo marchamos?—Le pregunté en seguida.

—Dentro de tres dias.

—Pero me ocurre una dificultad.

—Cuál?

—Que si he de ir con vos, preciso es que haya otra careta y otra tela para mí.

—Tengo ocho, pues ya comprendereis que si se me rompiese alguno de estos aparatos, y no tuviese otro con qué sustituirlo, estaba perdido.

—En hora buena, pero aún hay otra cosa.

—Qué cosa?

—Que yendo juntos, preciso es que hablemos, y si no hay más aire que el que llevan nuestros aparatos, y ninguno entre vos y yo, no será posible hacerlo.

—Esa dificultad está prevista,—dijo sonriendo M. Leynoff.

—De veras?—repuse admirado,—y cómo?

—Pasando desde mi aparato al vuestro, un cordon largo y cilindrico, el cual, poniendo en comunicacion el aire que nos rodea, no podrá ménos de agitarse éste, y trasmitirnos la palabra cuando hablemos.

—Entiendo, entiendo,—dije cada vez más admirado.

Tres dias después introdujimos en el globo los gases que debian elevarlo, y entramos en él con planta firme y ánimo sereno: un momento después subiamos por nuestra atmósfera.

CAPITULO II.

ASCENSION POR EL ESPACIO.

—Ahora, venios cerca de mí,—me dijo M. Leynoff,—y podreis examinar, á vuestro gusto, las diferentes fases que adquiere y pierde la superficie de la Tierra á medida que nos vamos elevando.

En efecto, sentados cómodamente en nuestra sillas, y dirigiendo la vista por la abertura que nos habia dado paso, veíamos perfectamente los montes, los árboles, los edificios y otros mil objetos cuyos contornos, si bien perceptibles todavía, se iban desvaneciendo poco á poco.

El sol aparecia entónces sobre el horizonte, y es imposible dar una idea del aspecto mágico de que revistió los objetos que entónces iluminaba de soslayo. Ya no veíamos estos sino en confuso; los árboles desaparecian poco á poco, los edificios se oscurecian, los montes se aplastaban, y muy en breve no fueron á nuestros ojos más que pequeñas arrugas, como las que tiene en su corteza una naranja. La superficie de la Tierra no era plana, era por el contrario convexa, puesto que principiábamos á percibir sus enormes declives laterales. ¡Qué espectáculo el que se ofrecia á nuestra vista! Por abajo, una bola inmensa de un color oscuro en muchos puntos, y pálido y amarillo en otros, es decir, en aquellos que el sol iluminaba de soslayo; por los lados, gruesas nubes plateadas unas, y de contornos dorados otras, las cuales, movidas á merced del viento, se mecían dulcemente en nuestra atmósfera; por encima, un azul infinitamente más oscuro que el que vemos desde la superficie de la Tierra; y más allá de este azul, es decir, en una especie de abismo sin fondo, se destacaba el espacio con sus inconcebibles dimensiones. Qué grandeza! Qué magnificencia! Qué inmensidad! ¡Ah, este cuadro arrebatador sumia el alma en un mundo de misteriosas reflexiones!...

De pronto, dijo M. Leynoff:

—Mendoza, hace frio; nuestra respiracion principia á hacerse trabajosa, y ántes que la sangre que afluye á nuestros rostros salga afuera, ó rasgue alguno de los vasos que penetran en el cere-

bro, es preciso que respiremos un aire más denso y más caliente, que está ya preparado en nuestras máquinas. Imitadme.

Dijo, y cogiendo una de las caretas de vidrio que teníamos á la mano, la acomodó á su cabeza con increíble rapidez, cubriendo en seguida el cuerpo con la tela que de aquel pendia, la cual cerró después exactamente. Hecho esto, cogió la extremidad del conducto elástico que comunicaba con el aire, y lo colocó por medio de una rosca en el agujero que tenía en frente de la nariz, haciéndome señas para que le imitase. Así lo hice, y tan pronto como concluí, principié á sentir un calor suave, que me causó sumo placer. La tela se hinchó al punto, y aunque un poco me incomodó al principio, me acostumbré después á ella, de manera que ya no la sentia, ni me impedía ejecutar mis movimientos.

Media hora después, ascendia el globo con ménos velocidad, y no tardó mucho en quedar enteramente inmóvil.

—Hemos llegado,—me dijo M. Leynoff,—á la parte superior de nuestra atmósfera. Ahora, Mendoza, hacedme el favor de callar hasta que lleguemos á la corriente de comunicacion con Marte, á la que voy á dirigirme desde luego (1).

Dicho esto, puso en accion una de las máquinas que iban en el globo, por cuyo medio principiaron á moverse dos ruedas, armadas de paletas anchas, que aquel tenía á los lados. El globo se puso al instante en movimiento; M. Leynoff se colocó en uno de sus extremos, empuñó el timon, clavó la vista en una brújula que tenía delante, y dió la direccion á su vehículo.

Qué imponente estaba entónces aquel hombre! Inmóvil, silencioso y meditabundo, no apartaba sus ojos de la brújula, si no para dirigirlos hácia el Sur: era tal su recogimiento, que no se le sentia respirar, y sólo podia inferirse que vivia, por las gruesas gotas de sudor que surcaban su frente. A poco rato, me dijo:

—No os asusteis, Mendoza, si al entrar en la corriente de comunicacion con Marte, sentis un estremecimiento extraordinario.

Aún no habia acabado de proferir estas palabras, cuando además del estremecimiento anunciado, senti un empuje tan violento, que indudablemente hubiera caido á no haberme agarrado á una de las máquinas que estaban fijas en el suelo por medio de unos tor-

(1) Además de las corrientes que desde los planetas van al Sol, y viceversa, hay las que enlazan los planetas entre sí: por una de éstas ibamos nosotros

nillos. Este sacudimiento, sin embargo, duró poco, pues en breve nos pareció que habíamos quedado en reposo, según era suave y dulce el movimiento del vehículo.

—Ahora,—dijo M. Leynoff,—podemos hablar sosegadamente, pues á pesar de la extremada rapidez con que marchamos, debemos tardar un mes en recorrer los diez y ocho millones de leguas que hay desde aquí hasta Marte. Tomemos un bocado y tomémoslo de nuestros alimentos ordinarios, pues para los primeros días, y mientras puedan conservarse las vituallas, he traído bien provistas cuatro grandes fiambreras.

Dijo, y del cajón de un armario sacó platos, servilletas, cubiertos, pan y una de las cuatro fiambreras. Trajo además dos botellas de excelente vino del Rhin, con lo cual, y el apetito que teníamos, hicimos una comida deliciosa.

Acabada ésta, me dijo M. Leynoff:

—Y bien, Mendoza, os arrepentís de haberme acompañado? Creeis todavía mi empresa una locura? Habladme con franqueza.

—Oh, nó, y mil veces nó, pues voy creyendo que llevareis á cabo este viaje peligroso. Y si tal sucede, ¡oh, amigo mio! si tal sucede, preciso es que os erijan estátuas todas las naciones de la tierra.

—Consigamos nosotros nuestro objeto,—repuso M. Leynoff,—que todo lo demás poco me importa.

Ahora, Mendoza, ya que corremos tan grandes peligros, y que tenemos nuestra vida pendiente de un hilo, por si acaso la Providencia se digna conservárnosla, procurémos sacar todo el partido posible de nuestra crítica situación, ya para instruirnos, ya para hacer nuestras observaciones, y ya para gozar de lleno de los portentos que van á ofrecerse á nuestra vista. Estais de espaldas á ese vidrio, que da paso á la luz, y no podeis observar el aspecto singular que presenta el cielo en este instante. Venios aquí, colocad vuestra silla al lado de la mia, observad, y asombraos.

Cogí, en efecto, mi silla, la coloqué al lado de M. Leynoff, miré al cielo y me quedé pasmado.

Ni una nube, ni el más leve celaje se interponia entre nosotros y el Sol, el cual despedia entonces una luz triste y sombría en medio de un cielo absolutamente negro. El disco de este astro era ya menor que el que vemos desde la superficie de la Tierra, lo cual probaba lo mucho que de ésta y de aquel nos íbamos alejando. En

torno del Sol, y esparcidas aquí y acullá por la bóveda celeste, brillaban miles de estrellas que, siendo otros tantos soles iguales y aun mayores que el nuestro, sólo parecían pequeñas por la distancia á que se encontraban de nosotros.

—Oh, esto es bello,—dije á M. Leynoff,—y este cielo, absolutamente negro, me llena de admiración.

—Y no sin motivo, Mendoza,—repuso M. Leynoff,—toda vez que ese color oscuro depende ahora de hallarnos fuera de nuestra atmósfera, que es la que nos presenta aquel tinte hermoso azul que tanto nos embelesa. La falta de esa misma atmósfera, es la causa de que la luz que llega hasta nosotros no ilumine más que los objetos sobre los que con tanta viveza se proyecta, mientras que el resto del globo permanece enteramente negro.

Pero, Mendoza,—continuó M. Leynoff con creciente animación:—además de lo que habeis visto en ese cielo tan extraño, fijad ahora vuestra atención, y reconcentraos en vos mismo para contemplar ese silencio augusto, esa calma profunda, y esa majestad terrible que por todas partes nos rodea. Ved ese espacio inmensurable, cuyos remotos límites están fuera del alcance humano, y recordad que en él se mueven, en órbitas enormísimas, millones de mundos infinitamente más grandes, no digo ya que el nuestro, que es de todos, excepto dos (Mercurio y Vénus), el más pequeño del universo, sino que el mismo Sol, cuyo volúmen, respecto de la Tierra, es un millón trescientas ochenta y cuatro mil cuatrocientas setenta y dos veces mayor.

—Qué asombro!—dije aturdido.

—Y para que formeis cabal idea,—continuó M. Leynoff,—de la magnitud de los globos que pueblan el espacio, quiero que sepais que la Luna dista de nosotros setenta radios terrestres, es decir, sesenta veces la distancia que hay desde la superficie de la Tierra hasta su centro, ó, lo que es igual, ochenta y cinco mil leguas. Ya comprendereis cuán grande debe ser la órbita que alrededor del mundo describa nuestro satélite. Pues bien; si fuese posible colocar al Sol en el lugar que está la Tierra, de manera que su centro correspondiese al de ésta exactamente, no sólo cubriría su volúmen esta misma Tierra y todo el espacio comprendido entre ella y la órbita de la Luna, sino que, ¡asombraos! se extendería otro tanto más allá.

—Qué volúmen tan monstruoso!

—Monstruoso, sí, tenéis razón,—continuó M. Leynoff;—y sin embargo, nuestro Sol no es más que una de las infinitas estrellas (y no de las mayores) que hay en nuestra nebulosa, es decir, en ese prodigioso bancal ó aglomeración de soles que componen la *Vía láctea*.

—La *Vía láctea*!—le repliqué estupefacto:—entonces nuestro Sol, y por consiguiente la Tierra, deben estar colocados en ese mismo bancal que tan lejano vemos de nosotros.

—Quién lo duda?

—Nosotros colocados en la *Vía láctea*! ¿Y creéis que haya alguno que no rechace y que acaso no se burlé de una aseveración que tanto repugna á los sentidos?

—Pues hay que creerlo,—repuso M. Leynoff,—porque es la verdad. El Sol y por consiguiente la Tierra, no sólo están colocados en la *Vía láctea*, sino que lo están hacia su parte média, es decir, muy cerca de aquel sitio en que el bancal principia á dividirse en dos ramales.

—Pues entonces,—repuse yo,—¿cómo vemos la *Vía láctea* á una distancia tan enorme, que las estrellas que la componen, siendo otros tantos soles, como vos decís, más bien parece una nube oscura, que un agregado de cuerpos luminosos?

—Por esa misma distancia, Mendoza. Si nuestro Sol fuese visto desde cualquiera de las estrellas que componen la *Vía láctea*, este sol parecería que sólo estaba separado de las demás por un espacio insignificante, ó por mejor decir, imperceptible.

Vistas pues desde la Tierra, las estrellas que componen nuestra nebulosa, parece que están juntas, es decir, que forman un agregado, un todo que demarca la figura del bancal, y sin embargo, ellas están separadas unas de otras y guardan entre sí ignales y aun mayores distancias que las enormísimas que las separan del Sol y de nuestro sistema planetario.

—Oh! eso es casi increíble,—dije yo.

—Y todas esas estrellas, Mendoza, todos esos soles ó mundos que vemos en el espacio, no componen más que una nebulosa (la nuestra), siendo así que el resto del universo, del cual conocemos una parte pequeñísima, aquella parte que nuestra vista ayudada de los más perfectos telescopios, puede con trabajo percibir, está cuajado de otras muchas nebulosas, cada una de las cuales es tan grande ó mayor que la nuestra, es decir, que aquella de que formamos una parte imperceptible.

—Y qué límites entónces,—dije yo,—debe tener ese espacio cuya sola idea me anonada!

—Y añadid á eso,—continuó M. Leynoff,—que juzgando por las leyes de induccion y analogía, únicas que deben guiarnos en las cosas que no pueden apreciar nuestros sentidos, cada una de esas estrellas ó soles, debe tener sus planetas satélites y cometas. Considerad ahora, Mendoza, ¡qué cúmulo inconcebible de mundos recorren ese espacio infinito, y qué cúmulo mayor de prodigios no ofrece á nuestra inteligencia atónita y sobrecogida de respeto la creencia casi segura de que todos esos mundos están habitados, es decir, poblados de seres de igual ó superior naturaleza que la nuestra!

Porque no es posible, sería hasta hacer una injuria al Ser Supremo, persuadirse que cuerpos tan enormes y de construccion más bella y perfecta que la nuestra, estuviesen suspendidos en el espacio, sin más objeto que admirarnos, siendo así que tanto los planetas superiores, como los inferiores, tienen sus días, sus noches, sus años, sus estaciones, sus atmósferas, sus mares, sus continentes enteramente parecidos á los nuestros.

—Indudablemente,—dije yo.—¡Y qué hermoso debe ser Saturno con sus arcos y sus siete lunas de tamaños tan distintos!

—No lo sabeis bien. Saturno tiene una armazon ó aparato diferente de los demás planetas, excepto uno (Neptuno), últimamente descubierto, y del todo parecido á él: debe ser por consiguiente magnífico, y por eso lo elegí para nuestras investigaciones. Pero dejemos esto, Mendoza, y atendamos á la conduccion de nuestro globo.

—Teneis razon.

—Ya sabeis que desde aquí á Saturno no hay noches, pues dependiendo éstas del movimiento de rotacion que tienen sobre sí mismos los planetas, y no ocupando nosotros ninguno en la actualidad, nada hay que pueda interponerse entre nosotros y el Sol. Acaso en Marte, y cuando pasemos por detras de Júpiter, experimentemos una ó dos, pero nada más. De consiguiente, por el cronómetro que veis allí (y señalaba una mesa), y por el que yo llevo en el bolsillo, distribuiremos nuestro tiempo.

—Es imposible que ámbos durmamos á la vez, por el cuidado que requiere la conduccion de nuestro globo: forzoso es pues que nos compongamos de manera, que durmais vos miéntras yo velo, y

que pueda hacerlo yo mientras vos esteis despierto. Sin embargo, como acostumbro á dormir poco, y como á mi es á quien compete evitar los peligros que puedan ocurrir durante el viaje, vos dormireis cuando querais, y yo lo haré cuando no haya otro remedio.

—Oh! no digais eso por Dios,—le repliqué con viveza,—acaso vuestra conversacion y vuestra compañía, no me son más agradables que el descanso? ¿No deseo ver cuanto en este viaje nos sucede? Ah! dejadme os ruego velar tambien y no querais privarme de la única distraccion capaz de mitigar mis sufrimientos. Sed generoso, amigo mio.

—Como gustéis,—me contestó M. Leynoff.

En efecto, comiamos y dormiamos casi á las mismas horas que lo haciamos en la tierra, sólo que M. Leynoff invertia en esto poco tiempo, y aun este poco tiempo, estaba siempre distraido y con zozobra. Y ¿por qué? ¿Seria susceptible de miedo aquel hombre singular? Ah! no, no tenía miedo, ni ménos lo conocía; su sobresalto y su temor eran por mí, y de esto no me quedó la menor duda, desde una noche en la que, creyéndome dormido, le oí decir:

—Pobre jóven! ¿con qué dulzura descansa, y cuán grato me es verle dormir! Dios poderoso!—añadió mirando al cielo,—dignaos protegerle, y si alguno de los dos ha de morir, haz que sea yo, pues si fuese él, tendria un sentimiento infinito, un remordimiento eterno.

CAPITULO III.

VISTA RÁPIDA DE MARTE.

Ningun acontecimiento digno de contarse nos sucedió desde la Tierra hasta Marte; pero el dia 29 de Setiembre, á las ocho de la noche (no se olvide que estas fechas eran las que nos marcaban los relojes, puesto que por ellos mediamos el tiempo, y las que teniamos cuidado de anotar en un cuaderno destinado para esto), principiamos á observar que nuestro globo caminaba con una rapidez infinitamente mayor que la que habia tenido hasta entónces. Tan pronto como lo notó M. Leynoff, me dijo:

—Vamos á llegar á Marte, Mendoza, puesto que á la rapidez de la corriente que nos conducia, se une ahora la atraccion de este planeta.

—Y qué hacemos?

—Qué hacemos! Introducir en el local correspondiente los gases de ascension para que, cuando lleguemos á Marte, no pasemos de la superficie de su atmósfera.

Dijo, y al instante llenó de ellos el receptáculo destinado á contenerlos; y lo hizo tan á tiempo, que no tardó una hora en quedar el globo enteramente inmóvil.

—Estamos en la parte superior de la atmósfera de Marte,—me dijo M. Leynoff;—pero ántes que busquemos la corriente de comunicacion con Júpiter, quiero hacer, desde este sitio, un reconocimiento en el planeta. Mirad hácia abajo, Mendoza.

—Ya miro.

—Qué veis?

—Nada, ó por mejor decir, una especie de niebla muy espesa.

—Está bien; esperad ahora.

Entónces sacó de un cajon un grande anteojo, lo armó, y lo dirigió hácia el cuerpo del planeta. Largo rato estuvo mirando sin decir una palabra: luego, abandonando el instrumento, dijo:

—Hay grandes nubes interpuestas entre nosotros y el planeta: esperémos un poco, el tiempo, al ménos, que yo tarde en preparar la máquina que ha de mover las ruedas para conducirnos á la corriente de comunicacion con Júpiter.

En efecto, se puso M. Leynoff á trabajar, y después de haber invertido en sus preparativos una hora, cogió de nuevo el telescopio, lo limpió, y lo dirigió hácia el cuerpo del planeta. Tambien estuvo mirando largo rato sin decir una palabra; después se separó, quitó un vidrio, puso otro y volvió á mirar; luego quitando el vidrio que habia puesto, y colocando el que tenia anteriormente, dejó el instrumento diciéndo:

—Ahora os toca á vos: mirad, Mendoza, y mirad con atencion.

Así lo hice, pero apenas hube mirado un instante, cuando retrocedí lleno de asombro.

—Dios poderoso! qué es esto?

—Qué teneis?—me dijo sonriendo M. Leynoff.

—Qué tengo! qué tengo! que veo un mundo, un mundo absolutamente igual al nuestro.

—Pues qué!—me dijo M. Leynoff, siempre sonriendo—¿creias que Marte fuese otra cosa que un mundo, como el que nosotros habitamos?

—Ah! yo no sé lo que creia; sospechaba sí, que fuese un mundo que estuviese habitado; pero de sospecharlo á verlo de una manera tan palpable, hay una diferencia extraordinaria. ¡Oh Monsieur Leynoff! --añadí sin poderme contener, — vos no sois un hombre, sois sin duda algun ser sobrenatural que habeis tomado la figura humana para concebir este proyecto, que vais, por lo que veo, realizando.

Inefable era el gozo de M. Leynoff al ver mi entusiasmo, y en su semblante noble y lleno de bondad, brillaba una satisfaccion purísima, que le hacia feliz.

—Vamos,—me dijo,—no perdamos un tiempo que es precioso; volved á mirar, y referidme lo que vayais observando.

Volví, en efecto, á mirar, observé largo rato, y dije lleno de admiracion:

—Una ciudad, veo una ciudad, por vida mia, y con sus calles, casas y palacios! ¡Qué perfectamente se percibe el mar, y los continentes que por todas partes la rodean! Esto es asombroso, asombroso sin la menor duda. ¿Sabeis, amigo, que no sé lo que me pasa y que me parece estoy soñando?

—No lo extraño, pero acordaos que tambien lo he visto yo.

—Y habeis permanecido tan tranquilo? En verdad que sois de piedra, amigo mio.

—No es eso, Mendoza.

—Pues qué es?

—Que todo lo que veis en Marte, lo habia visto yo desde la Tierra.

—Qué hombre! qué hombre!

—Pues aún falta lo mejor.

—Y qué falta?

—Esperad, y lo vereis.

Dicho esto cogió el telescopio, le quitó un vidrio, le puso otro, y me lo dió, invitándome á que mirase. Así lo hice, pero mi asombro fué mayor que las veces anteriores: estaba fuera de mí.

—Estais loco por fuerza, amigo mio. Qué os sucede?

—Que me ha de suceder,—le respondí,—si veo hombres en este mundo tan perfectamente distintos, como si me hallase junto á ellos? Allí va uno acompañando á una mujer. ¡Y qué trajes tan airosos llevan! pero, cuánto tambien se diferencian de los nuestros!

—En efecto, —dijo M. Leynoff;—pero observad la viveza de sus colores.

—Cierto; y aquella especie de casquete con plumas que el hombre lleva en la cabeza, lo mismo que el manto y la túnica de color de rosa, son muy lindos.

—Y el traje de la mujer? Qué os parece de él, Mendoza?

—Admirable. Calla; allí vienen otros hombres; con ellos vienen también mujeres y algunos niños que éstas llevan de la mano. Oh, por Dios, amigo mío, por Dios descendamos á este mundo, y hagamos en él nuestras investigaciones.

—No puede ser, Mendoza.

—Pues si no quereis descender á Marte, permitidme al ménos, que observe desde aquí sus maravillas.

—Tampoco puede ser.

—Pero, por qué? —dije bastante disgustado.

—Porque el tiempo es precioso, y porque si lo perdemos inútilmente, pueden surgir graves peligros, que vos no conoceis y yo sí. Con que, os lo repito; vamos á buscar la corriente de comunicacion con Júpiter.

Obedecí sin replicar, arrastrado por la superioridad de M. Leynoff, que entónces, más que un hombre, me parecia un Dios. Tal al ménos le presentaban á mis ojos el éxito brillante que acababa de obtener, y los descubrimientos que habíamos hecho en Marte! Y si hubiese sucedido al contrario? Si en lugar de un mundo habitado, hubiésemos encontrado una masa informe? No puedo negarlo; M. Leynoff hubiera desmerecido mucho, en concepto mío, á pesar de ser el mismo en uno y otro caso. Tal es el hombre, que jamas juzga sino por los resultados, á pesar de ser estos tan falibles!

CAPÍTULO IV.

CONTINUACION DEL VIAJE.

Entre tanto, la máquina funcionaba ya, y corriamos con velocidad por la atmósfera del planeta. De pronto sentí otro estremecimiento muy parecido al que experimenté en la Tierra cuando llegamos á la corriente de comunicacion con Marte.

—Estamos en la corriente de comunicacion con Júpiter, —me

dijo M. Leynoff,—y caminamos rápidamente hacia este astro. Ahora podemos hablar lo que gusteis, pues tenemos tiempo bastante para hacerlo. Con qué tanto os ha gustado Marte?

—Cómo, si me ha gustado! Por mi parte hubiéramos bajado á él, y hubiéramos examinado cuanto contiene de notable. Vos no habeis querido hacerlo, y yo respeto demasiado los motivos que á ello os obligaron, para que trate de reconveniros.

—Y teneis razon,—me contestó M. Leynoff,—porque, tanto como vos, deseaba yo bajar á Marte; pero tenia mis motivos para no hacerlo. Sin embargo, ahora casi me pesa no haber accedido á vuestros ruegos, por una razon.

—Y cuál?

La incertidumbre en que estoy respecto del planeta Júpiter. Si este mundo está habitado, nada tenemos que temer; pero si por el contrario está en fusion, el peligro que corremos es grande, inminente, y acaso imposible de evitar.

Pero bien, qué nos puede suceder, morir? Pues muramos á lo ménos con valor.

—Oh, no es la muerte la que me aflije, no, pues al lanzarme en este espacio sin limites, siempre la miré como segura. Mi afliccion es sólo por vos, amigo mio, que sin mí jamas hubiérais emprendido este viaje. Oh, Mendoza! Perdonadme si el placer irresistible de teneros á mi lado, he sacrificado vuestra vida y vuestro porvenir, que aún pudiera ser dichoso.

—Y olvidais que este viaje mitigó mis sufrimientos? ¿Olvidais que sin los peligros que me rodean, que sin los prodigios que estoy viendo, y sin la esperanza de lo que me resta aún que admirar, ya hubiera muerto de dolor? Sed más justo, amigo mio, y recordad, que si os sirvo de consuelo en vuestra situacion actual, á vos debo yo la vida que aún conservo. Sabeis, que lo que está encima y por debajo de nosotros es tan nuevo para mí, que hay momentos (y ved que me causa rubor el decirlo) que la misma Rosalía se me olvidaba? De qué teneis, pues, que reconveniros?

—Noble y generoso amigo!—dijo M. Leynoff, abrazándome con ternura:—acabais de quitarme un peso que me abrumaba; el valor y la confianza renacen de nuevo en mí, y ya no me espantan los peligros que puedan sobrevenirnos. Ahora, Mendoza, dispensadme si no os hablo más, hasta que hayamos llegado á Júpiter.

En efecto, desde entónces se reconcentró en sí mismo M. Ley-

noff; dormía poco, comía ménos, y se paseaba muchas veces: lo demás del tiempo lo invertía en hacer cálculos. Su estuche de matemáticas estaba siempre abierto, y sentado junto á una mesa, con el compas en la mano, trazaba círculos y echaba cuentas. Várias veces le oí hablar consigo mismo, pero tan bajo, que nada le percibía; y en una palabra, su abstraccion y recogimiento eran tan grandes, que no se acordaba siquiera que existía. Qué hombre!

Sin embargo, la travesía que hicimos desde Marte á Júpiter, estuvo muy léjos de ser tan feliz como la que habíamos hecho desde la Tierra á Marte, pues á los quince dias de camino, sentimos un estremecimiento extraordinario que hizo oscilar nuestro vehículo.

—Acabamos de pasar,—me dijo M. Leynoff,—al traves de la corriente de comunicacion con Vesta, que es el primero de los asteróides: no os asusteis, Mendoza, si ántes de llegar á Júpiter, se estremece de nuevo nuestro globo.

Dicho esto, volvió M. Leynoff á sus meditaciones, que sólo había interrumpido para tranquilizarme.

En efecto, no tardamos en sentir otro sacudimiento semejante al anterior, producido por la corriente de comunicacion con Juno, y á los pocos dias otro, ocasionado por la corriente de comunicacion con Ceres: éste fué más grande que los anteriores.

Pero el más violento, y el que hizo suspender á M. Leynoff sus meditaciones, fué el producido por la corriente de comunicacion con Pálas, el cual, no sólo estremeció nuestro vehículo, sino que suspendió su curso algunos segundos; pero siendo la corriente que nos conducía superior en fuerza á la del asteróide, superó al fin el poder de ésta, sacando al globo del peligro, y haciéndole caminar con la misma regularidad que en un principio.

—Hemos superado,—me dijo M. Leynoff,—todos los obstáculos que hasta ahora se nos presentaron; pero falta el mayor y el más terrible, que es nuestro paso por el planeta Júpiter. Si lo vencemos, si pasamos, en fin, por encima de su atmósfera, podemos dar por terminado nuestro viaje, con mucha más facilidad que me había figurado allá en la Tierra. Animo pues, Mendoza.

Dicho esto, volvió á reconcentrarse en sí mismo.

Seis dias caminamos sin novedad por aquellos remotos sitios; pero al sétimo principié á sentir un ruido extraño que me llamó la atencion. Es imposible dar una idea de este ruido, ni hallo palabras con que explicar el efecto que en mí causó.

Escuché otra vez, y el ruido, que aumentaba por momentos (tal era la rapidez con que marchábamos), hacía un contraste muy grande con el silencio que hasta entonces experimentáramos. Miré á M. Leynoff..... Ah! tambien él lo habia oido; tambien él meditaba; pero, excepto cierta palidez ocasionada por sus trabajos y vigiliass, no noté en su cara signo alguno de terror. Estaba tranquilo, sereno, hasta sublime en la atencion con que lo escuchaba.

—¿A qué atribuíis ese ruido?—me dijo, fijando ea mí una mirada triste.

—No lo sé,—le respondí;—pero sé perfectamente que este ruido no puede ser sino siniestro.

—Siniestro, sí, pobre Mendoza; teneis razon; y tan siniestro, que él nos revela, de una manera, que no admite duda, que Júpiter está en fusion, y que si un milagro no nos salva, vamos á perecer dentro de poco.

—Pero, en fin, ¿es sólo el ruido el que os hace presumir que Júpiter está en fusion?

—Sí, Mendoza.

—No alcanzo el cómo.

—Pues es bien claro.

Explicáos entónces.

—Este ruido, Mendoza, que sólo oimos en confuso, porque falta el aire que debiera trasmitírnoslo, y que no oiríamos absolutamente nada si el espacio estuviese vacío, no es otra cosa que el resultado del movimiento sordo é intestino que un fuego devorador ejerce en las entrañas del planeta, ruido que se extiende hasta la parte más alta de su atmósfera, que extremece los gases de que consta ésta, y que se pierde, por último, en el espacio. Su extrema violencia y las vibraciones de ese cuerpo sutilísimo que llena el universo, chocando contra las telas que envuelven y rodean nuestros cuerpos, la hacen llegar hasta nosotros.

—Entónces estamos perdidos.

—Segun, pues, aunque el peligro es inminente, se halla éste en relacion con el grado de fusion de Júpiter, es decir, que puede todavía superarse, si el calor de este planeta no se extiende hasta las últimas capas de su atmósfera. Os repito que esteis tranquilo, y que no me habéis, mientras yo no os dirija la palabra.

Obedecí sin replicar.

(Se continuará.)

TIERO AGUIMANA DE VHOA.

UNA TEMPORADA EN EL MÁS BELLO DE LOS PLANETAS

V.

VISTA RÁPIDA DE JÚPITER.

Entre tanto, la rapidez del vehículo aumentaba, y por ella, y por lo que nos habia sucedido al llegar á Marte, conocí que nos acercábamos á Júpiter.

De repente sentí un calor sofocante, y que se paraba el globo, no como en Marte, quedándose absolutamente inmóvil, sino oscilando y meciéndose en la atmósfera de Júpiter, cómo oscila y se mueve un buque en medio de una mar tempestuosa.

Miré á M. Leynoff, y estaba pálido; sus ojos se dirigian con ansiedad hácia el cuerpo del planeta, y mientras que con una mano sostenia el telescopio en disposicion de servirse de él cuando llegase la ocasion, no dejaba de mirar ávidamente á un papel con números que tenia en la otra. Yo no apartaba mi vista de él. De repente veo dibujarse en su boca una sonrisa, que, por lo inesperada, me llenó de admiracion.

—Qué teneis?—le dije con ansiedad:

—Que nos hemos salvado, Mendoza; salvado sí, gracias á un milagro de la Divina Providencia.

—Salvado! ¿cómo así, cuando el globo oscila de una manera tan violenta? No os comprendo, amigo mio.

—Tranquilizaos—me dijo M. Leynoff—en cuyo rostro brillaba la alegría más viva. Nos hemos salvado, os lo repito, pues, ade-

más de que el calor de Júpiter es soportable en las últimas capas de su atmósfera, hemos tenido la fortuna de caer, casi pegados, á la corriente de comunicacion con Saturno. Es verdad que el globo sufre ahora sacudidas muy violentas, pero tambien lo es que, ayudados de las paletas que tiene á sus lados, podrémos abandonar este sitio así que el peligro sea inminente. No perdamos un segundo; mirad hácia abajo y observad un espectáculo el más grande é imponente que el ojo humano haya visto jamas.

Miré, en efecto, y.... Oh Dios! ¿Dónde están las palabras, dónde las ideas, dónde la elocuencia que se necesita para describir lo que entónces se ofreció á mi vista?

Al ruido extraño que habíamos percibido en un principio, á aquel ruido amenazador que parecia estremecer el universo, se unia un calor fastidioso y sofocante. Numerosos torbellinos de humo se elevaban desde el cuerpo del planeta hasta la parte más alta de su atmósfera, y estos torbellinos, agitados por la violencia extremada del calor, se precipitaban silbando por entre los huecos y separaciones que las materias inflamadas dejaban al pasar de un punto á otro. En medio de estos torbellinos, y después de detonaciones, imposibles de describir por lo horrosas, se elevaban con ímpetu furioso, y á la par de las columnas de humo, ráfagas anchísimas de una llama blanca en su centro y más oscura en su base y punta, que nos hacia ver la superficie del planeta como un océano de fuego, cuyo calor, de una intensidad imposible de calcular, mantenía en estado líquido las materias que lo fomentaban.

Mas á aquel ruido, á aquellos torbellinos de humo, á aquellas ráfagas de fuego y á aquellas detonaciones horrosas que las precedían, se unia una especie de quejidos lastimeros (efecto del silbido de los gases) semejantes á los que exhalarían seres humanos que se estuviesen abrazando en aquel incendio nunca visto. Al mismo tiempo resonaban á lo léjos, y hacían erizar nuestros cabellos, crujidos espantosos, prolongados y siniestros, que se oían en los intervalos de las detonaciones, y que parecían provenir del desplome ó hundimiento de colinas que se formaban y desaparecían, y de montañas que se derrumbaban. Tantos horrosas á la vez produjeron en mí tal efecto, que no pude ménos de exclamar:

—Oh, M. Leynoff! Si el infierno tiene un sitio en alguna parte, preciso es que sea aquí, y que á él vengán á parar todos los condenados de nuestro sistema planetario. ¿No es Júpiter, mayor

que todos los planetas juntos? ¿Y no llama la atencion que él solo permanezca incandescente todavía? Qué decís?

—Que sólo Dios puede saberlo; pero alejémonos de este sitio cuanto ántes, si no queremos abrasarnos.

Dijo, y poniendo en movimiento la máquina de las paletas, llegamos al instante á la corriente de comunicacion con Saturno, por la cual nos dejamos conducir ébrios de gozo.

—Hé aquí uno de los momentos más felices de mi vida—dijo M. Leynoff.

—Oh! sí, y muy feliz, amigo mio—le contesté con una especie de respeto que, involuntariamente me causaba el ver como iba realizando su proyecto.

CAPITULO VI.

LLEGADA Á SATURNO.

Caminábamos tranquilamente cuando me dijo M. Leynoff:

—¿Quereis, Mendoza, que comamos un bocado con la salsa de la satisfaccion y la esperanza tan fundada de vernos pronto en Saturno?

—Que me place—le contesté.

Trajo M. Leynoff una lata de salmon, que comimos con apetito, bebiendo en seguida una botella de Champagné que acabó de disipar hasta la última huella de las terribles emociones que habíamos sufrido en Júpiter.

Después de la comida, me dijo M. Leynoff:

—Ahora, Mendoza, reparad ese cielo tan oscuro y silencioso, tachonado de estrellas, y ese sol, cuyo volúmen disminuye progresivamente á medida que nos vamos alejando. Marte, la Tierra, Venus y Mercurio han desaparecido ya para nosotros, aunque los busquemos con el telescopio, y desde Saturno no veremos más que al Sol y á Júpiter, de todo nuestro sistema planetario. Prodigiosas distancias hemos recorrido, amigo mio, y sin embargo estas mismas distancias vienen á hacerse inapreciables si las comparamos con las que hay desde Saturno á las estrellas. Un solo cabello que un hombre, colocado en Sirio, pusiese delante de los ojos, ocultaria todo nuestro sistema planetario, incluso á Urano, cuya órbita es, sin embargo, de 662.000.000 de leguas.

—Parece increíble—dijo yo.

—Y sin embargo, es la verdad. Oh, el cielo!... el cielo!...

Y diciendo esto bajó M. Leynoff la cabeza en ademan meditabundo, y permaneció en este estado largo rato.

Quince días después observamos que aumentaba la rapidez de nuestro globo.

—Nos acercamos á Saturno—me dijo M. Leynoff.

Y cogiendo el telescopio y dirigiéndolo hacia el cuerpo del planeta, lo estuvo contemplando mucho tiempo; luego se separó y dijo:

—Mirad, Mendoza.

Miré en efecto y.... Oh, qué astro tan magnífico!

Se me apareció como una luna enorme, meciéndose entre dos anillos concéntricos entre sí, y próximo uno á otro.

En torno de esta luna giraban siete cuerpos (los satélites) que, respecto del volumen del planeta, podían compararse á siete perlas. El brillo, sin embargo, tanto en los arcos como en los satélites y como en el planeta, disminuía progresivamente á medida que nos acercábamos á éste, y en la misma proporción iba aumentando el volumen de los objetos referidos, presentándose, al fin, Saturno como un mundo inmenso, sus arcos como dos fajas luminosas, y sus satélites con el aspecto de nuestra luna, si bien algunos eran todavía más hermosos. El más distante, sobre todo, era admirable y casi tan grande como la Tierra.

Es imposible—me dijo M. Leynoff—que lleguemos á Saturno sin tropezar con sus anillos, ya porque la corriente que nos conduce pasa muy cercana á ellos, y ya porque deseando ver cuanto antes este mundo, necesitamos ir á caer sobre su parte iluminada, es decir, sobre aquella parte que se halla de cara al sol; de lo contrario, nos expondríamos á envolvernos en una noche de quince años. Bien sé que desde este sitio podíamos pasar á otro donde fuese día; pero entonces perderíamos mucho tiempo, y para evitarlo, nos conviene, como he dicho, ir á caer sobre su parte iluminada.

—Ya lo creo,—dijo yo,—y si es posible, debemos procurar que así suceda.

—Y sucederá, Mendoza, pues para conseguirlo, no tengo más que introducir en el lugar correspondiente algunos gases de ascension, aumentar su fuerza, cuando nos acerquemos á los arcos, y vencida la atracción de estos, disminuir el poder de aquellos para descender sobre Saturno.

Así lo hicimos, en efecto; pero fué tan rápido nuestro paso por delante de los anillos, que no pudimos observarlos con el telescopio: no nos quedó duda, sin embargo, de que había vida y vegetación en ellos, pues así debimos deducirlo del color variado de su superficie, y de los bosques y colinas que, á la simple vista, percibimos.

Por fin, llegamos á Saturno, y caímos sobre su parte iluminada.

A Saturno! Y era cierto que estábamos en él?

Ah! lo veía, y apenas podía creerlo.

CAPITULO VII.

LA FAMILIA DEL SEÑOR NOMARA.

El sitio donde caímos era una especie de cuadro formado por árboles, tirados á cordel, de una altura y corpulencia colosales. Sus ramas eran tan espesas y tan largas, que casi venian á tocarse en el medio del cuadro, formando sobre éste una especie de cúpula achatada, en medio de la cual se veía un claro por donde únicamente penetraba el sol. Lo ancho de las hojas y lo dilatado de las ramas hacian una sombra deliciosa.

A un lado del cuadro, se veía una mesa grande, cubierta con un lienzo ó mantel finísimo, atestada de manjares diferentes.

Ocupaba un anciano la cabecera de esta mesa, y á sus lados estaban sentadas cuatro personas; dos mujeres, una ya de edad, y la otra muy joven; y dos hombres, uno en todo su vigor, y otro tambien joven. Varios criados, lujosamente vestidos, servian á estas personas.

El anciano era un hombre muy alto, y digo muy alto respecto de nuestra estatura, algo encorvado, de blanca y despoblada cabellera. Tenía un aire noble, y al paso que su frente denotaba una inteligencia poderosa, que sus maneras revelaban la más alta distincion, y que su rostro inspiraba cariño y respeto á la vez, su color sonrosado y la llenura de sus carnes, daban indicios de una constitucion vigorosa todavía. Una túnica cuyos pliegues sujetaba un cordon de seda, un manto que sobre ella caia con cierta gravedad, una especie de botas de color azul, anchas y con encajes en sus bordes, y un sombrero grande rodeado de una blanca plu-

ma, era el traje que vestia. M. Leynoff y yo le contemplamos con placer.

No era lo mismo la mujer de más edad, que ocupaba su derecha. Se observaba en ella mucha distincion, y un aire verdaderamente aristocrático; pero su fisonomía, orgullosa y poco simpática, eclipsaba estas buenas cualidades. La regularidad de sus facciones denotaba que habia sido hermosa, lo mismo que sus maneras indicaban lo elevado de su rango. Hablaba poco, observaba mucho, y parecia que todos la respetaban: los criados al parecer temblaban delante de ella. Una gorra y una túnica de tisú, zapatos sujetos con cintas cruzadas á las piernas, y un manto que, sin duda porque se sentia calor, habia echado sobre el respaldo de su asiento, era el vestido que llevaba.

La jóven que tenía á su lado, aunque con algunos rasgos de la mujer que acabo de bosquejar, poseia en alto grado la benévola fisonomía del anciano. Era de una blancura extremada, y de un candor y de una dulzura celestiales. No tenía faccion que no fuese perfecta, y tanto su mirada como su sonrisa eran hechiceras.

Una túnica más blanca que la nieve ceñia su cuerpo, y esta túnica, sujeta por un cordon bordado de oro, quedaba casi oculta por una especie de gasa que, descendiendo de su bien contorneada espalda, le llegaba hasta los piés. Calzaba unos zapatos de color azul, sujetos á sus piernas por cintas del mismo color, graciosamente cruzadas. Toda la persona de esta jóven revelaba finura, dignidad y la más exquisita distincion: era un ángel en toda la extension de la palabra.

Enfrente de ella estaba el hombre de mediana edad, de tez morena y poblada barba. Su semblante era franco y simpático, sus facciones pronunciadas y su aire reposado: todo revelaba en él al hombre de juicio, y de metódica y acompasada compostura. Su traje era por el mismo estilo que el del anciano, aunque mucho ménos rico.

A su lado, y enfrente de la mujer de más edad, se hallaba un jóven alto, pálido y de esbelto talle. Tenía el cabello negro, bigote del mismo color, y una barba tambien negra y finamente recortada. Su nariz era redonda hácia la punta, sus lábios delgados y descoloridos, y su boca pequeña: sus ojos negros y rasgados eran de una expresion dura, y sus dientes, pequeños y muy iguales, de una blancura perfecta. Era hermoso este jóven, sin duda; pero su

hermosura estaba como velada por sus maneras desdeñosas, y por un aire altanero en demasía.

Su traje consistía en una capita de color de púrpura, rematada con franjas de oro, en una túnica bastante corta, pues sólo le llegaba á los muslos, y en una especie de pantalon, con grandes listas, que iba á perderse dentro de sus botas. Cubría su cabeza una gorra de una tela negra, parecida á los terciopelos de la tierra, sobre la cual ondeaban tres grandes plumas, sujetas á ella por un círculo de brillantes.

Todas estas observaciones fueron hechas al traves de los cristales que tenía el globo, y mientras nos despojábamos de los cordones y aparatos que nos envolvían.

Como es de inferir, estas personas comían en buena y agradable compañía, gozando, al parecer, de un día de campo. Júzguese de su sorpresa cuando vieron caer, como del cielo, un objeto tan extraño y desconocido (1) para ellos. Todos, por un impulso involuntario, pararon de comer, y hasta los criados se quedaron inmóviles de sorpresa; pero la sorpresa llegó al asombro, y éste al estupor, cuando vieron salir del globo y ponerse inmediatamente en pié dos hombres vestidos con unos trajes, para ellos extravagantes, y en cuyas caras se veía pintado un estupor igual, ó quizá mayor que aquel de que ellos estaban poseídos.

Nos miraban y los mirábamos; callaban y nosotros hacíamos lo mismo. La atención era profunda por ámbas partes; pero aquel silencio era embarazoso para todos.

El que con más atención nos observaba era el anciano; pero el que nos lanzaba miradas sombrías y de mal agüero era el joven. Este, después de su primera sorpresa y de una inmovilidad casi absoluta, se puso pálido, profirió una exclamación como de rabia, y cogiendo un cuchillo de la mesa, vino con él hácia nosotros.

Inmediatamente llevamos las manos á los bolsillos, en los cuales habíamos metido las pistolas antes de dejar el globo; y ya las íbamos á sacar, y ya el joven estaba cerca de nosotros, cuando un grito del anciano, y algunas palabras que no comprendimos, le hicieron detenerse, muy á pesar suyo por cierto, pues le vimos temblar de rabia. Miró al anciano, pero sin dejar su puesto, hasta que nuevas palabras de aquel, acompañadas de un gesto mar-

(1) Había globos en Saturno, pero no de la singular figura del nuestro.

cado de disgusto, le obligaron á dar la vuelta, no sin habernos lanzado ántes una mirada amenazadora.

Conocíamos demasiado la importancia de que nuestra primera entrevista con los habitantes de aquel mundo fuese pacífica; así es que aprovechamos, con ánsia, la coyuntura tan feliz que nos ofrecía la benévola intervencion del anciano. Tan pronto como el jóven llegó á la mesa, y se colocó en su puesto, hincamos una rodilla en el suelo, inclinamos la cabeza en ademán respetuoso, y cruzamos las manos sobre el pecho. Un instante después nos levantamos y volvimos á mirar al anciano de un modo tan expresivo, que debió sin duda comprender nuestra intencion, toda vez que, después de algunas palabras que cambió con sus compañeros, se levantó y vino, poco á poco, hácia nosotros. Cuando estuvo cerca, volvimos á arrodillarnos, levantamos nuestras manos hácia él, y renovamos nuestras demostraciones de respeto, ya que no podíamos hacerlo con palabras. ¡Ah, sólo Dios sabe hasta qué punto es doloroso el ignorar la lengua de un pueblo, ó de un mundo desconocido, cuando un gesto ó una mirada de los extranjeros puede convertir en amigos ó enemigos á aquellos con quienes tenga que rozarse.

Durante nuestra pantomima (sólo así puede llamarse), no apartaba el anciano su vista de nosotros, examinándonos y procurando leer en nuestros corazones; pero después de una detenida observacion y de haber vuelto á mirar á sus compañeros, puso ámbas manos sobre nuestras cabezas, bajó un poco la suya, y nos hizo seña de que le siguiésemos. Obedecimos sin vacilar, y le seguimos hasta la mesa, á la cual siempre por señas nos hizo acercar, invitándonos á que comiésemos. Más por complacerle y captarnos su voluntad, que por ganas, probamos algunos bocados de una carne que no conocíamos, pero que estaba tan sabrosa que no pudimos ménos de mirarnos M. Leynoff y yo en señal de satisfaccion.

Mientras comíamos éramos objeto de una curiosidad siempre creciente, que se revelaba en los cuatro comensales, segun la naturaleza especial de cada uno: en la mujer de más edad, era viva y desdenñosa; en la jóven, dulce y llena de interes; investigadora en el hombre de edad madura; hostil en el jóven y cada vez más benévola en el anciano.

Cuando acabamos de comer anocheceia; pero estaba tan cubierta la atmósfera, que no pudimos ver el cielo, cosa que tanto deseába-

mos en Saturno. El anciano se levantó primero, los demás le imitaron, y nosotros, fijos los ojos en aquel excelente hombre, que mirábamos ya como nuestro protector, hicimos otro tanto. M. Leynoff y yo marchábamos los primeros; detrás iban el anciano y el joven, y en pos de ellos las dos damas, llevando en el medio al hombre de edad madura.

Durante el camino observamos que hablaban con calor el anciano y el joven, y al ver que la conversacion se animaba cada vez más no nos quedó la menor duda que era objeto de ella la escena que acababa de pasar.

—Hablan de nosotros,—me dijo M. Leynoff.

—Sin la menor duda—le contesté.

Aún no habia acabado de proferir estas palabras, cuando la conversacion del joven con el anciano cesó repentinamente; se pararon todos y se miraron unos y otros como si quisiesen comprender lo que decíamos. El anciano sobre todo fué el que prestó más atencion; pero viendo que guardábamos silencio, reanudó la conversacion con el joven, y prosiguieron su camino: nosotros hicimos lo mismo.

Fuera del cuadro de árboles en donde habíamos comido, y atravesada una extensa praderia cuyo término no podíamos percibir por lo mucho que avanzaba la noche, llegamos á una casa de campo cuyo fróntis, al parecer de mármol, estaba sostenido por arca-das de un gusto arquitectónico intachable. De sus cuatro lados destacábanse grandes balcones rasgados de atrevida forma. Un terrado con flores y rodeado de verjas de bronce terminaba el edificio.

Ápenas pisamos el pórtico apareció una doble fila de criados con antorchas encendidas. Atravesamos el vestíbulo y un patio, en cuyo centro habia una fuente de numerosos surtidores, cuyos juegos eran tan variados y caprichosos que nos sorprendieron. Subimos una espaciosa escalera y después de ver al paso multitud de habitaciones adornadas de un modo que harian aparecer miserables las de los palacios de la tierra, entramos en un salon.

Era este circular y su techo elevadísimo y lleno de relieves; estaba sostenido por columnas de una materia para nosotros desconocida. Colgaduras de una tela semejante á nuestros damascos, recogidas con abrazaderas de oro descendian en anchos pliegues hasta el suelo, que cubria alfombra muy fina y de vivo colorido.

Los muebles eran notables por lo delicado de su trabajo y lo elegante de su forma. De algunos de ellos comprendimos al punto el uso á que estaban destinados; pero de otros nos fué imposible saberlo.

CAPITULO VIII.

LOS TERRÍCOLAS APRENDEN LA LENGUA DE LA GRAN ROQUELIA.

(1) Miéntasque M. Leynoff y yo observábamos todo esto, hablaban animadamente los tres hombres y la mujer de más edad, siendo el resultado de la conferencia llegarse á nosotros el hombre de edad madura, cogernos de la mano y llevarnos á otra habitación donde nos dejó, saludándonos con respeto.

Y de este saludo inferimos al punto que iban formando de nosotros un concepto más aventajado.

La habitación donde nos dejaron estaban cubiertas sus paredes de una especie de raso amarillo, lo mismo que las sillas y un sofá colocado en medio de dos camas. El techo era de color azul y el suelo estaba cubierto con otra alfombra tan rica como la del salón. Un brasero colocado en uno de los ángulos de la estancia despedía un perfume delicioso.

—Estamos al fin solos!

Era tal la grandeza de los objetos que veíamos, y tal lo que dentro de nosotros pasaba, que ni nos habíamos comunicado nuestros pensamientos, ni aun habiendo quedado solos pudimos hacerlo en largo rato. Permanecíamos en pie inmóviles como estatuas y mirándonos uno á otro. Al fin no pudiendo contenerme, porque mi corazón parecia salirse del pecho, abracé á M. Leynoff, y le dije:

—Dejadme que os exprese mi reconocimiento por haberme trai-

(1) Debo hacer aquí una aclaracion, que es importante. Yo doy á todos los objetos que he visto en Saturno los mismos nombres que les damos en la tierra, no porque en realidad fuesen iguales á los de ésta, sino por lo mucho que se parecen á los que entre nosotros designamos del mismo modo. Además como el idioma de aquel mundo no podrían entenderlo los lectores, forzoso es que al volverlo al castellano dé á esos objetos los mismos nombres con que los conocemos nosotros. Lo dicho se entiende igualmente respecto de las ciencias á que se dedicaban aquellos singulares habitantes.

Ruego al lector que no olvide nunca esta advertencia.

do á un mundo tan bello como Saturno. ¡Oh, amigo mío! Estoy aquí y apenas puedo creerlo: se me figura que soy presa de un sueño delicioso, del cual me sería muy sensible despertar.

—Ya lo veis, Mendoza; Saturno es un mundo igual al nuestro, sin más diferencia que ser mucho mayor, y ser los hombres también mayores, como lo son sus edificios, como lo serán sus montes, como lo serán sus mares, sus ciudades, etc., etc. Esto, que ya ámbos habíamos presumido, es ahora una verdad, lo que me hace inferir que sucederá lo mismo en todos los demás planetas.

—Así lo creo yo también.

—Ahora, Mendoza, sólo me resta encargáros, no la finura, ni la educación que en tan alto grado poseéis, sino la mayor prudencia, el más exquisito tacto, y una profunda reserva en las relaciones que vamos á tener con estos habitantes. A lo ménos hasta que los conozcamos bien, hablemos poco, observemos mucho, y seamos, sobre todo, circunspectos.

—Sois la misma sabiduría,—le respondí,—pero descuidad, que en todo os obedeceré.

—Quereis que nos acostemos?

—Sí, con tal que me permitais deciros ántes, cuánta es mi impaciencia por ver las villas, las ciudades, los mares y continentes de este mundo. Ardo por lanzarme en sus reuniones, en sus bailes, en sus teatros, en sus cafes y en sus paseos, que deben ser inimitables. ¡Oh M. Leynoff! no os burleis de mí si os digo que Saturno me parece un cielo.

—Sea,—me dijo M. Leynoff, con su paternal sonrisa,—y ya que en ello os empeñáis, no seré yo quien desvanezca esa ilusión que tanto placer os causa. Ahora, acostémonos.

Nos acostamos, en efecto, ó por mejor decir, nos hundimos en dos inmensos colchones, tan agradables al tacto, cual si estuviesen llenos de suavísima seda ó blanda pluma. Las sábanas, de una blancura extremada, y más finas que las batistas de la Tierra, despedían una fragancia que embriagaba. En cuanto á mí, me quedé dormido en medio de las más dulces ilusiones.

Aún dormíamos, cuando el ruido que hizo la puerta al abrirse, nos despertó; y como era ya de día, pudimos ver que entraba en nuestro cuarto el hombre de edad madura, con un libro en la mano. Nos saludó, inclinando la cabeza, y poco á poco se dirigió á la cama de M. Leynoff. Cuando estuvo cerca abrió el libro, y le

señaló con el dedo unos caracteres abultados que contenian las primeras hojas. Tan pronto como M. Leynoff fijó en ellos sus ojos, vi brillar en su boca una sonrisa.

—Qué hay?—le pregunté.

—La gramática, Mendoza, ó el arte de hablar de estos habitantes. Ya lo veis, previenen nuestros deseos.

—Sí? Pues allá voy.

Y me tiré de la cama, vistiéndome en dos minutos.

Brillaba la alegría más viva en el semblante del que iba á ser nuestro maestro, cuando vió que le habíamos comprendido. Puso al punto el libro en medio de nosotros, nos hizo señas como para llamar nuestra atencion, y principió á pronunciar, letra por letra, invitándonos á que las repitiésemos, lo que hicimos con el mayor gusto. Más de una hora invirtió en esta ocupacion; luego nos dejó el libro, se sonrió para nosotros, y se marchó muy satisfecho, al parecer.

A poco rato nos sirvieron un abundante desayuno, que comimos con apetito, y concluido éste, entró un criado, acompañado de otro hombre que no conocíamos, y que se quedó mirándonos de hito en hito. Ignoro el tiempo que hubiera permanecido de aquel modo. Si el criado, trabándole del brazo, no le hubiese llamado la atencion. Entónces se adelantó hácia nosotros, volvió á mirarnos, y pidiéndonos por señas el permiso, tomó algunas medidas sobre los vestidos que llevábamos; hecho esto, se marchó, saludándonos con respeto.

—Es un sastre,— me dijo M. Leynoff.

—Sí, y quieren, por lo que veo, hacernos trajes semejantes á los suyos.

—Indudablemente, y puesto que hemos de vestir como ellos, preciso será que nos dejemos crecer el pelo, y que no volvamos á afeitarnos, toda vez que el pelo y la barba aquí son, por lo que veo, de rigor.

Dicho esto, y viendo que nadie venia á visitarnos, nos pusimos á repasar nuestra leccion con tanta alegría y buen talante, que no sólo la aprendimos pronto, sino que estudiamos otras dos. La sorpresa del hombre de edad madura fué extremada, cuando á la mañana siguiente observó nuestros progresos. Nos miró con una especie de asombro, que daba bien á entender que no esperaba tanto de nosotros. Nos puso al momento otra leccion, invirtió en

enseñárnosla otra hora, y se marchó después de habernos saludado con cariño. En resolución; nuestros progresos fueron tales, que al cabo de noventa días pudimos entendernos con el maestro, si bien con mucho trabajo todavía. Las primeras palabras que nos preguntó, fueron estas:

— Quiénes sois?

— Unos seres racionales como vosotros, — respondió M. Leynoff.

— Como nosotros! como nosotros! — dijo el hombre, abriendo sus grandes ojos, y fijándolos en M. Leynoff.

— Y de dónde venís? — volvió á preguntar.

Del tercer planeta que está más acá del sol (1), ó lo que es igual, de un mundo semejante al vuestro, aunque 995 veces más pequeño.

— De un planeta! De un mundo igual al nuestro!

Y entónces, no sólo abría sus ojos con espanto, sino su boca, que mantuvo abierta largo rato; luego, como si hablase consigo mismo, volvió á decir:

— Imposible, imposible; sería una cosa nunca vista, una cosa verdaderamente inconcebible.

Y volviéndose á nosotros, añadió:

— Y cómo se llama ese mundo?

— La Tierra (2).

— La Tierra! la Tierra! — repuso con creciente asombro el buen señor. — Y cómo habeis hecho ese viaje?

— Ah! de eso hablaremos más adelante, — repuso M. Leynoff, — cuando ya instruidos en vuestra lengua, podamos explicarnos mejor, nada os quedará por saber; os lo prometo.

— Me confundís, — dijo el hombre, mirándonos estupefacto; — me asombráis, y no sé qué pensar, ni qué decir.

Luego como si hiciese un grande esfuerzo sobre sí mismo, añadió:

— Perdonad; voy á comunicar estas noticias á S. A.

— Una palabra, amigo, — le dijo M. Leynoff; — cómo es?...

— Un momento, por Dios, — repuso con viveza el hombre; — no me detengais, que pronto vuelvo.

Y sin dejarnos acabar, desapareció como un relámpago.

Media hora después le volvimos á ver, radiante de satisfacción.

(1) Scoll llamaban en Saturno á este astro.

(2) Nattola la llamaban en Saturno.

—Oh, amigos!—nos dijo con voz entrecortada;—no sabeis hasta qué punto se alegró S. A. cuando le hablé de vosotros, de vuestros progresos y de las noticias que me habeis comunicado. Ahora mismo queda escribiendo á su primo, el Rey de la Gran Roquelia, participándole su admiracion, y vuestro arribo á sus Estados

—En hora buena,—dijo M. Leynoff;—pero cómo es que no ha vuelto á vernos ese excelente príncipe? Porque supongo que es de él de quien nos estais hablando. En verdad que me sorprende su conducta, tanto más, cuanto que le hemos visto ántes tan amable con nosotros. Perdonad si soy indiscreto.

—De ningun modo, y voy á deciros el motivo de esa conducta que extrañais, y de otra cosa que tambien os habrá sorprendido, aunque por delicadeza la calleis.

—Os escucho.

—S. A.—dijo nuestro hombre,—no ha querido veros hasta que pueda entenderse con vosotros, en prueba de lo cual, ya visteis que no perdono medio para enseñaros nuestra lengua. Por esta misma razon, y para evitar comentarios que pudieran ser perjudiciales respecto al buen concepto que desea se forme en Saturno (1) de vosotros, tampoco os permitió salir de casa, pues quiere que os vean tales como sois, y con todo el mérito que se le figura poseeis. En cambio, ya visteis que en nada os faltó, y que os ha tratado con toda consideracion.

—Oh, en cuanto á eso,—dijo M. Leynoff,—no sólo no podemos quejarnos, sino que estamos, por el contrario, agradecidos. Os ruego que así se lo digais de nuestra parte.

—Perded cuidado, que así lo haré. Y para que no os quede la menor duda de lo mucho que S. A. se ocupa de vosotros, os diré, que ahora mismo acaba de preguntarme cuánto tardaríais en hablar correctamente nuestra lengua.

—Sí? y qué le respondisteis?

—Que atendidos los progresos que habiais hecho hasta ahora, no dudaba que dentro de treinta dias, la hablaríais perfectamente.

—Eso le dijisteis?—repuso M. Leynoff.—Diantro! Y si os engañais, amigo?

—No lo temais,—respondió el hombre;—pero oid lo que falta todavía.

(1) Silenty lo llamaban aquellos habitantes.

—Aún falta más?

—Sí, escuchad.

—Escucho.

—Cuando referí á S. A. lo que acabo de deciros, me contestó: pues bien, para ese día quiero que vengan algunos amigos de la corte á fin de que vean y oigan, por sí mismos, á mis huéspedes; hacédselo así presente, y añadidles, que la vispera de ese día iré con la familia á visitarlos, y á sacarlos de la prision en que, bien á mi pesar, los he tenido tanto tiempo. Qué decis?

—Que en todo es grande y previsor ese admirable príncipe. Y ahora, amigo, decidme una cosa.

—Qué?

—Cómo os llamais?

—Sulfendy, y vos?

—Ricardo Leynoff.

—Y vuestro compañero?

—Enrique Benito de Mendoza.

—Gracias.

—Otra pregunta, y perdonad si soy indiscreto.

—Nada de eso; haced las que gustéis.

—Estoy impaciente por saber lo que habeis hecho del vehículo en que hemos venido á Saturno.

—Ah!—contestó el Sr. Sulfendy;—S. A., después de haberlo examinado detenidamente, lo ha hecho guardar en uno de los cuartos más cómodos y bien ventilados del palacio: nada absolutamente ha padecido; estad tranquilos.

—Me dais una noticia muy agradable, mi querido Sr. Sulfendy,—repuso M. Leynoff,—pues os aseguro que me hubiera causado profunda pena cualquier destrozo que hubiese sufrido el globo, lo mismo que los instrumentos que vienen dentro, no por su valor, podeis creerme, sino porque, no habiéndolos quizá en Saturno, deseo que los veais. Gracias.

Dicho esto, se marchó el Sr. Sulfendy.

Por lo demás, la asistencia que se nos dispensaba era espléndida, y tanto en la mesa, como en las camas, como en cuanto tenia relacion con el servicio, reinaba un lujo y una magnificencia que nos tenia cada vez más sorprendidos; todo, en una palabra, revelaba la finura y la alta posicion del dueño de la casa, lo mismo que las consideraciones que le mereciamos.

Entre tanto, devorábamos nuestro libro de manera, que la víspera del día en que debíamos recibir la visita del anciano, habíamos la lengua del país con tanta perfección como el maestro. Este quedó altamente satisfecho de nosotros, y viendo que ya nada tenía que enseñarnos, dijo:

—En verdad, amigos, que vais á sorprender á estos habitantes, pues los que hasta ahora os han visto están muy lejos de creer que poseáis un talento tan claro y una disposición tan admirable. Porque (y perdonad si os hablo con esta franqueza) al ver vuestras figuras, vuestra diminuta talla, lo corto de vuestro cabello, la falta de vuestra barba, y vuestros trajes, que nos parecieron extravagantes, más que por séres racionales os tomamos por unos animales maléficos, de quienes no podíamos esperar sino desgracias. Qué quereis? La sorpresa da lugar á estas equivocaciones que, afortunadamente, desaparecen tan pronto como la reflexión recobra su poderío.

—Y oyéndoos eso, ya no me admira, —dijo M. Leynoff, —la acción de aquel joven que vino hácia nosotros con el cuchillo en la mano.

—Es verdad, creía hacer un bien quitándoos la vida, y lo hubiera acaso efectuado si S. A. no hubiese intervenido tan á tiempo.

—Ahora, —dijo á esta sazón M. Leynoff, —puesto que mañana hemos de recibir la visita de S. A., ¿no me hareis el obsequio de decir quién es este señor, quién aquella dama de más edad que comía junto á él cuando caímos en el cuadro, quién la joven, quién el joven, y quién, por último, sois vos?

—El anciano, —contestó el Sr. Sulfendy, —es el muy alto y poderoso señor, Príncipe de Toluma, primo del Rey de la Gran Roquelia, eminente político, y de grande é indisputable valimiento; la señora de más edad es su esposa; la joven, su hija; y el joven, sobrino, y, en mi concepto, su futuro yerno, si la hermosa Aneyda se digna darle su mano. Por último, vuestro humilde servidor ha sido ayo y maestro del hijo de S. A., joven de relevante mérito, que se halla viajando en Catilia, y que regresará á su casa dentro de breves días.

—Gracias, amigo, —repuso M. Leynoff. —Y ahora decidme, qué naciones?...

—Perdonad si os interrumpo y no quiero responder á lo que ibais á preguntarme. Tengo orden terminante de S. A. para no

revelaros nada de lo que se refiere á Saturno, pues desea hacerlo él por sí mismo, á fin de ver la sensacion que os causa nuestro mundo, que quiere comparar luego con el vuestro, acerca del cual arde por haceros mil preguntas.

—Bueno, bueno, callaré, ya que así lo quiere el Príncipe de Toluma, á quien, por otra parte, no puedo ménos de agradecer un deseo que tanto nos favorece. Qué decís, Mendoza?

—Que me parece que falta un siglo de aquí á mañana, atendida mi impaciencia por entrar en relaciones con esa familia ilustre, y por conocer las personas que deben venir á visitarnos. Esta reunion, M. Leynoff, va á ser como el exordio de mi entrada en este mundo.

—El cual os espera con impaciencia, —dijo el Sr. Sulfendy.

—A mí?—dije mirándole sorprendido.

—A vos, sí, y si nó, leed.

Entónces sacó un papel del bolsillo que por sus dimensiones conocí que era un periódico. Al dármele, me indicó con el dedo un párrafo que leí en alta voz, y que decia:

«Acabamos de saber, con la sorpresa que es de inferir, que han llegado á nuestro mundo dos habitantes de uno de los planetas que están más acá del sol, y que es el tercero caminando hácia nosotros. Desde luego tomaríamos esta noticia como una mentira insignie, si hombres como el Príncipe de Toluma no lo hubiesen asegurado, nada ménos que á S. M. Nos confunde y nos hace perder el seso semejante acontecimiento, no pudiendo ménos de rogar al Sr. Nomara (así se llamaba el Príncipe) que no tarde en traer á la capital esos dos singulares seres que tanto excitan la curiosidad pública, y que, es bien seguro, son á la hora de esta el objeto de mil extrañas conjeturas. Lo aseguran los criados de S. A., lo ha dicho éste á S. M.; y sin embargo, aún nos resistimos á creerlo. ¡Tan imposible nos parece ese peligroso viaje que, si á pesar de todo, fuese cierto, daría lugar á consideraciones de la mas alta transcendencia. Se dice que dentro de dos dias habrá reunion en casa del Sr. Nomara para ver y tratar á los forasteros.»

—Qué decís de esto, amigo mio?—pregunté á M. Leynoff.

—Que hallo muy natural la sorpresa de esos hombres, como lo sería la nuestra si alguno de ellos hubiese bajado á la Tierra.

—Teneis razon,—le contesté.

Marchóse el señor Sulfendy, y á la mañana siguiente, muy tem-

prano, entraron en nuestra estancia dos ayudas de cámara conduciendo, en una bandeja de oro, los dos trajes que habían mandado hacer para nosotros. Después de habernos rogado que nos lavásemos, peinásemos y perfumásemos, nos vistieron ellos mismos con soltura y presteza tales, que nos admiraron. Los trajes eran muy ricos, y nuestra sorpresa al verlos grande.

Nada, sin embargo, les dijimos, y dejamos que nos vistiesen á su gusto. Acabada la operación, dijo uno de ellos:

—Van á venir SS. AA., señores.

Dicho esto, se marcharon; y apenas quedamos solos, dije á M. Leynoff:

—Éstais bien, amigo mío, aunque un poco ridículo, según el modo de ver de los terrícolas.

—Precisamente lo estaré tanto para vos, como ámbos debimos haberlo estado para estos habitantes la primera vez que nos han visto. Pero vos, Mendoza, no estais ridículo, creedme; ese traje os sienta perfectamente.

—Eso lo decís porque me quereis; pero, en fin, sea como fuere, cumplimos con aquel refrán que dice: «Donde estuvieres....» Ya me entendeis.

(Se continuará.)

TIERO AGUIMANA DE VECA.

UNA TEMPORADA EN EL MAS BELLO DE LOS PLANETAS

CAPITULO IX.

MÚTUAS EXPLICACIONES ENTRE LOS TERRÍCOLAS Y EL SEÑOR NOMARA.

Un momento después se abrió la puerta y entraron los príncipes, con su hija, su sobrino, y nuestro amigo el señor Sulfendy. Venían suntuosamente vestidos.

Hubo un momento de silencio, durante el cual nos observaron con viva curiosidad. En seguida tomó la palabra el señor Nomara, y dijo, tendiéndonos las manos :

—Espero que no me guardareis rencor por haberos tenido presos tanto tiempo, verdad ?

—Oh, señor,—contestó M. Leynoff;—no dignis eso, por Dios; pues además del motivo que para ello habeis tenido, y por el cual os estamos agradecidos, habeis rodeado esta prision de encantos tales, que más que prision, nos ha parecido un paraíso.

A pesar de que ya lo sabian, les causó gran sensacion el ver lo bien que nos produciamos en su lengua, y quienes más se sorprendieron fueron la Princesa y Nostrendy.

—Eso lo decís porque sois amable,—repuso el señor Nomara.—Por lo demás, creedme, amigos, que nada hallo más enojoso que verse uno en un mundo desconocido, ó en una nacion cualquiera, cuando se ignoran la lengua y los usos de sus habitantes. Aun si vuestras tallas y vestidos fuesen parecidos á los nuestros, ménos malo; pero siendo tan distintos, era forzoso el ridículo, y el ridículo, como sabeis, mata. Vuestra rara é inesperada aparicion

me sorprendió, lo confieso, y aun por un momento dudé si érais seres humanos; pero luego que os observé mejor, y después que os oí hablar, aunque sin entender lo que decíais, ya no me cupo la menor duda de que érais seres racionales: en tal concepto se os trató. Y á propósito del modo de trataros, os ruego que perdoneis á mi sobrino, que, habiéndoo juzgado como yo, y dejándose arrastrar por su viveza de jóven, se portó con vosotros de una manera que me causó gran sentimiento. Le perdonareis, no es cierto?

—Nada tenemos que perdonarle,—contestó M. Leynoff,—toda vez que lo que ha hecho es disculpable, habiéndonos juzgado como vos: sólo si le rogamos que se digne honrar con su benevolencia á dos extranjeros, que, si no tienen la pretension de pedirle su amistad, porque no los conoce todavía, le piden su estimacion, de la cual se creen dignos. Nos la concedéis, señor?—añadió M. Leynoff, tendiendo la mano al jóven, que éste tomó con bastante frialdad, á pesar de una imperceptible mirada de su tío. En seguida dijo:

—Sí, puesto que mi tío lo desea.

—Y con razon, Nostrendy,—repuso el señor Nomara.—¿Os acordais de lo que os dije de estos caballeros? Pues ahora os añado que cuanto más los observo, más me afirmo en la buena opinion que habia formado de ellos. Nó,—dijo, conmovido y mirándonos con interes;—vosotros no sois unos seres vulgares, nó: vuestro prodigioso viaje nos lo revela demasiado; al paso que vuestro valor y maneras distinguidas nos hacen inferir que no es pequeño el rango que debeis ocupar en vuestro mundo. Me equivoco acaso?

—No, en verdad, señor,—dijo M. Leynoff.—Mi amigo, el señor Mendoza, es hijo único de un ilustre general, que es una alta dignidad militar allá en la Tierra, y pariente de los más grandes señores de la nacion española, al paso que, el que tiene el honor de hablaros, es un caballero de una riqueza inmensa, y pariente, por ámbos lados, de los margraves de Alemania, que son allí una especie de soberanos. Perdonad, si las circunstancias en que nos hallamos, el no haber quien lo diga por nosotros, y el deseo de corresponder á la fina distincion con que nos tratáis, nos obliga á hablar de este modo de nosotros.

Nos pareció que el haberles dicho quiénes éramos, habia hecho más amables á la tia y al sobrino.

—Os creo, amigos, os creo,—dijo el Sr. Nomara,—porque nada

me decís que no hubiese sospechado de antemano. Ahora venid,—añadió, levantándose y estrechándonos las manos:—¿me concedéis vuestra amistad? Quereis la mía?

—Y con toda nuestra alma,—contestó M. Leynoff muy conmovido,—y V. A. nos honra demasiado. Ah! Pluguiese al Cielo que algun día pudiésemos devolveros en la Tierra la acogida tan cordial, y casi régia, que nos habeis hecho en Saturno! Jamas lo olvidaremos, señor; contad con ello.

En resolución: no nos quedó la menor duda de que teníamos un amigo firmísimo en el Sr. Nomara, un aprecio muy grande en su hija, adhesión en el Sr. Sulfendy, un afecto equivoco en la princesa, y, sino repugnancia, á lo ménos una frialdad marcada en el sobrino.

En esto, sirvieron el almuerzo, y, mientras comíamos, tuve ocasión de observar que, aunque Nostrendy obsequiaba con exquisito afán á su prima, recibia ésta sus obsequios con visible frialdad. La princesa lanzaba de cuando en cuando sobre ella miradas severas, que hacian bajar los ojos á la niña: el Sr. Nomara, ocupado con M. Leynoff, no veía nada de esto, y yo, sin dejar de comer, cuidaba con esmero á la princesa. El Sr. Sulfendy, se cuidaba á si mismo.

Acabado el almuerzo, nos rogó el Sr. Nomara que le hiciésemos una detallada relacion de nuestro milagroso viaje, como él le llamaba. Entónces, M. Leynoff, con la elocuencia, finura y amabilidad que en tan alto grado poseia, refirió, primero, los motivos que le obligaron á emprenderlo, y luego los más lores incidentes que en él nos acontecieron.

Es imposible describir la profunda atencion con que nos escucharon, siendo tal la quietud y el silencio que guardaban, que, más que personas, parecian estátuas. Cuando acabó M. Leynoff, dijo el Sr. Nomara:

—Oh, amigo! Hablaís y apenas puedo creerlo. Cómo! ¿Es posible que hayais concebido y llevado á cabo un proyecto capaz de helar de espanto al hombre más atrevido? ¿Habeis atravesado, sin conmoveros, ese espacio inmensurable que separa á Saturno de la Tierra? ¿Habeis podido contemplar, sin que vuestra razon se perturbase, el infierno que habeis visto en Júpiter? Cómo?... ¿Pero qué digo? Ese solo hecho hace desaparecer la diferencia que creíamos existir entre vosotros y nosotros, y, ¡por Dios vivo! que estoy

por decir que nos superais en algo, toda vez que, en Saturno, nadie imaginó, hasta ahora, que pudiese concebirse, y ménos realizarse tal proyecto.

—Eso consiste,—respondió M. Leynoff con modestia,—en que ninguno de vosotros se halló en unas circunstancias semejantes á las de Mendoza y mías, pues si así fuese, no sólo hubiérais hecho lo que hicimos nosotros, sino que lo hubiérais hecho todavía mejor. Creedme, señor; la casualidad en estas cosas es el todo, y á la casualidad debo yo el haber concebido este proyecto.

—Veo con gusto,—dijo el Sr. Nomara,—que á la sabiduría y al valor, reunís la modestia, caballero. Valeis mucho, y doy gracias á la Providencia por haberme proporcionado esta ocasion de conoceros.

—Y teneis razon, señor,—dije con viveza.—M. Leynoff, pese á su modestia, es un hombre extraordinario, y si en Saturno no le haceis esta justicia porque os creéis superiores á nosotros, en la Tierra se la harán, es bien seguro, cuando sepan que ha llevado á feliz término este proyecto.

—Mendoza, Mendoza, decís eso por burla?—preguntó M. Leynoff.

—No, á fé mia,—contesté algo enfadado,—y seguro estoy que estos señores piensan en esto como yo. ¿No es cierto que pensais lo mismo?

—Indudablemente,—respondieron todos.

—Siento, Mendoza,—repuso M. Leynoff,—que, al hablar así de mí, os olvideis de vos. Pues qué! ¿No habeis abandonado vuestra posicion, vuestras riquezas, vuestro porvenir, todo, en una palabra, por seguirme? ¿No sabiais perfectamente los peligros á que ibais á exponeros, y que la vida se jugaba en una empresa, á todas luces loca, excepto para aquel que la habia concebido y meditado?

—Lo sabia, pero exagerais mi mérito. La verdad, es, señores, que, cuando M. Leynoff me habló de su viaje, le tuve por loco, y si después que me expuso las razones en que se fundaba para efectuarlo, dudé algo, no por eso dejé de mirarlo como uno de aquellos imposibles absolutos. ¿Por qué, entónces, le acompañasteis? me direis. Por qué? Porque acababa de sufrir una desgracia, efecto de la cual iba á matarme, y porque habiendo de morir, me era indiferente la clase de muerte que me arrebatase la existencia.

¿Hay en esto valor? ¿Hay algún mérito? Absolutamente ninguno.

—Os aseguro, amigo,—me dijo M. Leynoff,—que me causais...

—Dejemos eso,—dijo el señor Nomara interrumpiéndonos.—Un debate en el cual cada uno de vosotros trata de rebajar su mérito para que resalte el del compañero, no hace más que engrandeceros á mis ojos, como espero os engrandecerá á los de los habitantes de Saturno.

Y volviéndose á las señoras, añadió:

—Quereis, señoras, que demos un paseo para que estos caballeros, vean por primera vez nuestra campiña?

—Ah, sí, papa, dijo Aneyda (así se llamaba la joven), pues deseo ver el efecto que causa en ellos nuestro Nitto y la magnífica campiña que recorre.

—Y vos, princesa, qué decis?

—Que no tengo inconveniente; mandad que enganchen.

—Entonces no gozaremos nada, repuso el señor Nomara. Creedme; para un paseo como el que os propongo, el carruaje es muy incómodo, y nos quitará el placer de pasearnos y examinar todo lo que llame la atención á nuestros huéspedes. Tomad mi brazo, é ireis mejor.

No había remedio; la orden dada delante de nosotros era terminante, y aunque con disgusto, tomó la princesa el brazo de su esposo, Aneyda el que le ofreció Nostrendy, y nosotros les seguimos acompañados del señor Sulfendy. Detras iban dos ayudas de cámara.

Y cómo describir ahora la campiña que teníamos delante? Fué tal la admiración que nos causó, que olvidándonos de que estábamos en un mundo desconocido, que nos acompañaban gentes de tanta suposición, y que nos observaban con viva curiosidad, nos quedamos inmóviles. Oid ahora.

Lo primero que llamó nuestra atención, fué un horizonte que parecía no tener fin, pues se desvanecía allá en el cielo. Montes y colinas de desmesurada grandeza, estaban diseminados aquí y acullá por aquella campiña, que tenía algo de fantástica, y en medio de la cual se elevaban, en grupos y bosquecillos agradables, árboles corpulentos, cuyas hojas, de vivo matiz verde, prestaban fresca y apacible sombra. A través de ellos se deslizaba un río (el Nitto), excesivamente caudaloso, cortado á trechos por puentes de atrevida construcción. Casas de recreo y altos templos se destaca-

ban por entre aquellos árboles, aumentando la alegría del paisaje. Animales parecidos á nuestros bueyes, pero mucho mayores que ellos, surcaban con el arado la tierra blanda y feraz, que habia de dar después aquella vegetacion tan rica que estábamos contemplando. Los hombres, de estatura gigantesca, que guiaban estos bueyes, contribuian á animar este cuadro, que hacian más pintoresco aún los melodiosos cantos de un sin número de pájaros, en extremo lindos por el brillo y variedad de sus colores.

De frente, y hacia la parte media de este soberbio panorama, se elevaba un monte, perdido allá en las nubes, de cuya cima se desprendian torrentes de agua, con impulso y violencia tales, que más que de la cima del monte, parecia que se derrumbaba de los anillos de Saturno. A poco trecho del punto donde el torrente principiaba á descender, habia una cascada, por la cual, deslizándose con ímpetu furioso el agua, hacia mil vistosos juegos, saltando sobre las peñas. El poeta y el pintor se declararían impotentes ante aquella perspectiva realzada por el azul de un cielo purísimo, por el murmullo de una blanda brisa, y por el tinte mágico de que un sol remotísimo y del tamaño de una naranja, entonces, la revestia.

—Mucho os gusta la campiña.—dijo sonriendo el Sr. Nomara.

—Por qué lo decís?—pregunto M. Leynoff, saliendo de su abstraccion.

—Porque os veo mudos é inmóviles de sorpresa.

—Perdonad, señor,—dijo M. Leynoff,—si hemos sido impolíticos hasta el punto de olvidarnos de que os hallábais á nuestro lado; pero ante tanta grandeza, de la cual no teníamos idea, sentimos toda nuestra pequeñez, y mucho me engaño ó vamos á hacer un papel bien desairado en Saturno. Sabeis?...

CAPITULO X.

REUNION EN LA QUINTA DEL SEÑOR NOMARA.

Una exclamacion de las señoras puso término á la conversacion. Esta exclamacion la habian causado tres carruajes y algunos caballos que, casi á escape, volaban por la llanura.

—Son nuestros convidados,—dijo el Sr. Nomara.

Y volviéndose á nosotros, añadió:

—Dispensadme, amigos, si os ruego que no os presenteis hasta que os avise, pues quiero ser testigo de la sorpresa que vais á causar á mis tertulios. Lo haréis así?

—Pues nó?—contestó M. Leynoff. —¿Qué cosa nos pediréis, señor, que no hiciésemos con el mayor gusto?

—Gracias—repuso el Sr. Nomara.

En seguida dió orden al Sr. Sulfendy para que nos acompañase á nuestro cuarto, donde comimos y donde permanecimos haciendo diferentes comentarios acerca de la visita que íbamos á recibir.

Habria pasado media hora, cuando volvió el Sr. Sulfendy para rogarnos que le siguiésemos. Así lo hicimos, en efecto, y entramos en el salon.

Todo estaba inundado de luz que, á torrentes, despedían varios globos de color de rosa colgados en medio del techo, luz que, reflejándose en las piedras preciosas de que estaban salpicados los vestidos, difundía vistosos destellos por todos los ámbitos del salon. La talla gigantesca de aquellos hombres, su aire y andar graves, sus largas y pobladas barbas, lo pintoresco de sus trajes y las plumas que ondeaban sobre sus gorras, daban á aquella reunion un aspecto que deslumbraba.

Las mujeres eran siete, cuatro señoras y tres jóvenes, todas ellas ataviadas con primor.

Cuando entramos, hablaban animadamente unos con otros; pero tan pronto como fijaron los ojos en nosotros reinó el silencio, en disposicion que el ruido más ligero hubiera podido oirse. Nos observaban con una especie de éxtasis y un recogimiento tales, que les tenian embargada la palabra; así es que ni nos hablaban, ni tampoco hablaban entre sí. Este silencio duró largo rato, hasta que, poco á poco, y á medida que fué disminuyendo la sorpresa, principiaron á mirarse unos á otros y á dirigirse en seguida la palabra, primero en voz baja, y luego en la natural.

—Qué lástima que sean tan pequeños!—dijo una linda niña á la amiga que tenia á su lado, y que estaba cerca de nosotros; —el más jóven de los extranjeros es hermoso.

Al oir estas palabras no pude ménos de dirigir una mirada de reconocimiento á la que las habia pronunciado.

Entre tanto, observé que Nostrendy nos habia vuelto la espalda y que hablaba, animadamente, con otro jóven de su edad. Debo hacer mencion particular de este individuo, por lo mucho que figura

en esta historia. Era alto, delgado, de cabello rubio, de nariz aguileña y puntiaguda, de labios muy delgados y descoloridos, de ojos averdoscados y pequeños, de pómulos salientes, de frente chata y de mirar maligno. De ilustre cuna, aunque de escasos medios, según supimos después, se había unido, íntimamente, á Nostrendy, con el cual se había criado desde niño y de quien lo esperaba todo. De poco valor, pero lleno de astucia y de malicia, era un personaje temible.

Pero de todos los concurrentes, el que nos llamó más la atención fué un jóven alto, de esbelto talle, y de gentil apostura y continente. Vestía un traje de exquisito gusto. Su túnica era de seda, su manto de color azul, sus botas negras y pequeñas, pero sin encajes, y su camisa, blanca como el ampo de la nieve. Tanto su gorra de terciopelo negro, adornada con plumas también negras, como su ceñidor bordado de oro, no tenían brillantes ni ninguna de las piedras preciosas que llevaban tan profusamente los demás. La modestia de su traje, que tanto contraste hacía con los de sus compañeros, nos llamó al instante la atención; nos la llamó igualmente la peregrina belleza de su rostro, muy en armonía con su aire franco y noble; y nos la llamaron, por último, sus maneras y su porte, que revelaban valor y una alma enérgica: en una palabra, aquel jóven parecía el más perfecto tipo de la raza humana. Sus ojos no se apartaban un punto de nosotros, y nos hubiéramos acercado al instante á él, si no temiéramos llamar la atención, de masiado fija en nosotros todavía.

—Quién es aquel jóven?—pregunté al Sr. Sulfendy.

—Cuál? El Sr. Nottely?

—No sé cómo se llama—respondí—pero es el jóven que está junto á aquel anciano que habla con el Sr. Nomara.

—Pues, sí, el Sr. Nottely, justamente. Oh, amigo! ese es un jóven prudente, de instruccion, un guerrero de fama, el embajador, en una palabra, de Nostracia.

—Embajador y tan jóven! es posible?—dije con admiración.

—Sí, pero es un jóven—repuso el Sr. Sulfendy—de un mérito que vos mismo echareis de ver si le tratais.

En esto el anciano que hablaba con el Sr. Nomara hizo cesar de pronto las conversaciones que entre sí tenían los concurrentes, preguntándonos con voz afable:

—¿Con que es cierto, ilustres extranjeros, que sois habitantes

de un planeta ó, lo que es igual, de un mundo igual al nuestro, aunque 995 veces más pequeño?

—Perdonad si al responderos—dijo M. Leynoff—no os doy el tratamiento que quizá tengais, porque no os conozco, ni estoy al corriente de vuestros usos y costumbres. Ruego tambien que se nos dispense cualquiera palabra inconveniente, ó cualquiera indiscrecion que cometamos; en la inteligencia de que no será por culpa nuestra, sino por la ignorancia en que aún estamos del trato común que hay en Saturnó.

—No os apureis por eso—repuso el mismo anciano que habia tomado la palabra—pues de todo nos hacemos cargo: explicaos con libertad, y disipad, si es posible, la extrañeza de que nos llamamos poseidos desde que sabemos quiénes sois y el mundo á que pertenecéis.

—En ese caso os diré—continuó M. Leynoff—que somos, en efecto, habitantes del planeta que habeis dicho, ó, lo que es igual, de un mundo semejante al vuestro, aunque mucho más pequeño.

—Y cómo habeis concebido ese proyecto? ¿De qué modo lo habeis ejecutado? Porque, aunque algo nos ha dicho ya Nomara, estos señores y yo deseamos oírlo de vuestra boca, pues aun así, y viéndonos entre nosotros, dudamos de la realidad de un suceso que no pueden apreciar nuestros sentidos.

Entónces refirió mi noble amigo, no sólo los motivos que le obligaron á concebir este proyecto, sino las meditaciones y experimentos que facilitaron su ejecucion. Refirió, además, el modo cómo habia formado sus cálculos, preparado sus máquinas y construido su globo, sin olvidar los más leves incidentes que tuvieron lugar durante el viaje.

Es imposible describir el asombro que, á medida que M. Leynoff hablaba, se iba apoderando de los circunstantes. Estaban suspensos y colgados de sus palabras, como si no quisiesen perder ni una sílaba de lo que decia. Acabada la relacion, dijo el anciano:

—Por cierto, amigo, que es preciso que os vea, que os toque, y que os oiga hablar, para persuadirme que no sois fantasmas, ó un puro sueño, vosotros, vuestro mundo y vuestro viaje. Preciso es, sin embargo, ceder á la evidencia, y en tal concepto, permitidme que os abrace y que os felicite, en mi nombre y en el de todos estos señores.

Y diciendo esto, abrazó á M. Leynoff, siguiendo su ejemplo los

demás señores, que se nos ofrecieron cordial y sinceramente, excepto Nostrendy y Nomatty, que lo hicieron con frialdad.

Mientras que todos se agrupaban en torno de nosotros, para vernos más de cerca, permanecía inmóvil, y siempre observándonos, el joven embajador; pero luego que cada uno volvió á su puesto, y quedamos solos con el Sr. Sulfendy, se acercó á M. Leynoff, y le dijo tendiéndole la mano:

—Sois, caballero, hombre de talento y de verdadero mérito: quisiera cultivar vuestro trato, y adquirir algunas noticias de la Tierra. Quereis comunicármelas y honrarme con vuestro aprecio? En extremo lo agradecería.

—Y con tanto más gusto, señor,—contestó M. Leynoff,—cuanto que, desde que os he visto, he sentido hacia vos la más viva simpatía. Me teneis enteramente á vuestras órdenes.

—Gracias,—repuso el Sr. Nottely.—Poco valgo, pero este corto valimiento deseo emplearle en obsequio vuestro, ahora que vais á entrar en un mundo desconocido. Y lo mismo que os digo á vos, lo digo á este caballero, á quien suplico me honre con su estimación, ya que no nos conocemos lo bastante para que lo haga aún con su amistad.

—Desde que os he visto,—le respondí, estrechando su mano que me alargó al dirigirme la palabra,—habéis obtenido esa estimación que deseáis. Me teneis á vuestra disposición, señor Nottely.

—Gracias, mil gracias,—contestó conmovido el joven,—ya tendremos ocasión de volver á vernos más despacio.

Y saludándonos profundamente, se fué á colocar en uno de los ángulos del salón, desde donde miraba inquieto, hacia cierto punto. Nosotros permanecemos cerca del Sr. Nomara, el cual seguía entonces una conversación muy animada con el anciano que había hecho las preguntas á M. Leynoff. Como estaban tan próximos, y no se recataban, al parecer de nadie, pudimos oír lo que decían.

—Y bien, Rodulio, te había yo engañado?—preguntó el señor Nomara.

—En qué?

—En la idea que te di de los extranjeros.

—No en verdad; son hombres muy apreciables. ¿Cuándo los recibe el rey?

—Dentro de dos días. Toma, lee esa carta.

Y diciendo esto, entregó una carta al Sr. Rodulio, que éste leyó

en voz baja, devolviéndosela enseguida. Al mismo tiempo dijo sonriendo :

—Hola, hola! y quiere recibirlos en su trono, y rodeado de toda la corte! Grande honor es este para los extranjeros. ¡Diantre, diantre!

—Y que honra aún más á S. M. —dijo el Sr. Nomara.

—No digo que no, —contestó el Sr. Rodulio;—pero.....

—Qué?

—Nada, nada, que hace muy bien el rey.

—Desengáñate, Rodulio; si cuando un rey digno de este nombre, recibe en su corte á los representantes de una nacion, está obligado á ostentar toda su grandeza, para que por ella formen idea del poder de la que él gobierna, ¿con cuanto más motivo no debe hacerlo para recibir á dos extranjeros, que pertenecen á un mundo tan distante del nuestro? Porque si estos hombres vuelven algun dia á la Tierra, puesto que, como han venido, pueden regresar á ella, ¿qué satisfaccion sentirá S. M. al figurarse que les oye referir cuanto han visto y observado en Saturno? ¿No es esto cierto?

—Indudablemente.

—Habeis oido?—preguntó á M. Leynoff.

—Sí, y ya veo que es preciso ir á la corte.

—De lo que me alegro en el alma,—contesté, lleno de gozo.

Miéntas que los ancianos hablaban de este modo, hacian otro tanto los circunstantes, dirigiéndose cada uno al que tenia á su lado, ó á los amigos que se les acercaban. Nostrendy y Nomatty (así se llamaba el jóven con quien se educara aquel) habian tomado asiento al lado de Aneyda, á quien tenian en medio, y á quien hablaban, sobre todo el primero, con mucho interes aunque en voz baja. Sin embargo, observé que la niña no les hacia gran caso, pues estaba distraida, y no respondia, sino por monosílabos, á las preguntas que le dirigian, cosa que puso de mal humor á Nostrendy. Observé tambien, y se lo hice notar á M. Leynoff, que siempre que podia, paseaba sus ojos por toda la concurrencia, parándolos en cierto punto, donde sólo, y devorándola con la vista, se hallaba el embajador.

—Calla,—dije en voz baja á M. Leynoff,— me parece que aquí hay algo.

—Pudiera ser,—me contestó.

—Qué es esto, señores?—dijo á esta sazón el Sr. Rodulio,—qué haceis? ¿Pensais pasar toda la noche en conversacion, y no quereis que vean los extranjeros alguno de nuestros bailes? Vaya una juventud poltrona, vive Dios. Arriba, señores, arriba, y sacad pronto vuestras parejas.

Todos se rieron de la ocurrencia del Sr. Rodulio, pero todos la acogieron con placer. A una seña del anciano, se pusieron los jóvenes en pié. El primero fué Nostrendy, que cogiendo con galanteria á su prima de la mano, la condujo hácia el medio del salon. Su amigo eligió una de las tres jóvenes, y se colocó con ella al lado de Nostrendy. Otros dos jóvenes muy opuestos y galanes, pariente el uno del Sr. Nomara y el otro del Sr. Rodulio, sacaron á las dos restantes, colocándose con ellas en sus respectivos puestos. Quedaba sólo el Sr. Nottely; pero tan absorto en sus meditaciones, que parecia no haber notado lo que pasaba á su alrededor, y quizá no lo hubiera notado en mucho tiempo, si una música armoniosa que se oyó en uno de los puntos del salon, no le hubiera sacado de ellas. Viendo entónces que ya las tres jóvenes estaban en baile, se dirigió á la princesa, á la cual dijo, haciéndole una cortesía llena de gracia :

—Quereis hacerme el honor, señora?

Ni la más leve seña de complacencia se notó en el semblante de la princesa, pero su extremada finura no le permitió desairar al jóven, al cual dijo :

—Como gustéis, caballero.

Y diciendo esto, se colocó, con el embajador, á la cabeza de las parejas.

Fué el baile al principio lento y grave, pero bien pronto figuras y grupos que rápidamente se sucedian, lo hicieron más alegre y animado. Los habitantes de la Tierra no podrian formar idea de estas diversiones, si no que las presenciasen.

Miéntas bailaban, se llegó á nosotros el Sr. Rodulio y dijo :

—Qué os parece de nuestros bailes?

—Muy bien,—contestó M. Leynoff,—como todo lo que, hasta ahora, hemos visto en Saturno.

(Se continuará.)

TIRSO AGUIMANA DE VECA.

UNA TEMPORADA EN EL MAS BELLO DE LOS PLANETAS

CAPITULO XI.

CONVERSACION DE NOTTELY CON ANEYDA, INTERRUMPIDA POR NOSTRENDY.

Acabado el baile, condujeron los caballeros sus parejas á sus puestos, y, colocándose á su lado, entablaron con ellas conversaciones más ó ménos animadas. Cuando el Sr. Nottely condujo al suyo á la princesa, observó que habia un asiento vacante entre ella y su hija: lo miró, miró á la niña, y después de alguna vacilacion, se sentó al fin. Las mejillas de la jóven se colorearon al punto: una mirada sombría de la madre se fijó, con desden, sobre Nottely; pero éste no la vió, porque estaba entónces vuelto de cara hácia Aneyda. Palpitante y con voz entrecortada, dijo á ésta:

—Os habeis divertido, señorita?

—No mucho, señor.

—Y será una indiscrecion preguntaros el por qué?

—Porque me gustan poco los bailes.

—Lo creo.

—Lo creeis?

—Sí.

—Y por qué?

—Porque me parece, Aneyda, que no sois de aquellas jóvenes para quienes estos frívolos pasatiempos son el todo; porque vuestra alma, ilena de candor, aspira á otros goces más puros, á aquellos goces casi ideales de que sólo los ángeles pueden gozar.

—Agradezco, señor, el concepto en que me teneis; pero permitidme os diga que lo creo exagerado, motivo por el que vuestras palabras, aunque tan lisonjeras para mí, me causan pena.

—Pena decís! Cómo así?

—Porque ese concepto, que tanto me favorece, lo habeis formado ántes de conocerme, y es muy posible....

Y calló Aneyda, temiendo haber dicho demasiado.

—Y bien?—interrogó el embajador.

—Que ese concepto no sea el mismo cuando me conozcais mejor.

—Oh Aneyda!—dijo Nottely;—en este momento en que por primera vez tengola dicha de acercarme á vos, permitidme, os ruego...

Iba á continuar el jóven, cuando Nostrendy, que no habia separado su vista de la hermosa pareja desde que la vió reunida, y que con su impaciencia habia llamado la atencion de los que estaban á su lado, se levantó de pronto, y sin despedirse de nadie se dirigió hácia su prima, á la cual dijo con forzada sonrisa:

—Parece que estais divertida, prima mía: el señor embajador ha sido más feliz que yo, pues ha logrado distraeros, cosa que no he podido conseguir, por más que para ello me esforcé.—Os doy mil parabienes, señor embajador,—añadió mirando fijamente á Nottely.

Habia tal malignidad en la sonrisa de Nostrendy, y un aire tan provocativo en su mirada, que Aneyda tembló. Nottely, por el contrario, le dijo con la mayor calma:

—Caballero, cuando hablábais con esta señorita, me guardé muy bien de interrumpiros: ahora que hablo yo, creia que debierais hacer otro tanto, mucho más cuando la cualidad de pariente, y el vivir en su misma casa, os proporciona á cada instante esta fortuna, de que, al parecer, os mostrais tan avaro con los demás. Todavía no sois el esposo de Aneyda.

—Mas lo seré muy pronto,—dijo Nostrendy con orgullo.

—Pero no lo sois aún,—replicó con viveza el embajador,—y mientras no lo seais, no reconozco en vos derecho alguno para impedirme hablar con ella, y ménos para coartar su libertad.

—Caballero!...

—Señor Nostrendy: os olvidais de que vuestras maneras de mal género, son la causa de que se os responda de este modo: reflexionad sobre lo que habeis dicho, y conoceréis que tengo razon.

Aunque ámbos jóvenes hablaban en voz baja, no dejaron de percibir los más cercanos, y principalmente la princesa, que algo extraordinario pasaba entre ellos; pero las sospechas de ésta se convirtieron en certeza, cuando observando á Nostrendy, vió que pálido, y lleno de ira, iba á contestar á Nottely. Sin vacilar le dijo al punto:

—Nostrendy, venid; tengo que hablaros.

Este incidente evitó acaso un conflicto, y dió lugar á que el embajador pudiese decir á Aneyda:

—Pero por qué?

—Porque un hombre solo puede bajarse, tenderse en el suelo, ocultarse detras de un árbol, ó esconderse en cualquiera sitio, mientras que cuatro no darán un solo paso sin que se les descubra prontamente.

—Pero, Nottely, por Dios!—repuse yo;—en qué agonía no estaremos todo el tiempo que permanezcais lejos de nosotros? ¿No vale más que nos cojan juntos, y que juntos perezamos ó nos salvemos, que no que uno solo muera separado de los otros? En nombre del cielo, no os vayais.

—Amigo, —me dijo el embajador fijando en mí sus ojos, —en mejor concepto creí que me teniais: por quién me tomais?

—Por lo que sois, querido,—dijo Silaydi con viveza,—y por lo mismo que sois valiente y con mucha frecuencia temerario, temblamos que os expongais demasiado y os cojan.

—Son muy torpes estos catilianos para que lo consigan: estad tranquilos, que pronto vuelvo.

—Pero.....

—Oh, por Dios!—dijo el embajador interrumpiéndome;—no me hagais más reflexiones, porque estoy absolutamente decidido á dar este paso: esperadme, os repito, que pronto vuelvo.

Y sin dar lugar á nuevas contestaciones, desapareció en la oscuridad.

Quedamos solos, y no sé qué sombrío presentimiento se apoderó de mí luego que perdí de vista á aquel gallardo jóven. Tambien Silaydi me pareció preocupado, y no era extraño, porque Nottely era para nosotros indispensable.

Una hora habria trascurrido desde que se marchara, y aún no habia vuelto: principiábamos á inquietarnos.

—Le habrá sucedido algo?—dije yo.

—No lo sé,—me respondió Silaydi;—pero no estoy tranquilo.

—Ni yo. Quereis que vayamos á buscarle?

—Esperaremos otra media hora, y si en este tiempo no viene, marcharemos.

—Mal, muy mal hemos hecho, querido Silaydi, en no haberle seguido, aún á pesar suyo, pues yendo algo lejos, no lo habria conocido, y estaríamos prontos á socorrerle en caso de una sorpresa.

—Teneis muchísima razon, Mendoza; pero la cosa está hecha, y ya no tiene remedio: esperemos pues.

—Esperemos.

—Me permitís, señor,—preguntó Ramilio,—que vaya á reconocer el terreno durante la media hora que habeis resuelto esperar?

Me conmovió la noble resolucion de Ramilio, y una mirada mia le expresó mi agradecimiento.

—Qué decis, Silaydi?

—Que no me parece mal el pensamiento de Ramilio, y soy de sentir que accedamos á él, con tal que nos dé palabra de retirarse al menor asomo de peligro.

—Os la doy, señor,—contestó Ramilio.

—Id, pues,—le dije,—y avisadnos de cualquiera novedad que ocurra.

CAPITULO LI.

DESAPARICION DE NOTTELY.

Desde que estábamos en la colina habia principiado á llover; pero cuando Ramilio se marchó, el agua caia á mares. Ningun caso hicimos, sin embargo, de este contratiempo, preocupados con el peligro en que suponiamos á Nottely, y con aquel en que nosotros nos hallábamos.

A medida que el tiempo corria, aumentaba nuestra ansiedad, y una penosa inquietud se iba apoderando de nosotros.

De pronto una detonacion salida del castillo, y otra que le siguió después, nos hicieron estremecer.

—Habeis oido?—me dijo Silaydi.

—Y tanto como he oido, amigo.

—Marchemos,—dijo de pronto el jóven.

—Marchemos,—le contesté.

Y nos internamos en el bosque.

Poco nos faltaba para llegar al castillo, cuando sentimos pasos: nos paramos, y mirando al frente, percibimos una figura que venia caminando hácia nosotros. La figura nos vió sin duda, puesto que se paró.

—Adelante,—dijo Silaydi.

—Adelante,—le respondí.

Y marchamos; pero á los pocos pasos, la figura echó á andar tambien, y pronto nos reunimos. Era Ramilio.

—Qué hay?—le pregunté.

—Nada, señor, ni á nadie he visto; pero he oído dos pistoletazos que me parece se dispararon en el castillo, y que me hacen presumir que esté dentro el Sr. Nottely, ó que alguna escena terrible debe pasar en él.

—También nosotros los hemos oído, y por eso salimos á encontraros. Habéis registrado los alrededores?

—Todos,—contestó Ramilio;—pero como os dije, á nadie he visto.

—Parece increíble que no hayais encontrado ni un soldado, habiendo tantos en el castillo.

—Como llueve mucho, no habrán querido mojarse.

—Y esa es la verdadera causa,—observó Silaydi,—de una casualidad que de otro modo no pudiera comprenderse. Y aprovechándonos nosotros de ella, puesto que subsiste todavía (en efecto llovía cada vez más), volvamos á registrar los tres.

—Pero sin salir de entre los árboles,—dijo Ramilio,—pues si nos ven desde la torre, estamos perdidos: además, que sin dejarlos, se percibe perfectamente cualquiera persona, ó bulto que haya entre ellos y el castillo.

—En hora buena,—dijo Silaydi;—vamos allá.

Y con el mayor esmero, con la más nimia atención registramos, no una sino tres veces, los alrededores del castillo, sin que nada hubiésemos encontrado.

—Pues señor, no hay duda,—dije yo.

—De qué?—preguntó Silaydi.

—De que, ó Nottely ha vuelto al sitio en que nos dejó, ó que de seguro está en Conordo.

—Ante todo,—me dijo el Sr. Silaydi,—volvamos pronto á ese sitio, no sea que, desembarcando por aquí nuestros perseguidores, nos cojan desprevenidos y nos prendan. No somos más que tres, y ninguna gracia tendria entregarnos voluntariamente á una muerte segura.

—Teneis razon, Silaydi, pues nunca tanto como ahora debemos conservarnos para salvar al embajador, si, como lo presumo, está en Conordo.

—Temerario!—dijo con voz conmovida el Sr. Silaydi;—¿á qué habrá ido al castillo? y ya que fué, ¿por qué no evitó que le prendiesen? Un hombre tan necesario, no debiera de exponerse de ese modo.

—Cierto, —repuse yo, —pero olvidais, Silaydi, —añadí en voz baja, á pesar de que Ramilio, por respeto, venia bastante lejos, —el amor violento del embajador? ¿Olvidais que el enojo de vuestra hermana le ha puesto fuera de sí?

—Ya, ya; pero tampoco debiera olvidar él á la patria.

Conversando de este modo, llegamos al sitio donde nos habia dejado Nottely: no habia nadie.

Desde él recorrimos con la vista el horizonte; pero ninguna lancha, ningun bulto percibimos en el mar.

—Y ahora qué partido tomamos? —me dijo el Sr. Silaydi.

—Esperar la vuelta de las lanchas, pues sin estar seguros de que cesaron de perseguirnos, no podemos trasladarnos á Tolayda.

—Luego no quereis que hagamos más pesquisas?

—Y para qué? Nottely, querido Silaydi, ó ha muerto (ámbos nos pusimos pálidos) ó lo que es más probable, está en Conordo. Si lo primero, ningun objeto tienen nuestras pesquisas; y si lo segundo, tampoco, á lo ménos por ahora, pues no hemos de ir á atacar tres hombres solos un castillo defendido por 6.000

—Es muy cierto.

—Esperémos, pues, las lanchas, que si no sobreviene algun obstáculo, nos embarcarémos para Tolayda: ántes, sin embargo, dejaremos aquí á Ramilio para que, por medio de las relaciones que tiene en el castillo, averigüe lo que ha sido de Nottely.

—Discurris admirablemente, Mendoza.

—Y tan pronto como vuelva Ramilio, y tan pronto como sepamos lo que ha sido de nuestro amigo, removerémos al cielo y á Saturno para libertarle, ya por medio de alguna negociacion, ya por medio de la astucia, ó ya por medio de la fuerza; porque no descansaré, Silaydi, hasta que vuelva á ver á ese jóven sin el cual me es imposible ya vivir.

—Y yo os juro ante Dios, que haré cuanto pueda por salvarle.

Esto acordado, volvimos á mirar al mar, y percibimos á lo lejos una luz que se movia. Al instante armé el anteojo, con el cual se habia quedado Silaydi desde que Nottely se lo diera en el estrecho, y miré hácia la luz: eran las lanchas que regresaban á Conordo. Desde entónces ya no las perdí de vista, y cuando llegaron á la ensenada, observé que se pararon. Una, la que venia delante, debió, sin duda, penetrar en ella, porque tardó en salir.

—No se equivocó Nottely, —dije yo.

el cual, con todo lo más brillante de la corte, se hallaba la familia de Nomara. Tan pronto como Aneyda entró en el salón, llenándolo de asombro con su belleza, Nottely se quedó inmóvil. Ni un momento apartó su vista de ella, y la miraba con una insistencia tal, que la misma Aneyda lo notó. A mi vez, noté también que mi prima le miraba á él, y que al hacerlo se teñía su rostro de rubor.

— ¡Diantre, diantre! ¿con que hay eso?—dijo pensativo el señor Nomatty.

—No, tú no sabes,—continuó Nostrendy,—lo horrible que es ver dos jóvenes que se miran y simpatizan entre sí, cuando la persona que los observa ama con delirio á la joven que es mirada. Hervía mi sangre, el corazón parecía salirse del pecho, latían con violencia mis arterias, y se me abrasaba la cabeza. Pude contenerme, haciendo un esfuerzo sobrehumano; pero no lo hubiera acaso conseguido, si Nottely se hubiese acercado á Aneyda: afortunadamente no fué así, y nos marchamos sin que uno y otro se hubiesen dicho una palabra. Al día siguiente nos vinimos á esta quinta, con lo cual, y no ver ya al embajador, fui tranquilizándome poco á poco, si bien no del todo, al observar que mi prima estaba ménos amable conmigo, y que se quedaba muchas veces pensativa. Sin embargo, no me hallaba descontento, pues veía que sus padres redoblaban sus atenciones conmigo, y que seguían con la idea de casarnos tan pronto como su hijo regresase de Catilia.

—Eso ya es otra cosa,—dijo el Sr. Nomatty.

—Escucha ahora.

—Escucho.

—Tal era mi situación, cuando ayer volvió á presentarse ese funesto joven, sin que nadie en esta casa lo supiese, pues habiendo preguntado á la princesa si el príncipe lo había convidado, me respondió que nó. Bien pronto supe que había sido el Sr. Rodulfo, á quien Dios confunda, lo mismo que á esos malditos extranjeros, que no puedo atravesar por lo mucho que simpatizan con Nottely.

—Y qué más?—preguntó friamente el Sr. Nomatty.

—Qué más!—dijo, mirándole de reojo el Sr. Nostrendy;—pues te parece poco lo que he dicho?

—Así, así; continúa.

—Ya ves,—dijo Nostrendy,—lo que pasa, y debes inferir lo que me espera. Qué hago ahora? qué partido tomo? Es tal mi estado,

y tanto lo que padezco, que estoy decidido á atropellar todo, y á provocar á ese hombre á un duelo á muerte.

—Bien, por vida mia!—dijo mirándole con compasion el señor Nomatty. Sabes lo que pareces?

—Qué parezco?

—Un niño, ó un aturdido, si lo quieres mejor. Con mil diablos vuelve en tí, y escúchame si quieres.

—Dí, dí,—contestó Nostrendy mirándole con ansiedad.

—Vamos por partes,—dijo Nomatty.—En primer lugar, ¿no ocupas en Catilia una posicion elevadisima? ¿No eres el heredero presuntivo de la corona, siendo sobrino del rey y no teniendo éste hijos, por ahora? Y quién es tu rival? Un representante de una nacion republicana, un simple particular, un nadie, que no tiene más méritos que los personales, ni más condecoraciones que las del último ciudadano de Nostracia. Es esto cierto, si ó nó?

—Sí lo es,—contestó Nostrendy con abatimiento;—pero ¿qué importa eso cuando se trata de un corazon como el de Aneyda, para quien el mérito lo es todo y la estirpe nada?

—Oh! no corras tanto, querido,—dijo con la misma calma el Sr. Nomatty.—Si para Aneyda no son nada la estirpe y la posicion, lo serán para su padre, lo serán para su hermano, y lo serán, sobre todo, para la princesa, que primero moriria que casar á su hija con Nottely. No es toda tuya la princesa? No lo es el príncipe? Y no lo será su hijo cuando venga?

—En cuanto á la princesa, no puedo negar que es toda mia, que me quiere mucho, y que está, no sólo decidida á que me case con su hija, sino muy irritada contra ésta por haberse mostrado amable con el embajador. Esta noche me habló de ello, y lo que me dijo fué quizá la causa de no haber empeñado un lance con Nottely.

—Pues bien,—dijo con viveza el Sr. Nomatty:—¿no conoces, pobre hombre, que este solo obstáculo es más que suficiente para que Aneyda no se case nunca con ese jóven? Y no casándose con él, ¿hay en toda la Roquelia quien pueda razonablemente disputártela? Quiero suponer (lo que es muy dudoso), que no te ame y que ame al embajador; pero si no se casa con él, ¿qué más le da hacerlo contigo que con otro? Cuando la mujer que ama ve un imposible en unirse al objeto amado, los demas le son indiferentes; y habiendo de casarse Aneyda, porque su posicion social así lo exige, ¿no lo hará mejor contigo que eres un pariente tan cercano, el elegido

por sus padres, el heredero probable de una corona, y el hombre, en fin, pese á tu modestia, más apuesto y galán que hay en Romalia? Estás loco si no sientes la fuerza de estas razones.

Con la cabeza baja y el más profundo silencio escuchaba Nostrendy á su amigo: sin duda que sus razones debieron hacerle alguna fuerza, puesto que le oímos decir:

—Oh amigo, oh hermano mío! déjame que te abrace y que te diga cuánto alivio me causan tus palabras. Ah! ellas son un bálsamo consolador que, infiltrándose en lo íntimo de mi alma, va mitigando el fuego que me abrasaba, y que hubiera acabado conmigo si no hubieses venido en mi socorro. ¡Santa amistad y cuánto puedes! Sí, Nomatty, me siento más tranquilo; y aun cuando lo que me dices no llegue á realizarse, al fin es un consuelo, una esperanza, y la esperanza, como bien conoces, no abandona el hombre hasta el sepulcro.

—Hé ahí lo que se llama hablar,—dijo con una risita que le era peculiar el Sr. Nomatty; hé ahí cómo me gusta verte; y si me escuchas y continuas haciendo por tranquilizarte, todavía te diré cosas que han de alegrarte mucho más

—Oh, habla, habla!—dijo abrazándole de nuevo el Sr. Nostrendy, pues no sabes el placer con que te escucho. Pero ante todo....

—Qué?

—Me prometes no marcharte hasta que esté tranquilo?

—Te lo prometo.

—Te irás mañana cuando se vayan los demás?

—No,—dijo con aire de protección el Sr. Nomatty;—estoy decidido á no dejarte hasta que te cases con Ancyda, con Aneyda, ¿lo oyes bien, mi pobre amigo? ¿No he venido con este objeto de Catilia? Y en Romalia ya, ¿me he detenido un punto en volar á tu lado?

—No; demasiado lo sé, y te doy por ello las gracias. Te juro, además, que el mismo empeño que tú pones en que me case con Aneyda, lo pondré yo en que te cases con mi hermana.

—Tuya es mi vida,—dijo con viveza el Sr. Nomatty, —pues ya sabes cuánto adoro á esa preciosa niña. Ahora retirémonos, que es ya muy tarde.

Y cogidos ámbos del brazo, se marcharon.

(*Se continuará.*)

TIRSO AGUIMANA DE VECA.

UNA TEMPORADA EN EL MAS BELLO DE LOS PLANETAS

CAPITULO XIII

LA DESPEDIDA.

A la mañana siguiente nos reunimos para el desayuno. Nostrendy y Nottely hablaban poco, pero en cambio se lanzaban miradas sombrías y de mal agüero. Aneyda estaba pálida, y el tinte encarnado de sus ojos nos hizo conocer que había llorado. El señor Nomera obsequiaba á los convidados con su bondad acostumbrada, y aunque la Princesa trataba de imitarle, y en ello ponía grande empeño, no inspiraba nunca la confianza que su esposo.

Acabado el desayuno dió principio la despedida, que fué cordial y afectuosa, quedando todos en volver á vernos en Romalia. Uno por uno nos abrazaron y se despidieron de nosotros aquellos distinguidos personajes. Cuando llegó su turno al Sr. Nottely, nos cogió las manos, nos las estrechó afectuosamente, y dijo:

—Llevo de vosotros un recuerdo grato. Sentiría sobre manera esta separacion, si no hubiese de veros pronto. Os aguardo en Romalia, y allí, principiando á tratarnos con más intimidad, confío en que nos estimaremos lo bastante para ser amigos. Adios; no me olvideis.

—Oh, desechad ese temor,—le respondimos con viveza.

La niña á quien yo habia parecido hermoso, me dijo al marchar:

—Nos veremos en Romalia; no es así, caballero?

—Pues nó? Tendré en ello un grande honor.

—Gracias,—me contestó con amistosa sonrisa.

En seguida se marcharon todos, ménos el Sr. Noinatty. Este y Nostrendy acompañaron á los viajeros una parte del camino montados en briosos cáballos.

Aquella misma mañana nos dijo el Sr. Nomara :

—Se me olvidaba advertiros que, dentro de dos dias, marcharemos á Romalia. Si no teneis inconveniente, quisiera llevar el globo, por si S. M. desea verlo. Lo teneis ?

—Absolutamente ninguno, —contestó M. Leynoff. —Lo único que deseáramos es que no se rompan, si es posible, las máquinas que lleva dentro.

—En cuanto á eso, descuidad, —repuso el Príncipe. —Si queréis verlo, ó sacar alguna cosa ántes de la partida, no teneis más que llamar á Sulfendy.

—Muy bien : gracias.

Apénas desapareció el Príncipe, llamamos al Sr. Sulfendy, y con él bajamos á los almacenes; subimos después á una hermosa habitacion donde estaba colocado el globo, y nos hallamos enfrente de él. Un estremecimiento indefinible de alegría y de terror se apoderó de nosotros, tan pronto como lo vimos. No era extraño ; este objeto nos recordaba á nuestra patria, siempre querida cuando nos hallamos lejos de ella; nos representaba el espacio, en medio del cual habíamos estado suspendidos; y nos traía á la memoria los peligros y emociones que habíamos experimentado en nuestro viaje.

Entramos en él, y con nosotros lo hizo el Sr. Sulfendy, si bien con mucho trabajo, pues tuvo que encorvarse para subir la escalera de caracol, y mantenerse así todo el tiempo que estuvo dentro. Mientras que él admiraba el vehículo y las máquinas que contenia, admiracion que, sea dicho de paso, provenia más de la novedad, que de la grandeza de los objetos, buscábamos nosotros alguno que pudiese llamar la atencion de aquellos habitantes, pero ay ! la Gran Roquelia no era la inculta América para que pudiésemos sorprender á sus moradores; la Gran Roquelia no era ni aun la Europa, pues esta parte, la más culta é ilustrada de la Tierra, podia considerarse como salvaje respecto de la referida civilizacion de aquellos hombres. Así fué, que sólo sacamos nuestras espadas (las pistolas ya las habíamos sacado el primer dia), un precioso estuche de matemáticas, y el mejor telescopio de M. Leynoff. Recogido esto, nos marchamos.

Cuando estuvimos solos, dije á M. Leynoff:

—Complicados se van poniendo los asuntos de esta casa, amigo mío, y en mala hora hemos llegado á ella. Temo mucho por Aneyda, cuyo amor me parece demasiado grande para que pueda dominarlo, como su padre lo desea. ¿Se efectuará algún día este enlace?

—Es bien dudoso, Mendoza, si recordamos la oposicion tenaz de la Princesa, y el carácter receloso de Nostrendy; pues, aun cuando la perversidad de su amigo y el poder de que ambos disponen en Catilia pudieran inspirarles alguna esperanza, ésta puede ser acaso defraudada por Nomatty mismo, y por el mérito del embajador. En fin, ya veremos qué aspecto toman las cosas después que lleguemos á Romalia.

Al día siguiente, parecia reinar la mayor armonía entre Nostrendy y su prima, pues estaba ésta bastante amable, y aquel muy obsequioso y satisfecho. Esto nos hizo creer que algo les hubiese dicho el Sr. Nomara. La Princesa, si bien estaba seria todavía, no reñia á lo ménos á su hija.

Dos días después marchábamos á Romalia, en un lujoso carruaje, los príncipes, su hija, el Sr. Sulfendy y nosotros. Nostrendy y Nomatty, montados en dos soberbios caballos, caminaban á nuestro lado. Los criados iban en dos coches grandes, llenos de contento por volver á la ciudad. Era ya de noche cuando entramos en el palacio del Sr. Nomara. Nomatty, hechos los cumplimientos de costumbre, se retiró á su casa.

CAPITULO XIV.

ROMALIA Y SU CORTE.

La noche que llegamos, observé con sorpresa que nadie fué á visitarnos; pero supe después que era costumbre en aquel país extraordinario no molestar á los viajeros hasta que hubiesen descansado. Mi impaciencia por ver aquella ciudad, que mi imaginacion me representaba como un cielo, era febril; pero ay! que todo lo que me habia figurado acerca de ella, era pobre respecto de su asombrosa realidad.

Retirados á nuestra estancia, se acostó M. Leynoff, porque venia cansado; pero yo, como joven y lleno de ilusiones, no puede imitarle, preocupado con lo que iba á ver al día siguiente.

Estaba ya bastante entrado el día, cuando nos levantamos. Nos vestimos apresuradamente, y aun no habíamos acabado de hacerlo, cuando entró el Sr. Sulfendy, el cual nos dijo con la sonrisa en los labios

—Traigo orden de S. A. para conducirnos al salón, donde os esperan algunos amigos, que quieren dar con vosotros un paseo antes de ver á S. M. Lo malo es que hay tanta gente en la calle, y en los alrededores de palacio, que no sé cómo podreis salir. Es tal la fermentacion, tal el ánsia que tienen por veros los Romalianos, que á la hora de ésta no se pasa por ninguna de las calles que están próximas á la nuestra. ¡Qué afán y qué impaciencia por coger los mejores sitios! Lo repito, no sé cómo podreis salir.

—Es muy natural.—dijo M. Leynoff—pues dos habitantes de un mundo desconocido, que no han visto nunca, y que son tan distintos de los de Saturno, deben llamarles mucho la atencion.

—Qué decís llamarles la atencion?—repuso el Sr. Sulfendy.—Decid más bien que acabareis por volverlos locos, y que si no tuviesen la esperanza de veros pronto, asaltarían, para conseguirlo, hasta el mismo palacio del Monarca.

Dos habitantes de un planeta que está más acá del sol!—dicen los hombres;—eso no puede ser, porque no está en el poder humano efectuar un viaje de esta clase. Pero ellos están ahí, en esa casa, en casa del príncipe de Toluma; ¿quiénes son, pues esos dos seres? Son racionales, ó pertenecen á la clase de los brutos?

—Qué estais diciendo?—añaden las mujeres—esos no pueden ser más que dos brujos, ó algunos encantadores que vienen á sorprendernos.

—En fin, son tales las versiones y los juicios que se hacen de vosotros, que más que la capital de un pueblo civilizado, parece Romalia una de las ciudades semi salvajes de los polos. Pero venid, venid, señores, no hagamos esperar al Príncipe.

Seguímosle en efecto.

El salón en donde entramos era muy superior al de la quinta, pues las columnas, que pasaban de ochenta, si no eran macizas, estaban al ménos chapeadas de plata, llenas de relieves y molduras de oro. Al mismo tiempo, los diamantes, los topacios, las esmeraldas y otra multitud de piedras preciosas, de fabuloso tamaño brillaban en la mayor parte de los muebles del salón.

En él encontramos ya reunidos á los señores Rodulfo, Nottely,

Otrocy, Notty y Soletty, que eran los dos jóvenes que habíamos visto en la quinta, sobrino el uno del Sr. Rodulio y el otro del señor Nomara. Venían vestidos con un lujo y una magnificencia que espantaban; sobre todo el oro, plata y pedrería que llevaban en sus trajes, era de un valor incalculable. Las plumas que ondeaban sobre sus cabezas, sus soberbios mantos, sus largas y lujosas espadas, y aquellas botas encarnadas tan anclas por arriba y llenas de encajes por sus bordes, daban á sus elevadas estaturas un aspecto tan galán como elegante. Sólo el traje del Sr. Nottely se distinguía de los demás, no por el gusto, que era exquisito, sino por la modestia y primor de sus adornos. Ah! ¡pero aquella modestia misma, cuánto no realzaba su apostura y gentileza! Jamás hombre alguno ha reunido tantas perfecciones. ¡Qué ojos tan expresivos! qué dignidad en sus maneras, y qué aire tan marcial y varonil! Ah! este joven, tan admirablemente bello, parecía, como ya otra vez he dicho, el más perfecto tipo de la raza humana!...

Todos nos saludaron afectuosamente. El Sr. Rodulio nos dijo, con su viveza acostumbrada:

—Qué tal, amiguitos, cómo fué desde la vista?

—Muy bien, gracias,—le respondió M. Leynoff.

—Y que os parece de Romalia? habeis visto ya algo de ella?

—No, señor,—respondió M. Leynoff—pues habiendo llegado ayer por la noche, y habiéndonos levantado tarde, no hemos salido de casa todavía.

—Tanto mejor, tanto mejor,—dijo el anciano.

—Cómo tanto mejor?—preguntó sonriendo M. Leynoff.

—Sí, porque ahora vais á verla con nosotros.

—Teneis razon.

CAPITULO XV.

PASEO POR LA CIUDAD.

Enganchados los carruajes dijo el Sr. Rodulio volviéndose á nosotros:

—Ahora bajemos, señores, pues lo que querrán los extranjeros es ver á los Romalianos, con tanta impaciencia como tienen los Romalianos por verlos á ellos. ¿No ois qué ruido y qué bulla meten los malditos? Qué diantre! pues que unos y otros desean tanto

conocerse, démosles este gusto cuanto ántes. Vamos, señores, vamos.

Y diciendo esto, bajamos al portal, donde nos quedamos suspensos al ver tanta gente reunida.

En el primer carruaje, íbamos los señores Nomara, Rodulio, Nottely y nosotros; en el segundo, el señor Otrocy, los dos jóvenes que habian venido á visitarnos, y el Sr. Nostrendy, que se nos juntó al salir.

Eran los carruajes de graciosa forma, grandes, cómodos y de exquisito gusto. Tiraban de cada uno de ellos seis caballos, más corpulentos que los de la Tierra, de delgados remos, de huesosa cabeza, de dilatado pecho, duro casco y admirable estampa. Desde la cabeza hasta la mitad del cuerpo, eran de un vivo encarnado, y todo lo restante de un color muy subido de violeta. Parecía que estuviesen pintados adrede, porque nos resistimos á creer que la naturaleza pudiese producir tales matices. Impacientes, golpeaban el suelo con sus brazos, y erguian con orgullo sus cabezas, dando al viento sus rizadas crines y barriendo el suelo con sus espesas colas.

Tan pronto como entramos en el carruaje, reinó un silencio profundo; pero cuando, rogados por los príncipes Rodulio y Nomara, nos pusimos á la portezuela, que habian abierto estos señores de antemano, observamos muchas bocas abiertas, pescuezos estirados de una cuarta y ojos en los cuales se veian pintada la ardiente curiosidad que les inspirábamos.

—Y son hombres—decia el mayor número—demasiado pequeños, es verdad, pero muy bien hechos; especialmente el más joven es hermoso.

—Pero ese viaje,—decian otros—¿cómo han podido hacerlo?

Oia estas palabras el Sr. Rodulio, y como era tan franco y al mismo tiempo tan bueno, les dijo al punto:

—Os admiran estos hombres? Teneis razon, y á nosotros nos sucede otro tanto. Muy pronto, sin embargo, sabreis por ellos, puesto que van á vivir entre nosotros, quiénes son, cómo es su mundo y cómo han efectuado su viaje. Entre tanto, hacedles conocer vuestra cultura y exquisita civilizacion, dejándoles franco el paso para que vean la ciudad y examinen sus bellezas. ¿Lo hareis así, verdad?

Apénas dijo el Sr. Rodulio estas palabra, cuando separándose la

multitud, como movida por un resorte invisible, dejó libre el camino para que pudiésemos pasar. Conmovido por aquella pronta obediencia que revelaba cariño y respeto á la vez, hizo seña M. Leynoff de que queria hablar. Se detuvieron los carruajes, que ya iban á arrancar, y puesto en pié mi noble amigo, dijo á la multitud:

—Sí, amigos; sabreis por nosotros, no sólo quiénes somos, cómo es nuestro mundo y cómo hemos efectuado nuestro viaje, sino cuanto en él nos ha sucedido de notable. Nos habeis acogido demasiado bien, y nos tratais con harta consideracion, para que no hagamos en obsequio vuestro todo cuanto pueda seros agradable.

Una chispa eléctrica no hubiera sido más rápida que el entusiasmo que despertaron estas palabras en aquella compacta multitud.

Y hablan!—decian los más cercanos.—Oh! no cabe duda que son hombres como nosotros. Y que buenos y amables parecen! con qué gusto se prestan á satisfacer nuestros deseos! ¡Vivan los extranjeros! gritaron fuera de sí aquellos hombres. ¡Viva el Rey, vivan los Príncipes!

—¡Vivan!!—respondieron un millon de voces.

Entonces arrancamos á escape, por la calle que teníamos enfrente.

—Bien, amigo,—dijo el Sr. Rodulio á M. Leynoff.

—En efecto,—añadió el Sr. Nomara,—ha sido una ocurrencia feliz hablar al pueblo, del cual os acabais de captar las simpatías.

—Estamos entre gente extraña,—repuso M. Leynoff;—y así como sus primeras impresiones nos pueden servir si son favorables, así también nos podrian perjudicar, si fuesen adversas.

—Indudablemente,—respondieron todos.

En esto caminábamos por las largas y espaciosas calles de Roma. Eran tan anchas, que M. Leynoff y yo apenas podriamos percibirnos, sin notable disminucion de la estatura, desde una acera á otra. El piso era de granito, cortado á trechos por vetas de cuarzo, tan iguales é íntimamente unidas, que no se percibian las juntas.

Las casas eran altas, elegantes, y de un gusto arquitectónico intachable. Las fachadas estaban pintadas, y los arcos, balcones y columnas que las decoraban, hubieran, por su correcto estilo, sorprendido y dado celos á nuestros más eminentes arquitectos. Ninguna de ellas tenia tejado, sino grandes terrados defendidos por rejas de bronce, al traves de las cuales se veian innumerables arbustos, y las más lindas y variadas flores.

Entramos en una plaza.

Era esta tan grande, que podrian caber en ella hasta cien mil guerreros. Todas las casas que concurrían á formarla, estaban sostenidas por arcos, detrás de los cuales se veían espacuosas galerías tan cómodas para pasear en el invierno, como útiles para librarse del sol en el verano. Estas casas y estos arcos, exactamente iguales, de una misma elevación, de unas mismas dimensiones, y de un mismo gusto arquitectónico, presentaban un aspecto tan armonioso, que nos agradó en extremo. En medio de cada hilera de casas, había un edificio público; de manera, que venían á ser cuatro los que teníamos á la vista, todos magníficos. Uno, el que teníamos enfrente, era un templo; otro, el sitio donde se reunían las autoridades; otro, una escuela pública de niños; y el cuarto, otra escuela para las niñas. Pues bien; como esta plaza, había ciento en aquella ciudad tan bella.

En medio de la plaza se veía una fuente rodeada de un estanque lleno de agua, dentro del cual jugueteaban miles de peces. Del centro del estanque, y sobre una base de granito, se elevaba una columna de la misma roca, en la cual venía á fijarse un solo pié de un caballo de bruñido bronce, encima de cuya silla cabalgaba un guerrero de figura gigantesca, completamente armado. Por los ojos, boca, narices y oídos del guerrero, y por los ojos, boca, narices y oídos del caballo, salían chorros numerosos y finísimos de agua, dispuestos con tal gusto y artificio, que venían á formar alrededor de la figura una como red, ó gasa milagrosa que, por lo trasparente, parecía de cristal. Pero lo que llamó más mi atención fué, que ni una sola gota de agua, á pesar de ser los chorros tan delgados, caía fuera del estanque, cerca del cual estuvimos largo rato sin mojarnos absolutamente nada.

Admirábamos esta fuente, cuando dijo el Sr. Rodolfo:

—Me parece, señores, que sería mejor entrar en el templo para que los extranjeros puedan verlo, y subir después á la torre, desde donde verán la ciudad en toda su extensión. Qué decía?

—Que me parece excelente idea,—contestó el Sr. Nomara;—y así los extranjeros y Nottely no se oponen....

—Todo al contrario, querido Príncipe,—dijo interrumpiéndole el Sr. Nottely;—apruebo tanto más lo que ha dicho el Sr. Rodolfo, cuanto que es muy posible que los extranjeros piensen del mismo modo (una inclinación de cabeza les hizo conocer que

al), en cuyo caso, soy de opinion que la ejecutemos al instante.

Nos apeamos; otro tanto hicieron los del segundo carruaje, y reunidos, entramos en el templo.

Era soberbio, y estaba construido con el más bello mármol que he visto en mi vida. El gusto arquitectónico era muy parecido al compuesto de los dos órdenes, jónico y corintio. Su longitud, tomada desde el ángulo de tres gradas que le sostenian, seria como de 1.000 piés, y su ancho como de 700. A su alrededor habia una especie de peristilo, compuesto de 414 columnas, 72 en cada fachada, y 123 en los costados. Estas columnas no tenian basa, y la altura, comprendido el capitel, era como de unos 324 piés, siendo su diámetro de 27. Todas estaban estriadas con aristas vivas en la altura, y sostenian un magnífico cornisamento de 99 piés de elevacion, que no era por cierto ménos admirable por el carácter de sus delicados perfiles, que por la belleza del mármol de que estaba formado.

El interior del templo constaba de dos partes; la primera, muy parecida á un vestibulo, estaba sostenida por 104 columnas sobre dos cuerpos, mientras que la segunda tenia 216, noventa y nueve á cada lado con una en cada extremidad.

En el fondo de ésta se veia un primoroso cuadro, pintado con una viveza y naturalidad tales, que, no sólo parecian verdaderos los objetos que en él se representaban, sino que creí, por un momento, animada la figura que sobre ellos se destacaba, airosa y llena de magestad.

La figura representaba un hombre desnudo, medio envuelto en una densa nube, que no dejaba percibir de él más que el pecho, los brazos, la cabeza y parte de la cadera y muslo izquierdos, puesto que descansaba sobre el lado derecho.

Es imposible describir, ni haber visto jamas formas más admirables, facciones más perfectas, ni cara más peregrina. Sus ojos, de una belleza incomparable, eran tan expresivos, que hablaban, por decirlo así, con la persona que los contemplaba, y en aquella figura celestial se veian retratadas toda la grandeza y majestad de un Dios.

Y á Dios representaba efectivamente!

Debajo de él, y de la nube que le sostenia, se destacaba, en primer término, el espacio con sus inconcebibles dimensiones; en seguida, las nebulosas que nuestros instrumentos ópticos, ó por

mejor decir, los de aquel mundo, podían percibir desde Saturno; y últimamente la muestra, ó, lo que es igual, la *vía láctea* con el sol y nuestro sistema planetario. ¡Con qué verdad estaban representados todos estos objetos! ¡Cuán inimitable, cuán divino debía ser el pincel que coloreó, y animó después, aquella obra maestra sin igual! ¡Ah, y cuán elocuente y significativo no era para nosotros aquel cuadro!

Dios! la creación!...

Esto era sublime!

M. Leynoff y yo nos quedamos mudos contemplando aquella maravilla, é ignoro cuánto tiempo hubiéramos permanecido de aquel modo, si no oyésemos decir al Sr. Rodulio:

—Qué es eso, señores? qué haceis? Ahora no es tiempo de pensar en esas cosas; subamos á la torre, si gustais. No sabeis que tenemos que ver á S. M.?

—Tiene razon Rodulio,—dijo el Sr. Nomara;—no sólo tenemos que ver al rey, sino que las ideas que os ha suministrado ese cuadro, deben ser demasiado serias para tratarlas en este sitio: dejémoslas, pues, para otro más á propósito, y entonces podremos hacerlo con toda comodidad. Pensais lo mismo, Sr. Nottely?

—Exactamente lo mismo,—respondió el jóven,—y desde luego me asocio á vos para hablar con estos señores de tan importante asunto.

Nostrendy, Otrocy y los dos jóvenes, no dijeron una palabra. Subimos á la torre.

Se componia de arcadas, de pilares, de capiteles y de pirámides. Tenia 235 piés cuadrados, y entraba la luz por unos calados. Alrededor de ella se veian 316 estatuas que representaban otros tantos varones ilustres de Romalia.

En la torre ya, miramos á uno y otro lado. ¡Qué espectáculo el que se nos ofreció á la vista! ¡Y cuánto diera por describirlo tal cual era!

En primer lugar parecia no tener fin aquella ciudad, puesto que sus límites se perdian, unos en el horizonte, y otros en los montes más remotos. Como todas las casas tenían terrados, y en ellos habia jardines atestados de arbustos y de flores, el lector podrá inferir ¡cuán extraña, pero al mismo tiempo cuán agradable no debía ser la vista de aquella dilatada praderia, si puedo llamarla así, que al mismo tiempo que ostentaba su admirable color

verde, matizado por otros mil de las infinitas flores que en ella lucían sus corolas, estaba cortada, á trechos, por las verjas llenas de dibujos, y las columnas llenas de molduras que defendían y rodeaban los terrados! Las pinturas de las casas más lejanas que se veían por su parte superior, y las pinturas y balcones de las más próximas que se veían casi todas, contribuían á aumentar la variedad de este nunca visto paisaje. En medio de él, y formando grupos se destacaban las torres de los templos, las medias naranjas de los edificios, las cúpulas de los palacios, y las chimeneas de las casas. Y si á esto se añade la animación que daban á este cuadro las figuras que, grave y reposadamente, se paseaban por los terrados, la fragancia embriagadora que, á torrentes, despedían los arbustos y las flores de que estaban atestados los jardines, (y que eran, en mi concepto, las que inspiraban á aquellos habitantes su extremada pasión por los perfumes), y no olvidais la luz tan pura y dulce que un sol remotísimo proyectaba sobre Saturno, ni el suave brillo de las fajas (los anillos) que cortaban el cielo en dos mitades, os parecería esto no un pueblo, como en realidad lo era, sino uno de aquellos cuadros fantásticos que sólo puede crear la inteligencia en uno de sus delirios más espléndidos. ¡Ah, y así era todo en Saturno.

No sé cuando hubiéramos abandonado aquel sitio, en el cual estábamos como clavados, si no hubiera vuelto á decir el señor Rodulio:

—Bajemos, señores, que es hora de ir á palacio.

Bajamos, en efecto, y apenas habíamos salido á la calle, cuando un joven, á caballo y de uniforme, se acercó á nosotros.

—Señores, dijo, S. M. os espera.

—Pronto, á palacio,—repitió el señor Rodulio.

Y sin perder momento, nos marchamos.

(Se continuará.)

TIRSO AGUIMANA DE VECA.

UNA TEMPORADA EN EL MAS BELLO DE LOS PLANETAS.

CAPÍTULO XVI.

PALACIO.—ENTREVISTA CON EL REY.

Era el palacio extremadamente grande, ó, por mejor decir, eran cuatro edificios que, reunidos, formaban el coloso que teníamos á la vista. Cada edificio era un cuadrado perfecto, y cada cuadro tenía un patio: los cuatro edificios juntos formaban el quinto cuadro, y por consiguiente el quinto patio, más grande y espacioso que los otros.

Todas las paredes eran del más bello mármol que se pudiera imaginar; pero está en mi mano describir ahora la originalidad de los detalles, la travesura de la invencion, el capricho y magnificencia del ornato? Techos riquísimos matizados de azul y oro; columnas de exquisito pórvido esbeltas y airosas; piedras finísimas de variados colores y espléndidos dibujos; lujosos almocárabes; grecas y listas floreadas; graciosos pabellones; pechinas y bóvedas de peregrina forma y sorprendente belleza; todo, todo se hallaba allí reunido para convertir aquel palacio en una mansion de hadas.

La puerta por donde entramos era grandísima, y el vestibulo soberbio. La escalera, de anchos peldaños, tenía la balaustrada de plata, y estaba además cubierta con una alfombra riquísima. Le servían de techumbre bóvedas muy altas y de atrevida construcción.

Cuando estuvimos en lo alto, se nos ofrecieron á la vista espaciosas galerías soberbiamente alfombradas, y en las cuales se veían

altos funcionarios vestidos con un lujo y una riqueza que me dejaron estupefacto. En ellas se percibía también aquel aroma delicioso que tanto gustaba á aquellos habitantes, y que en palacio era mucho más fino é insinuante que el que habíamos aspirado en otras partes.

Junto á la puerta de la estancia en que estaba el trono nos hicieron parar: la entreabrió un gentil hombre respetuosamente, y nos anunció. Debíó sin duda recibir la orden de que entrásemos, puesto que la puerta se abrió del todo, dejándonos patente un espectáculo que nos hizo comprender de lleno cuán grande era la diferencia que mediaba entre Saturno y la Tierra.

Era un alto y espacioso local donde aquellos hombres habían acumulado todo lo que aquel mundo tenía de más gusto, de más rico y de más maravilloso. Doscientas columnas, ciento á cada lado, de oro, ó cubiertas á lo ménos de este metal, y de la más original arquitectura, se extendían desde el lienzo en cuya puerta nos hallábamos, hasta el otro que teníamos enfrente, y contra el cual se apoyaba el trono del monarca. Sobre los capiteles de estas columnas descansaba una cornisa, por debajo de la cual, y cubriendo las ventanas y los balcones, descendían en anchos pliegues grandes cortinas de tish bordadas de oro. Desde el medio del salón arrancaba una media naranja, terminada por una claraboya que tenía un vidrio extraordinario. Y digo extraordinario, porque además de su extensión poseía todos los colores del arco iris: no podía, pues, pasar por él la luz sin que adquiriese estos colores y sin que revistiese con ellos los objetos del salón, comunicando á éste un aspecto mágico é imposible de describir.

El trono era un prodigio.

Lo componía una nube trasparente, una de aquellas nubes suaves y esplendorosas, que se dejan percibir cuando el astro del día va á ocultarse bajo el horizonte. Sobre una de estas nubes, pues, se elevaba un sol de oro purísimo, y tan cubierto y cuajado de brillantes, que ofendía la vista al mirarlo. Debajo de él, y encima de la nube referida, se apoyaba un trono de nácar admirablemente trabajado. Desde el asiento hasta el suelo había una pequeña escalinata, cuyos peldaños de plata maciza, y cuya balaustrada, toda de oro, sobrepujaba en primor á cuanto hasta allí habíamos visto. A uno y otro lado de la nube se veían dos gradas con asientos en extremo ricos, aunque no tanto como el del trono.

Sentado en éste veíase un hombre alto y hermoso, de ancha y elevada frente, de nariz aguileña, de labios bastante pronunciados, de blanquísima dentadura, de ojos azules, de aire noble y de mirar grave. Sus cabellos, que en rizos le caían sobre los hombros, su bigote rubio y su poblada barba le daban un aspecto dulce y lleno de majestad.

Al lado izquierdo del rey estaba la reina, tan suntuosamente vestida como él. Al lado de esta veíase una niña de corta edad, que era su hija; y al lado de aquel un niño, que era el heredero de la corona. Después del niño seguían los señores Rodulio y Nomara, primo éste de S. M., y el otro de su augusta esposa, con sus familias respectivas, según el rango y la edad de cada una. El Sr. Nostrendy, como sobrino de un rey, tenía también asiento entre la familia real.

A los lados de ésta veíanse los próceres del reino y los altos funcionarios del Estado, y después de ellos el cuerpo diplomático, compuesto de cien embajadores pertenecientes á aquel y á otros continentes más lejanos. Todos estaban en pié, formando un semicírculo alrededor del trono, cubiertos y ricamente ataviados.

Entramos en este recinto M. Leynoff y yo, profundamente impresionados; pero, por fortuna, el silencio que reinó en la estancia, apenas nos presentamos, nos dió tiempo para reponernos.

Si la atención era grande en aquellos personajes, el silencio era todavía mayor. Rompiólo el rey diciendo:

—¿Con que es cierto, nobles extranjeros, que pertenecéis á un mundo que está más acá del Sol?

Antes de responder hincamos una rodilla en el primer peldaño de la escalera que conducía al trono, y besamos respetuosamente la mano del monarca.

Vueltos á nuestros puestos, dijo M. Leynoff:

—Es una verdad, Señor, que somos habitantes de un mundo igual al vuestro, aunque novecientas noventa y cinco veces más pequeño, y que este mundo es el tercero de los planetas que están más acá del Sol.

—¿Y cómo habeis concebido la posibilidad de trasladaros desde la Tierra á Saturno, y habeis llevado á cabo tan arriesgada empresa?

—V. M. comprenderá, —respondió M. Leynoff, —que si en la Tierra se ha concebido y realizado este proyecto, con mucho más

motivo se hubiera realizado en Saturno, cuyos habitantes son de una capacidad superior á la nuestra.

Y no creais, Señor, que al confesar esta verdad lo hacemos porque nos hallemos en este sitio; nó, lo hacemos porque estamos convencidos de que así es efectivamente.

Por lo demás, circunstancias especiales han influido en nuestra determinacion. Hastiado del mundo, por causas que seria prolijo enumerar, me dediqué al estudio de las ciencias, que amé siempre con pasion: estos estudios y los experimentos que respecto de ellos hice en mis laboratorios, me indujeron á sospechar primero y á creer después que no era un delirio el proyecto de trasladarme á otro mundo para reconocerlo y reconocer sus moradores.

Como era muy rico y ocupaba una alta posicion en mi país, poseia todos los medios necesarios para realizar esta arriesgada empresa. Lo tenia ya todo dispuesto, y sólo me faltaba un compañero, cuando Dios me presentó á Mendoza, á quien un amargo desencanto habia sumido en una afliccion inmensa. Vea, pues, V. M. cómo la desesperacion del uno y el aburrimiento del otro han sido las verdaderas causas de este viaje que tanto os sorprende, y con razon.

Y digo con razon, Señor, porque nosotros mismos nos horrorizamos de los peligros que hemos corrido miéntras lo ejecutábamos, si bien no oculto á V. M. las emociones profundas y llenas de sublime encanto que hemos sentido, cuando, avanzando por ese espacio sin límites, veiamos al Sol despedir una luz triste y sombría en medio de un cielo absolutamente negro. Y las estrellas? Si las viérais, Señor! Diseminadas aquí y acullá por la bóveda celeste, parecian otras tantas lámparas funerarias destinadas á presidir el silencio augusto y la majestad terrible que entónces nos rodeaban. Qué espectáculo aquel, Señor! Sólo viéndolo llegaríais á formar de él una completa idea.

—Ah! contadnos, os ruego,—dijo el monarca, conmovido con lo que acababa de oír,—hasta el más mínimo incidente de ese milagroso viaje; pero contádnoslo desde el momento en que abandonásteis la Tierra para dirigiros á Saturno. No sólo yo y todos estos señores deseamos oírlo de vuestra boca, sino que los mismos Nomara, Rodulio y Nottely, que ya os lo oyeron otra vez, me han dicho que lo oirían mil con el mismo placer que en el principio. Hablad, pues; os lo suplico.

Entonces M. Leynoff refirió por tercera vez todo cuanto había contado al Sr. Nomara primero, y á los convidados después, en la quinta de aquel Príncipe, si bien ahora se extendió algo más en los detalles.

Ya había acabado de hablar, ya sus ojos se habían dirigido por tercera vez á sus amigos, y el silencio y el asombro continuaban. El rey, hablando consigo mismo, decía entre tanto:

Esto parece un sueño, un cuento fantástico, pura ilusión que embarga y extravía los sentidos.

Pero reponiéndose en seguida, añadió:

—Perdonad, señores, si, efecto de mi grande asombro, no os he dado aún las gracias por lo que con tanta amabilidad acabáis de referirnos.

Y nos las dió efectivamente.

Luego, dirigiéndose á su esposa, dijo:

—Y bien, señora, qué pensáis de esto?

—Que, como V. M., estoy también llena de sorpresa, y que al oír esta relación, casi increíble, he sentido una especie de terror, acompañado de un encanto indefinible.

—Sí, sí, teneis razón, —dijo el monarca.—Este viaje es efectivamente un prodigio; y al atravesar ese espacio infinito, es preciso que se sintiesen emociones sublimes y aterradoras á la vez. ¿Y el bello mundo de Marte? Y el infierno de Júpiter? Vamos, es cosa de volverse loco.

Dicho esto, inclinó la cabeza, y se quedó pensativo. De pronto la levantó, y dijo:

—Quisiera ver el globo: lo traéis?

—Sí señor, —contestó M. Leynoff.—El Sr. Nomara ha previsto ese deseo tan natural en V. M., y lo ha traído efectivamente.

—Que vayan á buscarlo, Nomara, —dijo con viveza el rey.

Levantóse el Príncipe y habló en voz baja con un gentil-hombre, el cual salió al instante para mandar que lo condujesen á palacio. Mientras llegaba, se mantuvo el rey meditabundo, y por consiguiente la corte, que entonces no se ocupaba más que de nuestro arriesgado viaje, que tanta impresión le produjera. El palacio de Nomara estaba próximo al del Rey: por consiguiente, tardó muy poco en llegar el globo, que no tuvo ninguna dificultad en pasar ni por la escalera ni por aquellas anchisimas puertas.

El primero que le examinó fué S. M. Tardó bastante en salir, y

después que lo hizo, fueron entrando, unos en pos de otros, todos aquellos personajes según su rango y posición. Uno hubo que permaneció dentro más tiempo que los demás, y al cual, después que salió, preguntó el rey:

—Y bien, Nolatto, qué piensas de esto? Habla, pues deseo oír tu parecer, acerca del globo primero, y después del viaje.

Era el caballero á quien el monarca habia dirigido la palabra, un hombre de buena talla, delgado, más cerca de la ancianidad que de la edad madura, de frente despejada, de nariz larga, de cabellos blancos y severo aspecto. Todo el tiempo que M. Leynoff estuvo hablando habia tenido inclinada la cabeza, y se habia reconcentrado en sí mismo, como si no quisiese perder un gesto ni una sílaba de lo que decia. Interpelado ahora por el rey, respondió al punto:

—Sabíamos, Señor, que podíamos ascender por nuestra atmósfera, apoyados en cuerpos cuyo peso fuese menor que el aire que respiramos, y sabíamos también que no podíamos pasar de cierta altura sin comprometer nuestra existencia; pero aún cuando han sido varios los aparatos que hemos inventado con este objeto, jamás se nos ocurrió ¡triste es decirlo! que pudiésemos, no digo ya elevarnos y sobreponernos á la atmósfera, sino llegar hasta la parte más alta de ella. Y si no habíamos pensado en esto, ¿cómo habíamos de haberlo hecho en los bellos y admirables aparatos que acabamos de ver en ese globo, en la disposición y divisiones que hay en él, y en los cálculos y meditaciones que debieron haber precedido al difícil y complicado mecanismo de las máquinas? En esto nunca hemos pensado, Señor, y por eso nos ha sorprendido tanto la venida de estos hombres. Esta es mi opinión respecto al globo.

—Y que me parece exacta, --repuso con bondad el Soberano. -- Dime ahora lo que piensas respecto de ese viaje que á todos nos tiene atónitos.

—Lo que yo pienso, Señor, --dijo Nolatto con una franqueza que agradó á todos, --es que ese viaje trastorna todos nuestros cálculos, como ha dicho bien V. M. Creo que M. Leynoff es un hombre de verdadero mérito, y que tanto como debemos admirar sus conocimientos en las ciencias, tanto ó más deben sorprendernos su valor y su modestia. Os conmoveis, caballero? (M. Leynoff estaba en efecto conmovido.) ¿Os agrada hallar en un mundo desconocido simpatías tan profundas? Lo concibo; y esa emoción que tanto os

honra me revela, mejor que pudieran hacerlo las palabras, todo lo grande y noble que hay en vos. Sois, caballero, pese á vuestra modestia, uno de aquellos seres que de cuando en cuando, y como por vía de compensacion de los inavados que pululan en el mundo, nos envia la Divina Providencia. Oh, Señor!—añadió volviéndose al monarca,—aunque se mortifique un poco nuestro orgullo, preciso es confesar que nuestra superioridad, á lo ménos sobre este hombre, no existe. Me habeis mandado que hable, y os digo francamente mi sentir.

Si el respeto al monarca impidió que estallasen murmullos de aprobacion cuando concluyó el Sr. Nolatto, la expresion de todos los semblantes, y principalmente de los de nuestros amigos, no nos dejó la menor duda del afecto que habiamos inspirado á aquellos hombres.

—Nolatto, —dijo el monarca, —aprecio tu sentir tanto más, cuanto que se halla en perfecta armonía con el concepto que he formado de los extranjeros. Ahora bien, —añadió volviéndose á nosotros,—ya veis cuál piensa de vosotros uno de los hombres más sabios de Romalia; veis tambien retratada en los semblantes de estos caballeros la viva simpatía que les inspirásteis, y no os oculto que la mia hácia los dos es muy grande. Como rey, y, lo que me es más grato todavía, como padre de mis pueblos, y por consiguiente como jefe de esta gran nacion, os acojo en su nombre y me declaro vuestro protector. En tal concepto, os asigno *sory colla bary* (1), y os cedo mi palacio de *No ttologuy* (2) mientras residais en mis Estados, y por toda la vida, si, olvidándoos de la Tierra, quereis permanecer entre nosotros. Además, quiero que dos de mis guardias, sostenidos á mis expensas y vestidos con mi uniforme, os sirvan y acompañen á todas partes.

Fué tal la sensacion que estas palabras nos causaron, y tan profundo el reconocimiento de que nos hallábamos poseidos, que á los piés ya del monarca, y besando sus reales manos, no pudimos articular una palabra.

—Bien, bien, —dijo aquel excelente rey;—comprendo vuestro silencio, mil veces más elocuente que las palabras. Ahora, levantaos y besad la mano á la reina y á mis hijos.

(1) Equivalente á cien millones.

(2) Las Delicias.

Volviéndose después al Sr. Nomara, añadió:

—Ya lo ves, Príncipe, te los robo.

—Oh, Señor!—dijo el Sr. Nomara, —ruego á V. M. humildemente que no sea tan cruel conmigo.

—No hay remedio: me quedo con ellos.

—Entonces, tendré que rebelarme, Señor.

—Rebelarte! —dijo sonriendo el Soberano; —no te comprendo, Nomara.

—Rebelarme, sí, Señor, si V. M. no se digna transigir conmigo.

—Transigir! hola, hola! De potencia á potencia. En hora buena: veamos cómo.

—Yo no puedo privar, —contestó el Sr. Nomara, —ni aunque pudiera lo haria, á V. M. de proceder como quien es, es decir, como un gran rey, dando á los extranjeros una prueba tan hermosa de su real munificencia; pero si yo no me opongo á esto, porque no puedo ni debo hacerlo, dignese V. M. dejarme á mí los extranjeros, ya que mi casa fué la primera que los acogió en Saturno: V. M. no sabe hasta qué punto le estimaré este favor, si se digna concedérmelo, como humildemente se lo ruego.

—Vamos, vamos, —dijo con dulzura el Soberano; —veo que te pones en razon, y que no es exorbitante la gracia que me pides. Te la concedo, Príncipe, pero sin que por eso disminuya en lo más mínimo el donativo hecho, lo mismo que la cesion de los dos guardias.

—Gracias, mil gracias, Señor, —contestó lleno de gozo el Sr. Nomara.

¿Qué habiamos de decir nosotros, y cuál estarían nuestras almas durante aquella disputa que tanto nos favorecia? Nada; mirar al rey, mirar al Príncipe, y callar. Esto fué lo que hicimos, é hicimos perfectamente, puesto que todos nos comprendieron.

—Ahora, señores, —dijo el rey dirigiéndose á los concurrentes; —os participo que quedais convidados para el torneo de esta tarde, para el paseo en los jardines y para el baile que ha de seguirle. Con qué, hasta después.

Y nos despidió á todos con la mano.

Apénas salimos, vinieron á felicitarnos nuestros amigos, y todos los que habian concurrido á la recepcion; y si bien por el pronto atribuimos sus ofertas y los cumplimientos que nos hicieron al favor que nos dispensó el monarca, no por eso dejamos de

agradecérselos con la más viva cordialidad. Era natural; compáramos aquella corte con las de la Tierra, en las que no hay más que perfidia, hipocresía, y ridícula superficialidad; pero ¡cuánto no nos equivocábamos! El modo franco y caballeroso con que se nos ofrecieron aquellos hombres, estaba en perfecta armonía con la sinceridad y honradez de sus principios: más adelante tuvimos ocasión de conocerlo.

El Sr. Nolatto, hechos sus ofrecimientos, y después que quedamos solos los Sres. Rodulfo, Nomara, Nottely y nosotros, nos dijo con sumo agrado, y teniendo cogidas nuestras manos:

—Mañana nó, porque estareis cansados de las diversiones de esta noche; pero pasado mañana, si quereis, iremos al observatorio, para ver desde allí vuestro planeta.

—Nuestro planeta!—dijo M. Leynoff muy sorprendido;—pues qué! alcanzareis desde Saturno, á ver la Tierra?

—Y por qué nó?—dijo, con la mayor naturalidad el Sr. Nolatto

—Me asombráis,—dijo M. Leynoff.

—Pero vamos,—dijo sonriendo el Sr. Nolatto,—cuál es el motivo de ese asombro que, si he de ser franco, no comprendo?

—Porque con nuestros telescopios,—respondió M. Leynoff,—(y ved que el mio es uno de los mejores de la Tierra), no deben verse desde Saturno, más que á Júpiter y al Sol.

—Pues entóncea, amigo,—dijo el Sr. Nolatto,—no hay más remedio que conformarse, y confesar la superioridad de nuestros instrumentos sobre los vuestros, toda vez que, no sólo vereis desde Saturno á Júpiter, á la Tierra y al Sol, sino á Marte, á Vénus y á Mercurio.

—A estos tres planetas tambien!—dijo más sorprendido aún M. Leynoff;—pues si así es, pluguiese al cielo que no hubiese tales diversiones, y que fuésemos desde aquí mismo al observatorio.

—Oh, no digais eso, por Dios,—repuso con viveza el Sr. Nolatto;—pues no teniendo estas diversiones más objeto que obsequiaros, miraría el rey como una falta que dejáseis de asistir á ellas.

—Teneis razon, muchísima razon, amigo mio,—dijo M. Leynoff algo cortado;—soy un necio. ó por mejor decir un ingrato, pues tan pronto olvido los favores que se me dispensan.

—Ni necio, ni ingrato, querido Leynoff,—dijo el Sr. Nottely;—entusiasta sí, y mucho, por la astronomía, de la cual no podeis

hablar sin extasiaros. Y haceis bien, por vida mia, y yo seria de vuestro parecer, si ahora, como ha dicho el Sr. Nolatto, no fuera el rey quien os convida, y no tuviéramos que plegarnos á su voluntad augusta, mucho más, cuando lo que quiere hacer es obsequiaros.

—No más, por Dios,—dijo M. Leynoff,—pues demasiado conozco mi ligereza, y la exactitud de lo que decís. Esperaremos á pasado mañana, y si el Sr. Nolatto continúa favoreciéndonos, nos desquitarémos ámpliamente de este dia.

—Y tanto como nos desquitarémos,—contestó el Sr. Nolatto,—pues, no sólo observaremos los planetas, y todo lo que querais de sus satélites, sino que hablaremos algo de astronomía. ¿Ireis con nosotros, Príncipe?—dijo volviéndose al Sr. Noinara.

—Ya lo creo,—respondió éste;—y espero que tambien nos acompañarán los Sres. Rodulio y Nottely. No es así, señores?

—Yo, por mi parte,—dijo el Sr. Rodulio,—os acompañaré por el gusto que tengo en estar con vosotros; pero por filosofar y cansar la vista mirando á las estrellas, nó, vive Dios, pues es cosa que me agrada poco. Qué quereis? Cada uno se divierte á su manera. Vosotros gozais escudriñando secretos que no están á vuestro alcance, ni al de nadie, mientras yo, sin romperme la cabeza, gozo de todo lo que se me presenta, como voy á gozar de las diversiones de esta tarde.

—Y haceis bien,—dijo sonriendo el Sr. Nottely;—pero sino quereis tomar parte en nuestra conferencia, gozareis, al ménos, oyéndonos hablar.

—Con tal que digais cosas bonitas,—respondió el Sr. Rodulio,—y no tenga que cansarme en comprenderlas, todo irá perfectamente; pero, qué diantre! estarémos juntos, y esto basta.

—Así es,—dijo el Sr. Nolatto;—y para que el dia sea completo, examinaremos al sol por la mañana, y por la noche los planetas. No es así, querido Leynoff?

—Mi gusto es el vuestro, caballero,—contestó éste.

—Sea,—dijo el Sr. Noinara;—y ahora vamos á comer, que ya es hora. Quereis acompañarnos, señores? Tendrémos en ello un gran placer.

—Lo sabemos,—contestó el Sr. Nolatto;—pero tengo un convidado y me es imposible dejarlo. Gracias.

Y volviéndose á nosotros, añadió:

—Hasta luego, señores.

—Y yo,—dijo el Sr. Nottely,—tengo que prepararme para el torneo, y despachar un asunto en la embajada. Gracias, Príncipe.

Y volviéndose á nosotros, añadió:

—Hasta luego, amigos.

CAPITULO XVII.

EL TORNEO.

Después de comer salimos en carruaje los Príncipes, Aneyda, Nostrendy, el Sr. Sulfendy y nosotros, en direccion al sitio donde debia celebrarse el torneo. Era infinito el número de personas que concurrían al mismo paraje, deseosas de gozar de un espectáculo que raras veces presenciaban los habitantes de Romalia.

Este sitio lo formaba un circo extensísimo, compuesto de numerosas gradas destinadas al pueblo, y de espaciosos palcos que debían ocupar los Grandes y los altos funcionarios del Estado. La construccion de los palcos, su adorno y las columnas que los sostenían, todo estaba á la altura de la civilizacion de aquel mundo.

El espacio donde debia tener lugar la lid, era firme y estaba cubierto de menuda arena. Debajo del palco de los reyes se elevaba un tablado con una escalera, al principio de la cual habia dos guardias y en medio del tablado tres graves personajes vestidos de negro: eran los jueces.

Todo estaba dispuesto, cuando en medio de una esplendente corte apareció el monarca llevando de la mano á la reina.

Una música militar, que se dejó oír en uno de los palcos de la entrada, vino á comunicar á aquel recinto una animacion que llenó de alegría á todos los concurrentes.

Ebrio de gozo el pueblo con la presencia de sus reyes, prorumpió en alegres vivas, que continuaron por mucho tiempo, y que se hubieran prolongado más aún, si uno de los jueces no los hubiese hecho cesar, con una sola señal de su vara. A los vivas sucedió el silencio y la mayor compostura, que reinaron después toda la tarde.

Enfilar una lanza por una sortija pendiente de un cordon de seda, y colocada en el medio de la plaza, era el primer juego que

debía tener lugar. La lanza había de introducirse por la sortija, y llevarla consigo el jinete, á todo el escape del caballo. El Sr. Nomatty era el primero que debía probar fortuna, y los últimos los Sres. Nottely y Nostrendy.

Doce sortijas llevaba ya enfiladas el Sr. Nomatty, cuando los más afortunados de sus compañeros sólo habían enfilado siete. En efecto, la mayor parte de éstos corrían inútilmente.

Por último, llegó su turno al Sr. Nottely, que, disparado como una flecha, llevó la primera sortija. Nostrendy le sigue, y lleva la segunda. El Sr. Nottely, rápido como el rayo, lleva la tercera. Nostrendy vuelve y lleva la cuarta, excitando las aclamaciones de la multitud. El embajador corre otra vez, da con la lanza en el cordon de seda, lo rompe y salta al aire la sortija. Un murmullo de disgusto se oyó en la multitud, que simpatizando con el joven, sentía vivamente aquel percance; pero en vez de desanimarse el Sr. Nottely, y ántes que cayese al suelo la sortija, la enfile de nuevo, la eleva en la punta de la lanza, y la enseña al pueblo sorprendido de aquella destreza consumada.

El entusiasmo entónces no tuvo límites, y las aclamaciones fueron frenéticas.

Nostrendy no osa volver á la lid.

Alegre y palpitante con el recuerdo de que Aneyda había presenciado su triunfo, subió Nottely al palco de los reyes, hincó una rodilla en el suelo, é inclinando respetuosamente la cabeza, recibió de la mano de la reina una placa incrustada de brillantes. Era costumbre en aquellas diversiones dar este premio á la persona preferida por el vencedor. Cuando éste bajó del palco, y durante los cortos momentos que tuvo para decidirse; qué de corazones no latían con violencia, y cuál no palpitaban mil hermosas jóvenes, esperando el resultado de la eleccion que se iba á hacer!

Un corazon había, sin embargo, que latía con más violencia que los demás, y este corazon era el de Aneyda. ¡Oh, cuántas veces su rostro cambió de color durante las alternativas de aquella lucha que le parecia no tener fin! El premio era suyo, lo había ganado, y lo esperaba con justicia; pero, ¡ay! aquellos momentos de vacilacion le causaban un daño atroz.

Pero mayor lo sufría otro infeliz.

Nostrendy, pálido primero, y después lívido, se sentía desfallecer.

La multitud esperaba tambien.

El silencio, en todo el recinto, era profundo.

Nottely, inmóvil, y con la placa en la mano, no se atrevia á darla á Aneyda: darla á otra estando ella allí, era imposible. ¿Qué hacer, pues? El mismo no lo sabia. Tomando, por fin, una resolucion que le pareció la única que podia sacarle del apuro, se dirigió resueltamente al palco del Sr. Nomara, hincó una rodilla en tierra, y con una sonrisa llena de gracia, que hacia más seductora aún el tinte suavemente encarnado de que se cubrió su rostro al verse tan cercano á Aneyda, puso la placa á los piés de la Princesa.

—Dignaos, señora,—la dijo,—admitir esta leve prueba de mi respeto hácia vos, y hácia vuestro ilustre esposo. Me causaria V. A. un gran disgusto si se negase á recibirla.

—Está bien, gracias,—dijo la Princesa con una sequedad que heló de espanto á Aneyda, y de desesperacion al embajador.

Pero al mismo tiempo, una mirada que se lanzaron uno á otro los dos jóvenes, y que penetró hasta lo intimo de sus almas, les restituyó el contento de que, con su aire glacial, les habia privado la Princesa. Y el contento creció de punto, cuando oyeron decir al Sr. Nomara:

—Os felicito, Nottely, por vuestro brillante triunfo, y os doy sinceramente las gracias, por la distincion con que nos honrais.

—Y nosotros,—dijo M. Leynoff, os damos la más cordial enhorabuena, asegurándoos que hemos deseado vuestro triunfo, con todo el ardor de la amistad.

—Gracias, señor,—dijo mirando al Príncipe.

Y volviéndose á nosotros añadió:

—Gracias, amigos; ya sé el favor que me dispensais.

—¿Qué sigue ahora al juego de las sortijas?—pregunté al embajador.

—El combate de las lanzas,—me respondió.

—Pensais tomar parte en él?

Iba á responder, cuando abriendo suavemente la puerta del palco un ayuda de cámara del Sr. Nomara, dijo á éste:

—Señor, un posta que acaba de llegar de Sameyda (1), espera al señor embajador en su palacio.

(1) La capital de la Nostracia.

—Con vuestro permiso, señores,—dijo con viveza el Sr. Nottely; —el deber es ante todo.

Y se marchó.

Entre tanto, retumbaba la plaza con el ruido de los tambores y el sonido de las trompetas, anunciando el combate de las lanzas. Toda la gente volvió á sus puestos, y dada la señal, se abrió el palenque.

Entraron en él dos gallardos jóvenes, montados en briosos caballos, que, haciendo escarceos, dieron vuelta á toda la plaza: por último, se pararon en sus puestos.

Uno de ellos era Nostrendy, que repuesto en parte de su anterior disgusto por la acogida glacial que la Princesa había hecho á Nottely, temblaba de coraje, y pedía con ardor este combate, en el cual esperaba derribar á su contrario, y humillarle delante de su prima.

Cuando entró en la plaza, dirigió á aquella una mirada llena de ternura, dirigió otra á su tia, que se la devolvió con agradable sonrisa, y otra á su tío, que le saludó afectuosamente con la mano. Sin fijarse en nosotros, y volviéndose hácia los reyes, inclinó respetuosamente su cabeza, cruzó los brazos sobre el pecho, y esperó.

Nostrendy era elegante y muy gentil, y en aquel momento, animado por la cólera y el deseo de venganza, estaba hermoso. Indudablemente no tenía rival en el circo, y faltando el Sr. Nottely, tampoco le tenía en Romalia. ¡Cuántos corazones no deseaban con ansia que triunfase en esta lid! Pero él no veía más que á Aneyda, á Aneyda que, silenciosa y absorta en sus meditaciones, no se acordaba de él seguramente. Pobre Nostrendy!

El contrario de este era Soletty, sobrino del Sr. Nomara, arrogante joven, á quien ya conocen nuestros lectores, y que lleno de esperanza entró con resolución en el palenque.

Puestos en frente uno de otro los dos jóvenes, y dada la señal se embisten con furor. Las lanzas se hicieron pedazos y en astillas volaron por el aire; pero ni uno ni otro abandonaron sus sillas, si bien el Sr. Soletty tuvo que agarrarse á la suya para no caer.

Conmovidos los espectadores, esperaban con sobresalto el éxito de aquella lucha.

Recibidas otras lanzas y puestas estas en ristre, marcharon uno contra otro los dos jóvenes con más furor que al principio. La lanza del Sr. Soletty se hizo mil pedazos; pero la del Sr. Nostrendy

sacó á su contrario de la silla, lo sostuvo un segundo en el aire y lo lanzó sobre la arena. El Sr. Nostrendy se tiró al punto del caballo, corrió hácia él y lo levantó, aunque con trabajo, porque estaba muy molido el pobre jóven.

Un millon de aplausos y otro golpe de música anunciaron el triunfo de Nostrendy.

Este, puesto ya á caballo, estaba radiante de orgullo. El señor Nomatty que se hallaba en el palco del embajador de Catilia, y que no habia entrado en la lid por consideracion á Nostrendy, batió las palmas con delirio.

Un segundo guerrero entró en la plaza; el silencio volvió á reinar.

Era el Sr. Notty, sobrino del Sr. Rodulio, jóven de gran valor y bizarria.

La señal se dá, y vuelan á encontrarse los dos jóvenes; pero en tanto que Nostrendy no se movió siquiera de la silla, fué á medir el suelo el Sr. Notty. Su caída, algo más ruda que la del Sr. Soletty, le dejó mal trecho; pero levantado al punto por Nostrendy, se retiró confuso.

Nuevos aplausos de la multitud y nueva música anunciaron este segundo triunfo.

Nostrendy, brioso y lleno de coraje, habia vuelto á montar, y mientras que los concurrentes se complacian en mirarle y aplaudirle, abarcaba él toda la plaza, esperando ver entrar al objeto de su rabia, á aquel por cuya humillacion hubiera dado hasta su vida, pero en lugar de Nottely, entró otro jóven que fué lanzado de la silla al primer bote.

Siguióle otro, que tuvo tambien el mismo fin, y luego otro y otro hasta doce, que, no pudiendo resistir más que el primer choque, se vieron obligados á morder el polvo.

Los aplausos de la multitud eran frenéticos, y mil vivas herian el aire.

Los soberanos con una sonrisa llena de bondad, felicitaban á Nostrendy, que más bravo que nunca, parecia al dios de las batallas. Estaba admirable.

Los príncipes le manifestaron tambien su complacencia, y la misma Aneyda fijó en él sus ojos, sino con amor, á lo ménos de una manera afectuosa. Ah! esta mirada que él cogió con avidez, le puso lívido de placer, y fué tal el denuedo que infundió en su alma, que desde entónces se creyó invencible.

CAPITULO XVIII.

EL PRÍNCIPE DE NOCUARA.

Y á tiempo vino aquella mirada querida, porque no repuesto aún de la emocion que le había causado, vió que se ponía en pié uno de los jueces, y que dirigiéndose al rey dijo en voz alta:

—Señor: un ilustre extranjero, el Principe de Nocaura, que desde ayer se halla en Romalia, pide á V. M. el permiso de romper una lanza con el más bravo de los contendientes. ¿Qué le respondo?

—Que tendríamos mucho gusto en verle—contestó el rey.

Y dirigiéndose á uno de sus Grandes, le mandó que fuese á cumplimentar al Príncipe, y á introducirle en el palenque.

A la pregunta del juez, y al oír la respuesta del monarca, todos se conmovieron de temor y de placer: de temor, por si el desconocido era algun guerrero temible y vencía al jóven catiliano, que era entónces el ídolo del pueblo, y de placer por la variedad é interes que su presencia iba á dar á aquel combate hasta entónces tan bien sostenido por Nostrendy.

La verja se abre, y un guerrero entra en la plaza llenándola de estupor.

Y no sin motivo por cierto.

Era un jóven de hercúlea musculatura, de ancho y dilatado pecho, de talla colosal, y de una corpulencia formidable. Su rostro moreno, sus ojos negros y brillantes, su frente pequeña, su nariz chata, sus dientes blanquísimos, su bigote negro y espeso, y su barba tambien negra y desmesuradamente larga, demostraban que pertenecía á una de las naciones más cercanas del Ecuador. Montaba un caballo negro como el ébano, vivo como el rayo é impetuoso como el huracan. Sus cascos de acero, hiriendo el suelo con violencia, hicieron retemblar toda la plaza. La lanza que traía el guerrero era descomunal; pero advertido por los jueces, que sólo podia usar de las destinadas al torneo, que no tenían punta ni corte, dejó, no sin pesar, la suya, para empuñar la que le dieron, y blandióla al punto con una fuerza y destreza tales, que heló de espanto á los espectadores.

Apénas entró en la plaza, fijó su vista en el palco de los reyes, á quienes saludó con una inclinacion de cabeza; la paseó en seguida por los palcos y las gradas y la fijó, por último, en Nostrendy, que enorgullecido con sus anteriores triunfos, y sobre todo, con la mirada de Aneyda, léjos de manifestar temor á la vista de aquel coloso, suspiraba, al contrario, por el combate, implorando con la vista la señal.

Esta se dió, y los combatientes corren á encontrarse, semejantes á dos rocas lanzadas una contra otra por la furia de los volcanes.

Rómpense las lanzas en menudos trozos, y el impulso de la carrera fué tan horroroso, que llegaron á chocarse los escudos con un estruendo tal, que estremeció toda la plaza. No se movió siquiera de la silla el Príncipe de Nocuara: tampoco se movió Nostrendy; pero su caballo, obligado á retroceder por el rudo choque de su contrario, que era más poderoso que él, cayó al suelo. Rápido como el relámpago, Nostrendy se puso en pié, y pálido de coraje pidió al instante otro caballo.

El rey que, verdaderamente sentia que saliese vencedor un Príncipe de una nacion casi salvaje, mandó que se trajese á Nostrendy el mejor que hubiese en sus caballerizas, y así se hizo inmediatamente. Nostrendy montó de un salto, y se colocó en su puesto; lo mismo el Príncipe de Nocuara, que frio é impassible no habia desplegado sus labios desde que entrara en el palenque.

Empuñadas las lanzas tornan á embestirse de nuevo; pero ahora Nostrendy no pudiendo resistir la acometida del Príncipe, pierde los estribos, salta de la silla y mide el suelo con su cuerpo. Furioso con la caída, quiere volver á montar; pero los jueces le declaran que ha sido vencido, y que queda mantenedor el Príncipe de Nocuara. Salió, pues, del circo lleno de dolor y rabia.

Otros jóvenes entraron en la lid unos en pos de otros, pero ¡ay! que ni uno sólo dejó de morder el polvo al primer bote de aquel adversario formidable.

Los reyes, la grandeza y el pueblo, aunque hacian justicia al valor del Príncipe, que, semejante á una roca, parecia invencible, sentian que obtuviese el triunfo en un torneo donde peleaban los jóvenes más ilustres de Romalia.

Ya no quedaba ninguno en estado de lidiar; ya el pueblo, triste y abatido, manifestaba su disgusto con prolongados murmullos, y ya los jueces iban á adjudicar el premio al Príncipe de No-

cuara, cuando, de improvviso, apareció en el circo un combatiente.

Un grito de alegría resonó en todo el recinto.

¡Era Nottely!!

Montaba un poderoso caballo de batalla, tan arrogante y feroz, que sólo él, consumado ginete, podía dominarle. Vestía una túnica de terciopelo azul, medio oculta por la coraza de plata que defendía su pecho: cubría su espalda un manto que, recogido, con coquetería, por una presilla de brillantes, dejaba ver su rica espada y sus botas negras con espuelas de oro. Ondeaban alrededor de su cabeza tres grandes plumas sujetas á su casco por un diamante enorme, y por debajo de éste, es decir, del casco, se escapaban sus cabellos que, á merced del viento, flotaban sobre sus hombros. En su ancha frente campeaba terrible el númen de la guerra, y en su semblante brillaba ese entusiasmo que es el signo precursor de la victoria. Sus ojos lanzaban fuego y su nariz se dilataba para aspirar con deleite el aire incitador de los combates.

¡Ah, sólo el Dios de las batallas podía compararse á aquel jóven!

Nottely, tranquilo y casi risueño, hizo un respetuoso saludo á los reyes; paseó su mirada por la concurrencia, la fijó en Aneyda con ternura, luego en su padre y en nosotros, y, por último, en su adversario. Éste, sorprendido del aspecto del jóven, y no creyéndole compatible con el valor, túvole por vencido al primer hote.

Entre tanto Aneyda, que tiñera de un suave carmin su rostro cuando entró Nottely, había vuelto á ponerse pálida. Pudieron oírse los latidos de su corazón, tan tumultuosos entónces, que apenas le dejaban respirar.

De repente suena la señal.

Los combatientes parten como el rayo, y van á encontrarse al medio del palenque.

El choque fué terrible: rompen las dos lanzas; se abollan y contundén los escudos, y caen esparcidas por el suelo las piedras preciosas de que estaban incrustados. Los guerreros no se mueven siquiera; pero los caballos, estremecidos con el tremendo choque, se empinan y pugnan por escapar: sin embargo, halagados y conducidos por sus dueños, vuelven temblorosos á sus puestos. En ellos ya se dan á los jóvenes nuevas lanzas, que éstos empuñan con presteza.

Un silencio, semejante al de las tumbas, reinaba en toda la plaza.

Nostrendy, pálido como un cadáver, fluctuaba entre el temor de que triunfase su rival, y la ignominia que iba á caer sobre aquel civilizado país si quedase vencido por un bárbaro. Terrible era su situación.

Y Aneyda?

Sólo Dios sabe hasta qué punto su sensible corazón estaba martirizado por la incertidumbre de aquella lucha que era para ella un continuo sufrimiento.

Entre tanto, embistiéronse otra vez los paladines; pero igual, absolutamente igual, fué el resultado de este segundo encuentro que el del primero.

Y lo mismo fueron los del tercero y cuarto hasta el quinto, en que, aburrido el príncipe de Nocuara por aquella resistencia, que no esperaba, dijo á Nottely:

—Dejemos, caballero, estas lanzas para los niños, y hagamos uso de nuestras espadas como hombres. Quereis?

—Tendría sumo gusto en complaceros, si nos diesen licencia para ello; pero se trata de un torneo, Príncipe, y no de un duelo. Sin embargo, lo consultarémos.

Y haciendo seña á uno de los guardias que estaba á la entrada del palenque para que se acercara, le hizo presente su deseo y el del Príncipe, rogándole se lo manifestase á los jueces; pero enterados éstos, respondieron que no tenían facultades para dispensarles aquella gracia, y que sólo S. M. podía hacerlo.

—En mi país —dijo, como burlándose, el Príncipe de Nocuara— ya hubiéramos terminado este negocio sin tantas trabas y ceremonias. Sois, en verdad, particulares.

—Oh, no os apresureis tanto, Príncipe, que quizá obtengais lo que quereis. A lo ménos voy, por mi parte, á hacer cuanto pueda por daros gusto.

—Entónces seriais incomparable, mi lindo jóven —dijo con ironía el feroz Príncipe.

Sin pérdida de momento salta el embajador de su caballo, llama á un guardia, le entrega las riendas, y corre al palco de los reyes. En él ya, dijo al monarca lo que acaba de pasar, añadiéndole que sería un golpe mortal para la gloria de Sameyda y de Romalia, si no accediesen á los deseos de aquel hombre.

—¡Oh, Señor! morir batiéndose, es mil veces preferible á un retraimiento vergonzoso.

—Lo conozco, Nottely,—respondió el monarca;—pero aquí no se trata de un duelo, sino de un torneo, es decir, de divertirnós: ya lo sabes.

—Lo sé, Señor,—repuso Nottely;—pero el Príncipe de Nocuara se ríe y burla de unas leyes que le impiden pelear y vencer, según él dice. No se oponga V. M.; yo se lo ruego.

—Bien, Nottely,—dijo el Rey,—y casi tienes razón; pues el caso es enteramente excepcional. Vé á vencerle; te lo entrego: ¿lo humillarás pronto, no es verdad?

—Haré cuanto pueda por complacer á V. M.

Y besada la Real mano, vuelve al circo, monta á caballo, empuña las riendas, y, cubriéndose con el escudo, sacó la espada, y dijo al Príncipe:

—Estoy, caballero, á vuestras órdenes; tomad campo, si gustais.

—Sois un valiente,—dijo el Príncipe, colocándose en su puesto y preparándose al combate.

Entre tanto, la ansiedad se pintó, cual nunca, en los espectadores que, no comprendiendo lo que pasaba, é ignorando lo que habian hablado los dos jóvenes, se perdian en conjeturas; pero cuando vieron volver al embajador, tomar campo y sacar la espada, lo mismo que su adversario, la extrañeza y la angustia se pintaron en todos los semblantes.

Pero lo que más me afectaba entónces era Aneyda, que, pálida al principio, se habia puesto lívida al ver que venía á convertirse en duelo, lo que no debiera ser más que un torneo. Varias veces observé que apoyaba su cabeza contra la columna del palco, y temí que se desmayase. Infeliz! Estaba en un suplicio; pues además de la agonía que le causaba el peligro de Nottely, tenía que sufrir la mirada severa y tenaz de la Princesa, y la de Nostrendy, que sólo la apartaba de ella para fijarla en su rival.

Principió por fin la lucha, y era imposible decidir cuál de los dos tenía más destreza y más valor.

Los ataques, las defensas y las arterias que empleaban para sorprenderse, se ejecutaban con tal tino y rapidez, que los espectadores no veían más que un fuego maravilloso de espadas, unos movimientos, veloces como el relámpago, que apenas podían apreciar, y que los tenían sin aliento, pues esperaban á cada paso

que se enrojeciesen los aceros con la sangre de los combatientes.

Esperanza vana!

El movimiento de las espadas era, sí, cada vez mayor; pero la sangre, la serenidad y la calma de los jóvenes eran perfectas.

Sorprendido é irritado el Príncipe de Nocuara con aquella resistencia que ni aun siquiera sospechara, y acostumbrado á vencer siempre en las lides, se dejó de reglas y de quites, y levantando en alto su cortadora espada, y levantándose él también en los estribos, la dejó caer con ambas manos con intencion de dividir á Nottely por el medio.

Conoció éste el peligro que le amenazaba, y trató de evitarlo atravesando al Príncipe por debajo del brazo en el momento que éste lo levantaba para herirle; pero fué tan rápido el movimiento de aquel, que ántes que Nottely llegase á tocarle, ya su espada habia caído sobre él como una montaña, abollando y aplastando el casco contra su cabeza, y aturdiéndole de manera, que indudablemente hubiera caído, y aun sido dividida su cabeza, si la espada del Príncipe no resbalara por el casco y no hubiese ido á parar al hombro izquierdo, en el cual penetró haciendo brotar la sangre.

Un grito de horror se oyó en aquel recinto. El monarca estaba pálido, Aneyda desencajada, nosotros mudos de espanto, y el pueblo petrificado.

Pero aquella sangre fué precisamente la que salvó á Nottely, pues despejándose con su salida, y conociendo la necesidad de no perder momento, cayó como el rayo sobre su adversario, al cual atacó y acosó sin descanso hasta que logró liar su espada con la de él y arrancársela de la mano. Pero estaba tan irritado, que no contento con esto, asió al Príncipe por el cuello y la cintura, lo sacó de la silla, lo sostuvo un segundo en el aire, y lo arrojó sobre la arena estremecido de furor.

Difícilmente podría pintar la alegría, casi frenética, de la multitud al ver aquella victoria tan brillante y tan completa. Mil y mil gritos hienden el aire, por el que se ven volar infinitas gorras, al mismo tiempo que las trompetas y una música militar anuncian el triunfo de Nottely.

Mientras que los reyes y los grandes manifestaban su júbilo por medio de las miradas que mutuamente se dirigian, y el público batía las palmas con delirio, el rostro de Aneyda expresó inefable gozo.

Sólo Nostrendy y Nomatty permanecían en sus puestos, mudos é inmóviles.

Entre tanto, Nottely prodigaba al Príncipe todos los cuidados que exigía su caída, bastante grave por cierto, pues al levantarle observó que tenía muy hinchado el brazo izquierdo.

—Me lo he dislocado, —dijo el Príncipe con la mayor sangre fría, y sin manifestar el más leve indicio de dolor; —pero no importa; sois un valiente, y esto basta.

—No acierto á expresaros, señor, —dijo Nottely, —mi sentimiento por veros en ese estado. Me habíais dado un gran golpe, y en mi cólera no tuve reflexion bastante para contentarme con desarmaros. Perdonadme.

—Oh, no teneis vos la culpa, —dijo el Príncipe, —sino yo que os provoqué al combate; pero como nunca hallé tanta resistencia, y como después de mil encuentros esta es la primera vez que he tenido que morder el polvo, queria triunfar á todo trance. Sois un bravo, lo repito, y aun he llegado á presumir que no érais hombre, sino algún ángel que habia tomado vuestra figura para domar mi orgullo y humillarme. Dejádmelo creer así y padeceré menos. Vuestra mano.

Y estrechó la mano del embajador con efusion.

—Me visitareis, ¿no es cierto?

—Y con el mayor gusto, —contestó Nottely.

—Bien; ahora hacedme el obsequio de ofrecer mis respetos á S. M. hasta que mi brazo me permita ofrecérselos en persona: Adios.

Dicho esto, salió de la plaza sostenido por sus criados.

El Príncipe era valiente, y satisfecho el orgullo nacional, todos sintieron su desgracia, aumentándose el interes por él cuando supieron la conversacion que habia tenido con Nottely.

Ido el Príncipe, y concedido el premio al embajador, subió éste á recibirlo de manos de la reina; pero el rey se opuso á que se lo entregase hasta que uno de sus cirujanos le reconociese la herida, por la cual corría mucha sangre todavía.

Afortunadamente, reconocida ésta en una pieza inmediata, se vió que no era de cuidado, pues aunque habia penetrado hasta el hueso y rasgado como dos pulgadas, sólo habia sido en la parte muscular. Curado, pues, y vendado el hombro, volvió el embajador al palco de los reyes, donde recibió, de rodillas, una magni-

fica corona de oro incrustada de brillantes. Acabado de recibirla, dijo el rey :

—Os habeis portado, querido Nottely, como quien sois, como un verdadero héroe. Gracias.

—He peleado, Señor,—contestó el jóven,—por la gloria de Romalia y de Sameyda, y Dios ha bendecido mis esfuerzos. Me permite V. M. que me retire?

—Sí, sí,—dijo el monarca;—id á descansar y á quitaros ese traje. Miraos; estais todo cubierto de sangre.

—Tiene razon V. M.; voy á mudarme, pero no á descansar, pues la herida vale poco, y no quiero perder las diversiones de esta noche.

Dicho esto, y besada la real mano, se marchó.

Apénas cerró la puerta, dijo el monarca:

—Oh juventud! Para tí no hay peligros ni fatigas cuando se ven, al traves de ellos, la gloria y el amor. Dichosa edad!

—Es admirable este jóven, Señor,—dijo la reina.

—Oh, sí,—dijo el monarca;—y su porvenir será brillante.

Entre tanto, Nottely atravesaba las galerías con direccion al palco del Sr. Rodulio, cuando éste, el Sr. Nomara y nosotros le salimos al encuentro estrechándole en nuestros brazos.

—Siempre el mismo,—dijo el Sr. Rodulio;—sin par, ¿eh? De lo lindo me habeis zurrado á ese condenado de Príncipe, que queria nada ménos que vencer en el torneo. Hí, hí, hí. Que vuelva, que vuelva otra vez, que ya le harémos conocer lo que valemos. Pues no faltaba más.

—Sin embargo, señor, el Príncipe es un valiente.

—Y mucho,—dijo el Sr. Nomara;—pero por lo mismo vale más vuestra victoria, de la que debeis estar envanecido, cuando no por vos, á lo ménos por nosotros, cuya gloria habeis sostenido tan denodadamente. Gracias, querido Nottely.

—No comprendo,—dijo M. Leynoff,—cómo á tanta afición á las ciencias, reúne Nottely un valor que pudieran envidiar los guerreros más famosos. En verdad que esto me sorprende, porque, como sabeis, no es lo comun.

—Oh, señores,—contestó el jóven;—no merece la cosa tantas alabanzas, que si admito, es sólo porque son sinceras é hijas de vuestro afecto. Pero dejemos esto, si gustais, y decidme, Príncipe (dirigiéndose al Sr. Rodulio), ¿me permitis que vaya á ofre-

cer á vuestra esposa esta leve prueba de la alta consideracion que me merece?

—Pues no?—dijo el Sr. Rodulio,—ya se ve que lo permito; pero ántes, querido, mirad bien lo que vais á hacer, no sea que después os arrepintais.

—Arrepentirme! y por qué?—preguntó sonriendo el señor Nottely.

—Toma, porque no puedo persuadirme que tan apuesto y galan mancebo vaya á entregar, de corazon al ménos, un premio que tanto le costó ganar, á una vieja, habiendo aquí tantas y tan lindas jóvenes que se llenarian de orgullo con esa preferencia, y más si fuese acompañada con una mirada de esos ojos matadores que... os reis? Bueno, tambien yo me rio de vos. Qué diantre! Aunque viejo, todavia no he olvidado lo que busca y desea la juventud. Con que lo repito, querido, mirad lo que vais á hacer.

—Ya lo he mirado,—contestó Nottely, dirigiéndose al palco del Sr. Rodulio;—pero ántes que entrase en él le dije, deteniéndole por el manto:

—Y yo, amigo, ¿no quereis que os diga cuánta es mi alegría por la victoria que acabais de conseguir?

—Y para qué?—contestó el Sr. Nottely;—no leo yo acaso en vuestros ojos esa alegría, lo mismo que el cariño que me profesais? Ah! Vos y vuestro ilustre amigo me teneis obligado hasta un punto que no acierto á explicar. Creedme, Mendoza; el verdadero afecto no necesita de palabras para que se le perciba, pues se deja conocer él por sí mismo; yo os lo digo.

—Teneis razon,—le contesté.

Y haciéndole que acercase á mí su oído, le dije:

—¿Sabeis hasta qué punto habeis martirizado el corazon de alguno durante vuestro combate?

Nottely perdió el color.

—Por qué me decís eso?—me contestó fijando en mí sus ojos.

—Oh! nada temais —le dije— y sed franco conmigo. Si he sorprendido vuestro secreto, ó lo que es igual, vuestro amor á Aneyda, es porque no podeis ocultarlo ni aun de vos mismo, y porque estoy dispuesto á sacrificar mi vida, si es preciso, para que llegue á tener un feliz éxito. Además, tratándose de vos seré mudo como un sepulcro: estad tranquilo.

—Oh Mendoza! os juro ante Dios que os creo, y que nada re-

celo de vuestra discrecion; pero si siento un placer en encontrar un amigo con quien pueda en adelante fraquearme, no os oculto que me espanta la idea de que, cualquiera otro que vos, haya penetrado este secreto. Habré tenido, acaso, esa desgracia?

—Hé ahí lo que no puedo deciros,—le contesté,—porque vuestro amor, querido Nottely, es tan grande, que se deja percibir con poco que se os observe.

—Bien puede ser,—repuso Nottely pensativo,—pero decidme, ¿qué es lo que habeis observado?

—Que la hija del Sr. Nomara os ama; y....

—¿Qué?

—Nada, que el Sr. Rodulio está impaciente por veros entrar en su palco. Idos.

—Por piedad, como adivinásteis eso?

—No he adivinado, lo he visto, lo he leído claramente en el semblante de Aneyda durante vuestro combate. ¿No veis al señor Rodulio? Vamos, marchaos pronto.

—Pero no os engañareis? Será verdad?

—Os lo juro: entrad y guardaos de Nostrendy y de Nomatty.

—¿Cómo!

—Ya hablaremos.

Y diciendo esto, abrí yo mismo la puerta del palco, de manera que no tuvo más remedio que entrar.

Apénas el público le vió en el palco, resonaron infinitos vivas, todos se ponian en pié para verle y aplaudirle. Al mismo tiempo tocaba la música un himno guerrero que cantaban, con entusiasmo, los jóvenes romalios.

En medio de esta alegría, ó por mejor decir, de esta ovacion, hizo Nottely su presente á la Princesa, que fué aceptado con reconocimiento, y con no poco dolor de las que no pudieron obtener tamaña dicha.

Pocos momentos después anunciaron los jueces la marcha de los reyes, que abandonaron el palco en medio de las aclamaciones de los espectadores.

Los que estábamos convidados los seguimos en nuestros coches. Llegamos á palacio, y entramos en los jardines.

(*Se continuará.*)

TIRSO AGUIMANA DE VEGA.

UNA TEMPORADA EN EL MAS BELLO DE LOS PLANETAS.

CAPITULO XIX.

LOS JARDINES.

Entónces anocheceia; pero apenas pusimos el pié dentro de la verja, cuando un diluvio de luz inundó todo el recinto, presentándolo á nuestros ojos como un sitio verdaderamente mágico.

La luz venia de un enorme globo de vidrio que parecia colocado en el cielo por su elevacion. Este globo, que cuadraba precisamente con el centro de la ciudad, estaba sostenido por altísimas columnas, que, arrancando de los arrabales y encorvándose graciosamente sobre sí mismas, remataban en un grande anillo, en medio del cual estaba colocado el globo. Las columnas eran huecas, y en sus bases se veian pilas de mil elementos cada una, regadas con ácido nítrico que, actuando sobre el zinc, suministraban el fluido eléctrico necesario para sostener la luz. Los conductores del fluido eran alambres muy gruesos que subian por el hueco de las columnas para penetrar dentro del globo. La columna más ancha tenía una escalerilla de caracol, por la cual entraba el que habia de tenerlo limpio.

Ahora bien: esta luz que apareció repentinamente, no sólo iluminó los jardines y sus alrededores, sino que iluminó tambien la ciudad.

Aquella luz era muy viva, irresistible si se la miraba.

Aquella luz era semejante á la del sol.

Reinaba un fresco agradable, y las calles formadas por aquellos

frondosos árboles estaban tan perfectamente enarenadas, que se sentía placer al pisarlas. Cascadas, fuentes, juegos sorprendentes de agua que, al caer, producían un murmullo delicioso; flores espléndidas que exhalaban perfumes exquisitos, y que engalanaban de mil modos aquel sitio; lindos parterres, amenos bosquecillos, pabellones, estatuas y glorietas, todo, todo se hallaba allí reunido para llenar de asombro á los pobres habitantes de la Tierra.

En efecto, muy grande era la diferencia que había entre ésta y aquel mundo.

Apénas habíamos podido ver muy por encima todas estas maravillas, cuando una música, llena de sublime melodía, vino á aumentar el encanto y arrobamiento en que nos hallábamos sumergidos. Al mismo tiempo un enjambre de criados nos sirvieron un variado y delicadísimo refresco en bandejas de oro y sobre mesas preparadas al efecto.

Acabado el refresco, y miéntras conversaban los reyes con los ancianos y los altos funcionarios del Estado, nos paseábamos nosotros y nos parábamos de cuando en cuando para gozar de los fuegos artificiales que, en diversos puntos del jardín, presentaban á nuestros ojos soles, árboles, cascadas y otros mil objetos que cautivaban nuestra atención.

M. Leynoff se quedó con aquellos personajes; pero yo cogí del manto al embajador, que ya había ido á mudarse, y que entraba entónces en el jardín.

—Venid,—le dije.

—Adónde?

—A este bosquecillo que tenemos enfrente.

Cuando llegamos, añadí:

—Ahora que estamos solos, hablemos de vos.

—Por qué me encargábais, Mendoza, que me guardase de Nostrendy y de Nomatty?

—Vais á saberlo.

Y entónces le conté la conversacion que les había oído en la quinta de Nomara.

Escuchóme con atención, y luego dijo:

—Tranquilizaos, Mendoza; pues lejos de incomodarme lo que acabais de referir, me agrada mucho.

—Os agrada! —dije;— no alcanzo la razón.

—Sí tal, sí tal, si reflexionais un poco: Nostrendy, con su en-

cono y furor hacia mí, no hace más que exasperarse y ofrecerse á los ojos de Aneyda despojado de aquella dulzura y galantería que tanto cautivan á una niña de su edad. Y no sólo se despoja de estas cualidades, sino que, irritado por su mal humor, es probable que trate á su prima con dureza. Esto, que tanto desvirtua á Nostrendy, ya comprendereis que me realza á mí, por escaso que sea mi mérito. No pensais ahora como yo?

—Ah, sí, teneis razon; no habia caído en ello; pero, ¿y las amenazas de Nomatty no deben tenerse en cuenta?

—Bah, —dijo con sumo desden el embajador;—si lo que intenta contra mí es cara á cara, me importa poco; y si es á traicion, ó por medio de alguna intriga tenebrosa, el Eterno, en quien confio siempre, me salvará; no tengais duda.

—Admiro,—le respondí,—pero no apruebo vuestra confianza. ¿No habeis observado que ni un momento os perdieron de vista esta noche él y sus cuatro compañeros?

—Oh, Mendoza! preguntadme primero si he reparado en ellos siquiera, ni en ninguno de los objetos que me rodeaban. Donde está Aneyda, no me es dado mirar más que á ella, y, absorto en contemplarla, me olvido del universo.

—Perdonadme si no pienso, en este punto, como vos. Yo quiero observar á Nomatty, cuyos designios me inquietan tanto más, cuanto que no he podido penetrarlos todavía. Y no creais que es esto todo por vos, nó; porque tambien es por nosotros, á quien sabeis detesta de corazon.

—Perdereis el tiempo, Mendoza.

—No importa.

—Como gustéis.

Y mudando de conversacion, le pregunté:

—Quién es aquella niña que estaba, hace poco, con Aneyda, y que fué una de las que hemos visto en la quinta de Nomara?

—La señorita Nassala?

—No sé como se llama; pero debe ser esa sin duda. Héla allí.

—La misma,—me dijo el embajador.—Esa niña, de bellissimo carácter por cierto, íntima de Aneyda, y muy linda además, es hija del señor Esttola, uno de los más altos personajes de Romalia, que queda hablando ahora con S. M. Ya os lo enseñaré á la vuelta. Su esposa es íntima de la princesa de Toluma.

—Gracias.

—Pero, por qué me haceis esa pregunta? Es acaso porque os gusta la señorita Nassala? Diantre! Mucho lo celebraría.

—Nó, nó, —le respondí, ruborizándome; —es porque esa niña ha estado conmigo muy amable en la quinta de Nomara, pues tuvo la bondad de decir que le habia parecido hermoso, á pesar de mi poca talla. Esto, amigo, para una persona que acaba de llegar á un mundo desconocido, vale mucho é inspira una confianza que vale todavía mucho más.

—Pensais visitarla?

—Pues nó? Mañana iremos, si gustais.

—Corriente, Sabeis una cosa, Mendoza?

—Qué?

—Que desearia que alguna de nuestras niñas os gustase.

—A mí?

—Sí.

—Y por qué?

—Porque de ese modo estaria yo seguro de que no tratariais de volver á la Tierra.

—Oh, Nottely! Con eso y sin eso, es muy posible que no piense en ella por ahora.

—De véras? Decis eso de corazon?

—Muy de corazon, amigo. Están demasiado recientes los peligros que acabamos de pasar; es demasiado bueno vuestro mundo, y demasiado afectuosa la acogida que nos dispensais, para que nos acordemos de la Tierra. Además, apenas hemos visto á Saturno.

—Cierto; pero el amor á la pátria es á veces tan vehemente...

—Oh! Dejemos, —lo dije interrumpiéndole, —esta conversacion, porque me entristece.

—Dejémosla pues.

Y esto diciendo, nos dirigimos al salon del baile. Cuando llegamos, estaban cantando, porque ántes del baile habia tambien concierto.

Aquí, lector amigo, me encuentro otra vez con obstáculos (la descripcion de los objetos) con que ya más atrás he tropezado, y que son cada vez más difíciles de superar. En efecto, ¿cómo describir lo que entónces se ofreció á mi vista? ¿Cómo hacerte conocer las sensaciones que experimenté? Porque en Saturno, si bien algunos objetos son parecidos á los nuestros, ¡la mayor parte se diferencian tanto! ¡Y son, además, los hombres y las cosas tan supe-

riores en aquel mundo! Así es que las palabras faltan, las comparaciones escasean, y sólo en calificativos tendría que agotar la lengua más rica de la Tierra.

Lo que puedo decirte es que los sentidos apenas podían apreciar las impresiones que ofrecían en aquel local la combinada acumulación de luz, los perfumes, la armonía, el ornato, los matices y el artificio. Lo que puedo asegurarte es, que sentí vértigos en un principio, que creía soñar, y que tomaba por ilusiones de mi fantasía todo lo que tenía delante. Y no era extraño, porque misero terrícola, no podía siquiera presumir que existiese una cosa semejante. Acostumbrado á los salones de Europa, ¿cómo podía figurarme que los de Romaña deslucirían y empañarían aquellos?

Por eso, lector, si quieres tener una idea de lo que me rodeaba, preciso es que te figures realizados todos los prodigios de las *Mil y una noches*, y todas las maravillas que las imaginaciones calenturientas del Asia han creado en sus sueños más lucidos, á excepción de sus absurdos y aberraciones.

Saturno deja seguramente muy atrás al humilde planeta que habitamos, y triste es que muchos de nuestros compatriotas miren á éste como el único y principal objeto de la solicitud del Criador.

Pero volvamos al salón.

Allí oí cantar con voz divina una música también divina, pues no puedo calificarla de otro modo. Escuchándola, recordé las producciones de Rossini, de Donizetti y de Bellini, que últimamente había aplaudido en la Tierra; pero ¡con dolor lo digo! los cantos de la *Sonámbula*, de *Polinto* y de *Guillermo Tell* palidecían al lado de los que en aquel momento me extasiaban: me parecían entonces fríos, faltos de pasión, pobres de sentimiento, sin grandeza, sin inspiración y sin vida. Consolémonos, sin embargo, los terrícolas, porque aquí abajo todo es relativo.

Después de la música llegó el baile, gracioso y grave, á la vez expresivo y lleno de variedad. Nottely tuvo por pareja dos veces á Aneyda: hablaron mucho, con animación, y entrambos se mostraban sumamente satisfechos. En cambio, las princesas, Nostrendy y Nomaty parecían descontentos y con semblantes poco halagüeños.

Como á todo sucede, aquella noche, de eterno recuerdo para mí, tuvo su fin, y nos retiramos.

Al atravesar una de las antecámaras, me detuvo un hombre, que me saludó respetuosamente.

- ¿A quién buscáis? —le pregunté.
—A nadie, señor; estoy en mi puesto.
—No os comprendo.
—Soy, señor, uno de los guardias destinados por S. M. á vuestro servicio.
—Ah, sí; y el otro?
—Siguió á M. Leynoff, que, como sabeis, se retiró hace rato. Teneis algo que mandarme?
—Venid conmigo.
Y volviéndome al embajador que me seguia, le dije:
—Hasta mañana en el observatorio, verdad?
—Sin falta, y si quereis, pasado mañana tendremos un dia de caza. Os acomoda?
—Con vos, todo lo que querais.
—Gracias: adios, pues.
Cuando salí á la calle amanecía.

CAPITULO XX.

EL OBSERVATORIO.

El observatorio astronómico de Romalia estaba situado segun arte, es decir, al medio dia, y en un paraje desde donde se registraba un horizonte que parecia no tener término. La construccion era sencilla, pero elegante: consistia en un templo alto, rematado por una media naranja, encima de la cual habia una linterna. Tenia ocho caras, y en cada una de ellas habia una ventana: en estas, es decir, en las ventanas, estaban colocados con sus correspondientes trípodes, grandes y lujosos telescopios en disposicion de poder usarse. Veianse tambien sobre las mesas y escaparates, globos, planisferios, maquinas planetarias, péndulos, cronómetros, clepsidras y otros instrumentos astronómicos dispuestos con tal orden y simetria, que á la vez que agradaban á la vista, podian cogerse fácilmente.

Estábamos mirando todo esto los señores Nolatto, Nomara, Rodulio, Notey, M. Leynoff y yo, cuando entró el director. Era este un anciano venerable, de blanca cabeza y de dulce y simpática fisonomía. Nos saludó afectuosamente. Habiéndole correspondido nosotros, dijo el Sr. Nolatto:

—Vaya, señores, que el cielo nos brinda hoy con un día soberbio; ni el más leve celaje empaña su azul purísimo: aprovechémoslo, si gustais.

Esto diciendo, dirigió uno de los telescopios al sol. Luego que lo tuvo fijo, y miró algunos momentos, dijo á M. Leynoff:

—Mirad, Leynoff, y decidme qué diferencia hallais entre vuestros telescopios y los nuestros.

Miró M. Leynoff, y dijo:

—Ninguna; el mismo disco, las mismas manchas, el mismo océano luminoso, y la misma atmósfera se ven por el mio que por éste.

—Hola, y la distancia? ¿Olvidais que si suponemos dividida la que hay desde la Tierra al Sol, en diez partes, por ejemplo, deben mediar ciento entre nosotros y aquel astro? Y esto, no es nada? Vaya, confesad que os cuesta trabajo el dar la preferencia á nuestros instrumentos, y no os lo tomaremos á mal.

—Loco que soy, —dijo sonriendo M. Leynoff;—me habia olvidado que estábamos en Saturno y no en la Tierra.

—Ya lo creo—repuso el Sr. Nolatto;—y, sinó dadme acá vuestro telescopio y veré yo.

Se lo dió M. Leynoff, lo colocó el Sr. Nolatto en un sitio conveniente, y después de haber mirado un corto rato, dijo:

—Ved vos ahora.

Miró M. Leynoff y se quedó estupefacto. Luego volviéndose á mí, añadió:

—Mirad, Mendoza, mirad y asombraos.

—Qué tal?—decia entre tanto el Sr. Nolatto.

—Que confieso, —contestó M. Leynoff, —la superioridad de vuestros instrumentos sobre los nuestros.

—Oh, sí, —dije yo dejando el telescopio y dirigiéndome á M. Leynoff;—no hay remedio sino confesarlo, amigo, pues la diferencia es grande.

En efecto, visto el Sol por nuestro telescopio, no sólo no se le percibian manchas, atmósfera, ni el cuerpo de este astro, sino que su diámetro quedaba reducido desde allí á poco más de cuatro dedos.

Después de nosotros miraron los demás señores, y aunque nada dijeron por finura, bien conocimos que no se les escapara la diferencia que habia entre sus instrumentos y los nuestros.

—Oh, cuánto deseo ver la Tierra y los anillos de Saturno por ese precioso anteojo, —dijo M. Leynoff.

—Eso de noche, amigo, dijo el Sr. Nolatto; ya lo sabeis.

—Cierto,—contestó M. Leynoff.

—Quereis que hablemos del Sol?

—Como gustéis.

—Qué pensais de él?

—Lo creo un cuerpo opaco,—contestó M. Leynoff,—como creo que lo son todos los que pueblan el espacio. Es cierto que no hace mucho lo mirábamos como una inmensa hoguera; pero las investigaciones de nuestros modernos sábios nos han hecho conocer que el núcleo del astro es opaco, que este núcleo tiene su atmósfera, y que esta atmósfera está cubierta por un océano luminoso que es el que le da ese brillo y esplendor que, distinguiéndolo de los planetas, lo coloca entre las estrellas.

—Pero si el Sol es un cuerpo opaco,—dijo el Sr. Nottely, que escuchaba con atencion,—por qué posee esa atmósfera luminosa? Quién se la dá? Por qué no la tienen los demás planetas?

—Es verdad,—dijo el Sr. Nomara;—esa misma pregunta iba á hacer yo.

—Y yo tambien,—añadí á mi vez.

El Sr. Rodulio estaba muy entretenido, arrimado á una ventana, viendo como construian una casa que estaba cerca del observatorio.

—A eso os responderá Ruttilo,—dijo el Sr. Nolatto.

—Oh, señor,—dijo el anciano; bien sabeis que ámbos pensamos del mismo modo respecto de ese punto. Además, vos sois más joven que yo, y os producis mejor; respondedles, pues, os lo suplico.

—Como probablemente,—dijo el Sr. Nolatto,—tocaremos esta noche algunos puntos de astronomía, bueno será que preceda, por via de exordio, lo que voy á referir; pues además de creerlo necesario para el asunto que nos ocupa, formará la base de las conferencias que hayamos de tener en adelante.

No hay vacío en la naturaleza,—continuó el Sr. Nolatto,—y todo ese espacio infinito que compone el universo, está lleno de un fluido sutilísimo que, llámenle algunos como quisieren, no viene á ser para mí otra cosa que la electricidad, es decir, ese fluido prodigioso que, á pesar de verlo y desarrollarlo en nuestras máquinas, todavía no hemos podido comprender por lo sorprendente de sus fuegos, por lo complicado de sus modificaciones, y por lo misterioso de su esencia. Y como en este fluido, alma para mí del universo,

circulan y se mueven todos los cuerpos que pueblan el espacio, de ahí el que á impulso de su movimiento de rotacion, se carguen y circunden de él, presentándonos ese aspecto luminoso.

—Pero entónces,—dijo el Sr. Nottely—tambien debieran presentarlo los planetas y aun los satelites, puesto que todos tienen un movimiento de rotacion.

—Y lo presentan,—contestó el Sr. Nolatto;—pero tan débil é insignificante, que no se percibe, ó, por mejor decir, se desvanece ante el infinitamente superior que tiene el Sol, como se desvanece el brillo de la Luna ante el brillo de aquel astro; así es, que si los planetas y satélites no la tuviesen prestada, jamas los podriamos ver por su luz propia.

—¿Y por qué es tan débil el brillo de estos cuerpos,—dijo el señor Nomara,—y no lo es el de las estrellas?

—Por los volúmenes, príncipe,—respondió el Sr. Nolatto.—¿Quereis comparar con el de los planetas, la fuerza, el poder y espantosa rapidez que en su movimiento de rotacion debe tener un cuerpo como el Sol, cuyo diámetro, para ser cubierto, necesitaria ciento doce mundos como el de la Tierra, y para llenar cuyo volumen serian precisos millon y medio de estos mismos mundos? Imposible. Pues bien, de la diferencia de los volúmenes pende la mayor ó menor cantidad de fluido eléctrico robado al espacio, siendo tan pequeña la de los planetas, que apenas se la percibe, mientras que la de las estrellas se difunde á distancias incalculables.

Ahora bien; esto era lo que yo creia y creiamos todos en Saturno; pero ante los hechos, es decir, ante la relacion que nos hizo M. Leynoff, de la cual hablé ya al Sr. Ruttilo, deben callar las teorías; y si ni uno ni otro hemos variado por completo de nuestras ideas, admitimos, sin embargo, que á la luz que sacan del espacio las estrellas, puede añadirse la que les mandan sus planetas respectivos. La teoria de M. Leynoff, confirmada por los hechos, debe respetarse.

—Oh, sí, efectivamente,—dijo el Sr. Ruttilo;—y en Saturno, al ménos, no la conociamos.

—Verdad es,—dijo M. Leynoff con su modestia acostumbrada,—que no tengo motivo para dudar de una teoria que han confirmado los hechos; pero fuera de esto, abundo en las mismas ideas que vosotros, respecto á que el espacio está lleno de ese fluido, que es para mí tambien el alma del universo.

—Y para mí, querido Leynoft,—dijo el Sr. Nottely.

—Y para mí,—añadió el Sr. Nomara.

—Una pregunta quisiera haceros,—dije al Sr. Nolatto.

—Las que gustéis, caballero,—respondió éste.

—Digo que si del océano luminoso que rodea al Sol, emana, no sólo la luz que reciben los planetas, sino la que posee el astro mismo, el día en él debe ser eterno.

—Así parece que debemos suponerlo,—dijo el Sr. Nolatto,—pues teniendo una luz propia, y rodeándolo ésta por todas partes, es imposible que haya noches.

—Si se trata de que sean tan oscuras y regulares como las nuestras,—dijo el Sr. Ruttilo,—no hay inconveniente en admitirlo; pero noches parecidas á crepúsculos, ó algo más claras todavía, es forzoso que las haya, Sr. Mendoza.

—¿Cómo puede ser eso,—dije yo,—si el Sol no recibe luz de ningún cuerpo?

—Es cierto,—contestó Ruttilo.

—Quién, pues, ha de quitársela para que haya noche?—insistí bastante satisfecho de mi pregunta.

—Las manchas, caballero —me contestó Ruttilo.—¿Os olvidáis de que el Sol las tiene casi siempre en diferentes puntos de su disco?

—Ah, es verdad, no me acordaba; tened la bondad de continuar.

—Nó,—dijo á este punto el Sr. Nolatto;—dejémoslo, pues ya es tarde.

Y volviéndose á los demás, añadió:

—Señores, á las tres en punto aquí, pues la noche que se prepara promete ser tan hermosa como el día: ¿no quereis que la aprovechemos?

—Pues nó! Seguro es que no faltaremos,—respondimos todos.

Cuando estuvimos en la calle, sacó Nottely su reloj, y dijo:

—Aún tenemos media hora: ¿quereis, Mendoza, que la aprovechemos haciendo una visita al Príncipe de Nocuara? No está lejos de aquí su casa, y nos la estimará.

—Con mucho gusto,—le respondí.

CAPITULO XXI.

VISITA AL PRÍNCIPE DE NOCUARA.

Hallamos á éste en una suntuosa estancia, vestido, y medio recostado en un sofá. Su traje y sus maneras, aunque distinguidos, distaban mucho de la finura y delicadeza que tenían los Romalianos. Habia en este jóven mucho valor, sin duda, y cierta ruda franqueza que no le sentaba mal; pero su persona hacía un contraste demasiado vivo, sobre todo con el embajador.

El Príncipe tenía pendiente de su cuello el brazo enfermo. Al vernos, se levantó y tendió la mano al embajador.

—Os esperaba,—dijo.

—Este amigo podrá deciros cuán imposible me ha sido veros hasta ahora; pero....

El Príncipe se había sorprendido tanto, supongo que con mi figura, y me miraba con tal atencion, que, en lugar de responder al embajador, le dijo sin apartar de mí los ojos:

—¿Es, acaso, este caballero uno de esos extranjeros que han llegado á Saturno, y que son habitantes de uno de los planetas que están más acá del Sol?

—Sí, Príncipe, y aunque esté él delante, no puedo ménos de deciros que es muy digno de vuestra estimacion y de la nuestra. Pronto lo echareis de ver si le tratais.

—No lo dudo, Nottely, y por lo mismo siento que mi corta estancia en Romalia no me permita ahora ese placer. Entre tanto,—añadió dirigiéndose á mí,—podeis considerarme como uno de vuestros amigos; advirtiéndos que, si os diese gana de ver la Nocuara, tendria sumo gusto en recibiros. Os hablo así, caballero, por la gran consideracion en que os tengo, y creed que nunca digo más que lo que siento.

—Lo creo, señor, y tanto mi compañero como yo, agradecemos vuestras atenciones. Aquí, y en todas partes, nos teneis á vuestra disposicion.

—Gracias.

Y volviéndose al embajador, añadió:

—Sabeis que me voy mañana?

—Cómo! enfermo y todo os marchais, Príncipe? Me sorprende eso.

—No lo extraño; pero cesará vuestra sorpresa cuando sepais que no es mi voluntad, sino la de otro, la que me obliga á dejar á Romalia.

—Y será una indiscrecion preguntaros la de quién?—dijo sonriendo el embajador.

—La de mi rey,—respondió el Príncipe.

—Oh, oh,—dijo el embajador mirando á éste:—¿sabeis, Príncipe, que casi adivino el motivo?

—Muy listo sereis entónces: á ver?

—No sin una condicion.

—Cuál?

—Que no me lo negueis si acierto.

—Concedido; decid.

—Me engañais?—preguntó sonriendo el Sr. Nottely.

—Palabra de honor.

—Entónces os diré, Príncipe, que, si marchais con esa precipitacion, es por algun socorro que pide al vuestro el Soberano de Catilia.

—Diantre!—dijo el Príncipe sorprendido;—muy largo de vista sois, querido; habeis acertado.

Nottely bajó la cabeza y se quedó pensativo.

—Parece que os afecta la noticia,—dijo el Príncipe;—y si he de juzgar por vuestro aspecto, de un modo nada agradable, por cierto.

—No lo niego,—respondió Nottely.

—Lo que quiere decir,—añadió sonriendo y animándose el Príncipe de Nocuara,—que no será sólo en los torneos donde tengamos el gusto de encontrarnos.

—Puede ser, puede ser,—dijo siempre pensativo el embajador, —pero en todo caso, Príncipe, bien sabeis que no os negaré la revancha.

—Oh, no lo dudo, como no debéis dudar vos que la tomaré con ansia, pues aunque os he cobrado cariño, tengo aquí (y señalaba la garganta) atravesada mi derrota, y, vive Dios, que no puedo, por más que hago, digerirla. Qué quereis? Una vez he sido vencido, y esta mancha que habeis echado sobre mí, sólo puede lavarla vuestra sangre. Con que....

—Ya os desquitaréis, ya os desquitaréis,—dijo interrumpiéndole el embajador.—¿Pensais ver al rey ántes de marchar?

—Esta misma tarde.

—Entonces, Príncipe, me despido de vos, y no os digo más que una cosa.

—Cuál?—dijo el Príncipe dándole la mano, que Nottely estrechó entre las suyas.

—Que en todo, por todo y para todo, me teneis á vuestras órdenes.

—No esperaba ménos de vos. Hasta la vista.

—Hasta la vista.

CAPITULO XXII.

CONTINUACION DE LA CONVERSACION ASTRONÓMICA.

A las tres volvimos al observatorio donde estaban ya mirando á la Tierra los Sres. Ruttilo y Nolatto.

—Ahí la teneis,—dijo este, tan pronto como nos vió.

Miró M. Leynoff nuestro planeta, y al dejarme su puesto me dijo con cierta solemnidad :

—Ah, Mendoza, observad ese punto casi imperceptible que se ve allá en las profundidades del cielo, ese asilo del orgullo y de la ignorancia donde nosotros hemos nacido, y donde la mayor parte (la mayor parte, señores, lo decimos con dolor) de nuestros compatriotas consideran como imposible que la Tierra sea una estrella, es decir, que tenga el aspecto de tal, mirada desde otro globo.

—¡Cómo,—dijo con viveza el Sr. Nolatto,—no creen que la Tierra sea una estrella! Estais loco por fuerza, querido Leynoff.

—Oh, no lo estoy, por más que me cueste confesarlo,—contestó éste,—pues prescindiendo de un corto número de hombres que piensan como nosotros, todos los demás, no sólo no creen que la Tierra sea una estrella, sino que si se les digese que esta estrella está colocada en la *via lactea*, nos tendrían por unos visionarios. Estamos muy atrasados, querido amigo, y desde que llegamos á Saturno, lo conocemos más aún.

—Pues aquí, querido,—dijo el Sr. Nolatto,—hasta los niños saben que Saturno es una estrella, si bien esta creencia va acompañada de cierto orgullo, porque saben al mismo tiempo que, á lo ménos entre los planetas, el más hermoso de todos es el nuestro.

—Y tanto como lo es,—dijo M. Leynoff,—por eso lo hemos elegido para nuestras investigaciones. Y á propósito de investigacio-

nes, ¿podremos hablar con franqueza, es decir, podremos comunicarnos cuanto se nos ocurra, como es justo que lo hagan los que desean instruirse?

—Pues nó,—dijo el Sr. Nolatto,—todo lo que gustéis, querido,

—Vuestra pregunta nos hace ver,—añadió el Sr. Ruttilo,—que ignorais aún que en Romalia hay amplia tolerancia para todas las opiniones, de las cuales podeis hablar en cualquiera parte y á cualquiera hora, sin que nadie lo extrañe, ni os diga la menor palabra, con tal que no toqueis, se entiende, el órden y el gobierno establecidos. Y si en medio de una plaza podeis hablar lo que se os antoje, qué no podreis decir en el seno de la amistad?

—En hora buena,—dijo M. Leynoff,—y principiando á usar de esa hermosa tolerancia, deseo saber una cosa.

—Qué cosa?—preguntó el Sr. Nolatto.

—Lo que pensais del universo.

Hubo un momento de silencio, durante el cual todos nos preparamos, el Sr. Nolatto para hablar, y nosotros para escucharle. Por fin, dijo el Sr. Nolatto:

—Por universo, querido Leynoff, entendemos nosotros todo lo creado, es decir, el espacio, los mundos que le pueblan, y los seres que pueblan estos mundos. Lo consideramos como un sér de desmesurada grandeza, que al mismo tiempo que vive, contribuye á que vivan los mundos que lo componen, como éstos á su vez contribuyen á que vivan los seres que los habitan. Unos y otros, es decir, los mundos y sus habitantes, contribuyen con su vida particular á sostener la vida general de aquel gran sér, ó lo que es igual, del universo. Y de este sér, ó por mejor decir, de este todo, grande, inconcebible y fabulosamente enorme, del cual Saturno y la Tierra no son más que átomos imperceptibles, de este todo, repito, no vemos más que una pequeña parte, aquella parte que puede percibirse desde nuestra nebulosa (via lactea), en medio de la cual está colocado nuestro sol, y con él, nuestro sistema planetario. El resto del universo se esconde en remotísimas regiones á nuestra vista, y aun á nuestra inteligencia, como se esconde al través de él, nuestro misterioso Criador.

—Entonces, si considerais al universo como un sér,—dijo M. Leynoff,—esteser debe perecer un día, como parece todo lo creado.

—Sí y nó,—dijo con sorpresa nuestra el Sr. Nolatto:—voy á explicarme:

Al contemplar con atencion profunda el marcado empeño que tuvo el Omnipotente en poner como bases principales de la vida al círculo y á la esfera; al ver que por la esfera y por el círculo vive, no sólo el universo, sino los mundos que lo componen, y los seres que pueblan estos mundos, he creído, llevado en alas de la induccion y de la analogía, únicas que, en mi concepto, deben guiarnos en las cosas que no pueden apreciar nuestros sentidos, he creído, repito, que era razonable, que era lógico considerar al todo que llamamos universo como un cuerpo enormísimo, sin duda, pero esférico.

—Y más allá de esa esfera qué hay?— dijo al punto el embajador.

—Y quién hizo á Dios?— preguntó con viveza el Sr. Nolatto.

—Oh, á eso es imposible contestar, —dijo bajando la cabeza el embajador.

—Pues entónces,— dijo el Sr. Nolatto, —parémonos en alguna parte, si de algun modo hemos de entendernos, pues demasiado sabemos todos que, de no hacerlo así, caerémos en el caos sin remedio.

—Teneis razon,—dijo el Sr. Nomara,—proseguid.

—Siendo pues el universo una esfera,—continuo el Sr. Nolatto, —dónde tiene su principio? dónde su fin? En ninguna parte, es indudable. Puede, sí, la inteligencia fijar un punto en esta esfera, y partiendo de él, decir: hé aquí el principio; y volviendo á él, después de haberla recorrido toda, añadir: hé aquí el fin. Pero aun cuando esto sea posible, y se conciba si se quiere fácilmente, ¿será aquel el verdadero principio y el verdadero fin de aquella esfera? Sólo Dios puede saberlo. Y no pudiendo hallar ni el principio ni el fin de tal esfera, porque no está en el poder humano conseguirlo, ¿no viene ella á darnos una idea de lo infinito, y aun de la eternidad misma, puesto que no tiene esta principio ni fin como la esfera?

—Pero mi pregunta queda en pie, — dijo M. Leynoff, — pues, siendo esa esfera creada, ó un sér, como vos decís, debe perecer un dia, puesto que nada hay eterno más que Dios.

—Y qué importa eso para el hombre?—dijo el Sr. Nolatto, —nada, toda vez que para él siempre será infinita, siempre eterna, como voy desde luego á demostrarlo.

Si la vida y su duracion han de estar en armonía con la mag-

nitud é importancia de los séres, la duracion del universo no puede en modo alguno calcularse, puesto que el número de sus años debe perderse en lo infinito, como se pierden el tiempo y el espacio. Y preciso es que sea así, toda vez que nacen y mueren las estrellas, sin que el universo se resienta en lo más mínimo, ni de su aparicion ni de su falta. Y si á esta ley universal están sujetos cuerpos tan importantes como las estrellas, que son otros tantos soles iguales y aun mayores que el que preside nuestro sistema planetario, ¿con cuánto más motivo no lo estarán unos mundos tan pequeños é insignificantes como los nuestros? Y siendo probable ó por mejor decir lo cierto, que Saturno y la Tierra desaparezcan del espacio en ménos tiempo que un relámpago, atendida la duracion del universo, ¿no queda éste para el hombre siempre infinito, siempre eterno? ¿Qué hombre, puesto que no lo ha visto, dirá que el universo tuvo principio? ¿Qué hombre, puesto que no lo ha de ver, dirá que el universo tendrá fin? Lo supondrá, lo sospechará, ¿pero será por eso una verdad? Para el hombre, pues, siempre queda el universo infinito y eterno, aunque éste á su vez perezca un dia.

—Me convenceis, amigo,—dijo M. Leynoff,—y veo que la duracion del universo no está en relacion con nuestros sentidos, como no lo está el espacio, como no lo está lo infinito, como no lo está lo eterno, y como no lo está Dios, ni su existencia misteriosa. Todos estos problemas quedarán sin resolver en nuestros mundos, y en vano sus habitantes se afanarán por comprenderlos.

—Los de Saturno y de la Tierra,—dijo el Sr. Nolatto,—puede ser; pero los pobladores de otros mundos....

—Cómo!—dijo interrumpiéndole M. Leynof;—¿comprenderán los pobladores de otros mundos unos problemas tan difíciles, por muy superiores que sean á nosotros?

—Para mí sí,—dijo el Sr. Nolatto;—porque en el universo, querido Leynoff, hay una progresion tan estupenda desde el mundo visible, es decir, desde el mundo que sólo podemos apreciar por el microscopio, hasta los mundos superiores, es decir, hasta aquellos mundos que ocupan el centro, ó parte más esencial del universo, que las naturalezas de los séres que los habitan, en el supuesto que sigan la progresion de aquellos mundos, deben ser tan grandemente poderosas, que, no sólo tendrán una inteligencia superior á la nuestra, sino que resolverán los problemas que habeis dicho.

—Y dónde están esos habitantes y esos mundos?—dijo entonces el Sr. Nomara?

—A eso os responderá Ruttilo,—dijo el Sr. Nolatto.

Y volviéndose al anciano, añadió:

—Vamos, querido Ruttilo, modestia á un lado: y decid á estos señores lo que pensais respecto de esos mundos y de esos seres que nuestros cerebros no pueden comprender, ni los telescopios alcanzan á enseñarnos.

—El universo,—dijo entonces el Sr. Ruttilo, es efectivamente un todo, un sér que vive por sí, como ha dicho el Sr. Nolatto.

Este sér, como todos los cuerpos organizados, debe tener un centro, que, si bien no percibimos por la enorme distancia á que se halla de nosotros, existe indudablemente, toda vez que si así no fuese, ni habría vida, ni unidad, ni el orden admirable que en él reina. Y aunque de este sér, es decir, del universo, no vemos más que una parte pequeñísima, por lo que de ella sabemos ya podemos inferir lo que pasa en las demás.

Ahora bien; los satélites giran alrededor de sus planetas, y estos y aquellos alrededor de sus soles, es decir, de sus centros respectivos. Estos soles giran alrededor de otros soles mayores que ellos.... Y á propósito de los soles; que el nuestro tiene su movimiento de rotacion, ya lo sabemos; pero el de proyeccion que, aunque sospechado por los astrónomos, no está demostrado todavía, lo prueban, en mi concepto, los elipses y no los círculos, que alrededor de él describen los planetas, y arrastrados por estos, los satélites.

—Cómo así?—preguntó M. Leynoff.

—Sí,—repuso sonriendo el noble anciano; —porque si el Sol estuviese quieto, es decir, en un mismo punto, aun cuando girase sobre sí mismo, las órbitas de los planetas serian perfectamente circulares, porque ejerciendo la atraccion en todas direcciones, no podrian aquellos acercarse ni apartarse de su centro, pero como además de su movimiento de rotacion, tiene el Sol el de proyeccion por medio del cual camina constantemente, de ahí el que cuando los planetas lleguen á sus perihelios, se hallen más cercanos á este astro que cuando lo están en sus afelios. Y cuál es la causa? Lo que anduvo el Sol hácia adelante, mientras los planetas caminaban hácia atrás. Y sucederia lo mismo si el Sol estuviese quieto? Creo que nó.

—Perdonadme,—dije entonces,—si os interrumpo; pero tengo una duda que quisiera me resolvieseis.

—Exponedla,—dijo con amabilidad el Sr. Ruttilo.

—Si en efecto el Sol camina constantemente, y á eso se debe el que los planetas se le acerquen en sus perihelios, al segundo ó tercero de éstos, serian atraídos por él, y agregados á su sustancia. Porque es claro, que si en el primer perihelio se le acercan, por ejemplo, como dos, en el segundo se acercarán como uno, y en el tercero, como ninguno.

—Es cierto,—repuso el Sr. Ruttilo,—y así sucedería infaliblemente sin una circunstancia que vos olvidais, señor Mendoza.

—Y cuál es?—pregunté algo cortado.

—Que el Sol, al marchar en su línea de proyeccion, ó lo que es igual, por su órbita desconocida, imprime á los astros que de él dependen este mismo movimiento, como os lo imprime á vos el carruaje que os conduce, y lo imprime un buque á los objetos que lleva dentro. ¿Olvidais que una flecha disparada en sentido vertical, desde el palo mayor de un buque, vuelve á caer al pié de este mismo palo, por grande que sea la rapidez que el buque lleve? No pueden, pues, los planetas unirse jamás al Sol, aun cuando se acerquen á él en sus perihelios, por la sencilla razon de que si él adelanta siempre, tambien adelantan ellos, siendo ésta la causa de no haber conocido hasta ahora su movimiento de proyeccion, pues arrastrándonos consigo en su carrera, lo vemos á una distancia siempre igual.

—Teneis razon, teneis razon,—dije bastante desconcertado;—y dignaos proseguir, que os escuchamos con el mayor gusto.

—Sí, sí, seguid,—añadieron todos.

—Decia, pues,—continuó el Sr. Ruttilo,—que si los satélites se mueven alrededor de los planetas, éstos se mueven alrededor de sus soles respectivos: estos soles giran alrededor de otros soles mayores aún que ellos, y estos soles, mayores que los otros, se mueven alrededor de los centros de sus nebulosas. Pero estos diversos movimientos, aunque asombrosos por los volúmenes enormes de los cuerpos que los efectúan, y por las órbitas más enormes todavía que describen en torno de sus centros, estos movimientos, repito, son juegos de niños comparados con los que las mismas nebulosas describen en órbitas. cuya desmesurada grandeza no podemos nosotros apreciar, alrededor de otra nebulosa, que, aunque fuera ciertamente de nuestro alcance, es forzoso que exista para que la vida del mismo universo sea ordenada. Esta nebulosa,

pues, es la principal, un verdadero prodigio, para hablar del cual me faltan expresiones convenientes; es, en una palabra, el sitio donde yo creo que resida la morada del Altísimo, de la cual los hombres no podemos tener cabal idea....

—Pues bien; partiendo de lo conocido á lo desconocido, pregunto ahora: por qué se mueve un satélite alrededor de su planeta? Porque la grandeza é importancia de este son mayores que la de aquel. ¿Por qué se mueven los planetas en torno de sus centros respectivos? Porque la grandeza é importancia de éstos son mayores que las de aquellos. Pues bien; si conoceis el volúmen de los planetas; si sabeis el que tiene el Sol; ¿cuál será el de los centros de estos soles? Cual el de los centros que tengan las nebulosas?

Momento de silencio.

—Prosigamos,—dijo de allí á un rato el noble anciano.—Ya sabeis que cuantas estrellas alcanzamos con la vista en una noche oscura y despejada, exceptuando, por supuesto, los planetas, no son más que cuerpos componentes de nuestra nebulosa, es decir, de ese magnífico bancal de estrellas llamado por los astrónomos *via láctea*. Sabeis tambien que todas esas estrellas son otros tantos soles iguales y aun mayores que el que preside nuestro sistema planetario (tened presente el volúmen de éste, para hacer la comparacion con los demás). Por induccion y analogía debemos inferir que cada uno de estos soles tenga sus planetas, satélites y cometas; ya porque los tiene tambien el nuestro; ya porque poseyendo luz propia, parece natural que tengan á quien comunicarla; y ya porque, si no vemos los cuerpos por ellos iluminados, es por la inmensa distancia á que se hallan colocados de nosotros. Si apenas distinguimos las estrellas, ¿cómo hemos de percibir los cuerpos que giran en torno suyo?

Reconcentraos ahora en vosotros mismos, y reflexionad, primero: en el número prodigioso de mundos que componen nuestra nebulosa; segundo, en el volúmen enorme de estos mismos mundos; y tercero, en el número grande, infinito é inconcebible de los seres que deben habitarlos. ¿No os estremeceis, no os anonadáis ante tanta grandeza y magnificencia?

Otro momento de silencio.

—Pues bien,—continuó el Sr. Ruttilo;—como esta nebulosa hay muchas en el universo. Algunas las percibimos á la simple vista, en forma de una nube blanquísima, que aquí y acullá es-

tán diseminadas por el cielo; otras las percibimos con el telescopio; y el resto se esconde en remotísimas regiones á los instrumentos ópticos más perfectos.

¿Cual, pues, será el volúmen, cuál la estructura y maravillas de los soles que componen la nebulosa central del universo, si por centro, como dejamos ya probado, se ha de entender una cosa muy superior á todo lo que gire en torno suyo?...

Y si los seres siguen, como parece probable,—continuó el señor Ruttilo,—la progresion de sus mundos; si están en armonía con la vida é importancia de éstos; ¿cuál será la talla, cuál el génio, cuál el poder é inteligencia de los que habiten la nebulosa central del universo?...

Aquí, señores, lo confieso; el hombre se abisma y confunde comparando tanta grandeza con su miseria y pequeñez.

Así concluyó el Sr. Ruttilo, y en verdad que su discurso me preocupó en extremo.

Cuando estuvimos solos dije á M. Leynoff:

—Qué pensais de lo que acabamos de oír?

—Pienso, Mendoza, que los Sres. Nolatto y Ruttilo son hombres muy notables, particularmente el último; pienso que lo que han dicho es ameno, seductor, y sobre todo, profundo; pero hablandoos con la franqueza que debe haber entre nosotros, no estoy enteramente conforme con algunas de sus ideas.

—Con cuáles?—pregunté yo con viveza.

—En otra ocasion os lo diré.

—Sí, y por que tengo que madrugar, pues supongo no habreis olvidado que mañana estamos de caza todo el dia. Con que buenas noches.

(*Se continuará.*)

TIRSO AGUIMANA DE VECA.

UNA TEMPORADA EN EL MAS BELLO DE LOS PLANETAS.

CAPITULO XXIII.

RUSSELIO.

A la mañana siguiente muy temprano, ya estaba en mi casa un criado del embajador para decirme que su amo me esperaba.

Acompañado de mi guardia y de un lacayo del Sr. Nomara, me fui al punto á la embajada.

Cuando llegamos, piafaban en el patio seis magníficos caballos. Otro más pequeño lo tenía de la brida un hombre de tez morena, de ojos negros, dientes blanquísimos, nariz chata, y de mirar algo feroz. Además de los caballos referidos, habia otros cuatro ya cargados, supongo que con las viandas que debiamos comer en aquel dia.

Apénas me vieron, se inclinaron respetuosamente los criados, y un ayuda de cámara, colocado allí con este objeto, me condujo por una escalera de mármol á un salon donde los Sres. Nottely, Soletty y otros cinco caballeros me aguardaban.

No se veía en esta casa la profusion de oro, plata y pedrería que habia en los palacios de Romalia; pero en cambio, habia más gusto y elegancia.

Apénas entré, vino á mí el embajador con aquel aire noble y simpático que le era peculiar, y cogiéndome de la mano, me dijo sonriendo:

—Vamos, señor perezoso, que hace un año que os estamos esperando. Qué dormilon sois!

—Es que, amigo, no soy de hierro como vos. ¿No veis que me acosté muy tarde?

Y saludando á los señores que se hallaban con nosotros, cambié un apretón de manos con Soletty.

—Etais entre Nostracianos, Mendoza.—me dijo el embajador;—observadlos, y así os sorprenderán ménos cuando los trateis.

Y haciendo sonar un timbre que tenía sobre la mesa, entró un ayuda de cámara.

—Las armas,—dijo Nottely.

Un momento después nos trajeron pistolas, escopetas, que eran unas pistolas más largas, y una especie de dardos también largos, que tenían á un extremo dos hileras de plumas, y al otro una punta de acero muy aguda. Al mismo tiempo observé que todos se ceñían sus espadas, metiendo además en sus fajas unos cuchillos de monte.

Sorprendido de un aparato tan guerrero, cuando sólo se trataba de cazar, no pude ménos de decir al embajador:

—Pero adónde vamos, amigo; á cazar ó á batirnos?

—Á cazar, Mendoza. Pero ¿no podría suceder que, yendo á cazar,uviésemos que batirnos?

—No sabe nada,—dijo el Sr. Soletty sonriendo y mirando al Sr. Nottely.

—Pero vamos, qué es lo que hay? Sed francos, y decidme si preveis algun peligro, porque el aparato de que os veo rodeados no es en verdad para cazar.

—Teneis razon, Mendoza,—me contestó Nottely,—y en el camino os diré lo que hay en esto. Ahora, marchemos.

Cuando llegamos al patio, me dijo el embajador:

—He hecho traer para vos ese caballo más pequeño, porque creí que iriais mejor en él que en uno de esos otros, que son muy altos y de paso ménos veloz.

—Oh, Nottely! por Dios....

—Qué! Quereis acaso desairarme?—me dijo, mirándome con extrañeza.

—No, no; gracias, querido Nottely; lo acepto con mucho gusto.

Una sonrisa de satisfaccion brilló en el rostro del jóven.

En marcha ya, le dije á éste:

—Con que decid: ¿qué es lo que os obliga á ir armados de ese modo, cuando vamos á divertirnos?

—Es preciso que sepais, Mendoza, que en la Rogelia y en todo este continente hubo muchos bandidos en épocas ya lejanas; sólo

que, á medida que la cultura y civilizacion fueron aumentando, fué tambien desapareciendo esa canalla, en disposicion de que hace más de un siglo que los ladrones eran desconocidos en Romalia. Hace dos años, sin embargo, que apareció en los alrededores de la capital un hombre terrible, el feroz Russilio, tan sagaz, tan sutil y tan intrépido, como valiente y afortunado. Este hombre ha cometido robos extraordinarios que sembraron el terror en todos estos contornos. Aparece de repente, da su golpe, que lleva preparado de antemano, y desaparece sin dejar en pos de sí la más ligera huella, y sin que se haya podido dar con él por más investigaciones que se han hecho.

—Pero ¿es algun duende ó algun encantador ese hombre? Porque supongo que ningun género de sacrificio habreis dejado de hacer para cogerle.

—Y así es la verdad, Mendoza,—me dijo el Sr. Soletty;—pero es tan sagaz y sutil ese demonio, como ha dicho el Sr. Nottely, que, no sólo burló nuestras pesquisas, sino que llevó su osadía hasta introducirse en la ciudad, andar entre nosotros, y dar algunos golpes que denotan su serenidad y su valor. Os acordais, Nottely, del lance del Sr. Otrocy?

—Ya lo creo! Pues fué poco sonado para haberlo olvidado....

—Referídmelo,—dije, picado de curiosidad.

—Que os lo cuente Soletty, que ha sido testigo de él.

—Tomaba una tarde,—dijo Soletty,—nuestro amigo el Sr. Otrocy un vaso de helado en el café de Torlony, cuando se le acercó un hombre alto, corpulento, moreno, de ojos negros y penetrantes, de ancha boca, de nariz chata, de pómulos salientes, y de cejas, bigote y barba muy largos y extremadamente espesos. Su fisonomía llamaba la atencion por un no sé qué de feroz que imponia, si bien suavizaban la dureza de su aspecto lo fino de sus modales y lo suntuoso de su traje.

—Si no os incomoda, caballero—dijo, acercando una silla al señor Otrocy,—tomaria con gusto un vaso de helado junto á vos.

—Al contrario, amigo,—contestó el Sr. Otrocy;—me dareis en eso un gran placer, pues estando juntos, hablaremos á lo ménos algo.

Y hablaron efectivamente, y no sólo hablaron, sino que habiéndole propuesto el Sr. Otrocy dar un paseo por la ciudad, salieron del café y recorrieron juntos diferentes calles, hasta que, ya oscu-

recido, llegaron á la casa del Sr. Otrocy. Encantado éste con la verbosidad y buenas maneras de su compañero, le invitó á que subiese, y habiendo aceptado el desconocido, lo introdujo en el salón, donde cansados ámbos se sentaron. No habian pasado seis minutos, cuando sacando el desconocido un agudo puñal, y acercándolo al pecho del Sr. Otrocy, le dijo, sin inmutarse lo más mínimo:

—Ni una palabra, ni un gesto, ni el más leve movimiento, ó por Dios vivo, que os atravieso el corazon.

Cuál se quedaria el Sr. Otrocy, juzgado vos. Se puso pálido primero, después livido, tanto que el mismo Russilio le tuvo lástima; así es, que le dijo:

—Pero si no hablais, y si ejecutais pronto, y sin hacer el menor ruido, lo que voy á proponeros, nada teneis por qué temer.

—¿Y qué es?—dijo, sin aliento, el Sr. Otrocy.

—Que recojais cuanto oro, plata y pedreria haya en este salon y en los gabinetes inmediatos; que lo coloquais todo en un cofrecito, con llave, y que lo pongais después sobre esta mesa.

Y le señaló con la punta del baston una que estaba debajo de un espejo.

Iba ya á ejecutarlo nuestro amigo, cuando deteniéndole el desconocido por el brazo, añadió:

—Oidme bien: si durante la operacion que vais á hacer, ó durante el tiempo que permanezca á vuestro lado, entrasen algunos amigos, ó algun criado, y delante de ellos hiciéscis la menor señal que les revelase la posicion en que os hallais, no sólo os mato á vos, sino que los mato á ellos. ¿Habeis oido hablar de Russilio? Pues si habeis oido, como lo supongo, sabreis que es más que capaz de ejecutar lo que os ha dicho.

Al oir este nombre, palideció de nuevo el Sr. Otrocy. Conociólo Russilio, y añadió:

—Pero si ejecutais lo que os mandé, y cuando salga me venis acompañando hasta el portal, os juro, por mi alma, que no correis el menor riesgo.

Tranquilizado con esta promesa, pudo decir el Sr. de Otrocy:

—Voy, caballero, á obedeceros.

Y mientras el Sr. Otrocy recogia todo su oro, plata y pedreria, lo metia en un cofrecito que cerró con llave, y colocó después sobre la mesa, se paseaba el Sr. Russilio muy tranquilo, parándose

de cuando en cuando á examinar los cuadros que colgaban de la pared, y mirando de soslayo al pobre Otrocy.

Ya habia acabado éste, y ya Russilio se acercaba á la mesa para coger el cofrecito, cuando entramos Notty y yo en compañía de otro jóven.

Ni la más leve sorpresa, ni el más leve indicio de temor se manifestó en el semblante de Russilio, á quien saludamos con una inclinacion de cabeza, porque no le conociamos.

No dejamos, sin embargo, de notar alguna alteracion en el semblante del Sr. Otrocy; pero como veiamos la calma y serenidad del desconocido, á quien por otra parte trataba él con la mayor amabilidad, no concebimos la menor sospecha: todo al contrario, nos sentamos, y la conversacion se hizo general. Russilio habló poco, pero bien, y con mucha oportunidad. Habria pasado como media hora, cuando levantándose y encarándose con el Sr. Otrocy, le dijo:

—¿Con que llevo, caballero, el cofrecito, y lo entrego á la persona que sabeis, para que ejecute lo que tenemos acordado, no es eso?

—Sí, amigo,—respondió el Sr. Otrocy,—y me hareis en ello un gran favor.

Y recogiendo el cofrecito, que cubrió con su manto el desconocido, y saludándonos profundamente, se marchó acompañado del Sr. Otrocy.

Pasados algunos momentos volvió éste; y como se veia libre de la terrible presion que hasta entónces le habia subyugado, se dejó caer sobre un sofá, y exhaló un gemido que nos llenó de sobresalto.

—Qué teneis?—preguntamos todos á la vez.

—¿Sabeis quién es,—nos dijo, con voz casi apagada,—el que acaba de salir de aquí?

—Nó,—respondimos muy inquietos;—quién es?

—Russilio.

—Russilio!—repetimos llenos de estupor.

—El mismo,—repuso el Sr. de Otrocy.

—Y aguardais, amigo, á decírnoslo después que se ha marchado?

—Y qué queriais que hiciese?

—Hablar á todo trance,—respondió Soletty.

—Escuchad primero. Y el Sr. Otrocy nos contó, muy por menor, cuanto acababa de pasar, lo que unido á otros lances que ya sabiamos de este personaje, vino á hacer más terrible el concepto en que le teniamos.

—Ya veis, Mendoza,—continuó el Sr. Soletty,—si pudiendo hallar á Russilio por estos alrededores, sería prudente que viniésemos desprevénidos. Comprendeis ahora?

—Demasiado, querido; y habeis hecho perfectamente en venir armados. Yo tambien traigo mis pistolas y mi espada, que aunque pequeña, puede hacer las veces de puñal. ¡Caramba con el señor Russilio!

Toda la mañana estuvimos muy divertidos cazando y matando pájaros de variados y lindísimos colores. Los que eran muy grandes, los mataban con las escopetas, y los pequeños con el dardo. En este sobresalian los Nostracianos, pues no erraban tiro; y en las escopetas, los Romalianos, puesto que el Sr. Soletty mató doce colubas, que eran allí una especie de aves monteses muy estimadas, y que hacian el mismo papel, en aquel mundo, que hacen en el nuestro las perdices. Y en efecto, su carne y su sabor eran parecidos á los que tienen estas aves.

Entretenidos en esta ocupacion, y atravesando bosques inmensos, llegamos á una llanura sembrada de una planta para mí desconocida, que tenia en la punta una bolita. Los Sres. Nottely y Soletty me dijeron que aquella bola se convertia, después de madura, en una harina blanca y finísima á la menor presion que se la hiciese; era el pan de aquellos habitantes. En medio de esta llanura, se elevaba una casita, en la que vivia el labrador que cultivaba aquel terreno. Al verla, dijo el Sr. Soletty.

—Pasa mucho de las dos, señores, y será bueno que entremos en esta casa para comer, pues por poco que nos detengamos, dudo mucho que lleguemos con dia á Romalia. Nos hemos alejado más de lo regular, y el cielo se encapota por momentos. Miradlo.

Miró entónces el Sr. Nottely, y después de haberse hecho cargo del estado de las nubes, dijo:

—O mucho me engaño, ó vamos á tener una tormenta.

En efecto, el cielo que estaba despejado cuando salimos de casa, y que se conservó así casi toda la mañana, se cubria entónces de gruesos y espesos nubarrones. Un viento suave al principio, pero que iba arreciando por momentos, agitaba ya con violencia los

bosques que rodeaban la llanura, produciendo un ruido sordo y confuso que no dejó de llamarnos la atención.

Sin embargo, encendida la lumbre y calentada la comida, nos sentamos á la mesa alegres y hambrientos, haciendo bravamente los honores á cuantos platos se nos presentaron. En los intermedios, bebíamos un vino extraído de una planta parecida á las parras de la Tierra, pero cuyos racimos eran mucho mayores que los de aquella, y cuyos granos tenían el tamaño de ciruelas. El que bebíamos era de Catilia, reputado entónces por el más rico de toda la comarca. La alegría y la expansión comenzaban á reinar entre nosotros, cuando un relámpago que iluminó la mitad del cielo, y un trueno que retumbó pavoroso en los valles y en los montes, vinieron á aguarnos la función.

—Diantre!—dijo el Sr. Soletty.—Y ya no tenemos día para llegar á Romalia. Es preciso marchar, señores, sino queremos dormir á la intemperie.

—Y no sería mejor quedarnos aquí?—dije yo sintiendo abandonar aquel sitio en que me hallaba tan á gusto, porque estaba efectivamente muy cansado.

—Sería lo mejor, sin duda,—dijo el Sr. Soletty,—si tuviéramos camas y ropa en que dormir; pero como nadie habita esta casa más que un labrador, y no hay aquí cerca quien nos provea de ambas cosas, tendremos que marchar por fuerza. Qué decís, embajador?

Iba éste á responder, cuando el chasquido de un látigo, y el ruido que hacia un carruaje caminando con rapidez, nos obligó á acercarnos á la ventana.

En efecto, más bien que marchar parecía que volaba un carruaje tirado por seis caballos, y escoltado por ocho hombres montados.

—No es un cualquiera el que viaja así,—dijo el embajador.

—No á fe mía,—contestó el Sr. Soletty.—Quién será?

—No lo sé,—respondió Nottely,—pero debe caminar con tanta prisa por llegar á Romalia ántes que estalle la tormenta.

En efecto, un momento después desapareció el carruaje, y se perdió en el espacio el ruido que producía.

—Nos vamos?—dijo el Sr. Nottely.

—Por mí lo que gustéis,—respondió Soletty,—pero me parece que si no nos detenemos y picamos bien, podremos llegar á Romalia poco después de anochecer.

—Pues á ello,—dijo el Sr. Nottely.

—A ello,—respondimos todos.

Un momento después, estábamos á caballo.

Los criados se apresuraban á recoger los restos de la comida para huir tambien de la tormenta.

Entre tanto la atmósfera se encapotaba cada vez más. Brillaban los relámpagos que, en surcos de fuego, iluminaban lúgubrementes la campiña; retumbaba el trueno, y agitados los árboles de los bosques inmediatos por un viento impetuoso, producian un ruido confuso y sostenido, que era el precursor de la tormenta.

Picábamos cuanto podíamos; sin embargo, no nos fué posible oír el ruido y ménos alcanzar con la vista el carruaje que nos precedia.

De pronto un relámpago más grande que los anteriores, y el trueno de que fué seguido, rasgaron, por decirlo así, las nubes, que despidieron torrentes de agua, inundando los campos y poniendo el camino intransitable.

—A la carretera, señores, á la carretera,—dijo con voz de trueno el Sr. Soletty,—pues aunque por ella sea más largo el camino, el piso es firme y no nos extraviaremos cuando llegue la noche.

Seguimos el consejo de Soletty, y como la carretera estaba cerca, pronto llegamos á ella.

Entónces andábamos mucho, pero más que nosotros avanzaba la noche; así es que no tardó ésta en aparecer, triste, amenazadora y tan oscura, que ni nos veíamos unos á otros, ni nos hablábamos, porque el viento nos lo impedía.

De cuando en cuando el surco siniestro de un relámpago iluminaba todo el horizonte; pero la oscuridad que le seguía era más densa y profunda.

—Horrible noche!—dijo el Sr. Nottely.

—Lo peor es,—repuse yo,—que aún estamos muy léjos de Romalia.

—Alto, señores!—dijo de pronto el embajador.

—Pues qué hay?—preguntamos todos.

—Acabo de tropezar con un objeto que no conozco, y que por poco hace caer á mi caballo. Esperemos que venga otro relámpago, á ver si con su luz podemos percibir lo que es.

No sin una especie de terror nos acercamos y agrupamos alrededor del Sr. Nottely. Era tal la oscuridad, que aun estando juntos, apenas nos distinguíamos.

bosques que rodeaban la llanura, produciendo un ruido sordo y confuso que no dejó de llamarnos la atención.

Sin embargo, encendida la lumbre y calentada la comida, nos sentamos á la mesa alegres y hambrientos, haciendo bravamente los honores á cuantos platos se nos presentaron. En los intermedios, bebíamos un vino extraído de una planta parecida á las parras de la Tierra, pero cuyos racimos eran mucho mayores que los de aquella, y cuyos granos tenían el tamaño de ciruelas. El que bebíamos era de Catilia, reputado entonces por el más rico de toda la comarca. La alegría y la expansión comenzaban á reinar entre nosotros, cuando un relámpago que iluminó la mitad del cielo, y un trueno que retumbó pavoroso en los valles y en los montes, vinieron á aguararnos la función.

—Diantre!—dijo el Sr. Soletty.—Y ya no tenemos día para llegar á Romalia. Es preciso marchar, señores, sino queremos dormir á la intemperie.

—Y no sería mejor quedarnos aquí?—dije yo sintiendo abandonar aquel sitio en que me hallaba tan á gusto, porque estaba efectivamente muy cansado.

—Sería lo mejor, sin duda,—dijo el Sr. Soletty,—si tuviéramos camas y ropa en que dormir; pero como nadie habita esta casa más que un labrador, y no hay aquí cerca quien nos provea de ambas cosas, tendremos que marchar por fuerza. Qué decís, embajador?

Iba éste á responder, cuando el chasquido de un látigo, y el ruido que hacía un carruaje caminando con rapidez, nos obligó á acercarnos á la ventana.

En efecto, más bien que marchar parecía que volaba un carruaje tirado por seis caballos, y escoltado por ocho hombres montados.

—No es un cualquiera el que viaja así,—dijo el embajador.

—No á fe mía,—contestó el Sr. Soletty.—Quién será?

—No lo sé,—respondió Nottely,—pero debe caminar con tanta prisa por llegar á Romalia antes que estalle la tormenta.

En efecto, un momento después desapareció el carruaje, y se perdió en el espacio el ruido que producía.

—Nos vamos?—dijo el Sr. Nottely.

—Por mí lo que gusteis,—respondió Soletty,—pero me parece que si no nos detenemos y picamos bien, podremos llegar á Romalia poco después de anoecer.

—Pues á ello,—dijo el Sr. Nottely.

—A ello,—respondimos todos.

Un momento después, estábamos á caballo.

Los criados se apresuraban á recoger los restos de la comida para huir tambien de la tormenta.

Entre tanto la atmósfera se encapotaba cada vez más. Brillaban los relámpagos que, en surcos de fuego, iluminaban lúgubrementes la campiña; retumbaba el trueno, y agitados los árboles de los bosques inmediatos por un viento impetuoso, producian un ruido confuso y sostenido, que era el precursor de la tormenta.

Picábamos cuanto podíamos; sin embargo, no nos fué posible oír el ruido y ménos alcanzar con la vista el carruaje que nos precedía.

De pronto un relámpago más grande que los anteriores, y el trueno de que fué seguido, rasgaron, por decirlo así, las nubes, que despidieron torrentes de agua, inundando los campos y poniendo el camino intransitable.

—A la carretera, señores, á la carretera,—dijo con voz de trueno el Sr. Soletty,—pues aunque por ella sea más largo el camino, el piso es firme y no nos extraviaremos cuando llegue la noche.

Seguimos el consejo de Soletty, y como la carretera estaba cerca, pronto llegamos á ella.

Entónces andábamos mucho, pero más que nosotros avanzaba la noche; así es que no tardó ésta en aparecer, triste, amenazadora y tan oscura, que ni nos veíamos unos á otros, ni nos hablábamos, porque el viento nos lo impedía.

De cuando en cuando el surco siniestro de un relámpago iluminaba todo el horizonte; pero la oscuridad que le seguía era más densa y profunda.

—Horrible noche!—dijo el Sr. Nottely.

—Lo peor es,—repuse yo,—que aún estamos muy léjos de Romalia.

—Alto, señores!—dijo de pronto el embajador.

—Pues qué hay?—preguntamos todos.

—Acabo de tropezar con un objeto que no conozco, y que por poco hace caer á mi caballo. Esperemos que venga otro relámpago, á ver si con su luz podemos percibir lo que es.

No sin una especie de terror nos acercamos y agrupamos alrededor del Sr. Nottely. Era tal la oscuridad, que aun estando juntos, apenas nos distinguíamos.

De repente brilló otro relámpago, y con su luz pudimos ver.... Cuatro cadáveres tendidos en la carretera, y poco distantes unos de otros!....

Un grito se escapó á la vez de nuestros pechos.

—Qué será esto?—dijo pensativo el Sr. Nottely.

Pero ni él, ni nosotros, sabíamos á qué atenernos, cuando otro relámpago nos hizo ver algunos pasos más allá, un carruaje sin tiro, sin escolta y sin lacayos.

—Oh, oh, — dijo el embajador volviéndose hácia nosotros;— algun grave suceso acaba de ocurrir aquí. Apostaria, señores, que este carruaje es el mismo que vimos pasar á escape, cuando acabábamos de comer. Qué os parece?

—Que indudablemente es el mismo,—contestamos todos.

—Pero entónces, qué es de su dueño?—repuso el embajador;— qué de los caballos? qué de los criados? y qué de la escolta que le acompañaba? En guardia, señores, en guardia y mano á las pistolas, porque ó yo me engaño, ó estamos en un gran peligro. Ahora caminemos despacio y en silencio.

Esto diciendo, rompió la marcha el embajador, y le seguimos todos, pistola en mano.

No habíamos andado siete pasos, cuando un gemido desgarrador vino á herir nuestros oídos.

—Quién se queja?—dijo, parándose, el embajador.

—Socorro, señores, socorro!—respondió una voz temblorosa.

—Al momento,—repuso el Sr. Nottely, apeándose del caballo.

Todos hicimos lo mismo, y todos rodeamos silenciosamente al que acababa de implorar nuestro auxilio de un modo tan lastimero.

Acercándonos más, pudimos percibir tendido en el suelo, y anegado en su sangre, á un hombre que, por su traje, nos pareció que era uno de los guardias que iban escoltando el carruaje que dejábamos atras.

—Estais herido?—le preguntó el Sr. Nottely.

—Sí señor,—respondió con voz débil el paciente.

—Y en dónde?—volvió á preguntar el embajador.

—En la cabeza y en el pecho.

A tientas y como pudo, llevó el embajador su mano á la cabeza del herido, y después de haberla examinado, dijo:

—En efecto, aquí os han dado un golpe violento, pues además de haberos roto la piel, he tocado el hueso con mis dedos.

Esto diciendo, sacó su pañuelo, lo dejó mojarse con el agua que caía, y reuniendo á tientas los colgajos, le vendó lo mejor que pudo.

—Veamos ahora la del pecho,—dijo en seguida.

Y separándole la túnica, introdujo su mano, que el herido guió trabajosamente hasta tocar otra herida, larga y poco profunda que tenia sobre una costilla falsa, y que por haber tropezado con ella, no habia penetrado en el pecho.

—Esta os la han hecho con una espada,—dijo el Sr. Nottely.

—Sí señor, y con una culata de una pistola la otra, después que el que me atacaba disparó sobre mí sin acertarme.

—Amigo,—dijo el embajador,—os voy á vendar esta herida como os vendé la otra, siquiera para que no acabeis de desangraros, porque ya lo veis, no somos cirujanos, y por consiguiente no tenemos apósitos, ni instrumentos con que haceros una cura regular, ni aun luz, que es lo que más falta nos hacía.

—Oh, señor,—dijo el herido con voz más animada;—vos sois algun ángel del cielo que ha bajado á Saturno para socorrerme. Cuándo podré pagaros este servicio, que acaso me salvará una vida que iba á perder sin vuestro auxilio?

—Vamos,—dijo el embajador con su natural bondad;—esto no merece la pena. Y ahora que estais curado lo mejor que nos fué posible, hacedme el obsequio de decir quién sois, y por qué os hallais en este sitio.

—Soy uno de los guardias que acompañaban al dueño de un carruaje que habreis encontrado más atras.

—Y qué es de él, de sus criados y de vuestros compañeros?

—Yo no sé, señor,—contestó el herido,—si mi debilidad me permitirá referiros la escena que acaba de pasar aquí. Vos me permitireis que hable despacio, y que descanse de cuando en cuando para poder tomar aliento.

—Todo lo que gustéis, amigo; hablad despacio y del modo que os acomode.

Teniendo al herido en medio, escuchábamos con ansiedad.

—Caminábamos con rapidez,—dijo éste,—para llegar á Roma-lia con dia, y, sobre todo, para huir de la tempestad, cuando al llegar á este sitio nos asaltaron doce hombres armados y perfectamente montados. Traian dos antorchas encendidas. Uno de ellos, el que parecia jefe, nos dió el alto; pero en lugar de responderle, le

hicimos una descarga. A los primeros tiros salió el caballero del carruaje, montó á caballo, y desenvainando la espada, se lanzó como el rayo á la pelea. La lucha fué sangrienta, pues á los primeros tiros fuí yo herido, y cayeron á mi lado cuatro de mis compañeros, cuyos cadáveres habreis encontrado más abajo. Ya no quedaban en pié más que tres, un criado y el caballero que se batía como un león, cuando el jefe dijo á éste:

—Ríndete, ó eres muerto.

—Jamás,—contestó el caballero.—Un hombre como yo, no se rinde á un bandido como tú, Ruasilio, y ahora mismo vas á pagar todos tus crímenes.

El caballero había oído, como yo, el nombre del jefe á uno de sus secuaces.

Aquí hizo una pausa el herido, porque se sentía desfallecer.

—Descansad, amigo,—dijo el Sr. Nottely,—todo el tiempo que gustéis, aun cuando lo que estais diciendo exigía más brevedad, pues presumo que no sois vos el único á quien tendríamos que socorrer.

—Y no os equivocáis, señor,—volvió á decir el herido, algo más repuesto, después de haber descansado un rato;—pero dudo mucho que podáis dispensar vuestros servicios á esos pobres que compadeceis, y que estoy seguro los necesitan en este momento más que yo.

—Cómo así?—preguntó el embajador.

—Escuchadme, y lo sabreis. Apenas el caballero había dicho lo que dejó expuesto, cuando cayó sobre el que llamó Ruasilio, decidido á atravesarle el corazón; pero (¡cosa que me pareció sobrenatural, señores!) ántes que el caballero se hubiese acercado al jefe, ví á uno de los bandidos montado á la grupa de su caballo, sujetándole y apretándole de manera, que ántes que el caballero pudiese desasirse de él y de otros tres que se apresuraron á ayudarle, quedó enteramente inmóvil. El jefe entre tanto se reía.

Desarmado y atado el caballero, hicieron lo mismo con el criado y los tres guardias; y desenganchando los caballos, y haciendo marchar delante á los cocheros, y detrás de ellos á los prisioneros, los condujeron por ese lado (y apuntaba al lado derecho de la carretera); llegaron á un montecillo que no está lejos de aquí, y cuando yo pensaba que subirían por él, y aun que pasarían al otro lado, los perdí de vista, no á ellos, porque á ellos no los veía, sino

á las antorchas que llevaban: en una palabra, me pareció que los habia tragado la tierra, segun la prontitud con que dejé de percibirlos. Hé ahí, pues, por qué os decia que no podiais, aunque quisiéseis, socorrerlos, ignorando, como ignorais, dónde se hallan.

—Oh, eso es fatal,—decia pensativo el embajador.

—Ahora, caballero,—añadió el herido,—os ruego que nos marchemos al instante, pues corremos aquí mucho peligro.

—Por qué?—preguntó con viveza el embajador.

—Porque al marcharse el jefe, dijo á los bandidos:—Amigos, pronto á ocultarnos, y después que pongamos á buen recaudo esta gente, y los caballos que cogimos, tú, Nosolatto, volverás al coche y conducirás al subterráneo todo lo que venga dentro. Con que, ya lo veis; de un momento á otro puede llegar Nosolatto, y si ve tanta gente reunida, retrocederá para avisar á sus compañeros.

—Muy bien, gracias,—dijo el Sr. Nottely:—seguiremos vuestro consejo, que no deja de ser prudente; pero ántes deseo saber una cosa.

—Qué?—preguntó el herido.

—Sabeis quién es el caballero que escoltábais?

—Sí, señor.

—Y quién es?

—El hijo del príncipe de Toluma.

—El hijo del príncipe de Toluma! — dijimos Nottely, Soletty y yo.

—El mismo: le conoceis?

—Oh Dios! Oh Dios!—repetimos á la vez los tres.

Si hubiese sido de día, se habria visto mi palidez, lo mismo que la ansiedad del Sr. Nottely, cuyo corazon estoy seguro que latia entónces con violencia. El Sr. Soletty tambien debia estar muy afectado, porque al fin era un primo suyo el que se hallaba en poder de los bandidos.

—Y bien, Mendoza y Soletty,—dijo de allí á largo rato el embajador:—Qué pensais de esto? Qué determinacion tomais? ¿Quereis abandonar á una muerte cierta, vos, Soletty, á vuestro primo, y vos, Mendoza, al hijo de vuestro amigo?

—Jamás!—respondimos á la vez los dos.

—Bien; no esperaba ménos de tan cumplidos caballeros.

Y volviéndose á los Nostracianos, añadió:

—Y vosotros, queridos amigos, ¿consentiréis que tantos hom-

bres vayan á perder la vida, probablemente entre martirios, cuando con vuestro esfuerzo podreis acaso libertarlos? ¿No sostendreis hoy, como siempre, la gloria de nuestra patria? ¿Queréis seguirme?

—Hasta la muerte,—contestaron los Nostracianos.

—Oh, gracias, gracias, queridos amigos,—dijo el embajador con efusion.

Entonces conocí de lleno toda la grandeza de aquel jóven, y el irresistible poder que ejercia sobre cuantos le rodeaban.

—Ahora, amigos,—continuó el Sr. Nottely,—no perdamos un momento; el bandido va á venir, y es preciso que nos halle prevenidos. Tú, Cosoly (dirigiéndose á un criado), lleva los caballos al otro lado de la carretera, y escóndelos de manera que ni aun con los relámpagos puedan verse desde aquí; pero estate alerta por si acaso te llamamos. Vos, amigo,—añadió volviéndose al herido,—tened paciencia y manteneos así todo el tiempo que podais, hasta ver en qué pára esto. Yo pensaba meteros en el coche para resguardaros de la lluvia; pero como me dijisteis que iba á venir el bandido, desisto de mi propósito, temeroso de que os mate si ve que aún estais con vida.

—Teneis razon, señor,—contestó el herido;—yo haré todo lo que pueda por esperar á que volvais.

—Si volvemos,—dije yo para conmigo.

—Ahora ocultémonos nosotros,—dijo el embajador.—Ni una palabra, ni un movimiento que pueda alterar en lo más mínimo la confianza del bandido. Así que llegue al coche, salimos todos, y ántes que vuelva de su sorpresa, le ponemos al pecho los cuchillos. Ni un tiro, señores, pues esto no haria más que alarmar á sus compañeros y hacerlos venir en su socorro. Lo demás es cosa mia.

Todos nos colocamos detrás del coche, es decir, á la parte opuesta del lado por donde habia de venir Nosolatto.

Guardábamnos profundo silencio.

Entre tanto, silbaba el viento, y de vez en cuando iluminaba el rayo con su fulgor fatídico los objetos. Después, en medio de las tinieblas que á la claridad se sucedian, retumbaba el trueno, y su eco, repetido allá en los montes, infundia en nuestras almas aquella emocion indefinible que se siente siempre en los peligros, y en los grandes espectáculos de la naturaleza.

Solemnes eran los momentos.

Pero el bandido no venía.

—Por qué tardará tanto? — me dijo en voz baja el embajador.

—Y quién puede saberlo?—le respondí.

—Es que tiemblo á la idea de que los maten ántes que podamos socorrerlos. Si yo supiese dónde estaban, si no temiese que un encuentro intempestivo lo echase todo á perder, ni un momento estaría aquí parado. Ardo por librar á esos infelices de la agonía que deben estar sufriendo.

De repente apareció una luz hácia el medio del montecillo.

—Veis?—le dije en voz baja al embajador.

—Sí, esperemos.

La luz se movia, y poco á poco se vino acercando hácia nosotros.

El que la traía andaba despacio y vacilante, sin duda por el lodo que habia en el camino; pero no por eso tardó mucho en llegar al coche. Entónces miró á uno y otro lado, y no viendo á nadie, se dirigió á la portezuela; mas apénas la habia tocado, cuando saliendo nosotros y rodeándole, le pusimos al pecho los cuchillos.

Es imposible describir el asombro de aquel hombre. Ni un momento trató de defenderse; sus miradas extraviadas se dirigian á nosotros sin decir una palabra. Después un temblor general invadió su cuerpo, y se le habria caído la antorcha de la mano, si el embajador con rapidez no se hubiese apoderado de ella.

—Tranquilizaos,—le dijo el Sr. Nottely,—y nada temais si accedeis á lo que voy á proponeros; pero, por Dios vivo, que os mato si decís una palabra, ó haceis la menor señal para que vengan á socorreros.

Nada respondió el hombre: su estupor no le permitia hablar aún.

—Ni un momento le perdais de vista,—nos dijo el embajador.

Y dirigiéndose al herido, y cogiéndole con sus robustos brazos, le dijo:

—Ahora venid; voy á llevaros al carruaje y vuestra suerte será la que nosotros corramos.

—Gracias, señor, gracias,—dijo lleno de reconocimiento el pobre hombre.

Colocado el herido en el coche y cerrada la portezuela, volvió el embajador junto al bandido.

—Vais á conducirnos ahora mismo,—le dijo,—á la caverna donde está Russilio. Cuidado con lo que os dige; si hablais una palabra, ó haceis la menor señal para que vengan á socorreros, ántes de luchar con ellos, os mato.

—Estoy cogido, señores,—respondió el bandido,—y haré todo lo que querais.

—Bien,—contestó Nottely;—ahora marchemos.

—Pero señores,—dijo el bandido parándose y mirándonos de hito en hito,—adónde vais?

—A la caverna, ya os lo he dicho,—repuso el embajador.

—Es que, señores,—dijo el bandido,—no sabéis lo que vais á hacer, y de seguro caminais á vuestra ruina, si insistis en lo que acabais de proponerme.

—Y por qué?—preguntó el embajador.

Porque son veinte hombres resueltos los que acompañan á Russilio, y porque Russilio sólo vale por doce. Además, el sitio que ocupan es un laberinto que sólo nosotros conocemos, y ántes de llegar á él hay tres centinelas que darán la señal de alarma tan pronto como nos vean. Reflexionadlo, señores, y no os precipiteis.

—Bah,—dijo el embajador;—quereis acaso asustarnos? Pues, amigo, es preciso que sepais que ninguno de los que veis aquí conoce el miedo.

Miraba el bandido con ojos espantados á aquel hombre, que hablaba con tal aplomo cuando iba á arrostrar un peligro tan tremendo: sin duda le tuvo por un Dios ó por un loco, puesto que bajando la cabeza volvió á decir:

—Bien, señores, bien; haced lo que gustéis: qué exigís de mí?

—Por ahora nada más, que nos conduzcáis á la caverna.

—Vamos, pues, á la caverna,—dijo el bandido, con visible mal humor.

Y tropezando aquí, cayendo acullá, y metiéndonos en el lodo hasta las rodillas, llegamos á la caverna.

CAPITULO XXIV.

LA CAVERNA.

Tenía ésta una abertura informe, que se cerraba con una peña hueca por adentro, y que, colocada en su sitio, parecía que había nacido allí, y que allí estaba desde tiempo inmemorial; así es, que no se podía en modo alguno dar con la entrada de la cueva á no estar enterado del secreto. Cuando llegamos estaba la peña levantada.

—Alto, señores,—dijo el embajador,—antes de entrar es preciso preverlo todo. Teneis preparadas vuestras armas?

—Sí,—respondimos todos.

—Bien,—dijo el embajador.

Y dirigiéndose al bandido, añadió:

—Dónde está el primer centinela?

—Como á doce pasos de la entrada.

—Y el segundo?

—Cuarenta pasos más allá.

—Y el tercero?

—Junto al gran patio, que es la estancia de Russilio.

—Qué armas tienen?

—Pistola y puñal.

—Hay luz en los sitios donde están?

—Sólo la que viene del gran patio.

—Cómo es eso? Explicáos.

—Quiero decir, que no teniendo más luz que la que sale de la estancia de Russilio, para el primero es muy viva, para el segundo confusa y para el tercero imperceptible.

—Comprendo,—dijo el embajador.—Ahora vais á entrar vos, y yo, que no tengo más objeto que mataros, á la primera señal que hagais para dar aviso, os acompaño. Cuando os hable el primer centinela, le direis, para que no extrañe veros volver sin nada, que siendo muy pesados los objetos que trae el coche, necesitáis otro compañero. Tú, Corintty (dirigiéndose á uno de los Nostracianos), irás cerca de mí, cuanto la claridad te lo permita, y á su debido tiempo hundirás tu cuchillo en el pecho del bandido con resolución,

y sin decir una palabra. La misma relacion hareis, dijo al bandido, á los otros dos, y tú Corintty, los tratarás como al primero, sin más diferencia que ir un poco más atrás cuando nos acerquemos al segundo, y más aun, cuando nos acerquemos al tercero. Está claro que estas distancias tendrás que salvarlas después con un gran salto, cuando vayas á dar el golpe. Comprendiste?

—Perfectamente,—respondió Corintty.

—Por lo demás, señores,—continuó el embajador,—no atacareis á los bandidos hasta que veais la señal, que será cuando yo levante el brazo. Entre tanto, sino os recomiendo el valor, porque os creo de él el modelo más perfecto, os recomiendo la prontitud en el herir, y el más exquisito cuidado en no meter el menor ruido. La sorpresa y el arrojo nos van á dar el triunfo; yo os lo digo.

Y volviéndose al bandido, añadió:

—Y vos amigo, miraos bien y no os equivoqueis; si tratais de vendernos, sois muerto, porque no hay poder humano que os sustraiga de mi brazo; pero si, por el contrario, nos sois fiel, no sólo se os conservará la vida que os dejamos, sino que corre por mi cuenta vuestra suerte.

—Aunque no me tuviérais preso,—dijo el bandido,—y no me hubiéreis ofrecido una fortuna, os obedecería, señor, porque no sé que teneis, que me arrastais. Contad conmigo.

El bandido sufría la fascinacion que aquel jóven ejercía sobre todos los que tenían la dicha de tratarle.

—Perfectamente,—contestó el embajador.—Ahora, marchemos.

Y yendo delante el bandido, á su lado el embajador, y detrás de ellos Corintty, los seguimos nosotros.

La entrada era oscura y la escalera tortuosa; pero cuando llegamos al pavimento, percibimos un resplandor en lo último de la galería, que nos sirvió para no extraviarnos. Andábamos muy despacio y en silencio, cuando una voz bronca y cavernosa, dijo:

—Quién va allá?

—Yo, Notaylo,—respondió el bandido.

—Ah, eres tú, Nosolatto? Y el equipaje, no lo traes?

—Para eso necesito ayuda, y vengo á buscarla.

—Luego es bueno? tanto mejor, voto al diablo, porque....

Un gemido sordo y desgarrador se escapó del pecho del centinela, que sin concluir su frase cayó muerto sobre el pavimento.

Corintty le habia clavado su cuchillo en el pecho hasta la empuñadura.

—Adelante, señores,—dijo el embajador,—y silencio.

La galería por donde caminábamos era larga y espaciosa, y estaba llena de columnas que sostenian bóvedas muy altas. Se conocia que habia pertenecido á un edificio grande y suntuoso, que el tiempo, ó alguna erupcion volcánica, habian destruido y sepultado. Lo que habitaban los bandidos no eran más que sus ruinas, y el estar estas debajo de tierra, y el tener tan disimulada la abertura, era lo que habia inutilizado las pesquisas que se habian hecho para dar con ellos. Imponia el caminar por aquellos sitios, y cuando nos acercamos al segundo centinela, cuya sombra divisamos al través de la claridad que venia del patio, sentimos una especie de terror al acordarnos que aquel infeliz iba á morir.

A medida que nos acercábamos á él, nos íbamos quedando atrás Soletty y yo, mientras que los Sres. Nottely y Corintty marchaban junto al bandido. Como este andaba naturalmente, pronto le sintió su compañero, quien con voz vibrante preguntó:

—Quién va?

—Yo, Clorisso,—contestó Nossolatto.

Como en este sitio habia más claridad que en el anterior, el centinela, percibiendo sin duda á alguno de nosotros, añadió con extrañeza:

—Qué es eso?—Viene alguien...

No pudo concluir. Corintty, ágil como un tigre, salvó la distancia á que estaba de él, y, como al primero, le remató de un golpe.

—Hasta aquí, señores,—dijo el bandido parándose y mirándonos fijamente,—hemos salido bien de la empresa; pero falta el tercer centinela, que estando en un sitio donde la claridad es mayor, no se le puede abordar sin gran peligro. Si ve alguno conmigo, avisará al instante, y como vosotros no quereis que vaya solo, porque estais viendo que puedo vengarme y perderos, no sé lo que debo hacer. Qué disponeis?

Y tenia razon el bandido; podia vengarse, y bien pronto lo conocimos. Nuestra situacion era apurada, pues aumentando la luz á medida que nos acercábamos al patio, nuestras vidas pendian de aquel hombre. Si alguno le acompañaba, éramos descubiertos, y si le dejábamos ir solo, podia unirse á sus compañeros, y perderlos. Qué hacer?

El Sr. Nottely, que se habia quedado pensativo, levantó entonces la cabeza y dijo al bandido con aquella voz insinuante que le era peculiar.

—Acabais de decir que podeis perdernos, y es cierto; pero, no sólo no lo hareis, sino que vais, por el contrario, á salvar á los infelices que gimen bajo la tiranía de Russilio. Hay en vos algo de noble que me dice que sólo circunstancias desgraciadas pudieron obligaros á abrazar la vida tan expuesta que traiais, y entre esta vida y la que yo os ofrezco, feliz y tranquila, no podeis vacilar. De vos penden ahora nuestras vidas, lo conozco; y sin embargo, os las confío seguro de que vais á velar por ellas y á salvarlas. Sólo vos podeis acercaros al que guarda el patio y matarle: id, pues, y hacedlo; ahí teneis mi cuchillo, tomadlo.

Y diciendo esto, sacó su cuchillo y se lo entregó.

Cogiolo el bandido sin decir una palabra, colocólo en su cinto. é iba á marchar, cuando poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo el embajador:

—Pero, si á pesar de todo preferis vengaros, oid: juro ante Dios que ninguno de nosotros tocará á un solo cabello de vuestros compañeros, sin que ántes caigais vos hecho pedazos bajo la furia de nuestros golpes. Ahora marchaos.

Y se marchó!...

—No os lo oculto, amigos—dijo el embajador;—nuestra vida pende de un hilo, puesto que está, como él mismo ha dicho, en las manos de ese hombre. Ya lo habeis visto; he apelado á las promesas, al terror y á mover su corazon: lo que sucederá, Dios lo sabe. Ahora acerquémonos poco á poco, hasta aquel punto en que la oscuridad no permita ver nuestras personas.

Y volviéndose á su criado, añadió:

—Corintty, dame un cuchillo.

El criado se lo dió.

Entre tanto, veíamos perderse entre las sombras la elevada figura del bandido, cuyos pasos largos y precipitados repetia el eco en las negras bóvedas y altas arcadas de aquella galeria de siglos.

Nuestros corazones latian con violencia á medida que se acercaba al centinela; pero como nos estaba vedado pasar del punto en que la luz podia hacernos perceptibles, no sabiamos lo que sucederia cuando llegase junto á él.

¡Momentos de agonía fueron aquellos para nosotros!

De repente, un ruido como de voces que salió del patio, nos hizo creer que habíamos sido vendidos: al mismo tiempo vimos destacarse una figura gigantesca que con pasos acelerados se adelantaba hacia nosotros.

—Firmes!—dijo el embajador.—Esperémoslos aquí á la sombra, donde no podrán acertarnos, y desde donde cada bala nuestra matará un hombre.

Pero la sombra venia sola, y se adelantaba en silencio.

Era el bandido.

—Qué hay?—preguntamos con ansiedad.

—Ya está,—nos dijo con voz breve y ademan resuelto;—venid, señores.

—Y aquel ruido?—preguntó el embajador.

—Es el que me ha servido para asegurar el golpe, y ocultar el gemido de la víctima. Russilio disputa acaloradamente con sus prisioneros: venid.

—Bien, amigo,—dijo el Sr. Nottely:—acabais de haceros acreedor á nuestro eterno agradecimiento.

Y volviéndose á nosotros, añadió:

—Ahora, señores, en marcha; pero en silencio y sin parar hasta que lleguemos á la puerta. Acordaos de no hacer el menor movimiento hasta que veais la señal.

Caminábamos con cautela, y á medida que lo hacíamos, íbamos percibiendo mejor las voces de los que disputaban.

Junto á la puerta ya, nos paramos, y oímos la conversacion siguiente:

—Jamás,—decia una voz simpática,—obtendrás de mí lo que deseas.

—¿Y qué son seis millones,—decia otra voz áspera y bronca,—para un hombre como tu padre? Firma esa carta, y te verás libre tan pronto como llegue el dinero á mi poder.

—Ya te he dicho y te repito,—repuso la voz primera,—que no es por el dinero por lo que dejo de firmar.

—Y por qué entonces?

—Porque accediendo á tus deseos—repuso la voz primera—daría de mí una idea miserable. Se diría, y con razon, que sólo el miedo me habia hecho firmar, y yo quiero hacerte conocer que no lo tengo, y la diferencia que hay entre un hombre como yo, y un malvado como tú. Haz lo que quieras.

—No me irrites, Silaydi—dijo la voz bronca;—firma. ó por Dios vivo, que voy á hacerte hablar de otra manera.

—Terepito—dijo Silaydi con desden—que hagas lo que quieras.

—Sí?—dijo con rabia la voz áspera.

Silaydi no respondió.

—Es que no creas—añadió el bandido con una risa infernal—que me contentaré sólo con matarte, nó; tienes una hermana divina, y esa hermana es preciso que sea mia, absolutamente mia, ¿lo has oído? Ya sé que tratan de casarla con un Grande de Catilia; pero ántes que eso suceda, la traeré aquí. ¿No sería triste que siendo tan bella, la poseyese otro ántes que yo? Oh! no será así, yo te lo juro

Cómo estaria el embajador al oír estas palabras?

Nada respondió Silaydi, y, aunque no le veíamos, suponíamos que ni siquiera mirase al bandido.

—Con que no te dignas responder?—continuó Russilio, pues él era quien hablaba.—Con que no quieres firmar? Bueno, ya veremos si eres tan valiente como quieres hacernos suponer.

Y volviéndose á los suyos añadió:

—Hola, Rossinio, Coribio, y tú, Rotaldo, pronto al frente, y disponeos á disparar cuando yo avise.

—Bravo, mi capitán!—respondieron los nombrados.

Estos se pusieron en fila, y prepararon las armas.

Hubo un momento de silencio, durante el cual parecia que reflexionaba Russilio. Aprovechólo el Embajador para decirnos en voz baja:

—No apartéis de mí la vista, y á la señal convenida, entramos todos, matamos cuantos podamos, pues la sorpresa nos dará tiempo para ello, y hecho esto, y quedando en número casi igual, nos batiremos.

Preparamos muy despacio las pistolas, y desenvainamos las espadas.

—No te obceques, Silaydi—decia entre tanto Russilio—y no sacrificques tu vida á un vano punto de honor. Estando preso y desarmado, qué puedes hacer?

—Morir—respondió con resolucion el jóven.

—Es esa tu respuesta?—preguntó Russilio.

Hubo otro momento de silencio: nuestros ojos no se apartaban del embajador.

—Por última vez,—dijo Russilio:—firmas, sí ó nó?

—Nó,—dijo el embajador con voz vibrante levantando el brazo—y entrando como el rayo en el gran patio.

El asombro que causó nuestra presencia, el lector puede inferirlo; pero ántes que los bandidos se recobrasen de él, ya habíamos inmolado seis que, cubiertos de sangre, se revolcaban por el suelo.

Russilio, que al vernos se había quedado estupefacto, se recobró al instante, y disparando sus pistolas, mató á mi guardia é hiirió en un brazo al Sr. Coloby, uno de los más bravos Nostracianos. En seguida tiró de la espada, y lanzando una imprecacion tremenda, se arrojó entre los Nostracianos, que furiosos le embistieron á su vez. Comenzó entónces una lucha encarnizada.

Mientras que el embajador se batía con tres bandidos que le habían atacado á un tiempo, desataba yo á Silaydi, á los guardias y á los criados, que así que se vieron libres, corrieron á quitar las armas á los que estaban en el suelo, y con ellas embistieron á los enemigos. El estruendo entónces de las armas, y de las imprecaciones aumentaron. Acababa el embajador de quitar la vida á los tres que le habían atacado, cuando un cuarto blandió en el aire su cuchillo, y fué á clavárselo en la espalda. Doy un grito y ántes que el embajador lo percibiese y pudiese defenderse, ya había atrevesado yo de parte á parte al asesino.

Una mirada de reconocimiento, fué lo único que me pudo decir Nottely; pero observando que los Nostracianos retrocedían delante de Russilio, que uno de ellos estaba tendido en el suelo, y otros dos muy mal heridos, se dirigió á ellos y les dijo:

—A un lado, amigos, que quiero conocer al Sr. Russilio.

Y apartando á los Nostracianos, se puso enfrente del terrible jefe.

—Oh, oh! eres tú embajador?—dijo con diabólica sonrisa el feroz Russilio.—Te he visto en el torneo y has vencido al príncipe de Nocuara; pero aquí no hay príncipes, querido; te lo advierto por si lo ignorabas.

Y diciendo esto se lanzó, rechinando los dientes, sobre el embajador. Recibióle éste con serenidad y sangre fría, y principió entre los dos un combate á muerte.

Entre tanto, ya habíamos nosotros quitado la vida á todos los bandidos, excepto á tres que se rindieron. Miétras los ataba uno

de los Nostracianos, corrimos todos á ayudar al embajador; pero éste, que lo observó, dijo sin apartar la vista de Russilio:

—Está solo, y es indigno de nosotros abusar de las ventajas; eso se queda para la canalla: no es así, Sr. Russilio?

En lugar de responder Russilio, á quien la rabia de ver muertos y atados á los suyos tenía fuera de sí, tiró una estocada furibunda al embajador; pero parándola éste con su destreza acostumbrada, introdujo su espada hasta la empuñadura en el pecho del foragido, que cayó envuelto en sangre, y lanzando miradas furiosas á Nottely.

Quisimos socorrerle; pero él con gestos repetidos se opuso á ello. Tenía siempre la vista fija en el embajador, á quien parecía querer decir algo; pero sin poder conseguirlo, pues su sangre, que salía con violencia, le debilitaba por momentos. Sin embargo, haciendo un esfuerzo supremo pudo proferir estas palabras confusamente articuladas:

—Sólo tú... tú solo... homb... dem... ángel... maldito se...

Y espiró.

Entonces acudimos á los heridos. Mi guardia estaba muerto: la bala le había levantado el cráneo. El Sr. Coloby y otros dos Nostracianos estaban heridos, aunque no de peligro; pero el que lo estaba de mucho era el primero que había caído al suelo. A todos los curamos y vendamos lo mejor posible, acostándolos después en buenas camas que encontramos en el subterráneo.

Cubiertas estas primeras atenciones, y habiendo visto que durante la lucha había cesado la tempestad, mandamos un propio á Romalia para participar lo ocurrido al Sr. Nomara, y hacer venir á un cirujano.

El Sr. Silaydi cogió un papel de la mesa de Russilio, y escribió la carta.

Dispuestas así las cosas, principiaron á recobrar su imperio las afecciones personales. El Sr. Silaydi no apartaba de mí la vista; pero recordando sin duda que tenía otro deber más urgente que cumplir, dijo al embajador:

—Acabais, señor, de hacerme un servicio que no podré pagaros nunca. ¿Qué casualidad ó qué milagro os ha conducido aquí, precisamente en el momento que iba á perder la vida? Sé que sois el embajador de la Nostracia, porque se lo he oído á Russilio; ¿pero ¿hace mucho que lo sois? Me conoceis quizá?

—No, Silaydi,—contestó Nottely con aquella dulzura que le hacía tan simpático;—pero conozco á vuestro ilustre padre desde que vivo en Romalia. Uno de los guardias que os acompañaban, á quien encontramos herido, fué el que nos refirió el asalto de Russilio, y el que nos indicó el sitio donde presumia que estuviéseis. Un bandido á quien sorprendimos yendo á buscar los efectos de vuestro coche, nos enteró del resto, y nos condujo aquí: hé ahí todo.

—¡Y vos, hombre generoso,—dijo el Sr. Silaydi,—habeis concebido y ejecutado el proyecto de salvarnos, sin que os arredrase el peligro á que ibais á exponeros, cuando apenas nos conocíais, y cuando lo más seguro que podíais esperar era la muerte! Sois incomparable, caballero.

—Dichoso, y nada más,—repuso el embajador.—¿Qué mayor gloria que contribuir á arrancar del poder de Russilio á tantos infelices que iban á ser sacrificados, y devolver al hombre que más venero en el mundo un hijo que tanto ama? Mi alegría por el éxito de esta empresa es superior á la vuestra, Sr. Silaydi; podeis creerlo.

Miraba éste á aquel jóven tan dulce y modesto ahora, y le parecia imposible que fuese el mismo que, momentos ántes, habia visto tan fiero con Russilio. Precisamente veia en él algo de extraordinario, pues le estuvo contemplando largo rato: por último, le dijo:

—Sois, señor, un verdadero héroe, y desde ahora podeis contar conmigo y con los míos: si, además, quereis honrarme con vuestra amistad, tendré en ello un gran placer.

—Con toda mi alma,—dijo el embajador,—tendiéndole la mano, que Silaydi estrechó con efusion.

El embajador estaba radiante de alegría, y no era extraño. Acababa de salvar al hermano de Aneyda, y de adquirirse un amigo á toda prueba. Esto le tenia fuera de sí, y sus miradas me lo revelaban de un modo tan expresivo, que lo comprendí perfectamente.

Cumplido su deber con el Sr. Nottely, se volvió Silaydi hácia su primo, á quien dijo:

—A tí no te doy las gracias, pues aunque te debo mucho, sabes tambien cuánto te amo.

—Y á vos, caballero,—añadió encarándose conmigo;—pero ántes tened á bien decirme: ¿sois de la Gran Roquelia?

—No señor, ni de Saturno.

—Ah! ¿Luego sois uno de los dos habitantes de la Tierra que han llegado á este mundo de un modo tan milagroso, y que viven en la casa de papá?

—Sí señor, soy uno de ellos.

—Lo presumia, —dijo Silaydi, —no sólo por vuestra talla, sino por lo mucho que de vosotros me hablaba papá en sus cartas. Oh, señor! —añadió Silaydi, abrazándose con el mayor cariño, y como si me hubiese conocido de antemano: — ¡y qué bien pagais los leves favores que haya podido haceros mi familia, exponiendo vuestra vida por salvar la mia! Mucho deseaba conoceros, y lo he conseguido de un modo tan ventajoso para mí, que me hará recordarlo eternamente.

—He cumplido con mi deber, señor; y os digo ahora lo mismo que el Sr. Nottely, que mi alegría por lo que acaba de pasar excede mucho á la vuestra.

—Ya veo, —dijo mirándonos á los tres con visible enternecimiento, —que me hallo entre gente que me quiere.

—No lo sabeis bien, —le respondimos á la vez Nottely y yo.

El Sr. Soletty, que le tenia cogida una mano, se contentó con apretársela.

—Sí tal, sí tal, —dijo el Sr. Silaydi, —y me alegro deberos tanto, porque así os amaré más.

—A mí nada me debeis, —le respondí; —pero debeis mucho á vuestro primo, y más aún al Sr. Nottely.

—Ya sé, —respondió Silaydi, —lo que debo al embajador; pero dejaré de estar agradecido á los que le ayudaron en su empresa? No expusisteis vosotros vuestras vidas por mí?

—No lo niego, —le respondí; —pero, quien concibió el proyecto, quien lo dirigió, quien nos comunicó su entusiasmo y su valor, y quien nos condujo, en fin, á la victoria, fué Nottely. Pensais lo mismo, querido Soletty?

—Absolutamente lo mismo, —respondió éste.

—Ah! vos no conoceis todavía, —dije yo, —á este joven extraordinario que....

—Eh, alto allá, señor hablador, —dijo interrumpiéndome Nottely.

Y volviéndose á Silaydi, añadió:

—No hagais caso, querido Silaydi, de Mendoza, cuyas relevan-

tes prendas tendreis ocasion de conocer, pues padece la singular manía de ver siempre el mérito en los demás, y nunca en sí mismo. Ya sabeis que sin él, no tendria yo el placer de hablar con vos ahora: ved como lo olvida el ingrato.

Y diciendo esto, cogió mi mano que estrechó con el mayor cariño.

—Sois admirables,—dijo mirándonos el Sr. Silaydi.

En seguida se ofreció uno por uno á los Nostracianos con mucha cordialidad. Cuando llegó al bandido que nos habia facilitado la entrada en la caverna, dijo:

—Cambia de vida, y tu suerte corre por mi cuenta.

—Gracias, señor; ya me ha hecho igual ofrecimiento el Sr. Nottely, y pienso aceptarlo.

—Y por qué nó el mio, y sí el de él?

—Porque él fué quien ha hecho nacer en mí un aborrecimiento sin límites á la vida desastrosa que traía.

—Cómo así?—dijo sorprendido el Sr. Silaydi.

—Porque es imposible ver tanto valor, tanta serenidad, tanta abnegacion, tanto ardor para hacer el bien, y tanta sabiduría para ejecutarlo, sin que uno se pascme y desee ser honrado.

—Tienes razon, tienes razon,—dijo conmovido el Sr. Silaydi;—pero como en último resultado á quien has contribuido á salvar has sido á mí y no al embajador, á mí, y no á él, toca recompensarte.

—Os ruego, Silaydi,—dijo el embajador,—que no me quiteis el gusto de hacer la suerte de este desgraciado; y ya que he principiado á cambiarle, como él dice, permitidme que concluya.

—No puedo complaceros, Nottely, pues vos mismo conoceréis...

—Quiere decir, señores,—repuso el bandido interrumpiéndolos,—que en lugar de uno, tendré desde hoy dos protectores. No es eso lo que pretendéis?

—Cabal,—contestó con viveza el Sr. Silaydi;—hé ahí dirimida la cuestion: los dos te protegeremos, y no se hable más del asunto. Consentís, embajador, no es cierto?

Y como Nottely tardaba en contestar, añadió:

—Ved que si no aceptais, estoy dispuesto á no ceder.

Vi entónces salir una lágrima de los ojos del bandido.

El Sr. Soletty y yo, dijimos á la vez:

—Los dos, los dos le protegeréis; no hay remedio, embajador.

—Sea,—dijo éste,—pues que en ello os empeñais.

Y el resto de la noche lo pasamos agradablemente entretenidos, pues la alegría era tan viva, que nos quitó á todos el sueño.

A la mañana siguiente, preguntamos á Nossolatto si sabia donde estaban los caballos.

—Ya se ve que sí,—nos contestó.

—Y en dónde?—preguntó el embajador.

—En una gran cuadra que hay á cien pasos de aquí. Siempre que hacíamos alguna presa, poníamos en ella los caballos hasta el día siguiente, que los íbamos á vender á Romalia.

—Pues es preciso que vayais á buscarlos.

—Al instante,—dijo Nossolatto.

Apénas habia marchado éste, cuando apareció el cirujano. Después de saludarnos, dijo:

—No podeis imaginar, señores, la alegría que ha causado en Romalia vuestra aventura de esta noche.

—Sabida en vuestra casa la noticia, y sabida tambien en el Gobierno, cundió al punto por la ciudad; y como no ignorais el gran terror que inspiraba Russilio, debeis inferir el gozo que se difundiria en todos los corazones, á medida que se fueron conociendo los detalles. El Gobierno, por su parte, mandó un piquete de caballería para llevar el cadáver de Russilio y los bandidos que hubiéaseis hecho prisioneros: pronto estará aquí.

—Bien, amigo, bien,—dijo á esta sazón el embajador;—pero lo que importa ahora no es eso, sino que veais y cureis á los heridos.

—Teneis razon,—contestó el cirujano:—dónde están?

—El de más peligro aquí,—dijo el Sr. Nottely, conduciendo al cirujano á la cama del herido.

Reconocido, curado y vendado éste, lo sangró el cirujano.

—Qué tal?—dijo el Sr. Nottely;—es grande el peligro?

—Sin la cura que acabo de hacerle, y sobre todo, sin la sangría, quizá sí, porque la herida es larga y la reaccion muy fuerte.

—Y la bala?

—Qué bala?

—Pues no tiene una bala en el pecho?

—No, Sr. Nottely;—lo que tiene es una herida hecha con alguna arma de punta quebrada, sin duda en el calor de la refriega.

—Y mediante lo que acabais de hacerle, esperais salvarle?— preguntó inquieto el embajador.

—No desconfío á lo ménos, porque no estando interesados los pulmones, si se sigue el plan que voy á disponer, y el enfermo guarda un silencio y una quietud completos, es muy posible que cure.

—Dios lo quiera. Venid ahora, si gustais, á examinar los demás heridos.

Concluia el cirujano de hacerlo, y de dictar las disposiciones consiguientes, cuando apareció Nosolatto.

Salimos entónces de las ruinas, y parte á caballo, y parte en el coche de Silaydi, tomamos el camino de Romalia.

Los heridos, á los cuales se habia agregado el guardia que Nottely metiera en el coche ántes de la refriega, quedaron en el subterráneo al cuidado del ayuda de cámara de Silaydi y del cirujano.

(Se continuará.)

TIRSO AGUIMANA DE VECA.

UNA TEMPORADA EN EL MAS BELLO DE LOS PLANETAS.

CAPITULO XXV

RECIBIMIENTO DE SILAYDI.

Al anochecer entramos en Romalia, y poca después en la casa de Silaydi, que fué recibido con efusion por sus padres y por su hermana. El Sr. Rodulio que estaba allí, dijo, después de las primeras manifestaciones de alegría:

—Ahora, señores, silencio, que quiero que nos cuente Silaydi la aventura de esta noche, en la que se me figura que ha de haber hecho algun papel cierto perillan.... Dónde está?

Y buscaba con la vista á Nottely.

—Ah, ya le veo. Venga V. acá, caballero, y haga corro con los demás.

El Sr. Nottely obedeció.

—Pues, como iba diciendo,—continuó el Sr. Rodulio,—creo que el referido perillan haya hecho algun papel en la tal aventura; de manera que.... eh, Silaydi, me equivoco acaso?

—No en verdad, no os equivocais, señor, y vais á verlo.

—Cuenta, cuenta,—dijo sonriendo el noble anciano,—pues ardo por saber lo que pasó.

Entonces el Sr. Silaydi, con todo el fuego que le inspiraban su juventud, su nobleza y su agradecimiento, contó la aventura magnificamente, poniendo nuestro valor en las nubes, y realzando con los colores más vivos la lucha de Nottely con Russilio. Tuvo

—¿Cómo! ¿Consistirá en mi hermana el que tu matrimonio se retarde?

—Mucho, en verdad, lo temo,—contestó Nostrendy.

—No puede ser, no puede ser. ¿Cómo! ¡Ella tan buena, tan amable, tan dulce!... Te repito que no puede ser, como te lo demostraré sin tardar mucho.

—Entonces te deberé toda mi dicha.

—Me espantas, querido,—dijo el Sr. Silaydi, mirando á su primo sorprendido —¿entonces Aneyda se niega al matrimonio, por lo visto?

—No digo precisamente que se niegue; pero lo retarda, al menos, todo lo posible.

—Vamos,—dijo algo más tranquilo el Sr. Silaydi,—ya arreglaré yo todo eso.

—Hazlo, y toda mi sangre no será bastante para pagarte ese servicio.

—Diantre! Mucho amas á Aneyda, querido.

—Que si la amo!—dijo con una sonrisa que tenia algo de extraña el Sr. Nostrendy.—Que si la amo! Dí más bien que estoy loco, poco menos que frenético por ella, y acertarás.

—No sabes lo que me alegro de ello.

—Por qué?

—Vamos, favor por favor,—dijo, clavando su vista en Nostrendy, el Sr. Silaydi.

—¿Cómo favor por favor? No te comprendo.

—Sí, que me hagas tú un favor, y que yo te haga otro; ¿con-sientes?

—Desde luego; dí pronto.

—Pues bien, hermana por hermana; quieres?

—Hermana por hermana!—repuso Nostrendy admirado.

Nomatty, que estaba cerca y oía esta conversacion, perdió el color.

—Sí, hombre, sí,—dijo Silaydi con amable sonrisa; dame á Silody, y yo haré que te den á Aneyda. Hay cosa más natural?

—¿Cómo! amas tú á mi hermana?—Dijo Nostrendy cada vez más asombrado.

—Con delirio, querido.

—Y te ama ella?

—Dispensa si tengo la presuncion de creer que no le soy indifere-
ferente.

—Luego la has tratado en Catilia?

—Ni un día dejé de verla: desde el primero descubrí en ella mil bellas cualidades, y en mi trato ulterior, vi que que era un ángel. Su hermosura no tiene igual, y su virtud y su juicio son mayores aún que su hermosura. Después de algunas conferencias y súplicas de mi parte, me dió Silody su consentimiento para obtener el tuyo, sin el cual dice que no es posible nuestro enlace. Con que ya ves, querido; que mi felicidad pende ahora de ti, como la tuya pende de mí. ¿Quieres, como te dije antes, favor por favor, ó lo que es igual, hermana por hermana? Responde.

Fatal por demás era la situación de Nostrendy. Conocía demasiado las ventajas de aquel enlace, no sólo para su hermana, sino para él, pues era el único medio de casarse seguramente con Aneyda, pero esto, que hubiera sido su suprema felicidad seis meses antes, era ahora un tormento, recordando el compromiso tan formal como imprudente, que habia contraído con Nomatty. Nostrendy estaba en un suplicio; así es que sólo con palabras confusamente articuladas pudo decir:

—Perdóname, querido Silaydi, si en este momento no acierto á responderte, pues la sorpresa que me ha causado tu noticia fué tan grande, que apenas, como ves, puedo explicarme: déjame reponer un poco, y luego hablaremos de ella cuanto quieras.

—Bueno, bueno,—dijo contrariado ya Silaydi;—pero no te oculto que me sorprende en extremo que no hubieses acogido, en el acto, mi proposición.

—No te enfades por Dios,—repuso el Sr. Nostrendy, —y concédeme siquiera un momento para reflexionar.

—Los que quieras, amigo,—dijo el Sr. Silaydi con visible frialdad;—pero no extrañes que no te vuelva á tocar este punto hasta que tú lo hagas.

Y diciendo esto, le volvió la espalda, y fué á sentarse junto á Soletty. Apenas se apartó Silaydi corrió Nomatty á unirse á Nostrendy, al cual dijo pálido y tamblando:

—Me sacrificarás Nostrendy?

—Déjame,—respondió Nostrendy;—voy á morir, lo sé; pero no faltaré á mi palabra.

—Morir! y por qué?—dijo mirándole con inquietud el señor Nomatty.

—Pueden oírnos aquí,—dijo Nostrendy, echando una mirada

sobre mí, que era el que estaba más cerca —ven á mi cuarto y en él te haré ver que soy el más desgraciado de los hombres.

Y se marcharon.

Entre tanto, decía el Sr. Nolatto:

—No tengo la menor duda de que la retirada de Nottely no tiene más motivo que el consejo que va á reunir nuestro Monarca. Nottely jamas falta á sus deberes, y como ayer ha estado fuera, querrá aprovechar esta noche para meditar la cuestion y hablar mañana con el tino y sabiduría que acostumbra.

—Pero entónces, ese diablo de rey —dijo el Sr. Rodulio,— está empeñado en apoderarse de la Ciliana á todo trance.

—Si, Rodulio,—dijo el Sr. Nomara,—y según las últimas noticias que tenemos, las tropas de Catilia están ya muy cerca de Tallema. Además, sabemos que cuenta con socorros poderosos de Retaydo, que le llevará en persona el Principe de Nomara.

—Calla!—dijo el Sr. Rodulio,—¿el que se batió con Nottely en el torneo?

—El mismo,—contestó el Sr. Nomara,—y es un valiente campeón.

—Efectivamente,—dijo el Sr. Nolatto,—y las cosas se van poniendo de tal modo, Principe, que no sé adónde iremos á parar.

—Veremos,—dijo el Sr. Nomara:—de todos modos, mañana en el consejo, sabremos á qué atenernos.

—Teneis razon,—contestó el Sr. Nolatto,—sabremos á qué atenernos, pero no sabremos nunca (y esto es lo que nos importaba) cómo hemos de impedir que un Principe, por una ambición desmesurada, ponga en conflagracion un continente como el nuestro.

—Cierto que valdria más saber eso,—dijo M. Leynoff,—pues preferible es prevenir un daño á repararlo; pero, por lo que veo, aún no habeis obtenido ese resultado los Roquelianos.

—Absolutamente nó,—contestó el Sr. Nolatto;—pero lo intentamos al ménos como lo podreis ver si asistis á una reunion donde se tratarán varios puntos, de interés vital para los pueblos

—Y cuándo?—preguntó M. Leynoff.

—Pasado mañana.

—Desde ahora os cojo la palabra,—dijo M. Leynoff.

—Y yo,—añadí á mi vez.

—Y nosotros,—dijeron los señores Nomara y Otrocy.

Los señores Silaidy y Soletty, apartados del grupo que formabamos, nada oyeron de esta conversacion.

CAPITULO XXVI.

HOSPITAL DE ROMALIA.

Al día siguiente, ya tenía en mi casa un nuevo guardia para sustituir al que había muerto en la caverna de Russilio. Tan pronto como supo el rey el resultado de la lucha, nombró otro y me lo mandó.

Agradecido á tan singular favor, no pude ménos de ir á darle las gracias.

Esperé la audiencia, y me presenté. Apenas me vió, me dijo con aquella bondad que le era peculiar:

—Qué es eso, Mendoza? Venís á pedirme algo? En extremo lo celebraría.

—Muy exigente sería, señor, si tal hiciese, pues V. M. previene de tal modo mis deseos, que sólo á darle gracias puedo venir aquí.

—Luego venís á dármelas, según parece?

—Sí señor.

—Y por qué?

—Por el nuevo guardia que me ha mandado V. M.

—Os engañáis, Sr. Mendoza, —me dijo aquel excelente soberano,—pues en este asunto soy yo, y no vos, quien debe daros las gracias.

—Á mí, señor? No comprendo á V. M.

—A vos sí, porque á vuestro arrojo, y al de vuestro jefe, sobre todo, debo yo el verme libre de un hombre tan peligroso como Russilio, que siempre se burló de mis agentes, y que me causaba no poco disgusto por el descaro con que se presentaba entre nosotros. Es una verdadera victoria la derrota de ese bandido. Sé lo que hicisteis, y lo bizarramente que os batisteis todos. Gracias.

—Y me permitirá V. M. que le haga una súplica?

—Hacedla.

—Que me consienta dar á la familia de mi guardia una pequeña renta de la espléndida que V. M. se ha dignado señalarme.

—No puede ser, Mendoza.

—No puede ser! ¿Y me permitirá V. M. que le pregunte el por qué?

—Porque ya está hecho.

—Está hecho, señor!—Dije admirado.

—Sí, lo mismo que pagadas las exéquias del difunto.

—Ah, señor,—dije lleno de reconocimiento;—V. M. no es un rey, sino un padre tiernísimo para sus súbditos, y casi un Dios para los extranjeros, á quienes colma de beneficios.

—Sabeis una cosa, señor Mendoza?

—Qué, señor?

—Que si es, en efecto, dulce hacer beneficios á los súbditos y á los extranjeros, lo es infinitamente más que unos y otros sean dignos de ellos. Ahora marchaos,—añadió,—porque tengo que ir al Consejo.

Al salir, ví con el mayor gusto al Sr. Otrocy, que se paseaba solo por los pórticos de Palacio. Después de los saludos de costumbre, dije, estrechándole la mano :

—Qué haceis aquí, amigo?

—Lo que veis, querido, pasearme.

—Sin más objeto? Permitidme que lo dude.

—Hablándoos con franqueza, Mendoza, esperaba á que saliesen del Consejo para saber algo de Catilia. El horizonte político se oscurece por momentos y llama ya demasiado la atencion.

—Así parece,—le contesté,—por lo que ví ayer en casa del señor Nomara; pero el Consejo durará mucho: ¿quereis que demos una vuelta por la ciudad?

—Con mucho gusto, Mendoza. ¿Pero por qué no habeis venido al Consejo? Queriéndoos tanto el rey, os hubiera admitido con gusto. M. Leynoff está en él.

—Sí? Y quién os lo ha dicho?

—Lo he visto entrar con el Sr. Nomara: ya sabeis que son inseparables.

En efecto, la amistad de M. Leynoff con el Sr. Nomara, habia llegado á ser tan grande, que casi siempre estaban juntos. Se habian tomado tanto cariño como nos lo habiamos tomado Nottely y yo, y como principiaba á tomárselo á Silaydi. Desde la aventura de Russilio, de que tanto se habia alegrado M. Leynoff, por la parte que yo habia tomado en la salvacion del hijo de nuestro bienhechor, los señores de Nomara nos miraban como de la familia. No me extrañó, pues, que el Príncipe llevase consigo á M. Leynoff.

—No fui al Consejo,—dije al Sr. de Otrocy,—porque, hablándoos

con franqueza, no me gustan las cosas serias; soy joven todavía, y me gusta más divertirme.

—Y lo apruebo tanto más,—repuso el Sr. Otrocy,—cuanto que yo hacía lo mismo cuando era de vuestra edad. ¿Adónde quereis que vayamos?

—Adonde gusteis.

—¿Quereis ver nuestros hospitales, nuestras escuelas, ó nuestras casas de beneficencia?

—Todo, si tenemos tiempo para ello.

—Pues vamos á este hospital.

—Vamos.

Y nos dirigimos á uno que teníamos enfrente.

Siempre me causaba una sensacion grata caminar por aquellas calles anchísimas, cuyas casas y palacios eran tan altos, que mirando á los terranos nos parecia que tocaban á las nubes. Enfrente, como he dicho, estaba el hospital, y después de algunas palabras que el Sr. Otrocy dijo al portero, entramos en él.

Llamóme la atencion el ver lo espacioso y lo aseado de las salas. Léjos de percibir en ellas aquel olor particular, *sui generis*, pero repugnante, que hay en los hospitales de la Tierra, sentí por el contrario una fragancia que aspiraba con placer. Las camas eran cómodas y hasta elegantes, si se atiende al objeto á que estaban destinadas. Estaban muy separadas unas de otras, y tenían sábanas, colchas y colchones demasiado ricos para un hospital. Cuando entramos, estaba un hombre dando de comer á los enfermos; y si me admiró lo limpio y sazonado de la comida, no me admiró ménos la dulzura y amabilidad con que ejecutaba aquel trabajo. No sólo contemplaba á los enfermos, sino que no se enfadaba con algunos que, además de rehusar la comida, le trataron con dureza.

Sorprendido de semejante porte, no pude ménos de decirle:

—Mucha paciencia necesitáis, amigo.

—Paciencia!—me dijo con extrañeza,—y por qué?

—Porque veo que algunos enfermos se enfadan, y léjos de hacer vos lo mismo, los tratais con más cariño.

—Pues no hago más que mi deber,—me dijo el hombre con la mayor naturalidad.

—Ya lo veo, ya lo veo; pero no todos lo harán así, amigo.

—En Romalia? yo os aseguro, señor, que no hay en toda ella un enfermero que no trate á sus enfermos tan bien ó mejor que yo.

—Ya sabeis que no soy de Saturno, y por lo mismo no debeis extrañar que os haga algunas preguntas, hijas de la ignorancia en que aún estoy de vuestros usos.

—Haced las que gustéis, señor.

—Por qué son tan buenos los enfermeros en Romalia?

Sonriose mi hombre de mi pregunta, que sin duda debió parecerle singular, puesto que me dijo mirándome con fijeza :

—Primero, señor, porque nos buscan con un cuidado exquisito, no admitiéndonos sino después de haber tomado informes muy minuciosos de nosotros; segundo, porque si no cumplimos con nuestro deber, nos despiden al momento; tercero, porque nos pagan bien; y cuarto, porque se nos hace comprender que un enfermo es siempre digno de lástima por lo mucho que padece, y que por efecto de este padecimiento suele cambiarse su carácter pasando de dulce y afable á acre y muchas veces insultante, si el mal ataca sobre todo á la cabeza. Hé ahí, señor, las causas que nos hacen ser tan buenos como habeis tenido la bondad de decir que os parecemos.

—Y las creo poderosas, amigo.

—No son acaso tan buenos los enfermeros de la Tierra?

Me quedé helado al oír esta pregunta y no sabia qué contestar cuando afortunadamente se presentó el médico del establecimiento acompañado del Sr. Otrocy, el cual habia ido á buscarle, no sólo porque era el médico de su familia y queria saludarle, sino tambien por si yo queria hacerle alguna pregunta acerca del modo como se trataban los enfermos en Saturno.

Era el médico un hombre ya de edad, entrecano, de facciones pronunciadas y de semblante grave, pero de trato muy ameno y agradable. Me saludó afectuosamente, y dijo :

—Hace dias, señor, que deseaba conoceros á vos y á vuestro compañero, de cuyo talento y sabiduría estoy enterado. Ese viaje que acabais de hacer os coloca á una altura tal, que no debeis extrañar que deseemos trataros como á dos personas verdaderamente extraordinarias. Puedo seros útil en alguna cosa?

—Ante todo, —le respondí, —os doy gracias por el buen concepto en que nos teneis, pudiendo aseguraros que si hemos corrido algunos peligros en el viaje de que acabais de hablar, estamos más que suficientemente recompensados con la acogida que nos habeis dispensado, y por haber visto un mundo como Saturno.

—Segun eso, ¿teneis á nuestro mundo por muy superior al vuestro?

—Y tanto, que no hay comparacion entre uno y otro.

—Eso lo decís porque sois amable, y porque os hallais entre nosotros.

—No, en verdad, le respondí; lo digo porque estoy convencido de ello.

—Y son vuestros hospitales mejores que los de Saturno?

—Por lo que hasta ahora he visto, me parece que nó. Una cosa me admira de los vuestros, sobre todo.

—Qué cosa?

—Los pocos enfermos que hay en ellos.

—Pues prescindiendo de alguna epidemia que suele haber de cuando en cuando, rara vez tenemos más.

—Cómo! ¿en una capital tan grande como Romalia, nunca hay más enfermos que los que teneis ahora? Eso no es posible.

—Pues es la verdad.

—Y los pobres? no vienen aquí tambien los pobres?

—En Romalia no hay pobres, querido,—me dijo el Sr. Otrocy.

—No hay pobres! Cómo así?—pregunté cada vez más sorprendido.

—Porque en nuestro país,—repuso el Sr. Otrocy,—recoge el Gobierno cuantas personas de uno y otro sexo carecen de subsistencia. ¿Os ha pedido limosna algun mendigo desde que estais en Romalia?

—No, lo confieso, y ya esto me habia llamado la atencion.

—Desgraciado del que tal hiciese, pues sería inmediatamente castigado.

—Pero antes de recogerlos, preciso será que pidan,—dije, creyendo parar al Sr. Otrocy.

—Nada de eso, querido,—respondió éste,—pues la policía conoce hasta la última familia pobre que hay en las ciudades y en los campos. Cuando cualquiera de sus individuos está enfermo, ó carece de trabajo, lo recoge al punto un comisario, mandándolo al hospital en el primer caso, ó proporcionándole trabajo en el segundo. Además, tenemos establecimientos donde á los niños abandonados se les educa y se les enseña un oficio, ó arte, segun su inclinacion. Por lo demás, tanto en los hospitales, como en los establecimientos de beneficencia, hay gran esmero en proporcionar

á los que los habitan cuanto es necesario para su bienestar; por eso hay pocos enfermos, y los que hay se curan pronto.

—Todo eso es bellissimo, amigo, y veré con gusto esos edificios.

—Cuando queráis.

—Y tiene muchas salas este hospital?—pregunté al doctor.

—Otras tres exactamente iguales; podeis verlas si gustais.

En efecto, las recorrí una después de otra, y en todas observé el mismo orden, el mismo aseo, y la misma limpieza que en la primera.

—Me admira todo esto,—dije al doctor.

—Es que, caballero, sabemos muy bien, que la parte higiénica de los pueblos, y, sobre todo, de los establecimientos públicos, es la base mas firme en que reposan la salud y la vida de nuestros conciudadanos: por eso el gobierno vigila este ramo con un afán y una solicitud que le honran en extremo. Y no penseis que ha sido siempre así, nó, pues ántes de llegar á esta cultura que admirais, ha habido epidemias espantosas como producto inseparable de la ignorancia, que es de todas las plagas la plaga más terrible que puede afligir á una nacion. Bien que de esto ya oireis hablar mañana, si, como lo supongo, asistis á la reunion que ha de haber en casa del Sr. Nolatto. Pensais ir?

—Sí, y vos?

—Tambien.

—Me alegro mucho.

En esto un grito que salió del extremo de la sala, nos llamó á todos la atencion.

—Qué es aquello?—dije yo.

—Aquello, caballero, es el ¡ay! con que la inteligencia me revela el trastorno que padece.

—No os comprendo, doctor.

—Ahora me comprendereis,—respondió este.

Y acercándose á la cama del enfermo, le dijo con la mayor dulzura:

—Qué hay, amigo? qué quereis?

—Allí está, doctor, allí está,—dijo con viveza aquel infeliz: cogedle, por Dios y traedmele al momento.

—A quién, querido?

—Al pérfido que me robó á Sattilda. Mirad, mirad como se rie y me insulta el malvado.

— Ah, sí, ya lo veo.

— No es cierto, querido doctor?—dijo el jóven radiante de alegría.

— Si, querido, y voy á buscarlo; pero para que no se escape, es preciso que cierre las ventanas: así que le coja, os lo traeré.

— Bien, doctor, bien; gracias por vuestros cuidados: no dejéis de traérmele, por Dios.

A una señal del doctor, cerró el enfermero las ventanas, y salimos nosotros de la sala. Fuera ya, dije al doctor:

— Quién es ese desgraciado que así imploraba vuestro auxilio?

— Un jóven de talento y bellissimo carácter, á quien la mujer que amaba abandonó por otro que tenia una posicion más ventajosa que la suya.

— Y qué enfermedad padece?

— Una manía.

— Horrorsa enfermedad, doctor.

— Lo es en efecto.

— ¿Quereis, doctor, decirme bajo qué punto de vista considerais al hombre los médicos de Saturno? Aunque no soy de la facultad, he leído algo de medicina, y me alegraría conocer la diferencia que hay acerca del modo de apreciar este sér entre vosotros y los médicos de la Tierra.

Iba el doctor á responderme, cuando aparecieron en la estancia los señores Nolatto, Nottely, M. Leynoff y el Sr. Nomara.

CAPITULO XXVII.

CONFERENCIA EN EL HOSPITAL.

— Cómo es eso?— preguntó el Sr. Otrocy.

— Qué?— repuso el Sr. Nomara.

— El haber venido tan pronto.

— Porque se ha aplazado el consejo, — contestó el Sr. Nomara.

— Aplazado! y por qué?

— Porque se ha creído prudente, ántes de adoptar una resolución definitiva, que marche Nostrendy á Catilia á ver si, como sobrino del rey, reduce á éste á que desista de sus pretensiones sobre la Ciliana, ó en caso contrario, á que se se preste á un arreglo con la Gran Roquelia, la Nostracia y la Natricia.

—Y ha aceptado Nostrendy? —repuso el Sr. Ottroc.

—Sí, á los ruegos de S. M. y míos.

—Y cuándo marcha?

—Mañana.

—Y cómo habeis sabido que estábamos aquí? —pregunté al señor Nomara.

—Porque nos lo dijo un centinela que os vió entrar en el hospital; y como era temprano, y deseaba que M. Leynoff conociese á Sattulo (así se llamaba el doctor), le propuse venir á buscaros en compañía del Sr. Nottely. De qué hablábais?

—Estaba rogando al doctor me dijese lo que pensaban del hombre los médicos de Saturno.

—Delicada es la pregunta, dijo el Sr. Nottely; pero os aseguro, Mendoza, que Sattulo os dejará poco que desear al responderos.

—Luego ya conoceis al doctor? —le pregunté.

—Y quién no le conoce? Sattulo, Mendoza, es de aquellos hombres de quienes se oye hablar, pese á su modestia, tan pronto como se llega á un pueblo, y á Sattulo le conocen todos los sabios y las personas mas distinguidas de Romalia. Vais á juzgar vos mismo, y no podeis imaginaros cuánto me alegro de que le oigais, lo mismo que M. Leynoff. Vamos, querido doctor, responded al Sr. Mendoza.

—Rogándoos, —me dijo el doctor, —que no dais crédito á los elogios inmerecidos que me dispensa el Sr. Nottely, os diré..... Pero servios tomar asiento, caballeros.

Así lo hicimos, y sentados, á su vez, el Sr. Sattulo siguió diciendo:

—El hombre, señores, es para mí el resumen de los prodigios del Omnipotente.

Mirado detenidamente, lo primero que llama la atención es ver que tiene, como base de la vida, un círculo. En efecto, señores, la sangre que es de donde sacan sus principios reparadores nuestros órganos, recorre un círculo, ó, por mejor decir, una elipse más ó menos prolongada, dentro de nuestro cuerpo.

¿Y no son el círculo y la esfera, las figuras predilectas del Creador, al formar los mundos y trazar sus movimientos? ¿Y el círculo y la esfera, no parecen ser las bases de sus existencias? No, son elipses, más ó menos prolongadas, las órbitas que, en torno de,

sus centros, recorren los planetas, satélites y cometas? ¿Y no hay en esto analogía con lo que pasa dentro de nosotros? ¿No la hay en que unos y otros cuerpos, además de sus virtudes peculiares, tengan tambien sus cubiertas respectivas? ¿La piel no es al hombre, lo que su corteza es á Saturno?

—Sí, doctor,—dijo el Sr. Nottely,—pues aunque el círculo que recorre la sangre en el hombre, lo mismo que su figura, no sean exactamente iguales á las figuras y á los círculos que describen los cuerpos celestes, preciso es no olvidar que el objeto que tuvo Dios al crear estos, no es ni puede ser el mismo que tuvo al crear al hombre. Alguna diferencia ha de haber entre estos seres, la precisa, al ménos, para explicar la que hay en el modo de existir de unos y otros. Tened la bondad de continuar.

—¿Y por qué vemos ya,—dijo el doctor,—en este mismo círculo un antagonismo tan marcado, es decir, dos sangres distintas, y aun opuestas en su composicion y aun en sus funciones? Esto para mí es muy notable, señores, en alto grado notable; os lo aseguro.

—Y creo que tengais razon,—dijo M. Leynoff.

—La sangre arterial,—continuó el Sr. Sattulo,—viva, rutilante, y reparadora, es esencialmente distinta de la venosa, pues, además del color oscuro de esta, y de que recoge las moléculas que se desprenden de nuestros órganos al fijarse en ellos el oxígeno del aire, parece que no tiene otra mision que ir á vivificarse en los pulmones. ¿Por qué estas dos sangres distintas en un mismo círculo? Y digo en un mismo círculo, porque si bien es cierto que la sangre arterial se extravasa en el sistema capilar, para ponerse en inmediato é íntimo contacto con las moléculas integrantes de la economía, tambien lo es que vuelve á ser recogida y modificada por las raicillas de las venas que la llevan nuevamente á los pulmones.

Descuella, á la par del sanguíneo, el sistema nervioso del hombre, que es otro de los focos principales de la vida. Este sistema se compone, como el anterior, de dos discos, no sólo por su estructura, sino por su posicion y atribuciones. ¡Cuidado que semejante coincidencia es bien notable! ¿Por qué dos sistemas nerviosos diferentes?...

El primero de estos sistemas, el más precioso, por cierto, está destinado á ponernos en relacion con los objetos que nos rodean; el segundo, preside á la vida orgánica.

El primero, se le conoce con el nombre de cerebro-espinal; el segundo, con el de gangliónico, ó gran simpático. Cada uno de ellos tiene su centro: el cerebro-espinal, en la médula oblongada; el gangliónico, en el plexo solar.

Y estos dos centros, señores, son los sitios adonde van á parar las más leves impresiones y las más finas modificaciones que se efectúan en el organismo, con la particularidad (fijáos en esto) *que, al mismo tiempo que cada uno siente las que le están exclusivamente encomendadas, siente las que está sintiendo el otro.*

—El resto del sistema nervioso,—continuó el Sr. Sattulo,—no tiene más objeto que transmitir las sensaciones, es decir, que los cordones nerviosos que salen de los dos centros referidos, no son más que meros conductores unas veces de las sensaciones, y otras de las voliciones. Sólo los pares cerebrales tienen atribuciones propias, que os diría si tuviese tiempo para ello, porque son en extremo interesantes.

—Una dificultad se me ocurre,—dijo M. Leynoff:—¿me permitís que os la exponga?

—Con el mayor gusto,—contestó el doctor.

—El cordon que está encargado de transmitir la sensacion del centro á una parte, ¿es el mismo que debe conducirla de la parte al centro?

—El mismo.

—Entonces es forzoso que, si una sube y otra baja al mismo tiempo, se paren ámbas en el punto donde lleguen á encontrarse.

—No,—contestó el Sr. Sattulo,—porque cada cordon nervioso está compuesto de muchos filetes, rodeado cada uno de ellos de un tejido celular finísimo, que los aísla y separa de los demás, con cuya disposicion ya comprendereis que bien puede bajar una sensacion por un filete y subir otra por el inmediato, sin que en el camino se tropiecen ni confundan.

—Siendo así, teneis razon,—repuso M. Leynoff.

—Además,—continuó el Sr. Sattulo,—cada cordon nervioso está cubierto por una especie de vaina (neurilema) que lo aísla y separa de los órganos que recorre.

—Prevision muy sabia,—dijo el Sr. Nottely,—que permite ejercer libremente sus funciones ese sistema, al cual debe el hombre su importancia y su poder. Pero esa sensacion, qué es? ¿quién la forma? cómo sube? cómo baja? podeis decírnoslo?

—Haceis unas preguntas, querido,—dijo el Sr. Sattulo,—cuya importancia vos mismo no conoceis quizá; pero ya veré si puedo contestar á ellas. Entre tanto, os diré que, para mí, á lo ménos, cuantas sensaciones experimenta el hombre dentro de sí mismo, no son más que modificaciones del fluido eléctrico animal.

Todos los médicos designan al *quid* misterioso que recorre los nervios, unos con el nombre de fluido nérveo, otros con el de fuerza nerviosa, y otros con el de espíritus animales; pero yo, considerando al hombre física y médicamente, no vacilo en asegurar que lo que recorre sus nervios no son más que las dos grandes fuerzas que animan al universo, ó, lo que es igual, los dos fluidos positivo y negativo animales. Y digo animales, para distinguirlos de los atmosféricos, pues es preciso que sepais que, aunque la electricidad que anima al hombre es igual en la esencia á la del mundo, difiere, sin embargo, de ésta, en que está preparada por uno de sus órganos para ponerla en relacion con su estructura. La electricidad, pues, de Saturno, no sirve para el hombre, así como la de éste no sirve para Saturno. La diferencia de estas dos electricidades importa mucho para el médico, puesto que la atmosférica obra siempre como causa externa, al paso que la animal se relaciona íntimamente con nuestras enfermedades.

—¿Y os será posible decir,—preguntó M. Leynoff,—cómo el hombre modifica el fluido eléctrico animal?

—Veré si puedo,—contestó el Sr. Sattulo.

La electricidad positiva de Saturno está en la atmósfera: la extrae del espacio por medio de un aparato elaborador que tiene en su superficie: la electricidad negativa de Saturno está en su seno: hay, pues, desde Saturno á la atmósfera un cambio recíproco de estos fluidos, que se combinan y neutralizan á medida que se elaboran. Mientras este cambio se efectua con facilidad, la naturaleza ríe y ostenta toda su belleza y lozanía; pero cuando el aire (cuerpo unas veces conductor, y otras aislador, segun está húmedo ó seco) lo interrumpe, la naturaleza se resiente, el viento silba, el rayo brilla, el trueno retumba, y torrentes de agua inundan la superficie de Saturno.

—Oh! eso es hermoso,—dije yo. sin poderme contener.

—El hombre, parte integrante de Saturno, puesto que vive en su superficie, y respira su misma atmósfera, separado de la cual, perece inmediatamente, coge de ésta el fluido eléctrico positivo, y

de aquel el negativo. En efecto, cuando respira, además del aire que penetra en sus pulmones, entran con él los fluidos eléctrico calórico y lumínico, que, mezclados con la sangre y modificados por ésta, son llevados al cerebro. No penetran, sin embargo, en este órgano bruscamente á causa de su estructura delicada, sino después de haber atravesado un enrejado de vasos sanguíneos que forman una membrana finísima (piamadre) que abraza inmediatamente la sustancia cortical. Esta membrana se introduce, además, en el cerebro para formar dos producciones vículo-membranosas, que son los sitios donde yo creo que se elabora el fluido eléctrico positivo. Depositado éste en la médula espinal, se difunde después por el organismo. No olvidéis que este fluido es el positivo: más adelante hablaré del negativo (1).

Hizo aquí una pausa el doctor, y luego dijo:

—Si conforme hablo á hombres que por pura afición oyen estas cosas, hablase á médicos, daría otros detalles que probasen la posibilidad de lo que expongo; pero para vosotros, y para que forméis idea de cómo los médicos de Saturno consideran al hombre, basta lo dicho.

—Os entendemos,—le contestó el Sr. Nottely,—y os escuchamos con el mayor gusto. Continúa, pues.

—Os he dicho,—prosiguió el Sr. Sattulo,—que de la sangre se extraían los principios reparadores del organismo, y por lo que acabais de oír, de la sangre se extrae también el fluido eléctrico animal. Ciertamente que ella no lo tiene entre sus elementos químicos; pero también lo es que lo recibe, que lo modifica y lo adapta á su naturaleza para pasarlo después á los sitios que deben elaborarlo. Y digo á los sitios, porque es preciso que sean dos, uno para el fluido positivo, y otro para el negativo. Sigamos ocupándonos del primero, que, como habeis oído, se elabora en el cerebro.

Para que este trabajo se efectue, es absolutamente forzoso, que, además de la sangre que se necesita para la nutrición de la sustancia cerebral, haya un sobrante de donde se extraiga el fluido eléctrico positivo. Y lo hay en efecto? He ahí el prodigio; lo hay, señores, y más que un sobrante, hay un *exceso*, y este exceso que

(1) De este modo pensaba el autor hace 20 años (época en que fué escrita esta obra): hoy, aunque da al fluido eléctrico animal la misma importancia en el organismo, es bajo otro punto de vista muy distinto.

veíamos, y cuyo efecto no conocíamos, pasó desapercibido hasta hace poco. Y este exceso, sin embargo, cuya importancia es grande; este exceso, repito, ¿no nos dice con una elocuencia irresistible, que sólo para un objeto tan misterioso como él pudo haberle destinado Dios? ¿Y quién más misterioso que el fluido eléctrico animal? ¿Y esta presunción no adquiere un grado absoluto de certeza, si en la economía hallamos otro *exceso* igual, para la elaboración del negativo?

—Indudablemente,—contestamos todos.

—De la atmósfera, pues,—continuó el Sr. Sattulo,—extrae el hombre el fluido eléctrico positivo; pero antes de adaptarlo á la delicada estructura de sus órganos, lo modifica en los plexos coroides. Y de dónde extrae el negativo?

—De Saturno. Colocado el hombre en su superficie, respira el aire que hay en ella; con este aire va el fluido eléctrico positivo; el negativo lo recoge de los alimentos (acordaos que estos vienen inmediatamente de Saturno). Una vez extraído de ellos, es recogido y llevado por la linfa (excelente conductor) á un sistema particular extraordinario y único en su clase, que es el de la vena porta. Este sistema, que es independiente, independiente, lo oís, señores, del venoso general, lo conduce después al bazo, que es á esta sangre lo que los pulmones á la arterial; en el bazo, pues, sufre la sangre de la vena porta una modificación preparatoria, que finaliza en el hígado; donde se elabora el fluido eléctrico negativo; éste, robado por los nervios que del plexo solar van á aquel órgano, pasa luego al gran simpático para difundirse por el organismo.

—En verdad que me admira lo que estais diciendo,—repuse sin poderme contener.

—No lo extraño—respondió el Sr. Sattulo;—pero escuchad lo que falta todavía, y después me hareis las observaciones que querais.

—El hígado es el órgano más voluminoso de la economía, y á pesar de esto, no se le asignaba otra funcion que la de elaborar la bilis. Repugnaba, sin embargo, creer que un órgano de tales proporciones, no tuviese más objeto que esta pequeña secrecion. El hígado, además, tiene para nutrirse la arteria hepática, y segun la opinion de médicos que valen mucho, de esa misma sangre se extrae tambien la bilis. Otros creen lo contrario, es decir, que la bilis se extrae de la sangre de la vena porta, cosa á la verdad muy

singular, pues sería en este caso el *único* producto que no saliese de la arterial; pero sea de ello lo que fuere, y aun concediendo que la bilis se extraiga de la sangre de la vena porta ¿está esta sangre en relacion con la cantidad de bilis que en la vejiguilla se elabora? De ningun modo, porque la cantidad de sangre que la vena porta vierte en el ligado, excede mucho á la cantidad de bilis que de ella pueda sacarse: luego siempre queda un exceso cuyo uso tampoco conociamos, como no conociamos el del cerebro. ¿Y no son notabilísimos estos dos *excesos* en los dos órganos más voluminosos de la economía, y que tienen la singular circunstancia de ser igualmente coevales?...

—Me parece que ya vemos aquí un objeto, —continuó el señor Sattulo,—de importancia suma, para explicar la creacion de *dos* sangres y de *dos* sistemas nerviosos diferentes. Si la vida no hubiese de resultar de dos elementos contrarios, sin los cuales sería imposible su existencia; ¿constarían de dos elementos tambien contrarios, los dos aparatos más necesarios para sostenerla? Imposible.

Me confundo, y á veces no comprendo por qué los médicos no se fijan en esto.

—Pues qué! no piensan todos del mismo modo?—preguntó M. Leynoff.

—Todos no, amigo mio, porque no todos han hecho un estudio minucioso de la anatomía, y el imprescindible de la física para conocer el valor más ó ménos grande que pueden tener estas teorías. Pero dejando esto á un lado, prosigamos en nuestras reflexiones.

Existentes en la economía, —continuó el Sr. Sattulo,—estas dos fuerzas, ó, lo que es igual, los dos fluidos positivo y negativo animales ¿cómo es posible que dejen de producir efectos más ó ménos parecidos á los que se ven en los aparatos físicos? Y los producen, señores, cosa que no debemos extrañar, si recordamos que nuestro cuerpo tiene dentro de sí, como el torpedo, un aparato eléctrico-magnético de una perfeccion extremada.

Y sin embargo de que la potencia es una (fluido eléctrico-animal), los efectos que produce son infinitos, como nos lo demuestran los fenómenos físico-químicos que se efectúan en el organismo. Sí, M. Leynoff; todos estos fenómenos, inclusa la inteligencia (1),

(1) Considerada fisiológicamente.

no dependen de otra cosa que de la organizacion, es decir, de la disposicion delicadísima que Dios dió á la materia ponderable.

—Os comprendo, amigo,—dijo M. Leynoff.

—Veis ese reloj?—y señalaba el que estaba en la mesa,—pues la potencia que lo mueve,—continuó el Sr. Sattulo,—es la elasticidad, sin embargo de que esta propiedad no se vé más que por sus efectos. Quién mueve la mano y el minuterio? Inmediatamente las ruedas, mediatamente el muelle, ó, lo que es igual, la elasticidad. Pues supongamos que se me antoja poner en la esfera, además de las horas, todo nuestro sistema planetario; ¿qué tendria que hacer para esto? añadir otra potencia? no; qué, entónces? Aumentar el número de las ruedas y la complicacion de los resortes. Luego, aunque los movimientos que se ejecutan en la esfera, penden inmediatamente de las ruedas no por eso dejan de ser efecto de la elasticidad, por mas que esta potencia no se vea.

He ahí, pues, lo que sucede al hombre. Las maravillas que en él vemos penden inmediatamente de la organizacion, ó lo que es igual, de los fenómenos físico-químicos que en ésta tienen lugar; pero estos mismos fenómenos, no se efectuarían jamás, si no los animase y presidiese el fluido eléctrico animal. Comprendeis ahora?

—Perfectamente,—respondió M. Leynoff,—si bien tengo un escrúpulo que quisiera me desvanecieseis.

—Qué escrúpulo?

—Que considerando al hombre como acabais de hacerlo, predicais el materialismo, puesto que le convertis en una máquina; puesto que haceis depender todas sus operaciones, incluso las intelectuales, del organismo; puesto que le quitais su libertad y el albedrío que son los atributos más preciosos de su ser, y puesto que le convertis en un autómatas. Siendo esto así, ¿para qué querais la justicia? para qué los tribunales? Segun vuestras doctrinas no debe haber castigo, ni remuneracion en este mundo, ni en ningun otro.

—Oh, M. Leynoff!—dijo con fuego el Sr. Sattulo;—es imposible que creais que yo pueda ser materialista, cuando desprecio y aborrezco ese sistema. Recordad que yo hablo ahora como médico y no como teólogo ni psicólogo, que me ocupo exclusivamente de los órganos y de fluidos que, aunque incoercibles, son, sin la más leve duda, materiales. Por lo demás, M. Leynoff, entre los órganos y

sus fluidos, ó, lo que es igual, entre la materia ponderable y la imponderable, hay un quiero y un no quiero, ó, lo que es igual, la voluntad; y este quiero y no quiero, ó esta voluntad, no son, no pueden ser, ni serán jamas, jamas, ¿lo ois bien, M. Leynoff? producto de la materia. Y por qué? Porque no fué nunca atributo de ésta pensar ni deliberar. Y siendo esto cierto, como lo es sin la menor duda, ¿no vienen á ser este quiero y no quiero, ó, lo que es igual, la voluntad, la prueba más inequívoca de que dentro del hombre hay algo más que materia, que hay en él una cosa sobrenatural, una cosa que se sustrae á nuestras investigaciones, que no pueden apreciar nuestros sentidos, y que por lo mismo debe pertenecer á otra esfera muy distinta de la humana? Esta emanacion, pues, ó este rayo que nos viene del Altísimo, es nuestra alma, M. Leynoff, y esta alma como nada tiene de comun con la materia, no es del dominio del médico, que no debe hablar, ni ocuparse jamas de ella, sino para enorgullecerse de poseerla. ¿Estais ahora satisfecho?

—Enteramente,—contestó M. Leynoff:—servíos continuar.

—Pasemos entónces,—dijo el Sr. Sattulo,—á otra clase de fenómenos.

Si lo dicho hasta ahora no bastase para probar que la electricidad existe dentro de nosotros, y que es la que inmediatamente nos anima, bastaria ver al organismo todo cuajado de fibras, que son sus mejores conductores, para que no nos quedase duda de este aserto. Hasta el cerebro mismo no es otra cosa que un conjunto de estos hacedillos admirables, si se exceptua la sustancia cortical, que está formada por vasillos de una tenuidad excesiva.

Aún más: estando los fluidos eléctrico y magnético existentes en los nervios, y difundidos por el organismo, es forzoso que se eliminen por la piel. Y se eliminan, señores, puesto que, unidos á los gases de que se compone el aire, y á los fluidos calórico y lumínico, contribuyen á formar la atmósfera que envuelve al hombre. Esta atmósfera no se ve, es verdad, porque está formada de cuerpos invisibles y ponderables unos, é invisibles é imponderables otros, pero se siente por sus efectos. Para que tengais una idea de ella, figuráosla como una luz remisa que se ensancha alrededor de la cabeza, que se estrecha en el cuello, que vuelve á ensancharse en el pecho, que disminuye en el vientre, y que disminuye más aún en las extremidades. Esta atmósfera que emana del hombre,

y que está compuesta de aire, del oxígeno, hidrógeno y sales que componen la exhalacion, y de los fluidos eléctrico, calórico y láminico, se extiende doce ó trece pasos por delante, se desvanecen progresivamente, y va á perderse de un modo casi insensible en la atmósfera de Saturno; de manera que todo lo que el hombre roba á ésta por medio de la respiracion y de la piel, se lo devuelve por medio de esta atmósfera, como devuelve á Saturno, por medio de sus deyecciones, las sustancias que de él habia tomado para la conservacion de su existencia.

Figuraos ahora que atraviesan esta atmósfera dos ráfagas luminosas que salen de las pupilas, susceptibles como ellas de aumento y disminucion, y que van á perderse á una distancia imposible de apreciar, porque es muy grande; figuraos otras dos que salen de los oidos, más gruesas que las anteriores, pero ménos poderosas que ellas, que van á perderse á una distancia tambien muy considerable; figuraos otras dos que salen de las narices, más gruesas que las precedentes, pero que no pasan sino muy poco de la atmósfera que atraviesan; figuraos otra que sale por la boca, más gruesa que las demas juntas, pero de ménos extension; figuraos todo esto, repito, y tendreis una idea, no sólo de las atmósferas que nos rodean, sino de lo que puede alcanzar su actividad.

Por lo dicho, y sin que me extienda en más explicaciones, comprendereis perfectamente que el influjo que los séres tienen unos sobre otros, lo mismo que sus antipatías, simpatías y afecciones, no penden de modificaciones puramente nerviosas como ántes equivocadamente se creia, sino de cuerpos que, aunque invisibles é imponderables, son, sin la más leve duda, materiales. Por ejemplo: hénos aquí ahora; ¿no parece que estamos separados? Pues no es así, toda vez que nos hallamos reunidos por medio de nuestras atmósferas, é influyendo unos sobre otros, segun el estado eléctrico de cada uno.

—¿Cómo el estado eléctrico?—preguntó M. Leynoff.

—Voy á explicarme,—contestó el Sr. Sattulo.

Todos los hombres se hallan, unos respecto de otros, electrizados positiva ó negativamente. Cuando el estado eléctrico es uno mismo, se rechazan: cuando es contrario, se atraen. Pondré un ejemplo para que me comprendais mejor.

Cuando dos jóvenes de diferente sexo se encuentran, sus atmósferas se ponen en contacto, y no sólo se mezclan é introducen en

sus respectivos cuerpos las ráfagas que de ellas se destacan, sino que se agrandan y vigorizan hasta dar lugar á fenómenos muy dignos de consideracion. En efecto, su sensibilidad se exalta á impulso de la mútua influencia que las atmósferas y las ráfagas ejercen unas sobre otras; su sangre se acelera, palpitan sus corazones, su respiracion se hace frecuente, brillan sus ojos, se colorean sus rostros, y se sienten atraídos por una fuerza irresistible. Sin embargo, la razon y la sociedad acallan estos impulsos hasta el punto de hacerlos imperceptibles.

—Ah, esto es muy curioso—dije yo, sin poderme contener.

—En general,—continuó el Sr. Sattulo,—el hombre más vigoroso está siempre electrizado en sentido positivo respecto del que lo es ménos; por eso, si en lugar de la jóven, continuó este, presentáseis al jóven un niño, ó un anciano, sucederia lo mismo; pero la atraccion seria ménos enérgica, pues, aunque respecto de ellos, se halla siempre el jóven electrizado en sentido positivo, las atmósferas y las ráfagas que el niño y el anciano le devuelven, no son tan poderosas como las que él les manda; así es que se agrandan algo, pero nunca tanto como habeis visto que sucedia con la jóven.

Pero si en lugar de una jóven, de un niño, ó de un anciano, le presentáseis otro jóven de la misma edad y de igual fuerza y poderío, electrizado en un mismo sentido, es decir, en sentido positivo, podrán la educacion, el talento, y los deberes que impone la sociedad, mantenerlos por algun tiempo en armonía; pero tan pronto como el más leve motivo ponga en accion su cólera, y esta aumente la extension y el vigor de sus ráfagas y de sus atmósferas, no sólo estos jóvenes se mirarian con tibieza, sino que llegarían á aborrecerse.

Y de estas atmósferas y de estas ráfagas, pende, señores, el que un hombre superior mande despóticamente á ejércitos poderosos, y que arrastre y conduzca al fin que se propone, á todo un auditorio por sábio y numeroso que este sea. Los grandes genios se hallan siempre electrizados en sentido positivo, respecto de los demás, que, á pesar suyo, tienen que admirarlos y seguirlos. ¿Y por qué? Porque dotados de un sistema nervioso muy activo, y rodeados de atmósferas poderosas, derraman sobre sus oyentes cantidades enormes de fluido electro-magnético, que los atraen y entusiasman hasta el punto de hacer de ellos todo lo que, con bueno ó mal fin, se hayan propuesto.

Hé ahí, pues, cómo, aunque poco conocidos estos cuerpos, nos explican con sencillez esas simpatías misteriosas que tanto nos sorprendieron algún día, y que tanto nos dieron en qué pensar; y hé ahí cómo á medida que los estudiamos, van desapareciendo esos que el vulgo llama encantos, sortilegios y fenómenos sobrenaturales, que no son en resumidas cuentas otra cosa que fuegos y modificaciones de estos fluidos admirables.

—¡Oh doctor!—dijo á esta sazón M. Leynoff;—aunque falta mucho por saber de esa materia sobrehumana (esta es la palabra, doctor), lo que acabais de referir es de tal precio, que abre un campo dilatado al genio del hombre por el cual, si se lanza con resolucion, llegará á ejecutar cosas, que, como ha dicho el señor Nottely, le harán parecerse á un Dios.

—Así es la verdad,—dijo el Sr. Sattulo;—y si cupiese en los límites de una conferencia decir todo lo que pienso respecto de estos fluidos, veriais que no sólo se puede explicar por ellos lo que pasa en la inteligencia, sino hasta el milagro de descorrer el velo á lo futuro.

No quiero concluir,—continuó el Sr. Sattulo,—sin deciros que, así como hay dos sangres y dos sistemas nerviosos en nuestra economía, hay tambien dos vidas.

—¡Dos vidas! ¿Cómo es eso?—preguntó M. Leynoff;—explicaos, amigo.

—Dos vidas, sí,—respondió éste.

—Y qué vidas son esas?

—La orgánica y la de relacion.

—Ah, sí, os comprendo;—proseguid, doctor.

—La orgánica,—continuó el Sr. Sattulo,—cuyas exigencias vienen de las vísceras, se parece mucho á la de los brutos, pues además de residir en ella el dominio del instinto, no admite, sino después de grandes luchas, la menor cortapisa á sus deseos. Cuando estos hablan, quiere satisfacerlos al momento, y lo haria á todas horas y en todas partes, si la otra no corrigiese y moderase sus impulsos. De ahí las luchas que tienen entre sí, siempre tenaces, siempre peligrosas, pues no puede vencer la una, sin que se resienta la otra.

Sí, señores; las exigencias de las vísceras son, á veces, tan imperiosas, que, no sólo desarreglan y aun dañan la inteligencia por los esfuerzos que esta hace para contrarrestarles, sino que la

vencen y anonadan hasta el punto de que despojando al hombre de su razón, acaban por convertirle en una bestia.

Otras veces no pasan así las cosas, sino que siendo ménos apremiantes las exigencias de las vísceras, son, sin embargo, más persistentes, en cuyo caso, los puntos del cerebro solicitados por ellas, llegan á fatigarse y á enfermar, constituyendo así esas variadas, delicadísimas y progresivas gradaciones de la melancolía, de la manía, de la monomanía y de la demencia. En una palabra, la preponderancia de las vísceras, ó, lo que es igual, sus exigencias que no pueden existir, sino á espensas de la integridad intelectual, convierte al hombre en un ser malo, intratable y feroz, mientras que la preponderancia de la inteligencia le hace amable, espiritual y afectuoso. Del equilibrio (casi nunca posible) de estas dos vidas, resulta la armonía perfecta de las facultades que posee el hombre, y este equilibrio lo disfrutan sólo los que ejercitan á la vez sus fuerzas físicas é intelectuales, si bien este equilibrio ; pasmaos! no produce los grandes génios.

—Qué decis?—preguntó sorprendido el Sr. Nomara.

—No, Príncipe,—repuso el Sr. Sattulo,—porque los grandes génios, lo mismo que los grandes criminales, necesitan para serlo y distinguirse de los demás, un cerebro bien conformado (advertid que digo conformado y no desarrollado, porque un cerebro voluminoso no constituye el génio, sino la armonía que entre sí tienen las partes que lo componen), y la preponderancia de una víscera, ó que esta padezca una enfermedad crónica.

—Me sorprendeis,—dijo M. Leynoff.

—Pero pensareis como yo—repuso el Sr. Sattulo—cuando sepa en qué me fundo.

—Pues decid, decid, amigo mio.

—La preponderancia de una víscera—continuó el Sr. Sattulo—supone un exceso de vitalidad en ella, y este exceso es forzoso que agrande la atmósfera que la rodea, y por consiguiente su esfera de actividad. Advertid que todos los órganos poseen una y otra. Y como estas atmósferas y estas esferas (simpatías y sinergias de los médicos) no pueden formarlas sino los fluidos incoercibles, es claro que, actuando poderosamente sobre el cerebro, lo excitarán, vigorizarán y sacarán de su estado natural, ya comunicándole parte de la vitalidad que había en la víscera, ó ya elevando á la suya á un grado de poder tal, que le hagan concebir esas produc-

ciones sublimes y brillantes que tanto embelesan á los hombres.

Y lo mismo que sucede con la preponderancia de una viscera, sucede con una enfermedad crónica que, manteniendo un punto constante de fluxion, y por consiguiente de vitalidad en ella, produce los efectos que acabo de referir. ¡Oh, si yo pudiera deciros todo cuanto en esta materia se me ocurre! Entonces ni admiraríais los grandes génios, ni execraríais, sino que compadecaríais ciertos célebres criminales. Basta por hoy, señores.

Impresion grande nos causó esta conferencia: Nolatto, sobre todo, no acababa de salir de su abstraccion, ni quizá hubiera salido en mucho tiempo si el ruido que hicimos con los asientos, al levantarnos, no le hubiera sacado de ella.

—No, no os vayais aún,—dijo levantando la cabeza,—pues si bien admiro y conozco todo el mérito de lo que acaba de decir Sattulo, se me ocurren algunas dudas que quisiera me resolviese.

—Exponedlas,—dijo el Sr. Sattulo,—y procuraré complaceros.

Al oír esto volvimos á sentarnos todos.

—Vos lo habeis dicho, querido Sattulo,—dijo el Sr. Nolatto;—sin los órganos no puede haber vida, así como sin ésta no pueden existir aquellos.

—Cierto que lo he dicho y lo repito,—contestó el Sr. Sattulo.

—Y entonces,—repuso el Sr. Nolatto,—si la vida y los órganos no pueden separarse; si sólo unidos y formando un sér es como pueden percibirse, ¿qué fuerza, qué valor ó qué grado de certeza han de tener vuestras doctrinas respecto de la materia ponderable é imponderable, toda vez que si una y otra son materias, incurris en el mismo error que echais en cara á los que no ven en el hombre más que órganos? Cual es entonces para vos la vida? ¿Dónde está? Qué quereis hacer de ella? Y aun cuando la coloquéis en la materia imponderable, como casi lo habeis hecho presumir, ¿quién os ha dicho que el análisis de esas fuerzas, y de su modo de obrar sean posibles, tratándose de una gran síntesis como es el hombre? Le matais? Adios vida, adios fluidos incoercibles, que desaparecerán como el relámpago sin dejar en pos de sí la más pequeña huella. Cómo entonces estudiáis la vida? Cómo estudiáis los fluidos? Y si absolutamente es imposible, como no podeis menos de conceder, ¿qué valor tendrán, repito, vuestras teorías, que, aunque seductoras siempre, no pueden ser más que utopías, puesto que carecen de fundamento? Desengañaos, amigo: todo estudio del hombre que

no se haga sobre el hombre mismo con vida, y tal como Dios nos le ofrece á nuestra vista, será siempre erróneo, será un sistema, y como tal, incapaz de llenar los vacíos de la ciencia y las variadas modificaciones de que el organismo es susceptible. Perdonadme si os hablo con esta franqueza, puesto que así lo exige la importancia del asunto.

—Y esa franqueza, Nolatto amigo, me encanta, puesto que me pone en el caso de afirmarme más y más en mis doctrinas, que vos pretendéis desvirtuar. Vuestra objecion es justa, poderosa, y sobre todo fundada; pero en parte, en parte sólo, lo entendéis?

—Cómo en parte?

—Voy á explicarme.

Convengo en que el hombre sólo debe considerarse como tal, cuando goza del lleno de su existencia, y que exento de esta, no queden más que sus órganos; convengo en que cuando se estudian estos, no podemos estudiar la vida, ó lo que es igual, los fluidos incoercibles, porque ya no existen, y porque no dejan en pos de sí huella ninguna; y convengo, en fin, en que el hombre es una gran síntesis. Ahora os pregunto: ¿el estudio de una síntesis es el mismo que el que requieren los elementos que la constituyen? No, porque la síntesis puede estar compuesta de multitud de partes, y ser estas heterogéneas. Cuando estudiamos una síntesis, haciendo abstraccion enteramente del análisis, ¿será este estudio lo bastante para comprender aquella síntesis, y cuanto con ella tiene referencia? Imposible, porque nunca me negareis una cosa.

—Qué cosa?

—Que de esta síntesis sólo examinaremos el conjunto, es decir, su parte externa; pero jamas podremos apreciar la parte interna. ¿Y cuál os parece que ofrece más ventajas, examinar y estudiar ese exterior desentendiéndonos del interior, ó estudiar éste y después aquel, ó los dos á un mismo tiempo?

—Es que con el estudio interior,—repuso el Sr. Nolatto,—nada podreis adelantar porque os falta la vida, los fluidos incoercibles si quereis.

—Verdad es que me falta la vida,—dijo el Sr. Sattulo,—con una sonrisa imposible de describir, pero que penetró hasta lo íntimo del Sr. Nolatto; me faltan los fluidos incoercibles, no lo niego; pero si me falta esto, me queda su residencia, me queda franca y patente su habitacion que puedo registrar y examinar á mi placer

como lo hago con el cadáver; me quedan los sitios que recorrian, me quedan sus conductores, y me quedan, en una palabra, los muebles (visceras) de su uso que estudio, como he dicho, á mi placer. Y después de haber hecho este estudio con la atención que requiere su importancia, ayudado siempre del cálculo y de la física, ¿os parece tan difícil presentir como ya habeis visto que lo hice, cuál puede ser la naturaleza de los agentes que deben animar aquella estancia, cuál su modo de obrar, mientras la habitan, y cuál el fin que se propone Dios al disponer las cosas de aquel modo? No habré acertado, es muy posible, ni tengo la fatuidad de presumirlo; pero después de este estudio, es decir, del de las partes, ¿no puedo hacer el del conjunto, ó lo que es igual, de la gran síntesis? Y este estudio, precedido del anterior, ¿no será más perfecto, más seguro, é infinitamente más útil, que si hubiese estudiado únicamente vuestra síntesis? Querido Nolatto, persuadios de una cosa.

—Qué cosa?

—Que la verdad es siempre una; pero que el modo de examinarla, cuando es de aquellas que no pueden apreciar nuestros sentidos, difiere tanto, como difieren los génios, la instruccion y capacidad de los mismos que la examinaron. Quereis oir otra?

—Decidla.

—Que el juez competente en ese exámen es la razon, y que la razon no sufre más yugo que el que quiere imponerse ella á sí misma. Sé que me entendeis, y basta. Verdad?

—Cierto,—respondió Nolatto;—y os confieso que vuestras reflexiones nos han llamado sobremanera la atención y que meditaré detenidamente sobre ellas. Por lo demas, creedme, os he escuchado con gran placer y creciente curiosidad.

Inclinóse el Sr. Sattulo, nos dió la mano y nos retiramos muy complacidos de él.

(Se continuará.)

TIRSO AGUIMANA DE VEGA.

UNA TEMPORADA EN EL MAS BELLO DE LOS PLANETAS.

CAPITULO XXVIII.

SEGUNDO PASEO POR LA CIUDAD.

Cuando llegamos á casa, nos esperaban para comer: era ya muy tarde.

— En dónde habeis estado, Mendoza? — me dijo el Sr. Silaydi.

— En el hospital, querido, oyendo una conversacion muy agradable.

— Sobre qué?

— Sobre el hombre, es decir, sobre el modo como le consideran los médicos de Saturno.

— Y os ha gustado?

— En extremo.

— Entonces habeis oido á Sattulo.

— Calla, le conoceis?

— Y quien no conoce á Sattulo? Sattulo, querido Mendoza, es un hombre de mérito, á quien se oye siempre con gusto: ya no me admira la tardanza de papá.

— Pues vamos, no hagamos esperar á las señoras.

Estábamos reunidos, y sólo nos faltaba Nostrendy.

— Que le avisen, — dijo el Sr. Nomara.

Salió al instante un ayuda de cámara, que no tardó en volver,

diciendo que estaba el Sr. Nostrendy acabando sus preparativos de marcha, y que pronto bajaría.

— Está solo? — dijo el príncipe.

— Con el Sr. Nomatty.

— Entonces debemos esperarlos, — dijo la princesa.

— Señora, — dijo el ayuda de cámara, — me encargó el señor Nostrendy rogase á V. A. que principiases á comer, pues él y el Sr. Nomatty sólo tomarían un bocadó.

— Pues comamos, — dijo el Sr. Nomara.

Noté que Aneyda y su hermano apenas tocaban los manjares, y que parecían como disgustados: pensé que algo acaso había pasado entre ellos y Nostrendy.

Este apareció, por fin, visiblemente alterado. El Sr. Nomatty, por el contrario, me pareció más satisfecho que nunca, cosa que me sorprendió en extremo. ¡Cuánto no hubiera dado por saber lo que había pasado entre los dos!

— Hicisteis vuestros preparativos, Nostrendy? — preguntó el príncipe.

— Sí, tío.

— Pues comed algo.

Y volviéndose á su amigo, añadió.

— Sentaos, Sr. Nomatty.

Sentados todos, dijo con aire resuelto la princesa.

— Cuidado, Nostrendy, con que no os detengáis mucho, y que traigáis á vuestra hermana para que presencie vuestro enlace con Aneida, que se efectuará tan pronto como volvais.

— Bien, señora, así lo haré.

— Y que venga, — continuó la princesa, — en el supuesto que ha de pasar con nosotros algún tiempo. Lo oís?

— Si señora, y os repito que así lo haré.

— Lo que importa, Nostrendy, — dijo el Sr. Nomara, — es que recabeis de vuestro tío que retire las tropas de la Ciliana: haced cuanto podais por conseguirlo.

— Lo haré, señor, — contestó Nostrendy, — pero temo mucho que no pueda complacerlos, porque conozco al rey, y sé que la toma de Talussa es su idea favorita.

— Entonces, — repuso el príncipe, — esforzaos para que acceda á la conferencia.

— Eso es más fácil, y me prometo conseguirlo.

—A qué hora pensais salir?

—Después de media noche.

—Pues recogeos pronto, y dormid algo.

—Ya pienso en eso, —contestó Nostrendy.

A los postres, y ántes que de costumbre, Aneyda, que se sentia algo indispuesta, se retiró con su madre. El Sr. Nomara y M. Leynoff se levantaron poco después para dar su paseo acostumbrado. Silaydi, Nostrendy, Nomatty y yo nos quedamos en la mesa tomando café.

—Con que, ¿cosa convenida, eh?—dijo Silaydi, así que quedamos solos.

—Sí, —contestó Nostrendy, — si no lo impide algun suceso inesperado.

—Y qué suceso ha de impedirlo, Nostrendy?

—Qué sé yo? Pero si nada acontece, de seguro vendrá Silody.

—En ese caso, ningun obstáculo hallarás por parte de mi hermana.

—Lo crees así?—dijo Nostrendy, mirándole con fijeza.

—Lo juro, —contestó Silaydi.

Nostrendy se inmutó visiblemente. Cada seguridad que le daba su primo era para él una puñalada, pues veia cuanto se oponia á su dicha el compromiso contraido con Nomatty. ¿Cómo éste, que conocia su amor y la impetuosidad de su carácter, no se apresuraba á librarle de él? Porque era tan malvado, como religioso Nostrendy en cumplir su juramento. Además, tenía sus planes, que conocerá el lector más adelante.

¿Pero como Nostrendy, si pensaba dar gusto á Nomatty, ofrecia traer á Silody consigo? Esto me daba mucho en qué pensar. El Sr. Nostrendy dijo:

—En hora buena.

—Tú cumple por tu parte, —dijo Silaydi, — que de la mia yo respondo. Ahora te ruego que entregues esa carta á Silody: va abierta, y en ella le participo tu consentimiento y mi deseo de que venga pronto á Romalia.

—Se la entregaré,—contestó Nostrendy, metiéndola en su cartera.

¿Porque el Sr. Nomatty estaba tranquilo, á pesar de la seguridad con que hablaba Silaydi? Los sucesos lo dirán.

—Y ahora que vás á hacer? —preguntó Silaydi al Sr. Nostrendy.

—Algunas despedidas, y á acostarme.

—Pero nos veremos ántes de marchar, nó?

—Se supone, — contestó Nostrendy.

En seguida se marcharon él y el Sr. Nomatty. Solos ya, me dijo el Sr. Salaydi, que como procedia de buena fé estaba alegre con las promesas de su primo.

—Ahora, Mendoza, os prendo.

—Me prendeis! y con qué objeto?

—Con el de que me dediqueis todo el dia de mañana.

—Hola, y qué hemos de hacer?

—Muchas cosas: primero, algunas visitas; luego os enseñaré las escuelas, ó cualquier establecimiento público; por la tarde recorreremos los cafés, después pasearemos, y luego iremos al teatro.

—Soberbio, amigo! precisamente era eso lo que deseaba, sin que hasta ahora hubiese podido conseguirlo.

—Y con quién? con papá? Nunca va al teatro, y se halla muy á gusto con M. Leynoff, que tampoco me parece muy aficionado á estas diversiones. ¿Con Nottely, á quien os veo tan íntimamente unido? Me parece demasiado formal ese jóven para que quiera llevaros á esos sitios. Os faltaba yo, Mendoza, que hago á todo, y héme aquí.

—Cabal, amigo; y ahora podré gozar con vuestro padre, M. Leynoff y Nottely de las cosas serias de Romalia, y con vos, de sus encantos. Qué diantre! Aún soy demasiado jóven para que no me guste divertirme.

—Yo lo creo, y otro tanto hicieron ellos cuando eran de nuestra edad. Con que cosa convenida, eh?

—Sí.

—Iremos á pié para pararnos en cualquier sitio, y así gozaremos más.

—Corriente. Y si acaso se nos reúne Nottely, os disgustará?

—A mí? Todo al contrario, me agradaría en extremo; quien se disgustaria sería él.

—Es un brillante jóven, verdad?

Esto lo dije con el objeto de sondear sus disposiciones respecto de una persona que me interesaba tanto, y ver qué partido podría sacar de él en los acontecimientos que preveía iban á sobrevenir.

—Yo lo creo, Mendoza; y aunque no le debiera la vida (porque

se la debo, amigo, sin el menor género de duda), diría lo mismo. Diantre! Todo lo reúne, buena figura, talento, instruccion y un valor á toda prueba. Oh! es un verdadero fenómeno ese jóven. ¿Cuál será la beldad que logre algun día cautivarle? Envidiable sería la tal niña.

Mi corazon latia de gozo al oir estas palabras, y tentado estuve á decirle algo; pero recordando el amor que tenía á Silody, y la esperanza que fundaba en el que Nostrendy tenía á su hermana para conseguirla, me parecian demasiado prematuras estas explicaciones, y creí prudente esperar á que los acontecimientos me proporcionasen una coyuntura más feliz; así es, que me contenté con responderle.

— Con efecto, querido; mucho debiera envanecerse una mujer con tal conquista, porque Nottely, como vos decis, no tiene igual.

— Papá le quiere sobremanera, y aún me parece que Aneyda le estima mucho. Sólo en mamá he notado cierta frialdad.... un no sé qué.... En fin, yo le preguntaré el motivo.

Temblé al oir esto; pero como cualquiera palabra que se me escapase, pudiera hacerle caer en la verdad, me contenté con decir:

— Sería alguna aprension vuestra.

— Puede ser, puede ser, pero nó: Diantre! — dijo de pronto, y como si acabase de asaltarle alguna idea; — después de un servicio como el que me hizo, esa frialdad es muy notable. Ya veré, ya veré...

Y luego volviéndose á mí, añadió:

— Os dejo, Mendoza.

Y estrechándome la mano, se marchó.

A la mañana siguiente, salimos muy temprano de casa.

Siempre me sorprendia el no hallar en las calles ninguna de esas caras patibularias que recorren las ciudades de la Tierra. En Saturno, ó á lo ménos en Romalia, no veia más que semblantes francos, y de una inteligencia muy superior á la que suele tener el pueblo. Jamás percibí que se burlasen de mi talla, que debia sorprenderles en extremo. Tampoco manifestaban esa curiosidad nécia que lastima á las personas delicadas, y excepto la primera vez que nos veian, no hacian más alto en nosotros que en cualquiera. Eran afectuosos y amables con M. Leynoff y conmigo, y lo eran unos con otros hasta el punto de no haber presenciado una sola riña mientras estuvimos en Romalia: se les veia entregados al trabajo,

sin que en las calles se observase ese barullo, ni ese ruido atronador que en la Tierra producen los vagos, las mujeres del pueblo, los coches y las campanas. Era una delicia caminar por aquellas calles, en que además de su extremada limpieza, nada nos molestaba, pues los carruajes y los caballos, que tantos sustos causan á los distraídos de la Tierra, tenían un sitio destinado para ellos.

Tan absorto iba en estas contemplaciones, que lo notó Silaydi.

—En qué pensais, Mendoza?—me dijo.

—En el juicio y cultura de estos habitantes.

—Qué! no son así los de la Tierra?

—Particularmente si; pero en lo general.... Decidme, Silaydi, hay en Romalia tabernas?

—Ante todo, querido, es preciso que me digais lo que son tabernas.

—Ah! sí, no me acordaba que no las conocereis por este nombre.

Entonces le di una idea de estos establecimientos.

—Precisamente como esos nó; pero hay sitios donde se reunen los artesanos los dias de fiesta, y en las horas de descanso, que son desde que se pone el sol hasta que se retiran á sus casas. Estos edificios son grandes y cómodos, y en ellos hay cuanto puede satisfacer los deseos de esta gente, como comida, bebida, ó juegos puramente de recreo.

—Y no se embriagan, quiero decir, ¿no se exceden en el vino y en el juego?

—Jamás,—dijo, mirándome con extrañeza, el señor Silaydi.

—Diantre! Tan juicioso son los habitantes de Romalia?

—Es que si no lo son, querido, se lo hacen ser.

—Cómo así? Explicadme eso.

—Porque no hay en Romalia un solo establecimiento público, que esté fuera de la influencia del gobierno. En cada uno de ellos tiene un agente, que responde del orden con su sueldo, con su destino, á otro cualquier castigo arreglado á la gravedad de la falta; así es, que en las tabernas, como vos las llamais, ó en los cafés de nuestros trabajadores, como los llamamos nosotros, no puede excederse ninguno de los concurrentes, porque ántes que lo haga, se le contiene ó le arrojan á la calle. Esto en cuanto á la primera falta, que si reincide, se le castiga, y si comete la tercera, se le prohíbe para siempre la entrada en el establecimiento.

¡No faltaba más, sino que se les dejasen cometer los delitos para castigarlos después! No, amigo, lo que importa es prevenirlos, y esto lo hace el gobierno con un cuidado y una solicitud que le honran en extremo. Os aseguro, Mendoza, que después que se estableció esta vigilancia, no sólo el pueblo está mucho más morigerado, sino que apenas se vé un delito en Romalia. Con que ya veis, querido, que de este modo no son posibles los excesos.

—Cierto, cierto, —le respondí; —pero mucha prudencia necesita el tal agente para que no abuse de sus facultades.

—En otro tiempo así sucedía, Mendoza; pero ahora que el gobierno rebosa en juicio y circunspeccion, ahora que los ministros no son como ántes, es decir, unos hombres osados é ignorantes, sino hombres probos y llenos de sabiduría (porque no sabeis el cuidado con que se buscan en Romalia los ministros), ahora, repito, que estos ministros no tienen mas objeto que el bien y la felicidad de la nacion, ahora no sucede lo que otras veces, pues su mayor empeño lo ponen en elegir hombres dignísimos de los empleos que desempeñan. Y esto tanto con los más importantes, como con aquellos que significan poco.

—Y lo consiguen?

—Os aseguro que sí, Mendoza.

—Y no me direis cómo obtienen ese resultado, cuyas ventajas conozco?

—Ya lo creo, y por lo mismo que el gobierno lo conoce también, pone tanto cuidado en la eleccion.

—Y cómo? quereis decírmelo?

—Primero, no admite ninguna recomendacion, porque si la recomendacion es admitida, dais al que recomienda y no al recomendado, la gracia que solicita: puede haber un desatino mayor? Segundo, los busca entre la gente cuya vida pública y privada está exenta de toda mancha; tercero, los examina con extremado rigor acerca de los conocimientos que exige el empleo que se le confiere; cuarto, los paga bien, y quinto, jamás los quita sin motivo grave.

—Bien, amigo, me parece eso perfectamenta.

Aquí íbamos de la conversacion, cuando me dijo Silaydi:

—Estamos á la puerta del Sr. Ottroc: queréis que subamos?

—Con mucho gusto.

No estaba en ella, pero nos recibió su esposa, muger muy amable y de gran atractivo.

Pasamos después á ver á los señores Notty y Soletty, que tampoco encontramos, mas sí á sus familias, con quienes estuvimos hablando largo rato.

Por último nos dirigimos á la habitacion del Sr. Esttola, el cual, después de estar algun tiempo con nosotros, se marchó á palacio dejándonos en compañía de su esposa é hija.

Hablábamos de cosas indiferentes, cuando entró Soletty. Después de saludar á las señoras, y cambiar con nosotros un apretón de manos, dijo:

—No esperaba hallaros aquí.

—Pues ya lo veis, querido.

—Qué pensais hacer esta tarde?

—Recorrer la ciudad á pié, y entrar en algunos establecimientos.

—Vais al teatro?

—Es probable,—contestó Silaydi; y si quieres acompañarnos al paseo, irémos juntos.

—Corriente.

—Qué pieza se ejecuta hoy?—preguntó la señora Notissa.

—La *Corattila*,—respondió Sottely.

—Es nueva?

—Para vos, por lo que veo, sí; pero no para mí, que ya la he visto en *Nattricia*.

—Y cual es su argumento?

Mientras Soletty, Nottisa y Silaydi, se ocupaban de la comedia, me dijo Nassala en voz baja:

—Tenia que hablaros, caballero Mendoza.

—A mí, señorita?

—Sí.

—Y de qué?

—De Aneyda.

—De Aneyda! pues qué hay?

—Acaba de salir de aquí la princesa, y ha tenido con mamá una conversacion acalorada acerca de su hija.

—Y sobre qué? podeis decírmelo?

—Está enojada contra ella por su frialdad respecto de Nostrendy, y decidida á casarla con éste tan pronto como vuelva de *Castilia*.

—Diantre!

—Lo peor es que mamá la apoya en todo, porque quiere mucho á Nostrendy.

—Eso más? pobre Aneyda!

—Yo quise defenderla, pero me riñeron y me mandaron callar.

—Mucho se van complicando las cosas, señorita, y si el príncipe no toma parte en este asunto, temo más que nunca á la princesa.

—Escuchadme. No me cabe la menor duda de que estais al corriente de las cosas de Nottely, y yo leo en el corazon de Aneyda. Los dos se aman, pero no se atreven á decírselo. Y francamente, Mendoza, Dios los ha hecho el uno para el otro, porque es imposible hallar dos jóvenes de tanto mérito, y que posean cualidades más brillantes. Vos os interesais por Nottely; yo por Aneyda: favorezcámoslos.

—No deseo otra cosa. Algo he hecho ya, pero para hacer más, necesitaba poseer la confianza de Aneyda.

—De eso me encargo yo. En qué sentido está Silaydi? lo sabéis?

—He ahí el mal: Silaydi no sospecha nada del amor de su hermana, y ménos que Nottely la ame á ella; pero Silaydi tiene interés en que Aneyda se case con Nostrendy.

—Cómo así?—dijo Nassala sorprendida.

—Porque Silaydi está enamorado de Silody, y á mi vista ha ofrecido á Nostrendy, que si le daba á su hermana, él haría que Aneyda fuese suya.

—Oh, oh, eso es más sério, amigo, y en verdad que me hace temblar. ¿Cuando yo creía que Silaydi fuese de los nuestros por el servicio que le hizo el embajador, salimos ahora con ese compromiso que, ni remotamente, sospechaba? Ahora sí que digo yo: ¡pobre Aneyda!

—Sin embargo no desmayemos; mañana iré á su casa, y haré cuanto pueda porque se confíe á vos, á quien sé profesa la más alta estimacion. Son ya demasiados los obstáculos que se ofrecen á esos jóvenes para que no les prestemos nuestro apoyo.

—Yo ya estaba dispuesto á hacerlo; pero ahora que me veo secundado por tan amable compañera, léjos de mirar esto como un trabajo, lo miraré como un placer.

—Eso lo decís porque sois amable.

—Bien sabeis, señorita, cuán grande es mi deferencia hacia vos, y cuán acreedora sois á mi reconocimiento. Esto no podeis dudarle, Nassala.

—Ni vos que os he distinguido siempre, desde la primera vez que os he visto.

—Por lo que os estaré eternamente agradecido.

—No os olvideis de prevenir á Aneyda.

—En cuanto á eso, descuidad.

—Muy bien, señora,—dijo á esta sazón el Sr. Soletty,—puesto que vais al teatro, ya me direis lo que os ha parecido de esa pieza.

—Venís, Mendoza?—me dijo el Sr. Silaydi.

—Cuando gustéis.

En la calle ya, me dijo Silaydi:

—Qué quereis ver, Mendoza?

—El establecimiento más cercano.

—Pues entremos en esta escuela.

—Entremos.

CAPITULO XXIX.

CUTROSY.

El edificio era, como todos los de Saturno, inmejorable. Alzábase airoso y esbelto de en medio de los jardines que por todas partes le rodeaban, y que, á su vez, estaban cercados por verjas de hierro, al traves de las cuales se escapaban las flores á millares.

Cuando llegamos, los niños habían salido ya; pero apenas supo el maestro que nosotros estábamos allí, se apresuró á presentarse.

Acostumbrado yo á ver las figuras vulgares, y, á veces, ridículas de los maestros de la Tierra, aquel hombre con su porte y maneras intachables, y que se harían notar en la reunión más distinguida, no pude ménos de sorprenderme grandemente.

—Me parece, querido Cutrosy,—dijo el Sr. Silaydi,—que venimos en mala ocasión: habeis depachado ya los discípulos, y este tiempo que os quedaba libre, tendreis que destinarlo á....

—Á nada que sea importante: servios entrar.

Dentro ya, nos enseñó el establecimiento. En todas las clases ob-

servé orden, aseo y comodidad. Nada faltaba tampoco en ellas de lo necesario para la comprension y práctica de lo que allí se enseñaba. En una, en la de geografía, vi un mapa notabilísimo que llamó sobremanera mi atencion. En él recorri, con ávida mirada, las partes en que Saturno estaba dividido, las naciones que componian cada parte, y las capitales que les pertenecian. Y en este rápido viaje de la imaginacion, me ayudaba el Sr. Cutrosy indicándome las costumbres de cada país, nombrándome las producciones de cada pueblo, y refiriéndome, á grandes rasgos, la historia y vicisitudes de aquel mundo.

Nosotros nos encontrábamos en la parte más civilizada, que se llamaba Tolenayda. De ella, la nacion más culta, era la Nostracia, y después la Gran Roquelia. La Catilia y la Natricia eran otras dos potencias, que, con las anteriores, componian aquella parte de Saturno.

Por las explicaciones de Cutrosy, y el exámen del establecimiento, comprendí que en la Gran Roquelia, la primera enseñanza era objeto especial de los cuidados del Gobierno, y que se le concedia trascendental y bien entendida importancia.

—Decidme,—pregunté al profesor,—¿hace mucho tiempo que las escuelas están montadas de este modo?

—No mucho; tan sólo de doscientos años á esta parte: oid la causa. Un hombre de génio é instruccion, el inmortal Cottilo, hablando cierto dia con uno de los antepasados del monarca acerca de la corrupcion escandalosa de la época, le dijo:

—Quereis, señor, extirpar en gran parte, ó acaso del todo, los males que abruman á la nacion?

—Ya lo creo; pero es eso posible?

—V. M. puede, si gusta, regenerar la Gran Roquelia.

—Y cómo?

—Por medio de las escuelas.

Sonrióse el rey con aire de duda.

Pero Cottilo habló, y el monarca cambió de idea.

—Vaya,—dijo;—no creí que tu remedio fuese tan eficaz, ni que la instruccion primaria tuviese tanta trascendencia. La cosa es grave, y merece la pena de que nos fijemos en ella.

—¡Gran señor! No lo sabe bien V. M. La primera enseñanza, y no temo afirmarlo por mi honor, es la base más firme de la cultura y prosperidad de una nacion, y por consiguiente, de la felicidad

y bienestar de las familias. Procurad que los hombres sean buenos, y la sociedad será mejor. ¿Y cómo se hacen estos hombres? En las escuelas, señor, no lo dude V. M.; pues aunque á ello contribuyen tambien los demas establecimientos literarios, en las escuelas es donde se reciben las primeras impresiones, que, grabadas en almas tiernas y exentas de toda mancha, adquieren un grado de firmeza y poder tales, que léjos de borrarse con el tiempo, acompañan al hombre hasta el sepulcro.

—Sí, sí, Cottilo,—dijo el rey;—me hace fuerza lo que dices. Es preciso reunir mañana el Consejo, y que le expongas todas esas razones: si, como lo creo, las aprueba, quiero que al instante hagas un reglamento para las escuelas, y que tú mismo seas uno de los maestros.

—Yo!—dijo sonriendo el Sr. Cottilo;—no puede ser, señor.

—No puede ser! y por qué?

—Porque no soy digno de tanto honor.

—No eres digno de tanto honor!—dijo sorprendido el soberano.—Cómo! ¿tú que me das el consejo y conoces su importancia, tú, Cottilo, no eres digno de ser maestro? Estás loco por fuerza.

—Y sabe V. M.—dijo, sonriendo, el Sr. Cottilo,—¿cómo debe de ser un maestro de primera enseñanza, tal cual yo lo concibo?

—Un hombre sabio y bueno, y tú eres uno y otro.

—Ah, señor, si bastase ser bueno y sabio para maestro, muchos encontraria V. M. que pudiesen desempeñar estos destinos. Para ser maestro, señor, es preciso tener una virtud sin tacha, ser fino, amable y grave á la vez, poseer una instruccion muy vasta, principalmente en medicina, un conocimiento profundo del corazon humano, y sobre todo, un tacto exquisito para dirigir los niños, premiar la aplicacion y la virtud, y castigar el vicio. ¡Un maestro, señor! un maestro, para ser bueno, no debiera ser un hombre.

—Pues qué debiera ser entónces?

—Casi un Dios.

—Y dónde encuentras tú esos semidioses?

—Búsquelos V. M.

—Pero en dónde? en el cielo?

—Aunque pocos, tambien los hay en Saturno; lo que importa es saber hallarlos.

—Pero cómo? de qué modo? Indicame tú algo.

—Escójalos V. M. entre los hombres más virtuosos, y que más

brillen en las ciencias; dóteles de un modo régio; eleve su categoría al nivel de las más altas de la Gran Roquelia, pues ocupando tan distinguido rango, poseerán todas las cualidades á él anexas, y conocerán de lleno la responsabilidad que este mismo rango y la sociedad les imponen en el desempeño de sus destinos. ¿No va á depositarse en ellos la dicha y bienestar de las familias, y por consiguiente la cultura y prosperidad de la nacion? Pues que esta los dote con esplendor.

Hé aquí, caballero, la conversacion que pasó entre el rey y el señor Cottilo. La propuesta se hizo al dia siguiente en el Consejo, y no sólo fué aprobada por unanimidad, sino con entusiasmo. ¡Tan grande fué la conviccion que el Sr. Cottilo llevó al corazon de los vocales! Este hizo, en seguida, el reglamento que rige actualmente las escuelas, y tuvo que ser maestro porque S. M. se empeñó en ello. Desde entónces, Sr. Mendoza, principió la prosperidad de esta nacion.

—Me dejais pasmado,—le contesté,—y me habeis hecho comprender toda la importancia que para la sociedad tiene la enseñanza de los niños.

—Pues por mucha que le deis, señor, nunca será, creedme, la que ella tiene en realidad. Ahora voy á deciros el motivo de que los niños lleven un mismo traje.

—Ah, sí, lo habia olvidado. Os escucho.

—Primero, un traje igual,—continuó el Sr. Cutrosy,—hace conocer á los que lo llevan que iguales han de ser los deberes que tengan que cumplir; segundo, dice muda, pero elocuentemente al maestro, que la enseñanza debe ser tambien igual, es decir, que debe dispensarla con el mismo amor á los pobres que á los ricos; tercero, acostumbrados los niños á esa igualdad, se cobran más cariños, habiéndose observado que por este medio iba desapareciendo, poco á poco, esa profunda ojeriza que habia entre los pobres y los ricos, ojeriza que daba lugar á ataques perpétuos y á perpétuas y á veces sangrientas represalias; y cuarto, en fin, que con este afecto, que suele durar toda la vida, las clases altas protegen y se interesan por las bajas.

Debo advertiros tambien, que los maestros tienen un poder absoluto sobre los niños, del cual no abusan jamas, porque son muy ilustrados, y los aman demasiado; pero este poder es la base de toda buena educacion, pues poco importaria (fijaos en esto) que los

maestros se esmerasen y sacrificasen por los niños, si éstos, apoyados en el indiscreto cariño de sus padres, como hemos visto sucedía ántes, se empeñasen en no estudiar. Aquí el que no se aplica segun su capacidad, que el maestro tiene cuidado de apreciar, es castigado con relacion al grado y á la gravedad de la falta, y ya se guardarían los padres de decir nada al maestro, porque el gobierno los reprendería y aun los castigaria, si tratasen de reconvenirle. Hé aquí por qué los niños aman y respetan tanto á los maestros.

—Oh, amigo! Desde luego admiro y apruebo cuanto acabais de referir, porque conozco demasiado su importancia.

—Y no están montadas lo mismo vuestras escuelas en la Tierra?

El puñal estaba al pecho y no sabia qué responder, cuando afortunadamente dijo el Sr. Silaydi:

—Amigos, la conversacion es buena; pero os olvidais que es ya muy tarde; otro dia la continuareis. ¿Quereis acompañarnos á comer, Cutrosy?

—No, gracias; ya sabeis que á los que tenemos hijos nos gusta comer en familia: además, se abre la clase á las tres y no puedo faltar á ella.

Y volviéndose á mí, añadió:

—Caballero, he tenido un placer en conoceros, y celebraria que no fuese esta la última vez que nos viésemos.

—Así lo espero,—le contesté,—y estoy muy agradecido á vuestra amabilidad: disponed de mí como gustéis.

Cuando estuvimos en la calle, me dijo el Sr. Silaydi:

—Os gusta Cutrosy?

—Mucho.

—Es un hombre de mérito, y probablemente le vereis en la reunion de mañana.

—Pensais ir?

—Verémos. No me gusta, Mendoza, hallarme donde está papá, no por mí sino por él, pues temo coartar su libertad. Un padre, y un padre tan angelical como el mio, mira mucho lo que dice cuando tiene delante á su hijo.

Cuando llegamos á casa, se dirigió Silaydi al cuarto de su madre y yo al mio. Al atravesar por delante del cuarto de Aneyda, volví á ver al Sr. Nomatty en conversacion con la doncella, y, como la primera vez, se ocultaron de mí tan pronto como me vieron.

—Nó, esto no se hace sin objeto,—dije para conmigo:—qué tramará este hombre?

Iba á entrar en mi cuarto, cuando tropecé con el Sr. Sulfendy: su semblante triste me chocó.

—Qué teneis, amigo? Parece que no estais contento?

—Y no os equivocais, Sr. Mendoza.

—Os sentis mal?—le dije con interes.

—Al contrario, me siento perfectamente: es por la señorita.

—Por Aneyda!—Pues qué hay?

—Sé, señor, cuanto os aprecian SS. AA., y asi no temo deciros lo que pasa.

—Oh, hablad, hablad, querido Sulfendy, sin temor alguno, y seguro de mi discrecion.

—Ayer, señor, hubo una escena fatal.

—En dónde?

—En el cuarto de la princesa.

—Y con qué motivo?

—Con el de despedirse el Sr. Nostrendy.

—Ah, sí; y que hubo? Decid.

—Preguntó éste á la señorita, si estaba dispuesta á casarse con él, cuando volviese, y si podria irse con esta satisfaccion.

—Eso no se pregunta,—dijo al punto la princesa,—á una niña como Aneyda, que conoce sus deberes, y sabe que sólo dando gusto á sus padres puede ser feliz.

—No ignoro, señora,—repuso el Sr. Nostrendy,—cuánta es vuestra bondad para conmigo; pero tampoco debeis extrañar que ambicione un poco la de Aneyda.

—Y como Aneyda no tiene más voluntad que la mia, y yo respondo de ella, me parece que debeis estar satisfecho. ¿No basta que yo diga que se casará?

—Oh, sí señora, y mucho que basta, si Aneyda no tiene nada que oponer.

—Pero mamá,—dijo con voz suplicante la pobre niña,—¿no te parece que soy aún demasiado jóven? ¿No podrias retardar un poco este matrimonio? Soy tan feliz junto á tí, y al lado de mi papá!

Al oir estas palabras, el Sr. Nostrendy perdió el color, afectándose de tal modo, que tuvo que sentarse para no caerse. La princesa lo notó, y dijo, temblando de despecho:

—Señorita, abusais de mi paciencia, y no puedo sufrir más. Ten cuidado, Aneyda, pues no sabes aún de lo que soy capaz.

—Mamá, mamá, no me quieres ya? ¿Por qué te enojas y me riñes tanto? Si me hablas así, me matarás.

Y la niña se ahogaba; pero la princesa, lejos de conmoverse, añadió, cada vez más irritada:

—Responde te digo; ¿te casarás con tu primo, sí ó nó?

—Mamá!...

Y la niña, pálida como un cadáver, cayó sin conocimiento.

—Oh, señora,—dijo, en mi concepto demasiado tarde, el señor Nostrendy;—no la atormentéis así; os lo suplico.

—Dejadme, Nostrendy: Aneyda necesita rigor, y sólo con él acabaré de vencer su carácter rebelde. Ahora, marchaos seguro de que cuando volvais, no hallareis oposicion, yo os lo digo.

Se marchó el Sr. Nostrendy, y entre la princesa y yo, pues no quiso que nadie entrase porque no presenciasen aquel lance, la metimos en la cama. Allí, con sumo trabajo, y haciéndola respirar algunas sales, conseguimos que volviese en sí.

Esto es lo que pasó ayer, y hoy, de resultas de una conversacion que la princesa tuvo con el Sr. Nomatty que no la deja un punto, y que parece ser el encargado, cerca de ella, de los intereses de su amigo, se reprodujo la misma escena: de manera, que si esto sigue así, es muy posible que la señorita enferme, y que acaso muera.

—Y el Sr. Nomara, qué dice á esto?—pregunté.

—No sabe nada.

—No sabe nada! Pues qué, Aneyda, no busca el único apoyo capaz de librarla de los furores de su madre?

—No, porque ésta le ha prohibido hacerlo.

—Dios mio!—dije;—y cómo hemos de remediar esto? Perdonadme, amigo, si os dejo, porque quiero ver á M. Leynoff.

—Sería agraviaros,—me dijo el Sr. Sulffendy,—el encargarnos la reserva.

—Descuidad,—le respondí.

Entré en nuestra habitacion, y dije á M. Leynoff:

—Hay mil bellezas en este mundo, amigo; pero tambien hay sus desgracias como en el nuestro.

—Dejarían de ser hombres estos habitantes,—me dijo M. Leynoff,—y sería una mentira la inmortalidad del alma, si así no sucediese. Por qué decís eso, Mendoza?

—Por qué he visto cosas que me llenaron de admiración, recorriendo la ciudad con el hijo del Sr. Nomara; y al llegar á casa supe que Aneyda había tenido un gran disgusto.

Entonces le conté la conversacion con el Sr. Sulfendy.

—Muy ciega está esa señora,—me dijo M. Leynoff,—y veo que es preciso decir algo al Sr. Nomara.

—Indudablemente—le contesté:—las cosas no pueden seguir de esta manera, y el mejor modo de evitarlo es contar al príncipe lo que pasa; en el alma celebro oiros hablar así.

—Quiero á Aneyda, Mendoza; primero por ella; luego porque es hija del Sr. Nomara; y después, porque la ama Nottely; de consiguiente, estoy pronto á hacer en su obsequio todo lo que de mí dependa.

(Se continuará.)

TIRSO AGUIMANA DE VECA.

UNA TEMPORADA EN EL MAS BELLO DE LOS PLANETAS.

CAPITULO XXX.

EL CAFÉ.

Acabábamos de comer, cuando me dijo Silaydi:

—Vamos al café; no hagamos esperar á Soletty.

—Vamos,—le respondí.

Una vez en él, experimenté, como ya dije me sucedia siempre que entraba en cualquier establecimiento de Romalia, una sensacion sumamente grata. Y no podia ser otra cosa, puesto que al mayor espacio y grandiosidad del edificio, se unia una ostentacion de que los terrícolas no podemos tener cabal idea: lo que sobre todo me impresionaba, era la novedad que veia en la arquitectura, en el trabajo de los muebles, y en el ornato de las habitaciones.

Habia mucha gente, pero, excepto algunas personas de edad madura, todos eran jóvenes. ¿Creeis que encontré allí aquellas risotadas, aquellas posturas grotescas, aquellas nubes de humo, ni aquellas expresiones groseras y á veces indecentes, que son tan frecuentes en los cafés de la Tierra? No, no habia nada de eso; y en medio de que unos hablaban, otros reian, otros jugaban y otros leian con más ó ménos atencion, no observé sino la mayor finura en las maneras, y el mayor miramiento en las palabras. ¡Qué leccion ésta para los cafés de nuestra Tierra!...

El Sr. Soletty, que estaba con dos amigos, vino al punto á encontrarnos, y nos condujo á su mesa, alrededor de la cual nos sentamos.

Después de los saludos de costumbre, y de haber tomado, no café, sino una infusión parecida á la de la semilla de esta planta, dijo el Sr. Silaydi:

—De qué hablábais?

—De una forastera,—dijo el Sr. Soletty,—que llegó ayer á Romalia, y que segun dice Ricary, es hechicera.

—A mí,—dijo un elegante jóven,—y á todos los que la hemos visto esta mañana, nos pareció encantadora.

—Y quién es?—preguntó Silaydi.

—Hé aquí lo que no puedo deciros, querido,—dijo el señor Ricary;—nádie la conoce.

—Y viste bien?—pregunté yo.

—La mujer más á la moda no tendria nada que criticarle,—respondió Ricary.—Sólo nos pareció....

—Qué?—preguntó Silaydi.

—Nada, nada; sería una aprension nuestra.

—Pero vamos, decid; aquí todos somos de confianza.

—Hombre, qué sé yo!—contestó Ricary;—nos pareció que tenia un aire algo descarado, un aire que no es el de una niña que se educa con el esmero y recogimiento de las nuestras; pero ya digo, no nos creais, pues muy bien pudimos equivocarnos: en todo caso vos mismo juzgareis, si, como es de inferir, vais al paseo.

—Y la acompañaba alguien?—dijo Silaydi.

—Es probable.

—Y dónde la visteis?

—En una tienda donde estaba haciendo algunas compras.

—Iban á pié?

—Nó, en un carruaje. En fin, ella, por su traje y apostura, parece una persona principal; pero en cuanto á sus maneras.... Vamos, de eso vos mismo juzgareis cuando la veais.

Aquí estábamos de la conversacion, cuando entró en la sala un jovencito muy estirado, alegre, y tan satisfecho de sí mismo, que nos sorprendió. Su traje era flamante y tan extremadamente rico, que chocaba. Parecia más bien un señorito de provincia, que no uno de aquellos jóvenes que, educados en la corte y entre personas distinguidas, poseen naturalmente maneras aristocráticas. Era de regulares facciones, pero antipático, y hasta fastidioso, por la poca expresión de su semblante. Cuando entró, saludó á uno y

otro lado con la mayor afectación: se le contestó con una inclinación de cabeza; pero á pesar de sus maneras tan raras, por no decir extravagantes, observé que nadie se burló de él, á lo ménos de una manera notable.

—Quién es ese fenómeno?—preguntó el señor Soletty.

—Es—respondió Ricary—el señor Cattarrulo, hijo único de un grande de Catilia. Educado como tal, es decir, haciendo su genio, y sin estudiar absolutamente nada, es un ente insignificante, á lo ménos en Romalia, porque en Catilia es tenido entre los tontos por uno de sus elegantes. Ahora acaba de llegar de Sameyda, y desprecia todo lo de Romalia como en su pueblo despreciará todo lo de Tolayda (1). Es, señores, uno de esos mentecatos que, fiados en su posición y en sus riquezas, se miran como hombres de importancia, llegando, á fuerza de pensar en ello, á creerse tales, y, á fuerza de las adulaciones de los necios, á creerse sabios. Miradlo, y admirad lo satisfecho que se halla de sí mismo y con cuánto aplomo habla.

En efecto, hablaba y gesticulaba descompasadamente con un jóven que le escuchaba con la mayor paciencia y sin reírse.

—Y cómo le conocéis?—preguntó el señor Soletty.

—Porque vino recomendado á papá, y éste me mandó que le enseñase la ciudad. Ya vereis cómo se acerca á mí tan pronto como me vea.

Y así fué, en efecto; pues apenas le percibió el jóven, cuando, despidiéndose de su compañero, se vino al instante hácia Ricary. Saludó á éste, nos saludó á nosotros con la cabeza, y dijo bastante alto, sin duda para que le oyésemos:

—¡Vos aquí, querido, y yo no lo sabía! ¡Cuánto es mi placer al veros, y cuánto mayor sería si este encuentro se hubiese verificado en los cafés espléndidos de Sameyda! ¡Oh, amigo, aquellos sí que son cafés! Bien que allí todo es grande y admirable. Habeis estado en Sameyda?

—Nó,—le respondió el señor Ricary.

—Nó!—dijo el jóven aparentando la mayor sorpresa;—¿no habeis estado en Sameyda? Pues, amigo, haceos cargo que no habeis visto nada. Desgraciado del que no sale de su casa, pues nunca será más que un pobre diablo. Yo, antes de abandonar la

(1) La capital de Catilia.

mia, era un ignorante; pero ahora que he viajado, y, sobre todo, desde que estuve en Nostracia....

—Sois un sabio, eh?—dijo interrumpiéndole el señor Ricary.

—Hombre, tanto como sabio, no diré; pero es lo cierto que hallo en mí una diferencia extraordinaria; nada me sorprende; me parece que todo lo sé, y hablo de las ciencias como si las hubiese estudiado á fondo; en una palabra, rompo y rasgo sin aquella cortedad que tenía ántes, y que me hacia pasar por tonto. Queréis una prueba de ello?

—A verla?

—Ahora mismo, me dijo Nittrady, aquel jóven de quien acabo de separarme, que hablaban los periódicos de un cometa, que, segun cálculos de los mejores astrónomos, debia chocar con Saturno. Pues bien; ántes de viajar, yo lo hubiera creído, y aun me hubiera aterrado esta noticia; pero ahora....

—No la creéis, verdad?—dijo, interrumpiéndole de nuevo el señor Ricary.

—Yo! No faltaba más. ¡Cómo si fuese posible saber lo que pasa en el cielo! Quién fué á verlo? Se puede subir más allá de nuestra atmósfera? He oido á un sabio de la Nostracia que ni aun hacia el medio de ella podriamos ya vivir. Con que ya veis, querido, que caminando ese cometa en direccion al Sol, como dice el periódico, y, por consiguiente, muy por encima de la atmósfera, mal podremos saber si ha de tropezar con Saturno, ó nó.

—Nos tranquilizais, amigo,—dijo el señor Ricary,—pues aquí no dejábamos de tener algun cuidado.

—Vosotros? Os burlais, Ricary. Mirad, sucede con estas cosas lo que con las religiones. Las religiones.... Supongo que estos señores serán de confianza, eh?

—Oh, mucho.

—Despreocupados, nó?

—Tambien.

—Pues aquí para entre nosotros (y bajaba la voz con gran misterio), las religiones no son más que una engañifa de que se valen el gobierno y ciertas gentes para tener sujetos á los ignorantes.

—Me asombráis, querido,—dijo con socarronería el señor Ricary.

—Lo he oido mil veces á una infinidad de amigos que tengo

aquí y en otras partes; con que ya veis si el viajar es cosa útil.

—Prodigiosa, amigo, y hasta oiros para no tener de ello la menor duda.

—Y el vestir?—continuó impertérrito el locuaz jóven;—el vestir....

—Nos vamos, señores? Es ya muy tarde,—dijo con impaciencia el señor Silaydi.

—Cuando gustéis,—respondió el señor Ricary.

—Quereis, dijo á éste Silaydi, venir con nosotros para enseñarnos esa niña?

—No tengo inconveniente.

Y volviéndose al amigo que le acompañaba, añadió:

—Nos acompañas, Tolutto?

—Bueno,—contestó éste;—pero no me parece que quepamos todos en el coche de Silaydi: si es así, irémos nosotros en el tuyo.

—Nó, nó, cabemos en el mio perfectamente,—dijo Silaydi.

—Con que vais al paseo, eh?—dijo al punto Cattarrulo;—haceis bien; hoy debe estar muy concurrido, y no pienso faltar á él. En viendo, señores, un elegante montado en un brioso caballo de Sameyda, ese soy yo; y para que me conozcais mejor, os advierto que llevaré detrás á mi ayuda de cámara montado en otro caballo, tambien de Sameyda, porque ahora, señores, trajes y trenes, todo lo gasto de Sameyda. Con que hasta luego.

Y sin esperar respuesta, se marchó; pero aún no habia andado veinte pasos, cuando volvió y dijo:

—Las señas de los caballos son azul y verde en el cuerpo, y enteramente negras las cabezas, bien que ya tendré cuidado de salu-daros para que no me confundais con otro. Adios.

Y se alejó tarareando una ária de una ópera entónces muy en boga.

—Qué torbellino!—dijo el señor Silaydi.

—Oh, amigo!—dije yo;—Dios os perdone el haberme privado de uno de los ratos más agradables de mi vida.

—Pero, querido,—dijo el señor Silaydi;—es posible que tengais paciencia para oir tan grandes desatinos? Qué merito encontrais en esa barahunda de despropósitos?

—Infinito, Silaydi; porque disparatar con tanta candidez y tanto aplomo se ve muy raras veces, y el amigo Cattarrulo estaba dispuesto, si no le hubiéseis interrumpido, á decir un mar de cosas preciosísimas. No teneis gusto, querido Silaydi.

—Ya,—me dijo éste;—¿y no contaís por nada estar uno reventando de risa, y, á veces, de rabia sin poder manifestarlo? Porque aquí, Mendoza, se mira como una falta gravísima, como la prueba más completa de una mala educacion, el burlarse de otro.

—Y esa costumbre es muy laudable, Silaydi.

CAPITULO XXXI.

EL PASEO.

Entretenidos en esta conversacion, llegamos al paseo.

Qué longitud y anchura la de aquel sitio! qué árboles tan iguales y corpulentos! qué asientos, qué fuentes y qué estanques!

Las fuentes no tenían caños, y el agua que derramaban, ya en forma de cascadas, ya haciendo juegos sorprendentes, producian un murmullo dulce, muy en armonía con el ruido sordo y confuso que hacian las copas de aquellos inmensos árboles agitados por un blando céfiro.

Mil carruajes, á cual más lujosos, recorrían, llenos de bellezas, las calles destinadas para ellos, mientras que por los lados caminaban á pié, y cogidas del brazo, parejas que hablaban y gozaban, á porfía, de la grata y tumultuosa variedad que ofrecia aquel recinto delicioso.

Apuestos y gallardos jóvenes, montados en fogosos corceles, galopaban por otra calle que se hallaba en medio de la destinada para los coches.

—Está la forastera?—preguntó el señor Silaydi.

—No,—respondió Ricary:—á lo ménos hasta ahora no la veo; pero calla, allí me parece que viene con la señora mayor, y un joven que no conozco. Sí, ellas son; miradlas, Silaydi.

—En efecto, es hermosísima,—dijo Silaydi;—pero ¡diantre!—añadió sorprendido;—el que viene con ellas es Nottely.

—Nottely!—dije yo.

—Sí, Mendoza, miradle, ahora que vuelve la cara hácia este lado.

No cabia la menor duda; era Nottely sentado enfrente de una niña de interesante figura, vestida con magnificencia. Al lado de esta niña iba una persona mayor, vestida tambien con lujo. Tan

pronto como el carruaje que las conducía se colocó en fila, excitó la curiosidad de todos la singular belleza de la jóven.

Cuando nosotros, que marchábamos por la fila opuesta, llegamos enfrente de ellos, nos saludó Nottely, pero nó la niña que no hizo más que mirarnos con una insistencia que nos sorprendió.

—No os habeis equivocado, Ricary, —dijo el Sr. Silaydi;—esta jóven no posee aquel candor ni aquella modestia virginales, que tanto encantan en su edad. Qué decís, Mendoza?

—Pienso lo mismo, Silaydi, y esta jóven me parece...

—Algo sospechosa, verdad?—dijo interrumpiéndome el señor Ricary.

—Á lo ménos no me satisface,—contesté.

—Ni la señora que la acompaña,—repuso Silaydi.—Reparadla, Mendoza; ese aire y esa postura son estudiados, no son naturalmente aristocráticos.

—Pero cómo las acompaña Nottely?

—La cosa es clara,—dijo Tolutto;—será su amigo.

—Sin embargo, observo una cosa,—dijo el Sr. Silaydi.

En este momento pasó, casi á escape, el Sr. Cattarrulo, deshaciéndose en cortesías y besamanos, á los que no pudimos contestar por lo mucho que nos llamaban la atención las forasteras; pero él no se dió por ofendido, pues siguió de largo haciendo saludos á una y otra parte, y atropellándolo todo.

—Qué observaste, Silaydi?—dijo el Sr. Soletty.

—Que aunque la jóven habla con visible interés al embajador, éste no le contesta sino con frialdad; y aun me parece que dirige miradas extraviadas, á uno y otro lado, como si buscase á álguien. Reparadlo, señores, y vereis si me equivoco.

—No, en verdad, el embajador está triste, y parece, en efecto, inquieto,—dijo el Sr. Soletty.

—Y no sólo está triste é inquieto,—repuso Silaydi,—si no que cualquiera diría que va cumpliendo un deber penoso. No lo comprendo, á fe mía.

—Ni yo,—le contesté;—pero juraría que hay en esto algun misterio.

—Bien puede ser,—dijo el Sr. Silaydi.

En esto vimos pasar á caballo al Sr. Nomatty, acompañado de dos jóvenes catilianos. Cuando llegaron junto á nosotros, nos saludaron profundamente; pero cuando pasaron junto á las foraste-

ras, las miraron con tal fijeza, que me dió mucho en qué pensar. También éstas los miraron á ellos.

—Qué hay aquí, —decia para conmigo, — que no comprendo? Pero haya lo que quiera, ¿qué va á suceder cuando Aneyda vea á Nottely en compañía de esa jóven?

Aún no habia acabado de hacer esta reflexion, cuando oí decir al Sr. Soletty:

—Ahí tienes á tu madre, Silaydi.

En efecto, en un carruaje tirado por seis caballos, venian la princesa, su hija, la señora Notissa y Nassala. El Sr. Notty iba con ellas.

—No te molestes, Silaydi, —le dijo la princesa al pasar, —pues ya ves que nos acompaña Notty.

—Bien, mamá, —respondió Silaydi, —pero querrás ir al teatro, no es verdad?

—Sí, pero tambien va Notty con nosotras.

—Corre de mi cuenta, Silaydi, —dijo el Sr. Notty: —Diviértete. Dicho esto, desaparecieron.

Iba Aneyda pálida y con visible repugnancia por lo mucho que habia sufrido la víspera; pero cuando viese á Nottely con la forastera, qué pensaria? Esto me tenia inquieto.

Y tanto me preocupaba esta idea, que no pude ménos de seguirla con la vista. Iba dejando absortos á cuantos la miraban, pues, aunque algo desmejorada, eclipsó al punto todas las jóvenes del paseo, como eclipsa el sol los más bellos astros cuando aparece sobre el horizonte.

Al fin se pusieron uno en frente de otro los dos coches, es decir, el de la princesa y el de las forasteras.

Nottely entónces perdió el color y se quedó petrificado.

En cuanto á Aneyda, si bien no pude observar su fisonomía, porque estaba léjos, algo debió haberla sucedido, puesto que la señora Notissa se levantó precipitadamente, y se inclinó hácia ella.

El carruaje de la princesa paró, y ví que lo sacaban de la fila.

—No se qué ha sucedido en el coche de la princesa, Silaydi; acaban de sacarlo de la fila.

—Es verdad, —dijo asustado el jóven; —corramos, señores.

Y en dos minutos, estábamos junto al coche.

Aneyda acababa de volver en sí; pero con el semblante profundamente descompuesto.

—Qué ha sido eso?—dijo Silaydi, cada vez más asustado, é interrogando al Sr. Notty con la vista; pero ántes que éste contestase, dijo la niña con extraña volubilidad, y procurando sonreirse:

—Nada, nada, un ligero desvanecimiento que me acometió de pronto. Ya pasó, mamá, no te asustes, Silaydi; estoy buena, me siento perfectamente.

—No tanto, Aneyda, no tanto,—dijo el Sr. Silaydi,—pues estas muy descolorida.

Y volviéndose á los que nos acompañaban, añadió:

—Señores, dispensadnos, pues Mendoza y yo nos pasamos al carruaje de mamá. Ahí os queda el mío; disponed de él como gustéis.

Y despidiéndonos de ellos con la mano, nos pasamos al coche de la princesa, que en pocos minutos nos condujo al palacio de Nomara.

Como este acontecimiento fué tan rápido, nadie se apercibió de él más que los del coche, y aun de estos, nadie sospechó la verdadera causa más que la princesa, que, Dios me lo perdone, me parece que no le disgustó, Nassala y yo. Nadie más? Ah, sí, el señor Silaydi, pero esto no lo supe hasta el día siguiente.

Oh, muy irritado estaba en aquel momento contra Nottely: verdad es, que me parecía incomprensible su conducta, y que me resistía á creerle culpado.

Mas sosegados todos, dijo la princesa:

—Cómo te sientes, Aneyda?

—Yo, mamá, perfectamente; no lo ves?

—Te lo pregunto,—dijo la princesa, porque si aún te sientes mal, dejaremos el teatro, á pesar de que Notissa y yo pensábamos ir esta noche.

—Y qué importa eso, princesa?—dijo la señora Notissa;—dejaremos el teatro, y harémos compañía á Aneyda.

—Pues precisamente esta noche,—dijo la niña procurando sonreirse,—era cuando yo queria ir, porque me parece que el distraerme me haria provecho: no te parece lo mismo, Silaydi?

—Hija, respondió éste, tu gusto es el mío, y si te sientes bien y lo deseas, por mí vamos.

—Pues iremos, mamá, si quieres,—dijo Aneyda.

—Irémos,—contestó con bastante dulzura la princesa.

Y haciendo sonar un timbre de oro, entró un ayuda de cámara.

—De beber,—dijo la princesa.

Mientras bebíamos, tres cosas me llamaron la atención, que fueron: cierta afabilidad que dispensaba la princesa á su hija desde el lance del paseo; la distracción de Silaydi, y una alegría desusada, bulliciosa, y casi febril, que aparentaba Aneyda. Y digo que aparentaba, porque Aneyda tenía la muerte en el corazón.

CAPITULO XXXII.

EL TEATRO.

Llegada la hora nos fuimos al teatro.

Era éste uno de los principales de Romalia y también de Saturno. Para construirlo y adornarlo se habían explotado las artes hasta un punto notabilísimo, aun en el mundo superior en que me encontraba. Allí las estatuas parecían que iban á abandonar sus pedestales; las figuras se veían destacarse de los frescos; las molduras, relieves, alegorías, etc., eran portentos de ejecución, de inventiva, de travesura y de originalidad.

Ah, la arquitectura, la pintura y la escultura habían llegado, en sus esfuerzos, hasta lo ideal, casi hasta lo imposible.

El teatro estaba alumbrado por una luz suave y plateada, como la de nuestra luna. ¡Qué efecto tan extraordinario producía aquella luz! ¡De qué magia revestía los objetos, y con qué vivos destellos se reflejaba en los brillantes de que, con tanto placer, se adornaban las mujeres!

Pero á todo esto yo no veía arañas, ni quinqués, ni globos de cristal iluminados. De dónde, pues, provenía aquella luz? Se lo pregunté á Silaydi.

—Es la luz eléctrica,—me dijo,—que se elabora con un aparato colocado en lo alto de las bóvedas, y á cuyo través pasa por aberturas hechas de propósito. Además, á esa luz se le hace perder gran parte de la intensidad que le es propia por un procedimiento nuevo de uno de nuestros físicos.

—Diantre!—exclamé;—estais muy adelantados, querido.

Y seguí contemplado el teatro.

Todos los palcos estaban ocupados, á excepcion de uno frente al nuestro que aún permanecía vacío.

A pesar de la gran concurrencia no habia calor, porque numerosos ventiladores, colocados en sitios convenientes, renovaban continuamente el aire. Respirábase, pues, un ambiente fresco; y, segun la costumbre de Romalia, embalsamado. El telon no era de lienzo: era un espejo grandísimo rodeado de pedrería; de manera que, sin volverse y mirando al frente, veíamos los espectadores.

Se representaba la *Corattila*, princesa de Battalia, que era una de las naciones más cultas de aquel continente, la cual, robada por un príncipe de una nacion limítrofe, dió lugar á una guerra sangrienta. El príncipe amaba con delirio á Corattila; pero ésta amaba á Coranto, uno de los jóvenes más liberalmente dotado por la naturaleza, pues era un tipo perfecto: era, además, intrépido guerrero y entendido capitan, de manera que, después de varios encuentros y batallas, consiguió matar al príncipe en un desafio que tuvo lugar en medio de los dos ejércitos. Entre el rapto y la muerte del príncipe hay escenas tiernísimas entre Corattila y Coranto, que consigue verla disfrazándose unas veces de oriado, otras de jardinero, otras de traficante, etc.; y es imposible describir, no viéndolo, la perfeccion suma y la naturalidad con que desempeñaban aquellos actores sus papeles.

Ni una palabra oí mientras el telon estuvo corrido. El más profundo silencio reinaba en el local todo el tiempo que permanecian los actores en la escena: se miraba como un desacato, no ya el hablar, sino el murmullo más ligero. Si á ti no te gusta la comedia, decian ellos y tenian razon, no vengas á oirla; y si vas, respeta el gusto de los demás, ó, si tienes que hablar, espera á que el telon se baje.

Iba á terminar el primer acto cuando se abrió la puerta del palco que teníamos en frente y entraron en él la forastera, la señora mayor y el señor Nottely.

Cuando el embajador vió á Aneyda se inmutó visiblemente; pero reponiéndose al punto, la saludó con una inclinacion de cabeza. Aneyda contestó al saludo; pero su rostro, blanco como el encaje que rodeaba su cuello, daba bien á entender la impresion que le habia hecho la presencia del joven al lado de la forastera. La princesa no se movió.

El telon corrido impedia hablar; pero cuando se bajó, dijo la princesa á Notty con gesto desdeñoso:

—Conoceis esa forastera, Notty?

—No; la he visto en el paseo por primera vez, y la veo ahora en el teatro.

—Es hermosa,—repuso la princesa,—pero...

Y calló.

—Qué, señora?—dijo sonriendo el Sr. Notty.

—A lo ménos la señora mayor, no me parece muy señora, verdad, Notissa?

—Ni la menor,—respondió ésta,—y si lo son, serán de ayer.

Tan aristocráticas eran estas señoras, que á la primera ojeada conocian á qué clase pertenecía una mujer. Ya no me cupo la menor duda que la madre y la hija, ó la tia y la sobrina, no eran personas de distincion. Pero entónces, quiénes eran? ¿por qué las acompañaba Nottely?

Ardia por hablar á éste, pero como no conocia á las señoras que estaban con él, no me pareció prudente ir á su palco.

En esto se abrió la puerta del nuestro, y entró el Sr. Rodulio.

Después de saludarnos con su naturalidad acostumbrada, dijo:

—No me estimes la visita, princesa, ni vos tampoco Notissa, porque no es por vosotras, ni por estos señores por quienes vengo aquí.

—Gracias, amigo,—dijo sonriendo la princesa,—entónces por quién vienes?

—No lo adivinas?

—Lo presumo,—repuso la princesa,—pero dímelo tú por si acaso me equivoco.

—Diantre! diantre! —dijo el Sr. Rodulio como si no hubiese oído á la princesa,—y en efecto, es preciosa. Vaya un palmito de caral y el cuerpo? divino.

—Hola, parece que os gusta, eh?—dijo la señora Notissa.

—Lo bueno á todo el mundo gusta, querida,—respondió el señor Rodulio,—y algo daria yo por ocupar ahora el lugar del embajador.

Sin poderme contener dije yo entónces:

—No conozco á esas señoras, ni sé por qué el embajador las acompaña; pero lo que sé es, por lo que he visto esta tarde, y por lo que veo ahora, que el embajador no se halla á gusto con ellas.

—No se halla á gusto con ellas! —dijo la señora Notissa,—buena es esa, pues por qué no las deja entónces?

—Señora,—le respondí,—hay ciertas cosas que no se penetran

fácilmente; pero pueden ser tales los motivos que obliguen al señor Nottely á acompañarlas, que tenga que hacerlo á pesar suyo:

—Y yo pienso lo mismo que Mendoza, —dijo con nobleza, y á riesgo de disgustar á su madre, el Sr. Silaydi.

—Y yo también, —dijo el Sr. Notty, —pues observo que á pesar del aseo y maneras insinuantes de la forastera, Nottely no la mira siquiera.

—Y teneis razon por vida mia, —dijo el Sr. Rodulio, —porque Nottely parece una estatua junto á ella. Diantre, no comprendo esto. Quién será esa forastera?

—No la conocemos, —respondió la señora Notissa.

—Y vosotros, señores, la conoceis?

—Tampoco, —respondieron Silaydi y Notty.

—Voto al diantre, pues es preciso conocerla, —dijo el Sr. Rodulio, —y ahora mismo voy....

No acabó de pronunciar la frase, cuando se abrió la puerta del palco, y entró el Sr. Nomatty.

—Ah, justamente venís á tiempo, querido.

En lugar de atender al Sr. Rodulio, dijo el Sr. Nomatty haciendo profundas inclinaciones:

—Señoras..... señores.....

—Dejaos de cumplimientos, —dijo con su peculiar viveza el Señor Rodulio, —y decidnos al instante una cosa.

—Qué cosa?

—Si conoceis á esas forasteras.

—Si no las conozco personalmente, sé á lo ménos quiénes son.

—Acabáramos con mil y más; quiénes son, decid.

—La señora mayor es la hermana del Storny (1) de Natricia, y tia de aquella señorita que habla con el Sr. Nottely. Esta es huérfana y no tiene más parientes que esa tia y un hermano de esta, que van á ver ahora á Sameyda (2) donde se halla hace dos años desempeñando una comision de su gobierno.

—Y la niña, qué tal, eh? —dijo el Sr. Rodulio, —es de mérito, verdad?

—Oh, —respondió el Sr. Nomatty, —me han dicho que es perfecta. Tiene mil habilidades y otros tantos adoradores, sin que has-

(1) Equivale á Gran Almirante.

(2) La capital de la Nostracia.

ta ahora se haya podido gloriarse ninguno de haber obtenido preferencia. En cuanto á su físico, ya lo veis; y sus riquezas, según me han asegurado son muy grandes. Buen partido, á fe mía, no es verdad, príncipe?

—Ya lo creo, —respondió el Sr. Rodulio, —¿pero quién os ha dado esas noticias?

—Un empleado de nuestra embajada que estuvo mucho tiempo en Natricia. Esa niña llamó ayer la atención en Romalia, y nos devanábamos los sesos por saber quién era, cuando ese empleado, que se hallaba allí afortunadamente, nos sacó del apuro, dándonos los pormenores que acabo de referir.

—Y sabéis, —dijo el Sr. Rodulio, —cómo la conoce Nottely?

—Lo ignoro, —respondió Nomatty, —pero sé que solo él, hasta ahora, ha tenido esta fortuna.

—De la que no me parece muy ufano, —repuso el Sr. Rodulio, —porque nunca lo he visto más frío ni más displicente: ¿no es verdad, señores?

La forastera hablaba entonces animadamente con Nottely: éste la escuchaba distraído. La forastera, supongo que para llamarle la atención, le alargó con una sonrisa encantadora una magnífica flor que tenía en la mano; pero Nottely no levantó la suya para tomarla. La forastera, por lo que pudimos inferir de sus ademanes, insistió con una mirada suplicante, y entonces Nottely cogió la flor.

Yo, que no apartaba los ojos de Aneyda, vi que temblaba á pesar de los esfuerzos que hacía para contenerse.

El Sr. Nomatty, dijo entonces:

—Sin embargo, príncipe, reparad cómo Nottely ha tomado la flor.

—Y ha hecho bien, —dijo antes que respondiese el príncipe la señora Notissa. —Pues qué! ¿no es digna una señorita de que se acepte su fineza? A qué partido mejor podría aspirar él? Si es tal como Nomatty nos ha dicho, se dará por muy servido de que admita sus obsequios. Pensáis lo mismo, Sr. Nomatty?

—Yo lo creo, —respondió éste, —y en su lugar me daría por contento.

—Y yo no, con el permiso, se entiende, de la señora Nottissa y del caballero Nomatty, —repuso con sumo gozo mío el ilustre anciano, —porque Nottely vale mil forasteras, y si me apurais mu-

cho, mil princesas. ¿Dónde encontráis vos, señora, y vos, caballero (mirando alternativamente á uno y otro), un jóven que posea el mérito y las relevantes prendas de Nottely? Si lo hay en toda la Roquelia, quiero que me le claven en la frente.

El Sr. Nomatty no se atrevió á responder; pero la señora Notissa dijo algo picada:

—Vos no sois voto, principe, porque todo el mundo sabe vuestra predileccion por ese jóven.

—Y me glorio de ello, Notissa, tanto más, cuanto que todo el mundo le hace la misma justicia que yo, excepto vos, por supuesto, y el caballero Nomatty, que sois en verdad muy singulares.

—Es que yo, señor,—contestó éste,—no niego su mérito al señor Nottely; pero poseyéndolo tambien la forastera, ¿tiene algo de particular que le guste y que le dedique sus obsequios?

—Y yo, caballero,—dijo con bastante sequedad el Sr. Silaydi,—no concedo á esa jóven, pese á vuestro amigo de la embajada de Catilia, las cualidades que le atribuis; porque excepto la hermosura, que es en efecto grande, su aire y sus maneras la recomiendan poco.

Nomatty se puso pálido.

—Bravo!—dijo riéndose el Sr. Rodulio,—Silaydi, me envanezco con verte de mi partido. Y vos, Notty, qué decis?

—Yo señor,—respondió éste,—pienso enteramente como Silaydi.

—Magnífico!—dijo, no ya riéndose sino dando grandes carcajadas el Sr. Rodulio.—Con que, señora Notissa, y vos, caballero Nomatty, por esta vez al ménos quedais vencidos. Y eso que no quiero preguntar á Nassala, ni al caballero Mendoza, porque la una por respeto á su mamá, y el otro por consideracion á la princesa, se verian muy embarazados para responder; que si no... que si no...

Y renovó sus carcajadas.

Bien quisiera la princesa decir algo; pero como no podia ni debia tomar parte en aquella conversacion, tuvo que callar, aunque llena de disgusto y de despecho.

El telon se levantó, y cesaron las conversaciones.

El Sr. Rodulio se despidió y se fué á su palco.

Ningun incidente digno de contarse ocurrió en el resto de la noche; pero al salir, tuvo Aneyda que sufrir otro martirio, viendo á la forastera cogida del brazo de Nottely, á quien hablaba con ca-

lor, y á quien se acercaba tanto, que casi tocaba su cara á la del jóven. Nos acompañaron á casa la señora Notissa, Nassala y el Sr. Notty. Abramada Aneyda por el dolor, ya no reía ni hablaba con la volubilidad febril de aquella tarde.

CAPITULO XXXIII.

REVELACION DE SILAYDI Á MENDOZA.

Ardia porque pasase la noche, pues pensaba al dia siguiente ir á ver á Nottely. En efecto, así que amaneció, me vestí y ya iba á salir, cuando con no poca sorpresa mia vi entrar en mi cuarto al Sr. Silaydi. Chocóme su aire grave y meditabundo, tanto más, cuanto que era naturalmente alegre.

—Adónde vais tan temprano, Mendoza? --me preguntó.

—A ver á Nottely, querido.

—Lo sospechaba.

—Ah, y por qué?

—Eso no importa; venid, tengo que hablaros.

—Y adónde?

—A la huerta.

—Vamos, pues, á la huerta.

Bajamos efectivamente, aunque muy afectado yo con la gravedad de Silaydi. En la huerta ya, me dijo:

—Íbais á ver á Nottely, no es verdad?

—Sí.

—Pues no vayais.

—Y por qué?

—Porque Nottely no acompaña á las forasteras, sino forzado.

—Forzado, por quién?

—Por la necesidad, Mendoza; no tengais en ello la menor duda.

—Pero cómo sabeis que iba á verle con este objeto?

—Porque sé lo mucho que amais al embajador, y no dudando que nos amais tambien á nosotros un poquito, y por consiguiente á mi hermana Aneyda, vuestro noble corazon no os permite ver padecer á esta pobre niña.

Me quedé estupefacto, y no pude proferir una palabra.

—Os admira que haya acertado tan bien? Pues vais á saber por qué.

Ayer,—continuó el Sr. Silaydi,—cuando llegamos á casa, nos fuimos, vos á vuestro cuarto y yo al de mamá. Juzgad de mi sorpresa, Mendoza, cuando al entrar ví á ésta muy irritada, y á Aneyda en cama, pálida y derramando lágrimas.

—Qué es eso, mamá? Qué ha sucedido que te veo tan irritada, y á Aneyda llorando?

—Déjame,—me contestó;—tu hermana ha de acabar conmigo.

—Pero por qué, mamá?

—Porque después del compromiso que la familia y ella misma ha contraído con Nostrendy, busca ahora mil pretextos para retardar su cumplimiento.

—Pero, mamá,—dijo Aneyda llorando,—yo nada ofrecí á Nostrendy; bien lo sabes.

—Mamá, Mendoza, entre mil excelentes cualidades, tiene la desgracia de ser muy irritable, y á veces hasta violenta: así es que no sufre contestacion de nadie, ni aun de papá, que, de más talento que ella, suele dejarla; por eso yo, temiendo que si Aneyda hablaba las cosas empeorasen, le dije:

—Calla, Aneyda, y deja hablar á mamá.

Y volviéndome á esta, añadí:

—Pero vamos; ¿tiene mi hermana algun motivo para rechazar á su primo? Yo creí que este era un asunto concluido.

—Y lo era,—dijo con viveza la princesa,—y aun ella misma consentia en casarse, si no hubiese llegado á Romalia ese funesto embajador...

—Mamá, mamá!—gritó Aneyda sin poderse contener:—ah, por Dios, me estás matando.

—Silencio!—dijo mamá llena de ira.—¿Por ventura no sé yo que desde entónces has cambiado tú? ¿No veo á ese hombre devorarte con la vista á todas horas y en todas partes? ¿No le oigo suspirar? ¿No percibo su emocion cuando se te acerca? ¿No te veo á tí poco ménos conmovida que él cuando te habla? ¿No te he visto próxima á desmayarte cuando le hirió el Principe de Nomara? ¿Crees tú que esas cosas se escapan á una madre? Pero yo te protesto ante Dios que primero he de verte muerta, que casada con ese hombre.

—Mamá, Mendoza, tiene tambien la debilidad de tributar un

culto casi religioso á la nobleza de raza, y mira con horror un casamiento de una persona ilustre con otra que no lo sea: así es que prosiguió diciendo:

—Cómo! la hija de los Tolumas y de los Saldys habia de enlazarse con un hombre oscuro, con un hombre que no tiene más que su destino, con un representante, en fin, de una nacion republicana! Jamas, á lo ménos mientras yo viva.

Y diciendo esto, se paseaba con violencia, casi ahogada por la cólera. Temblando por ella, dije al momento:

—Cálmate, yo te lo ruego. No ves que puedes caer mala? Aneyda nunca dará un paso que pueda disgustarte, y yo respondo que se ceñirá á la razon.

—Pues que lo haga,—dijo la princesa,—y tendrá en mí la madre más cariñosa.

Juzgad ahora, querido Mendoza, cuál me quedaria al saber un amor del cual no tenia la menor noticia; y si os acordais de la conversacion que tuve con Nostrendy la víspera de su marcha, debeis inferir cuánto este amor me contraría, toda vez que si Aneyda insiste en no casarse con su primo, mi enlace con la hermana de éste se hace cuando ménos muy dudoso.

—Y yo la amo, querido Mendoza,—continuó Silaydi conmovido,—yo amo á Silody, cuyas prendas, si la conociérais, os la harian mirar con interes.

Dos lágrimas, que á su pesar rodaron por las mejillas de Silaydi, me hicieron conocer cuán grande era su pasion.

—Ya veis, Mendoza,—continuó el jóven,—cómo las cosas se van poniendo en el palacio de Nomara; pues aún no es esto lo peor.

—Cómo así? Explicaos, por Dios.

—No lo adivinaís?

—No, á fe mia.

—Que yo no puedo reprobar el amor de mi hermana á Nottely.

—Qué decis?

—Sí, Mendoza,—continuó con gravedad, el Sr. Silaydi.—Primero Aneyda nada prometió á Nostrendy; permitió, sí, que la obsequiase y que hiciese todo lo posible por agradarla, dispuesta como lo estaba á aceptarle por esposo si su carácter congeniaba con el de ella; pero no sucedió así desgraciadamente. Nostrendy con sus celos, y continuamente excitado por su carácter violento, vino á hacerse insoportable para Aneyda, y cuando ya le miraba con

frialdad, según ella misma me dijo, se presentó en Romalia el embajador de la Nostracia. Vos lo sabeis, Mendoza; Nottely no es un hombre; es casi un Dios, y nada extraño que hubiese conocido su mérito: conocido éste, era preciso amarle, y este amor, Mendoza, debió hacerse inmenso cuando se vió correspondido. Sé que nada se han dicho todavía; pero ¿qué importa si sus corazones se entendieron?

Ahora bien; el mérito de Nottely, no sólo hace disculpable este amor á mis ojos, sino que lo santifica. Estoy seguro que papá no se opondrá á este matrimonio, porque sabe muy bien que hará la felicidad de su hija, y yo que le debo la vida, yo, á despecho de mamá, y casi seguro de que hago mi desgracia, yo, Mendoza, estoy dispuesto á apoyarle.

—¿Cómo, amigo! ¿Hablais de veras?

—Lo que oís, Mendoza.

—Oh que noble sois, querido Silaydi!—dije abrazándole.

—Si algún dia pudisteis dudar de mi aprecio, esa duda desaparecerá completamente, viendo cuán sin límites es la confianza que os hago hoy.

—Y la merezco, Silaydi,—contesté sin vacilar.

—Lo sé,—me dijo.—Ahora escuchadme, y compadeceos á vuestro amigo.

—Pues qué hay?—le pregunté con inquietud.

—¿No habeis observado que un hombre se me acercó ayer en el teatro?

—Ah, sí, ahora me acuerdo; un hombre como en traje de camino.

—Es verdad; venia de Catilia, y me entregó esta carta: leedla.

Cogí la carta que Silaydi me entregó con mano trémula, y leí lo siguiente:

«Son de tal naturaleza las cosas que me pasan, querido Silaydi, que no puedo ménos de escribirte. Cuando yo esperaba el consentimiento de Nostrendy, que me habias ofrecido remitir por el correo, llegó áquel ayer por la mañana, tan pálido, abatido y triste, que apenas lo conocia. ¿Qué ha sucedido ahí que causó en mi hermano tal mudanza! No lo entiendo, y me confundo. En todo el dia apenas habló conmigo, y le vi siempre pensativo; pero por la noche me dejó helada cuando me dijo que era imposible mi matrimonio contigo, puesto que, bajo juramento, me habia ofrecido á

Nomatty.—Cómo! querido Nostrendy,—le dije; has ofrecido mi mano, sin consultarme, á un hombre que, lejos de serme simpático, me inspiró siempre repugnancia?—No te canses, Silody,—respondió Nostrendy con voz sorda; esto no tiene remedio; sufre, pues, tu suerte como yo sufro la mía. Y al decir esto creí que se ahogaba; era tal su agitación, que se marchó sin decir otra palabra. Juzga cómo quedaria. Sola ya, y sin que él lo sepa, te escribo esta carta que te mando por mi fiel Nollapo, para preguntarte, primero, qué ha sucedido en Romalia; y segundo, para rogarte que te compadezcas de tu Silody, que te amará mientras viva, y que se dejará matar antes que dar su mano al odioso Nomatty. Quema esta carta.
—*Silody.*

Me quedé atónito.

—Qué decís, Mendoza?

—Que la carta me revela lo que vale esa interesante niña; que las cosas se ponen de tal modo serias, que necesitáis de una prudencia suma para manejarlas, y que la causa de lo que sucede en Catilia y en Romalia, es, no vacilo en asegurarlo, ese Nomatty que ha llegado á dominar á Nostrendy, y que lo conducirá, por último, á su ruina.

—Sí, sí, Mendoza,—dijo el Sr. Silaydi clavando los ojos en mí, y luego en la carta que le devolvía;—puede que tengais razon, y quiera Dios que no ande él en el asunto de la forastera.

—Sabeis que lo he sospechado? Cuando ayer vi que la encomiaba tanto...

—Dejemos eso, Mendoza, que ya lo averiguaremos. Ahora exijo de vos una cosa.

—Qué cosa?

—Que no digais una palabra á Nottely del modo como yo pienso acerca de su amor á Aneyda, mientras yo no os autorice para ello. Me lo prometeis?

—Sí.

—A fé de caballero?

—A fé de caballero.

—Basta. Mañana marchó á Catilia.

—Qué decís?

—¿Quereis que yo abandone á esa pobre niña, cuando la veo sujeta á un poder tiránico capaz de llegar hasta la violencia? Nunca. Necesito ver á Nostrendy para preguntarle qué aciaga influencia

le obliga á casar á su hermana con un hombre indigno de ella, cuando la ama otro que es amado, y que tiene su misma sangre. Después, ya me entenderé con Nomatty.

—En hora buena, le contesté, y no me opondré á vuestra determinacion si me concedéis otra cosa.

—Cuál?

—Ir con vos.

—Sois muy noble, Mendoza, pues esa súplica me revela el afecto sincero que me profesais; pero no puede ser, amigo.

—Y por qué?

—Porque seria alarmar á papá, que nada sabe de este amor.

—Pues no pensábais decírselo?

—Sí, tan pronto como obtuviese el consentimiento de Nostrendy para que los dos enlaces se efectuasen juntos.

Iba á contestar á Silaydi, cuando apareció en la puerta un gentil-hombre de palacio.

—Qué hay?—dijo apénas le vió el Sr. Silaydi.

—S. M. os llama, señor—dijo el gentil-hombre.

—Decidle que corro á ponerme á sus órdenes.

Inclinó la cabeza el gentil-hombre y marchó.

Pocos momentos después, se dirigia á palacio Silaydi.

Yo corrí á casa del embajador.

No estaba en ella!

—Adónde ha ido?—pregunté á uno de sus criados.

—Me parece que á palacio, señor.

Volvíamos para casa, cuando tropecé con el Sr. Sattulo.

—De dónde venís?—le pregunté, después de haberle saludado.

—De casa del Sr. Nolatto.

—Tan temprano?...

—Sí, tuve que ver un enfermo en la misma calle, y subí á preguntarle á qué hora era la conferencia.

—Y á qué hora es?

—No hay conferencia, caballero.

—No hay conferencia! pues qué ha sucedido?

—Parece que los asuntos de Catilia se complican, y ha sido llamado á palacio el Sr. Nolatto, donde permanecerá hasta muy tarde.

—Quiere decir, que se aplazará la reunion para otro día.

—Se supone; bien que si los asuntos políticos empeoran, pasará mucho tiempo ántes que nos reunamos.

—Será forzoso que nos conformemos. Vais al hospital?

—Nó, porque subo á ver aquí otro enfermo. Dispensadme.

—Adiós, doctor.

Tan inquieto me hallaba con los acontecimientos de Silaydi, que no me pesó se hubiese suspendido la conferencia. Vacilaba entre ir á palacio ó volver á casa; pero reflexionando que estaria Nottely con el rey, y que se ocuparían de negocios graves, opté por el último partido.

Cuando llegué, se paseaban por el salon el príncipe y M. Leynoff. Era admirable la diferencia que habia entre la calma de aquellos hombres que se ocupaban de política, y mi extremada agitacion.

—De dónde venis, Mendoza?—me dijo el Sr. Nomara.

—De ver á Nottely.

—Y le visteis?

—No estaba en casa.

—Parece que los asuntos de Catilia no van bien, y entónces no es extraño que no le halláseis.

—Debo creerlo así, porque tampoco hay conferencia.

—No hay conferencia!—dijo mirándome con fijeza el Sr. Nomara.

—Así, á lo ménos, me lo dijo el Sr. Sattulo.

—Lo veis, Leynoff?—dijo el Sr. Nomara.—Nolatto habrá sido llamado á palacio como lo fué Siloydi, y por eso no habrá reunion. Vamos, veo que el rey de Catilia no posee la proverbial prudencia de sus antepasados, y que va á sufrir grandes disgustos. Dios le perdone á él los que á nosotros va á causarnos.

—No comprendo—dijo M. Leynoff—cómo no se hace cargo de que tomando á Talussa, no sólo tendrá contra sí la Nostracia y la Roquelia, sino casi todo vuestro continente. Dueña la Catilia de la Ciliana, será una potencia monstruosa, y una amenaza continua para las demás naciones.

—Yo lo creo—repuso el Sr. Nomara;—pero la ambicion, querido Leynoff, nos ciega, como ciega al rey de Catilia, que no ve más que las ventajas que de la posesion de Talussa han de seguirsele, y olvida los peligros que su temeridad va á suscitarle.

—¿Y sabeis ya,—pregunté al príncipe—cuáles son las últimas noticias?

—Exactamente nó, pero espero á Silaydi para que nos las diga. Allí viene.

En efecto, con la cabeza baja, y al parecer muy pensativo, se volvía el joven á su casa.

—Qué hay, Silaydi?—le dijo el príncipe así que entró en la sala.

—Que el rey se mantiene firme, y se niega resueltamente á retirar las tropas de la Ciliana: sólo en fuerza de sus instancias, según dice Nostrendy, ha accedido á la conferencia.

—Y qué dice el rey?

—El rey se prepara á la guerra.

—Y hace perfectamente. Qué te quería?

—No lo adivinas?

—Encargarte el mando de algun navío. nó?

—De una escuadra, papá.

—De una escuadra! Oh, hijo mio! ese es demasiado honor para tu edad, pues, aunque te has distinguido siempre en la marina, pasar del mando de un navío al de una escuadra, es mucho honor, te lo repito, y debes estar contento.

—Y lo estoy, papá, y procuraré hacerme digno de ese honor. yo te lo juro.

—Ya lo sé Silaydi, y en medio de lo que debes suponer he de sufrir por los peligros que vas á correr, como se trata de la patria, de tu reputacion y de tu gloria, callo y me resigno.

—Oh! ya sé yo lo que tú eres—dijo el joven—y cuánta es la grandeza de tu alma.

Y acercándose al anciano, estampó un beso en su frente venerable.

Los ojos del Sr. Nomara se humedecieron al punto.

Hubo un momento de silencio, pasado el cual dijo Silaydi.

—Te advierto, papá, que hay revista esta tarde. El rey me ha encargado que te lo dijese, para que asistas con la familia y con tus huéspedes, pues desea que vean nuestra armada. Es probable que concorra todo lo más escogido de Romalia, y voy á decírselo á mamá y á Aneyda, para que se preparen.

Y haciéndome una seña, salimos juntos del salon.

—Veis—me dijo—cuánta es mi desgracia? Ya no puedo dejar á Romalia.

—Lo veo,—le contesté—y comprendo vuestro dolor; evitando por lo tanto recordaros que la honra es ante todo, pues lo sabeis perfectamente, voy á daros un consejo.

—Y cuál?

—Que escribais á Silody participándole que ibais á salir para Catilia; pero que una orden del rey, mandándoos que os encargueis de una escuadra, la cual debeis organizar inmediatamente, os lo impide. Añadidle que, si en virtud de la conferencia se alejan los temores de la guerra, que marchais al instante; y que si, por el contrario, se aumentan, que marchais lo mismo, pero con la armada. Vuestro amor dirá lo demás.

—Precisamente, Mendoza, era eso lo que pensaba hacer, y voy á efectuarlo al momento.

--Corriente, y dado ese paso, dejad á los acontecimientos que os indiquen la marcha que debeis seguir.

(Se continuará.)

TIRSO AGUIMANA DE VECA.

UNA TEMPORADA EN EL MAS BELLO DE LOS PLANETAS.

CAPITULO XXXIV.

PELIGRO DEL SEÑOR NOMARA: SALVACION DE ESTE POR NOTTHELY.

Por la tarde subimos al coche y nos dirigimos al muelle.

El horizonte era grandioso por su mucha extension. Las olas, de un tamaño enorme y rizadas en sus cimas por una fuerte marejada que se había levantado entónces, daban al mar un aspecto amenazador.

Buques elegantes y de una construccion maravillosa, que por su volúmen se semejaban á ciudades, se mecian majestuosamente entre las olas, ya azotando el aire con sus gallardetes, y ya lamiendo con ellos la superficie de las aguas. Ondeaban en extensos pliegues mil banderas de color azul, que llevadas aquí y acullá por un viento que arreciaba por momentos, dejaban ver, al traves de sus caprichosos movimientos, las soberbias armas de aquella nacion tan poderosa. Y encerraba este cuadro un dilatado muelle, sobre cuya superficie, toda de gran mérito, se elevaban á trechos corpulentas columnas, encima de las cuales se veian farolas.

El gentío era inmenso, y los botes más grandes que nuestros guiches, y las lanchas mayores que nuestras fragatas, que cruzaban de una á otra parte, eran infinitos.

Campeaba orgulloso, al frente de la armada, el navío almirante más grande y ricamente empavesado que todos los demás. El castillo de popa era un conjunto de magnificencia, pues además de los gruesos vidrios que daban paso á la luz y de los vistosos colores de que estaban pintadas las maderas, lo decoraban molduras y

relieves de un trabajo delicado. Cuatro filas por banda de cañones daban al buque un aspecto aterrador. Las velas eran de púrpura y las banderas y gallardetes de una tela azul bordada de oro.

El sonido de las trompetas y las salvas de artillería que hicieron á la vez todos los buques, anunciaron la llegada de los reyes.

Los soberanos fluctuaron un momento entre pasar á la lancha ó quedarse; porque la mar, que se habia puesto un poco viva algunas horas ántes, estaba entónces borrascosa. Sin embargo, se decidió el rey y entró en la lancha: su familia le siguió tambien. Durante el embarque y la travesía herian el aire los sonidos de las músicas de la guardia y las de los buques que estaban más cercanos. La familia real llegó sin novedad á su destino.

Después del monarca, al cual acompañaron los principales señores de la corte y algunos individuos del cuerpo diplomático, entre los cuales figuraba Nottely, pasó la familia del Sr. Nomara, con la cual íbamos nosotros. Era increíble lo que se habia desmejorado Aneyda con los padecimientos anteriores; pero el tinte melancólico que se notaba en su semblante la hacia, si era posible, más hermosa.

Nottely y ella se miraron; pero aquella mirada, cuya significacion yo sólo comprendí, era un abismo de mudas reconvenções por un lado, y de sentidas disculpas por otro.

Subieron primero las señoras, no sin algun trabajo por los fuertes balances de la lancha.

Como la mar estaba picada, todos los espectadores tenian fija la vista sobre los que subian.

Llegó su turno al Sr. Nomara, el cual tuvo mucho trabajo para ponerse en la escalera; pero colocado en ella pudo llegar á la borda, y ya iba á dar la mano á Silaydi para saltar sobre cubierta, cuando una ola que llegó al buque, disparada como una bala, desvió á éste en tal disposicion que faltando el apoyo al Sr. Nomara, perdió el equilibrio y cayó en el mar.

Un grito se escapó á la vez de todos los espectadores; y en tanto que Silaydi, erizado el cabello, se habia quedado inmóvil, efecto de su dolor, se vió saltar rápido desde cubierta á un jóven que fué á caer en el mismo sitio por donde habia desaparecido el anciano.

¡Era Nottely!

La mar que se abrió para dar paso á aquellos dos hombres, volvió á cerrarse sobre ellos sin dejar rastro ninguno de su direccion.

Fué preciso oponerse al Sr. Silaydi, que, recobrado del estupor que le habia causado la caída de su padre, quiso arrojarse detras del Sr. Nottely; y lo hubiera efectuado, y hubiera acaso perecido sin los esfuerzos desesperados que se hicieron para contenerle.

Los reyes y los grandes estaban en una inquietud mortal.

La Princesa desmayada.

Aneyda cayó, sin sentido, en los brazos de la señora Notissa.

No es posible pintar la ansiedad de los espectadores en los cortos momentos que mediaron entre la desaparicion del Príncipe y del Sr. Nottely, y la aparicion de este nadando trabajosamente con un brazo, y arrastrando al Príncipe con el otro.

—Pronto! pronto! gritó; cogedle.

Y con toda la rapidez que nos fué posible, agarramos al Príncipe por su túnica, le sacamos del agua, y le tendimos en la lancha casi exánime.

En este momento saltaba en otra el Sr. Silaydi para volar al socorro del anciano: con él iba un facultativo del Monarca.

Mil y mil gritos de alegría resonaron en el aire; pero bien pronto cesaron, cuando al ir á coger á Nottely vieron que se hundia éste, dejando teñida de sangre el agua que le cubrió.

Qué momento aquel! ¡Jamás me acuerdo haber pasado otro semejante!

—Sangre!—gritamos en la lancha.—Sangre!—gritaron los espectadores.—Qué habrá sucedido al Sr. Nottely?

Ya estaba otro facultativo, además del primero, al lado del Príncipe; ya éste habia vuelto en sí llamando á su libertador, y Nottely no parecia.

Silaydi, ocupado con su padre, no podia atender al jóven.

No pude contenerme; y quitando mi manto, iba á arrojarle al agua, cuando un bulto que vino á la superficie me contuvo.

—El es!—grité fuera de mí:—pronto, amigos, arrimad la lancha.

—Pronto! pronto!—gritaron un millon de voces.

—Pronto!—gritó una voz más alta que las demás. Era la del Sr. Rodulio, que de pié sobre su lancha, estaba en un suplicio.

Y pronto era preciso, pues cuando llegó la lancha, ya el bulto se sumergia.

—Gran Dios!—dije;—no hace movimiento alguno: ¿estará muerto?

Sin vacilar, agarré con una mano la punta de un cable, me arrojé al agua, y nadando con la otra y alargándola todo lo posible, logré asir los cabellos de Nottely, por los cuales tiré con fuerza, arrastrándole hacia mí: entónces le agarraron cuatro rubustos brazos, lo sacaron del agua, y lo tendieron en la lancha.

Apénas le vió el cirujano, y observando que la sangre corría todavía, dijo:

—Aquí hay una herida, y es preciso reconocerla al punto.

Y cortándole la ropa del brazo izquierdo, que era el que tenía más húmedo, vió que estaba herido de través, en su tercio inferior.

—Y una arteria rota—dijo—al ver que la sangre salía á saltos.

—Pronto, las pinzas de ligar, y un cordonete.

Un ayudante le entregó las dos cosas.

No, en mi vida he visto tanta prontitud y destreza como la que desplegó aquel hombre. En un momento estuvo ligada la arteria, reconocida la herida, y aplicado el apósito: después le vendó el brazo, y colocando al enfermo en una postura conveniente le dió una cucharada de un cordial, con la que no tardó en abrir los ojos, si bien volvió á cerrarlos al instante.

—Veis, doctor?—le dije lleno de ansiedad—vuelve á cerrar los ojos.

—Tranquilizaos—me dijo aquel hombre con severidad;—no mueve el Sr. Nottely. Tened sí, sumo cuidado en no moverle, y, sobre todo, en no levantarle la cabeza.

Tranquilizado, en efecto, corrí hacia el Sr. Nomara. Estaba tendido en la lancha, y con la cabeza apoyada en el pecho de su hijo—á su lado estaba M. Leynoff.

—Qué tal, señor, cómo os hallais?

—Muy molido, Mendoza, pero demasiado bien, atendido el peligro que acabo de pasar. Y Nottely?

—Pálido como un cadáver y sin conocimiento; pero, según dice el doctor, no morirá.

—Gracias, gran Dios! gracias;—dijo el anciano levantando al cielo sus ojos.

—Oh, Mendoza!—me dijo Silaydi;—no os separeis de él un momento; os lo suplico.

—Descuidad, Silaydi; ya sabeis cuánto le quiero.

—Sí, y muy bien se lo habeis probado.

—Ahora hacedme el obsequio de llamar al cirujano,—me dijo el príncipe.

Llamado éste, se presentó al punto.

—A qué atribuis, doctor,—le dijo el Sr. Nomara,—la herida del embajador?

—A la punta de algun ancla, contra la cual debió tropezar, sin duda, cuando os cogió para salvaros.

—Puede ser, puede ser—dijo el anciano.—Ahora hacedme el favor de ir á ver al rey para participarle nuestro estado, y rogarle que nos permita volver á casa. Vos, Mendoza, id con él para traer á las señoras.

—Ya están aquí,—le contesté.

En efecto, acompañadas de los Sres. Rodulio, Nolatto y Sulfendy llegaron la princesa y su hija.

Difícilmente podria explicarse el gozo de esta ilustre familia cuando se vió reunida. La princesa abrazó llorando á su esposo; pero Aneyda, no sólo le abrazó, sino que colgada de su cuello, le llenaba de besos y de lágrimas.

Mientras pasaba esta escena junto al príncipe, pasaba otra igual al lado del embajador. El Sr. Rodulio, arrodillado junto á él, lloraba como un niño; M. Leynoff le tenía cogida una mano; y el Sr. Nolatto le contemplaba con dolor.

Pasadas las primeras emociones de Aneyda, la vi volverse hácia nosotros, y cuando percibió á Nottely, inmóvil y cubierto de sangre, perdió el color, se sentó al instante sin duda para no caerse, y ya no se movió ni desplegó los labios: parecia una estatua.

Calmado por el cirujano el Sr. Rodulio, se llegó al príncipe y le dijo:

—El rey, querido Nomara, nos mandó aquí para que te hiciésemos presente lo mucho que habia sentido tu desgracia y la del embajador, si bien sabe ya que no correis ningun peligro: permite, además, que os retireis; pero quiere que os acompañen sus cirujanos.

—Está bien,—respondió el Sr. Nomara:—le darás las gracias en mi nombre y en el del embajador, porque vamos á marcharnos al instante.

—Pues hasta la vista, que yo vuelvo tambien á dar cuenta al rey de vuestro estado.

Idos los Sres. Rodulio y Nolatto, llamó el príncipe á los cirujanos y les dijo:

—Nos acompañais, señores; así lo quiere S. M.

—Con mucho gusto—contestaron ámbos.

—¿Puede el Sr. Nottely ir en carruaje después que salgamos de la lancha?

—De ningún modo, contestó uno de ellos.

—Pues cómo quereis que vaya?

—En una camilla.

—Pronto; dad la orden para que una lancha se adelante, que busque una en el primer hospital que encuentre, y que nos espere con ella en el muelle mismo.

Dada la orden, y marchando ya la lancha, la seguimos nosotros con despacio.

De cuando en cuando, uno de los cirujanos tomaba el pulso al herido, y le daba una cucharada del cordial; pero como no hablaba todavía, dijo una vez:

—Ha perdido mucha sangre, sin duda con los esfuerzos que hizo para salvar al príncipe y salvarse á sí mismo. ¡Valiente joven!

—Verdad que no corre ningún peligro, doctor?

—Ninguno.

—Qué dulce es esa palabra, amigo mío!

—Parece que le quereis mucho.

—No lo sabeis bien, —le contesté.

A cada instante el príncipe y su hijo preguntaban por Nottely; y cuando el doctor les decía que seguía bien, brillaba en sus semblantes el más puro gozo.

—Pero cómo no habla aún?—dije una vez al Sr. Nomara.

—Porque está muy débil, señor; ha perdido mucha sangre con los esfuerzos que hizo para salvaros y salvarse á sí mismo: algunos minutos más debajo del agua, y el embajador hubiera muerto.

—Qué joven!—decía el Sr. Silaydi.

—Es nuestro ángel tutelar, Silaydi,—repuso el príncipe.

La princesa callaba.

Aneyda, inmóvil y clavada la vista en Nottely, no desplegó los labios.

Por fin, llegamos al muelle donde ya nos esperaba la camilla.

Sacamos al embajador con el más exquisito cuidado, y lo colocamos en ella.

Cogido del brazo del Sr. Sulfendy y del de su hijo, salió el

Sr. Nomara, y entró en el coche. Tras él entraron las señoras, M. Leynoff, Silaydi, y el Sr. Sulfendy.

—Yo voy con la camilla,—les dije.

—Sí, Mendoza, sí,—contestó el príncipe;—pero tened entendido que no le llevais á su casa, sino á la mia.

—A la vuestra!

—Sí, Mendoza, á la mia, porque la de él está muy léjos, y podría perjudicarle un camino tan largo.

—Bien, señor, le llevaremos á la vuestra.

Cuando llegamos, subimos al herido en la misma camilla, y le colocamos en un lecho. Acabado esto, dijo el doctor:

—Ahora no teneis más que darle, cada dos horas, una cucharada de este cordial, algunos caldos, en corta cantidad, y un poco de agua azucarada. Ya daré una vuelta por aquí, ántes de acostarme.

M. Leynoff y yo nos empeñamos en no desamparar al herido; con que nos instalamos uno á los piés, y otro á la cabecera de su cama.

El Sr. Nomara se acostó tambien, y á su lado estaban la princesa y su hija. El Sr. Silaydi iba y venia desde el cuarto de su padre al de Nottely, y del de este al de aquel.

A las cuatro volvió el doctor, le tomó el pulso y le examinó con atencion.

—No hay cuidado—me dijo;—sigue perfectamente.

—Y en qué lo conoceis, doctor? El no habla, ni se mueve, y si abre los ojos, vuelve á cerrarlos al instante.

—No importa; el pulso se reanima, el calor se hace general, y el semblante ha perdido su extremada palidez; miradle.

Diciendo esto, acercó la luz al rostro del Sr. Nottely, que parecia otro efectivamente.

—Sí, sí; teneis razon.

—Con que hasta mañana.

—Vendreis temprano?

—La primera visita será para él.

Hice que M. Leynoff se fuese á acostar, y yo me quedé con el enfermo.

Pasó la noche al parecer dormido; y si no dormía, estaba á lo ménos tranquilo: su respiracion no era tan frecuente como en el camino y en la lancha, y los desmayos habian desaparecido enteramente.

CAPITULO XXXV.

CURA Y CONVALESCENCIA DEL SEÑOR NOTTELY.

Principiaba á amanecer, cuando le ví abrir los ojos y pasearlos por el cuarto, como si quisiese reconocer dónde se hallaba: después los fijó en mí con intencion, sin hablar, y como aquel que trata de coordinar sus ideas. Por último, me dijo con voz apenas perceptible:

—Vos aquí, Mendoza!

—Sí, querido Nottely; siempre junto á vos, siempre.

Sin apartar los ojos de mí, me estuvo mirando largo rato, al cabo del cual dijo, procurando sonreirse:

—Qué bueno sois!

—Sí; pero no habéis tanto, porque os hará daño.

Y como si no le hubiese dicho nada, añadió:

—Sabeis cómo sigue el príncipe? Me parece que le he salvado.

—Y tanto como le salvásteis, querido; bien caro os hubo de costar.

—Sí, sí; me parece que me lastimé un poco. Ah! sí, ahora me acuerdo; tropecé con la punta de un ancla al tiempo de ir á cogerle.

—Diantre! así nos lo dijo el doctor, y veo que tenía razón.

—Qué doctor?

—El que os curó el brazo.

—El brazo!—dijo, procurando levantarse para verlo;—pero no pudiendo conseguirlo, añadió:

—Es verdad, es verdad; lo tengo muy pesado y me duele bastante.

—Pronto vendrá el cirujano y os lo aflojará.

Volvió á pasear los ojos por el cuarto, y después de otro momento de silencio dijo:

—Pero esta no es mi habitación, Mendoza: dónde estoy?

En casa del Sr. Nomara, querido.

—En casa del Sr. Nomara!—dijo procurando incorporarse, y volviendo á caer al instante.—En casa del Sr. Nomara! Cómo así?

—Oh! por Dios, no os movais, Nottely. Estais en casa del señor

Nomara, porque absolutamente no ha querido que os llevasen á la vuestra, y fué preciso obedecerle.

Largo rato de silencio, durante el cual observé que se humedecían sus ojos y que suspiraba con frecuencia. Por último, volvió á decir:

—En casa del Sr Nomara! Y Aneyda? Oh Dios mio! Me aborrecerá, me despreciará.

—Nottely, no penseis en esas cosas que podrán haceros daño estando tan débil: dadme este gusto, os lo suplico.

Mas como si no me hubiese oído, añadió:

—Oh Mendoza! ¿qué mano oculta, qué poder ó qué casualidad me ha llevado junto á esa mujer á quien no conocía, y á quien detesto sólo porque me ví forzado á acompañarla cuando Aneyda podia verme?

Al oír esto, me puse en pié, y dije:

—Adios, Nottely; me marchó.

—Ah! me dejais?—me dijo, lanzando sobre mí una mirada suplicante.

—No, si callais, y ahora mismo si decis otra palabra.

—Bien; callaré: qué cruel sois!

—¿No veis, querido, que en el estado en que os hallais, no digo ya el hablar, sino el pensar en ciertas cosas puede ocasionar consecuencias muy funestas? Esas conversaciones no son para ahora; dejadlas para cuando esteis mejor, y entónces hablaremos de ellas lo que querais.

—Os obedeceré, Mendoza, si me contestais á una pregunta.

—Qué pregunta?

—¿Creeis que haya desmerecido algo en el concepto de Aneyda por haberme visto junto á esa mujer?

—No, Nottely; os juro que no. Aneyda es demasiado grande para pararse en esas pequeñeces, que pudieron ser efecto de pura casualidad.

—Callo, Mendoza, y estoy tranquilo.

Y en efecto, no volvió á desplegar sus labios. Pero ¿qué hubiera sido del embajador si le hubiese dicho el estrago que habia causado en Aneyda su compañía con la forastera?

El doctor entró, le tomó el pulso, y le aflojó la venda: en seguida dispuso una bebida refrigerante, porque la reaccion, segun me dijo, era muy viva, y se marchó después de haber encargado la dieta, el silencio y la quietud.

Apénas salió el doctor, entró M. Leynoff, que me sustituyó al lado del enfermo, mientras yo iba á ver al Sr. Nomara. Estaba éste preguntando al doctor por el estado de Nottely, cuando yo entré.

—Ya sé, querido Mendoza, que sigue mejor nuestro Nottely.

—Así es, señor: y vos ¿cómo os hallais?

—Yo, amigo, perfectamente. Voy á levantarme para ir á ver al enfermo.

—No hagais tal cosa, señor, —dijo el cirujano, — porque en el estado en que se halla, no sólo le perjudica el hablar, sino tambien vuestra presencia. Creedme: hasta mañana nadie debe entrar en su cuarto sino el Sr. Mendoza, que me parece le quiere demasiado para que no le cuide con esmero.

Y volviéndose á mí, añadió:

—Os ha hablado algo?

—Sí; y tuve que amenazarle con marcharme, para hacerle callar.

—Y habeis hecho perfectamente. Mañana será otra cosa, porque no le hará tanto daño hablar un poco.

Todo aquel día se pasó en recibir recados de las familias más distinguidas de Romalia, y hasta los menestrales se agolpaban á la puerta para preguntar por los enfermos, á quienes querian en extremo. A las cuatro, estaba la calle atestada de carruajes, y á las cinco, llegó el Monarca acompañado de los señores Redulio, Nolatto, Nomaty, y de los embajadores de Catilia y de Nostracia. La familia del Sr. Nomara bajó á recibirle al patio, donde quedó la escolta y todos los que le seguian, excepto los señores que acabo de nombrar, que subieron con S. M. Yo no bajé por no abandonar á Nottely.

Dos cosas me afectaron aquella mañana: fué la primera, la llegada de los empleados y dependientes de la Embajada, á quienes me empeñé en recibir en mi cuarto, mientras M. Leynoff hacía compañía al enfermo. Ante todo, abracé cordialmente al Sr. Coloby, y á los demás Nostracianos que nos habian acompañado á la caverna de Russilio: entre ellos estaba el herido de gravedad, ya completamente curado. Es imposible describir la alegría de aquellos hombres cuando les aseguré que Nottely estaba fuera de peligro, é imposible tampoco dar una idea del tierno afecto que le profesaban.

La segunda fué ésta: me dirigia al cuarto del Embajador, después de despedir á los Nostracianos, cuando al pasar junto á una ventana que estaba enfrente de aquel, percibi á Aneyda, que aprovechando la ocasion en que, tanto la familia como los ariadados no pensaban más que, unos en el monarca y otros en su sequito, se llegó quedito á la puerta, apoyó la mano en la pared, pegó á ella la cabeza, y en esta postura, y escuchando con ansiedad, permaneció inmóvil. De cuando en cuando se volvía para observar si alguno la miraba, y por último, se marchó de puntillas, después de haber llevado repetidas veces su pañuelo á los ojos. Se supone que tan pronto como la vi, me estuve quieto para dejarle gozar de aquel pequeño desahogo. ¡Y eso que estaba irritada contra el Embajador!...

—Oh Aneyda!—dije para conmigo;—mucho amas á Nottely!

Al tercer día del suceso, entraron á ver al herido el Sr. Nomara y su hijo: allí estábamos nosotros. Fué tiernísima aquella primera entrevista, y me persuado que el embajador pasó entónces uno de los mejores momentos de su vida, viéndose rodeado y felicitado por personas que le eran tan queridas.

—Las palabras, Nottely,—dijo con su natural gravedad el señor Nomara,—tienen poco valor en momentos como éste, Acabais de salvar mi vida, habeis salvado la de Silaydi, y ambas consideraciones, grabadas profundamente en lo más íntimo de nuestras almas, hablan mucho más alto que pudieran hacerlo las palabras.

—Oh, señor...

Iba á continuar, cuando entró el Sr. Rodulio, el cual, sin saludarnos siquiera, ni hacer el menor caso de nosotros, dijo con voz entrecortada y corriendo hácia el embajador:

—Aunque os ahogue, he de abrazaros, tunante.

Y le abrazó efectivamente.

Ninguno de nosotros dejó de afectarse al ver la ternura de aquel hombre tan digno de aprecio por su noble franqueza y naturalidad.

Y el embajador, conmovido á su vez por aquel cariño nunca desmentido, le abrazó tambien, pasando alrededor de su cuello el brazo sano.

Después de él entró el Sr. Nomatty. Su visita fué, como debe inferirse, de pura etiqueta y ceremoniosa.

Cuando quedamos solos, dije á Nottely:

—Vamos, referidme ahora, como habeis conocido á esa forastera.

—Es muy sencillo, Mendoza. Acababa de levantarme, cuando entró mi ayuda de cámara con una carta, en la que se me rogaba que pasase á la calle de la Flor, número 2, donde me esperaba una señora que tenia que hablarme. Contesté en seguida, que tan pronto como me desocupase de un negocio urgente, iria allá, y así lo hice efectivamente. Juzgad de mi sorpresa cuando me encontré con las dos mujeres que habeis visto.

—Perdonadme, Sr. Nottely,—me dijo la jóven después que la saludé,—si os hice venir á mi casa para entregaros esta carta de vuestro amigo el Sr. Coleydi.

Este caballero, Mendoza, es uno de los más grandes señores de Tolayda, á quien traté bastante en mi último viaje á Catilia. No sé si habreis visto á un jovencito atolondrado que anda por aquí estos dias, llamado Catarrulo...

—Sí, sí, le he visto en el café: me lo enseñó el Sr. Ricary, y es por cierto un tipo bien original.

—Pues bien; el padre de ese jóven es el que me escribia, rogándome que recomendase esta señorita á mis parientes de Sameyda, adonde iba á ver á su tio.

—Con el mayor placer, señorita,—le contesté:—¿cuando quereis la carta?

—Mañana, si gustais.

—Esta noche os la traerá mi secretario.

—Gracias.—Y ahora, añadió, mirándome de un modo que no dejó de sorprenderme;—me concedereis otro favor?

—Si está en mi mano, desde luego.

—No conozco á nadie en Romalia: ¿tendreis la amabilidad de acompañarnos al paseo y al teatro?

Confieso, Mendoza, que hecha la pregunta, me acordé al instante de Aneyda; pero ¿cómo negarse á una súplica que nada tenia de particular, hecha por una dama, y una dama, además, recomendada por un amigo? No pude, pues, ménos de responderle afirmativamente.

—De véras,—me preguntó,—de véras nos dispensais ese favor sin molestaros?

—A qué hora quereis que me halle aquí?

—A las dos.

—No faltaré.

Y me despedí.

Lo demás, ya lo sabeis; pero lo que no sabeis es el tormento que he sufrido cuando en el paseo ví á Aneyda, y cuando me hallé enfrente de ella en el teatro. Siempre me causaria repugnancia la mujer más hermosa de Saturno, si por su causa tuviese que disgustar á ese ángel; pero luego que observé que las palabras y maneras de la forastera no correspondian á la idea que de ella me formé en un principio, entónces, no sólo me repugnó, sino que me negué resueltamente á la invitacion que me hicieron para que comiese con ellas y las acompañase al dia siguiente.

—Comprendo, amigo, y comprendo demasiado vuestro fatal compromiso, lo mismo que lo que debísteis haber sufrido. Paciencia, y quiera Dios que algun dia no veamos en este suceso algo más que casualidad.

—Por qué decís eso, Mendoza?

—Por nada; sospechas mías quizás. Ahora recogeos para que no os haga daño lo mucho que habeis hablado.

Y me retiré.

CAPITULO XXXVI.

DECLARACION.

En fin, al décimo dia salió el embajador de su habitacion, pálido sí, pero con una palidez que le hacia más interesante.

Ya de noche, nos paseábamos él y yo por una galería, cuando se paró y me dijo:

—Mendoza, hace calor y me siento sofocado: quereis qué bajemos al jardin?

—Por mí, no hay inconveniente; pero temo que os haga daño el rocío.

—No, porque me siento bien, y porque si así fuese, nos meteriamos en el pabellon.

—Pues vamos.

Y bajamos efectivamente.

Al entrar en el jardin, aspiramos una blanda brisa impregnada de la fragancia que se desprendia de las flores.

—Ah, que bien se está aquí,—dijo el Embajador mirando á uno y otro lado:—sentémonos, Mendoza.

La atmósfera estaba serena; ni el más leve celaje empañaba el azul purísimo del cielo. Miles de estrellas entre las cuales brillaba, espléndido, el más grande y lejano de los satélites de Saturno, aparecían diseminadas aquí y allá por el espacio, realzando con su luz plateada el misterio de la noche, así como el silencio que reinaba en torno de nosotros nos hacía sentir su sublime encanto. Además, la ancha faja luminosa que formaban los anillos, y que dividía el cielo en dos mitades (puesto que se extendía desde el uno al otro extremo del horizonte), alumbraba los objetos con un suave é indefinible resplandor.

—Qué espectáculo tan bello!—exclamé.

—¡Y cuánto no dice al alma que, replegada en sí misma, lo contempla!—dijo el embajador.—¡Si yo pudiera manifestaros lo que experimento dentro de mí, y las ideas que á mi mente se agolpan en este instante! Si fuese capaz...

Un ligero ruido que oímos entónces, nos hizo mirar á una alameda que se extendía á espaldas nuestras, y por la cual vimos salir dos mujeres que se acercaban hablando hácia nosotros. Cuando estuvieron cerca, dijo una de ellas:

—No te canses, Nassala; le apreciaré siempre como al salvador de mi padre y de mi hermano; pero nunca....

—Oh, no prosigais,—dijo Nottely, adelantándose fuera de sí, adonde estaban las dos jóvenes;—no prosigais, por Dios, ó me vereis espirar á vuestros piés.

La aparición del embajador fué tan rápida é inesperada, que las jóvenes no pudieron ménos de exhalar un grito.

—Cuidado,—advertí yo, que de un salto me había puesto junto á ellas;—cuidado, no griteis, pues podrán oírlos, y creer que, lo que ha sido efecto de la casualidad, estaba convenido de antemano.

Después, acercándome á Nassala, le dije en voz baja:

—Alejémonos un poco, si gustais, y dejémoslos hablar, porque os juro que lo necesitan.

—Alejémonos,—contestó Nassala.

Y como si lo hiciésemos sin objeto, nos apartamos algunos pasos de Aneyda y de Nottely, que estoy seguro, no lo notaron siquiera, puesto que en el momento decia Aneyda al embajador:

—En verdad, Sr. Nottely, que vuestra repentina aparición me

asustó en un principio, y me impidió comprender lo que deciais; mas ahora me alegro de ella, toda vez que me proporciona la ocasion de haceros presente mi agradecimiento por el auxilio que prestásteis á papá.

—Vuestro agradecimiento!

—Y tambien mi satisfaccion por veros restablecido. Adios, señor embajador.

Y Aneyda dió un paso para marcharse.

—Un momento, un solo momento, por piedad!—dijo el embajador.

—Qué me quereis?—repuso Aneyda parándose.

—Quiero deciros, por primera y última vez, lo que sufro y lo que siente mi corazon.

—Lo que siente vuestro corazon! No os entiendo, caballero.

—Escuchadme entónces, y me entenderéis, añadió el jóven. Hay en Saturno un sér que adoro, y á quien he entregado toda mi alma desde el momento que le ví y tuve la dicha de acercarme á él. Hubo un tiempo, sueño vano! en que creí poder inspirarle algo de la ternura que yo siento; mas al ver la indiferencia que me manifiesta, y el desden y frialdad con que me trata, mis esperanzas mueren, mis ilusiones se disipan, y sólo me queda una triste y dolorosa realidad.

Pero como de este ser pendia mi vida, su indiferencia tiene muy pronto que matarme. Y mientras esto sucede, y en tanto que mi corazon herido sufre tormentos superiores á sus fuerzas, no sólo no le abortezco, porque esto me sería imposible, sino que voy á hacer fervientes votos por su felicidad. Ahora que me habeis oido, podeis marcharos: adios, Aneyda.

Pero Aneyda, profundamente conmovida por el lenguaje solemne de Nottely, no se movió, y arrastrada por lo que dentro de sí sentia, no pudo ménos de decir:

—Sin duda, al hablar así, os referis á la persona con quien recientemente os ví en el paseo y en el teatro; mas no sé, en verdad, por qué os quejais, puesto que, léjos de despreciaros, parecia, por el contrario, muy dichosa á vuestro lado.

—Oh!—dijo Nottely con vehemencia:—vos no creéis lo que decís; no podeis creerlo; es imposible que lo creais.

—Sí tal, señor embajador, y estoy segura de que no me engaño. Vos acompañais á una jóven de grandes atractivos por los sitios

más públicos de Romalia, y esto no puede hacerse á no mediar un interes...

—Decid más bien un compromiso, y un compromiso ineludible que fué lo que me forzó á ello: os lo juro por mi honor, Aneyda.

Y rápidamente contó el embajador cuanto le habia pasado con la forastera, después de lo cual volvió á decir:

—Por lo demas, creedlo; el sér de quien os hablo, á quien adoro, á quien dedico todos mis pensamientos, aquel cuyo recuerdo jamas me deja, y por quien daria mi misma vida, ese sér sois vos, Aneyda.

—Yo!—dijo con emocion la jóven.

—Vos, á quien miro como mi Dios y mi todo en este mundo.

—Con que es á mí á quien amais?

—A vos tan sólo; y puesto que he osado decíroslo, aborrecedme si quereis.

A la pálida luz de los arcos, ví entónces á Aneida cubierta de virginal pudor, palpitante el seno, entreabiertos los lábios, húmeda la mirada, y presa toda ella de una intensa y vivísima emocion.

Tras un momento de silencio, volvió á decir el embajador:

—Aneyda, tal vez os he ofendido; tal vez mi atrevimiento atrajo sobre mí vuestro enojo; y si es así, decídmelo, decídmelo á mí, que por desagraviaros verteria hasta la última gota de mi sangre. Oh, no sabeis cuánto he sufrido, ni lo que sufro todavía, esperando la primera palabra que va á salir de vuestros lábios, porque esa palabra, Aneyda, decidirá mi suerte, haciéndome el más feliz ó el más desdichado de los hombres. Decidla, pues, y sacadme de esta duda que me mata.

Conmovida y con la cabeza baja escuchaba Aneyda al embajador; parecia que meditaba, y sólo después de un rato pudo decir con una naturalidad que la realzaba en extremo:

—Pues bien, señor, no estoy enojada con vos.

—Es cierto? Podré creer lo que decís?

—Sí.

—Luego no os soy indiferente?

—Nunca me lo habeis sido.

—Y aceptais mi amor?

—Con toda mi alma.

—Es decir que vos tambien...

—Os amaba, y por eso he sufrido tanto, creyendo que amábais á otra.

—Oh, Aneyda! —exclamó con fuego el embajador;—me haceis el más venturoso de los hombres: y por esta noche, que no olvidaré jamás; por esa luz que sobre nosotros proyectan nuestros satélites; y por ese cielo teñido de azul y bordado de oro que cubre nuestras cabezas, os juro que vos y vuestra dicha serán mi único objeto en este mundo.

—Os creo, señor,—dijo Aneyda;—os creo, porque yo, á mi vez, os prometo que no siendo á vos, á nadie uniré mi suerte en Saturno, aun cuando para cumplir esta promesa haya de perder la vida.

Y dicho esto, alargó su mano al embajador, que la estrechó entre las suyas radiante de felicidad.

—Ya están avenidos,—dijo Nassala con voz muy baja:—sobremanera me alegro de ello; y vos?

—¿Podeis dudarlo?—le contesté;—pero reunámonos á ellos.

Y así lo hicimos.

CAPITULO XXXVI.

ENTREVISTA CON EL REY. —ENCUENTROS.

Algunos dias después de lo que dejo referido, me hallaba yo al lado del embajador, cuando vinieron á llamarle de parte del rey.

—Quereis acompañarme, Mendoza?—me dijo.

—Iria con gusto,—le respondí,—pero como supongo que S. M. querrá hablaros de negocios, no me parece regular que esté yo allí.

—Al contrario, amigo; vos y M. Leynoff sois para nosotros dos seres que ningun interes debeis tener en las cosas de Saturno; y como si algunouviéseis sería siempre por nosotros, nada nos importa que presenciéis todos nuestros actos. Con que, venid.

Cuando llegamos, no hicimos antesala, pues aunque S. M. despachaba con dos ministros, tan pronto como supo que estábamos allí, nos mandó entrar.

Nos recibió en una de sus habitaciones interiores, donde, como en todo el palacio, brillaba el oro y la magnificencia.

—Hola, Nottely, —le dijo con visible interés el soberano, — cómo estais?

—Perfectamente, señor, y aunque así no fuese, siempre estaría bien para servir á V. M.

—Lo sé, Nottely. Y el brazo, qué tal? Os servís ya de él?

—Sí, señor, algo torpe, pero no me incomoda.

—Me alegro, primero por vos, y luego por mí, porque os necesito.

—Á mí, señor?

—Sí.

—Y para qué?

—Ahora os lo diré.

Y volviéndose á mí, añadió:

—Y mi pequeño héroe, cómo está?

—Gracias, señor; para servir á V. M.

—Á propósito, Nottely; mucho debeis querer á Mendoza.

—No lo sabe bien V. M., —dijo con viveza el embajador.

—Ya lo creo. Diantre! salvaros dos veces la vida! pues no es nada.

—Aparte de eso, señor, quiero á Mendoza por su mérito, por él mismo.

—Bueno, bueno, no me opongo á que le queráis; estais en vuestro derecho, como yo lo estoy en el mio para ir aborreciéndole un poquito.

—Cómo, señor! —dije algo inquieto: —¿habré tenido la desgracia de faltar á V. M.?

—Mucho que sí, amiguito, —dijo entre risueño y enojado aquel bondadoso soberano. —Cómo! pasarse los ocho y los diez días sin venir á verme, habiéndole encargado que lo hiciese con frecuencia! Eso ya es demasiado, caballero, y si seguis así, me veré precisado á tomar alguna medida seria.

—Oh, señor! —dije hincando una rodilla y besándole la mano, que me alargó al momento: —aunque no vea á V. M., no es por falta de cariño, sino por el temor de robarle un tiempo que tanto necesita, y que tan dignamente emplea en hacer la dicha de sus súbditos; pero pedidme, señor, la vida, y vereis si titubeo en dárla por V. M.

—Ya sé que me amais, Mendoza, pero como veo tantas veces á M. Leynoff, que siempre viene á palacio con Nomara, y á vos tan

pocas, no debéis extrañar que os reconvenga de este modo. Con que, cuidado con faltar de nuevo, lo entendeis?

—Sí, señor; pero hasta en esas reconvencciones mismas no hace más V. M. que acrecer la excesiva bondad con que me honra desde que tengo la dicha de vivir en sus estados.

—Bien, bien, ya veré por los resultados si os enmendais ó nó. Y volviéndose al embajador, añadió:

—Mendoza, Nottely, no es un obstáculo para que hablemos de negocios, porque si algun interes tiene en las cosas de Saturno, siempre será á favor nuestro. Aunque enfermo, os creo al corriente, por Nomara, de todo lo de Catilia, cuyo soberano, confiado en el apoyo de Botayde, y en las huestes del príncipe de Nocuara, no cesa en su propósito de apoderarse de Talussa. Admite, sin embargo, la conferencia; pero la conferencia no es, en mi concepto, otra cosa que un pretexto para acabar de hacer sus preparativos y unir las tropas aliadas á las suyas: por eso no me descuido, y hago tambien los míos. La Nostracia, cuyos intereses son los nuestros, y que está al corriente de todo por Coloby, se arma tambien; y tan pronto como la conferencia se concluya, vendrán sus tropas á Romalia para pasar aquí la gran revista. Sabiais esto?

—'Todo, señor,—respondió Nottely.

—Ahora bien: como en este asunto la Nostracia y la Roquelia no tienen más que un pensamiento, quiero que esta noche misma marchéis vos y Nolatto á Catilia, á fin de que ántes del dia señalado para la conferencia, tanteéis los ánimos de los demás embajadores para saber lo que piensan respecto de ella. Yo nada espero, como os dije, de la conferencia; pero como deseo que de nuestra parte esté á lo ménos la justicia, os encargo que no omitais medio ninguno, salva, se entiende, la dignidad de ámbas naciones, para obtener la paz, ya haciendo ver á los ministros, y aun al rey mismo, las consecuencias terribles de la guerra, y ya haciendo que adopten igual lenguaje los embajadores de las potencias aliadas nuestras. Bastan y sobran estas indicaciones para vos, que sois tan hábil diplomático como intrépido guerrero; y sólo os encargo (así que os persuadais de que la avenencia es imposible) que deis la vuelta inmediatamente. Ahora decidme, ¿se resentirá vuestra salud si marchais hoy?

—De ningun modo, señor, y todo se hará como desea V. M.

—Además,—añadió el rey,—el no haber vuelto Nostrendy,

como habia ofrecido, á darme cuenta de la conversacion habida con su tio, me hace ver, no sólo que es inevitable la guerra, sino que no se ha portado muy bien el tal sujeto: lo tendremos presente.

—Tiene V. M. más que mandarme?

—No; podeis marcharos. Ah, no os olvideis de veros con Nollatto para conveniros en la hora que debeis salir: segun me dijo, creo que será de noche.

—Muy bien, señor.

—Si de aquí á que salgais, tengo alguna orden que daros, ya os avisaré. Estais en casa de Nomara todavía?

—Sí, señor, pero hasta el medio dia y nada más.

—Muy bien.

Y volviéndose á mí, añadió:

—Cuidado con otra, caballerito.

—No volveré á faltar, señor?

Y besando el embajador y yo otra vez su mano, nos marchamos. Cuando llegamos á casa entramos en el salon, donde encontramos á Aneyda leyendo.

—Tan sola, Aneyda!—dijo el Sr. Nottely.

—Mamá acaba de salir con la señora Notissa y el caballero Nollatty; Silaydi está en palacio, y M. Leynoff y papá se pasean en la huerta.

Viendo yo la bella ocasion que á Nottely se le presentaba para despedirse de Aneyda, les dije:

—Aprovechad este momento, amigos, para despediros.

—Para despedirnos!—dijo Aneyda perdiendo el color.

—Por muy pocos dias, Aneyda,—dijo el Sr. Nottely.

—Pues adónde vais, señor?

Antes que respondiese el embajador, les dije yo:

—Mientras hablais, voy á la huerta para entretener al príncipe y á M. Leynoff.

Una mirada de gratitud fué la respuesta de los jóvenes.

Hallé, en efecto, paseándose y hablando á los dos viejos. Contéles, lo más detalladamente que pude, nuestra entrevista con el rey, y hablamos mucho de este asunto, que era muy del gusto del señor Nomara. Habria una hora que nos ocupábamos de él, cuando dijo el príncipe:

—Quisiera ver á Nottely: sabeis dónde está, Mendoza?

—Sí, señor; quereis que le llame?

—Si no os molestais.....

—Voy al instante.

Y corrí al salon. Cuando llegué, estaba á la puerta el embajador á quien oí decir:

—Y consentís?

—Sí,—respondió Aneyda.

—Esta misma noche?

—Esta misma noche.

—Y sin repugnancia, sin la más leve repugnancia siquiera?

—Sin la más leve.

—Qué feliz soy!

Y al decir esto, salió el embajador, encontrándose conmigo.

—Qué hay, Mendoza? ocurre algo?

—El príncipe quiere veros.

—Dónde está?

—En la huerta.

—Pues vamos allá.

Iba á seguirle con intencion de preguntarle á qué aludian las últimas palabras que habia dicho á Aneyda, cuando vi entrar de puntillas en el cuarto de ésta al Sr. Nomatty. El embajador, absorto sin duda con la conversacion que acababa de tener, nada percibió; pero viendo que me paraba, dijo:

—No venís, Mendoza?

—Id andando, que allá voy.

Marchóse, y yo me dirigí á mi cuarto, porque tenia que pasar por delante del de Aneyda. Cuando llegué á la puerta, me paré un poco, y oí un murmullo como de personas que hablaban; pero como nada tenia de agradable que saliesen y me hallasen allí parado, continué mi camino con intencion de quedarme á la puerta del mio y observar. No habia cinco minutos que estaba en ella, cuando vi salir al Sr. Nomatty acompañado de la doncella, con la cual hablaba animadamente, aunque en voz baja.

—¿Obsequiará este hombre,—dije para conmigo,—á esta muchacha, ó traerá con ella alguna intriga de otro género?

Bajé á la huerta deseoso de preguntar al embajador el significado de aquellas palabras que le habia oido cuando salia del salon y que tanto me habian chocado; pero nos llamaron á comer y no pude hacerlo. En la mesa, se continuó la conversacion de la huer-

ta, es decir, sobre política; pero el embajador, que atendia más á mirar á Aneyda que á otra cosa, habló poco.

Acabada la comida, se despidió éste de la familia con aquella finura y amabilidad que le eran peculiares. El príncipe y M. Leynoff le abrazaron tiernamente, y la princesa sólo le encargó que visitase á Nostrendy. Aneyda se despidió de él con la finura y reserva propias de su edad: sus ojos dijeron lo demás.

—A qué hora pensáis salir?—preguntó el Sr. Nomara.

—Lo ignoro todavía; pero sé que será de noche, segun me dijo S. M.

Iba á abrazar á Silaydi, cuando éste le dijo:

—No, amigo; todavía no.

—Pues qué hay?

—Que os acompañamos Mendoza y yo.

—Hombre...

—Y como que no hay remedio,—dijo sonriendo el Sr. Silaydi,—marchemos.

Y nos marchamos.

Cuando llegamos á la embajada, nos abrazó Nottely cariñosamente, y nos dijo:

—Ahora, mis queridos amigos, permitidme que os deje. Tengo que arreglar varias cosas, hacer cuatro ó cinco visitas, y mis preparativos de viaje. Con qué, hasta la vuelta.

Bien sentia yo no hablar algo en particular con Nottely, y, sobre todo, no preguntarle el significado de aquellas palabras que, sin saber por qué, me habian chocado tanto; pero como estaba allí Silaydi y me esperaba, me fué imposible hacerlo. ¡Cuánto me pesó después no haberle llamado á parte á todo trance!

Jamás creí echar tanto de ménos al embajador; experimentaba un vacío, que nadie, ni aun el mismo M. Leynoff, podia llenar. Silaydi notó mi tristeza, y como sabia la causa, me dijo con un interes que siempre tendré presente:

—Cuánto lo sentis, Mendoza!

—No puedo negarlo, Silaydi; amo mucho, y aún más de lo que creia, al embajador.

—No lo extraño, porque le merece; pero más debe amaros él á vos, que le habeis salvado dos veces la vida.

—Oh, eso no merece la pena, porque él hubiera hecho por mí otro tanto. Lo que me hace quererle más, aparte de su indispu-

table mérito, es la amabilidad con que nos trató á M. Leynoff y á mí, desde que nos vió en Saturno. Esto, querido Silaydi, en un mundo desconocido, y tratándose de hombres que debían serle tan extraños, nunca se olvida. Por eso, mientras viva, amaré con toda mi alma á vuestro padre.

—Como él y todos... os amamos á vos.

—Ya lo sé.

De una manera que no pudimos evitar, tropezamos con Nomatty, que venia con tres jóvenes Catilianos. Fué preciso saludarnos. El Sr. Nomatty se puso muy encarnado: habia antipatia entre este jóven y nosotros. Hubo un momento de silencio bastante embarazoso para todos, porque interiormente, estoy seguro que unos y otros deseábamos vernos á cien leguas de distancia. Por último, dijo el Sr. Nomatty:

—Parece que se marcha Nottoly: es así, señores?

—Así parece,—respondí yo.—Y vos, caballero Nomatty, no marchais tambien?

Esto lo dije con intencion de hacerle hablar.

—Hasta que sepa el resultado de la conferencia, nó.

—Pero si el resultado es bueno, os quedareis, verdad?

—Probablemente. Pero, señores,—añadió cortado por la frialdad de Silaydi;—os estoy deteniendo, y quereis pasear. Dispensadme.

Y nos separamos haciéndonos una profunda cortesía, pero sin darnos la mano.

No habíamos andado veinte pasos, cuando vimos venir corriendo y saltando á Cattarrulo.

—Oh, señores,—dijo éste, después que se nos acercó:—¡cuánto celebro encontraros!

—Hola, amiguito, qué hay?

—Un baile, caballero Mendoza, un gran baile al cual asistirá toda Romalia. Quereis qué os lleve? Soy el todo de la casa.

—No, gracias,—le respondí;—tenemos que hacer esta noche.

—Es que será brillante, y hay además muy lindas niñas: dos particularmente, que yo obsequio y que me aman con ferocidad, son adorables. Visten con un lujo y una elegancia que encantan.

—Con que os aman, eh?

—Qué si me aman! que si me aman! me idolatran. Quereis ver sus cartas?

Y ya echaba la mano al bolsillo, cuando dijo Silaydi:

—Nos esperan, Mendoza; vamos pronto.

—Adónde vais? al paseo? Voy con vosotros, —dijo al instante Cattarrulo.

—No, amigo, —dijo el Sr. Silaydi; —vamos á evacuar un negocio grave.

—Lo siento, caballero Silaydi; á fé mia que lo siento, porque acaso estarian allí mis dos divinas y os las enseñaria; pero otro dia será. Adios: soy todo vuestro.

Y se marchó tan de prisa como vino.

—Siento privaros de ese ente, Mendoza; pero, francamente, no lo puedo soportar.

—En otra ocasion lo sentiria más, Silaydi. Quereis qué volvamos á casa?

—Sí, aunque no sea más que por no tropezar con él.

(Se continuará.)

TIRSO AGUIMANA DE VEGA.

UNA TEMPORADA EN EL MAS BELLO DE LOS PLANETAS.

CAPITULO XXXVII.

RAPTO.

Habia en el palacio de Nomara cierta tristeza que me agradó en extremo, porque estaba en armonía con la mía. Todos echaban de ménos al embajador, excepto la princesa, que reía y bromeaba con sus contertulios como si nada hubiera pasado. Aneyda hablaba con Nassala, M. Leynoff con el príncipe y el Sr. Otrocy.

Después que se retiraron y cenamos me fui á acostar. Nada dije á M. Leynoff, que viéndome tan abatido y conociendo la causa, calló tambien. Me fué imposible dormir, y ya pasaba mucho de la media noche cuando me pareció sentir un ruido particular que me llamó la atención. Me puse á escuchar y se me figuró que oía gritos; me incorporo en la cama, y escucho de nuevo: no habia duda: los gritos seguian é iban en aumento.

—Qué será esto?—dije para conmigo.

De repente siento pasos precipitados, como de personas que corrian.

—No, aquí hay algo,—dije tirándome de la cama y vistiéndome á toda prisa.

Los gritos aumentaron hasta el punto que oí decir:

—Oh qué desgracia, señorito! Qué desgracia!

A estos gritos despertó M. Leynoff.

—Qué es eso, Mendoza?—me dijo.

—No lo sé, amigo: oigo gritos y he sentido pasos de personas que corrian, pero nada más puedo deciros.

—Voy á vestirme,—dijo M. Leynoff,—porque tanto ruido no se hace sin motivo.

Cuando M. Leynoff dijo estas palabras ya estaba yo listo y fuera del aposento: entónces tropiezo con el Sr. Sulfendy, que venía corriendo.

—Qué hay, amigo?—le pregunté.

—No lo sé, señor,—me respondió sofocado por la prisa;—pero algo ha sucedido á la señorita, porque veo gente en su cuarto: vamos allá, si gustais.

—Vamos.

Y efectivamente nos dirigimos al cuarto de Aneyda. Cuando llegamos estaban en él, medio vestidos, los príncipes y el señor Silaydi escuchando á la doncella que era la que había dado los gritos.

Nada preguntamos por no interrumpir la relacion que aquella hacía y que oían los príncipes con ansiedad.

En esto entró M. Leynoff.

—Estábamos hablando,—continuó la doncella con voz entrecortada por los sollozos,—la señorita y yo, cuando nos pareció oír ruido en el balcon: volvimos la cabeza y vimos, detrás de los vidrios, moverse unas sombras que nos llenaron de espanto. Doy un grito, é iba á llamar, cuando se abrió el balcon y entraron cuatro hombres embozados y con las caras cubiertas.

Uno de ellos se vino hácia mí, y poniéndome un cuchillo al pecho, me dijo:

—Si das un grito, te mato.

Otro, que parecía más fino, cogió á la señorita por un brazo, y le dijo:

—Nada teneis que temer si no gritais y no os oponeis á nuestra voluntad; pero si creida de que vendrán á socorreros dais un grito ó haceis la más leve resistencia, sois perdida. Evitadnos, pues, la violencia.

La señorita dijo entónces:

—Oh, papá mio! Dónde estás?

Un ¡ay! desgarrador salió del pecho del Sr. Nomara.

—Y se dejó conducir,—continuó la jóven,—por el desconocido, que la llevó al balcon, donde la entregó á otros dos, que sin duda la estaban esperando.

—Acaba,—dijo pálido de ira el Sr. Silaydi.

Pasaria como media hora cuando el que me amenazaba con el cuchillo, me dijo:

—Voy á marchar: si ántes que salga del jardín te oigo hablar ó dar el menor grito, vuelvo y te mato.

Y se marchó; pero yo, en lugar de obedecer, salí del cuarto dando los gritos que habeis oido y que os han hecho despertar.

—Oh Dios!—dijo á esta sazón el Sr. Nomara levantando sus ojos al cielo y exhalando un gemido;—dadme fuerzas para resistir tan duro golpe.

Y se dejó caer sobre un sofá con el semblante descompuesto.

La princesa, agobiada tambien por el dolor, perdió el conocimiento.

Conmovia el ver el estado de aquellos afligidos padres.

—Y has conocido á alguno?—dijo con reconcentrado furor el Sr. Silaydi.

—A ninguno, señor, porque todos tenian cubiertos los rostros, y sólo les ví los ojos.

—Y eran de Romalia, es decir, vestian como nosotros?—preguntó el Sr. Silaydi.

—No señor, porque sus túnicas y mantos se parecian á los de Nostracia.

Nos miramos unos á otros á un mismo tiempo.

—El mónstruo!—dijo la princesa, que, al volver en sí, habia oido las últimas palabras de la jóven:—ya yo lo presumia.

Lo que habia dicho Nottely al salir del salon se me vino entonces á la memoria.

—Cómo!—dije para conmigo;—¿tendrian aquellas palabras relacion con este rapto? Oh, es imposible; sería el colmo de la fatalidad.

El Sr. Nomara, exhalando hondos suspiros, parecia la estatua del dolor. M. Leynoff, que se habia acercado á él, le miraba en silencio.

Silaydi que hacia tiempo se habia quedado pensativo, dijo levantando la cabeza:

—Pronto, dos antorchas y mis armas.

—Qué vais á hacer?—le pregunté.

—A registrar el jardín y á seguirlos.

—Bien; pero no lo hagamos mal por demasiada precipitacion.

—Pues qué más quereis?

—Que nos acompañen, bien armados, mi guardia y cuatro criados vuestros, porque si los encontramos ¿qué hemos de hacer los dos solos siendo ellos seis? Además, mandad que ensillen buenos caballos para todos.

—Sí, sí, teneis razon, Mendoza,—dijo el Sr. Nomara saliendo de su estupor.—Pronto, Sulfendy, llamad á los criados y que ensillen los caballos y se armen. Corre, Silaydi, no te detengas un momento. Oh Aneyda de mi vida! que será de tí, sola y en poder de esos malvados!

Y volvió á caer abatido en el sofá.

—Y yo juro, ante Dios,—dijo la princesa irguiendo con orgullo su cabeza,—que me vengaré del infame que ha cometido tal maldad. Corre, Silaydi; tráelos.

Y veloces como el relámpago, bajamos al jardin Silaydi y yo, seguidos de los criados.

En él ya, encontramos una gorra tirada por el suelo, adornada con plumas negras. Cogióla Silaydi y la examinó con atencion. ¿Cuál sería nuestro asombro cuando vimos en ella las cifras y las armas de Nostracia?

—Oh, no puede ser, no puede ser,—dije fuera de mí;—sería una presuncion horrible.

—Horrible sí, teneis razon,—dijo el Sr. Silaydi con una sonrisa imposible de describir;—pero, por qué no puede ser, Mendoza?

—Porque ó es preciso dudar de Dios, ó no se puede creer que Nottely haya cometido tal infamia.

—Continuemos nuestras investigaciones—murmuró Silaydi, como si no hubiese oido mis palabras.

Descubrimos en seguida los dos hoyos que habia dejado la escalera, y por el largo y ancho de estos, inferimos que era cómoda y muy á propósito para bajar una señora. Alrededor de los hoyos y en direccion á una de las puntas del jardin, vimos varias huellas que iban y venian, es decir, las que habian hecho los raptores para entrar, y las que habian vuelto á hacer para salir.

Nada más pudimos observar entónces.

—Vamos ahora á la puerta,—dijo el Sr. Silaydi.

Y marchamos sobre las pisadas mismas de los raptores. Cerca de la puerta, encontramos un papel que Silaydi cogió con avidez: era un pedazo de una carta, en el cual pudimos leer á la luz de una antorcha estas palabras: «mis instrucciones ya las reci-

bisteis, con que no habrá disculpa si la cosa sale mal.—Nottely»

—Conoceis esta letra?—me dijo Silaydi alargándome el papel.

—Sí,—le respondí perdiendo el color;—es de Nottely.

—Y ahora qué decís?

Las fatales palabras del salon volvieron á mi memoria, y en vez de la defensa que iba á hacer del embajador, dije lleno de amargura:

—Que me confundo, Silaydi, y que no sé, en verdad, á qué atenerme.

—Luego dudais todavía,—dijo mirándome con cierta desconfianza el Sr. Silaydi.

—Si dudo de la persona, no dudo del crimen; y sea cualquiera el que lo haya cometido, merece la muerte. Con que á ellos, Silaydi.

—Ah,—me dijo:—sois todo un caballero, y no esperaba ménos de vos.

Y volviéndose á uno de los que llevaban las antorchas, añadió:

—Al guardia y á los criados, que vengan á la puerta con los caballos.

—Antes de montar,—dije á Silaydi,—examinemos el terreno á ver si han marchado á caballo ó en ruedas.

—Teneis razon.

Y á la luz de las antorchas, y después de haber observado los surcos que se percibian en el suelo, no nos quedó la menor duda de que Aneyda iba en carruaje.

Montamos á caballo y nos lanzamos á escape.

—Corramos,—me dijo el Sr. Silaydi,—á ver si al romper el dia podemos alcanzarlos.

—Corramos,—le respondí;—pero, ¿qué camino hemos de seguir?

—Hé ahí lo que no sé; y si la casualidad no nos favorece, y no quiere que los encontremos, será preciso volvernos para hacer otra clase de pesquisas. Entre tanto, corramos.

Y corriamos, ó por mejor decir, volábamos, pues si cualquiera nos hubiese visto en aquella carrera furiosa, debia creer que no éramos hombres, sino fantasmas arrastrados por un torbellino.

Era ya de dia, y nada vimos: tendimos la vista por uno y otro lado, y nada tampoco percibimos. Qué hacer? A quién preguntar? A nadie, porque nadie pudo haber visto aquel carruaje habiendo salido á hora tan avanzada. Fué, pues, preciso volvernos.

—Y Aneyda?—preguntó el Sr. Nomara así que nos percibió.

—Corrimos, papá,—dijo Silaydi;—y corrimos á escape, hasta que rompió el día, y no hemos podido hallarlos.

Y volviéndose al Sr. Sulfendy, añadió:

—Id, Sulfendy, y decid á los criados que monten á caballo, y que caminen á escape por seis puntos diferentes para inquirir noticias: á la noche deben estar aquí. Reunid, además, toda la servidumbre, y decidles que á la menor palabra que se trasluzca fuera, serán despedidos.

Marchóse el Sr. Sulfendy, y Silaydi añadió:

—Ahora que estamos solos, hablemos, papá. ¿Quién crees que haya sido el robador de Aneyda?

—Hijo mio,—dijo con amargura aquel excelente hombre,—no me preguntes nada, porque me pierdo en conjeturas. Si he de creer á la doncella, fué Nottely; y si recuerdo los antecedentes de éste, tengo por un crimen tal creencia.

—Pues fué él, papá; no hay que dudarlo.

—Y quién más que él,—dijo la princesa ántes que respondiese el Sr. Nomara,—tenia interes en cometer ese atentado? ¡Ah, infame!

—Pero entendámonos, Silaydi,—dijo M. Leynoff;—sólo por lo que habeis oido á la doncella, acusais tan resueltamente al embajador?

—No,—respondió Silaydi;—tengo otras pruebas.

—Eso es otra cosa,—contestó M. Leynoff;—mostrádnoslas y las examinaremos con calma, y cual cumple á hombres que se estiman y estiman á sus amigos. Me parece que los servicios que á vuestra familia ha hecho el Sr. Nottely, bien merecen que nos tomemos por él este trabajo.

—Es cierto,—dijo con nobleza Silaydi;—y no os oculto que sufro extremadamente al ver que estas pruebas condenan á un hombre sin el cual papá y yo no viviríamos; pero M. Leynoff,—añadió el jóven con chispeantes ojos;—vos sois caballero, y un caballero sabe muy bien que todos los servicios del mundo desaparecen cuando se trata del honor, y el nuestro ha sido lastimado cruelmente por Nottely.

—Bien, Silaydi,—contestó M. Leynoff;—pensaré como vos si esas pruebas de que habeis hablado me satisfacen: mostrádnoslas.

—Ya oisteis lo que ha dicho la doncella,—continuó el Sr. Si-

laydi;—pues Mendoza y yo hemos encontrado en la huerta una gorra con las cifras y las armas de Nostracia. Qué decís de esto?

—Que tiene esa prueba alguna fuerza unida á lo que ha dicho la doncella; pero ¿no pudiera haber puesto allí esa gorra algun enemigo de Nottely?

—No digo que no,—repuso Silaydi; pero teniendo en cuenta que todos los raptos eran Nostracianos, ¿no parece más natural que perteneciese á alguno de estos?

—Conozco todo el valor de lo que decís,—contestó M. Leynoff; pero sé tambien de cuánto es capaz un hombre indigno. ¿No hay en Saturno más que Nottely que tuviese interes en ese rapto?

—Nádie,—dijo con viveza la princesa,—excepto Nostrendy; y Nostrendy, además de hallarse en Catilia, no necesitaba robar una persona que sabe muy bien le daban sus padres con el alma.

—Hay mucho que decir en eso, señora; y si yo pudiese hablar con libertad, quizá....

—Pues bien,—dijo Silaydi interrumpiéndole y entregándole el pedazo de papel que habíamos encontrado en la huerta;—¿qué decís de esto?

Cogiólo M. Leynoff, é iba á leerlo para sí, cuando le dijo Silaydi:

—No, no; leedlo alto para que lo oigamos todos.

Leyó, en efecto, alto M. Leynoff, y calló la boca: callamos todos tambien, ménos la princesa, que dijo llena de indignacion:

—Eso es más claro que la luz del día; pero yo le juro por mi alma que se ha de acordar del hecho. Malvado!

Y diciendo esto se marchó con la cabeza erguida y respirando venganza.

Me llegaba al alma ver al Sr. Nomara sumido en la mayor afliccion, y no me atreví á marchar sin decir á M. Leynoff:

—Distraedle, por Dios, y no le abandoneis.

Y volviéndome á Silaydi, añadí:

—Vámonos, para que M. Leynoff consuele á vuestro padre.

—Nádie como él puede hacerlo. Pero, Mendoza,—me dijo por el camino,—no es inaudito lo que acaba de suceder? ¿No excede los límites del sufrimiento humano mirar como enemigo á un hombre á quien amaba ayer, y al cual debo mi vida y la de papá?

—Cierto, Silaydi; pero creednos, dejemos á Dios y al tiempo

que nos revelen todo lo que hay de misterioso en este suceso: á lo ménos esperemos á que vuelvan las criados y sepamos si han inquirido algo.

—Lo que siento, —dijo el Sr. Silaydi, — es que no esté aquí el embajador, pues si estuviese, mañana mismo sabríamos á qué atenernos. ¿Qué paciencia hay capaz de esperar diez, veinte ó treinta días, con los brazos cruzados, cuando la sangre hierve y el honor pide venganza?

—Bueno, pero dejemos eso por ahora y vamos á acostarnos para reparar las fatigas de esta noche.

—No puedo dormir, Mendoza.

—Pero aun cuando no durmais, descansad al ménos.

Se fué á su cuarto y yo al mío, donde me acosté porque estaba rendido de fatiga.

CAPITULO XXXVIII.

PROVOCACION DE SILAYDI Á NOTTELY.

Diez dias después de los sucesos referidos vino á despedirse el Sr. Nomatty. Los asuntos de Catilia iban, segun nos dijo, cada vez peor, y esto era lo que le movia á marchar: no queria hallarse fuera de su patria cuando ésta podia necesitarle.

—No os olvideis, Nomatty, —dijo la princesa, —de lo que os encargué para Nostrendy.

—Lo tendré presente, señora.

—Acordaos, además, que es preciso la mayor reserva; ¿lo entendéis?

—Y tanto como os entiendo, señora. Ya enteraré de todo á Nostrendy, y él hará, es bien seguro, cuanto sea preciso para daros gusto.

Después del adios de la princesa, y de haberseme ofrecido con una cordialidad que no habia visto nunca en él, se marchó el señor Nomatty.

Desde el rapto de Aneyda, el palacio de Nomara se habia convertido en un sitio de desolacion: parecia que, al desaparecer la jóven, habia llevado consigo la dicha y el contento de la casa. El Sr. Nomara estaba lleno de amargura, y su salud principiaba á

resentirse. M. Leynoff, por consolarle, no sólo había abandonado sus continuas investigaciones en los archivos de Romalia, sino que dejó hasta de reunirse con los sábios de esta ciudad, como lo hacía ántes del fatal suceso. La princesa cada vez más unida á la señora Notissa, no respiraba más que venganza. Silaydi ocupado sin descanso en organizar su escuadra, no por eso dejaba de esperar con febril impaciencia la venida del embajador, y yo triste y abatido por tanto contratiempo, no tenía más distraccion que la señorita Nassala y los cortos momentos que Silaydi me dedicaba.

Ningun rastro, ni el más leve indicio se había podido hallar del paradero de Aneyda, á pesar de haber mandado los criados de más confianza en seguimiento suyo con orden expresa de hacer las más severas pesquisas en la Nostracia y en Catilia: esto nos tenía consternados.

Por otra parte los temores de guerra aumentaban por momentos, y pronto supimos que se habían expedido los pasaportes á los señores Nolatto, Nottely y al embajador de la Gran Roquelia.

Al vigésimo dia de la marcha del embajador, y por consiguiente del rapto de Aneyda, estándonos paseando Silaydi y yo en los pórticos de palacio, vimos apearse de un coche de camino al embajador de la Gran Roquelia, á Nolatto y á Nottely.

Ver á éste, y encendérsele el rostro á Silaydi, todo fué uno.

— Os ruego, Mendoza, que sea cualquiera la amistad que profeseis al embajador, y lo que penseis de la desaparicion de Aneyda, no tomeis parte en la conversacion que voy á tener con él.

— Aquí? — le pregunté sorprendido.

— Sí, porque pienso esperar á que salga y llamarle.

— Pero no sería mejor citarle para un sitio más á propósito?

— Y mi impaciencia, Mendoza, me lo permite acaso? ¿no esperé ya demasiado? Oh, si á costa de los de mi vida pudiese conmutar los momentos que aún me faltan para hablarle, ¡con qué gusto los conmutaría!

— Es que temo una cosa.

— Qué?

— Que os acaloreis demasiado, y os oigan.

— Nó, porque nos iremos al jardin.

— Bien, puesto que no hay otro remedio, haced lo que gustéis; pero me permitireis una observacion?

— Qué, Mendoza? — repuso, mirándome de reojo el Sr. Silaydi.

—Que ántes, que él mismo os diga lo que pasó respecto al rapto, no olvidéis lo que muchas veces os he dicho.

—Por Dios, Mendoza, contestó impaciente el jóven, que me sorprende vuestra insistencia.

—Sí, Silaydi, —repuse con decision, —no olvidéis que lo mismo que puede ser culpado Nottely, puede ser inocente, y en la duda, creo que debeis tener con él ciertos miramientos que no por eso excluyen la entereza y el valor.

—Estais equivocado, Mendoza, ya os lo he dicho y os lo repito de nuevo. La culpabilidad del embajador está de tal modo probada, que sólo la nobleza de vuestra alma puede disculparle, como os disculpa á mis ojos cuando tratais de ponerla en duda. Dejadnos á los dos, os lo suplico, y pronto saldreis de vuestro error.

—Bien, Silaydi, bien, —le contesté con tristeza; —no hablemos más, y esperemos á Nottely.

Pasaria como cosa de una hora, cuando vimos salir á éste con vários señores de la corte: no necesitamos avisarle, pues tan pronto como nos vió se despidió de ellos, y se vino hácia nosotros radiante de satisfaccion.

Horrible fué aquel momento para mí.

Antes de acercársenos, ya habia abierto los brazos; pero cuando observó mi serenidad y lo demudado del semblante de Silaydi, volvió á bajarlos.

—Qué es eso, queridos amigos? —nos dijo con una amabilidad mezclada de sorpresa, —¿cómo os veo tan sérios? qué teneis? os ha sucedido algo?

—Caballero, —le dijo el Sr. Silaydi, —deseo tener con vos un momento de conversacion: quereis seguirme?

Lanzó el Sr. Nottely una mirada investigadora y llena de profundo asombro sobre Silaydi: luego la fijó en mí con una insistencia tal, que me hizo bajar los ojos; por último, después de algunos momentos de silencio, dijo á Silaydi:

—Y adónde quereis que os siga, caballero?

—Cerca; aquí, al jardin, —dijo con voz entrecortada el Sr. Silaydi.

Nueva mirada del embajador y nuevo asombro.

—Os sigo, —contestó.

Marchábamos en silencio: sólo Dios sabe lo que yo sufría.

Cuando estuvimos en un sitio retirado, nos paramos, y encarán-

dose el Sr. Silaydi con Nottely, le dijo con voz cada vez más alterada :

—Sé, caballero, que os debo mucho, y que os lo debe igualmente mi familia ; pero como todas las consideraciones humanas desaparecen ante el honor, olvido aquellas para pedir os cuenta de este.

—El honor! —dijo el Sr. Nottely, —el honor! pues en qué he atacado yo vuestro honor, caballero?

Sin contestar á esta pregunta, y mirando á Nottely con chispeantes ojos, dijo el Sr. Silaydi:

—A qué hora y en qué sitio quereis que nos veamos esta tarde?

—Pero esto es un desafío!

—Y hasta ahora no lo habeis conocido?

—Caballero—dijo irguiendo la cabeza y tomando su aire de majestad el Sr. Nottely;—yo no puedo batirme con vos.

—Oh amigo!—dijo acercándose el Sr. Silaydi, y poniendo su caracasi pegada á la del jóven;—no me obligueis á usar de aquellos medios á los que ni aun los más villanos pueden resistir, porque os aseguro que apelaré á ellos. ¿A qué hora y en qué sitio quereis que nos reunamos?

Sin inmutarse y sin mudar siquiera de postura, á pesar del insultante movimiento de Silaydi,—dijo el embajador:

—Os repito, caballero, que no me bato con vos, á lo ménos sin una condicion.

—Qué condicion?

—Que me digais el motivo de nuestro duelo.

—El motivo! el motivo!—repuso exasperado el jóven;—¿pues no lo sabeis vos?

—Si lo supiese,—respondió el embajador con la misma calma—no os lo preguntaria.

Fuera de sí el Sr. Silaydi, se acercó de nuevo al embajador, y le dijo con ademan provocativo:

—Os batís, sí ó nó?

—Nó—contestó el embajador siempre impassible—si no me decís el motivo.

Ya habia levantado Silaydi su mano é iba á descargarla sobre el rostro del Sr. Nottely, cuando cogiéndosela éste por la muñeca, y sujetándosela con una fuerza irresistible, le dijo siempre con la misma calma:

—Reportaos, caballero, y no olvideis que para batirse un hombre no necesita perder su dignidad: respondedme, y á mi vez hablaré yo.

—Cómo, miserable! después de deshonrarme rehusais satisfacerme?

Y pugnaba por desasir su mano, sin que le fuese posible lograrlo.

—Deshonraros! yo!... Os juro que no os comprendo, caballero.

—Donde está mi hermana?

Al oír esta pregunta se puso lívido el embajador; soltó la mano del Sr. Silaydi y se quedó mirándole de hito en hito.

—Vuestra hermana!—murmuró con aire consternado;—vuestra hermana! pues qué ha sucedido á vuestra hermana?

—Cómo que le ha sucedido? No la habeis robado vos?

Al oír esto, rápido é impetuoso como el león, lanzóse el señor Nottely sobre Silaydi, y cogiéndole del brazo y atrayéndole hacia sí con una fuerza convulsiva, dijo:

—Han robado á vuestra hermana! la han robado! Cómo? ¿cuándo? quién? Hablad pronto, caballero.

Yo sentí mi alma inundada de gozo al ver aquel arranque del embajador, que tan bien probaba su inocencia.

A Silaydi le conmovió igualmente; pero como no estaba aún satisfecho, volvió á decir:

—Pues qué! no habeis sido vos el que robásteis á mi hermana?

—Dejadme y matadme, si quereis—contestó el joven,—seguro de que no me defenderé. Si ha desaparecido Aneyda, é ignorais su paradero, puesto que me preguntais por ella, ¿qué me importa á mi la vida ni vuestras amenazas?

Pronunció estas palabras con tal desesperacion el Sr. Nottely, y su abatimiento era tan grande, que al fin Silaydi principió á dudar. Con tono, pues, ménos duro repuso al punto:

—Pero, caballero, en nombre del cielo: ¿es cierto que no habeis sido vos el raptor de Aneyda? de véras puedo creerlo? Ved que os lo pregunta un hermano desolado, y que os lo pregunta por mi boca toda una familia sin consuelo.

En lugar de responder, dijo con el mismo abatimiento el Señor Nottely:

—Me habeis herido, caballero, lo mismo que vuestro amigo (fijando en mí sus rasgados ojos) en lo íntimo de mi alma por ha-

berme creído capaz de tan bajo y villano crimen. Sabed, caballero, puesto que mi dolor me ha vendido, que si amo á vuestra hermana es con el amor más santo y puro que puede abrigar un hombre; amor que me obligaría á arrancar mil veces el corazón ántes que causarla, no ya un disgusto, sino la más leve incomodidad. Y pensando así, ¿ pudisteis haber creído que yo la hubiese robado? ¡Ah, Mendoza!

Y al nombrarme me lanzó una mirada sublime por las reconvenções que encerraba.

Sin poderme contener, dije al momento:

—Yo no, querido Nottely, yo no lo he creído jamás, á pesar de las pruebas que teníamos contra vos.

—Pruebas contra mí! y qué pruebas son esas?

—Primera—se apresuró á manifestar Silaydi— el dicho de la doncella, que nos aseguró que todos los enmascarados que entraron en la habitación de Aneyda vestían como los de Nostracia; segunda, una gorra con plumas negras y las armas y cifras de vuestra nación, que encontramos en el jardín; y tercera, este papel que encontramos cerca de la puerta por donde entraron y salieron los raptos.

Y sacándolo del bolsillo el Sr. Silaydi, añadió:

—Ahí lo teneis, leedlo.

Durante las primeras pruebas, miraba el embajador de hito en hito al Sr. Silaydi, y como quien oye una cosa de todo punto inesperada; pero cuando le entregó el papel, y pasó por él la vista, dijo sin poderse contener:

—Oh, oh, esta letra y la firma son, en efecto, mías; y aun recuerdo la carta á que pertenecían. Esta carta, caballero, no ha llegado á su destino; me ha sido robada, y han hecho uso de ella, pero ¡con qué perfidia! han arrancado lo que explicaba mis últimas palabras, y sólo dejaron lo que convenia á sus designios: aquí hay una intriga y un misterio que no puedo penetrar.

—Y tendreis la bondad de decirme á qué aludían esas últimas palabras?

—A un camino eléctrico que debia abrirse desde Silydia á Noruga, y sobre el cual habia dado yo mis instrucciones á los interesados, entre los cuales habia un pariente mio.

Al oír esto, no pudo contenerse el Sr. Silaydi; y, corriendo hácia el embajador, y estrechándole entre sus brazos, le dijo lleno de arrepentimiento:

— Ah, perdon, perdon por mi indigno arrebató, que ni siquiera disculpa lo santo del motivo. Creed....

No le dejó acabar el Sr. Nottely, pues abrazándole, á su vez, y cogiéndole de la mano, le dijo:

—No me habeis ofendido, Silaydi; estábais en un error, y cuanto habeis hecho por efecto de él, léjos de disgustarme, os engrandece á mis ojos.

—Vuestra bondad, querido Nottely, es excesiva, y me confunde, puesto que hace resaltar más y más mi imperdonable ligereza. Bien debia yo conoceros: pero la cólera me privó de la razon.

—Olvidemos para siempre este incidente, y no pensemos más que en Aneyda. Os lo repito; aquí hay una trama horrible, y el deseo de desentrañarla me saca de mi abatimiento y me devuelve mi valor. Corramos á salvarla, amigos.

—Corramos, —contestó Silaydi; pero ántes os ruego que vengaís conmigo.

—Adónde?

—A casa para sacar de su error á los Príncipes y á M. Leynoff. Quiero, ya que os causé tan gran disgusto, indemnizaros, al ménos, haciendo brillar vuestra inocencia delante de papá y de mamá; de mamá, lo ois, Nottely? que está furiosa contra vos.

Y al decir esto, miraba sonriendo al embajador como si quisiera decirle: — No ves que apruebo tu amor?

Entendióle éste perfectamente, puesto que le dijo:

—Me pagais con usura, amigo, los momentos crueles que me habeis hecho pasar.

Y tan contentos como podíamos estar faltándonos Aneyda, volamos hácia el palacio de Nomara.

CAPITULO XXXIX.

CAMBIO DE LA PRINCESA.

En el camino encontró Silaydi á un amigo, á quien tuvo que saludar, y miéntras lo hacía, dijo á Nottely:

—¿No me explicareis el sentido de las últimas palabras que dijisteis á Aneyda cuando os despedisteis de ella?

—Qué palabras?

—Las que pronunciásteis en la puerta del salon, estando para salir.

—Ah, sí, ya me acuerdo; era rogándole que me escribiese á Catilia.

—Ya debí yo haberlo presumido,—dijo para conmigo, aunque no tan bajo que dejase de oírlo el embajador.

—Qué debísteis haber presumido, Mendoza?

—Nada, nada; acerquémonos á Silaydi, que ya viene allí.

Juntos ya, corrimos á palacio, y al primer criado que encontró le preguntó Silaydi si estaban en casa SS. AA.

—Ahora mismo acabo de oír al Sr. Sulfendy, que estaban en el salón con M. Leynoff.

Fué profunda la sorpresa de los príncipes cuando vieron al embajador.

—Ah, papá,—dijo, casi ahogado con la prisa, el Sr. Silaydi:—¡cuán injustos hemos sido con el Sr. Nottely!

—Pues qué hay?—dijo la princesa.

—Qué ha de haber, mamá; que nos hemos equivocado lastimosamente.

—Pero en qué?

—En que Nottely no sólo no ha sido el raptor de Aneyda, sino que ni aún sabía su desaparición. No tengas en esto la menor duda, mamá; pues te lo digo yo, y te lo aseguro por mi honor.

—¡No ha sido él el raptor de Aneyda!—repuso la princesa.—Y los trajes? y la gorra? y el pedazo de papel que encontrásteis en la huerta? Sin duda que deliras, Silaydi.

—No deliro, mamá, y si nó, escucha.

Entonces el Sr. Silaydi, con todo el fuego que le daba el recuerdo de su injusticia con Nottely, contó lo que nos había dicho éste, pintando con vivísimos colores su dolor cuando supo la desaparición de Aneyda.

Grande fué la sensación que causó en todos este relato, y principalmente en la princesa.

Ví asomarse una sonrisa á los labios de M. de Leynoff, y brillar una lágrima en los ojos del Sr. Nomara.

Nottely permanecía en pie silencioso y lleno de modestia: miraba alternativamente á unos y á otros, pero fijándose en el señor Nomara, le dijo con tierna reconvención:

—Y vos, señor, vos también me habeis creído capaz de tan negro y villano crimen?

—No, Nottely,—dijo con gravedad el Sr. Nomara. Dudé, lo

confieso, cuando ví las pruebas que se acumulaban contra vos; pero recordando después vuestras virtudes, no me cupo la menor duda de que érais inocente. El mal estuvo en haber callado; pero mi amargura es tanta, que bien puede perdonárseme esta falta.

—Mucho me consuela, señor, lo que decís, —repuso conmovido el embajador.—El merecer vuestra estimacion y la de M. Leynoff, que si me ha defendido (se lo habia dicho yo cuando subiamos la escalera) miéntras todos me acriminaban, es cuanto ambiciono en este mundo.

—Pero esto es incomprensible, —exclamó la princesa:—si el embajador está inocente, quién es el culpado?

—No os canseis, —dijo el Sr. Nomara con abatimiento;—el culpado no es difícil de encontrar. Ya yo le conocia ántes de saber la inocencia de Nottely, y ahora os lo marcaria con el dedo si estuviese aquí.

—Imposible: no puede ser, —murmuró la princesa.—Sin embargo, veamos.

E hizo sonar con violencia un timbre.

—Que venga Sattina, —dijo al criado que se presentó.

Pocos momentos después entró la jóven.

Fué notable la alteracion de ésta cuando vió al embajador.

—Avisa, Silaydi, que no estamos en casa para nadie.

Y volviéndose con semblante airado á la doncella, añadió:

—Eres perdida si ahora mismo no nos dices quién fué el raptor de Aneyda.

—Y ten cuenta con tus palabras, —añadió Silaydi, —pues si nos ocultas la menor cosa, te juro, por quién soy, que ahora mismo te entrego á los tribunales, al paso que si dices la verdad es muy posible que se te perdone.

Sattina, cuya palidez era la de un cadáver, se reanimó algun tanto con las últimas palabras de Silaydi; así es, que arrodillándose delante de la princesa, y derramando lágrimas, dijo:

—Oh, señora, no me perdáis, por Dios, y yo os lo diré todo.

—Pues habla, —dijo la princesa:—quién fué el robador de Aneyda?

—El Sr. Nomatty.

—Cómo el Sr. Nomatty, si marchó después que ella?

—No marchó con la señorita, es cierto; pero fué el que la cogió

por el brazo, y el que la entregó á unos jóvenes de Catilia, que habia hecho venir con este objeto.

—Y cómo sabes tú eso?

—Porque era su cómplice.

—Su cómplice! luego ya sabias que iban á robar á Aneyda?

—Ruego á V. A. que no se irrite, y que me perdone, pues para merecer este perdon,—añadió la joven ahogada por los sollozos,—estoy dispuesta á decir toda la verdad, aun cuando sea contra mí misma. ¡Dichosa yo, si haciendo esta confesion, y teniendo en cuenta los remordimientos que he sentido después que cometí el delito, me perdona Dios tambien!

—Habla, habla, desdichada.

—Hace más de dos meses que el Sr. Nomatty me está rogando que le ayude á efectuar este proyecto. Al principio todo fué en vano, pues me repugnaba la idea de vender á una señorita tan amable, y que me trataba tan bien; pero fueron tantas las promesas y las amenazas que me hizo, que al fin cedí. Le introduje varias veces en el cuarto de la señorita para que se enterase de su posicion y de las entradas y salidas que tenia. Él fué quien me dijo lo que habia de contestar cuando se me preguntase, y así lo hice, si bien ocultando el inmenso dolor, las lágrimas y los gemidos de la señorita cuando la llevaron. Es verdad, señora, que nunca el Sr. Nomatty me hubiera vencido, si no me hubiera asegurado que al llevar la señorita, no tenia más objeto que casarla con su primo, llenando así los deseos de V. A., á quien, segun me dijo, no era extraño este proyecto.

—Oh, tunante!—dijo con reconcentrada ira la princesa.—Y dónde está Aneyda?

—En Catilia.

—En Catilia! ¿cómo entónces no han podido hallarla los que hemos mandado allí con este objeto?

—Porque, segun oí al Sr. Nomatty, pensaban ocultarla en un castillo que tenían á la legua de Tolayda, hasta que estuviese casada con su primo.

—¿Y Nostrendy,—preguntó la princesa, casi temblando,—sabia que se preparaba este rapto?

—Sí, señora.

—Lo sabia! quién te lo ha dicho?

—El Sr. Nomatty, que le escribia con frecuencia y le daba

cuenta de todo lo que hacía y pensaba hacer. No tenga V. A. la menor duda, porque yo misma vi una carta.

—Y de quién era?

—Del Sr. Nostrendy.

—Y te acuerdas de alguna de sus expresiones?

—Recuerdo, señora, que el Sr. Nostrendy decía al Sr. Nomatty, que visto el nuevo servicio que el embajador acababa de hacer al Sr. Nomara, que ya conocía que no le quedaba otro recurso más que el rapto, y que siguiendo siempre sus consejos, influía cuanto podía con el rey para que no accediese á la paz, pues declarada la guerra, estaba seguro que nadie le arrancaría á la señorita Aneyda.

Nos miramos unos á otros, como dudando de lo que oíamos.

—Y por qué no has dicho eso ántes, miserable?—le preguntó Silaydi.

—Oh, señorito, por Dios, ved lo que sufro, y acordaos de lo que me ofrecisteis, y de que mis remordimientos igualan bien, si no exceden, á mi delito. Os lo digo con el corazón.

—Marcha, infeliz, marcha,—dijo severamente la princesa,—y no vuelvas á ponerte en mi presencia á no ser que yo te llame.

Marchóse la doncella, y la princesa dijo, como hablando consigo misma:

—¡Engañarme de este modo y ser cómplice de ese malvado el mismo por quien yo me interesaba tanto! ¡Oh, Aneyda de mi vida! ¡Cuánto no habrás sufrido al verte entre personas tan odiosas!

En este momento un golpe dado á la puerta, nos llamó á todos la atención.

—¿Qué es eso?—dijo disgustada la princesa.

—Voy á ver, mamá,—dijo el Sr. Silaydi, adelantándose á la puerta.

Abierta esta por el jóven, vió á su ayuda de cámara que le presentaba, en una bandeja de oro, una carta cuidadosamente cerrada.

—Y esta carta?—dijo Silaydi, mirando á su ayuda de cámara.

—Acaba de traerla un propio todo cubierto de polvo, y me ha dicho que era urgente que os la entregase; por eso me he atrevido á llamar, señor.

—Está bien; marchaos, y que cuiden al portador.

Cerrada la puerta y leído el sobre por Silaydi, dijo visiblemente conmovido.

—De Catilia.

—¡De Catilia!— exclamamos todos á la vez.

—Abrela, hijo mio,—dijo con viveza la princesa;—ábrela pronto á ver si nos dice algo de tu hermana.

Abrióla el Sr. Silaydi sobre el cual tenia yo clavada la vista. Mudó de color dos ó tres veces, y no pudo hablar en algunos segundos.

—Qué tienes, Silaydi?—dijo asustada la princesa;—¿qué dice esa carta? Habla, por Dios, pues ya ves que nos estamos muriendo de impaciencia.

—Ante todo, mamá, y vos, mi querido papá, escuchadme:

Todos estábamos pendientes de las palabras del jóven.

Silaydi continuó:

En mi último viaje á Catilia, he tratado mucho y conocido todo el mérito y relevantes prendas de mi prima Silody. De este trato ha nacido un amor santo y puro que nos hemos jurado el uno al otro para siempre. Yo no os dije nada de esto, porque no dudaba de vuestra aprobacion, atendido el rango é ilustre cuna de Silody, y porque pensaba hacerlo cuando, obtenido el consentimiento de Nostrendy, pudiese efectuarse mi enlace al mismo tiempo que el de Aneyda. Nostrendy al marcharse me dió aquel consentimiento, y la palabra de traer consigo á su hermana, y Nostrendy, señora, (clavando su vista en la princesa), ha faltado de un modo villano á su palabra. Y digo de un modo villano, porque cuando me daba aquí su consentimiento, ya habia ofrecido su mano á otro.

—¡A otro!—dijo sorprendida la princesa.

—Sí, mamá.

—¿Y á quién?

—A Nomatty.

—¡A Nomatty!—repuso, con despecho, la princesa.—A Nomatty, tratándose del hijo del príncipe de Totuma! Quién te lo ha dicho?

—Silody en una carta.

—Oh, esto es inicuo,—dijo agitada la princesa.

—Espera, mamá.

Desde esa carta,—continuó Silaydi,—no volví á tener otra. lo que me causaba mayor inquietud, cuando se me entrega la que voy á leer. Oidla, mamá, oidla, señores,—añadió,—y admirad la perfidia de esos hombres.

«Estarás irritado contra mí, querido Silaydi; pero tu ira se cambiará en lástima cuando sepas la causa de mi silencio. Ya te he referido mi primera entrevista con Nostrendy; pero no sabes que á los tres días de su llegada, exigió mi formal consentimiento para casarme con Nomatty. Viendo que no tenía más respuesta que lágrimas y tristes recuerdos de mi inolvidable mamá, se puso furioso contra mí, y llegó al extremo de encerrarme, sin permitir que me sirviese más que mi doncella. No contento con esto, hizo que guardase mi puerta uno de sus criados, para que me vigilase, y no dejase entrar más que á Nomatty. Esto supongo que lo hizo temeroso de que te escribiese.

»Dadas estas órdenes,—me dijo:—no te canses, Silody; sobre tu destino pesa una fatalidad que sólo puedes conjurar, casándote con Nomatty. Hasta que me des tu consentimiento, no saldrás de aquí, y si á pesar de todo te empeñas en contrariarme, me veré precisado á tratarte con más rigor. Dicho esto me volvió la espalda.

»Apénas quedé sola, percibí un papel en el suelo, que sin duda se le cayó á Nostrendy: lo cogí: era una carta que leí al punto, y cuyo contenido me dejó pasmada. Te la mando para que veas la inicua trama que se urde contra Aneyda. Es tal la vigilancia del criado que está á la puerta, que no sé cómo podré hacerla llegar á tu poder; pero confío en que se me proporcionará ocasion un día ú otro. No olvides un instante á tu—*Silody*.»

Leida esta carta, dijo Silaydi.

—Escuchad ahora la postdata.

«He sido trasladada á Conordo, antiguo castillo, que tenemos á la legua de la capital. En Codorno, está también Aneyda: mi fiel Nollapo, el que te llevó la carta, me lo ha dicho. Silaydi, compadécete de Aneyda y de Silody: sálvanos.»

—¿Qué decís de esto, señores?—preguntó Silaydi.

—Lee ahora la otra carta, hijo mio,—dijo el Sr. Nomara,—por más que mi alma se destroce de dolor.

La princesa tenía inclinada la cabeza y estaba muda, pensativa y llena de indignacion.

El Sr. Silaydi abrió la otra carta, y leyó lo siguiente:

« Ante todo, te doy las gracias, querido Nostrendy, porque al fin, sigues mis consejos, y trabajas para que haya guerra: la guerra es hoy nuestra salvacion, como lo conocerás si reflexionas.

» La venida de Notayde ha producido un efecto maravilloso,

pues Aneyda, irritada por los celos, si no odiaba, no amaba ya al embajador, con el cual la vió en el paseo y en el teatro. Y á propósito de Notayde, querido; ella y su tia hacian el papel de señoras, cual si efectivamente lo fuesen. Todo iba perfectamente por este lado, cuando la fatalidad quiso que cayese al mar el príncipe de Toluna, y que le salvase Nottely. Este, que se hirió en un brazo al coger al príncipe, ha sido conducido desmayado al palacio de Nomara; de Nomara ¿lo oyes bien, mi pobre amigo? donde le tienes perfectamente cuidado por ese miserable Mendoza, que, como habias previsto, es ahora el todo de la casa. Así las cosas, ¿qué esperas en la princesa? Tiene contra sí los servicios hechos por Nottely á su familia. Yo la obsequio y adulo todo lo que puedo; pero mas enterado que ella de lo que pasa en su casa, conozco que no es bastante poderosa para vencer las dificultades que se oponen á tu enlace con Aneyda. Además, el amor de esta y de Nottely crece por momentos: siento decírtelo, Nostrendy, pero es forzoso que lo haga para acabar de una vez con tus escrúpulos. ¿Ves ahora otro recurso más que el rapto? ¿te decides, al fin, por él? Casada contigo Aneyda, sea por voluntad, sea por fuerza, ¿no será aprobado tu enlace por su familia, y hasta por ella misma cuando vea que no tiene otro remedio? ¿Y la guerra no nos dará tiempo sobrado para reducir, de un modo ó de otro, á tu encantadora prisionera? Estás loco si no sientes la fuerza de estas razones. Al verificar el rapto, pienso hacerlo de manera que de él aparezca responsable el embajador: así podré, aun después de realizado, permanecer algun tiempo en Romalia, donde asuntos de interes reclaman mi presencia, y jugaré además una mala pasada á Nottely, que bien lo merece, á fé mia. Espera con impaciencia tu respuesta, —*Nomatty.*»

—Oh, esto es fatal, desconsolador,—dijo el Sr. Nomara.

—Villano, papá, villano,—dijo ciego de cólera el Sr. Silaydi.

—¡Hija mia!—exclamó en extremo conmovida la princesa:—¿quién te arrancará ahora del poder de esos miserables? ¿Quién te volverá á los brazos de una madre que te ama, y que tan dura é injustamente te trató?

Al oir estas palabras, no pudo contenerse el embajador.

Bello y radiante de entusiasmo, se adelantó hácia la princesa, á la cual dijo con una mirada llena de expresion:

—No me lo rogueis, señora, si esto os es penoso; pero permi-

tidme, al ménos, que vaya en busca de vuestra ilustre hija, y que os la devuelva, pues lo conseguiré, ó perderé mi vida en la demanda.

La princesa contempló un momento á aquel gallardo jóven, que, haciendo abstraccion de sus agravios, venia á ofrecerle su apoyo. Sin duda que repasaba en su memoria la villana conducta de sus protegidos; sin duda que la comparaba con la noble y generosa del embajador; sin duda que recordaba con cuánta paciencia habia sufrido éste sus desaires; sin duda que trajo igualmente á su memoria los dos grandes servicios que acababa de hacer á su esposo y á su hijo; sin duda, repito, que pensaba en todo esto, pues que con un aire hasta entónces en ella nunca visto, y con un estremecimiento que nos sorprendió á todos, dijo:

—Acepto, señor embajador, vuestro ofrecimiento, y lo acepto con orgullo y gratitud. Decís que vais á salvar á mi hija, ¿no es verdad? pues yo para que lo hagais con más empeño, os digo, que á quien vais á salvar es...

—¿Á quién, señora?—preguntó con ansiedad el jóven.

—¡Á vuestra esposa! Os la doy, Nottely: hacedla feliz.

—¡Excelso Dios!—exclamó este cayendo de rodillas á sus piés.

Un silencio de algunos minutos siguió á esta escena solemne...

CAPITULO XL.

LA PARTIDA.

Horas después de lo que dejo referido, fui á la habitacion de Silaydi, á quien encontré con el embajador ocupándose de la próxima partida. Apenas entré, vino aquel hácia mí, y poniéndome la mano sobre el hombro, me dijo:

—Ahora, caballerito, preparaos.

—¿Para qué?

—Para venir con nosotros.

—Eso iba á proponeros.

—¿De veras?

—A fé mia.

—Tan preciso nos sois, Mendoza, á Silaydi y á mí,—dijo el embajador,—que éste no ha hecho más que adelantarse á la invitacion

que yo iba á haceros. No os riais, pero no sé qué teneis para nosotros, me parece que nos traeis la dicha, sois como una especie de talisman que nos resguarda de los peligros, y á mí muy particularmente. ¿Os acordais de Bussilio? ¿Os acordais del mar?

—Además, no os arrepentireis,—añadió Silaydi,—porque vais á ver un país envuelto en una noche que parece eterna, y cuyo aspecto os sorprenderá por lo extraordinario.

—No os canseis,—les respondí,—porque aunque no me llevara la curiosidad de ver á Catilia, sólo por participar de vuestros riesgos, no dejaria de acompañaros. ¿Qué quereis que hiciese sin vosotros?

—Eso es verdad,—respondieron los dos á un tiempo.

—Con que, cosa convenida ¿eh?—preguntó Silaydi.

—De todo punto,—contesté.

—¿Cuando llegan las tropas de Nostracia, Nottely?—dijo Silaydi.

—Mañana.

—Y en Romalia ya, ¿cuando quereis que marchen?

—Por la noche ó al amanecer.

—Bueno; pues cada uno á hacer sus preparativos, y hasta después.

A la mañana siguiente, se conmovia la ciudad: se oía el ruido de los tambores, resonaban las trompetas, vibraba el aire con los cañonazos, y se estremecía el suelo con las pisadas de los caballos. En aquel momento entraban en Romalia las tropas de la Nostracia.

Por la tarde, fuimos á la revista.

El rey, sentado en un trono improvisado, pero espléndido, estaba rodeado de su corte. A su derecha formaban las tropas de la Nostracia; á su izquierda las de la Roquelia.

El aspecto de aquellos soldados era gentil y guerrero, sobre toda ponderacion: sus uniformes airosos y deslumbradores.

Principió la revista.

Con la mayor atencion, y fijos los ojos principalmente en las armas, inspeccionó el rey todos los cuerpos. Várias veces le vi llamar á los jefes, y mandar parar los batallones para hacerles advertencias sumamente importantes, segun me dijo Nottely.

Acabada la revista, y puesto en pié, dijo á las tropas:

—Id, valientes, y no olvideis nunca que en las puntas de vuestras lanzas y las bocas de vuestros cañones llevais la honra y la gloria de la pátria: morid ántes que una y otra sean holladas por

los imprudentes que pretenden hoy trastornar nuestro continente. La patria y vuestro soberano os bendicen.

Una aclamacion inmensa acogió estas palabras.

Después de haber recibido la orden de estar listos para el amanecer del dia siguiente, se retiraron las tropas á sus cuarteles. Silaydi, Nottely y yo, fuimos á ver al rey. Nuestra despedida con él, fué afectuosa.

La que tuvimos en casa del Sr. Nomara, fué tiernísima: á ella asistió el Sr. Rodulio, que no nos abandonó hasta que nos embarcamos. Los señores Otrocy, Notty y Soletty, tambien nos acompañaron; pero el Sr. Nomara y M. Leynoff, no tuvieron valor para hacerlo.

Excusado es decir que nos ofrecimos escribir todos los correos, y por el telégrafo, si la gravedad de las noticias lo exigiese.

Despuntaba la aurora cuando, en medio de las músicas de los batallones, de las salvas de artillería y de los vivas de la multitud, nos dimos á la vela para Catilia.

Todavía me estremezco ahora, si recuerdo los peligros que en este país hemos corrido; pero no anticipemos los sucesos.

(Se continuará.)

TIRSO AGUIMANA DE VECA.

UNA TEMPORADA EN EL MAS BELLO DE LOS PLANETAS

CAPITULO XLI

ANEYDA EN CONORDO.

Todo lo que voy á decir acerca de Aneyda y de Silody, y que no he podido presenciar entónces, me fué revelado después por aquellas encantadoras criaturas, cuando me propuse escribir estas memorias. Lo mismo me ha sucedido con algunas conversaciones de Nostrendy y de Nomatty que han llegado á mí noticia por dos jóvenes que nos servian en aquella época. No extrañe, pues, el lector que me halle tan enterado de estos acontecimientos, que, además de tener relacion conmigo, han dejado en mí alma un recuerdo profundo é indeleble. Esto advertido, continuo:

A una legua de Tolayda, en la cresta de una colina, desde donde se extiende la vista por el mar, si se mira al frente, y por espesos bosques si se mira á los lados, se eleva el castillo de Conordo. Este castillo, que pertenecía á la nobilísima familia de los Saldys, cuyo último vástago era Nostrendy, y que en memoria de los hechos de armas que en él habian tenido lugar, conservaban, con esmero, sus ilustres poseedores, era muy semejante á los que en la Tierra nos quedan todavía del tiempo del feudalismo. Su arquitectura se daba un aire á la lombardo-bizantina.

Las torres, desmesuradamente altas y esbeltas, que flanqueaban el cuerpo principal del edificio, las murallas formidables que encerraban su inmenso recinto, los puentes levadizos, y las depresiones, rasguños y abolladuras, que el tiempo habia impreso en sus paredes, indicaban demasiado que el origen de este edificio, que parecia un castillo y palacio, á la vez, se perdía en la noche oscura de los siglos.

Un parque dilatado circundaba este coloso de piedra, que estaba rodeado, además, de una espesa muralla de follaje. Los árboles corpulentos que, en torno suyo, extendían sus vigorosas ramas sobre los lagos y rocas cubiertas de zarza y musgo, y el Océano, cuyas aguas lamian las paredes del parque, y cuya superficie reflejaba las veletas de las torres y los bastiones de las murallas, comunicaban un no se qué de augusto á esta residencia, en la cual los años, el aislamiento y la tradición, imprimían aquella sublime poesía que dan el tiempo, el silencio y los recuerdos. No se la podía mirar sin que el hombre enmudeciese de respeto, porque la noche, constante entónces en Catilia (1), la envolvía con su negro manto, no dejándola percibir sino al través de una bruma que le daba un aspecto misterioso.

En una de las piezas de este edificio, veíase sentada en una silla, y apoyada su cabeza en las dos manos, una jóven cuyo semblante revelaba la tristeza y el dolor. De cuando en cuando exhalaba hondos suspiros, y más brillantes que el cristal purísimo resbalaban algunas lágrimas por sus mejillas ardorosas. Esta joven era Aneyda. Sola y sumida en una profunda meditacion, nada oía ni veía, y reconcentrada en sí misma pensaba en... en su pátria? en su familia? en Nottely? Dios y ella lo sabían.

De repente el ruido que hizo la puerta al girar sobre sus goznes, la sacó de su abstraccion; alzó la cabeza, y percibió á Nostrendy pálido y sombrío. Era la primera vez que se veían después del rapto.

Nostrendy contemplaba inmóvil, y con las brazos cruzados, á su prima: ésta le miraba, á su vez, con intencion; pero no permitiéndole su enojo permanecer en silencio por más tiempo, le dijo con voz breve y mirada altiva:

—Qué quereis? qué buscáis aquí?

Miróla Nostrendy con ojos extraviados, guardó algunos momentos de silencio, y como si no la hubiese oído, ó como si respondiese á un pensamiento interior, preguntó, á su vez:

—Me aborreceis, no es verdad, Aneyda?

—Cual vos mismo no podeis imaginar—contestó la jóven.

(1) El lector sabe ya que en algunos sitios de Saturno (en uno de ellos estaba Catilia) hay una noche de quince años, producida por la sombra que sobre aquellos puntos proyectan los anillos interpuestos entre ellos y el sol.

—Es justo,—añadió Nostrendy;—os he robado, os he arrancado de los brazos de vuestros padres, y...

—Ha sido preciso—dijo Aneyda interrumpiéndole—que me viese aquí, en Catilia, en vuestra casa, y encerrada en una prision, para que os creyese capaz de tamaña villanía.

—Soy, en efecto, muy criminal,—repuso el jóven mirándola de un modo extraño;—soy un malvado, lo conozco, pero ¿y el amor, Aneyda? Este amor que me devora, no os dice nada por mí? ¿no me disculpa algo á vuestros ojos?

—El amor que estriba en la violencia, caballero, no es amor, es una pasion odiosa; yo os lo digo.

—Ah! me lo decís vos,—contestó Nostrendy con una sonrisa imposible de describir;—me lo decís vos, ahora, en Catilia, en Conordo, en este sitio, en fin, donde estáis en mi poder? No me irritéis, por Dios, Aneyda!

—Y qué poder teneis vos sobre mí?—repuso Aneyda sin poderse contener, é incorporándose en la silla;—quiero marchar ahora mismo á Romalia, quiero ver á papá, quiero...

—Jamás,—dijo Nostrendy interrumpiéndola.

—Jamás!—contestó la jóven con terror, y volviendo á caer sobre la silla;—jamás!

—Jamás, os lo repito, á no ser que, con el vuestro, lleveis tambien el nombre mio.

—¿Y creéis que papá, que mi hermano, que el rey mismo no me venguen y me arranquen de vuestro poder odioso?

—Creo que lo intenten,—contestó Nostrendy con sangre fria;—pero en cuanto á conseguirlo, es muy distinto.

—Y lo conseguirán,—dijo con viveza la enojada jóven

—Sí,—contestó Nostrendy,—después de haber convertido en ruinas la Catilia y la Roquelia: los aguardo.

—Oh, papá querido!—exclamó Aneyda dejando escapar algunas lágrimas que el enojo habia retenido hasta entónces;—oh, mamá! Oh, Silaydi! Dónde estais?

Estas palabras y estas lágrimas conmovieron de un modo extraño á Nostrendy: parecía que unas y otras le abrasaban el corazon, y no podia recordar, sin una especie de estremecimiento, que aquella jóven sola, y sin apoyo de ningun género, estaba entregada á su poder. Más que su amor y que sus celos, pudo entónces la compasion; así es que, despojándose de su enojo, le dijo con más dulzura:

—No lloreis, Aneyda, porque me matais: estais en mi poder, es cierto; pero olvidais que sois aquí la reina? ¿Olvidais que soy yo vuestro esclavo? Miradme: no os conmueve mi dolor? ¿No veis cuán pálido y abatido me tienen mis remordimientos y el amor grande y sin límites que os profeso? Tan odiosa os es esta casa? Tan aborrecible mi presencia? ¿Será posible, Aneyda, que ni una mirada me dirijais á lo ménos de compasion? De compasion! ¡Qué palabra, Aneyda, cuando la pronuncian lábios que se abrasan de amor! Oh, por Dios, decidme algo!

—Dejadme, Nostrendy,—dijo la jóven ocultando su rostro entre las manos.

—Aneyda,—añadió Nostrendy hincando una rodilla en el suelo y extendiendo hácia ella sus brazos;—hème aquí triste y lleno de desesperacion. Bien sabeis que el amor, que este amor intenso y violento que me devora, es la causa única de mi crimen. Perdonadme, Aneyda, y dejadme entrever siquiera que algun dia, á fuerza de respeto y de atenciones, podré recobrar vuestro cariño. Me concedeis este favor? Me perdonais al fin?

—Nunca,—repuso con viveza la jóven,—mientras permanezca en Catilia.

—Cuidado, no confiéis tanto en el ascendiente que habeis adquirido sobre mí, ni olvideis, Aneyda, que en Saturno no hay hombre alguno que os sustraiga á mi poder. He ido demasiado lejos y no pueda retroceder. Pensad en esto.

Entónces le volvió la espalda é iba á marcharse, cuando oyó la voz de Aneyda que le decia:

—Una palabra, una sola palabra: escuchad.

—Qué?—dijo Nostrendy.

—Que me mateis ahora, en este momento mismo y os bendeciré mil veces.

—Mataros!—contestó Nostrendy con sarcástica sonrisa y lanzándola una mirada que estremeció á la jóven.—Mataros! Cuando yo os mate, Aneyda, será precediéndoo en ese trance. ¿Puedo yo vivir sin vos? Vuestra vida no me es más cara que la mia? ¡Mataros! Cómo habeis concebido una idea tan extraña? Adios, Aneyda.

Y, sin esperar contestacion, desapareció con rapidez, cerrando tras sí la puerta.

CAPITULO XLII.

DONDE SE VE QUE NOMATTY SIEMPRE ES EL MISMO.

A los pocos pasos tropezó Nostrendy con éste, que le esperaba.

—Qué hay?—le dijo con su sonrisa peculiar.

—Nada nuevo, ó, por mejor decir, mucho malo.

—No lo extraño,—respondió Nomatty.

—No lo extraño! Y por qué?

—Porque siendo esta vuestra primera entrevista después del rapto, debe estar en su mayor altura la cólera que le causó.

—Sin embargo, Nomatty, creo que hemos hecho mal, muy mal en apelar á la violencia.

—Concedo eso,—repuso Nomatty,—y quiero suponer, por un momento, que Aneyda permanece en Romalia; ¿qué esperabas tú de ella? Que te amase? Imposible. Que se casase contigo obligada por sus padre? Méenos, porque el principe jamás la violentaria, y la princesa no podría luchar contra su esposo y sus hijos mediando los servicios hechos por Nottely á su familia. Además: ¿no te he dicho, hombre obcecado, que yo mismo, oculto en el jardin, había sido testigo de su primera declaracion? ¿No te he dicho que yo mismo habia oido el juramento que mutuamente se hicieron de ser el uno del otro para siempre? Te lo repito; ¿qué esperabas tú entonces? Te quedaba otro recurso más que el rapto? Responde.

—Conozco que tienes razon; pero....

Y Nostrendy se detuvo.

—Qué? Acaba.

—Que aún pudiera acaso remediarse lo hecho y recobrar cuando no el amor, á lo ménos la estimacion de Aneyda.

—Y cómo? A ver!

—Arrojándome á sus piés, pidiéndola perdon y conduciéndola yo mismo á Romalia. En corazones como el de Aneyda la nobleza lo puede todo, la violencia nada. Ah, bien te lo he dicho yo, y no has querido creerme.

—Bueno,—contestó Nomatty, sonriendo con malignidad;—doy por supuesto que recobrases su estimacion: ¿te contentarias con ella?

Y como Nostrendy no respondia, añadió:

—Qué dices?

—Es que después de la estimacion, vendria el amor.

—Ahora,—dijo Nomatty, riéndose y mirando á su amigo como con lástima: —estás loco, por fuerza, pobre Nostrendy. ¿Cómo puedes figurarte que, aun cuando recobrases la estimacion de Aneyda, poniéndola en libertad, olvidaria ella su rapto y la prision en que la tuviste? Y si ántes de haber cometido esta falta, amaba ya al embajador, ¿quieres que le olvide ahora para amarte á ti en seguida? Desengáñate, Nostrendy; hemos ido demasiado lejos para que podamos retroceder. O Aneyda será de Nottely, ó el único medio que te queda para que sea tuya, es hacer lo que te aconsejo.

—Conozco que tienes razon,—dijo Nostrendy con abatimiento; —conozco tambien que obro mal, y sin embargo, fuerza es que siga tus consejos. Fatal situacion la mía!

—Báh, piensas que sólo tú te hallas en este caso? Pues estás muy equivocado. Además, ¿no es noble y santo el fin que con Aneyda te propones? Y casándote con ella, ¿no haces santos tambien los medios que emplees para conseguirlo? ¿No te amará ella después? No te amarán sus padres? Haz, sean cuales fueren los medios que para ello emplees, que se case contigo, y yo respondo de lo demás.

—Y qué me aconsejas ahora?

—Que la indispongas con Nottely

—Y cómo?

—Por medio de estas cartas que traigo con este objeto: tómalas.

—Y qué cartas son esas?—dijo Nostrendy cogiéndolas de la mano de su amigo.

—Una de Notayde á Nottely, y otra de éste á la linda niña.

—Y son, en efecto, de ellos?

—Así me lo han asegurado,—repuso Nomatty con un aplomo que hacía honor á su descaro.

—¿Y crees tú que baste esto para indisponer á Aneyda con Nottely?

—Oh, amigo, ya he visto en Romalia las consecuencias que causaron los celos en tu prima, para que dude un momento de este poderoso medio. Haz lo que te digo, y tú mismo podrás apreciar los resultados.

—Te obedezco, Nomatty, porque en el estado en que me hallo no me es dado pensar ni hacer cosa alguna por mí mismo.

—Bien sabes que miro tus cosas con más interés aun que las mías.

—Lo sé; y ya que hablamos de mí, hablemos también de ti. ¿Cómo estás con Silody?

—Ahora mismo voy á verla.

—Pues no la has visto desde que llegaste de Rornalia?

—Una sola vez.

—Ve, pues, y ya me dirás cómo se porta.

—Sabes quiénes vienen navegando hácia Catilia?

—Nuestros rivales.

—Cierto. Supongo que todo estará dispuesto para recibirlos.

—Todo,—dijo Nostrendy con una sonrisa extraña;—y el príncipe de Nocuara los aguarda con tanta impaciencia como yo.

—Es un valiente campeón.

—Cierto, y arde por llegar á las manos con Nottely.

—Pluguiese al cielo que en ellas dejase su vida el odioso embajador.

—O en las mías,—añadió Nomatty con voz sorda.

—También.

Esto diciendo, se separaron; pero apenas habia dado Nomatty algunos pasos, cuando volvió, y dijo:

—¿Te has acordado de quitar á los prisioneros tintero, papel y plumas?

—Sí.

—¿Son á toda prueba los criados á quienes encargaste su custodia?

—Los más antiguos, y los que me tienen más afecto.

—Perfectamente. Hasta luego, pues.

CAPITULO XLIII.

SILODY.

Hallábase ésta muellemente recostada en un sofá, leyendo la primera parte de los *Tres Héroes*, obra de un ingenio de Sameyda, notable por la naturalidad de sus lances, por la variedad de éstos, y por lo bien sostenidos que estaban los caracteres de cuatro jóvenes amigos, que interesan al lector de una manera extraordi-

naria. Debía estar deliciosamente entretenida, puesto que no oyó el ruido que hizo la puerta al abrirse, ni reparó en Nomatty hasta que le oyó decir:

—Me permitis, Silody, un momento de conversacion?

Levantó la jóven la cabeza, fijó en Nomatty sus ojos y dejó patente su rostro lleno de gracia y de candor. En efecto, las facciones de Silody, aunque pequeñas, tenían un perfil perfecto, y su cara, más bien redonda que ovalada, era de una blancura admirable. El tinte sonrosado de sus mejillas, el pelo negro como el ébano, que en graciosos rizos le caía sobre los hombros, y cierta viveza infantil que se notaba en sus acciones, la hacían en extremo interesante. Su cuerpo era airoso y esbelto, y su talento demasiado cultivado para una niña de su edad.

Al oír la pregunta de Nomatty, dejó el libro, y mirándole como sorprendida, dijo:

—Me admira, caballero, veros en este sitio.

—A mí, Silody?

—A vos, sí.

—Y por qué?

—Porque después de lo que os dije en la conversacion que tuvimos en Tolaida, creí que desistiríais de vuestras extrañas pretensiones.

—Eso es porque no sabeis, Silody, hasta qué punto es grande la pasion que me inspiraia.

—Pues si no lo sabia,—dijo la jóven, entre risueña y desdeñosa—lo sabré ahora demasiado, no es verdad?

—Y por qué ahora y no antes?—preguntó Nomatty.

—Porque habiéndoos dicho terminantemente que no podia acceder á vuestros deseos, veo que insistis en hacerme cambiar de ideas, cosa que deba atribuir á un exceso de ternura que, privándoos de la razon, os impide ver que malgastais un tiempo aquí, que podríais emplear en otra parte.

—Eso lo decís por oírme,—contestó Nomatty con fátua satisfaccion—porque es imposible que mireis de ese modo un cariño tan violento como el mio.

—Luego es tan grande?—preguntó la niña con desden.

—Es tan grande, divina Silody,—respondió Nomatty,—que no hay género de sacrificio que no esté dispuesto á hacer para probároslo.

—De véras?—repuso Silody sonriendo

—Os lo juro por mi honor,—respondió Nomatty.

—Pues lo siento.

—Y por qué?

—Porque me repugnais.

—Os repugno?

—Y me repugnareis siempre.

—Ah, siempre decís?

—Siempre, entendedlo bien, Sr. Nomatty.

—Pues ahora á mi vez, os digo yo....

—Qué?—preguntó la niña con viveza.

—Que lo siento.

—Ah, y por qué?

—Porque no pudiendo yo vivir sin vos, tendré el disgusto de obligaros á corresponderme.

—Obligarme!—dijo encogiéndose de hombros la niña—pues es gracioso.

—Cómo, gracioso?

—Y más que gracioso, ridículo. ¿De cuando acá, Sr. Nomatty, se ha visto que un hombre obligue á una mujer á que le corresponda?

—Desde que esa mujer desconoce sus deberes,—repuso Nomatty resentido,—quiero decir, desde que olvida que disgustaría á su hermano si supiese que trataba así á su amigo.

—Ah—dijo Silody perdiendo su jovialidad, y revistiéndose de un aire sério;—ya me espantaba yo de que mi hermano no saliese á luz en esta conversacion.

—Y qué quereis, señorita? Despreciais mi afecto, y os burlais de él, y yo quiero haceros conocer que nadie, ni aun vos misma, se burle impunemente de Nomatty.

—Pues por qué no desistis de vuestras pretensiones?

—Porque me es imposible.

—Entonces no os quejeis de mis desaires.

—Ni vos de que me vengue de ellos.

—Me amenazais?

—Y cómo nó si vos misma me obligais á ello?

—Triste es, Sr. Nomatty—repuso cada vez más seria la enojada niña—que abuseis así del dominio que teneis sobre mi hermano, y más triste todavía que le forceis á cometer acciones indignas de un caballero.

—Y qué acciones son esas?

—El rapto de mi prima, por ejemplo. ¿Creeis que ignoro quién fué el autor y el consejero de esta inicua trama? ¿Creeis que no estoy persuadida de que mi hermano jamas hubiera cometido este atentado si vos no le hubiéseis incitado á ello? Esta es mi creencia, caballero; ya veis que os lo digo con franqueza.

—Pues estais en un error,—dijo Nomatty—en echarme á mí toda la culpa.

—Pues quién la tiene entónces?

—Las circunstancias.

—Cómo las circunstancias? no os comprendo.

—Las circunstancias, Silody, ó más bien la fatalidad, si lo queris mejor. Nostrendy está loco por Aneyda; Aneyda, no sólo no le corresponde, sino que ama á otro, y este otro puede casarse con ella el dia ménos pensado. Ahora bien; el dia que esto suceda, Nostrendy se mata: mil veces me lo ha jurado, y le creo, porque le conozco, y porque sé hasta qué punto es violenta su pasión queriais, señorita, que yo dejase morir á Nostrendy, al amigo de mi infancia, al amigo de mi juventud!

—Eso no podia yo quererlo, caballero.

—Pues qué queriais entónces?

—Que le aconsejáseis mejor; que usáseis de la influencia que ejercéis sobre él, primero, para moderar su amor; segundo, para hacerle ver que un caballero debe morir ántes que cometer una accion de que pueda avergonzarse; y tercero, para advertirle que, tratándose de una familia como la de Nomara, y de una jóven como Aneyda, léjos de favorecerle las acciones poco nobles, no hacen más que atraer sobre él un odio grande y profundo que sólo se extingue con la vida. Esto es lo que yo quería, caballero: ¿lo habeis hecho?

—He hecho más, Silody,—respondió Nomatty, bastante desconcertado;—he hecho cuanto he podido para evitar conflictos entre familias que se hallan enlazadas con los vínculos de la sangre.

—Habeis hecho eso?

—Sí, señorita.

—Pues yo no lo creo.

—No lo creeis?

—Nó; y tanto no lo creo, que, aunque no amase á Silaydí, jamas daria mi mano á un hombre que se hubiese portado como vos.

—Cruel estais hoy, Silody hermosa.

—Justa y nada más, Sr. Nomatty.

—Pero, en fin, admitis mis obsequios, sí ó nó?

—Nunca.

—Es esa vuestra última resolución?

—Invariable, amigo, no lo dudeis.

Y diciendo esto, le volvió la espalda, cogió el libro, y se puso á leer.

CAPITULO XLIV.

LOS BILLETES.

Al otro día, muy temprano, entró Nomatty en la habitación de Nostrendy, en traje de camino, y cubierto de polvo.

—Qué hay?—le preguntó Nostrendy.

—Que de hoy á mañana deben de fondear, al frente de Tolayda, las dos armadas de Roquelia y de Nostracia.

—Quién ha traído la noticia?

—Nuestro buque, el más ligero, y de potencia eléctrica más grande, que las encontró á la altura de Lodunska, y que viró de bordo para traer la noticia á S. M.

—Y éste, qué dice?

—Que es forzoso que nos hallemos mañana en Tolayda para ocupar nuestros puestos.

—Bueno; pues dá la orden para que todo esté listo al amanecer.

—Se hará. Adónde vas?

—Al cuarto de Aneyda.

—Y las cartas?

—Las llevo conmigo.

—Corriente. Y Silody?

—Espero que la encuentres más amable.

—De véras? No me engañas, Nostrendy?

—Tú juzgarás; y puesto que hemos de marchar mañana, puedes ir á verla ahora mismo.

—Tan pronto como me mude. Adios.

Cuando entró Nostrendy en el cuarto de Aneyda, estaba ésta inmóvil y pensativa. En su postura había un abandono que au-

mentaba sus encantos; pero que indicaba al mismo tiempo el desaliento que se había apoderado de su alma.

—Aneyda,—dijo Nostrendy con voz tímida.

La jóven no contestó.

—Aneyda,—repitió Nostrendy en voz más alta, aunque siempre afectuosa.

Volvió entonces la jóven la cabeza, y miró á su primo, á quien dijo con tristeza:

—Qué me quereis?

—Quiero deciros,—añadió Nostrendy con un interés que entonces no era fingido,—que si continuais entregándoos así al dolor, vuestra salud se resentirá.

—Y qué me importa mi salud?

—Qué os importa!—dijo Nostrendy con viva solicitud.

—En el estado en que me hallo, la muerte me sería dulcísima.

—Pero tanto dolor, Aneyda, no es ya por la prision, no es por vuestra familia, ni mucho ménos por Romalia.

—Pues, por quién es entonces?—preguntó la jóven, á cuyo rostro afluyó un leve color de púrpura.

—Y me lo preguntais?—repuso Nostrendy con una especie de estremecimiento que en vano trató de reprimir;—tanto dolor no puede ser sino por...

Y no acabó, porque la palabra se le anudaba en la garganta.

—Por Nottely, no es eso lo que quereis decir?—preguntó la jóven con imponente dignidad.

—Por Nottely, sí. Es por Nottely, por ese hombre aborrecible, por ese hombre que nació para mi tormento, por ese hombre, en fin, que va á ser causa de vuestra desgracia y de la mia. Sin embargo...

Aquí se detuvo, mirando á su prima y de un modo que daba lástima.

—Sin embargo,—dijo con viveza la jóven,—él nunca hubiera cometido conmigo la accion inicua que habeis cometido vos.

—No?—dijo Nostrendy con una sonrisa más terrible aún que su cólera.

—Nó, nunca Nottely me hubiera arrebatado de mi casa.

—Y si hubiera hecho otra cosa todavía peor?

—Otra cosa todavía peor!

—Infinitamente peor.

—No concibo nada peor que lo que habeis hecho vos.

—Pues os equivocais, Aneyda.

—Me equivoco!

—Os equivocais, sí,—dijo Nostrendy con una especie de cruel satisfaccion,—pues hay otra cosa peor que la acción que me reprochais.

Aneyda estaba en un suplicio, pues deseaba, y temia á la vez, saber lo que Nostrendy queria decirle; pero pudiendo en ella más el temor que la curiosidad, se contentó con decir:

—Bien, bien, sea lo que fuere, nada me importa, nada deseo saber.

—Pues es lástima,—dijo Nostrendy, sacando del bolsillo dos papeles perfumados y cuidadosamente doblados,—porque estas dos cartas que me fueron entregadas ayer, os harian conocer, que si existe un hombre que á pesar de vuestros desdenes os ama siempre con idolatria, hay otro que, siendo sin duda preferido, os engaña y burla de la manera más cruel.

El golpe fué duro y Aneyda lo recibió de lleno en el corazon. Vivamente agitada, preguntó con ansiedad:

—Pero de quién son esas cartas?

—Una de Nottely á aquella linda jóven que vió en Romalia, y que tuvo la dicha de acompañar al paseo y al teatro, y otra de esta al hermoso embajador.

—Imposible,—dijo sin poderse contener Aneyda.

—Imposible!—repuso Nostrendy con una alegría que tenia algo de feroz;—pues juzgadlo vos misma si gustais: ahí teneis las cartas; tomadlas.

Y diciendo esto le alargó las cartas, que Aneyda cogió maquinalmente, puesto que se quedó con ellas en las rodillas, mirandolas y sin leerlas.

—No las leéis?

Ni una palabra contestó la jóven; pero levantó lentamente las cartas, fijó en ellas la vista temblando, y apenas leyó el primer renglon de la de Nottely, cayó sin conocimiento.

Asustado Nostrendy, y aun arrepentido de lo que acababa de hacer, corrió hácia ella y le cogió una mano; mas apenas la tocó, cuando como si hubiese recibido una descarga eléctrica volvió Aneyda en sí, diciendo con una viveza y un atolondramiento muy en armonia con el trastorno de su alma.

—No es nada, no es nada; ya pasó; no os asustéis, Nostrendy.

Y al acabar de decir estas palabras se esforzaba por hacer asomar á su boca una sonrisa, que en aquellas circunstancias era la expresion más viva y sublime del dolor.

—Pero estais muy pálida, Aneyda,—dijo cada vez más asustado Nostrendy.

—Nó, nó,—repetia la niña con la misma sonrisa y con aquel atolondramiento que tanto contraste hacia con la lividez de su semblante;—ya no tengo nada, ya pasó, ya pasó. Sólo quisiera...

—Qué?—dijo Nostrendy, inquieto sobremanera.

—Quisiera,—dijo Aneyda, mirando como extraviada á todos lados;—quisiera... vamos, yo no sé lo que quisiera.

Y se echó á reir.

—Pero qué quereis, Aneyda?—dijo, no ya asustado, sino lleno de terror, el Sr. Nostrendy.

—Quisiera... quisiera... estar sola, Nostrendy; quisiera morir; por qué no haceis que me maten pronto?

—Aneyda, Aneyda,—exclamó Nostrendy con espanto, —calmaos en nombre del cielo; quereis que me marche? ¿Quereis que venga Silody?

—Quién?—preguntó mirando á su primo con ojos desencajados.

—Mi hermana, Aneyda; mi hermana que os consolará, y ayudará, si acaso os poneis mala.

—Ah, sí, Silody, bueno, que venga; pero de aquí á un rato, de aquí á un rato, después que se calme esta cabeza (y la apretaba con las manos) que se me parte, que no sé que tengo en ella, que....

Y al decir esto se desmayó de nuevo.

En extremo arrepentido Nostrendy, salió del cuarto desesperado.

Poco á poco, sin embargo, fué volviendo en sí la jóven, miró á todos lados, y no viendo á nadie, pues la doncella no habia vuelto todavía, cogió otra vez las cartas, y se puso á leerlas pálida y temblorosa.

Decia la de Nottely:

«Yo no sé, divina Notayde, cómo y por dónde has sabido que yo habia declarado mi amor á Aneyda en el jardin de su palacio. Cierto que tuve una conversacion con ella en este sitio; pero lo es más todavía, que no hemos hablado de amor. Y mal podiamos ha-

berlo hecho, cuando no estábamos solos, pues nos acompañaban la señorita Nassala y el caballero Mendoza. Pero, aunque estuviésemos solos, aunque me hallase, no digo ya junto á Aneyda, á quien solo profeso estimacion, sino al lado de una deidad ¿sería posible que, ocupada mi alma con tu recuerdo, hallase en otra nada que pudiese cautivar-me? Tranquilízate, angel mio, y vive segura, del todo segura, lo oyes bien? que mientras respire será tuyo, enteramente tuyo, tu —*Nottely.*»

Decia la de Notayde:

«Oh gracias, gracias, Nottely mio, por el consuelo que acabas de darme con tu carta. El fué tan grande, como intensa fué mi amargura cuando supe que habias hablado con Aneyda en el jardin de su palacio. Qué habia de pensar yo? ¿Se puede amar, ¡qué digo amar! idolatrar á un hombre como yo lo hago, sin que los celos nos asalten alguna vez? Perdóname, Nottely mio, y vive seguro que el día que olvides á tu Notayde, aquel será el último de su vida. ¿Puede la que una vez haya sido por tí querida, vivir con tu indiferencia? Imposible. Hé ahí cómo piensa, y pensará mientras viva, tu —*Notayde.*»

Cuando acabó de leer las cartas, quedóse Aneyda pensativa, y estrujándolas en sus manos sin saber lo que hacia; luego levantó al cielo sus ojos, y dijo con la muerte en el corazon:

—¿Será posible, gran Dios! que un hombre llegue á cometer tanta villanía? Será posible que en él quepa tan refinada falsedad? Pero nó,—añadió, después de un rato,—no puede ser; Nottely es demasiado grande y noble para que se degrade hasta ese punto: ya otra vez me equivoqué, y equivocarme la segunda sería fatal. No pueden ser fingidas estas cartas? Ah! precisamente he de tener aquí las que él me entregó la noche que me declaró su amor: voy á compararlas con las de Nostrendy.

Y diciendo esto, sacó de una cajita las dos cartas que el lector se acordará le habia dado Nottely en el jardin de su palacio, y de las cuales no habia querido separarse, como un recuerdo de las tormentos que los celos le habian causado entónces. Comparólas unas con otras llena de ansiedad, y bajo el influjo de un temblor siempre creciente.

—Oh, no hay duda, no hay duda,—decia la infeliz,—es la misma letra, son verdaderas. Desdichada Aneyda!

Y se quedó inmóvil y abismada en su dolor.

De pronto sintió dos brazos que dulcemente la estrechaban su garganta, y unos labios que rozaban su mejilla. Rápidamente incorporóse, y vió á Silody que la contemplaba con ternura. Aneyda se conmovió, agitóse su pecho, sus ojos, hasta entónces secos, se humedecieron, y sollozando, arrojóse en los brazos de su prima.

Tenía al fin una amiga con quien compartir sus penas!

CAPITULO XLV.

VIAJE DE LA ARMADA Y SU ARRIBO Á TOLAYDA.

Miéntas lo dicho sucedia en Catilia, nos deslizábamnos nosotros por el anchuroso Océano, impelidos por un viento fuerte y seguido.

Nada tendrian de particular para aquellos habitantes el cielo, ni la mar, ni los buques, ni los hombres que los tripulaban; mas para mí era otra cosa, puesto que todo ello formaba un conjunto tan grandioso, que suspendia y embargaba los sentidos. Solo, en pié, y arrimado al bauprés, mi vista pugnaba por abarcar el horizonte, y mi imaginacion, recorriendo el espacio, se trasladaba á la Tierra.

Allí todo me parecia pobre, mezquino, miéntas que aquí todo era grande, imponente y maravilloso. Creéis que exagero? ¡Plugiése al cielo que pudiéseis verlo!

Veinte dias habia que navegábamnos por aquel piélago infinito, cuando la noche del último se hizo, al parecer, eterna. El negro manto que acababa de tender sobre nosotros, se hacia cada vez más denso, y á medida que nos engolfábamnos en la oscuridad, se revestian los objetos de un tinte extraño y desconocido para mí. No era completa, sin embargo, esta oscuridad, puesto que á ello se oponian dos satélites que se hallaban entónces sobre el horizonte, y una línea larga y brillante que dividia el cielo en dos mitades: esta línea la producian los anillos. Y aunque estos, interpuestos entre nosotros y el cuerpo del planeta, eran los que causaban la prolongada noche que, por espacio de quince años, debia envolver aquel continente, no por eso dejaban de proyectar sobre él su débil luz: ésta, unida á la que despedian los satélites, producía una claridad de color azul, dulce y malancólica á la vez. Qué cielo aquel! qué horizonte, y qué aspecto el que presentaba nuestra armada!

Este cuadro, que iluminado por aquella luz fantástica, presentaba los objetos como en lontananza, y envueltos en una especie de bruma trasparente, era verdaderamente mágico.

Quizá me haga pesado con tantas descripciones; pero ¿cómo prescindir de ellas cuando se trata de un mundo desconocido? ¿He de callar, por ventura, lo que he visto?

Tan entretenido me hallaba en la contemplacion de este espectáculo, que no percibí á Nottely hasta que tocándome en el hombro, me dijo:

—Qué haceis?

—Pasmado, amigo, pasmado con tanta maravilla.

—Pucs?

—Este cielo, querido Nottely, este mar, este horizonte envuelto en esa bruma sutilísima, y revestidos de esa luz fascinadora, me tienen fuera de mí.

—Sí, teneis razon, —respondió Nottely; — este espectáculo es magnífico, aun para nosotros que lo vemos tantas veces.

—Y cómo será entónces para mí?

—Cierto, —me dijo el Sr. Nottely, —mas ahora venid conmigo.

—Adónde?

—A la cámara del almirante.

Bajamos, en efecto, á la cámara, en la que hallamos como unas treinta personas formando corro, sentadas, cubiertas y guardando una imponente gravedad: eran los jefes. En una especie de sillón estaba el almirante. Era este un hombre corpulento, de edad entre la madura y la vejez, entre cano, de facciones pronunciadas y de barba y bigote negros, aunque salpicados de pelos blancos: su mirada era penetrante y su aspecto grave. Llamábase el señor Samidio.

Después que nos sentamos el embajador y yo, dijo el almirante:

—Señores, mañana fondeamos en las aguas de Tolayda, y es probable que en ella empecemos la primera batalla.

—La primera batalla! —dijo uno de los jefes, —¿pues no vamos directamente á Talussa?

—Irámos, si preciso fuere, —repuso el almirante; —pero creo que no pasemos de Tolayda.

—Cómo así? —preguntó el mismo jefe.

—Es muy sencillo, Noriccio, —repuso el almirante: —para ir á Talussa, es forzoso que pasemos el estrecho, y éste, como sabeis-

está poco separado de Tolayda. Ahora bien; si el estrecho está franco, porque la armada de Catilia se halle aún en Talussa, Tolayda quedaria expuesta á un golpe de mano, que, dado por nosotros, nos haria dueños de ella: la posesion de esta plaza irrogaria al rey graves perjuicios, miéntras que á nosotros nos proporcionaria ventajas que nos facilitarían las operaciones ulteriores en Catilia. El rey tendria que huir, y, no sólo se veria precisado á llamar su ejército de la Ciliana, sino que tendria que sostener la guerra en el corazon de sus estados. ¿Os parece que querria exponerse á tantos riesgos? Seria el colmo de la imprevision.

—Es cierto, es cierto,—contestó el Sr. Noriccio.

—Quisiera equivocarme,—continuó el almirante,—pues en tal caso nuestra campaña seria corta y brillante.

—Pienso lo mismo,—dijo á esta sazón el Sr. Nottely,—y seguro estoy que al fondear nos hallarémós con la armada de Catilina, que empuñará al instante la batalla. Si vencemos, la guerra se continuará en las llanuras de Tolayda; y si somos vencidos, todavía tendrémós que sostener la segunda, y, quién sabe, si la tercera batalla sobre el mar.

—Indudablemente,—repuso el almirante,—y por eso no podemos ménos de advertir á estos señores, que tengan sus escuadras listas para entrar en accion así que lleguemos á Tolayda.

Y pasando la vista por los concurrentes, añadió:

—Y ahora ¿qué os diré? Nada, porque á hombres de vuestro temple seria un insulto encargarles el valor: sólo os recordaré, primero, que la posesion de la Ciliana se va á disputar en las aguas de Tolayda; y segundo, que la muerte en el campo del honor es el más bello timbre que un hombre puede legar á sus descendientes, cuando la recibe defendiendo la gloria de la patria.

Dicho esto, se disolvió la reunion.

—Ahora la nuestra,—dijo el Sr. Nottely, así que quedamos solos.

—¿Cómo la nuestra?

—Sí, Mendoza,—contestó Nottely,—la nuestra, la que vamos á tonor vos, Silaydi y yo. Esta fué la de la patria; ahora falta la nuestra: venid.

Y llamando al Sr. Silaydi, nos fuimos á nuestra cámara, donde reunidos al fin, dijo Nottely:

—Creo oportuno, y más que oportuno indispensable, que tan

pronto como demos fondo, mandemos á uno de nuestros criados, á aquel que nos inspire más confianza, á Conordo, con el encargo de hacer las más vivas diligencias para averiguar hácia qué parte del castillo están las habitaciones de Aneyda y de Silody, cuáles son las posiciones de aquel, y cuál su estado de defensa. Hecho esto, y luego que sepamos el resultado de sus investigaciones, obraremos del modo que creamos mas conveniente. ¿Qué os parece?

—Bien,—contesté yo,—y desde luego pongo á vuestra disposición mi guardia, en el cual tengo la mayor confianza, y en quien, desde que está á mi lado, observé mucho valor, despejo y sagacidad. Además, ha residido en Tolayda, y conoce los más grandes señores de la Corte. Antes de oiros, querido Nottely, ya iba yo á hacer igual propuesta, porque estaba seguro de que la aprobariais atendida su importancia; pero os habeis anticipado, y sólo me resta deciros que elijamos el criado. Os lo repito, ¿quereis mi guardia?

—Pero hace poco que le teneis, Mendoza,—dijo el Sr. Silaydi:—¿no podeis haberos equivocado respecto de las cualidades que le suponeis? ¿Estais seguro, además, de su lealtad?

—Oreo que sí, Silaydi,—le respondí,—me tiene cariño, y no desea más que complacerme.

—¿Teneis vos, otro mejor?—preguntó Nottely.

—Tengo á Rotondo, criado antiguo fiel y leal á toda prueba.

—Excelentes cualidades,—dijo el Sr. Nottely;—pero entre las cuales no veo figurar las dos que posee el guardia de Mendoza, y que son las que en la actualidad necesitamos.

—Ah, sí, el despejo y la sagacidad,—dijo el Sr. Silaydi,—no le faltan á Rotondo, aunque respecto de ellas, no dudo en dar la preferencia al guardia de Mendoza.

—Y no es tampoco pequeña circunstancia,—añadió el embajador,—el haber vivido en Tolayda, y hallarse relacionado con los criados de los principales personajes.

—Es cierto,—repuso Silaydi,—llamémosle, pues, y enterémosle al momento del asunto.

CAPITULO XLVI.

INSTRUCCIONES DADAS Á RAMILIO.

Llamé, en efecto, á Ramilio, que se hallaba sobre cubierta hablando con sus amigos.

Era Ramilio un jóven listo, fino y de esbelto talle: tenia el pelo castaño, la frente despejada, los ojos vivos, la nariz graciosamente redonda hácia la punta, la boca pequeña y el bigoterubio, y su semblante, en el cual se revelaba una jovialidad burlona, era simpático.

—Acercaos, Ramilio,—dijo el Sr. Nottely.

Acercóse el jóven, pero sin apartar de mí la vista, como si quisiese leer en mi semblante la aprobacion ó desaprobacion de lo que iba á encomendársele.

—Os llamamos, Ramilio,—le dije,—para encargaros de un asunto delicado y que requiere mucha circunspeccion. He respondido de vos á estos señores, y espero que me dejareis airoso.

—Ya sabeis, señor,—me contestó el jóven,—que estoy enteramente á vuestras órdenes, y que no digo yo por dejaros airoso en lo que de mí habeis dicho á estos señores, sino que por daros gusto en vuestro menor deseo, estoy pronto á sacrificarme.

—Lo sé,—le respondí,—ó al ménos estoy persuadido de ello.

—Podeis estarlo, señor,—contestó el jóven.—¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Vais á ser trasladado á Conordo,—dijo el embajador,—tan pronto como nos acerquemos á Tolayda: allí ya, tomareis una casa, é instalado en ella, averiguareis por los medios que os sugiera vuestra prudencia, y siempre haciendo las preguntas por cuenta propia, hácia qué parte del castillo habitan las señoritas Aneyda y Silody, que son, como ya sabreis, prima una y hermana otra del Sr. Silaydi: averiguareis tambien cuál es la posicion del castillo, cuál su estado de defensa, y qué número de hombres componen la guarnicion.

—Si no es más que eso,—dijo con semblante risueño Ramilio,—pronto espero dejaros satisfecho.

—Por ahora nos basta,—dijo el Sr. Silaydi;—más adelante veremos.

—Puesto que el Sr. Mendoza tiene, á lo que parece, el mismo interes que vos y el Sr. Nottely, bien podeis estar seguros de que haré por complaceros cuanto pueda.

—Así lo esperamos,—dijo el Sr. Nottely;—y tan pronto como averigüeis lo que os he dicho, volveréis á participárnoslo.

—Lo haré, señor,—contestó Ramilio,—¿Teneis algo más que mandarme?

—Nada,—dijo el Sr. Silaydi alargándole un bolsillo,—sino que no economiceis gasto ninguno para obtener las noticias que os pedimos.

—No, por Dios, Silaydi,—exclamé extendiendo mi mano para recoger el bolsillo; pero más veloz que yo, me la separó Silaydi diciéndome:

—En adelante, Mendoza, nunca os ocupeis de dinero tratándose de vos, de Nottely ó de mí, pues entre nosotros es indiferente que lo dé uno ú otro. El primero que lo haga, aquel tiene la preferencia.

—Así es,—repuso el Sr. Nottely.

—Guardadle entónce, Ramilio, puesto que estos señores lo desean.

Hízolo así el jóven, pero lentamente y como si quisiese darme á entender que sólo por obedecerme lo tomaba. En seguida añadió:

—Puedo retirarme ahora?

—Sí,—le contesté.

—Me agrada este jóven,—dijo el Sr. Silaydi tan pronto como marchó.

—Me alegro,—le respondí,—de que así lo juzgueis, Silaydi.

—Después que sepamos lo que haya averiguado Ramilio,—continuó el Sr. Nottely,—haremos los tres un reconocimiento en Conordo, y enterados de su disposicion exterior, trataremos de ver de qué medios hemos de valernos para arrancar á las dos niñas del poder de sus verdugos. Os aseguro, amigos, que esta es la idea que me preocupa desde que dejé á Romalia.

—Os creo, Nottely,—dijo el Sr. Silaydi,—pues á mí me sucede otro tanto.

—Y tan natural es lo que decís, que á mí, que no puedo tener vuestro interes, no me ocupa otro objeto desde que llegué á Tolayda.

—¿No os parece,—dijo el Sr. Silaydi,—que sería bueno que Ra-

nilio llevase una carta mia para Aneyda, participándole nuestra llegada?

—Yo lo creo,—dijo el Sr. Nottely,—si fuese posible entregársela; pero teniendo en cuenta los caracteres de Nostrendy y de Nomatty, conceptúo que habrán tomado tales precauciones, que no conseguirá Ramilio hacerla llegar á su poder.

—Y quién sabe?—repuso el Sr. Silaydi;—Ramilio me parece listo, y no extrañaria que, halagando ó seduciendo á algun criado y gratificándole ámpliamente, recabase de él que entregue la carta á Aneyda.

—Por si acaso, escribidla, Silaydi,—dije yo.

Silaydi escribió la carta siguiente:

«Acabo de llegar, querida Aneyda, delante de Tolayda en compañía de Nottely y de Mendoza. Vienen reunidas las dos armadas de Roquelia y de Nostracia, y quizá hoy principien las hostilidades. Nuestro disgusto por tu rapto fué horroroso. Papá y mamá, aunque buenos, están sumidos en una tristeza mortal, y yo no estaré tranquilo hasta verte libre de ese hombre. Si no hubiese guerra, ya estarias con nosotros, porque yo solo bastaba para arrancarte de Conordo; pero hoy, Nostrendy es un enemigo, y para vencerle necesito vencer ántes un ejército. Bien sabe él lo que hizo al provocar la guerra; pero, sea cual fuere el éxito de la lucha, yo te prometo que no marcharemos sin tí de este país. No te abandones, pues, al dolor, ni olvides que aún te espera una felicidad tan grande, que te hará mirar, hasta como un sueño, los tormentos que ahora sufres. De esta felicidad te hablaré cuando te vea.

»Mendoza, que está á mi lado, me encarga para tí los más afectuosos recuerdos. Su disgusto por lo que sufres, lo mismo que su deseo de verte libre, es como el nuestro: creo que digo bastante. Nottely..... Nottely, Aneyda, nos supera á todos en el sentimiento y arde por volar á Conordo.

»Da esa carta á mi adorada Silody (supongo que ella te habrá hablado de nuestro amor), y no olvides que se desvela por tí—*Silaydi.*»

La carta mereció nuestra aprobacion. La dirigida á Silody, como que todo se referia á cosas de amor, no creo que interese á los lectores. Yo mismo fui á llevarlas á Ramilio, que me prometió hacer milagros porque llegasen á su destino.

Entre tanto avanzaba la armada con una rapidez maravillosa;

y como jamas se detenía, porque cuando paraba el viento trabajaban las ruedas que los buques tenían en las quillas, y cuyas ruedas eran movidas por un aparato eléctrico que aquellos tenían en sus centros, percibimos á Tolayda al día siguiente.

El espectáculo que nos presentó esta ciudad era, como todo lo de Saturno, incomparable. Antes de verla, ó, lo que es igual, ántes de percibir sus edificios, envueltos, por supuesto, entre las sombras, llamó sobremanera mi atencion un sinnúmero de globos luminosos que, en líneas paralelas, ocupaban un espacio ilimitado. La altura de estos globos era muy grande, y la luz que despedían vivísima.

A medida que nos acercábamos, íbamos percibiendo las torres, las cúpulas, las casas, los terrados y las murallas. La ciudad tenía la misma extension que Romalia; pero la llanura que la circundaba, las casas de campo que en ella estaban esparcidas, y los árboles y plantas que por todas partes se destacaban, la hacían parecer mayor. Enfrente de nosotros había un puerto grande y espacioso rodeado de un muelle magnífico, que resguardaban las baterías de la plaza. La entrada de este puerto se cerraba de una manera extraña y digna de referirse.

A una altura capaz de dar paso á un navío de línea, se veía un trozo de muelle que correspondía exactamente á la entrada de este. Dicho trozo, cuyas piedras habían sido enlazadas de una manera que no podían separarse, estaba suspendido en el aire por cadenas enormes de hierro, apoyadas en columnas de granito: por medio de estas cadenas lo hacían subir y bajar máquinas que se apoyaban en el muelle mismo. Cuando este trozo estaba arriba, hacía una vista aterradora, y cuando descendía, su superficie superior quedaba tan al nivel con la del muelle, que parecía no haber allí tal abertura; la inferior descansaba en el fondo del mar, impidiendo de este modo que el agua interior se juntase á la exterior.

Cuando dimos fondo, el trozo del muelle estaba arriba, y delante del puerto, y extendiéndose por ámbos lados, formaba en batalla toda la armada de Catilia.

Al lado derecho de Tolayda, y perdida allá en la bruma, se veía una especie de luna que iluminaba una mole inmensa: esta mole se destacaba de la cresta de una colina, rodeada enteramente por el mar, sobre el cual proyectaba su sombra gigantesca. Sola, in-

móvil y combatida por las olas, esta mole se asemejaba al destino, burlándose de los cálculos y mezquinos proyectos de los hombres.

Aquella luna era un globo de luz semejante á los que iluminaban á Tolayda.

Aquella mole era el castillo de Conordo.

La ciudad, los globos que sobre ella se veían, la llanura que la rodeaba, las casas y árboles que en esta estaban esparcidos, la armada, semejante á un bosque que la defendía, y el castillo de Conordo perdido como dije entre las sombras, formaban un conjunto, que iluminado por la luz plateada de los satélites, y la línea brillante de los arcos, me tenía enteramente fascinado.

Antes de colocarnos en frente de la armada de Catilia, ya habíamos arrojado al agua una lancha que con treinta marineros conducía á Ramilio á Conordo. Se alejó con rapidez, y en pocos momentos se perdió en la oscuridad.

De pié, inmóviles como estatuas, le seguían con la vista Silaydi y Nottely. No me cabe la menor duda que sus corazones latían con violencia, y que sus almas, rápidas como el pensamiento, volaban hacia las lindas prisioneras.

(Se continuará.)

TIRSO AGUIMANA DE VECA.

UNA TEMPORADA EN EL MAS BELLO DE LOS PLANETAS.

CAPITULO XLVII.

BATALLA.

Acabábamos de colocarnos en frente de la armada de Catilia, cuando el viento que nos habia conducido hasta Tolayda cesó repentinamente; las olas fueron perdiendo poco á poco su volúmen, la superficie del mar se puso plana, los buques se quedaron inmóviles y clavados en sus sitios, y un silencio profundo substituyó al ruido sordo y confuso que habia reinado hasta entónces.

Y qué silencio aquel!

El silencio precursor de los horrores!

¡El silencio de la muerte, á la cual, con lúgubre y siniestra faz, veía yo volar en torno de las cabezas de los que debían perecer en aquel día!

Qué contraste! Un momento ántes todo era vida y animacion en el mar, en los buques y en la ciudad que teníamos en frente, y algunos momentos después, con el ruido del viento y de las olas, habian cesado hasta los murmullos que producian las conversaciones que unos con otros tenian los soldados.

De repente un cañonazo disparado desde el navío almirante, que ocupaba el centro de la armada enemiga, vino á estremecer de un modo extraño nuestras fibras: el estampido, que el eco repitió desde los montes más cercanos hasta los más remotos, llevaba consigo un no sé qué de fatídico, que hizo más solemne la majestad terrible que precede á los combates.

Nuestro navío almirante respondió con otro.

El eco lo repitió también; y aquellas respuestas progresivamente descendentes, que parecían perderse en el abismo, llenaban el alma de presentimientos pavorosos.

Al oír el cañonazo de nuestro buque volaron á ocupar sus puestos Nottely y Silaydi, y aún no habían acabado de colocarse en ellos, cuando una andanada de la línea enemiga lanzó sobre nosotros una lluvia de balas.

A aquella andanada respondimos nosotros con otra, que, contestada al instante por la de Catilia, dió lugar á la tercera, luego á la cuarta, y así sucesivamente; de manera que al cabo de dos horas las dos armadas, que se habían ido acercando poco á poco, se tocaban, y aquello se había convertido en un infierno. En efecto: ardía la playa, retemblaban los edificios de Tolayda, se agitaba el mar, vibraba el aire estremecido por las balas que lúgubremente silbaban en torno de nosotros, se rasgaban las velas y se venían abajo hechos pedazos los palos de los navíos. Uno de éstos, cuyo costado acababan de abrir alguna balas que llegaron á él á un mismo tiempo, se había ido á pique: los gritos desgarradores de los moribundos y los clamores frenéticos de los que imploraban auxilio, partían el alma: pocos fueron los que se salvaron.

De repente, y como si se hallasen las dos armadas poseídas de un mismo deseo, cesó el fuego, y una voz tonante, una voz de pavoroso eco, resonó á la vez en los navíos, y esta voz fué:

—Al abordaje!!

Veamos ahora cómo estaban colocados los jefes.

Los navíos almirantes estaban en los centros. Mandaba el ala derecha de la armada de Catilia el príncipe de Nocuara, y la izquierda el Sr. Nostrendy, á cuyo lado estaba Nomatty. Mandaba el ala derecha de la nuestra, formada por las tropas de Roquelia, el Sr. Samidio, á cuyas órdenes estaba Silaydi; y la izquierda, compuesta por las de Nostracia, el Sr. Nottely, á cuyo lado me hallaba yo.

A la voz de abordaje, y después de aferrados los navíos, se lanzaron unos contra otros los guerreros, blandiendo sus hachas.

Imposible es decir lo que después pasó. Los gritos que para animarse daban los soldados, sus esfuerzos para apoyarse en la cubierta, los golpes de hacha que al chocarse y caer sobre las cabezas se dejaban oír, las imprecaciones de los combatientes, los ayes

de los heridos y los gemidos de los moribundos, producian un ruido prolongado y siniestro, que llevaba el espanto y el horror hasta lo íntimo de nuestras almas. ¿Y cómo nó, si este ruido que sólo puede sentirse, pero nunca describirse, era el precursor y el compañero de la muerte?...

En esto el príncipe de Nocuara salta dentro del navío del señor Samidio, seguido de los suyos.

Ya habia inmolado un número crecido de guerreros, y trataba de hacer otro tanto con el resto, cuando abriéndose paso el Sr. Samidio, se puso en frente de él. Cubierto con el escudo, y fijando la vista sobre el hombro derecho del príncipe, le tiró un golpe tremendo con intencion de derribárselo; pero habiéndolo parado el príncipe con una destreza sin igual, le devolvió otro tan violento que hizo chocar el escudo contra la cabeza del Sr. Samidio, dejándole aturdido y sin aliento.

Ya iba á clavar su espada en el corazon del general, cuando se vió repentinamente amenazado por un gallardo jóven. Era Silaydi, que después de haber hecho prodigios de valor, y obligado á retirarse á los que habian seguido al príncipe, cayó sobre éste descoso de matarle y salvar al Sr. Samidio. Miráronse los dos jóvenes con reconcentrada ira, blandieron las hachas con increíble rapidez, é iban á dejarlas caer, cuando observaron que el buque se sumergia, en medio de alaridos espantosos. Tuvieron, pues, que abandonar la lucha para lanzarse al agua y salvarse á nado, lo que no hubieran acaso conseguido si no fuesen socorridos por las lanchas que se hallaban allí con este objeto.

Miéntas esto sucedia en el ala derecha de nuestra armada, principiaba la izquierda á arrollar á la contraria, llevándolo todo por delante el Sr. Nottely. Nada se le resistia, y ya habia obligado á entrar en el puerto á la mayor parte de los buques enemigos, cuando visto esto por el Sr. Nostrendy, y que echaba á pique ó entraba al abordaje á los que estaban fuera todavía, con el objeto de poner término á tanto estrago acercó su buque al de Nottely. Junto á él ya, le disparó una andanada que no le causó afortunadamente otro percance que echar abajo el trinquete, y hacer pedazos la obra muerta de aquel lado. Pálido de rabia Nostrendy al ver el poco efecto de la descarga, arrancó el hacha de las manos de un soldado, y se la arrojó á Nottely. Este, que no habia perdido ninguno de sus movimientos, y á cuya vista nada

se le escapaba, se encorvó para que pasase el hacha por encima de su cabeza, como así sucedió, en efecto, aunque matando á un soldado y yendo á clavarse en el palo mayor del buque. ¡Tan espantosa era la furia que llevaba!

Nottely tranquilo, y sin olvidarse jamás de los vínculos que unian á Nostrendy con Aneyda, le disparó un pistoletazo, cuya bala le pasó rozando el cráneo (habia perdido ya su casco); y si bien no le hirió, porque tal era la intencion del jóven, le dejó tan aturdido y trastornado, que tuvo que agarrarse á un cañon para no caerse. Furioso Nomatty por ver así á su amigo, disparó á Nottely otro, con tal acierto, que, no sólo le llevó el casco y parte de los cabellos, sino que le hizo retroceder algunos pasos. Recobrado al punto, y viendo que todos los buques habian entrado ya en el puerto, se aprovechó del aturdimiento de Nostrendy para volar al socorro de nuestra ala derecha, que principiaba entónces á cejar.

En efecto, era tal el ánimo que el valor, casi sobrenatural, del Príncipe de Nocuara infundia en sus soldados, que nuestra ala derecha principiaba, como he dicho, á ceder, é indudablemente hubiera sido derrotada, si en aquel momento una descarga horrorosa no hubiese llenado de estupor á los soldados de Catilia. Era nuestra ala izquierda que, vencedora de la enemiga, y después de haberla obligado á encerrarse en el puerto, avanzaba sobre la izquierda de Catilia deseosa de destrozarla.

Lívido de furor el príncipe de Nocuara al ver perdida la batalla, no por eso le abandonó su serenidad: ántes al contrario, puesto en pié sobre el castillo de popa, y obrando como hábil general, dió la orden para retirarse, á ver si podia llegar al puerto ántes que nosotros, que á toda prisa avanzábamos para impedirselo. Con voz de trueno mandó que las máquinas redoblasen su tension, lo que, efectuado al punto, hizo que los buques caminasen con una rapidez que sólo podia creerse presenciándola.

Entre tanto, Nottely puesto en pié, todo cubierto de sangre, hecho girones su manto, descubierta la cabeza, y despidiendo fuego por los ojos, daba la misma orden.

Los buques volaban, pero llegaron primero los del príncipe de Nocuara, y ya habian entrado muchos en el puerto, cuando apareciendo nuestra ala izquierda, descargó sobre los restantes una nueva andanada, que echó á pique nueve de ellos. Viendo esto el príncipe de Nocuara, hizo adelantar su navío algo más allá de la

entrada del puerto, con el objeto de que al abrigo suyo pudiesen entrar los que estaban fuera; pero si bien con esta hábil maniobra consiguió su objeto, no evitó el encontrarse con Nottely, que marchaba ávido de nuevos triunfos al frente de los demás. Las descargas se redoblaron entónces con increíble furor, los soldados caían á centenares, ámbos buques estaban desarbolados, y ya se preparaban á embestirse, cuando observando el príncipe que formaban corro alrededor de él los buques que iban llegando, y que pronto quedaría envuelto si no lograba retirarse, hizo seña al timonero para que dirigiese la proa al puerto, otra al director para que diese á las máquinas toda la fuerza de que fuesen capaces, y rápido como el relámpago, y despreciando la lluvia de balas que caía sobre él, atravesó la entrada de pié, inmóvil, amenazador y dejando percibir en su boca una sonrisa que en aquellas circunstancias era el signo más expresivo de la rabia que le devoraba.

Apénas entró el príncipe, cuando con un estruendo imposible de describir por lo espantoso, vino á hundirse en el abismo, y á cerrar la entrada del puerto, la mole inmensa que sobre ella estaba suspendida.

Todo había concluido entónces!

Al tumulto anterior, sucedió una calma profunda. Mi alma, agitada por mil sentimientos diferentes, sólo podía fijarse en la escena de horror que acababa de presenciar. Aquella lucha de gigantes, habida en medio de las sombras; aquel mar cuya superficie tan pura y trasparente ántes, se veía ahora cubierta de sangre; aquella ciudad, cuyos habitantes debieron haber sufrido tormentos por el peligro en que veían á sus parientes y allegados; aquel silencio que había sucedido á los gritos y alaridos que durante el combate habían atormentado mis oídos, y el tinte melancólico que la luz de aquel prodigioso cielo derramaba sobre estas escenas de exterminio, me sumergieron en un abismo de dolorosas reflexiones. ¡Y estos hombres tan cultos tienen guerras todavía! decía para conmigo. ¿Y será posible que la sabiduría, siempre en progreso, no llegue á extinguirlas para siempre? Oh hombres, hombres! en todos los mundos sois los mismos!...

Entre tanto que yo me entregaba á estas reflexiones, daba algunas órdenes el Sr. Samidio (había sido salvado por una de las lanchas), siendo la principal el que acercasen los buques á la playa para sacar de ellos las tiendas, que mandó armar inmediatamente.

Todo estuvo ejecutado en un momento, y era de ver aquel sitio, tan solitario ántes, convertido ahora en un pueblo. Pero ¡qué lujo y qué gusto en aquellas tiendas! Qué hechura tan elegante la suya! Qué riqueza en las mesas, en los asientos y en las colgaduras! El aspecto de aquel pueblo improvisado, sobre el cual se proyectaba la luz pálida de los arcos, era verdaderamente hermoso.

CAPITULO XLVIII.

VUELTA DE RAMILIO.

Nottely, Silaydi y yo ocupábamos una misma tienda. Ya nos habíamos bañado, ya nos habíamos mudado, ya habíamos curado algunas heridas y pequeñas rozaduras que habíamos recibido en el combate, y ya, sentados cómodamente en un sofá, nos preparábamos á hablar de nuestras cosas, cuando de pronto y con la sonrisa en los lábios apareció Ramilio á la entrada de la tienda.

Un grito se escapó, á la vez, de nuestros pechos.

—La satisfaccion que veo pintada en vuestro rostro, Ramilio,—le dijo el Sr. Nottely,—nos hace creer que habeis desempeñado nuestro encargo: me equivoco acaso?

—No, en verdad,—respondió Ramilio.

—Y habeis entrado en Conordo?

—Aunque nó en los salones, estuve en el pátio.

—¿Entónces habreis visto las fortificaciones, y el número de soldados que tiene la guarnicion?

—Sí, señor.

—Y habeis entregado la carta?

—Sí, señor.

—De véras? —dijo lleno de gozo el Sr. Nottely.

—Aquí teneis la respuesta.

Y al decir esto, sacó una carta, cuidadosamente cerrada, que entrego á Nottely. Cogiola éste muy conmovido, y quiso abrirla; pero no pudo, porque su excesiva agitacion se lo impedia. Para calmarla y disimular delante de Ramilio, volvió á preguntar con voz alterada, sin embargo:

—Y cuántos hombres hay en Conordo, Ramilio?

—Seis mil, señor: aquello no es un castillo, es una ciudadela inexpugnable.

— ¿Habeis procurado retener en la memoria las fortificaciones interiores?

— He hecho más, señor, — respondió Ramilio sonriéndose.

— Pues qué habeis hecho?

— Un croquis.

— Un croquis!

— Sí, señor; tomadlo.

Nuestra sorpresa fué extremada.

— Pero quién ha sacado este croquis?

— Yo, señor.

— Vos!

— Sí, señor, — contestó Ramilio con naturalidad: — dibujo bastante bien para poder hacer ese trabajo lejos de los objetos que representa; y como he estado diferentes veces en Conordo, he podido rectificarlo á mi placer. Está exacto, señor, y podeis guiaros por él con toda seguridad.

— Sois una alhaja, amigo, — le dijo el Sr. Nottely.

Ramilio estaba radiante de alegría, y yo más satisfecho que él.

— Y hacia qué parte cae la habitacion de Aneyda? — preguntó el Sr. Nottely, después de haber pasado la vista por el croquis.

— La señorita Aneyda está en el segundo piso de la torre del Mediodía.

— Y Silody?

— En la del Norte.

— Y cómo os habeis manejado para entregar la carta á la primera.

— Renovando mis relaciones con un ayuda de cámara del señor Nostrendy.

— Perfectamente, — dijo Nottely; — y podreis contar con ese jóven en caso que le necesitemos?

— Y con un criado de escalera abajo, que por lo que pudiera suceder he tenido cuidado de poner de nuestra parte.

— Os lo repito, amigo; sois admirable. Ahora marchaos, y descansad, que ya os llamaremos si volvemos á necesitaros.

Y al decir esto, arrancó de su gorra un magnífico brillante, y se lo entregó. Rehusólo Ramilio, como era natural; pero insistió Nottely, diciéndole:

— Eso no es dinero, Ramilio; es una memoria mia, que quiero que conserveis, tomadla.

Tomóla, en efecto, Ramilio; hizo luego una profunda cortesía, y se retiró.

—Es un tesoro ese jóven, Mendoza, —me dijo el Sr. Nottely.

—Sí, á fé mia, —añadió Silaydi; —pero abrid pronto la carta, y veamos lo que dice Aneyda.

—Es para vos, Silaydi, —dijo Nottely alargándosela con mano trémula.

—Y como entre nosotros no hay secreto, abridla, y leednosla.

Nottely abrió la carta, y con voz entrecortada por la emocion, leyó lo siguiente:

«Tu carta, querido Silaydi, me ha causado honda impresion. Estás en Tolayda, y esto que debiera llenarme de alegría, me causa por el contrario pena. Y por qué? porque estando tan cerca, no puedo, sin embargo, verte.

»No quiero referirte mis desgracias; ellas son tales, que á pesar de la felicidad de que me hablas, acabarán pronto con mi vida. Al dolor de verme separada de vosotros (algo, sin embargo, me consuela el saber que papá y mamá están buenos), se une otra clase de disgustos que van minando sordamente mi salud, y de los cuales no puedo hablarte en mi carta. ¡Cuánto diera por estar contigo un solo día!

»Nostrendy, hasta ahora (excepto el horror de la prision) se ha portado de una manera regular; pero como es tan violento y celoso, tiemblo que me cause un disgusto el día ménos pensado. Qué cruel es hallarse en poder de un hombre que se desprecia!

»En medio de mi amargura, todavía he tenido una satisfaccion, que fué el saber cuánto amas á Silody. ¿Por qué no me lo has dicho ántes? La he entregado tu carta, y adjunta te remito su respuesta.

»Me ha conmovido en extremo el interes del Sr. Mendoza: particípale cuán grande es mi afecto hácia él, lo mismo que mi gratitud.

»Y en cuanto al Sr. Nottely, dile que le deseo tanta dicha como tormentos sufre la desgraciada — *Aneyda.*»

Ya al medio de la carta se habia inmutado el Sr. Nottely: pero cuando la concluyó, se puso lívido.

Lástima nos causó á Silaydi y á mí verle en aquel estado: Silaydi lo sentia tanto, que ni aun trató de leer la carta de Silody, que, con la de Aneyda, se le habia caído á Nottely de las manos.

—Qué hay aquí? —dijo mirándome y levantando del suelo las cartas.

—Y quién puede saberlo? —le contesté; —sospechar, sospecho algo, pero nunca vienen á ser más que sospechas.

—Y qué sospechais, Mendoza? —preguntó Silaydi con interés.

—Que sea alguna intriga de Nomatty.

—Entonces ese hombre es un monstruo, —dijo frunciendo el ceño el Sr. Silaydi.

—Para mí, á lo ménos, lo es. Olvidais el rapto? ¿Olvidais la carta del jardin? Olvidais la intriga de Notayde? Pues el que comete un crimen, Silaydi, puede cometer mil.

—Es cierto, es cierto, —decia Silaydi.

Mientras hablábamos, seguia Nottely mudo y como abstraído. Viendo yo que no acababa de salir de aquel estado, me resolví á decirle:

—Pero Nottely, por Dios, ¿así os abatis, sin motivo acaso?

Miróme el jóven con ojos extraviados, y como si sólo el sonido de mi voz, y no mis palabras, le hubieran llamado la atención.

—Qué deciais? —preguntó sin fijarse en mis palabras.

—Que me oigais un momento, —le respondí.

Mas como si no hablase con él, y como si sólo atendiese á lo que pasaba en su cabeza, exclamó:

—Pero ¿qué tiene Aneyda, Dios mio? ¿Por qué me dirige esas palabras que me han desgarrado el corazon? ¿Por qué tanto desden y frialdad conmigo?

—Alguna equivocacion acaso, —le respondí, —ó alguna intriga del mismo que os persigue con su odio.

—Pero ¿por qué ese encono contra mí? ¿Por qué herirme de un modo tan cruel? Qué les hago yo?

Y al decir esto, pasaba la mano por su frente fria y bañada en sudor.

—Vamos, que si vos sufris, —dijo Silaydi, estrechándole la mano, —no sufre ella ménos, como debo inferirlo de su carta.

—Pero si yo no le dí el menor motivo.

—Si vos no se lo dísteis, no faltaria quien se lo diera en vuestro nombre. Creedme; más bien que enojaros con ella, compadecedla, porque, como dice Silaydi, y tiene razon, sufre acaso más que vos.

—Y si ella sufre, ¿no basta eso para que yo me desespere?

—En hora buena, —le contesté, —pero dejando esto á un lado, tratemos de ver de qué medios hemos de valernos para descifrar

este misterio. ¿No os parece, Silaydi, que sería bueno escribir otra vez á Aneyda?

—No sería malo.

—Dejémonos de cartas, señores,—dijo el embajador,—dejémonos de cartas, si gustais, y hagamos otra cosa.

—Qué cosa?—preguntó Silaydi.

—Marchar ahora mismo á Conordo.

—A Conordo!—dijo Silaydi sorprendido;—¿y qué pensais hacer en Conordo?

—Por de pronto reconocer el castillo, y luego buscar los medios de penetrar en él á todo trance.

—En hora buena; iremos mañana.

—Mañana! Desde aquí á mañana, Silaydi, hay para mí una eternidad.

—¿Y no sería mejor que tratásemos ahora de buscar los medios más á propósito para practicar ese reconocimiento y después los que pudiesen facilitarnos la entrada en el castillo?

—¿Sabeis, Silaydi,—dijo el embajador, pálido de impaciencia y mirándole con fijeza,—lo que es una muerte precedida de tormentos y de agonía lenta y terrible?

—No, pero lo presumo.

—Pues esa muerte,—añadió Nottely,—me impone ménos que el enojo de vuestra hermana. Ved, pues, si podré esperar.

—Vámonos, entónces, ahora,—dijimos á la vez Silaydi y yo.

—Oh, gracias, gracias, queridos amigos,—dijo Nottely, cogiéndonos las manos y estrechándonoslas.

CAPITULO XLIX.

VISITA INESPERADA.

—Sí, mi querida Aneyda,—decia Silody á su prima, estrechándola la mano,—conozco que la situación es grave; pero tambien confio en que han de sacarnos de ella Nottely y Silaydi, sin chocar directamente con Nostrendy. Esto, á lo ménos, es lo que me ofreció tu hermano.

—Y lo cumplirá, Silody,—observó Aneyda, con aquella tristeza que tanto realzaba su hermosura;—pero á tal punto han llegado

las cosas, que temo mucho que no lo consigan sin que preceda una lucha con tu hermano.

—Oh,—dijo Silody,—semejante lucha, léjos de mejorar nuestra situación, la agravaría. ¿Y si fuese Silaydi el que empeñase esa lucha con Nostrendy? No quiero acordarme de esto, porque me volvería loca.

—Estoy esperando que me escriba Silaydi, pues quiero rogarle que haga todos los esfuerzos imaginables para tener una entrevista con Nostrendy, no solo, sino en compañía de tres amigos, por si llegan á acalorarse demasiado. En esta conferencia debe tratar mi hermano de hacer conocer al tuyo cuán grande es el oprobio que pesa sobre él mientras me tenga en su poder, y cuán lamentables serán las consecuencias que pueden seguirse si al instante no me pone en libertad.

—Y yo, querida Aneyda, voy á tratar, apenas llegue Nostrendy, de prepararle para esta entrevista. Todavía confío en que el Todopoderoso ha de ablandarle.

—Ojalá!—dijo Aneyda, con melancólica sonrisa.

—No, no me equivoco, Aneyda,—dijo Silody, besando á su prima con ternura;—procura, pues, por Dios, desechar esa tristeza que te mata, y que tanto me hace padecer. En cuanto á las cartas, ya sabes mi opinion: son falsas, Nottely es inocente.

—Sí, sí,—respondió Aneyda, con otra sonrisa que no tenía más objeto que tranquilizar á su prima;—ya haré todo lo posible por estar alegre.

Aquí llegaban de la conversacion, cuando se abrió la puerta y apareció una doncella.

—Qué hay?—preguntó Aneyda.

—Señorita,—respondió la doncella inclinándose;—una señora, vestida de negro, os ruega que la concedais un momento de conversacion.

—Quién es? la conocéis?

—Ni sé quién es, ni la conozco.

—Dejadla que éntre,—dijo al instante Silody.

—Es que, señorita...

—Qué?—dijo Silody, viendo que la doncella se paraba.

—Perdonadme; pero la conferencia que solicita esta señora, quiere que sea á solas con la señorita Aneyda.

—Es muy extraño,—dijo ésta.

—Y tanto,—dijo Silody,—que soy de parecer que no la recibas hasta que diga quién es.

Y volviéndose á la doncella, añadió:

—Vé, Tiriatta, y pregúntaselo.

Marchóse la doncella; pero no tardó en volver, diciendo:

—La señora os suplica que la recibais, segura de que os dirá quién es, y el objeto que aquí la trae: me dijo, además, que la conversacion que solicita, os interesa tanto á vos como á ella.

—Vaya, que esto es singular,—dijo Silody, cada vez más sorprendida.

Aneyda después de un momento de vacilacion, dijo á su prima:

—Déjame, Silody, pues deseo saber lo que me quiere esa señora.—Tiriatta, que éntre,—añadió dirigiéndose á la doncella.

Pocos minutos después entró en la habitacion una mujer vestida de negro y cubierta con un velo. El cuerpo era elegante y esbelto. Paróse un poco y miró á Aneyda de arriba á abajo con atencion. Esta la miró, á su vez, con inquietud y sintiendo una especie de estremecimiento que recorrió todo su cuerpo.

—Antes de descubrirme,—dijo la desconocida, después de haberse sentado,—me atrevo á rogaros que hagais de modo que nadie nos interrumpa.

—Tiriatta,—dijo Aneyda á la doncella,—no estoy visible para nadie.

La doncella se marchó, cerrando tras sí la puerta.

—Ahora, señorita,—dijo la desconocida levantando el velo, y dejando ver un rostro de peregrina hermosura;—miradme.

Aneyda no gritó, no despegó sus labios; pero una lividez mortal substituyó á la palidez que ántes tenia.

—Notayde!—murmuró.

Un penoso silencio sucedió á este movimiento.

Rompióle Notayde, diciendo:

—Veo que me habeis conocido.

Aneyda no respondió; verdad era que tampoco podia hacerlo.

—Hay circunstancias, señorita,—continuó Notayde,—que obligan á una mujer á atropellar por todo, y en estas circunstancias me hallo yo.

Conoció Aneyda que no podia guardar silencio por más tiempo sin dar lugar á interpretaciones poco favorables para ella; así es que, haciendo un esfuerzo sobre sí misma para vencer la repugnancia que le inspiraba la jóven, dijo:

—Pero yo no alcanzo, señorita, qué relacion pueden tener vuestras cosas conmigo ni con la visita que me estais haciendo.

—Oh, mucha, y ahora mismo vais á verlo.

Aneyda no contestó.

—Hace tres años,—continuó Notayde sin inmutarse lo más mínimo,—que ví por primera vez al Sr. Nottely: era entónces secretario de la embajada de Nostracia. Vos lo sabeis, señorita,—añadió con indescriptible malicia;—es imposible ver á ese jóven sin amarle; como lo era entónces (á lo ménos así me lo decian todos, incluso el Sr. Nottely) verme á mí sin adorarme. Nos amamos, pues, señorita, y nos amamos con delirio.

Por más que Aneyda se esforzaba en ocultar lo que sufría, no pudo impedir que su semblante se alterase de una manera notable. Notayde hizo como que no veía, y prosiguió:

—Ni una ligera nube, ni el más leve celaje empañó nuestra felicidad miéntras Nottely permaneció en Catilia; pero desde que la abandonó, puedo decir que no tuve un momento de sosiego, á pesar de las apasionadas cartas que me escribía y haber venido á verme hace tres meses. Sin embargo, nunca hubiera salido de Tolayda, si no hubiese llegado á mi noticia un rumor extraño que me llenó de sobresalto. Se decía, señorita, que el embajador de la Nostracia amaba á la hija del príncipe de Toluma.

Hizo Aneyda un movimiento de impaciencia, y lanzó sobre su interlocutora una mirada severa; pero ésta, sin hacer el menor caso, siguió diciendo:

—Vos no sabeis, señorita, lo que son celos (al decir esto miraba á Aneyda de un modo que indicaba bien que sentía todo lo contrario), ni quiera Dios que lo sepais; pero yo sí, y puedo deciros que fué tal el tormento que esta noticia me causó, que, sin ser dueña de mí, y olvidando hasta mi reputación, me embarqué para Romalia, desoyendo los consejos de mi tia, que se vió precisada á seguirme para que mi honra no sufriese.

Aneyda, cuya impaciencia y disgusto crecían por momentos, no pudo ménos de decirle:

—Permitidme, señorita, que os interrumpa para deciros que nada me interesan esas cosas, y que me hariais un obsequio si tuviéseis la bondad de retiraros.

—Oh, de ningun modo,—respondió la jóven con una serenidad casi insultante:—me interesa tanto el favor que vengo á pedirós,

que estoy decidida á no desperdiciar esta ocasion que mi buena estrella me proporcionó, para deciros todo lo que siento: me oireis, pues, señorita; no hay remedio.

Fué tal la impresion que produjeron en Aneyda el descaro y la audacia de esta jóven, que se quedó muda de asombro: aprovechando Notayde este silencio, continuó:

—En Romalia ya, no hubo género de disculpa que no me diese para tranquilizarme, empleando las más tiernas caricias para hacerme ver que su interes por mí era siempre el mismo. Créile, y volví á ser feliz. Sin embargo, esta felicidad duró poco, porque le veia distraido, y porque, aun á su pesar, y delante de mí misma, se le escapaban suspiros que me llenaban de amargura. Vos sois excesivamente hermosa, mucho más hermosa que yo, que paso por la jóven más linda de Catilia, y él frecuentaba demasiado vuestra casa. Qué queriais que sucediese? Los celos se apoderaron por segunda vez de mí, y, en medio de que me aseguraba que sólo por política, y por razones de Estado, iba al palacio de Nomara, no he vuelto á tranquilizarme.

Iba Aneyda á interrumpirla; pero Notayde se apresuró á decir:

—En esta época salvó Nottely á vuestro padre, y la idea de verle en vuestra casa, y el recuerdo de que estariais á su lado, y de que vos misma le cuidariais, pudo tanto conmigo, que caí peligrosamente enferma. Los médicos aseguraron á mi tia que no recobraría la salud si no me trasladaba á Catilia. Fué, pues, preciso obedecer, y aquí me teneis desde entónces sin que hubiese podido salir de casa hasta ayer, que mis fuerzas me permitieron hacerlo en coche.

Antes de venirme, habia dejado yo en el palacio de Nomara una persona de confianza que me participó vuestra entrevista con Nottely, apénas convaleciente, en el jardin de vuestra casa. Alarmada con tal noticia, le escribí al punto, y aunque su contestacion me consoló, no por eso cesó mi sobresalto.

Tentaciones le dieron á Aneyda de preguntarle por las cartas que le habia entregado Nostrendy; pero, recordando quién era ella, y quién la persona que le estaba hablando, se detuvo. Notayde siguió diciendo:

—Iba, sin embargo, recobrando mi perdida calma desde que supe que viviais en Conordo; pero como llegó en seguida el embajador, y está á una legua del castillo, se renovaron mis alarmas:

entonces, atropellando por todo, no vacilé en venir á veros para deciros resueltamente:

Puesto que sabeis las relaciones de Nottely conmigo, no os degradeis hasta el punto de fijar los ojos en él, porque esto sería indigno de vos y de vuestro rango.

—Señorita!—dijo Aneyda sin poderse contener:—abu....

—Oh, esperad,—repuso Notayde interrumpiéndola:—tengo que deciros....

—Basta,—añadió Aneyda, levantándose y mirándola con imitable dignidad;—y ya que vuestra audacia excede á todo encarecimiento, y que no habeis querido marcharos, como no hace mucho os lo rogué, ahora mismo voy....

Y al decir esto, alargaba la mano para llamar á la doncella, cuando Notayde, avanzando algunos pasos hácia ella, se dejó caer de rodillas exclamando:

—Aguardad, en nombre del cielo: quiero que lo sepais todo.

—Pero qué he de saber?—preguntó Aneyda, sorprendida de aquella accion.

—Que Nottely me pertenece, que no puede ser de otra, que es mio, absolutamente mio.

—Vuestro!

—Mio, sí, porque...

—Acabad.

—Porque soy madre!!—contestó Notayde, bajando lentamente la cabeza.

—Madre!—gritó Aneyda con el mismo espanto que le hubiera causado ver rasgarse el cielo, despedir el rayo, y reducir á polvo el mundo todo, quedando ella sola en el universo.—Madre!

—Sí, señorita,—repuso Notayde con voz apenas perceptible,—desde hace tres meses.

Aneyda, propendiendo por su celestial pureza á pensar bien de todos, no podia figurarse que aquella mujer fuese una infame: creyó, pues, en la culpabilidad del embajador. Entonces aquellas ilusiones de ella tan queridas, aquellos sueños de placer y de ventura que tantas veces y por tanto tiempo acariciara, se disiparon como el humo, viniendo á sustituirlos la amargura y la desesperacion, que atormentaron su alma de mil modos diferentes.

Conociendo que no podia soportar tan intenso sufrimiento, dijo á Notayde, con voz insegura, sin embargo:

—Son infundados los temores que abrigais respecto del afecto que pudiera tenerme el Sr. Nottely: nada existe hoy entre los dos; podeis, pues, retiraros.

Y como Notayde insistiese en demostrarle su agradecimiento, volvió á decir con impaciencia febril:

—Retiraos, retiraos pronto.

Apénas Aneyda quedó sola, desapareció toda aquella fuerza ficticia que la conciencia de su dignidad le habia prestado hasta entónces.

—¡Dios mio, Dios mio,—dijo, apretando su corazon con ámbas manos: —dadme fuerza para soportar tanto dolor!

(*Se continuará.*)

TIRSO AGUIMANA DE VRCA.

UNA TEMPORADA EN EL MAS BELLO DE LOS PLANETAS.

CAPITULO I.

RECONOCIMIENTO QUE HICIMOS EN EL CASTILLO DE CONORDO NOTTELY, SILAYDI Y YO.

Al entrar en la lancha para dirigirnos á Conordo, me fijé en un hombre que, de pié y embozado en su manto, nos miraba al embarcarnos. Creí que fuese algun curioso y no hice caso; pero al ver que cuando principiamos á andar dió la vuelta y se dirigió á Tolayda, se me hizo altamente sospechoso, tanto más, cuanto que me pareció haberle visto ya otra vez, al entrar en nuestra tienda, hablando con un criado del embajador. Callé, sin embargo, porque no me dijese que era cabiloso.

La calma que habia reinado durante la batalla continuaba todavía; el mar presentaba una superficie plana, y el cielo una serenidad completa: se oia con grata complacencia el acompasado ruido de los remos que al caer y levantarse del agua hacían saltar gotas tan brillantes como la estela que la lancha dejaba en pos de sí. Veíamos en lontananza, y envueltos entre las sombras, las farolas y los edificios de Tolayda, que, inmóviles y silenciosos, dominaban la llanura, é iban desapareciendo de nuestra vista las tiendas y las luces de nuestro improvisado campamento.

A medida que estos objetos se perdian en la bruma, se destacaban y hacían más perceptibles los contornos del castillo de Conordo. Alumbrada esta mole por un globo de luz eléctrica, presentaba una figura majestuosa, y la sombra que sus torres y almenas proyectaban en las paredes y en el suelo, haciendo resaltar más los puntos iluminados, les daba un aspecto sorprendente.

Absorto en la contemplacion de este espectáculo, que hacía más interesante el reconocimiento que íbamos á practicar, y absortos Silaydi y Nottely en sus reflexiones, nos fuimos acercando al castillo. Vimos, y nos fuimos haciendo cargo, de sus baterías, de sus bastiones y de sus fosos; y por medio de un anteojo que Nottely habia traído, percibimos distintamente los centinelas que silenciosos se paseaban por la muralla. El lienzo que observamos primero fué el del Mediodía; pero tratando de reconocer el que miraba al Norte, fué preciso introducirnos en una especie de estrecho que una larga cordillera dejaba entre ella y la colina. Entramos en él, siempre mirando al castillo, y ya habíamos llegado á la mitad, cuando un ruido extraño, que se hacía cada vez más perceptible, nos llamó la atencion. Escuchamos, y pudimos distinguir que lo producian cuatro lanchas que velozmente se adelantaban hácia nosotros. Al punto se puso en pié el embajador, sacó el anteojo, y procuró saber qué gente las tripulaba.

—Sospechosas son estas lanchas,—dijo, después de un rato, el Sr. Nottely.

—Y en qué os fundais?—preguntó Silaydi.

—En que vienen atestadas de soldados.

—Hola, hola; pero contra nosotros no será,—dijo Silaydi,—porque no pueden saber que nos hallamos en este sitio.

—Os equivocais, Silaydi,—dije con resolucion;—no me cabe la menor duda de que vienen, cuando ménos, observándonos.

—Diantre, amigo! y cómo sabeis eso?

Entonces les referí lo del embozado, y su rápida marcha hácia Tolayda; tan pronto como nos hicimos á la mar.

—Estais seguro de lo que decis, Mendoza?—me preguntó el embajador.

—Segurísimo,—le contesté.

—Entonces no estamos bien,—dijo el Sr. Nottely:—la lucha es muy desigual; y aun suponiendo que matemos la mitad, el resto nos matará á nosotros. La culpa es mia, que, dominado por mi impaciencia, olvidé que yendo á un punto enemigo, debiéramos tomar más precauciones; verdad es que no contando con que se nos vigilase, no las creí necesarias. Podíamos encontrar una lancha: esto importaba poco, si el encuentro fuese casual; pero las que vienen hácia nosotros no es por casualidad, es á propósito.

—Y qué hacemos entonces?

—Usar de la astucia, reservando las armas para el último extremo.

Dijo, y sentándose en la popa, empuñó el timon, dió la orden á los remeros para que vogasen con todas sus fuerzas, y encargó á Silaydi que de pié y con el anteojo en la mano no perdiese de vista á las lanchas.

Todo así dispuesto, arrancamos con rapidez, salimos del estrecho, doblamos una punta que nos ocultó enteramente de las lanchas, y nos dirigimos, costeando la colina, á buscar una pequeña abertura que el Sr. Nottely conocia, y que, segun dijo, daba paso á una ensenada. Allí podiamos estar seguros de que no nos verian, á no ser que entrasen en ella por el mismo sitio que nosotros: esta ensenada distaba medio cuarto legua de Conordo. Al fin, arribamos á ella, y luego que estuvimos dentro, dijo Nottely:

—Coloquémonos en este recodo que está lejos de la abertura y desde donde no nos verán, á no ser que entren en la ensenada. Así lo hicimos.

—Ahora esperemos—dijo el Sr. Nottely, en cuyo semblante no se veia ya rastro ninguno de dolor.

Sin duda que el peligro debia tener para este jóven atractivo, puesto que de tal modo le cambiaba, y puesto que, no sólo estaba tranquilo, sino que se dejaba percibir en su boca una sonrisa que, al mismo tiempo que nos sorprendia, nos animaba.

—Si entran aquí—dijo por último—las ventajas para nosotros son muy grandes, porque no podrán pelear las cuatro lanchas á la vez, sino una á una, y una á una no es imposible vencerlas. Si, por el contrario, pasan de largo por creer una locura que nos atreviésemos á entrar en un punto tan peligroso, entónces trataremos de saltar en tierra para ocultarnos en cualquier sitio, hasta que estemos seguros de que cesaron de perseguirnos. Ahora el más profundo silencio, señores.

Todos callamos, pero los latidos de nuestros corazones se oian perfectamente.

No habria pasado un cuarto de hora, cuando el ruido de los remos nos hizo conocer que las lanchas se acercaban.

Por señas nos dió á entender Nottely que nos preparásemos.

Todos empuñamos las armas.

De pronto una de las lanchas se aproximó á la abertura, cesó el movimiento de los remos, y un silencio como el de las tumbas

reinó en torno nuestro. La lancha, empero, no acababa de entrar en la ensenada, ó, á lo menos, no la veíamos desde el sitio en que nos hallábamos.

Con el arma al brazo y la puntería hecha, sólo esperábamos verla para disparar.

Apénas respirábamos.

De repente una voz sonora y de vibrante timbre nos hizo oír estas palabras:

—No están, muchachos; sin duda que se dirigen á Sittoldo. A ellos!

—A ellos!—respondieron á un tiempo los soldados.

Y el ruido de los remos volvió á oírse, y con él el murmullo de las conversaciones que unos con otros entablaron los soldados.

Poco á poco fué disminuyendo el ruido, se hizo después confuso y, por último, se extinguió.

Largas y profundas aspiraciones dilataron nuestros pechos, oprimidos poco ántes. Sólo Nottely estaba tan tranquilo como si no hubiese sucedido nada.

—La hemos acertado—dijo con una sonrisa de satisfacción—en meternos en este sitio. Desde la abertura han reconocido la ensenada, y como no nos vieron, porque estamos en el recodo, y como por otra parte no podían figurarse que viniésemos á encerrarnos aquí, se marcharon.

—Siempre previsor en todo, querido Nottely,—dijo el Sr. Silaydi—nos habeis traído á un peligro para evitar otro mayor, y lo habeis conseguido, como conseguís cuanto intentais, y ahora ¿qué hacemos?

—Desembarcar pronto y ocultarnos después.

Llevamos la lancha á la parte opuesta de la abertura por donde habíamos entrado, y dimos fondo. Desembarcamos en seguida, y tratamos de ganar la colina, Nottely, Silaydi y yo; pero era tan áspera la roca por donde teníamos que subir, que temimos no llegar á conseguirlo. Lo intentamos, sin embargo, de dos en dos, (iba también Ramilio con nosotros), y después de mil fatigas y de vernos expuestos á rodar é ir á destrozarnos sobre las peñas que teníamos debajo, llegamos, por fin, á la campiña, sin más daño que algunos rasguños y algunas desolladuras en los dedos.

Luego que estuvimos en terreno firme, miró Nottely con el antejo, y vió efectivamente que las lanchas se dirigían á Sittoldo,

que era un pueblecito que se hallaba entre Conordo y Tolayda.

Quizá algun lector extrañe que Nottely mirase por el anteojo siendo de noche; pero debe tener presente que esta no era completa, sino una especie de crepúsculo más próximo á la noche que al día. Tampoco debe olvidar que aquella claridad en nada se parecía á la de la Tierra, pues estaba acompañada de un tinte azul tan bello, que al mismo tiempo que revestía los objetos de este color, inspiraba al alma sensaciones deliciosas.

—No encontrándonos en Sittoldo—dijo el embajador—es casi seguro que á la vuelta penetrarán en la ensenada, y si ven la lancha y no nos encuentran á nosotros, inferirán que no debemos estar lejos; nos buscarán, y más ó menos pronto darán con nosotros. Para evitar esto es necesario que los remeros saquen la lancha de la ensenada y que la conduzcan, faldeando la colina, á cien varas, donde hay otro sitio lleno de arbustos y de zarzas, en el cual pueden ocultarse fácilmente.

Así se lo hicimos entender á los remeros, encargándoles que no se separasen del sitio designado hasta que fuésemos á buscarlos. Marcháronse al punto, y pronto desaparecieron detras de la colina.

—Cómo conoceis tan bien estos sitios?—pregunté á Nottely después que marchó la lancha.

—Porque cacé mucho tiempo en ellos cuando era secretario de la embajada de Nostracia.

El lugar donde nos hallábamos distaba poco del castillo; pero como estaba más bajo que él, y poblado de árboles corpulentos, era imposible que nos viesen, á no venir á él á propósito, ó que la casualidad condujese á alguno por allí.

—Ahora, señores,—dijo el embajador,—esperadme aquí, que voy á hacer un reconocimiento por los alrededores del castillo.

—Solo?—pregunté yo.

—Y por qué nó?

—Oh! de ningun modo!—dijimos á la vez Silaydi y yo.

—Cómo de ningun modo?—preguntó con extrañeza el embajador.

—De ningun modo, Nottely,—dijo Silaydi,—á no ser que vayamos todos.

—Imposible,—repuso el jóven.

—Cómo imposible?

—Imposible, Silaydi, os lo repito,—dijo con alguna impaciencia el embajador.

—Pero por qué?

—Porque un hombre solo puede bajarse, tenderse en el suelo, ocultarse detras de un árbol, ó esconderse en cualquiera sitio, mientras que cuatro no darán un solo paso sin que se les descubra prontamente.

—Pero, Nottely, por Dios!—repuse yo;—en qué agonía no estaremos todo el tiempo que permanezcais lejos de nosotros? ¿No vale más que nos cojan juntos, y que juntos perezamos ó nos salvemos, que no que uno solo muera separado de los otros? En nombre del cielo, no os vayais.

—Amigo, —me dijo el embajador fijando en mí sus ojos, —en mejor concepto creí que me teniais: por quién me tomais?

—Por lo que sois, querido,—dijo Silaydi con viveza,—y por lo mismo que sois valiente y con mucha frecuencia temerario, temblamos que os expongais demasiado y os cojan.

—Son muy torpes estos catilianos para que lo consigan: estad tranquilos, que pronto vuelvo.

—Pero.....

—Oh, por Dios!—dijo el embajador interrumpiéndome;—no me hagais más reflexiones, porque estoy absolutamente decidido á dar este paso: esperadme, os repito, que pronto vuelvo.

Y sin dar lugar á nuevas contestaciones, desapareció en la oscuridad.

Quedamos solos, y no sé qué sombrío presentimiento se apoderó de mí luego que perdí de vista á aquel gallardo jóven. Tambien Silaydi me pareció preocupado, y no era extraño, porque Nottely era para nosotros indispensable.

Una hora habria trascurrido desde que se marchara, y aún no habia vuelto: principiábamos á inquietarnos.

—Le habrá sucedido algo?—dije yo.

—No lo sé,—me respondió Silaydi;—pero no estoy tranquilo.

—Ni yo. Quereis que vayamos á buscarle?

—Esperaremos otra media hora, y si en este tiempo no viene, marcharemos.

—Mal, muy mal hemos hecho, querido Silaydi, en no haberle seguido, aún á pesar suyo, pues yendo algo lejos, no lo habria conocido, y estaríamos prontos á socorrerle en caso de una sorpresa.

—Teneis muchísima razon, Mendoza; pero la cosa está hecha, y ya no tiene remedio: esperemos puea.

—Esperemos.

—Me permitís, señor,—preguntó Ramilio,—que vaya á reconocer el terreno durante la media hora que habeis resuelto esperar?

Me conmovió la noble resolucion de Ramilio, y una mirada mia le expresó mi agradecimiento.

—Qué decis, Silaydi?

—Que no me parece mal el pensamiento de Ramilio, y soy de sentir que accedamos á él, con tal que nos dé palabra de retirarse al menor asomo de peligro.

—Os la doy, señor,—contestó Ramilio.

—Id, pues,—le dije,—y avisadnos de cualquiera novedad que ocurra.

CAPITULO LI.

DESAPARICION DE NOTTELY.

Desde que estábamos en la colina habia principiado á llover; pero cuando Ramilio se marchó, el agua caia á mares. Ningun caso hicimos, sin embargo, de este contratiempo, preocupados con el peligro en que suponiamos á Nottely, y con aquel en que nosotros nos hallábamos.

A medida que el tiempo corria, aumentaba nuestra ansiedad, y una penosa inquietud se iba apoderando de nosotros.

De pronto una detonacion salida del castillo, y otra que le siguió después, nos hicieron estremecer.

—Habeis oido?—me dijo Silaydi.

—Y tanto como he oido, amigo.

—Marchemos,—dijo de pronto el jóven.

—Marchemos,—le contesté.

Y nos internamos en el bosque.

Poco nos faltaba para llegar al castillo, cuando sentimos pasos: nos paramos, y mirando al frente, percibimos una figura que venia caminando hácia nosotros. La figura nos vió sin duda, puesto que se paró.

—Adelante,—dijo Silaydi.

—Adelante,—le respondí.

Y marchamos; pero á los pocos pasos, la figura echó á andar tambien, y pronto nos reunimos. Era Ramilio.

—Qué hay?—le pregunté.

—Nada, señor, ni á nadie he visto; pero he oído dos pistoletazos que me parece se dispararon en el castillo, y que me hacen presumir que esté dentro el Sr. Nottely, ó que alguna escena terrible debe pasar en él.

—También nosotros los hemos oído, y por eso salimos á encontraros. Habeis registrado los alrededores?

—Todos,—contestó Ramilio;—pero como os dije, á nadie he visto.

—Parece increíble que no hayais encontrado ni un soldado, habiendo tantos en el castillo.

—Como llueve mucho, no habrán querido mojarse.

—Y esa es la verdadera causa,—observó Silaydi,—de una casualidad que de otro modo no pudiera comprenderse. Y aprovechándonos nosotros de ella, puesto que subsiste todavía (en efecto llovía cada vez más), volvamos á registrar los tres.

—Pero sin salir de entre los árboles,—dijo Ramilio,—pues si nos ven desde la torre, estamos perdidos: además, que sin dejarlos, se percibe perfectamente cualquiera persona, ó bulto que haya entre ellos y el castillo.

—En hora buena,—dijo Silaydi;—vamos allá.

Y con el mayor esmero, con la más nimia atencion registramos, no una sino tres veces, los alrededores del castillo, sin que nada hubiésemos encontrado.

—Pues señor, no hay duda,—dije yo.

—De qué?—preguntó Silaydi.

—De que, ó Nottely ha vuelto al sitio en que nos dejó, ó que de seguro está en Conordo.

—Ante todo,—me dijo el Sr. Silaydi,—volvamos pronto á ese sitio, no sea que, desembarcando por aquí nuestros perseguidores, nos cojan desprevenidos y nos prendan. No somos más que tres, y ninguna gracia tendria entregarnos voluntariamente á una muerte segura.

—Teneis razon, Silaydi, pues nunca tanto como ahora debemos conservarnos para salvar al embajador, si, como lo presumo, está en Conordo.

—Temerario!—dijo con voz conmovida el Sr. Silaydi;—¿á qué habrá ido al castillo? y ya que fué, ¿por qué no evitó que le prendiesen? Un hombre tan necesario, no debiera de exponerse de ese modo.

— Cierto, — repuse yo, — pero olvidais, Silaydi, — añadí en voz baja, á pesar de que Ramilio, por respeto, venia bastante lejos, — el amor violento del embajador? ¿Olvidais que el enojo de vuestra hermana le ha puesto fuera de sí?

— Ya, ya; pero tampoco debiera olvidar él á la pátria.

Conversando de este modo, llegamos al sitio donde nos habia dejado Nottely: no habia nadie.

Desde él recorrimos con la vista el horizonte; pero ninguna lancha, ningun bulto percibimos en el mar.

— Y ahora qué partido tomamos? — me dijo el Sr. Silaydi.

— Esperar la vuelta de las lanchas, pues sin estar seguros de que cesaron de perseguirnos, no podemos trasladarnos á Tolayda.

— Luego no quereis que hagamos más pesquisas?

— Y para qué? Nottely, querido Silaydi, ó ha muerto (ámbos nos pusimos pálidos) ó lo que es más probable, está en Conordo. Si lo primero, ningun objeto tienen nuestras pesquisas; y si lo segundo, tampoco, á lo ménos por ahora, pues no hemos de ir á atacar tres hombres solos un castillo defendido por 6.000

— Es muy cierto.

— Esperémos, pues, las lanchas, que si no sobreviene algun obstáculo, nos embarcarémos para Tolayda: ántes, sin embargo, dejaremos aquí á Ramilio para que, por medio de las relaciones que tiene en el castillo, averigüe lo que ha sido de Nottely.

— Discurris admirablemente, Mendoza.

— Y tan pronto como vuelva Ramilio, y tan pronto como sepamos lo que ha sido de nuestro amigo, removerémos al cielo y á Saturno para libertarle, ya por medio de alguna negociacion, ya por medio de la astucia, ó ya por medio de la fuerza; porque no descansaré, Silaydi, hasta que vuelva á ver á ese jóven sin el cual me es imposible ya vivir.

— Y yo os juro ante Dios, que haré cuanto pueda por salvarle.

Esto acordado, volvimos á mirar al mar, y percibimos á lo lejos una luz que se movia. Al instante armé el anteojo, con el cual se habia quedado Silaydi desde que Nottely se lo diera en el estrecho, y miré hácia la luz: eran las lanchas que regresaban á Conordo. Desde entónces ya no las perdí de vista, y cuando llegaron á la ensenada, observé que se pararon. Una, la que venia delante, debió, sin duda, penetrar en ella, porque tardó en salir.

— No se equivocó Nottely, — dije yo.

—En qué?

—En decir que, á la vuelta, entrarían en la ensenada.

—Nunca se equivocó Nottely, Mendoza.

Una de las lanchas entró, efectivamente, en ella.

—Si lo hubiesen hecho á la ida, les hubiera sido mejor.

—Indudablemente. Pero mirad; ahora vuelve á salir.

En efecto, la lancha salió y se reunió á las otras. Después de algunos momentos que estuvieron parados los que habian entrado (supongo que para referir á sus compañeros el resultado de sus investigaciones), continuaron todos su marcha, faldearon la colina, penetraron en el estrecho, y se dirigieron al castillo. Allí supongo que desembarcarían los soldados, porque ya no los veíamos; pero nos guardamos muy bien de ir al sitio donde nos esperaba la lancha, hasta que pasó el tiempo que nos pareció preciso para estar seguros.

Antes de hacerlo, dimos nuestras instrucciones á Ramilio, el cual se quedó con el mayor gusto, jurando que no tardaría en saber lo que habia sido de Nottely.

Cuando llegamos al campamento, aún no se habia notado nuestra falta; pero tan pronto como los marineros contaron á sus amigos lo que habia sucedido al embajador, y esta noticia cundió por el ejército, fué preciso contener á los soldados, que querían ir á Conordo y arrasarlo.

Los jefes bramaban de coraje, y también eran de parecer que marchásemos á Conordo y lo sitiásemos. Y así hubiera probablemente sucedido, á no haberles hecho conocer Silaydi y yo el gran peligro en que ponían la vida de Nottely si se empeñaban en llevar á cabo su propósito.

—Tan pronto como se acerque á Conordo—dijo Silaydi—una fuerza superior á la del castillo, le matarán, sin duda, pues nuestro mismo afán por rescatarle les hará ver lo mucho que vale y nos interesa la vida de ese joven. Nó, señores; esperemos la venida de Ramilio, y después que sepamos lo que ha sucedido á Nottely, adoptaremos los medios que nos parezcan más oportunos para libertarle.

Si no se convencieron los jefes, convinieron, al menos, en esperar á Ramilio.

CAPITULO LII.

EL HOMBRE DEL SUBTERRANEO.

Hé aquí lo que nos contó Nottely que le habia sucedido, después que se separó de nosotros en la colina de Codorno.

Caminó al principio mirando al frente, y registrando con cautela los alrededores. Como llovía, se envolvió en su manto, y siguió andando hasta la última fila de árboles, donde se paró. Desde allí registró el espacio que mediaba entre éstos y el castillo. Seguro de que no habia que temer, á lo ménos por entónces, levantó la cabeza y la fijó en la torre: era ésta precisamente la que ocupaba Aneyda, y el recuerdo de que estaba allí, sola quizá, y á tan pocos pasos de él, le conmovió de una manera extraordinaria: sobrespúsose, no obstante, y abandonó aquel sitio para acabar de reconocer el castillo. Sin salir nunca de los árboles, para no ser visto de los centinelas, fué dando vuelta al edificio, y observando con atencion las torres, las murallas y demás fortificaciones que lo defendían.

Ya habia llegado á la parte del castillo que caía sobre la playa, ya habia examinado todo aquel lienzo, y ya se preparaba á medir la altura que tenia sobre el nivel del mar, cuando, mirando hácia abajo, le pareció percibir entre las sombras una figura humana que salía de la base de la colina y se dirigia hácia la ribera. Siguióla con la vista, y observó que entraba en una lancha, con la cual tomó la direccion de un pequeño buque, que estaba anclado á poca distancia de la playa.

—¿Qué vendrá á hacer aquí este hombre?—dijo para consigo el embajador.

Y se quedó mirando el buque.

Pasarian como cosa de quince minutos, cuando notó que la lancha se separaba otra vez del buque, y que volvía hácia la playa: cuando llegó, le pareció que el hombre echaba el ancla; luego le vió encorvarse y levantar un bulto bastante pesado, que condujo á la base de la colina, donde desapareció.

Algunos minutos después volvió á salir, y tomó de nuevo la direccion del buque.

Arrastrado por una curiosidad que no podía resistir, dijo para sí el embajador:

—No, pues si vuelves otra vez, yo te aseguro que he de saber quién eres.

Y con este objeto se separó del punto en donde estaba para ir á buscar otro cuya pendiente fuese ménos áspera: hallólo cerca de allí, y después de haberlo examinado, y de estar seguro de que era practicable, se determinó á bajar, lo que hizo con trabajo y hasta con peligro de caer sobre las peñas que estaban junto á la playa. Sin embargo, llegó á ésta sin más novedad que haberse dejado parte del manto en un árbol que halló al paso.

En la playa ya, buscó un sitio en el que pudiese ocultarse, y fué tan dichoso, que lo halló junto al camino por donde el hombre tenía que pasar. Colocóse en él, y mientras lo esperaba y se acomodaba en su escondite, recorrió con la vista los alrededores: su sorpresa fué extremada cuando al mirar la base de la colina percibió una claridad confusa que salía de la roca misma.

—Qué habrá allí? Qué claridad es aquella? — se preguntó el embajador. — En verdad que esta aventura es bien extraña.

Dicho esto, miró al mar. El hombre acababa de desembarcar, y abrumado por el peso de un abultado fardo, adelantábase lentamente hacia la colina.

Cuando pasó por el sitio en que Nottely se ocultaba, se levantó éste y fué á colocarse detrás de él: como el hombre iba cargado, y el piso era arenoso, pudo hacerlo sin que aquel lo percibiese.

Así caminaron uno detrás de otro hasta llegar á la claridad que había visto el embajador, el cual reconoció entónces, con sorpresa, que salía de una galería, cuya abertura daba paso á un hombre sin necesidad de doblarse para entrar: se convenció, además, de que esta abertura debía estar oculta é ignorada de todos ménos de aquel hombre, puesto que en sus alrededores se veían zarzas y otras malezas recientemente removidas.

El hombre entró en la cueva, y detrás de él entró Nottely; el hombre se adelantó hacia un sitio donde la luz era más viva, y Nottely le siguió tambien. Mientras lo hacía, iba examinando el camino que era, como he dicho, una especie de galería abierta en la misma peña, circunstancia que le obligó á inferir que no sin motivo se había construido allí.

Como á veinte pasos de la entrada, vió Nottely unos doce bul-

tos parecidos al que el hombre llevaba áuestas; y sobre una mesa cubierta con un mantel, un farol, dos botellas, un vaso y varios manjares que no habian sido tocados todavía. Nottely sospechó entonces quién era el hombre, y á haberlo sabido antes, no se hubiera tomado el trabajo de esperarle, porque no merecia la pena; mas allí ya, quiso saber con qué objeto se habia construido aquel camino subterráneo que, lejos de terminar en el sitio de los fardos, se alargaba todavía mucho más.

Cuando el hombre llegó adonde estaban los bultos, puso en el suelo el que llevaba al hombro: pero aún no habia acabado de hacerlo, cuando un golpecito dado por Nottely, le obligó á levantarse y á volver rápidamente la cabeza.

La vista de una serpiente no le hubiera causado más impresion que la que le causó el jóven. Dió un paso atrás, y, veloz como el relámpago, echó mano á un cuchillo que llevaba en el cinto.

Nottely, lejos de inmutarse por la actitud de su adversario, cuya cara y hercúlea musculatura impondrian á cualquiera, gozaba, por el contrario, de la sorpresa que acababa de causarle. Era esta tan grande, que el hombre dudaba si lo que veia era realidad ó sueño. Aumentaban esta duda y le ponian fuera de seso, la serenidad imperturbable del jóven, su belleza y la magnificencia de su traje; reflexionando, sin embargo, en el peligro que corria por haberse descubierto el subterráneo, y su modo de vivir, se repuso al punto. Entonces se adelantó á Nottely, y le dijo con acento amenazador:

—Quién eres?

—No lo ves?

—Veo; pero qué buscas aquí?

Con la vista fija en el cuchillo, pero tranquilo, el Sr. Nottely, en lugar de responder, preguntó á su vez:

—Al contrario, amigo, tú eres quien vas á decirme ahora mismo lo que haces en este sitio.

—Y quién eres tú para preguntármelo?—dijo el hombre con sonrisa feroz.

—Eso no hace al caso por ahora, y sí el que me digas quién eres, y lo que haces en este sitio.

—Estás cansado de vivir?

—Quiéres responder al punto?

—Sí?—dijo el hombre con lúgubre sonrisa;—espera.

Y rechinando los dientes, cayó sobre Nottely con intencion de clavarle el cuchillo en el pecho.

Pero éste sin moverse, ni valerse siquiera de sus armas, levantó su brazo, cogió con rapidez la muñeca de aquel hombre, y, no sólo se la sujetó y apartó cual si fuese su mano una tenaza, sino que principió á retorcérsela con una fuerza tal, que el hombre, exhalando un grito, dejó caer el cuchillo de la mano.

Soltóle el embajador, y le dijo con la misma tranquilidad que si no hubiese pasado nada:

—Con que vamos, amigo, qué haces aquí? quién eres?

Aturdido el hombre al ver aquella serenidad, y, sobre todo, aquella fuerza, túvole por un ser sobrenatural, y se aferró de tal modo en esta idea, que, no sólo le respondió con respeto, sino temblando:

—Soy, señor, un habitante de estas cercanías.

—Y en qué te ocupabas ahora?

—Señor...

Y el hombre vacilaba.

—Responde; es forzoso que lo hagas.

—Oh señor,—dijo el hombre hincando una rodilla en el suelo; —si no sois un sér sobrenatural y sí un hombre, no me perdais por Dios. Soy padre, tengo hijos, y la necesidad de mantenerlos, y dejarles algun día con qué vivir, me obligan á dedicarme á este trabajo.

—Y qué trabajo es ese?

—Comprar y vender géneros sin pagar los derechos que se exigen en los puertos.

—Y de dónde traes esos géneros?

—De Romalia.

—Y dónde los vendes?

—En Tolayda.

—Eres solo, ó tienes asociados?

—Tengo tres; pero para depositar aquí los géneros, soy yo solo.

—Cómo así?

—Porque nadie en el mundo conoce este sitio más que yo.

—Y qué sitio es este?

—Señor, dijo el hombre temblando, y mirando al jóven en ademán suplicante; es mi secreto, si me obligais á revelároslo, soy perdido.

—Escucha,—dijo el embajador, fijando una mirada profunda en aquel hombre;—en las circunstancias en que me hallo, necesito saber á todo trance qué sitio es este : si te niegas á decírmelo, te obligaré á hacerlo por la fuerza, guardando ó descubriendo este secreto, segun convenga ó nó á mis designios; pero si buenamente me das acerca de él cuantas noticias poseas, te juro, por mi honor, que quedará sepultado entre los dos. Elige.

—¿De véras, señor, de véras podré confiar en la palabra que me dais? ¿No pretendeis arrancarme este secreto para perderme después?

—Si tal fuese mi intencion no te daria á elegir uno de los medios que te propongo, y á nada me comprometeria.

—Es cierto, es cierto, y voy á deciros lo que sé.

—En hora buena.

CAPITULO LIII.

CONTINÚA LA ESCENA DEL SUBTERRÁNEO.

—Preguntad lo que gustéis,—dijo el contrabandista.

—Qué camino es este?

—Este camino, señor, es una galería que principia en el sitio por donde habeis entrado y termina en el castillo de Conordo.

Oir esto el embajador, latir con fuerza su corazon y colorearse sus mejillas, todo fué uno.

—¡Y yo que miraba como perdido el tiempo,—decia para consigo,—de averiguar quién era este hombre! Oh Dios!—exclamó,—qué de causas pequeñas producen, á veces, resultados asombrosos!

El embajador comprendió de lleno las inmensas ventajas que de este secreto podria sacar.

—Y por dónde sabes tú eso?—preguntó de nuevo.

—Por mi padre que me reveló este secreto á la hora de su muerte, como á él se lo habia revelado el suyo.

—Y el suyo cómo lo supo?

—Por el abuelo del Sr. Nostrendy, de quien fué criado.

—Y sabes el motivo por qué se le dijo?

—Sí señor, y es un suceso raro que nadie, ni el mismo Sr. Nostrendy, sabe en Catilia más que yo.

—Refiéremelo,—dijo el Sr. Nottely, cuya curiosidad aumentaba por momentos.

—Había venido á Conordo el muy alto y poderoso Sr. Roquendy, abuelo del Sr. Nostrendy, con el objeto de sacar unos papeles del archivo. Sólo le acompañaban dos ayudas de cámara y tres criados, porque pensaba volverse al día siguiente. Como pasaba de un año que residía en Tolayda no había guarnición en el castillo, y así tuvo lugar lo que voy á referir.

Sería la media noche cuando el Sr. Roquendy, que tenía consigo á mi abuelo para que le limpiase el cajon de donde sacara los papeles, sintió gritos y gemidos lastimosos; entreabrió la puerta y vió venir corriendo á un ayuda de cámara, que, con el cabello erizado y el semblante descompuesto, gritaba:

—Socorro! Socorro! Ladrones!

Antes de llegar á la puerta fué muerto el infeliz por un bandido que le clavó su puñal en el pecho. Ver esto, cerrar la puerta, coger la luz que ardía sobre la mesa, empujar un resorte que había en el suelo, abrirse una puerta perfectamente disimulada, entrar por ella, hacer seña á mi abuelo para que le siguiese y lanzarse á la galería, todo lo hizo el Sr. Roquendy en ménos tiempo que yo empleo en referirlo.

Cuando principiaron á andar ya se oían los golpes que los bandidos daban en la puerta para derribarla, pues querían, á todo trance, coger al Sr. Roquendy y obligarle por medio de tormentos á decir dónde tenía el dinero (debo advertiros que era una creencia general en Tolayda que estos señores guardaban sus tesoros en Conordo); pero los fugitivos, sin hacer el menor caso, continuaron su camino. Por fin llegaron á esta entrada, que para ellos fué entónces salida, y mandando el Sr. Roquendy á mi abuelo que separase las zarzas y malezas que la ocultaban, se hallaron en la playa. Mi abuelo, por órden de su señor, volvió á cerrar la entrada cuidadosamente.

Estaban, como he dicho, en la playa; pero era preciso pasar en ella lo que faltaba de la noche, ó volverse á Tolayda por mar. El Sr. Roquendy optó por esto, temeroso de que cuando los bandidos no le hallasen en su cuarto, saliesen á registrar las cercanías: mandó, pues, á mi abuelo que despertase á unos pescadores que vivían en esa casa que está debajo de la colina, y con ellos se marcharon á Tolayda. Algunos minutos después de haber llegado, fué atacado el Sr. Roquendy de una apoplejía fulminante que le quitó la vida en pocas horas.

Hé aquí, señor, continuó aquel hombre, por qué medios tan raros vino á quedar mi abuelo único poseedor de este secreto, porque como los dos ayudas de cámara y los criados fueron muertos, y el Sr. Roquendy perdió el habla tan pronto como enfermó, ni aquellos pudieron saber nada del secreto, ni éste comunicarlo á su familia.

—Y tu abuelo hizo uso como tú de la galería?

—Mi abuelo, señor, que dejó la casa cuando se casó, quiso un día volver á verla por si se acordaba de ella; y aprovechando un período en que el castillo estaba solo, por haber ido el conserje con su familia á Tolayda, halló la entrada, se introdujo en la galería, y la recorrió toda; entónces observó que treinta pasos ántes de terminar, se dividía en dos, es decir, que una de ellas iba á parar á la pieza baja de la torre del Mediodía, mientras la otra, en forma de caracol, iba á parar á la principal. En el último peldaño, y hácia el paraje donde el Sr. Roquendy empujara el resorte, halló otro correspondiente al de la sala, que empujado por él, abrió la puerta y pudo entrar en la habitación. Dedicado después al contrabando, como se dedican aquí todos los que viven en la costa, conoció cuán útil podía serle el subterráneo para guardar los géneros, como se lo fué efectivamente. Viendo, pues, lo mucho que crecía su fortuna, jamás quiso comunicar este secreto sino á su hijo, y aun á éste sólo lo hizo á la hora de la muerte.

—¿Y tú has recorrido alguna vez la galería, y visto las piezas á que va á parar?

—Si señor,—contestó el hombre;—pero como nosotros no robamos, y tenemos tanto interes en el secreto, nada pueden temer los señores del castillo, á quienes, por otra parte, profesamos el mayor respeto.

Nottely, con lo que acababa de oír, no cabía en sí de gozo, para ocultar su emocion, se reconcentró en sí mismo, y guardó silencio.

Mirábale entre tanto el hombre con inquietud, esperando el resultado de aquella meditacion que iba á decidir de su suerte, toda vez que estando desarmado y dominado por el jóven, le tenia á su disposicion.

Al fin levantó Nottely la cabeza, y dijo:

—Cómo te llamas?

—Sattalio, señor.

—Bien; toma ese oro.

—Oh, señor,—dijo Sattalio, admirado de lo grande del bolsillo;—por qué motivo?...

—Tómalo,—dijo el Sr. Nottely, obligándole á admitirlo, y escucha:—te reitero mi palabra de que nadie sabrá tu secreto más que yo; pero es preciso que ejecutes al instante lo que voy á proponerte.

—Y qué es, señor?—dijo el hombre, no sin inquietud.

—Primero, que pongas á mi disposición por esta noche tu lancha.

—Y podré saber con qué motivo?—pregunto Sattalio.

—Para conducirme á mí, y acaso á dos personas más.

—Y adónde?

—A Tolayda.

Nottely no quiso decir al campamento, temeroso de que la cualidad de enemigo no indujese á aquel hombre á cometer una traición.

—No tengo más inconveniente, señor, que faltarme otros dos marineros, sin los cuales es imposible conducirla, porque es grande.

—Mientras yo esté ausente, puedes buscarlos.

—Si me concedéis una hora, lo haré al punto.

—Te la concedo.

—Bueno.

—Ahora condúceme á la pieza principal.

—Al instante, señor.

Y cogiendo el farol que estaba sobre la mesa, echó á andar seguido del embajador.

Desde el momento que este percibió, por la relación de Sattalio, la posibilidad de penetrar en la torre del Mediodía y acaso de salvar á Aneyda, se hallaba en un estado difícil de describir. Sus piernas temblaban, su vista se desvanecía, se le anudaba la garganta, y una cosa parecida á frío recorrió todo su cuerpo.

—Qué teneis, señor?—le preguntó Sattalio.

—Nada, anda.

—Os sentís mal?

—No, no; anda,—contestó el embajador, con voz insegura.

Y anduvieron hasta que llegaron al último peldaño.

—Abro?—preguntó Sattalio.

—No, todavía no.

Y bajando la voz para que no pudiesen oírle desde adentro, añadió:

—Indícame dónde está el resorte, y cómo se mueve.

Hízolo así Sattalio.

—Ahora marcha, corre á buscar tus compañeros, condúcelos á la lancha, y vuelve á esperarme al sitio donde tienes los fardos. Ni un momento te separes de allí por espacio de una hora; pero si en este tiempo no fuese á reunirme contigo, continúa en tus ocupaciones, y obra como si nada hubiese pasado, como si nunca me hubieses visto. Sé que no puedes faltarme, porque vendiéndome, te vendes; pero si tal fuese tu intencion, mi venganza te alcanzará, yo te lo juro: al contrario, si me eres fiel, y continuas prestándome tus servicios, seré agradecido; no lo dudes.

A pesar de su ferocidad, no pudo ménos de conmoverse Sattalio al oir este ofrecimiento; así es que le dijo, no sin cierta agitación:

—Os serviré, señor, y si es preciso, expondré por vos hasta la vida.

Así acababan los enemigos de Nottely.

—Gracias; ahora marcha.

—Pero no sin dejaros el farol tres ó cuatro pasos más abajo, por si lo necesitais.

Solo ya el embajador, aplicó su oido á la puerta, y escuchó.

Nada absolutamente se sentia.

—¡Dios! Si estará aquí?—decia para consigo.

Y volvió á escuchar; pero nada tampoco percibió.

(Se continuará.)

TIBBO AGUIMANA DE VECA.

UNA TEMPORADA EN EL MAS BELLO DE LOS PLANETAS.

CAPITULO LIV.

APARICION DE NOTTELY EN EL CUARTO DE ANEYDA.

Aquel silencio y la consideracion de que Aneyda pudiese hallarse tan cerca de él, afectaron á Nottely de un modo tal, que no podía resistirlo; así fué que, atropellando por todo, empujó el resorte, y la puerta se abrió.

Entró en la sala, y la puerta se cerró tras él.

Tendida en un sofá, y apenas repuesta del disgusto que le habia causado la escena que tuviera con Notayde, estaba Aneyda. Y ahora...

¿Quién podrá pintar el gesto, el ademan, la actitud, la expresion con que reveló la pobre jóven todo lo que dentro de sí experimentó al ver á Nottely? Echado el cuerpo hácia atrás, dilatada y fija la mirada, contraído el rostro, anhelante la respiracion, y extendidos los brazos, contemplaba atónita al embajador, de cuya presencia allí parecia querer asegurarse. Vencida por un impulso irresistible, avanzó algunos pasos hácia él; mas de pronto exhaló un grito, y volvió á alejarse, sin apartar, sin embargo, los ojos de aquella figura, que le parecia fantástica.

Carifño y repulsion, gozo y amargura, todo alternativamente se leia en el semblante de Aneyda, blanco entónces como la azuena, pero idealizado por el sufrimiento, interesante como nunca y seductor cual un ensueño de felicidad.

Nottely la admiró estático algunos momentos; pero recordando lo crítico de la situacion y lo urgente del tiempo, le dijo:

—Aneyda, vengo á salvaros.

—Cómo, señor, vos aquí!

—Sí, Aneyda, yo.

—Vos, vos, y decís que venís á salvarme? Vos? Oh!

Nottely se quedó helado.

—¿Pues qué — le dijo — no me veis en vuestra estancia, y que por llegar hasta vos acabo de poner mi vida en manos de mis enemigos?

Más que su cólera, más que su indignacion y que sus celos, pudo entónces con Aneyda una idea que repentinamente la asaltó, y fué: que si Nottely era visto por alguno del castillo estaba perdido sin remedio. Esta idea se enseñoreó de ella de un modo tal, que dejando á un lado toda otra consideracion, no pudo ménos de decirle:

—Marchaos, señor embajador, marchaos; si os ven, sois perdido.

Un rayo fueron para Nottely estas palabras; pues ignorando la causa del enojo de Aneyda, no podía ménos de sorprenderle su porte, y tanto, que en vez de contestar, se quedó mirándola de hito en hito.

—Qué! no os marcháis?—preguntó Aneyda:—ved que si os encuentran aquí, no sólo os prenderán, sino que...

Y calló, por no atreverse á manifestar lo que pensaba.

—Prenderme!—dijo el embajador encogiéndose de hombros:—prenderme! Y qué me importa á mí que me prendan?

—Qué os importa! Oh, señor! un minuto, un segundo más que permanezcáis aquí.....

—Basta, Aneyda; no os canséis en aconsejarme que me marche, puesto que no puedo obedeceros. ¿Qué es la prision, qué es la muerte, comparadas con ese enojo que me es imposible comprender? Decidme la causa, Aneyda, y os deberé más que la vida.

—Que no podeis, decís, comprender la causa de mi enojo!... Ah, señor embajador, os burláis sin duda!... Pero marchaos pronto, marchaos; en nombre del cielo os lo suplico.

Causaba compasion ver la alarma y agonía de aquel ángel, que ni un momento apartaba los ojos de Nottely sino para fijarlos en la puerta, por la cual creía ver entrar á cada instante á Nostrendy ó á Nomatty.

Conociólo el embajador, y le dijo conmovido:

—Sufrís, no es verdad, Aneyda? Oh, sí! sufrís mucho, pues vuestra impaciencia y alteracion me lo revelan demasiado. Mas decidme: ¿es por vos, ó por mí, el sobresalto que teneis? Porque si es por vos, os tranquilizaré al punto librándoos de mi presencia.

—Señor,—dijo Aneyda con una ansiedad que no podia resistir,—¿quereis hacerme el obsequio de marcharos?

Nottely interpretó mal aquella insistencia, cuya verdadera causa no acababa de comprender; pero cediendo, al fin, á ella, dijo con un tono en que se dejaba traslucir la agitacion que le dominaba:

—Lo exigís? Quereis absolutamente que me retire? Voy desde luego á obedeceros; pero ántes concededme un favor, Aneyda.

—Qué favor, señor?

—Que me dediqueis un recuerdo; lo merezco; os lo juro ante Dios.

Al oir estas palabras, Aneyda, que no podia conciliar la infidelidad de Nottely con el interes que le demostraba, y ménos aún con el peligro á que por ella acababa de exponerse, en lugar de contestar, exclamó dejándose caer en una silla:

—Dios mio, Dios mio! volvedme loca, loca, ó quitadme la vida, pues no puedo soportar tantos tormentos.

—Cómo! —dijo Nottely, afectado en lo íntimo de su alma al verla en aquel estado:—¿será posible que yo, que no he cesado de adoraros, que os adoro ahora más que nunca, y que al separarme de vos llevo la muerte en el corazon, sea el que os compadezca, quando me tratais tan cruelmente?

—¿Y es á mí, señor, á quien dirigís esas palabras?—dijo la niña con una mirada de amarga reconvencion.

—Y á quién más que á vos podia dirigirlas?

—A mí, á mí,—repetia la niña con indecible tristeza,—á mí decís que no habeis cesado de adorarme?

—A vos, Aneyda; á vos, criatura celestial; á vos, único y querido objeto de mi vida; á vos sola puedo dirigir esas palabras.

—Señor,—dijo Aneyda incorporándose y mirando á la puerta con espanto;—me estais matando. ¿Quereis, en obsequio del Dios que nos oye y que lee en nuestros corazones, dejarme y salvaros?

Como se ve, Aneyda, aun en medio de su indignacion, jamas perdía de vista el peligro de Nottely. Oh amor, amor!...

—Oid, Aneyda,—dijo el embajador con voz solemne:—habeis una vez concebido sospechas contra mí, y esa vez visteis bien

pronto cuán fútil y deleznable era el fundamento que tenían. ¿Habeis vuelto á incurrir en esa debilidad? No puedo creerlo.

—Pues os equivocais, señor.

—Cómo!—dijo el embajador con una sorpresa que no pudo ménos de notar la jóven; —¿habeis vuelto, en efecto, á sospechar de mí?

—Sí señor; he vuelto á sospechar de vos; pero esta vez ¡oh! esta vez, en lugar de sospechas, ha sido una verdadera realidad, una terrible realidad, pues no hace una hora que aquí, en este sitio, sentada en aquella silla, y derramando lágrimas, he visto, he oído y hablado con.... Oh, señor! marchaos pronto; os lo pido de rodillas si es preciso.

Aturdido, anonadado Nottely por lo que acababa de escuchar, no encontró en el acto, palabras con que expresar lo que sentia; mas habiendo logrado reponerse, iba al fin á sincerarse, cuando de repente se abrió la puerta y apareció Nostrendy.

Aneyda dió un grito y cayó sin conocimiento.

Nottely inmóvil clavó la vista en su rival.

CAPITULO LV

PRISION DE NOTTELY.

En cuanto á lo que experimentó Nostrendy, es indecible. Agolpándosele la sangre al corazon, quedó su rostro descolorido, y hubo sin duda de sentir un vértigo, pues parecia que iba á caer. Pero verificóse la reaccion, sus ojos despidieron rayos, coloreáronse sus mejillas, llevó la mano á la empuñadura de la espada, y adelantóse resueltamente hácia Nottely. La lucha iba á estallar, parecia inevitable, y sin embargo, no fué así. Nostrendy, por una de esas transiciones inexplicables, se detuvo, cerró momentáneamente los ojos como si tuviese que reconcentrar todo el poder de su voluntad para dominar el odio y el rencor que perturbaban su espíritu, y gradualmente fué serenando su semblante que no tardó en adquirir su naturalidad habitual: era, al fin, dueño de sí.

Entonces, dirigiéndose al embajador, le habló con altanería, pero de muy distinto modo que lo hubiera hecho al principio cuando le cegaba la ira.

—Señor embajador, —dijo, —qué sorpresa! Yo creí que no era lícito, ni aun político, entrar un caballero en casa de otro, sin haber obtenido ántes su permiso. Pensais lo mismo?

—Absolutamente lo mismo, —contestó Nottely con aquella dignidad que sabia tomar cuando la ocasion lo requeria; —pero como no es á vos, sino á la señorita Aneyda á quien tenia el honor de visitar, por eso no creí necesario ese permiso.

—Y la señorita Aneyda, dónde está? —preguntó con irónica sonrisa el Sr. Nostrendy.

—En vuestra casa, lo sé: pero cómo? de qué modo? ¿en qué concepto? Quereis decírmelo?

Estas preguntas fueron otras tantas puñaladas para Nostrendy.

—Como una pariente en casa de otro, —dijo procurando reposarse; —tiene eso algo de particular?

—Oh, mucho, Sr. Nostrendy, y vos lo sabeis mejor que yo.

—No os comprendo, caballero.

—De véras no me comprendéis?

—Nó, si no os explicais más claramente.

—Ah! ¿con que quereis que os diga lo que no debíerais oír sin ruborizaros? ¿Quereis que os diga que la señorita Aneyda no está en vuestra casa por su voluntad, sino como prisionera, y que en tal concepto ningun derecho teneis sobre ella más que el de la fuerza? ¿Quereis que os diga que la habeis robado, cobarde y villanamente, causando la desesperacion de su familia? ¿Y quereis qué os haga saber, por último, puesto que por lo que veo lo ignorais, que el que procede de esta manera pierde, aunque lo posea, el título de caballero? Quereis qué os diga todo esto? Pues ya os lo digo, Sr. Nostrendy.

—Pronto, —dijo temblando, —salid de aquí, ó...

—Me hareis prender, no es eso? —dijo desdeñosamente el señor Nottely. —Por cierto que nada lo extrañaria.

—Salid, salid pronto, caballero, ó vive Dios, que no respondo de mí.

—Solo?

—Pues quién quereis que os acompañe? ¿ha venido álguien con vos?

—Entónces quereis prenderme.

—Y aunque lo hiciese, tendria eso algo de particular?

—Tratándose de vos, nó; pero de un caballero, mucho.

—Cómo! qué quereis decir?—repuso frunciendo el ceño, el señor Nostrendy.

—Quiero decir, caballero, que por este mucho entiendo yo lo que debisteis haber entendido vos desde que me visteis en vuestra casa: entiendo que un hombre indefenso debe ser sagrado para un enemigo generoso. Y digo indefenso, porque aunque estoy armado, ¿qué importan mis armas ni mi arrojo contra la fuerza de que disponeis?

—¿Y olvidais, señor Nottely, que estamos en guerra, y que la guerra autoriza para apoderarse de un enemigo en cualquier sitio que se le encuentre?

—Eso se entiende con ciertas gentes, caballero, y cuando el enemigo no tiene contienda alguna personal con el que le prende; pero entre nosotros... ¿Quereis que os diga, Sr. Nostrendy, lo que un hombre de pundonor hubiera hecho en lugar vuestro?

—¿Sabeis, señor,—dijo Nostrendy irguiendo con orgullo su cabeza y adelantando un paso hacia Nottely,—que estais abusando de mi paciencia? ¿Sabeis que si quiero puedo aquí mismo mandar que os despedacen? ¿Creeis, sin duda, mis palabras vanas amenazas? Os sonreis? Ah! ¡es que ignorais cuántos tormentos me habeis causado, cuánta hiel acumulásteis dentro de mi pecho! ¡Es que ignorais que habeis acibarado mi vida y... que os aborrezco! Sr. Nottely. Pero nó, no abusaré de las fuerzas y medios de que dispongo; solo, frente á frente y con espada en mano, podré mejor vengarme. Venid, señor embajador, venid.

—Quereis, pues, un duelo?

—Lo ansio.

—Medio bárbaro es, en verdad, el duelo—dijo Nottely;—pero además de enemigo personal, sois tambien enemigo de mi patria, Sr. Nostrendy, y aunque no os odio, como vos me odiais á mí, os compadezco.

—Eso más, Sr. Nottely? Oh, venid, seguidme, ahora, al instante, ó vive Dios, que no respondo de mí.

Y Nostrendy cogió del brazo al embajador, y lo arrastró tras sí. Al salir encontraron una doncella, á la cual dijo éste:

—Id, y socorred á vuestra ama.

Oyólo Nostrendy, y lanzó sobre el embajador una de aquellas miradas que el alma comprende, pero que la pluma no puede describir.

En esto bajaban los peldaños de la escalera que conducía al patio, lugar donde se paró Nostrendy, decidido á que allí se verificase el duelo. El patio aparecía desierto; mas de improviso, y cuando iban á colocarse en sus puestos, entró en él un peloton de soldados que, en tropel y rápidamente, se echaron sobre Nottely. Y tan pronta é inesperada fué la agresion, que éste no tuvo más tiempo que para disparar sus pistolas, cuyas detonaciones fueron las que recordará el lector oimos en la colina. Sin poder moverse y oprimido por el número, el embajador tuvo que ceder y resignarse. Desarmado y sujetos los brazos, fué conducido al piso bajo de la torre, donde le encerraron.

Nostrendy sorprendido por aquella acometida, de que no tenia noticia, quiso oponerse á ella; pero fué contenido por Nomatty quien le dijo sin soltarle de la mano:

—Oye primero las razones que tengo para obrar así, haz después lo que te parezca.

—Y tú, qué has hecho, desventurado?

—Salvarte y salvar á Aneyda—respondió Nomatty con voz melosa.

—Y el honor?

—Puro, amigo, purísimo, pues yo cargo con lo malo de la accion, si algo malo puede haber en apoderarse de un enemigo cuando estamos con él en guerra.

—Ese enemigo venía conmigo, y estaba bajo mi proteccion,—repuso con despecho el Sr. Nostrendy;—voy á soltarle.

Y al decir esto intentó alejarse en la direccion que habia seguido Nottely. Nomatty le cogió del brazo.

—Guárdate de hacerlo,—dijo—si no quieres perderte, y perder á Aneyda para siempre.

—Cómo así,—preguntó Nostrendy, vivamente afectado con la última expresion.

—Ven á mi cuarto y te lo diré.

Nostrendy titubeó, luchó algunos instantes; pero siguió á Nomatty.

Pobre Nostrendy! Cada vez avanzaba más en el camino de su ruina. (1)

(1) No olvide el lector que las conversaciones de Nostrendy con Nomatty nos eran referidas por los dos jóvenes que ya dije teníamos á nuestro servicio, y que estaban encargados de no perderlos jamas de vista.

CAPITULO LVI.

REUNION EN CASA DEL SR. NOLATTO.

Dejemos, por ahora, á Catilia, y trasladémonos á Romalia para saber algo de las personas queridas que hemos dejado allí. Ciertamente que no presencié lo que voy á referir; pero también lo es, que de todo fui informado por M. Leynoff cuando, acabada la guerra, regresamos á Romalia.

Los Príncipes, aunque más consolados con las noticias que les mandábamos por el correo, sufrían, sin embargo, mucho por la prision de Aneyda, y por los peligros en que suponían á Silaydi: tanto uno como otro, no cesaban de hacer fervientes súplicas al Eterno para que les conservase aquellos dos seres, que eran su felicidad en este mundo.

M. Leynoff estaba escribiendo siempre, y el tiempo que no invertía en esta ocupacion, sacaba apuntes, registraba archivos y examinaba antigüedades: el resto lo dedicaba al Sr. Nomara y á los señores Buttilo y Nolatto, con quienes habia contraído estrechísima amistad. También ellos le querían mucho á él; así es que siempre estaban juntos, motivo por el que les llamaban en Romalia los inseparables.

El Monarca, aunque ocupado siempre en los negocios del Estado, no por eso dejaba de recibir con el mayor gusto á M. Leynoff, á quien estimaba cada vez más, y á quien preguntaba por mí, llamándome su pequeño héroe.

Los Sres. Rodulio y Otrocy, cuyo humor era excelente, gozaban de cuantas diversiones se les presentaban, sin que por eso dejaran de asistir, de cuando en cuando, á las reuniones que tenían sus amigos.

Las Sras. Nottissa y Nassala no salían del palacio de Nomara, y los Sres. Notty y Soletty, que habían quedado de guarnición en Romalia, nos escribían con frecuencia.

Al cuarto día de haber marchado nosotros, tuvo lugar una reunión en casa del Sr. Nolatto con motivo del cumpleaños de este caballero. Hubo una comida suntuosa, y á ella, además de los señores Nomara, Rodulio, Ruttilo, Sattulo, Cuttrocy y M. Leynoff,

asistieron otros cuatro personajes, cuyo talento y sabiduría eran proverbiales en Romalia.

Después de levantados los manteles, y de haberse retirado las señoras, dijo M. Leynoff:

—Sin adulación, señores; estoy sorprendido de la cultura y civilización que hay en Romalia; pero me sorprende en extremo haber oído decir que, en ambas cosas, está más adelantada Sameyda. Es esto posible? No hay en ello exageración?

—No, querido Leynoff, no la hay,—dijo con noble franqueza el Sr. Nolatto. La Nostracia es hoy, no sólo la nación más poderosa de Saturno, sino la más culta é ilustrada. Su Gobierno es un verdadero modelo de acierto, tacto y circunspección.

—Señores,—dijo con su viveza habitual el Sr. Rodulio:—todos los Gobiernos son buenos: la causa, la única y verdadera causa de los trastornos de la sociedad, está en el hombre. Y por qué? Porque es malo, porque es pésimo este maldito bicho. ¿Cómo se destruye esta causa? Educándole, señores; cambiándole, y, sobre todo, instruyéndole. Y esto, cómo se consigue? Por medio de las escuelas y de excelentes y escogidísimos (notad, señores, que he dicho escogidísimos) maestros. Luego en las escuelas reside el bien y el mal de una nación: el mal, si los maestros son como los que teníamos ántes, es decir, nulos, groseros é ignorantes; y el bien, si son como los de ahora, ó, si es posible, mejores. Ya veis, señores, que las escuelas son el todo para una nación, y que, en su orden interior, y sobre todo en la elección de los maestros, debe poner un Gobierno su principal (notad, señores, que he dicho principal) atención. Escuelas, pues, y siempre escuelas, clámase aquí, en todas partes y á todas horas: escuelas, señores, escuelas, y media docena de leyes bastan para regirnos.

Y se sentó volviendo la cabeza á una y otra parte.

Ni uno hubo que no le dirigiese una sonrisa de benevolencia.

—Rodulio,—observó el Sr. Nomara:—has dicho una verdad tan grande, que desde luego te aseguro que ninguno de los que estamos aquí dejamos de mirarla como tal. Aún más; todos te concedemos que es una de las bases más poderosas para hacer la felicidad de una nación; pero diferimos, sin embargo, en una cosa.

—En cuál?—preguntó el Sr. Rodulio.

—En que tú miras la enseñanza pública como base única de esa felicidad, mientras yo quiero, por lo ménos, sean dos.

—Y cuál es la otra, á ver?

—La religion.

Todos los circunstantes inclinaron la cabeza en señal de asentimiento.

—Sí, Rodulio,—continuó el Sr. Nomara dando á su voz la entonacion que la gravedad del asunto requería;—la religion, porque sin la religion no concibo la felicidad en las familias, y, por consiguiente, en las naciones. La religion, que ha nacido con nosotros, que está identificada con nuestras almas, que es un sentimiento íntimo, instintivo, si puedo explicarme así, en las naciones y en los individuos, puesto que no hay uno solo á quien no hable y que no sienta su necesidad.

Hombres hay que pasan por honrados, porque las leyes de los hombres nada tienen que reprocharles, y sin embargo, son unos monstruos. Díganlo sino esos tormentos sordos, pero sostenidos, que en lo interior de sus casas hacen sufrir á sus esposas; tormentos que pasan tanto más desapercibidos, cuanto más virtuosas sean aquellas. Dígalo la pésima educacion que dan á sus hijos, los lazos infames que tienden á otras mujeres, las intrigas tenebrosas que ponen en juego para perder á un enemigo, los manejos viles de que se valen para sustraer intereses que no les pertenecen, y los pensamientos y deseos execrables que conciben, ejecutan ó mandan ejecutar en medio del silencio y del misterio. Y estos crímenes, mil veces más terribles que los que llevan al cadalso á un asesino, quién los castiga? quién los evita? Los tribunales? Nó, porque carecen de las pruebas necesarias para ponerlos bajo el dominio de las leyes. Quién entónces?

La religion.

—Bien sé, señores,—prosiguió diciendo el Sr. Nomara,—que hay todavía en Saturno incrédulos que se mofan de la religion, y que niegan la existencia del mismo Dios. Insensatos! ¡Como si la materia pudiese crearse á sí misma! ¡Como si lo que carece de inteligencia pudiese producir el cálculo! Y qué cálculo, señores? El cálculo que mantiene los mundos en sus orbitas, el cálculo que anima y gobierna al universo, el cálculo, en fin, que dió por resultado lo que se puede mirar como el resumen de los prodigios del Omnipotente, la inteligencia del hombre!!

La materia crearse á sí misma!

Aberracion monstruosa! sacrilego pensamiento!

Y digo sacrilego pensamiento, porque la existencia sólo del cálculo supone necesariamente una inteligencia, y la materia no puede en modo alguno poseerla. Y hay cálculo en el universo? Grande, profundo, inmenso, pues aunque el hombre no puede abarcarlo todo por lo limitado de su genio, lo ve, por decirlo así, y lo deduce del que existe en nuestro sistema planetario. Y habiendo cálculo, ¿no es absolutamente forzoso que haya una inteligencia que lo hubiese concebido antes de llevarlo á ejecución? Y esta inteligencia, tratándose de un cálculo como el del universo, puede ser otra más que la de Dios? Permitidme al ménos que yo lo crea así con todo el ardor de mi corazón.

—Como lo creemos todos, príncipe,—respondimos á la vez los concurrentes:

—Admitida la existencia de Dios—continuó el Sr. Nomara—de suyo se deducen la inmortalidad del alma y la vida futura, y estas dos eternas verdades, que no necesitan pruebas, porque nacen con nosotros, son la existencia de Dios, la base de la religion.

Y, señores, aún suponiendo que ninguna de las religiones sea revelada; aún suponiendo, como algunos aseguran, que no sean más que meras creaciones subjetivas, sin nada absolutamente de objetivo; ó, á lo sumo, un instinto de nuestra naturaleza que se depura, adelanta y perfecciona por el progreso de la civilización y de la actividad intelectual; aún suponiendo esto, repito, creedme, siempre serian dignas de la mayor consideración, y siempre, no lo dudeis, de todo punto indispensables.

La ley es la religion, decian ciertos pueblos de la antigüedad, manifestando así la alta importancia que le concedian. Y en verdad que no era exagerada esta importancia, toda vez que la religion es, en concepto mio, la gran ley, la ley por excelencia, el primero, el más fuerte y principal de todos los vínculos que unen entre sí las sociedades. Y hé aquí, Rodulio, por qué las naciones necesitan, además de la enseñanza pública.....

—Estoy, estoy,—dijo interrumpiéndole el Sr. Rodulio:—prosigue, que te escucho con el mayor gusto.

—Pues bien,—continuó el Sr. Nomara:—la Nostracia, ya que de ella principiamos á hablar, comprendió que la corrupcion y la ignorancia eran las calamidades más grandes, los azotes más terribles que afligen á la humanidad, la causa de su decadencia y disolucion, y por eso su afan constante, sus objetos preferen-

tes, son fomentar la moralidad, los conocimientos y el trabajo.

La Nostracia es hoy la única nación que no tiene más que una voluntad, porque, unidos los individuos que la componen, conspiran á un mismo fin, es decir, á la prosperidad de la patria y á la perfeccion de los ciudadanos. Es fuerte y vigorosa por el trabajo, noble y magnánima por la virtud, ilustre y brillante por su saber, y poderosa y acatada por su valor é independencia. Enemiga del espíritu de conquista, se contenta con su territorio, y sus banderas sólo ondean para ayudar al débil y humillar al ambicioso; por eso la aman todos, tanto como la admiran y respetan.

La Nostracia es una nacion modelo.

—Bien, perfectamente,—dijo, poniéndose en pié, un jóven alto, moreno, de poblada barba y largos cabellos;—acabais de hacer la apología de la Nostracia, y me agrada eso á fe mia... Pero una cosa, señores: si considerais el gobierno de esa nacion como el más justo, equitativo y sabio, y como el más análogo á la naturaleza y dignidad del hombre, ¿por qué no lo estableceis? ¿por qué no trabajamos todos, aunando nuestros esfuerzos, para llegar á plantearlo?

—Nittrando,—preguntó con aire serio el Sr. Nolatto,—fuera de la Nostracia, ¿creeis hoy posible ese gobierno?

—Y lo dudais?—exclamó el Sr. Nittrando.—Ah! creo, por vida mia, que ya no teneis en cuenta vuestra dignidad; creo que habeis olvidado los males de los siglos bárbaros, los horrores del feudalismo y las persecuciones de los déspotas. ¿Qué corazon no late con placer, qué sangre no hierve á impulso de un noble orgullo al pensar tan sólo en la institucion republicana? En ella todos tienen participacion en el gobierno, y todos son perfectamente iguales. ¿Y no es justo que así sea, puesto que la naturaleza nos hizo tambien hermanos?

Veamos: ¿ha debido el magnate á su mérito la posicion que ocupa ya al nacer? ¿Ha tenido el pobre la culpa de serlo ya desde la cuna? Y si tanto éste como el poderoso son iguales ante Dios, ¿por qué no han de serlo tambien entre los hombres? ¿Por qué no han de tener los mismos derechos y la misma participacion en el poder? La riqueza da el talento y el valor? ¿lo quita por ventura la pobreza? Nó; y me parece que no hay razon ninguna para hacer admisibles esas repugnantes gradaciones que vemos en la sociedad, tanto en las riquezas como en las gerarquías y en las clases. ¿Admite esto duda por ventura? ¿No convence y arrastra á la razon?

—En teoría, sin duda; pero en la práctica.....

—En la teoría y en la práctica, —interrumpió el Sr. Nittrando;—probadme lo contrario, Nolatto.

—Desde luego, y con pocas palabras.

—Os escucho.

—Los hombres que piensan como vos, Nittrando (permitidme que hable con esta franqueza que no ataca á la persona, sino á las ideas), no ven, en mi concepto, las cosas sino por su exterior, sin tratar de profundizarlas; no ven que toman del todo una pequeña parte, aquella parte tan sólo que está en armonía con su modo de ver y de sentir. Aborrecen la severa realidad, tanto como idolatran las ilusiones de su fantasía, y constantemente nos atruenan los oídos con las palabras, para ellos sacramentales, de igualdad, fraternidad y comunidad de bienes y derechos, sin mentar ni una vez sola los deberes.

Y observad, Nittrando, que vos y los que, como vos, discurren, avanzaís más que la Nostracia; avanzaís tanto, que pensáis en el comunismo, como si fuese posible plantearlo, y como si planteándolo, pudiese durar un día. Soñáis con la igualdad absoluta, ¡como si los hombres fuesen idénticos en lo físico y en lo moral, como si no hubiese entre ellos *naturales* y profundas diferencias en lo feo, en lo hermoso, en la talla, en lo valiente, en lo cobarde y en su talento é instruccion! Os forjaís un bello ideal, pero irrealizable.

Y aun circunscribiéndonos á los que, en nuestra pátria, quieren establecer un república como la de Nostracia, diré: que si tal proyecto se llevase á cabo, dejaría la Gran Roquelia de llamarse la segunda nacion del mundo. Antes de establecer una república, es preciso formar los hombres, como lo hizo la Nostracia, como lo estamos haciendo nosotros, y como lo harán en su día otras naciones más atrasadas en la actualidad.

No hay gobierno nuevo, por bueno y perfecto que sea, que no tenga que chocar contra intereses creados, contra usos y costumbres establecidos, contra tradiciones respetables y contra el hábito mismo, que es casi una segunda naturaleza. Y si ántes de intentar tan radical y profundo cambio no preparáis convenientemente al pueblo, tenedlo por seguro, Nittrando, correrá á torrentes la sangre, se conmoverá la nacion hasta en sus cimientos, y la anarquía aparecerá sembrando por todas partes la desolacion y el espanto.

Convenceos de que la misma Gran Roquelia, con toda su cultura,

no está aún bastante preparada para la república; porque bien sabéis, qué de virtudes cívicas, qué de moralidad é ilustración, no son precisas para hacer permanente y beneficiosa esa forma de gobierno! Hoy, por prematura, duraría poco, y, metéoro político, brillaría un momento, para dejarnos después entre tinieblas.

Los que abogais por la república, ó procedéis de buena fé, ó nó: si lo primero, abris, sin saberlo, un precipicio, en el cual, después de haber hundido á vuestros conciudadanos, acabareis por hundiros vosotros mismos: si lo segundo, al tratar de elevaros, á favor de los trastornos que provocais, no haceis otra cosa que sacrificar, á intereses personales, la tranquilidad y ventura de la pátria.

CAPITULO LVII.

SEGUNDA BATALLA AL FRENTE DE LOS MUROS DE TOLAYDA.

Volvamos á Catilia.

Nos habíamos acostado Silaydi y yo, rendidos de fatiga, después de la expedición que hiciéramos á Conordo. Dormíamos profundamente, cuando nos despertaron sobresaltados un cañonazo, el sonido de las trompetas y el ruido de los tambores: algo de extraordinario ocurría en el campamento. Nos levantamos, nos armamos, y salimos de la tienda.

En aquel instante vimos llegar, á rienda suelta y todo cubierto de polvo, á un ayudante del general, á quien conocíamos Silaydi y yo.

—Qué hay, Sirano?— le preguntó Silaydi.

—Que acaba de salir de Tolayda, y está formado, en batalla, el ejército de Catilia.

—Y os envía el General, verdad?

—Con orden expresa para que vayais inmediatamente.

—Vamos, pues, —dijimos Silaydi y yo.

Y montando á caballo, nos reunimos al Sr. Samidio.

Ni nos dejó saludarle siquiera.

—Pronto, señores,—nos dijo,—pronto á ocupar vuestros puestos, pues el enemigo va á atacarnos.

Silaydi corrió á ocupar el suyo, y yo me situé á su lado.

En efecto, formado en batalla, y presentando un aspecto imponente, se hallaba el ejército de Catilia.

Aquel día lo mandaba Nostrendy, cuyo belicoso semblante y brillante atavío atraía las miradas de los soldados.

Nomatty estaba al frente de la derecha, y el príncipe Nocuara en la izquierda, montado en un fogoso corcel, con el cual se le veía ir y venir de un punto á otro, dando órdenes y arengando á las tropas.

Nuestro ejército se había formado por el mismo orden que el de Catilia; así es, que á su caballería, lo mismo que á su artillería é infantería, oponíamos nosotros las nuestras.

Mandaba en jefe el Sr. Samidio, estando encomendada el ala izquierda al Sr. Sileydi, y la derecha al Sr. Coloby, que hacía las veces de Nottely.

Ambos ejércitos se extendían por la llanura de Tolayda, dejando entre ellos un espacio, que no era, á la verdad, muy grande. En torno de nosotros advertíase aquella sotemnidad é inquietud que preceden siempre á los combates.

Una descarga que salía, á la vez, de las dos líneas, dió principio á la batalla. Numerosos claros dejaron las balas en uno y otro campo, y los gritos de los heridos y los alaridos de los moribundos, que, en su agonía, se revolcaban por el suelo, fueron la chispa eléctrica que inflamó de ira nuestros pechos.

Al sonido vibrante de los clarines, que anuncian el ataque, y bajo la influencia del odio y de la venganza, avanzan, uno contra otro, los ejércitos, deseosos de destrozarse. Se acercan, se atacan con furor, se mezclan, unos con otros, los guerreros, crugén y chispean las armas, la sangre corre á torrentes, los ginetes caen, ó son lanzados de las sillas, miles de los de á pié muerden el polvo, y el campo se cubre de cadáveres.

Marcha, el primero, el príncipe de Nocuara, con aspecto ceñudo, la boca entreabierta, y buscando el peligro con ojos codiciosos. Todo lo lleva por delante, todo lo arrolla, y destrozando, unos en pos de otros, los espesos batallones, esparce la muerte por el camino que recorre. Los soldados, ante las proezas de aquel hombre, principiaban á cejar, cuando dos hermanos, á cual más valientes, irritados al ver cómo eran tratados sus compañeros, le salen, intrépidos, al encuentro.

El mayor, el Sr. Cassady, despide, con furia, su pesada lanza,

que, sin duda, hubiera atravesado al príncipe, si éste no la hubiese parado con su escudo. La fúria, sin embargo, fué tan grande, que hizo al asta vibrar y estremecerse algunos segundos.

El príncipe, al verse acometido de aquel modo, cayó veloz sobre su adversario, y ántes que éste pudiese hacer nada en su defensa, le atravesó con su lanza. Un rio de sangre brota de la tremenda herida, y el rostro del desdichado jóven se desencaja con espantosa rapidez; sus ojos se cierran en medio de un círculo azulado, y acometido de movimientos convulsivos, espira sobre la arena.

Moredy, cuando vió sin vida á su querido hermano, corre á encontrar al príncipe. Intento vano! El príncipe, que no le había perdido de vista desde el momento que avanzó hacia él, cubrió con su escudo el sitio adonde la lanza se dirigia, y miéntras que Moredy se preparaba á segundar el golpe, le dió él uno, con tal fuerza, que le hendió la cabeza en dos pedazos. Sin dar un gemido, y sin hacer el más leve movimiento, cayó aquel cuerpo como una masa inerte sobre el cadáver, todavía palpitante, de su hermano.

Infatigable el príncipe, desenvaina su cortadora espada, y lánzase á escape en lo más récio de la pelea, ávido de nuevos triunfos. El Sr. Coloby le ve, y marcha rápido hácia él; pero animadas las tropas del príncipe por su ejemplo, y obedeciendo á la orden de ataque que acababa de dárseles, cayeron con tal denuedo sobre los Nostracianos, que les fué imposible resistir. La fuga se pronunció por todas partes, y envuelto en ella, fué arrastrado el señor Coloby, rabioso y lleno de indignacion.

Desesperado el Sr. Samidio al ver que principiaba á desordenarse el ala derecha, á pesar de los esfuerzos sobrehumanos de Coloby, y de nuestra caballería, que se batia con valor, no pudo contenerse, y abandonando su puesto, y seguido sólo de sus ayudantes, y de dos mil hombres escogidos, cayó sobre Nostrendy con intencion de matarle, é introducir el desórden en el centro. No pasó desapercibido este movimiento para Nostrendy, ni se le ocultó su importancia; así es, que se preparó á recibir á su adversario, tranquilo y lleno de bizarría.

El Sr. Samidio le arrojó su lanza con gran fuerza; pero Nostrendy la recibió en su escudo con incomparable sangre fria.

—No me habeis hecho daño,—le dijo el jóven lanzándole la suya con presteza;—verémos si yo soy más feliz.

La lanza fué, en efecto, recibida en el escudo; pero estando este un poco ladeado, resbaló por él, y fué á clavarse en el brazo del Sr. Samidio: la herida fué terrible, y al desprenderse la lanza, se hizo todavía mayor.

Sin exhalar un ay, ni dar el más leve indicio de dolor, sacó el Sr. Samidio de su cinto una pistola, y la disparó á Nostrendy. Las plumas y el casco de éste volaron por el aire, y sintió como una especie de aturdimiento que le hizo vacilar sobre la silla; pero recobrado al punto, y conociendo toda la importancia del tiempo, metiendo las espuelas al caballo, y espada en mano, cayó sobre su adversario precisamente cuando éste sacaba de su cinto otra pistola. Tan brusca y rápida fué la acometida de Nostrendy, que ni aun tiempo tuvo el Sr. Samidio para cubrirse con el escudo; así es, que cogiéndole indefenso el Sr. Nostrendy, le atravesó de parte á parte el corazón. Soltó el General el escudo y la pistola de las manos, inclinó el cuerpo hácia atrás, y por las ancas del caballo cayó ya cadáver en el suelo. Así murió este magnánimo guerrero, víctima de su celo y entusiasmo por la pátria. Muerto él, tuvieron que abandonar el campo los que le habian acompañado, arrollados y perseguidos por Nostrendy.

Entre tanto, nuestra ala izquierda se sostenía, y aun habia ganado terreno sobre la contraria. Absorto me tenía el valor extremado de Silaydi. Sin duda que el ver delante al Sr. Nomatty aumentaba su coraje; su único y más ardiente deseo, yo lo conocia perfectamente, era acercarse á él. Mataba ó heria á cuantos se le ponian por delante, y llevado de un arrojo que no pude, por más que hice, moderar, se metió entre los jefes que seguian más de cerca á su rival. Atravesó de una lanzada al general Salidy, que estaba junto á él, hendió el cráneo al hermoso Turrody, favorito del Monarca, y despejado el campo todo lo posible, se halló por fin al frente del Sr. Nomatty. Tres de los jefes que le eran más adictos y yo, le seguimos exponiendo nuestras vidas por si podiamos auxiliarle.

Cuando Nomatty se vió enfrente de Silaydi, se puso pálido, ignoro si de rabia ó de temor; le miró de hito en hito, y después de algunos momentos de vacilacion, se dirigió al Sr. Nittarro, á quien en breves palabras encargó el mando de las tropas: hecho esto, adelantóse hácia Silaydi, y entrambos iban á embestirse, cuando fueron separados por nuestra ala derecha que arrollada y

envuelta por el Príncipe de Nocuara, huía desatentada hacia los buques, que de antemano, y por lo que pudiese suceder, se habían acercado hacia la playa.

Ver esto los enemigos, y echarse sobre nosotros todo fué uno; de manera, que con este ataque que no esperábamos, con la lluvia de balas que los cañones (acababan de darles una nueva dirección) disparaban sobre nosotros, y con el empuje que de vez en cuando hacían los fugitivos perseguidos por el Príncipe de Nocuara, ya no pudimos más que defendernos.

Sin embargo, no cedimos, y aun quizá no hubieran logrado derrotarnos, sino nos hubiese atacado por la espalda el ala derecha de Catilia, acabando de desordenarnos. Preciso nos fué ceder y emprender la retirada, que ordenada al principio, se cambió después en completa fuga. Los jefes que habían seguido á Silaydi y yo, arrastramos á éste, que loco y fuera de sí, al ver perdida la batalla, quería atacar al Príncipe de Nocuara. Conseguimos al fin llevarlo, y probablemente hubiéramos perecido todos, pues el enemigo nos perseguía con encarnizamiento, si el Sr. Coloby no nos hubiese socorrido en aquel trance supremo. Hé aquí cómo.

Cuando impulsado, como he dicho, por sus soldados, llegó Coloby á la playa, paróse, y volviéndose ceñudo hacia ellos, les afeó su conducta, les hizo ver todo lo bajo de su acción, todo lo ignominioso de su porte, y la mancha indeleble que acababan de echar sobre las banderas, hasta entonces tan gloriosas, de Nostracia.

—Y os atreveréis,—les dijo,—volver algún día á ella? ¿Osaréis manchar aquellas calles, pisadas sólo por héroes, que las han hecho sagradas con su gloria? ¿Cómo, de qué modo sostendréis las miradas de vuestros conciudadanos, que van á caer, con desden, sobre vosotros? Y qué diría Nottely?...

Al oír este nombre, para ellos tan querido, cambiaron los soldados de color, y, casi á un tiempo, exclamaron llenos de vergüenza:

—No más, señor, no más; estamos prontos á lavar con la vida nuestra afrenta: haced de nosotros lo que queráis; hacednos morir á todos, si es preciso.

Dirigió entonces el Sr. Coloby una mirada hacia el ala izquierda, que se batía todavía, y viendo que toda ella principiaba á emprender la retirada, y lo imposible que era, no ya alcanzar la vic-

toria, pero ni aun defenderse siquiera, formó sus tropas en batalla para proteger á lo ménos nuestro embarque.

Y miéntras lo hacíamos, sostuvieron los Nostracianos toda la furia de los de Catilia, que los atacaron repetidas veces, y que fueron otras tantas rechazados con una pérdida espantosa: hicieron prodigios de valor, sembraron el suelo de cadáveres, y recobrando su perdida gloria, llenaron de asombro al Príncipe de Nocuara.

Colocados nuestros buques en posicion conveniente, pudimos con la artillería proteger la retirada de los Nostracianos, los cuales, serenos y aun amenazadores, se embarcaron con el mayor orden.

Tal fué el fin de esta triste jornada, en la que, con nuestra pasada gloria, perdimos el campamento, que, á nuestra vista, y como por mofa, ocupó al instante el enemigo.

Una sola idea, un solo pensamiento preocupaba entónces á la armada: la batalla se habia perdido; pero....

Y Nottely? Si Nottely hubiese estado allí, ¿hubiera sucedido lo mismo?...

(Se continuará.)

TIRSO AGUIMANA DE VECA.

UNA TEMPORADA EN EL MAS BELLO DE LOS PLANETAS.

CAPITULO LVIII.

AMENAZA DE NOSTRENDY: SÚPLICA DE ANEYDA.

Poco después de concluida la batalla, declinó Nostrendy su mando en el príncipe de Nocuara, y se dirigió á Conordo.

Nostrendy no podía vivir sino cerca de Aneyda: tendia hácia ella como la aguja imantada al polo; y á la manera que los ríos van al mar, así sus pensamientos iban á ella encaminados.

Su pasión, que aumentaba por momentos, conmovia todo su ser. Sobreexcitado en grado sumo su cerebro, su razón no ejercia la facultad reguladora que le es propia: era vencida por el exceso del sentimiento, y supeditada por el instinto, que le decia que Aneyda le era indispensable y necesaria á su felicidad. Perder á su prima, era para él morir.

Por eso no se habia contenido, ni aun ante medios indignos, con tal que tendiesen á la posesion de Aneyda; por eso faltó á las ideas del honor y á los gritos de su conciencia; por eso, en fin, accedió á los consejos pérfidos de Nomatty. A cada proposicion de este, se libraba en su interior una lucha violenta, en la cual triunfaba siempre su pasión: conocia que obraba mal, pero sin fuerzas para resistir, cedia arrastrado, á pesar suyo, por aquella pendiente fatal.

Al encontrarse delante de Aneyda, tan idealmente voluptuosa, Nostrendy era presa de ardientes deseos, y aspiraba, con ánsia, la atmósfera, el perfume de virginidad, la casta, pero incitante emanacion de la poderosa belleza de la jóven.

Y al ocurrírsele, á veces, que otro y no él, pudiera algun día ser su dueño, le acometían pensamientos insensatos, le daban tentaciones de matarla y de matarse.

Pero esto era tambien perderla, y la esperanza acariciaba todavía el corazon de Nostrendy, porque la esperanza no abandona nunca al hombre, vive siempre con él, aun después de muchos desengaños, y en los grandes infortunios, es la que le consuela y alimenta, mostrándole su risueña faz.

Cuando Nostrendy llegó á Conordo, acompañado, como siempre, de Nomatty, sus primeras palabras fueron para preguntar por Aneyda.

Aneyda estaba enferma.

La escena con Notayde, su entrevista con el embajador, el haber sabido que estaba preso en Conordo, los punzantes celos que le atormentaban, y los esfuerzos sobrehumanos que hacía para contener el llanto de su corazon; todas estas distintas emociones, aquel intenso padecer, aquel reñido combate interior, vencieron su naturaleza, y presa de una fiebre devoradora, cayó al fin en el delirio.

Y entónces, perdida su inteligencia, mostraba patentes todos sus pesares, y de su pecho hondamente herido, desgarrado, dejaba escapar tristísimos lamentos, gritos del alma que se agitaba dolorida, quejumbrosa, y como intentando romper los lazos que á la materia la unian.

Al saber el estado de su prima, se entregó Nostrendy á excesos de furor, á que le predisponia su temperamento tan extremadamente impresionable. Inquieto, corriendo de un lado á otro, dando órdenes, á veces contradictorias, y golpeándose con rabia, parecía haber perdido el juicio.

Nomatty no logró calmarle, y tuvo que aguardar á que aquella tormenta se desvaneciese por sí misma, ó por alguna circunstancia inesperada.

Y así fué, en efecto. Gracias á una inteligente asistencia facultativa, y á los acertados y minuciosos cuidados de Silody que ni un momento se separó de la cama de Aneyda, volvió esta á la vida, y cesando su delirio, fué sustituido por un sueño, en un principio, intranquilo é incompleto, pero después profundo y reparador.

A los seis días se habia levantado; pero débil, abatida, insensible, al parecer, dejaba que Silody, sentada cerca de ella, la acari-

clara y prodigase mil muestras de ternura, sin que fijase en ello su atencion. Tal era el abandono y la tristeza en que se hallaba!

Su cabeza, inclinábase melancólica sobre el pecho, semejante á la planta combatida por las inclemencias del cielo, y su mirada, en otras ocasiones tan dulce y conmovedora, no tenia entónces brillo ni expresion.

Y eso que Silody, enterada de lo ocurrido con Notayde y el embajador, defendiera á éste con calor; y aun perjudicando á su hermano, le habló de la carta que á éste se le habla caido en su habitacion, y que habia enviado á Silaydi, carta que, como recordará el lector, daba á entender qué clase de mujer era Notayde.

A pesar de todo, Aneyda no se conmovió, porque la duda se habia apoderado de ella, y la hacia inmensamente desgraciada.

Poco á poco, sin embargo, iba tomando fuerzas; su juventud se sobreponia á su amargura, por más que no lograrse hacerla desaparecer.

Nostrendy pidió entónces verla, y lo consiguió, teniendo la delicadeza de no hablarle de amor, si bien tampoco tuvo ocasion para ello, pues su prima no le miró una sola vez, ni contestó más que con monosílabos á sus reiteradas muestras de sentimiento por la enfermedad que habia pasado.

Pero las visitas se repitieron, y Nostrendy comenzó á mostrarse exigente. Ruegos y amenazas, lágrimas é intimaciones, empleaba alternativamente; mas Aneyda permanecia inflexible, oponiendo á su terquedad una resistencia pasiva, y contestando siempre: no puedo amaros, Nostrendy, ya suplicara éste de rodillas, ó ya, enardecido y ciego, diese rienda suelta á la cólera que le dominaba.

Y llegó un dia en que, aguijoneado por las insinuaciones de Nostrendy, y frenético, loco por aquella sostenida resistencia, que no hacia más que avivar el fuego ardiente que le devoraba, llegó un dia, repito, en que juró hacer matar al embajador, si no consentia en ser su esposa.

—Oh,—exclamó Aneyda, con vehemencia al oir tal amenaza;—vos no hareis eso; nó, no lo hareis, sería una infamia.

Pero Nostrendy se encontraba, habia llegado á aquel punto de irritacion en que la piedad abandona por completo al hombre, y con una sonrisa cruel y un tono decisivo, añadió:

—Aneyda, el embajador morirá, sino accedeis á mi propuesta;

morirá infaliblemente. Vos decidiréis de su suerte futura; mas tened en cuenta que sólo aguardo vuestra contestación hasta mañana.

Sola, pues la habían privado de la compañía de Silody, Aneyda no pudo dedicar al reposo ni una hora, y aquella velada equivalió para ella á un año de padecimientos. Su cabeza ardía, y ansiando un aire más puro que el que en su habitación se respiraba, salió al balcon.

En vez de un cielo sereno, se muestra á sus ojos un horizonte tempestuoso, y pelotones de nubes de oscuro color, de diversa forma, é impelidos por recio vendabal marchan, rápidos y en desorden, como ejércitos que huyen. La tormenta estalla, y el viento, convertido en huracan, recorre con ímpetu la superficie de Saturno: brilla el rayo, y se commueve el firmamento con el fragor del trueno. Con la violencia de la tempestad se desgaja el árbol, se despedaza la roca, desbórdase el rio, y la mar azota furiosa la costa, que, como invencible dique, la contiene.

Aneyda contempló con placer el desorden sublime de la naturaleza, sin duda porque sus sensaciones eran fuertes y tumultuosas, como la escena que presenciaba: deslumbrada por el fulgor del relámpago, embriagada con la salvaje armonía de la tempestad, sintió extraña fascinación; y una idea, una idea espantosa, la idea del suicidio, cruzó por su mente trastornada. Delirante, abrió sus brazos como para arrojarse sobre las rocas; mas de pronto retiróse vivamente, cerró con apresuramiento el balcon y arrojóse llorando sobre el lecho.

Dios la salvó enviándole el recuerdo de sus padres, tan poderoso siempre para ella.

Al día siguiente, y digo al día siguiente por costumbre y para dar á entender que había concluido el tiempo destinado al descanso, pues en Catilia, aunque clarísima, era constante entónces la noche, mandó llamar Aneyda á su primo.

Al entrar éste, Aneyda, que estaba medio acostada sobre un almohadon bordado de oro, se incorporó lentamente. El carmin había desaparecido del todo de su rostro, y hasta sus lábios aparecian descoloridos: su respiración era fatigosa, y en su aspecto sólo había amargura y desconsuelo.

Nostrendy, á la vista de Aneyda, se avergonzó de sí mismo: los estragos que el pesar causara en ella le hicieron comprender cuán

injustificable era su conducta, y lo indigno y villano de su porte. Despertáronse sus instintos generosos, y tentado estuvo á arrojarle a sus plantas implorando su perdon; mas, como siempre, sus celos y los consejos de Nomatty le contuvieron.

Permaneció, pues, inmóvil y silencioso, pero inmensamente conmovido.

Aneyda fijó en él sus ojos apagados.

—Quereis,—dijo,—saber lo que he resuelto, verdad, Nostrendy?

—Lo deseo.

—Pues he resuelto....

—Qué, Aneyda?—preguntó Nostrendy.

—No contestaros sino con una condición.

—Cuál?

—Que me permitais....

—Decid.

—Que me permitais.... antes de responderos.... si os acepto ó nó.... por esposo....

Y Aneyda se detuvo, oprimida por la fatiga.

—Decid, decid pronto,—insistió Nostrendy agitadísimo.

—Que me permitais,—continuó Aneyda temblorosa,—hablar una hora con....

Y calló de nuevo.

—Con quién, Aneyda?

—Con.... el.... embajador.

Un rayo que hubiera caído á sus piés no hubiera causado más impresion en Nostrendy que aquella inesperada y extraña súplica.

—Cómo!—exclamó;—¿quereis hablar al embajador, á un hombre que os ha sido infiel?

—Nostrendy,—dijo Aneyda con una inflexion de voz dolorosísima: el embajador pertenece á otra mujer, ya lo sabeis; pero debo.... quiero hablarle. Concededme, pues, lo que os pido.

La idea de que Aneyda estuviese á solas con Nottely sublevaba á Nostrendy, ya porque temía que descubriese su inocencia, y ya porque le lastimaba que su rival gozase de semejante dicha.

Fijó sobre Aneyda larga y escrutadora mirada, como si pretendiese adivinar su pensamiento; mas nada logró advertir sino su triste estado, que, por momentos, se hacia más alarmante. Y esto le trastornó de tal modo, que contrariando su voluntad, dijo estremeciéndose:

—Bien, Aneyda, bien; vereis al embajador.

—Pero pronto,—observó Aneyda;—hoy mismo, porque si nó,—añadió bajo,—tal vez no tenga tiempo para ello.

Y de sus ojos cayeron lágrimas ardientes, y ahogóse su voz entre sollozos.

Nostrendy no pudo sufrir aquel espectáculo.

—Calmaos, calmaos, por Dios, y vedle cuando gustéis, Aneyda; ahora mismo si os place,—dijo.

Y salió de la habitación, martirizada su alma por el dolor y los remordimientos.

CAPITULO LIX.

RECONCILIACION.

Una semana hacía que Nottely se encontraba prisionero, y aunque no le faltaban todas las comodidades de la vida, era la pieza que le servia de cárcel melancólica y de lúgubre aspecto, á que contribuian no poco los muebles deslustrados y las colgaduras maltratadas por el trascurso de los años que la decoraban.

Sin distraccion, además, de ningun género, era natural que se entregase á multitud de pensamientos, que, en la situacion en que se hallaba, no podian ménos de ser tristes.

Justo siempre en sus apreciaciones el Sr. Nottely, bien sabia que Nostrendy no le perseguia tanto por odio y perversidad de corazón, como por celos: pero, teniendo en cuenta el carácter pérfido de Nomatty, la influencia funesta que ejercia sobre su amigo, y la debilidad de éste, no tuvo la menor duda de que su muerte era infalible.

Pero lo que le mortificaba, sobre todo, y hacía que los demás recuerdos pasasen desapercibidos, era Aneyda, á quien habia dejado en una situacion fatal, y á la que no habia podido desengañar: esta consideracion no le permitia sosegar. Mucho le atormentaban tambien aquellas palabras de: «aquí, en este sitio, sentada en aquella silla y derramando lágrimas, he visto, he oido y hablado con... porque no podia comprender á qué aludian. Hubiera dado la mitad de su existencia por explicarse con Aneyda.

Al octavo dia de su encierro, el embajador, de espaldas á la puer-

ta de entrada y medio sepultado en un antiguo sitio, hallábase en esa disposición de ánimo en que solemos caer cuando el infortunio y las tribulaciones nos afligen. Parecía su inteligencia paralizada, quieto su corazón y embotada su alma por el sentimiento. Era un estado particular, especialísimo, entre la vigilia y el sueño, como si su organización no funcionara, ó funcionara á medias, como si paulatinamente y sin padecimiento le fuera la vida abandonando.

El viento agitábase en las torres del castillo, remedando lastimosos ayes, y el mar, que aún no había recobrado su calma, desde la pasada borrasca, dejaba oír sordo y continuado rumor. Nottely percibía en confuso estos ruidos que contribuían á su adormecimiento, y en confuso también sintió que la puerta de su prisión se abría; pero no se movió, ni en mucho tiempo se moviera, si una voz, á que hubiera contestado desde la tumba, no sonara dulce y armoniosa cerca de él.

Disipado, como por influjo mágico, el entorpecimiento de sus sentidos, púsose en pie, y de su pecho anhelante escapóse un grito de indescriptible expresión.

Nottely ofrecía en aquel momento la más acabada imagen del asombro.

—Aneyda! Aneyda!—exclamaba fuera de sí.—¡Y yo que pensaba que me olvidaríais! ¡Ah, qué me importan ahora Nostrendy ni su cólera, qué me importa Nomatty, qué esta prisión y sus horrores? Momento es este que compensa bien todos mis sufrimientos. Si supiérais....

Y el exceso de su gozo, no le permitió acabar.

Tan viva alegría, manifestada tan espontáneamente por el embajador, animó por un momento el semblante de Aneyda; pero el recuerdo de Notayde borró en seguida aquel destello de esperanza.

—Señor,—le dijo:—segura estoy de que extrañareis el que haya venido á veros; pero el móvil que me impulsa á ello es noble, y creo que disculpa y hace buena una acción que pudiera acaso parecer inconveniente.

Nottely, mientras hablaba Aneyda, no pudo ménos de notar su palidez, y lo marchito y alterado de su rostro. Hasta tal punto le afectó esta idea, que no oyó siquiera lo que le decía, y obedeciendo á la impresión que le dominaba, dijo sin poderse contener:

—Vos estais mala, ó lo habeis estado: os veo débil, y hasta vacilante en el andar. Qué habeis tenido, Aneyda?

—Señor,—repuso ésta con voz triste y solemne que estremeció al embajador;—los momentos son preciosos, y el objeto que aquí me trae demasiado grave, para que nos ocupemos ahora de mi salud, que, por otra parte, debe interesaros poco.

El movimiento de impaciencia que hizo el embajador para contestar á Aneyda, obligó á ésta á decirle:

—Oh, por Dios, señor; os ruego, que no me interrumpais hasta que me hayais oído; después hablaréis vos y escucharé yo, si me dejan tiempo para ello.

Afectado Nottely con lo que acababa de oír, ofreció silenciosamente un asiento á Aneyda, y permaneció en pié en actitud respetuosa.

Aneyda, después de marcada vacilacion, siguió diciendo:

—Señor, van á mataros.

Ni el más leve movimiento, ni el más pequeño gesto se observó en el embajador, que pudiese dar indicio de haberle afectado esta noticia.

—Esto que os digo, y que he sabido ayer,—continuó con sumo trabajo la jóven,—me ha causado mucho daño, pues al comunicármerlo, Nostrendy me advirtió que sólo dándole mi mano os dejaría la vida. Natural es, señor, que deduzcais que no hubiera llegado Nostrendy á tal extremo sino después de haber visto la inutilidad de sus esfuerzos para que correspondiese á su cariño; pero el hecho es que hoy me hallo en el terrible trance de veros morir, ó de unirme á un hombre que aborrezco.

Era tal la avidez con que Nottely escuchaba á Aneyda, que su semblante iba tomando diversos matices, segun la impresion que en él hacian las palabras de la jóven. Esta continuó con la misma solemnidad que en un principio.

—Vos, señor embajador, atendido á lo que ha pasado entre los dos, no sois digno de que me sacrifique porsalvaros, porque os habeis portado conmigo de una manera cruel, y que jamas hubiera creído, á no haber tenido pruebas contra las cuales en vano tratariais...

—Aneyda!—dijo Nottely levantándose con una impaciencia que no pudo reprimir;—Aneyda....

—O me dejais, señor, acabar sin interrumpirme, ó, de lo contrario, me retiro.

—Pero me estais matando, Aneyda, —repuso Nottely desahogado.

—Ah, señor! —dijo la jóven con una expresion indefinible de dolor; —por mucho que padezcáis vos, no padecereis tanto, es bien seguro, como he padecido yo en este castillo odioso.

—Pero yo estoy inocente, Aneyda; oidme, en nombre del cielo, y lo vereis.

—Inocente! —repuso la jóven con dolorosa sonrisa; —inocente! Adios, señor; me marchó.

—Oh, nó, nó, —dijo Nottely fuera de sí, cayendo de rodillas á sus pies; —la muerte á fuego lento, y precedida de martirios, la sentiría ménos, que el que os marcháseis sin oirme. En nombre de vuestro padre, Aneyda, no os vayais.

Esta ardiente súplica conmovió profundamente á Aneyda, que volvió á sentarse diciendo:

—Pues escuchadme, y no me interrumpáis, si quereis que á mi vez os oiga yo.

—Os decia, señor embajador, que en medio de que no os creo digno de que me inole por vos, no puedo olvidar, ni aquel momento supremo en que me declarásteis vuestro amor, llenándome de la felicidad más pura que he sentido en mi vida, ni el noble y generoso sacrificio que habeis hecho para salvar á mi hermano y á papá. Estos recuerdos, grabados en mi alma de una manera indeleble, superan, al fin, el horror que Nostrendy me inspira, y he resuelto....

—Qué?

—Salvaros.

—A mí? —repuso el Sr. Nottely.

—A vos, sí, señor embajador.

—A mí? á mí, decís, que quereis salvarme de ese modo? —dijo Nottely con una sonrisa imposible de describir; —á mí...? ¡Oh Aneyda! mil muertes, si mil pudiera sufrir, preferiria á que me salváseis de ese modo.

—Es imposible, señor, hablar con vos, y suceda lo que quiera, me retiro.

—Perdon, Aneyda adorable, perdon y no volveré á desplegar mis labios. Decís cosas á que es imposible no contestar. Perdon, otra vez, y no os interrumpiré ya más.

—Es cierto, —continuó Aneyda haciendo un esfuerzo, porque

se fatigaba en extremo,—que estoy decidida por salvaros....

Nottely hizo un movimiento involuntario, irresistible.

—Señor!...—dijo Aneyda al observarlo.

Nottely se quedó inmóvil.

—Os repito que, aunque estoy decidida á dar mi mano á Nostrendy por salvaros, no lo haré sino con dos condiciones: una....

Aneyda hizo una pausa, porque la fatiga le impedía continuar.

El embajador estaba en un suplicio, ya por ver á Aneyda tan equivocada respecto de él, y ya porque no le dejaba disculparse: esto, sobre todo, le desesperaba.

Repuesta un tanto Aneyda, continuó:

—Una de las condiciones será que os ponga en libertad dos horas ántes que le dé mi mano; y otra, que tan pronto como el sacerdote nos bendiga, me permita ir á pasar veinte dias á Romalia. Y veinte dias, señor.....

Aneyda hizo otra pausa.

—Veinte dias son más que suficientes para librarme de una vida cuyo peso no puedo soportar. Hé ahí pues, señor embajador, cómo, aunque dé mi mano á Nostrendy, jamas le perteneceré. Ahora, si quereis, podeis hablar.

CAPITULO LX.

CONTINÚA LA CONVERSACION DE ANEYDA CON NOTTELY.

Nottely avanzó un paso hácia la jóven, y juntando sus manos como para rendirle culto,

—Oh la más grande y noble de las criaturas!—dijo con fuego y lleno de entusiasmo:—¿cómo podré pagaros nunca la prueba de amor que acabais de darme? Me creíais culpado, y habeis venido á verme; me creíais culpado, y os sacrificábais por salvarme. Mujer adorable, por quien me abraso en el más santo y puro amor; ¿cómo habeis podido creer que os haya faltado nunca? ¿Cómo habeis podido creer que haya cesado de adoraros?

—Señor.....

—Oh! dejadme, por Dios, Aneyda, que desahogue este corazon, próximo á desfallecer bajo el peso abrumador de vuestro enojo;

este corazón, que ahora mismo puede daros una y mil pruebas que deshagan como el humo vuestros infundados cargos.

Yo dejar de amaros! Primero, falta saber si puedo hacerlo; segundo, si hay en Saturno otra que se os parezca; y tercero, si, henchida mi alma de vuestra imagen celestial, se pueden ver encantos en otras que os son tan inferiores.

Pero reparad, criatura incomparable, cómo Dios, que sabía mi inocencia, ha castigado vuestra credulidad haciéndoos sufrir tormentos que debieron haber sido terribles, puesto que os han conducido al estado en que os veo con inmenso dolor.

Indudablemente que cada palabra de Nottely, mirásela, ó nó, Aneyda como cierta, era un bálsamo consolador que la volvía á la vida, puesto que se la veía animarse por momentos, subir á su rostro un tinte sonrosado, y dilatarse y brillar el placer en su mirada. Sin embargo, Aneyda no podía tranquilizarse con lo que se la decía, pues las cartas que le diera Nostrendy, y lo que le había dicho Notayde, le parecían pruebas imposibles de rebatir. Bajo la influencia de estas dos ideas, dijo al embajador:

—Pero, señor, acabareis por volverme loca: al oiros hablar, me parece que debo creerlos, y si pienso en las pruebas que poseo contra vos, esas mismas palabras os hacen infinitamente más culpado.

—Qué pruebas? —preguntó el embajador con extrañeza.

—La carta que escribisteis á Notayde.

—Esa carta la teneis vos, Aneyda, —dijo Nottely con la mayor naturalidad.

—Nó, nó, —repuso la jóven con viveza, —no es de esa carta de la que quiero hablaros, sino de la que, desde Romalia, le escribisteis á Tolayda.

—Yo! —dijo sorprendido el embajador, —es imposible, Aneyda, que digais eso de véras.

—Cómo, señor! no habeis escrito á Notayde, desde Romalia, una carta contestando á otra suya en que os reconvenia porque creia que me amábais?

—Os protesto, Aneyda, que jamás escribí á esa mujer otra carta que la que os entregué en el jardín de vuestra casa.

—No le habeis escrito más carta que esa? —dijo Aneyda llena de profundo asombro.

—Nó, Aneyda; os lo juro ante Dios.

—Entonces, señor, —dijo Aneyda, sacando del pecho las cartas que le habia entregado Nostrendy; — tomad, y descifradme este misterio.

Tomó el embajador las cartas, pasó la vista por ellas, y después de haberlas leído con suma atencion, dijo á la jóven:

—Y quién os ha dado estas cartas?

—Nostrendy, —contestó Aneyda.

—Nostrendy! —repuso pensativo el embajador.

Y luego como si hablase consigo mismo, añadió:

—Ah, ya; la intriga principiada en Romalia, continúa aquí, á lo que veo.

—Qué! repuso Aneyda con ansiedad, la letra de esa carta no es, por ventura, vuestra?

—No, Aneyda, —dijo con gravedad el Sr. Nottely; —esta letra no es mia, pero está tan perfectamente imitada, que sólo con algun objeto infernal han podido haberla escrito.

Quedóse Aneyda tambien muy pensativa, aunque dudando por primera vez que fuese Nottely el autor de aquella carta. Restaba Notayde; pero, ¿cómo hablar de una mujer cuyo recuerdo tanto le repugnaba? ¿Qué podia decir sin que se alarmase su celestial pudor? Sin embargo, el recuerdo, verdaderamente tentador, de la inmensa dicha que disfrutaria si Nottely fuese inocente, pudo tanto con ella, que se decidió á hablar.

Mientras hacia estas reflexiones, leia otra vez las cartas el señor Nottely, suspendiendo su lectura de cuando en cuando para meditar de nuevo: sacóle de su abstraccion Aneyda, cuando le dijo:

—Pues si esas cartas son falsas, señor, será falsa tambien la presencia en mi cuarto de Notayde, que vino á hablarme de su trato con vos, y á rogarme que no correspondiese á vuestro amor.

—Qué decís? —preguntó atónito el embajador; —sin duda que esa mujer ha perdido el juicio.

—Pero no habeis tratado y obsequiado á esa mujer cuando estábais en Catilia de secretario de la Embajada de Nostracia?

—¿Cómo quereis que la obaequiase, Aneyda, si nunca la he visto más que en Romalia?

—No la habeis visto! No la habeis hablado más que en Romalia! —dijo aturdida la jóven.

—Nó, Aneyda nó, y mil veces nó, —repuso con vehemencia el embajador.

—Dios mio! Dios mio! —repetia Aneyda con espanto; —pues cómo esa mujer?....

Y calló; su delicadeza no le dejaba continuar; pero el embajador, que no perdía ninguna de sus palabras, preguntó al punto:

—Qué os decía esa mujer, Aneyda?

—Oh señor, oh señor....

—Pero, qué os decía?—insistió Nottely, viendo la perplejidad de la jóven.

—Lo que me ha dicho, me causa horror.... Decidme, señor, en nombre del cielo, no tratásteis á Notayde en Catilia?

—Jamás la he visto.

—Oh qué mujer! qué mujer! —repetia la jóven, cada vez más aturdida.

—Pero al fin, Aneyda, qué os ha dicho esa mujer?

—Nada, nada, señor,—dijo Aneyda, á cuyo rostro afluyó un suave color de púrpura.

—No sin motivo, Aneyda, os pregunto lo que os ha dicho Notayde.

—Me ha dicho....

—Qué? Acabad por Dios.

—Que vos érais el padre del hijo que llevaba en sus entrañas—contestó Aneyda con débil voz, y bajando sus hermosos ojos.

—Eso os ha dicho!—preguntó espantado el embajador.

—Sí señor, eso mismo,—dijo Aneyda con los ojos bajos todavía.

—Execrable mujer!—dijo el embajador.

—Pero, Dios mio,—repuso Aneyda,—si eso es falso, qué objeto llevaba esa mujer al rogarme que no admitiese vuestro amor?

—Escuchadme, Aneyda; ahora comprendo la causa de vuestro enojo contra mí, y os perdono lo que me habeis hecho sufrir, teniendo en cuenta lo que habeis sufrido vos. Y no sólo os perdono, sino que os disculpo, porque ignorando completamente lo que pasó en Romalia después de vuestro rapto, no podíais sospechar siquiera que se tratase de engañaros: si lo supiérais, si tuviérais en cuenta el carácter celoso de Nostrendy, la perversidad de Nommatty, y el poder de que disponen en Catilia, de ningún modo hubiérais dado cabida á esas miserables imposturas.

—Y qué ha pasado, señor? —preguntó Aneyda.

—Qué ha pasado? Escuchadme, desgraciada niña, y conoceréis de lleno vuestro error.

Entonces le refirió Nottely el desafío de su hermano, la perfidia de su doncella, las cartas de Silody á Silaydi, y todo, en una palabra, cuanto tenía relacion con aquella inicua trama.

Muchos y variados eran los matices que tomaba el semblante de Aneyda, tan pálido y descompuesto ántes, á medida que Nottely hablaba: la sorpresa, la alegría, el enajenamiento y el pasmo, se pintaban en él con la mayor viveza. Escuchábale con una atención tan grande, que no se la sentia respirar; y cuando no le cupo duda de la inocencia de Nottely, cuando estuvo segura de que había sido víctima de las intrigas de Nomatty, elevó al cielo sus hermosos ojos, y con una expresion inefable de gratitud, exclamó llena de contento:

—Gracias, Dios mio, gracias; me volveis la vida cuando iba á morir, y vuestra recompensa iguala bien á las penas que he sufrido. ¡Oh, mamá mia!—añadió siempre con la vista fija en el cielo;—perdóname si á pesar tuyo, y contra tu voluntad, renuevo á este jóven el juramento, tan dulce para mí, de ser suya para siempre.

—Y vuestra madre, Aneyda,—dijo el embajador que la contemplaba con indecible ternura,—y vuestra madre, criatura adorable, aprueba y bendice este amor tan puro que nos llena de una dicha inmensa.

—Cómo! qué decís?—preguntó la jóven con una sorpresa imposible de describir.

—Que vuestra madre aprueba nuestro amor, Aneyda.

—Oh, por Dios, señor, habláis de véras?

—Y tan de véras,—respondió el embajador,—que ahora mismo vais á verlo.

Y Nottely contó, á la asombrada niña, la escena tiernísima que siguió al descubrimiento de la trama de Nomatty.

Cuando concluyó, un silencio, lleno de encanto, reinó en torno de los dos jóvenes.

Maquinalmente, y atraídos por el fuego ardiente de sus ojos, por el magnético fluido que de ellos emanaban, acercáronse uno á otro, enlazáronse sus manos, y sus lábios, trémulos por la pasión, se tocaron.

Aquel contacto pareció quemar á Aneyda, dió un ligero grito, corrió hácia la puerta, que abrió, y por la cual, después de enviar una última mirada al embajador, se lanzó ligera, gozosa, ocu-

pada únicamente por su felicidad presente, que, en pocos instantes la habia por completo y venturosamente trasformado.

CAPITULO LXI.

APARICION INESPERADA DEL EMBAJADOR.

En el campamento preparábanse, entre tanto, con actividad, para un combate decisivo. La honra de la Gran Roquelia y de la Nostracia, empañada por la pérdida de la última batalla, exigia pronta reparacion. En las fisonomias de los soldados y de los jefes notábase despecho y vergüenza, y hasta parecia que no se atrevian á mirarse con franqueza unos á otros. Todos deseaban con impaciencia volver á encontrarse con los enemigos; pero la prudencia y el temor de que saliesen frustradas sus esperanzas, les aconsejaban ser cautos y precavidos, no arrojándose temerariamente á una lucha que no ofreciese, para ellos, probabilidades de triunfo.

Silaydi y yo participábamos de los sentimientos del ejército, y teníamos, además, otro motivo de disgusto. Nos acordábamos de Aneyda y de Silody, y sobre todo del embajador, á quien suponíamos en gran riesgo. Desasosegados, sin poder desechar las ideas que tanto nos mortificaban, se nos veia constantemente vagando de un punto á otro de la armada, recorriendo la playa, y examinando las lanchas que llegaban. Esperábamos á Ramilio, á quien, por segunda vez, enviáramos á Conordo.

Al quinto dia llegó, por fin, y al verle, nos abalanzamos á él á un mismo tiempo.

—Qué averiguásteis?—le preguntamos.

Ramilio venia muy fatigado, y, ántes de contestarnos, hizo dos grandes aspiraciones, y enjugó el copioso sudor que bañaba su frente. Su traje descompuesto, y sus botas cubiertas de lodo, atestiguaban el celo con que nos sirviera.

Para animarlo, abrí yo mismo un armario, saqué una botella y le serví una copa, llena hasta el borde, de exquisito vino. Ramilio hizo un saludo, tomó la copa, y la apuró de un sorbo, lanzando en seguida un suspiro de satisfaccion.

—Señores,—dijo entonces;—mi expedicion ha durado más de

lo que creía, y hé aquí el motivo. Después que prendieron al señor Nottely, redoblaron de tal modo la vigilancia en el castillo, que no me fué posible hablar al ayuda de cámara del Sr. Nostrendy, ni tampoco al criado con quien trabé relaciones la vez primera que estuve en Conordo. Esto me impacientaba hasta un punto, que no acierto á expresar; pero no había más remedio que conformarse: tomé, pues, la determinacion de pasar horas enteras rondando el castillo.

Por fin, al cuarto dia encontré al criado á media legua de Conordo, en la carretera que va á Tolayda: juntéme á él, y le hice muchas preguntas, á las que no contestó como otras veces, lo que me hizo inferir que debieron haber sido muy rigurosas las órdenes que se les dieron. Sin embargo, como no hay hombre sin defecto, y el mio tenía uno que yo conocia, invitéle á entrar en una fonda que había en el sitio donde nos hallábamos; vaciló algunos momentos, pero al fin entró: al cabo de un cuarto de hora, ya no tenía secretos para mí. Como inferireis, me aproveché de su expansiva franqueza para adquirir las noticias que necesitaba.

—Veamos, veamos, — dijo Silaydi; — hablad pronto, y sin rodeos.

—Pues bien, —continuó Ramilio:—supe que el Sr. Nottely había entrado en el castillo, y que al salir de la habitacion de la señorita Aneyda, acompañado del Sr. Nostrendy, fué atado pérfida y villanamente por un enjambre de soldados, que, sujetándole ántes de que pudiese defenderse, le prendieron.

—Ah miserables! —exclamé yo.

—Pero eso es incomprensible—observó Silaydi.—Cómo entró el embajador en el castillo? Cómo le acompañaba Nostrendy?

—Hé ahí,—dijo Ramilio—lo que yo tampoco veo claro; pero al fin así sucedió: en esto no cabe duda. Sin embargo, en cuanto á la entrada del Sr. Nottely, la opinion en Conordo, segun me aseguró el criado, es que le fué facilitada por algun sirviente ganado por aquel señor, y tanto lo creen así, que despidieron del castillo á dos jóvenes, sobre quienes recayeron las sospechas, y á quienes, á pesar de sus vivas protestas de adhesion, molieron grandemente los huesos, ántes de echarlos fuera. Pobres muchachos! —añadió el criado con muestras de afliccion—si estaban inocentes!

—Continuad, continuad—advertí yo.

—A eso voy—contestó Ramilio.—Hecho más tratable mi hom-

bre con los vapores del vino, accedió, sin gran trabajo, á entregar una carta al prisionero; pero desconfiando de una promesa hecha bajo tales auspicios, y temiendo que, despejada su razon se negase acaso á cumplirla, le dió una decente cantidad de oro, prometién-dole otra igual cuando me diese la contestacion del Sr. Nottely. Hecho esto, nos separamos, quedando citados para el dia siguiente.

—Y cumplió lo prometido?

—Ved—dijo Ramilio, con ademán de satisfaccion.

Y nos entregó una carta.

Decía así:

«Queridos amigos: Ramilio, por medio de una carta, acaba de participarme el afán con que me buscáis: gracias; no esperaba menos de vuestro afecto, para mí tan grato. Estoy preso, y voy á morir. ¿Cómo pensar de otro modo, cuando Nostrendy manda en Conordo, y Nomatty manda en Nostrendy? ¿Sabeis bien quien es Nomatty?... Sin embargo, más aún que el peligro en que me hallo, me aflige el enojo de Aneyda, y hasta tal punto es así, que, sólo por saber la causa, no he vacilado en poner mi vida en manos de mis enemigos: más aún; ahora que voy á perderla, sólo llevo el sentimiento de no haber podido desengañarla. ¿Sabeis lo que es el enojo de Aneyda para mí? Es el universo desquiciándose y hundiéndose sobre mi cabeza; es la creacion aniquilándose, y reduciéndome á la nada.

La patria me causa tormentos increíbles. ¿Habré sido criminal postergándola á mi amor? En primer lugar, yo no creí ser preso al entrar en Conordo, de la manera que lo hice; y aun cuando lo creyera, no poseo virtud bastante para hacer callar á mi corazon ante los recuerdos del deber; pero en pos del delito, va la expiacion. Sabeis lo que sufro? Oh, Aneyda!... Aneyda!...

Mi padre! Su recuerdo aumenta en extremo mi dolor. Encuanto á vosotros... vosotros obtendreis mi último recuerdo cuando espire.

No obstante mi situacion, con una palabra que os dijese, podriais sacarme de aquí, acaso esta misma noche; pero esta palabra, que me daria la vida y la libertad, quebrantaria un juramento que hice al entrar en el castillo, y ántes que ser perjuro, ya lo veis, prefiero la muerte.

Adios; no olvideis nunca á vuestro=*Nottely*.

Qué carta! Todo en ella era digno del hombre que la escribia!

Guardamos algunos momentos de silencio, al cabo de los cuales, dijo Silaydi:

—Y bien, Mendoza, qué hacemos? qué partido tomamos?

—Y lo sé yo, por ventura?

—Ese juramento, ese juramento, —repetía Silaydi, con angustia, —¿a quién lo haría?

—Oh, si supiésemos eso, todo estaba remediado: no lo quebrantaría él, pero lo quebrantaríamos nosotros.

—Y ese juramento, — volvió á repetir Sidaydi, — es claro que no lo hizo en el castillo, sino ántes de entrar en él, es decir, á alguno de afuera que le habrá ayudado en esta empresa.

—Ah, — dijo Ramilio, dando un grito: — ahora recuerdo....

—Estábais ahí, Ramilio? —dije yo, que, en medio de mi dolor, ni siquiera le habia visto:

—Perdonad, señor; pero me pareció que no debia marchar hasta que me lo mandáseis.

—Y habeis hecho bien: qué ibais á decir?

—Sí, qué ibais á decir? —añadió Silaydi.

—Una circunstancia, que quizá contribuya á aclarar ese misterio que tanto os atormenta.

—Y qué es? — preguntamos los dos á un tiempo.

—Que una de las noches que me paseaba, segun costumbre, por los alrededores del castillo, se llegó á mí un hombre alto, y de mala catadura, el cual, después de hacerme un saludo y suplicarme que le perdonase, me preguntó si era cierto que habian prendido á un jóven muy hermoso y ricamente vestido.

Si me chocaria la pregunta, podeis juzgarlo; pero, como al hacerla, este hombre, más que enemigo, parecia tener algun interes por el Sr. Nottely, no tuve inconveniente en decirle:

—Amigo, no lo sé con seguridad, pero sospecho que sí. ¿Por qué me haceis esa pregunta?

—Por nada, por nada, — me contestó, — pero si lo prendieron, es una lástima.

Y al decir esto, se marchó repitiendo:

—Es una lástima, es una lástima.

—Habeis oido, Silaydi? —dije yo. —No veis ahí una circunstancia que puede darnos alguna luz, y que la misma Providencia nos revela?

—Pronto, Ramilio, — exclamó Silaydi; — corred á Conordo, y,

sin perdonar género de sacrificio, y á toda costa, traednos á ese hombre. Si nos le traeis, además de nuestra gratitud, podeis contar con una recompensa brillante.

—Señor, —dijo Ramilio;—no necesito promesas: os juro que, sin ellas, haré cuanto esté de mi parte por complaceros. Y os traeré al hombre, —añadió con entusiasmo;—sí, señor, os le traeré, de grado ó por fuerza.

Y con aire decidido, avanzó hácia la puerta.

Pero en aquel instante oyóse un inmenso clamor, una viva gritería.

—Oh, oh, —dijo Silaydi;—nos habrá sorprendido el enemigo? Corramos, Mendoza.

—Dios mio!—gritó Ramilio con todas sus fuerzas, acercándose á una de las ventanas de la cámara;—yo estoy loco, loco, ¿será esto posible?

--Qué es eso, Ramilio?—preguntamos deteniéndonos.

—Que dicen viva el embajador de la Nostracia, viva el señor Nottely. Sí, señor, así es; eso dicen, no hay que dudarlo. Cielos!

Y lanzándose, con velocidad, por la escalera que conducia á la cubierta, llegó á ella aún primero que nosotros.

Toda la armada aparecia conmovida; y cientos de lanchas, atestadas de soldados, rodeaban un buque, victoreando, con frenesí, á Nottely, y aclamándole como la honra y la gloria del ejército.

Silaydi y yo nos mirábamos uno á otro; creíamos soñar. Nottely libre, Nottely en la armada, cuando acabábamos de recibir de él tan tristes nuevas, y cuando le juzgábamos en tan grande riesgo, casi perdido, próximo á morir! No podíamos creerlo.

Sin embargo, continuaban los victores, cada vez más entusiasmados, y el barco que las lanchas rodeaban acercábase veloz al centro de la armada. Echámonos al mar, y pronto estuvimos cerca de él: entónces ya no nos fué posible dudar. Nottely, radiante de felicidad, daba gracias, desde la obra muerta, á los que le dispensaban aquella ovacion, para él tan lisonjera.

—Subamos, subamos al buque,—dijo Silaydi.

—Echad la escala—gritó Ramilio, que iba con nosotros:—echad la escala—repitió con entonacion más fuerte.

Aquel grito fué oido desde el buque, y cumplida la orden.

Nos aproximamos, subimos, y.... Nottely nos recibió en sus brazos.

Quién podria describir lo que sentiamos!...

Después que el embajador hubo recibido las felicitaciones y enhorabuenas de los que le rodeaban, retiróse con nosotros á la cámara, y allí ya, volvió á abrazarnos estrechamente.

—Oh, amigos míos—dijo:—si supiéseis cuánta es mi alegría!

—Y la nuestra?—repuse yo.

—Pero, embajador, sepamos cómo ha sido esto—dijo Silaydi—porque os aseguro que aún dudo de lo que estoy viendo.

—Es toda una historia—contestó Nottely—y no poco interesante, á fe mía: escuchadla.

Y nos contó cuanto le había pasado con el hombre del subterráneo, el secreto de que se había hecho dueño, su entrada en el castillo, su prision, y la última entrevista que tuvo con Aneyda.

Cómo brillaba la dicha en su mirada al referírnosla!

Por último, concluyó así:

—En cuanto salió Aneyda de la habitacion que ocupaba como prisionero, experimenté vivos deseos, ánsia, necesidad irresistible de estar libre, porque preso yo, cómo podía libertar á Aneyda? Además, la patria, vosotros.... En fin, mi sangre hervía, y una violenta impaciencia se apoderó de mí.

La libertad, la libertad! exclamaba midiendo á grandes pasos mi prision, atormentando mi pensamiento para hallar una idea salvadora; una idea que, volviéndome á la vida, me dejase gozar de la dicha inmensa que la reconciliacion con Aneyda me causaba; pero sólo hallaba una, y esa, no podía aprovecharme de ella, sin violar el juramento que hiciera.

—Ah, Nottely,—dije yo;—llevais á veces vuestra delicadeza hasta un grado de exajeracion que os perjudica.

—Escuchad, Mendoza; cuando más abatido me encontraba, cuando iba á caer en el desaliento, cuando la desesperacion se apoderaba, en fin, de mí, un rayo de luz, un recuerdo, aclaró mi inteligencia, é hizo nacer en mi alma la esperanza.

Recordé que el contrabandista me había dicho que el subterráneo tenía dos ramales, uno de los cuales conducía al piso bajo de la torre del Mediodía, y en ese piso me hallaba yo: ¿no podía suceder que aquel ramal viniese á parar á mi habitacion?

Lleno de ansiedad, registré una por una las paredes, las examiné con nimia escrupulosidad, y después de una verdadera agoría, tropecé, al fin, con el resorte que, bajo mi presion, dejó abierto un boquete oscuro. Estaba salvado!

Fuí, sin embargo, precavido. Teniendo en cuenta que mi desaparicion misteriosa debia chocar extraordinariamente á Nostrendy y á Nomatty, y que tal vez, aunque no era probable, pudiera hacerles presumir la existencia de alguna secreta comunicacion con el castillo, lo que perjudicaria á mis ulteriores planes, hice lo siguiente:

Cuando el criado, que me servia de comer, entró como de costumbre, al medio dia, arrojéme sobre él, atéle los brazos, y envolvíle la cabeza con su manto. Tomé en seguida las llaves que llevaba en la cintura, abrí la puerta, volví á cerrarla para dar á entender que me habia marchado por ella, y deslicéme después, silenciosamente por la bienhechora abertura tan hábilmente en la pared disimulada.

—Muy bien,—observó Silaydi;—pero, aunque fuera del encierro, debiérais haber tropezado con mil obstáculos difíciles de vencer, y que harian, por lo tanto, presumir que álguien del castillo os ayudaria á superarlos.

—Justamente,—dijo el embajador,—pero escuchad: al fin del subterráneo encontré al contrabandista muy ocupado en arreglar sus fardos, encuentro que, como comprendereis, me agradó en extremo. Como el tiempo urgia, apresuréme á sacarle del pasmo que al verme le sobrecogiera, y manifestéle que necesitaba de su persona y de su lancha. Prestóse desde luego á servirme, y pronto estuvimos embarcados. A la media legua de Conordo, avistamos un buque, que al principio me causó grande inquietud; pero al cual nos dirigimos apresuradamente tan luego como ví en su bandera las armas de la Gran Roquelia. Juzgad de mi sorpresa cuando supe que lo mandaban nuestros buenos amigos Notty y Soletty, á quienes el rey envia á la armada con órdenes ó instrucciones reservadas. Y hé aquí, concluyó el embajador, por qué raros medios, y casi milagrosamente me hallo ahora entre vosotros. Ah, caros amigos!

Y nos estrechó de nuevo las manos.

Pasados algunos momentos de expansion y dulce desahogo, nos dirigimos al navío almirante, acompañados de Notty y Soletty, á quienes ya habiamos saludado cordial y afectuosamente. Hubo consejo, y discutido y aprobado el plan, acordóse por unanimidad atacar al enemigo al dia siguiente.

(Se continuará.)

TIRSO AGUILANA DE VECA.

UNA TEMPORADA EN EL MAS BELLO DE LOS PLANETAS.

(Conclusion.)

CAPITULO LXII.

ÚLTIMA BATALLA.

A la hora indicada comenzaron á ponerse en movimiento nuestros batallones, y por distintas sendas llegaron al campamento enemigo, sobre el cual, habiendo sorprendido á los centinelas en sus inmediaciones apostados, cayeron de improviso, sembrando el desórden y la desolacion por todas partes.

Sin embargo, merced á disposiciones acertadas de sus jefes, se rehicieron los Catilianos y conteniendo, en parte, nuestro ataque, impidieron, por medio de operaciones hábilmente combinadas, que los envolviésemos. Pudieron, pues, formar en batalla y oponer á nuestros esfuerzos una resistencia desesperada.

Dos horas, poco más ó ménos, después de haber principiado la lucha, fui encargado por Nottely de una comision cerca del Señor Tiriatty, que hacia entónces las veces de General en jefe, y que rodeado de su estado mayor, seguia, desde una eminencia, con ávida é inquieta mirada las operaciones de entrambos ejércitos.

Cumplido mi encargo, dirigí la vista en derredor.

Todas las armas peleaban; todas estaban en accion, y como allí no se gastaba pólvora, y por lo tanto no habia humo, presentaba el campo de batalla todos sus horrores á la vez, iluminados por la melancólica luz de los satélites, y el crepúsculo singular que envolvía á Catilia.

Impetuosos ataques de caballería, ruido atronador de los cañones, cargas de los infantes, confusion, desórden, choques formi-

dables, destrucción espantosa, gritos desesperados que, aun en medio de aquel estruendo, se oían penetrantes, lastimeros, lanzados como una maldición por los soldados al morir, ó por los heridos al ser aplastados por los caballos, ó bajo las ruedas de la artillería: todo esto formaba un conjunto indescriptible que me impresionaba en extremo, que aterraba y conmovía profundamente el alma.

Una circunstancia vino á dar un aspecto verdaderamente extraño al combate (de cuya grandeza no podía un terrícola formar idea, sino viéndolo) que se verificaba á mis piés en la vasta llanura de Tolayda. Hela aquí.

Confusa y debil claridad apareció hácia el Norte, y poco á poco y gradualmente fué haciéndose más intensa. Destellos brillantes se elevaron por encima del horizonte, al mismo tiempo que dos anchas fajas de cambiantes y vivísimos colores, surcadas por líneas semejantes á las que traza el rayo, se alzaron, una al Oriente, al Ocaso otra. Estas fajas ascendían lentamente variando siempre de matices, hasta que ya á inmensa altura se juntaron y confundieron para formar una techumbre mágica, una bóveda portentosa, cruzada sin cesar, y en direcciones diversas, por celajes brillantes y relámpagos deslumbradores.

Este era un soberbio panorama, ó por mejor decir un meteoro singular, parecido, aunque ménos espléndido, á nuestras auroras boreales; pero de lo que no se podrá formar cabal idea sino viéndolo, es del aspecto de que aquel encendido cielo revistió las escenas de muerte y exterminio, que mis ojos espantados contemplaban.

Por una ilusion de óptica, muy natural en aquellas circunstancias, me pareció que la estatura de los guerreros se acrecentaba, hasta adquirir enormes proporciones, hasta tocar el ígneo celaje que se reflejaba en los lujosos arneses, en las bruñidas armas y en los escudos; otro tanto sucedía con los encuentros, la matanza y los horrores, que también parecían aumentarse, haciendo el combate infinitamente más colosal y gigantesco. No hay comparaciones, no hay frases en lengua alguna para pintar lo que estaba viendo, y sólo diré que en aquella lucha parecían los hombres seres fantásticos ó sobrenaturales, batiéndose en un océano inmenso de fuego.

No hay palabras, repito, para describir aquel cielo encendido,

aquella tierra cubierta de sangre, el rayo que recorría el espacio, las balas que vomitaban los cañones y abrían en las filas grandes claros, el escape furioso de los caballos en medio de aquella atmósfera abrasada, y el estruendo discordante, sostenido, aterrador, verdaderamente infernal que de aquel caos salía.

Nunca, estoy seguro, se vió espectáculo más terriblemente grandioso, cuadro más extraordinario y completo de devastacion y ruina.

Este día, el triunfo se inclinaba á las tropas de la Gran Roquelia y de la Nostracia: yo no podía abarcar todo el dilatado campo de batalla; pero en cuanto podía alcanzar veía á los Catilianos mal parados. Nuestros soldados, ansiando recobrar sus perdidos laureles, hacían alarde de un valor indomable, y dirigidos con acierto por los jefes, á los que la pasada derrota hacía obrar con más prudencia y sangre fría, nada se les hacía difícil. Además, estaba allí Nottely, que reanimaba el ardor de los soldados, comunicándoles su entusiasmo, y á quien acompañaba constantemente la victoria.

Observando el Sr. Tiriatty que algunas baterías perfectamente situadas del enemigo, causaban grandes estragos en nuestra ala izquierda, envió un ayudante con la orden de que á toda costa se tomasen.

—Hecho esto,—dijo—está ganada la batalla.

Iba el ayudante á marchar cuando yo me ofrecí á sustituirle: accedió el General, y bajé precipitadamente de la eminencia, deseoso de juntarme con el embajador. Cumplida mi comision, no tardé en encontrarle: hallábase en lo más recio de la batalla, y avanzaba al frente de los Nostracianos, intentando arrollar un cuerpo de tropas dirigidas por el Príncipe de Nocuara. Al fin los dos caudillos se vieron, y no tardaron en tropezarse.

Entónces sucedió una cosa singular. Los que en torno suyo se batían, suspendieron la pelea, como si á un mandato obedeciesen, y formando corro cerca de ellos, esperaron el fin de aquel combate que Nottely y el Príncipe trabaron en aquel momento.

—Hola, querido embajador,—decía el príncipe cubriéndose con el escudo, y atacando vivamente á su adversario:—¿por dónde habeis andado? Pensaba ya que estuviéseis entre los muertos.

—Cási, cási, caro amigo; pero, aunque así hubiese sucedido, creed que habria resucitado, sólo por tener el gusto de batirme otra vez con vos.

Y Nottely menudeaba sus mandobles, acosando muy de cerca á su enemigo.

El combate, sin embargo, tenia trazas de prolongarse, cuando, impaciente el príncipe de Nocuara, acudió á su golpe favorito, que era levantar la espada con las dos manos, y dejarla caer con la rapidez del rayo sobre su contrario. Pero Nottely conocia aquel golpe: apénas le vió decidido á efectuarlo, empuñó el escudo con fuerza, afirmóse en los estribos, hundió las espuelas á su caballo, y con la velocidad de una flecha, fué, no á chocar, sino á estrellarse contra el príncipe, al cual aturdió é hizo caer al suelo con violencia. En él, á instancias del embajador, fué recogido por su ayudante, que le encontró arrojando sangre por las narices y boca, con la cara hinchada, los ojos salientes y en un estado semi-apoplético.

Vencido el príncipe, sus tropas fueron dispersadas fácilmente; y como las baterías enemigas que nos perjudicaban fueron tomadas bien pronto, la victoria se declaró decididamente por nosotros, á pesar de los heroicos esfuerzos de los Generales enemigos, y principalmente de Nostrendy, que se retiraba bramando, envuelto por los soldados que huían.

Quedó, por fin, sin enemigos la llanura, y volvimos nosotros á ocupar de nuevo el campamento.

El brillante meteoro que habia alumbrado la batalla, y que fuera disminuyendo poco á poco, mostraba á la sazón sus últimos colores y postreras luces.

CAPITULO LXIII.

DONDE SE PRUEBA QUE NO ES FÁCIL ABANDONAR EL CAMINO DEL MAL,
UNA VEZ EMPRENDIDO.

El amor es la más grande de las pasiones, y cuando se enseñoorea de un alma, la domina por completo acallando los demás sentimientos. Así sucedia á Nostrendy: la derrota de las tropas de Catilia, que, á encontrarse en otras circunstancias, le hubiera afectado profundamente, la sentia entónces tan sólo porque hacia mucho más difícil conservar á su prima en su poder. Temia que la paz se firmase, y entónces, ¿cómo retenia á Aneyda en el castillo?

Esto es lo que decia Nostrendy á Nomatty, ya en Conordo, dos horas después de haber terminado la batalla.

—Sí,—exclamaba;—mi situacion es ahora peor que nunca. Ah, Nomatty; todos tus cálculos han salido fallidos, y, en vez de acercarme á Aneyda, como tantas veces me ofreciste, no han hecho sino alejarme de ella cada vez más. ¡Áciago día aquel en que te conocí!

—A fé mía, Nostrendy, que no tienes razon en lo que dices. ¿Podia yo prever lo que sucedió? Imposible. Pues bien; la evasion del embajador trastornó todos mis planes, que si nó, Aneyda sería hoy tuya. Aunque después de la entrevista, que imprudentemente consentiste, no pareciera intimidarse con tus amenazas, al fin estoy seguro que se plegaria á tu voluntad cuando viese subir á Nottely al cadalso, porque á él hubiera subido,—añadió Nomatty con firmeza,—y en él dejaria su vida si preciso fuera.

—No importa,—dijo Nostrendy con despecho;—ya no tengo fé. Si no hubiera dado oidos á tus consejos; si me hubiera negado á sacar á Aneyda de la casa de sus padres; si no hubiera acudido á medios indignos de un hombre de honor, mi situacion sería otra, es bien seguro. Dices que si Aneyda hubiera visto al embajador en el cadalso, lo que, de seguro, sucederia, si este no se fugara, que indudablemente accedria á mis ruegos; pero, ¿quién me garantiza eso? ¿Quién me dice que no sucederia lo de otras veces, es decir, lo contrario de lo que me prometias? ¡Ah, Nomatty!

Y Nostrendy rechinaba los dientes y pisoteaba la alfombra lleno de rabia.

Nomatty se puso pálido.

—Pero, Nostrendy,—dijo:—si no te calmas, si no te tranquilizas, ¿cómo he de sacarte del apuro?

—Del apuro, del apuro,—repetia Nostrendy con una sonrisa más temible aún que su cólera,—y hay poder humano que me saque ahora de él? Me sacarás tú, tú? Ya sé por desgracia á lo que alcanzan tus promesas. Vive Dios...

Y se paró, mirando de alto abajo á Nomatty con tan reconcentrada ira, que éste tembló de piés á cabeza.

—Bueno, bueno,—dijo Nomatty;—puesto que lo tomas así, querido, mejor será que yo me marche: no creí que mis servicios tuviesen esta recompensa. Adios, Nostrendy.

Y dió efectivamente la vuelta, mientras que Nostrendy se pa-

seaba furioso. Cuando Nomatty llegó á la puerta, paróse aquel, y dijo con voz entrecortada.

—Dime, qué has hecho tú por mí? ¿He obtenido algo de esos que llamas tus servicios? Lo que he obtenido es el aborrecimiento de Aneyda, el desprecio de su familia, y, lo que es peor, el de mí mismo. Hé ahí lo que he obtenido, hé ahí tu obra: estás contento?

—Y no trato de reparar todos esos males?—dijo Nomatty desde la puerta, pero sin volver más que la cabeza.

—Y cómo? de qué modo? es eso posible ahora?—preguntó Nostrendy con ademan, sin embargo, ménos descompuesto, pues la idea de verse abandonado por Nomatty le aterraba.

—Pues no ha de serlo?—dijo éste volviéndose y poniéndose de frente hácia su amigo.

—Pero cómo? cómo? di pronto el cómo,—repuso impaciente el Sr. Nostrendy.

—Has olvidado lo que te dije el día anterior á la desaparicion de Nottely?—preguntó Nomatty, adelantándose un paso hácia Nostrendy.

—Y qué me dijiste?—preguntó éste dando otro paso hácia Nomatty.

—Que aun cuando todos los medios empleados hasta entónces me fallasen, tenia otro infalible.

—Ah, sí, es verdad, no me acordaba,—dijo Nostrendy, aproximándose á Nomatty.

—Pues de él iba á hablarte precisamente,—añadió éste, volviéndose al mismo sitio en que estaba ántes de marcharse,—cuando te dejaste arrebatar de la cólera. ¿Lo hubiera creído nunca de tí, Nostrendy?

La palabra infalible pudo tanto con éste, porque se referia á Aneyda, que su furia principió á calmarse. Con voz más dulce y semblante más sereno, dijo á su amigo alargándole la mano:

—Es verdad, es verdad, no he sabido lo que hacía: perdóname, querido Nomatty.

—Bien, pero no vuelvas á enfadarte de ese modo.

—Jamás: te lo prometo.

—Sentémonos, pues, y hablemos, dijo Nomatty.

Y se sentaron tan amigos, como si no hubiese pasado nada.

—Vamos, habla pronto,—dijo Nostrendy,—porque te juro que me muero por saber ese medio que, segun dices, es infalible: infalible has dicho, no es verdad?

—Sí; pero antes debo hacerte algunas reflexiones que miro como precisas, para que te penetres de su importancia, y de que debes someterte á él.

—¿Pero no puedes decirme primero el medio, y hacerme después las reflexiones?—repuso Nostrendy, que en su impaciencia aborrecia los preámbulos.

—No.

—Y la razon?

—La razon es, que nada importa que un medio sea infalible, si no te penetras de la necesidad de ejecutarlo.

—Luego temes que no lo adopte?

—Sí.

—Y por qué?

—Porque eres en ciertas cosas tan tímido é irresoluto, como valiente y arrojado en las batallas.

—Oh, como sea infalible, nada temas.

—En cuanto á la infalibilidad, yo respondo.

—Pues entónces habla.

—Y si te asusta? si te repugna?

—Me aseguras que es infalible?

—Con mi cabeza.

—Y que con él obtendré á Aneyda?

—Sin la menor duda.

—Y que me rehabilitará á los ojos de sus padres?

—Si te casas con Aneyda, qué duda tiene?

—Habla, pues, con seguridad.

—Sea cual fuere el medio, y aun cuando te repugne?

—Sí.

—No olvides esa promesa.

—Nó, hombre, qué de palabras!

—Mira, Nostrendy; ya te he dicho, cuando tratamos de la muerte de Nottely, que por un capricho de la suerte se ha frustrado, que en el estado á que han llegado las cosas, sólo casándote con Aneyda podrias recobrar su amor, y rehabilitarte á los ojos de sus padres. Te acuerdas?

—Me acuerdo.

—Y convienes en ello?

—Convengo.

—Y forzoso es que así lo hagas, pues es absolutamente impo-

sible conseguir ámbas cosas, ¿me entiendes bien? sino por medio del matrimonio. Insisto sobre este punto, para que cuando lleguemos al medio de que voy á hablarte, no titubees, ni principies á hacerme objeciones, como acostumbras.

—No, hombre, ya te he dicho que nó,—repuso impaciente el Sr. Nostrendy.—Me matas con tus preámbulos.

—Es que te conozco, Nostrendy, y sé que toda mi persuasión no basta siempre para vencer tus hábitos y acallar ciertos escrúpulos que, además de ser extraños en un jóven de tu edad, suelen convertirse á veces en obstáculos insuperables. Cuando se trata de grandes fines, jamas se debe reparar en los medios, ¿Piensas lo mismo?

—Pienso,—contestó Nostrendy, un poco vacilante sin embargo.

—Lo dices de un modo....

—Es que tampoco te he visto nunca hablarme con tantas precauciones: no parece sino que el medio que vas á proponerme es poco ménos que inadmisible, cuando tú mismo tomas tanto trabajo en prepararme.

—Y no te equivocas, amigo.

—¿Pues no te he dicho que con tal que me case con Aneyda, y que me rehabilite á los ojos de sus padres estoy decidido á todo?

—Sí, me lo has dicho, y te he cogido la palabra; pero....

Y Nomatty se detuvo.

—Qué, hombre? Acaba con mil demonios.

—Que así y todo, desconfío.

—Caramba, amigo; me haces creer que el medio que tratas de emplear, aun cuando sea infalible, no debo admitirlo en modo alguno.

—Lo ves? ya vacilas: te conozco, sí ó nó?

—Pero, Nomatty, y si es villano?

—¿Y qué importa que lo sea, si por él te casas con Aneyda, y te rehabilitas á los ojos de sus padres? ¿No tienes después riquezas y poder bastante para hacer olvidar esa misma villanía por medio de acciones benéficas y brillantes?

—Pero lo es, sí ó nó? Responde.

—Nada respondo, ni nada digo; porque desisto de mi propósito,—repuso Nomatty como resentido.

Hubo un momento de silencio, durante el cual tarareaba Nomatty una cancion, mientras Nostrendy, con la cabeza baja, pa-

recia reflexionar. Por fin, encarándose con Nomatty, le dijo mirándole con fijeza:

—¿Me juras, por Dios vivo, que si adopto ese medio, sea el que fuere, me caso infaliblemente con Aneyda, y recobro el aprecio de sus padres?

—Lo juro.

—Proponlo pues.

—Y no vacilarás en modo alguno?

—No.

—Me lo juras?

—Solemnemente.

—Pues escucha.

—Con todos mis sentidos, ya lo ves.

Tosió Nomatty, acarició sus bigotes rubios, y preguntó:

—Aneyda está en tu casa, no es verdad?

—Sí,—respondió Nostrendy con extrañeza.

—Y enteramente en tu poder. No es cierto?

—Sí.

—Puedes entrar á todas horas en su cuarto?

—Sin duda.

—Más; entre tu cuarto y el de ella hay una comunicacion secreta que sólo tú y yo conocemos, eh?

—Sí.

—Pues bien; después que ella se haya recogido, y cuando estés seguro de que duerme, entra en su habitacion de puntillas, y.... Me comprendes?

Nostrendy dió un salto al oír aquella proposicion hecha por Nomatty con tan pasmosa sangre fria. Ciertó que para éste, conocido su carácter, no era el consejo más que una cosa muy sencilla, atendidas las circunstancias en que su amigo se encontraba; pero para Nostrendy fué una proposicion tanto más aterradora, cuanto que, ni aun en sueños, se le habia ocurrido nunca, y cuanto que, aunque ya contaba con que no sería de su gusto el medio elegido por Nomatty, jamas pensó que fuese aquel. Su sorpresa fué tan grande, que á pesar de su palabra, y de haber hecho un juramento, no pudo ménos de decirle, mirándole de reojo, y cubriéndose de palidez:

—Estás loco por fuerza, Nomatty amigo.

—Y tu palabra? y tu juramento?—se apresuró á decir Nomatty

para conjurar la tormenta que, á pesar de sus precauciones, veia próxima á estallar.

—¿Pero hubiera creído nunca,—repuso Nostrendy con indignacion,—que me propusieses una cosa semejante?

—Ni Dios mismo que te entienda, Nostrendy; ¿pues no me has dicho que, fuese el que fuese el medio por mí elegido, que lo adoptarias al instante, con tal que te casases con Aneyda, y te rehabilitases á los ojos de sus padres?

—Sí, lo he dicho y estaba dispuesto á cumplirlo, aun cuando me repugnase; pero nunca se me pasó por la imaginacion que el medio fuese de un carácter tan infame.

—Y si te da á Aneyda, y con ella el aprecio de sus padres, ¿qué te importa?

—Oye, Nomatty,—dijo el Sr. Nostrendy con una seriedad que sorprendió á su amigo;—ya sabes lo que amo á Aneyda, y que daria hasta la última gota de mi sangre por ser amado de ella; sabes tambien que esa jóven es mi vida, mi alma, mi Dios y mi todo hoy en Saturno; pues á pesar de eso (escúchame bien), renuncio á ella, si he de obtenerla de ese modo.

—En hora buena, amigo,—dijo el Sr. Nomatty;—tu gusto es el mio; no hablemos más del asunto. Seguro estoy que al señor Nottely no le pesará de tu determinacion.

Todo el cuerpo de Nostrendy se estremeció al oir este nombre, que produjo en él los efectos de una conmocion eléctrica: el señor Nomatty sabia pronunciarlo muy á tiempo.

—Y crees tú,—preguntó Nostrendy con violencia,—que si yo no me caso con Aneyda, se casará el embajador?

—Y tanto como lo creo, querido, si es que no te enoja el oirlo.

—Jamás,—dijo Nostrendy, con voz de trueno, y dando una patada en el suelo;—jamás, mientras yo viva.

—Nostrendy,—dijo el Sr. Nomatty, con voz dulce;—dueño eres de hacer lo que te parezca, pero ¿te enfadarás si te digo lo que pienso acerca de este punto?

—Habla.

—Pues ten entendido que si no haces tuya á Aneyda por el medio que te propongo, no tardarás mucho en verla fuera de Conordo.

—Y cómo? cómo? Dilo: á ver,—interrogó Nostrendy con ansiedad.

—No podré precisártelo, amigo; pero no hay duda que Nottely,

en libertad, hará mil y mil esfuerzos por sacar á tu prima de tus manos, lo que conseguirá, tarde ó temprano, por la astucia ó por la fuerza. El tiene, además, relaciones en el castillo, puesto que pudo introducirse en él sin nuestro permiso, y marcharse contra nuestra voluntad; y aunque hemos despedido algunos servidores, y encerrado otros por sospechosos, ¿quién te asegura que aún no haya en Conordo quien le sirva?

No lo dudes, Nostrendy; Aneyda no está segura en tu poder, y si llega á verse libre y en Romalia, será irremisiblemente esposa de Nottely, puesto que la princesa, poderoso obstáculo con que hasta ahora tuvo que luchar, es hoy su más firme apoyo. Y entonces, oh! entonces podrás gozar de un espectáculo delicioso; entonces podrás ser testigo de la dicha y ventura de esos jóvenes, á cuya union habrás contribuido con tus necios escrúpulos.

Y es singular; tú entregas á otro una mujer por quien arriesgarías hasta tu salvacion eterna, si sus magníficos ojos azules te mirasen con ternura; si su boca, llena de seducción, te dedicara una sonrisa cariñosa. Verdad que esto es sublime?

Pero hay más: la entregas, no á un hombre cualquiera, sino á un rival preferido, á quien sabes idolatra, á quien prodigará sus más tiernas caricias, y entre cuyos brazos se arrojará ébria de amor; tú....

—Basta, vive Dios,—exclamó Nostrendy fuera de sí:—estoy decidido á todo. Si lo que has dicho sucediera.... pero no.... no sucederá; la mataría ántes con mis propias manos.

—No llegarás á ese extremo, si aprovechas mis consejos.

—Los seguiré, los seguiré,—dijo Nostrendy con febril agitación; pero de repente, cambiando de tono, añadió:—mas dime, Nomatty; ¿piensas que Aneyda me perdone algún día la acción.... infame.... que voy....

—Ya lo creo. Escucha; una vez Aneyda deshonrada, á nadie más que á tí puede pertenecer, con nadie más que contigo puede casarse, ni de nadie más que de tí puede ser ya. Habrá al principio llantos, quejas, arrebatos, y hasta maldiciones, si tú quieres; pero, poco á poco, la tormenta calma, y viene la reflexion, que le hará conocer que Nottely es ya un imposible para ella, y que Nostrendy es el único que puede reparar su honor, si es que se digna (si se digna, lo oyes bien?) hacer ese obsequio á su familia. Qué tal? me explico?

El Sr. Nomatty hablaba tal como lo sentia y creia que debian suceder las cosas, porque su alma innoble no podia ponerse á la altura de las ideas de la jóven, de aquellas ideas grandes y elevadas que hacen que una mujer, aunque ultrajada, si no lo ha sido por su culpa, prefiera, no su deshonor, porque en este caso no lo hay, sino su desgracia, á unirse á un hombre que ha procedido con ella tan vilmente.

—Dios quiera que así suceda, —dijo Nostrendy, con abatimiento.

—Y casado con Aneyda, —añadió con petulancia el Sr. Nomatty; — quiero que me digas, si durará un dia su disgusto contra tí, y si no se calmará al instante la cólera de sus padres. Eh, digo algo, ó quiébrame la cabeza?

Y viendo que Nostrendy no acababa de responder, añadió:

—Vamos, hombre; di algo, que no parece sino que estás hecho una estatua, cuando debieras bailar de gozo.

—Nomatty, —dijo con tristeza Nostrendy; — cuando considero el paso que voy á dar, todo mi cuerpo se estremece de una manera inusitada, de una manera extraña, y que no puedo yo explicarme. Mas siento que mi sangre se hiela, que se paralizan mis fuerzas, y que se extravía mi razon. Ayl sufro mucho, amigo mio.

¿A quién no causaria lástima el estado de este jóven? Pues precisamente este estado es el que llenaba de gozo al Sr. Nomatty, que con aire de proteccion y poniendo una mano sobre el hombro de su amigo, le dijo:

—Bah, ten confianza, que velo por tí, y cuando yo velo por tí, bien sabes que puedes dormir tranquilo.

CAPITULO LXIV.

NOSTRENDY EN EL DORMITORIO DE ANEYDA (1).

El mismo dia que el embajador se fugó del castillo de Conordo, lo supo Aneyda por Silody. Como es de inferir, esta noticia produjo en la jóven una indecible satisfaccion. Es verdad que ella continuaba presa, mal gravísimo, que la afligia en extremo: pero, ¿qué

(1) Los detalles de esta escena me los refirió Tiriatta cuando volvimos á Romalia: los habla presenciado mirando por el agujero de la llave de la habitacion de Aneyda. Al fin mujer.

importaba eso en comparacion de los martirios, sin cuento, que habia padecido al creer que Nottely le era infiel, y de la mortal inquietud que sufriera por el peligro inminente que al embajador amenazaba, hallándose en poder de su enemigo?

Y no se engañan los que afirman que nunca el mal viene solo, ni el bien deja de ser seguido de otros muchos.

A la mañana siguiente, apenas Aneyda despertara, vió entrar á Tiriatta en su habitacion.

Sonrióse la doncella dulcemente, y le presentó una carta.

— Quién te la ha dado? — preguntó Aneyda.

— Un hombre que hace poco se acercó á mí, estando fuera del castillo. Sin duda sabia cuanto os quiero, y cuán incapaz soy de faltaros, cuando de tal modo en mí se confió.

— Y nada te ha dicho?

— Nada, sino rogarme que os la entregase pronto.

— De quién será? — decia Aneyda para consigo. — De Silaydi, no es, porque conozco su letra: de Nottely, tampoco, porque tambien la conozco: de Nostrendy, no puede ser, ¿de quién será, pues?

Y como no acertaba, rompió la carta, y miró la firma.

— De Mendoza! — exclamó llena de alegría. — Qué me dirá? — Veamos.

Decia la carta:

« Señorita: hemos atacado al enemigo, y hemos vencido, noticia que va á colmaros de gozo, lo mismo que á vuestros padres y á Romalia. Servida ya la patria, no pensamos más que en vos; y tanto Silaydi, como Nottely, y como yo, no descansaremos hasta sacaros de Conordo. Estad alerta y pronta para el momento en que ménos lo esperéis. Sobre todo, confianza en Dios, y en nosotros. Vuestro, etc. — *Mendoza.* »

El lector comprenderá hasta qué punto subiria la alegría de Aneyda con esta carta. Verse en libertad, restituida á Nottely, á sus padres, á Silaydi; amada, cual nunca, del primero, aprobado este amor por su familia, y vuelta, por último, á Romalia.... Ah! esto era demasiado, era una dicha inmensa, que sus pasadas desgracias hacian todavía mayor,

Aneyda tuvo pues un dia feliz, tan feliz como podia serlo en su crítica situacion; y cuando terminó, cuando llegó la hora de entregarse al reposo, todavía acarició por largo tiempo las ideas

risueñas que tan dulcemente la conmovieran por el día. Al fin se durmió.

Una luz que ardía dentro de un globo de cristal azul iluminaba la estancia con un suave y misterioso resplandor.

No habría pasado media hora que la joven se había quedado dormida, cuando sin hacer el menor ruido se abrió una puertecita capaz de dar paso á una persona, que con el mayor cuidado estaba construida en una de las paredes de la habitación que precedía al dormitorio de Aneyda; tan bien disimulada estaba, que era de todo punto imposible dar con ella, á no estar iniciado en el secreto.

Por aquella puerta entró un hombre.

Y este hombre parecía un espectro, atendida su palidez y lo descompuesto de su rostro.

Nadie por este rostro hubiera conocido á Nostrendy.

De puntillas, con la cabeza baja y el más profundo silencio se dirigía lentamente hacia la cama; temblaba como si tuviese frío, y tanto por esto como por lo vacilante de sus pasos, podía inferirse que sufría.

De repente se paró y echó una ojeada por el aposento.

En él había muerto su madre!...

Creyó verla y oír que le maldecía!...

Su temblor creció de punto, y en medio de que sus pasos vacilaban más que ántes, dió la vuelta decidido, al parecer, á retirarse. Hízolo así efectivamente y caminó lleno de angustia hacia la puerta: casi la tocaba ya, cuando se abrió esta dejando ver allá en el fondo, es decir entre las sombras, una mano que con rapidez y como si la persona á quien pertenecía estuviese enfadada, le hacía señas para que volviese hacia la cama.

Era Nomatty.

La puerta se cerró de nuevo, y Nostrendy se volvió y continuó su marcha.

La alfombra riquísima que pisaba, era arrollada muchas veces por la vacilacion y torpeza de sus pasos, tanto que tenía con frecuencia que pararse.

Cuando hubo recorrido la estancia y llegado bajo el dintel del dormitorio de Aneyda, alzó con mano trémula las cortinas que lo ocultaban, y miró...

Un estremecimiento indefinible recorrió todo su cuerpo.

De pronto este hombre se trasformó, irguió su cuerpo que marchaba ántes encorvado, desapareció su palidez, coloreó su rostro y se paró mudo de asombro.

Y no sin motivo por cierto.

En un lecho, cuya riqueza y magnificencia eran fabulosas, descansaba con delicioso abandono el cuerpo más bello y seductor que el ojo humano hubiese visto jamas. Las ropas que lo cubrían dejaban percibir contornos de una perfeccion tan extremada, que el estatuario más hábil no hubiera podido imitarlos aunque en ello formase empeño. Sus manos, una de las cuales estaba fuera de la cama y extendida á lo largo del muslo, mientras que la otra permanecía con extremada gracia debajo de la mejilla, eran de formas las más lindas y admirables. Nada más hechicero que aquella garganta de una morbidez y blancura sin iguales, en torno de la cual venian á esparcirse rizos magníficos, destacados de la más suave, de la más fina y abundante cabellera que mujer alguna hubiese poseído en Saturno.

Al sacar Aneyda el brazo que, como he dicho, tenia tendido á lo largo del muslo, habíasele corrido su finísima camisa, dejando descubierto una parte de su seno, tan blanco, tan terso, tan hermoso, que Nostrendy, cuya razon principiaba á resentirse, creyó que iba á perderla enteramente. Sin saber lo que hacia dió algunos pasos hácia la cama, y no pudiendo proseguir volvió á quedarse inmóvil.

Sin duda que Aneyda debia soñar con las deliciosas impresiones recibidas aquel dia, puesto que se dejó percibir en su boca una sonrisa dulce y llena de atractivo.

Aquella sonrisa dejó ver unos dientes blanquísimos, pequeños y de una igualdad maravillosa.

Y esta sonrisa, aquel rostro y aquel seno encantador, acabaron de trastornar la razon del infeliz Nostrendy, sobre todo cuando dando un paso más percibió aquella fragancia embriagadora, que emanaba de aquel cuerpo celestial.

Entónces sintió el jóven dentro de sí mismo una modificacion extraña que le cambiaba y hacia ver los objetos de distinto modo, puesto que Aneyda; de un ángel purísimo que era ántes, vino á convertirse para él en una hada voluptuosa y lasciva que le arrastraba é incitaba de una manera irresistible. Una cosa parecida á vértigo se apoderó de su cabeza, sus piernas temblaban, se extre-

meció su cuerpo, la cara se le descompuso y se le erizaron los cabellos. Sus ojos teñidos de sangre parecían salirsele de las órbitas, sentía en la boca una saliva espesa y un ardor en las fauces que le incomodaba.

Aquel estado era un martirio que no podía resistir.

Acercóse, pues, y cogió con mano temblorosa la ropa de la cama.

Sin duda que algun ángel velaba entónces por la jóven, pues tan pronto como Nostrendy tocó la colcha, se despertó: levantó la cabeza, paseó sus asombrados ojos por el cuarto, y al ver delante de sí aquella especie de espectro sombrío y amenazador, dió un grito, y saltó, como el relámpago, de la cama, llevando consigo las ropas que la cubrían.

Nostrendy, agitado y fuera de sí, miraba á Aneyda.

Aneyda, en cuya cara se veía el espanto y el más profundo temor, miraba á Nostrendy.

Un silencio penoso reinó algunos momentos.

Miéntas duraba, fué Aneyda recobrando, poco á poco, sus sentidos, y comprendiendo, en cuanto se lo permitía su virginal pureza, el verdadero peligro que corría; así es, que después de un rato de verdadera agonía, dijo con voz baja é insegura:

—Ah, ¿sois vos?

Nostrendy no respondió; pero continuaba mirando á Aneyda.

—Sí, vos sois, sin duda, porque, ¿quién más que vos podría hallarse en este sitio, sin mi permiso, y á tales horas?

Nada tampoco respondió Nostrendy; pero su vista permanecía fija sobre Aneyda.

—Habeis marchado de crimen en crimen sin que Dios ni los hombres os arredrasen en esa funesta senda; pero os faltaba el último, el último que es el más grande é infame de todos, y natura era que lo perpetráseis.

Tampoco ahora respondió Nostrendy; pero sus facciones tomaron un aspecto espantoso.

—Y no os habeis contentado con el crimen, nó; eso era poco todavía para vos: habeis sido bajo, y de bajeza en bajeza, habeis llegado á la abyeccion. Sr. Nostrendy, me causais horror.

Las facciones de Nostrendy se contrajeron convulsivamente.

—Sí,—dijo al fin, con una sonrisa salvaje; con aquella sonrisa propia de los delirantes y que denota un trastorno mental terri-

ble;—he cometido todos los crímenes que decís; pero os engañais, Aneyda, al añadir que he llegado al último: nó, este no le he cometido todavía, y como no quiero desmentiros, voy ahora mismo á consumarlo.

Y al decir esto, corrió como un demente hacia la jóven.

Aneyda, que se vió perdida, puesto que nada contenia á aquel furioso, se levantó al punto, se arrimó al rincón del cuarto, y no teniendo ya á dónde refugiarse, elevó al cielo sus rasgados ojos, y de lo íntimo de su alma, rogó al Eterno que no la desamparase en aquel momento supremo.

Sobrecogido Nostrendy al ver la actitud sublime de la jóven, se contuvo. Un destello de razón le trajo entónces á la memoria á su madre, que habia muerto en aquel cuarto, su ilustre cuna, y la alta sociedad en que vivia; tres consideraciones que le pusieron en un estado verdaderamente lamentable, por la lucha que entablaron en su interior, entre ceder ó seguir adelante con su empeño. En aquel momento pudo, sin embargo, decir:

—Os concedo aún dos minutos: ¿quereis, Aneyda, darme mañana vuestra mano, y me retiro?

Aneyda no respondió.

—Ved, señorita, que estoy decidido á todo,—añadió Nostrendy con voz ronca:—¿quereis ser mia mañana, sí ó nó?

Y como nada contestaba Aneyda, porque el terror se lo impedía, cogió Nostrendy su brazo, apretóselo brutalmente, y loco y fuera de sí, volvió á decir:

—Quereis?

Al brusco movimiento de Nostrendy, corriéronse las ropas que cubrian á la jóven, dejando ver, casi desnudos, sus hombros, su deslumbradora garganta y una parte de su seno.

Al notarlo se estremeció Nostrendy.

Pero Aneyda, siempre hermosísima, estaba en aquel momento encantadora; así es que se hizo una tentación poderosa, irresistible para el desdichado jóven, cuya sangre recorría veloz sus hinchadas venas, y cuya voluntad supeditada, á la sazón, por el deseo, habia desaparecido enteramente. Sin tener en cuenta las consecuencias que pudieran resultar, iba tal vez á abalanzarse á Aneyda, cuando, de pronto, se sintieron pasos en la habitación inmediata, y tres hombres entraron en la alcoba de Aneyda.

Eramos Nottely, Silaydi y yo. ¿Cómo habíamos entrado?

Por el subterráneo, cuyo fiel guardador era Sattalio.

En cuanto á la oportunidad de nuestra presencia allí, lo habia querido, sin duda, la Providencia, y por ello le dimos infinitas gracias.

No hay pluma bastante elocuente para expresar el efecto de nuestra aparicion.

Nostrendy, que nos observó un momento con fija y atónita mirada, dió un salto como para echarse sobre nosotros; pero parándose bruscamente, retrocedió algunos pasos, y se llevó entrambas manos á la cabeza, como si esta se le saltase: su razon principiaba á resentirse.

En cuanto á Aneyda, arrojóse en los brazos de su hermano, que la llevó á la sala por donde entráramos, y donde se vistió apresuradamente con el primer traje que halló á mano.

En dos minutos estuvo lista, y ya Silaydi se encaminaba hácia nosotros, cuando la puertecilla que diera paso á Nostrendy se entreabrió, asomando por ella la rubia y astuta cabeza de Nomatty. Reconocerle Silaydi y lanzarse á él, todo fué uno. Cogióle por los cabellos con tal fuerza y decision, que por más esfuerzos que hizo no le fué posible desasirse.

—Oh, no os escapareis,—decia Silaydi, soltándole los cabellos y agarrándole por el brazo.—Qué queriais? Ir á alborotar el castillo y poner la guarnicion sobre las armas? Estais ya demasiado conocido, señor mio, para que habiendo venido aquí, os dejemos escapar. Por qué vinisteis? Puesto que habeis entrado en la jaula, quedaos en ella.

Y volviéndose á mí, que me habia acercado á ellos, añadió:

—Mendoza, llamad á Notty y á Soletty, para que estén al lado de este caballero, hasta que nos marchemos.

Fui corriendo á la galería, y volví con nuestros amigos, que al ver á Nomatty tan pálido y desconcertado, no pudieron ménos de reirse.

—Hola, amigo,—le dijo con socarronería, y alargándole la mano el Sr. Soletty; —qué tal os fué de salud?

Nomatty no contestó; pero sus miradas de hiena daban bien á entender cómo le devolveria el saludo, si pudiese hacerlo á su manera.

Inmediatamente se acercó el Sr. Notty, y alargándole tambien la mano, á pesar de haber visto que no se la tomara á Soletty, le dijo á su vez:

—Qué tal se halla mi buen amigo, el melífluo Sr. Nomatty? ¿Le ha ido bien desde la vista? Pero qué diantres teneis? No contestais? Os habeis quedado mudo?

Nada tampoco contestó Nomatty, pero en cambio sus ojos lanzaban rayos.

Mas si los señores Notty y Soletty no pudieron ménos de reirse al ver la figura que hacia Nomatty, tampoco pudieron ménos de estremecerse al fijar su vista en Nostrendy, cuyo aspecto tenia algo de siniestro por su inmovilidad, por su silencio y por lo descompuesto de su rostro. Un temblor involuntario y una especie de compasion se apoderó de ellos así que le percibieron. Contemplábanle con tristeza, pues así como el dolor y desesperacion de Nomatty les causaba risa, así el dolor y desesperacion de Nostrendy les causaba espanto por su inmensa intensidad. El amor, los celos, el remordimiento y la vergüenza, habian llevado á este infeliz hasta á aquel límite fatal donde acaba la razon y principia la locura.

Silaydi, que, como dejo dicho, sujetaba á Nomatty por el brazo, arrastróle hasta la alcoba de Aneyda. En un rincon, hasta donde habia retrocedido, escasamente iluminado por la débil luz que habia en el aposento, seguia Nostrendy fijo y clavado en su puesto, sin pestañear siquiera, insensible al parecer, y cual si fuera de piedra.

—Nostrendy,—exclamó Silaydi;—ahí tienes al hombre que te hizo ser infame. Mirale y dale las gracias.

Y arrojó á Nomatty violentamente dentro de la habitacion.

En seguida juntóse á Aneyda, y reunidos todos, entramos en el subterráneo. Ningun temor abrigábamos de ser perseguidos; un buque de guerra nos esperaba en la mar.

CAPITULO LXV.

DONDE NOMATTY RECIBE AL FIN EL PREMIO DE SUS SERVICIOS.

Las palabras que pronunció Silaydi ántes de retirarse fueron para Nostrendy lo que es á un cadáver el contacto de una batería eléctrica. Vuelto en sí, extendió sus brazos en direccion á los que se iban, exhaló un gemido, y dió algunos pasos como para seguirlos; mas tan pronto como se cerró la puerta, pareció que le aban-

donaban las ideas y que su inteligencia volvía al caos. Pero esto duró poco, toda vez que sus ojos, que giraban vagarosos sin fijarse en punto alguno, tomaron de pronto una dirección determinada, adquirieron brillo y expresión, y su mirada, antes triste é indecisa, tornóse viva, intensa, luminosa: al mismo tiempo una sonrisa horrible crispó sus labios, y paso á paso, con espantosa lentitud, adelantóse hácia Nomatty.

Este quiso huir, quiso hablar, pero no pudo: el terror se lo impedía.

Hubo algunos momentos de silencio.

Al fin Nostrendy dijo, cruzándose de brazos:

—Velas todavía por mí, querido Nomatty? Entonces puedo descansar, verdad?

Y se rió con la risa de los delirantes.

—Nost.....

Nomatty no concluyó; el miedo le tenía embargada la palabra.

—Ya estoy casado, eh? Oh! el medio era infalible, y.....

Una carcajada, capaz de helar de espanto á las furias infernales, terminó su pensamiento.

—Nostrendy, querido Nostrendy,—dijo Nomatty, haciendo un esfuerzo supremo, y extendiendo hácia él sus manos con ademán suplicante.

Y como si Nostrendy no hubiese visto ni oído nada, continuó con la misma tremenda risa:

—Y qué feliz soy ahora! no es verdad, Nomatty amigo?

—Nostrendy, escúchame, por Dios; te lo suplico.

—Ya se ve! cuando tú tomas las cosas á tu cargo, y velas por los amigos!....

—Nostrendy, una sola palabra, una sola, en nombre del cielo: escúchame.

—Ah, miserable!—dijo el Sr. Nostrendy sacando la espada;—defiéndete, ó te atravieso el corazón.

Nomatty, que se creyó muerto cuando Nostrendy sacó la espada, al oír ahora que le mandaba defenderse, vislumbró todavía un rayo de esperanza, pues además de manejar muy bien esta arma, confiaba en sacar partido de la cólera de su amigo. No esperó, pues, que se lo repitiese; sacó su espada, y se puso en guardia. Lanzóse Nostrendy sobre él con la furia de un león, y principiaron un combate tanto más terrible, cuanto que sólo podía terminar con la muerte de uno de los dos.

No se oía en la estancia más que el ruido lúgubre de las espadas y los rugidos de Nostrendy que le arrancaba su odio. La cara de éste estaba horrenda con la cólera, y la de Nomatty lívida con el terror; de manera que si Nostrendy cometía faltas por la rabia, Nomatty las cometía mayores por el miedo: no podía, pues, durar el combate, y en efecto, no duró. Nostrendy, cuya fuerza era entonces sobrehumana, desvió con un quite la espada de Nomatty, y le metió la suya, hasta la empuñadura, por el pecho. Cayó Nomatty de espaldas, lanzando una imprecación tremenda, conmoviendo el suelo con su peso, y manchándolo con la sangre que á borbotones salía de la ancha y mortal herida.

Nostrendy, con ojos desencajados, con el cabello erizado y sonrisa feroz, permaneció mirándole largo rato. De repente dió una carcajada, corrió á la puerta secreta, que abrió de un puntapié, llegó á su cuarto, donde estaban dos ayudas de cámara, que temblaron al verle, y sin hacer el menor caso de ellos, ni decir una palabra, se lanzó á la escalera, que bajó á saltos; llegó al patio, dejando espantados á cuantos hallaba al paso; salió del castillo, y se dirigió á Tolayda, á pié, sin gorra, con la espada en la mano y con tal prisa, que en ménos de una hora anduvo la larga legua que hay desde el castillo á la ciudad. Cuando llegó á ésta, se dirigió á su casa, corriendo por las calles y diciendo en alta voz:

—Le maté, le maté! Aneyda es mía!

Y saltaba y reía, llenando de estupor á cuantos le miraban.

A medida que andaba, corría la gente detrás de él; de manera, que cuando llegó á su casa, iba seguido de infinidad de curiosos.

La noticia cundió con rapidez por la ciudad, y llegó á oídos del rey, el cual mandó al instante dos gentiles-hombres para que se enterasen de lo que habia sobre el particular. Cuando éstos llegaron al palacio, hallaron á Nostrendy paseando por la sala, dando saltos y diciendo:

—Es mía, es mía! maté á Nottely!

Estaba loco!....

Nomatty espiró aquel mismo día en medio de un delirio, en el que repetía las sarcásticas expresiones de Nostrendy, y en el que pronunciaba con desesperacion el nombre de Silody.

CAPITULO LXVI.

REGRESO A ROMALIA.

A consecuencia de la última batalla, se firmó la paz bajo condiciones altamente favorables para la Gran-Roquelia y para la Nostracia, y cuatro días después, toda la escuadra navegaba con rumbo hacia Romalia. Con nosotros iba Silody, pobre niña, que, libre de Nomatty, y cerca de Silaydi, á quien profesaba tan acendrado amor, no gozaba, sin embargo, por completo, la dicha de los demás, por la amargura de que inundaba su alma la terrible enfermedad que padecía su hermano: todos procurábamos consolarla.

A medida que nos alejábamos, iban debilitándose las impresiones recibidas en Catilia, para renovarse y hacerse más poderosas las que habíamos sentido en Romalia. Esta ciudad, el rey, los príncipes, M. Leynoff, y nuestros amigos, recobraban todo el afecto y vivas simpatías que nos habían merecido ántes de marchar. Latían de gozo nuestros corazones al pensar en el entusiasta recibimiento, en los abrazos y enhorabuenas que íbamos á recibir por los triunfos obtenidos en Catilia. ¡Qué dulce es la patria! ¡Y cuánto más dulce haber merecido su cariño!

Quince días caminamos en medio de la oscuridad, es decir, de la noche que envolvía á Catilia. Pasado este tiempo, principiamos á ver los buques más distintos, mayor extension de mar, desaparecer las estrellas, disminuir el brillo de los anillos, y debilitarse el de los satélites. Es imposible describir la alegría é inefable encanto que experimenté al ver este cambio, que aunque progresivo, no por eso dejaba de impresionarme vivamente.

Miraba atrás, y una oscuridad que me ocultaba á Catilia, oscuridad que se hacía más intensa y lóbrega, cuanto más lejos extendía mi vista, traía á mi memoria el recuerdo de lo que allí habíamos sufrido, y de los horrores de la guerra. Miraba adelante, es decir, hacia el punto adonde nos dirigíamos, y sucedía todo lo contrario. Veía destacarse, en lontananza, torrentes de luz dulce y purísima. Esta claridad hacía nacer en mí deliciosas ilusiones, y me parecía percibir, allá en su fondo, poblaciones inmensas, ciudades magníficas y paisajes espléndidos, habitados sólo por án-

geles. ¡Tal impresion me causaba aquella luz de que habia carecido tantos meses!

De pronto, apareció el sol, que me pareció entónces majestnoso y deslumbrador, sobre toda ponderacion. ¡Con qué brillo y esplendor se elevaba sobre el horizonte! ¡Qué alegría, qué vida y qué animacion no difundia en torno de nosotros y en toda la naturaleza! Miles de cañonazos disparados de los navíos, cien músicas que herían el aire con sus sonidos armoniosos, é infinitos vivas que salian de nuestros labios, saludaban su presencia bienhechora. Era esta una costumbre establecida entre los marinos, cuando al pasar desde Catilia á la Roquelia, veían por primera vez este astro.

Al fin, avístamos á Romalia, y dimos fondo en su puerto.

Ondeaban en los edificios públicos las banderas de la nacion, ostentando sus soberbias armas, como ondeaban lasde nuestros buques, engalanados con flámulas y gallardetes.

La ovacion inmensa que nos dispensaron los Romalianos, la lisonjeras palabras y distinciones con que nos honró el monarca, y el entusiasmo de la familia de Nomara y de todos nuestros amigos, entre los cuales se hacian notar el Sr. Rodulio, que lloró de gozo, y los señores Nolatto y Cutrosy, todo esto, y lo que nosotros experimentábamos, es inexplicable. Jamas aquel dia se borrará de mi memoria.

Al mes de nuestra llegada se celebró el matrimonio de Aneyda y Nottely, siendo padrinos SS. MM.: los dos jóvenes esposos marcharon en seguida á una magnífica casa de campo distante dos leguas de la ciudad, adonde, á fuerza de ruegos, tuve que acompañarlos. En ella pasamos una deliciosa temporada, volviendo después á Romalia para asistir al enlace de Silaydi y Silody.

Nostrendy seguia, segun noticias, mejorado, y no se desesperaba de que recobrarse la razon.

El amor que se tenian Aneyda y Nottely, Silaydi y Silody, lejos de debilitarse con la posesion, aumentaba, por el contrario, cada dia; de manera, que podia decirse, sin exageracion de ningun género, que el palacio de Nomara era un verdadero paraíso. ¿Y cómo nó, si la finura, la elegancia, y la misma galantería que tenian con sus esposas cuando estaban solteros, las tenian, y aún mayores, después que se habian casado? ¿Y como nó, si la felicidad de los cuatro jóvenes, además de estar basada en la religion y en la virtud, se reflejaba en sus padres y en nosotros?

CAPITULO LXVII.

REGRESO Á LA TIERRA. MUERTE DE M. LEYNOFF.

Habian pasado como unos seis meses, después de nuestra vuelta á Romalia, cuando observé que M. Leynoff, ya fuese efecto de los años, ya de sus continuas meditaciones, ó del mucho estudio que hacia todos los dias, se desmejoraba por momentos. A pesar de que comia bien, más acaso de lo que tenia de costumbre, perdía fuerzas, hablaba poco, y estaba triste, hasta el punto de que, cuando se reía, lo hacía como esforzándose. Como todos le queríamos tanto, no tardamos en echar de ver esta novedad, que nos alarmó en extremo, especialmente al Sr. Nomara y á mí.

El príncipe se empeñó en que se llamase ál médico, á lo que se opuso M. Leynoff, diciendo que su mal no era más que una ligera indisposicion que se disiparía por sí misma; pero yo, sin hacerle caso, fuí inmediatamente á buscar al Sr. Sattulo.

Tan pronto como éste vió al enfermo le llamó la atencion el tinte algo oscuro de la piel y cierta rubicundez que tenía en las mejillas; pero después que le hizo várias preguntas, que le tomó el pulso y que le miró la lengua, se quedó profundamente pensativo. Observé yo, cuando el enfermo sacó la lengua, que estaba esta cubierta de una capa blanquecina, mas espesa y oscura hácia su base, algo seca, y que tenia sobre ella una saliva pegajosa. Se me olvidó decir que ya hacia tiempo se quejaba M. Leynoff de que tenia sed y que bebia con frecuencia.

Después que el Sr. Sattulo estuvo meditando largo rato, condujo á M. Leynoff á su habitacion, donde estuvieron encerrados media hora. Cuando salieron oí decir al Sr. Sattulo:

—Sé que enfermedad teneis.

—Pero es de véras una enfermedad?—preguntó M. Leynoff.

—Sí, amigo, pero una enfermedad que curaremos mediante Dios—repuso sonriendo el Sr. Sattulo.

—Bueno, bueno—dijo sonriendo tambien M. Leynoff.—¿Y qué he de hacer?

—En primer lugar absteneros desde hoy del dulce, fruta, legumbres y de todo alimento feculento.

—Precisamente de lo que más me gusta—dijo M. Leynoff.

—Pues no hay remedio, si quereis sanar.

—No os apureis, Sattulo—dijo el Sr. Nomara,—que yo cuidaré de que no se salga un punto de lo que mandais.

—Y yo lo mismo,—dije á mi vez;—y os protesto que no comerá absolutamente nada que yo no vea.

—En hora buena,—dijo el Sr. Sattulo.

Y acercándose á una mesa, recetó, explicando después el modo de tomar la medicina.

Hecho esto se despidió el Sr. Sattulo, al cual fui yo acompañando hasta la puerta. Cuando estuvimos solos le dije :

—Vamos, que hay ?

—Es grave, muy grave, Mendoza, lo que tiene M. Leynoff.

—Qué decís ?

—Sí, amigo mio, y en verdad que lo siento en el alma.

—Pues qué tiene ?

—Una glucosuria.

—Y es tan grave esa enfermedad ?

—Muy grave, Mendoza.

—Pero le curareis, verdad ?

—Le aliviaré y alargaré su vida cuanto pueda, pero en cuanto á curarle...

—Qué? Acabad.

—No lo creo ya posible.

—Oh Dios! oh Dios!—exclamé lleno de dolor.

—Nada le digais á él, y excuso advertiros que haré en su obsequio todo cuanto esté en mi mano.

—No esperaba ménos de vos : gracias.

Y nos despedimos.

Tan pronto como supieron en el palacio el estado de M. Leynoff, el dolor más vivo se pintó en todos los semblantes ; pero el que estaba más afectado era el Sr. Nomara. Pronto lo supo tambien el rey, que se dignó hacerle una visita dos dias después de haberle visto Sattulo.

Como el relámpago cundió la noticia por la ciudad, y á no haberlo visto, jamás hubiéramos creído que causase tanta sensacion. Al momento vinieron á visitarle cuantos tenían el gusto de tratarlo; y los Sres. Ruttilo y Nolatto no se separaban de su lado.

Indudablemente que con el método prescrito por el Sr. Sattulo

mejoró mucho M. Leynoff por espacio de tres meses; pero al cabo de ellos volvió á perder terreno con mucha más rapidez que en un principio. Esto alarmó á M. Leynoff, tanto que, estando un día con el Sr. Nomara y conmigo, dijo á Sattulo con melancólica sonrisa:

—Amigo mio; no es el temor de la muerte lo que me obliga á hablaros del modo que voy á hacerlo, nó; pues aunque siempre imponente, la espero tranquilo: lo que yo temo es morir en Romalia, y no en mi país, pues deseo que mis cenizas reposen al lado de las de mis padres. En tal concepto, os ruego que me digais cuál es mi estado, y que me lo digais con toda aquella franqueza que debe usarse con un hombre que, como os he dicho, no desea ni teme tampoco la muerte.

—Me es imposible ocultaros,—dijo sumamente conmovido el Sr. Sattulo—que no tengo motivo, hasta ahora, para hallarme satisfecho de mis remedios.

—No es eso lo que os pregunto, querido Sattulo.

—Pues qué, entónce?

—Lo que os pregunto, y quiero que me digaissin ambajes ni contemplacion de ningun género, es si esta enfermedad se cura ó nó.

—Pero esas preguntas, querido amigo,—dijo el Sr. Sattulo,—esas preguntas....

—Qué?

—Son terribles y en extremo embarazosas para un médico; bien lo sabeis.

—Si,—dijo con la misma triste sonrisa M. Leynoff,—para un médico que me tiene tanto afecto como vos. Vamos, querido Sattulo, á un lado toda contemplacion: esperais curarme, si ó nó?

—Y qué!—dijo sorprendido el Sr. Sattulo; —oíreis, sin conmoveros, una sentencia que vos mismo presumis que ha de ser mala? No me pongais en ese extremo, amigo mio.

—Oh, yo os protesto,—repuso M. Leynoff,—que os acosaré y no os dejaré marchar hasta que me hayais dicho la verdad. ¿No reflexionais que si hay mal en ello, sólo yo soy el culpado? Hablad pues y dejaos de miramientos.

Titubeaba todavía el Sr. Sattulo é imploraba con la vista nuestro auxilio; pero tanto el príncipe como yo, agobiados por aquella cruel conversacion, nada podíamos responder.

Viendo esto el Sr. Sattulo, fijó en M. Leynoff una mirada escrutadora, y luego dijo:

—Lo exigís?

—Absolutamente,—contestó impasible M. Leynoff.

—¿Y no teméis que se exaspere vuestra dolencia con una noticia mala?

—De ningún modo; hablad con resolución.

—Pues bien, la enfermedad que teneis, os matará.

Ni la contracción más mínima, ni la más leve alteración observamos en el semblante de aquel hombre extraordinario al oír esta sentencia fatal; ántes al contrario, como si nada le hubiese dicho Sattulo, añadió con la mayor calma:

—Bueno; otra pregunta.

—Cuál?—repuso con voz alterada el Sr. Sattulo, á cuyos ojos asomaron algunas lágrimas.

—Qué tiempo os parece que viviré?

Y viendo que Sattulo vacilaba, volvió á decir:

—Vamos; valor, amigo, y acabemos de una vez.

—Siguiendo el método que os he dispuesto,—dijo el Sr. Sattulo, cada vez más afectado,—aún podeis vivir seis meses.

—Es más de lo que necesito para volver á la Tierra, y arreglar mis cosas. Gracias, querido Sattulo.

Y viendo las lágrimas que se deslizaban de nuestros ojos, añadió cogiendo nuestras manos y estrechándolas entre las suyas.

—Por qué os afligís? á qué tanto dolor?

—Y nos lo preguntais?—le contesté.

—Y nos quereis dejar?—añadió el Sr. Nomara.

Mirónos atentamente M. Leynoff, y luego dijo:

—En verdad que no os comprendo. ¿Esperábais, por ventura, que viviese siempre? Y siendo esto imposible, ¿no debía morir ántes que vos, Mendoza? ¿Qué importa, pues, que esto tenga lugar ahora, ó algunos días después? Nada, amigo mio, nada, y debeis, por lo tanto, conformaros.

Y volviéndose al Sr. Nomara, añadió:

—Ya sabeis, querido príncipe, que el amor á la pátria es innato en nosotros, y por consiguiente, vos, que sois la misma sabiduría, y cuyo recto juicio he tenido tantas veces ocasion de apreciar, y á quien profeso (espero que lo creereis así) el más puro y tierno afecto, vos, repito, no debeis extrañar que quiera dejar mis restos allí donde he recibido el sér. Vuestro recuerdo, príncipe, será mi último pensamiento; contad con ello.

El Sr. Nomara, mudo y conmovido cual nunca le habia visto en los lances más apurados, arrancó sus manos de entre las de M. Leynoff, y se dejó caer en un sofá, ocultando su rostro para que no viésemos correr sus lágrimas. Sattulo estaba tambien muy conmovido, y yo me sentia desfallecer.

—Pero qué es esto?—nos dijo al vernos en aquel estado.—Me causais vosotros mil veces más tormento que la proximidad de ese fantasma que llaman muerte. La muerte! ¿Y qué es, en último resultado, la muerte? La muerte para un hombre que, como yo, jamás ha cometido un crimen, y que se conforma con las disposiciones del Altísimo, no es más que el descanso eterno; es, amigos míos, la salida de un mundo lleno de amargura y de dolor, para ir á gozar otro lleno de encanto y de delicias; es el abandono de seres y objetos que valen poco (hablo en general, bien lo sabeis), para ir á buscar otros llenos de hermosura y perfeccion; es arrancar la funesta venda que vela nuestra inteligencia, para ir á ver mundos sin cuento, para examinar el espacio, medir lo infinito, y conocer la eternidad; es, en una palabra, despojar mi alma de su cubierta mortal, para que libre de los lazos que la unian al cuerpo, vuele á embriagarse en la contemplacion del Sér augusto y eterno que hizo los mundos y gobierna el universo. Esta es la muerte; y quereis, amigos, privarme de tantos goces? Tentado estoy á creer que no me amais.

Habia pronunciado M. Leynoff con tal fuego y sublime elocuencia estas palabras, que á pesar de nuestro dolor no pudimos ménos de levantar la cabeza para observarle. Estaba admirable.

Al instante que se supo la sentencia de Sattulo, y la resolucion de M. Leynoff de dejar á Saturno, fué general la consternacion de los amigos. Todos, sin excepcion, acudieron al palacio para rogarle que se quedase; pero por más súplicas y reflexiones que le hicieron, se mantuvo inflexible. Hasta el rey mismo, á quien los Sres. Nomara y Rodulio habian acudido para que le hablase, nada pudo conseguir.

—Y vos, Mendoza, no os quedais?—me preguntaron.

—Oh, sí, sí,—dijo con viveza M. Leynoff;—es muy justo, y yo soy el primero que se lo aconsejo. ¿Qué vale para él la Tierra comparada con Saturno? Nada, y haria muy mal en volver á ella.

Y encarándose conmigo, añadió:

—Quedaos, Mendoza; os lo suplico.

—Oh, amigo! — dije agitadoísimo, y estrechándole entre mis brazos con el mayor cariño;—me matais hablándome de ese modo. Siempre he creído que sacrificariais por mí la vida, y si así es, ¿por qué no habeis de creer que la sacrifique yo por vos? ¡Yo abandonaros, solo y enfermo, tratándose de un viaje tan terrible! Jamás.

Nada me respondió M. Leynoff; pero su cabeza inclinada, y las lágrimas que se desprendían de sus ojos, me demostraron demasiado hasta qué punto era sensible á esta prueba positiva de cariño.

Al oír mis palabras, todos se convencieron de que la cosa no tenía remedio.

El sentimiento, sin embargo, era excesivo, y el de los Sres. Rodulio, Nomara, Nolatto, Ruttilo y Nottely, causaba lástima.

—Todas las noches, mientras vivamos,—nos dijo el Sr. Nottely, desgarrado el corazón por su dolor,—hemos de mirar á una misma hora, vos, Mendoza, á Saturno, y nosotros á la Tierra. A lo ménos, ya que no nos veamos, nos hablaremos con el pensamiento.

La enfermedad de M. Leynoff, y su decision de abandonar á Saturno, hicieron irrealizable el viaje que teníamos proyectado á la Nostracia. Estaba de Dios que no habíamos de ver nunca un pueblo republicano feliz y sabiamente gobernado.

En fin, por abreviar y apartar los ojos de un cuadro tan doloroso, diré: que llegado el día determinado, preparamos el globo, que con el mayor esmero conservaba en su palacio el Sr. Nomara, y despedidos del rey, que se dignó abrazarnos, húmedos sus ojos y con visible enternecimiento, y de todos nuestros amigos, á quienes suplicamos muy de véras que no se hallasen á nuestro lado en el momento de partir, y hecha igual súplica á la familia del Sr. Nomara, que accedió á ella con lágrimas, quedamos solos M. Leynoff y yo. No quiero, sin embargo, pasar en silencio las palabras que dijo la princesa, después de habernos abrazado y mirando á su familia, sumida entónces en una tristeza sin límites.

—¡Oh, plugiese al cielo que nunca hubiesen venido á Saturno estos hombres que nos matan hoy con su separacion fatal!

Cómo estaríamos nosotros?...

El Sr. Rodulio no se separó de nuestro lado hasta que nos abrazó repetidas veces.

Solos ya, bajamos al jardín, inflamamos el globo, entramos en él, y nos lanzamos al espacio.

Fué feliz nuestro viaje; y al cabo de tres meses y dos días, contados por el cronómetro de M. Leynoff, llegamos á la Tierra. Caímos precisamente á seis leguas de Viena, adonde nos trasladamos á caballo. Desde esta capital, y en una litera, pues ya el enfermo no podía resistir el coche, nos trasladamos á Berlin, y desde aquí, á la quinta de M. Leynoff. Todo en ella estaba como lo habíamos dejado; pero los criados prorumpieron en amargo llanto cuando vieron á su amo tan flaco y desencajado.

En efecto, mi noble amigo estaba tan débil, que al momento que llegó tuvo que meterse en cama. Yo quise en el acto mandar á buscar un médico; pero M. Leynoff se opuso á ello, diciéndome con melancólica sonrisa:

—Y para qué? No sabeis ya que mi enfermedad es incurable? Y además, lo que no ha hecho Sattulo ¿creeis que puedan hacerlo los médicos de la Tierra?

Conoció la fuerza de estas razones, y guardé silencio.

Viendo que sus fuerzas disminuían por momentos, llamó M. Leynoff á un notario é hizo su testamento. Cuando el notario marchó y entré en su cuarto, me dijo:

—Colocad, Mendoza, ese testamento en aquel cajon (y me lo señalaba con el dedo), y cuando yo haya fallecido, lo abrireis. Juradme que cumplireis al pié de la letra mi última voluntad.

—Lo juro.

—Ahora tomad esos papeles, —añadió sacando un gran cuaderno de debajo de la almohada y entregándomelo.

—Y qué quereis que haga con ellos?

—Quiero que los publiqueis después de mi muerte. Contienen noticias que pueden contribuir al más rápido desarrollo de la cultura humana: la mayor parte están sacados de los archivos de Romalia, y son de un mérito y de un valor extraordinario. Contienen, además, la historia de un hombre extraño, y que asombrará á la Tierra, como en su época asombró á Saturno. Los lances y aventuras de este hombre, aunque de una certeza irrecusable, parecen increíbles por lo que tienen de maravillosos. Os sorprenderán, Mendoza, como á mí me han sorprendido.

Dicho esto, calló M. Leynoff porque se cansaba, y estaba, además, muy fatigado.

Hechas sus disposiciones temporales, y conociendo que se acercaba su fin, trató de preparar su alma, como lo hizo con una unción y una tranquilidad que me asombraron.

Ni un momento me separé de su lado, aunque mil veces me instó M. Leynoff á que descansase; pero yo no quise hacerlo, por lo que su última sonrisa y su última mirada fueron para mí.

La noche que murió tuvo una especie de delirio: hablaba solo, callaba enseguida, y parecía que se quedaba dormido. Tres horas antes de morir, me miró de hito en hito, y me dijo estrechándome la mano:

—Mendoza: dentro de poco se correrá para mí el velo que encubre los misterios que inútilmente trata el hombre de comprender. Siento á la muerte que se... acerca... hasta luego!

Dicho esto, cerró los ojos y parecía que hablaba entre dientes: por dos veces le oí nombrar al Sr. Nomara; luego cesó también este movimiento, y le entró una gran fatiga. A las dos de la mañana espiró!...

Por demás sería hablar ahora de lo intenso de mi dolor; baste decir, que en quince días no salí de mi cuarto, ni aun para presenciar las exequias del difunto. Cuando se abrió el testamento en presencia del notario y de los testigos, ví que yo era el único heredero de aquella inmensa fortuna. M. Leynoff me dejaba cuanto poseía, como prueba del tierno y profundo afecto que me había profesado.

Abrí también los cuadernos; y si las noticias que contenían me admiraron, me admiraron más aún los hechos extraordinarios del hombre que mi indicara mi amigo. Si el público acoge con benevolencia esta historia, publicaré entonces la vida de aquel hombre: en caso contrario, nó.

TIRSO AGUIMANA DE VECA.